ADRIANA HARTWIG

TRES INVIERNOS Y UN OTOÑO



VESTALES

Hartwig, Adriana
Tres inviernos y un otoño, 1.ª ed., San Martín: Vestales, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8944-70-8
1. Narrativa histórica. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2024.
© de esta edición: Editorial Vestales.
info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar
ISBN 978-987-8944-70-8
Primera edición en libro electrónico (epub): Julio de 2024
Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Prólogo

Julio de 1873, ciudad de Corrientes, Argentina.

Allá, lejos del centro de la ciudad, hacia el sur, en las afueras, junto a las barrancas que riza el viento sobre el río, confluyen cadencias que la noche difunde entre la arboleda: murmullos que imitan el desasosiego del viento y que, a veces, con malevolencia, asustan y persiguen a quienes se atreven a entorpecer el descanso de los muertos.

Cuando la grácil luminosidad del crepúsculo hiere la sombría quietud del cementerio, el sutil fulgor del sol se abate sobre el palmeral y se quiebra en coloridos filamentos de luz que se funden con el aire. Un raudo resplandor cruza el rumoroso follaje; es el albor que, sobre las añejas y agrietadas baldosas, se licúa en diminutos y oscilantes arabescos tornasolados. Con cada exhalación de la brisa entre los setos, aquellos arabescos giran, se retuercen sobre sí mismos y desaparecen entre las hendiduras de las losetas.

Remanso de calma; recóndito rincón de secretos y misterios; arcón donde el amor se convierte en recuerdo y los odios en memorias; raudal de penas y quebrantos, de olvidos y arrepentimientos: ¡eso es la ciudad de los muertos!

Aquella tarde de invierno en la que todavía era palpable la tibieza del calor de la jornada que sucumbía a las tinieblas, cuando la cenicienta silueta de las criptas empezaba a desdibujarse bajo el tenue manto del crepúsculo, ella se incorporó.

En el velado sendero que transcurría silente entre tumbas de mármol, sepulturas, cruces de hierro y fastuosas estatuas de piedra, el ribete blanquecino de su vaporoso vestido se deslizó desde la umbrosa quietud de una estrecha calleja hasta el último escalón que conducía al pórtico de una bóveda.

Fiorella se acercó al portón del panteón y observó el entorno. La orla de su ropa osciló en torno a sus pies descalzos. Los dedos se veían muy pálidos junto a la enredadera que se aferraba a la forja.

Envuelta en la tétrica opacidad azul que sombreaba el sepulcro, no percibió la calidez del atardecer que agonizaba.

Estaba helada. El frío se adhería a sus manos exangües, cortante y brutal; le atería la piel mortecina. Se enredaba con atroz insistencia entre los agraciados pliegues del atavío hasta entumirla.

El invierno sopló su gélido aliento bajo las colgaduras de seda violácea que coreaban la ornamentación funeraria del panteón de la familia Arizmendi. La hiedra que se aferraba a los derruidos muros se meció con gracia bajo la exigua luminosidad del día próximo a expirar.

Entre la diáfana vaguedad del oscurecer y las últimas luces de la tarde, Fiorella dirigió la mirada hacia la concurrencia que se apretujaba a pocos pasos del acceso principal del cementerio.

Más allá del portón, en la avenida de tierra y guijarros, un cúmulo de sombras parecía solidificarse poco a poco y creaba una muralla opaca y amenazante a través de la cual era imposible distinguir silueta alguna. La capilla, el parque, los carruajes, los transeúntes, la ciudad entera parecía haber desaparecido en aquel oscuro brumazón.

El crujir de los pasos sobre las deslucidas baldosas hería la crepuscular quietud, mas no era el único gorjeo que molestaba el sueño de los muertos.

—Qué joven era…

—Tenía veinticinco años.

—Qué desgracia.

Las lágrimas, las quejas y los menguantes sollozos que se atenuaron en paños negros desviaron la atención de la dama. Fiorella apartó la mirada de la extraña oscuridad que acechaba fuera del cementerio y volvió los ojos hacia el gentío que rodeaba la bóveda.

—Fue un terrible accidente.

—¿Cómo pudo ocurrir algo así?

La reverberación de los susurros hendía el silencio con cruel ensañamiento. Nadie se atrevía a silenciar los murmullos por temor, quizás, a que fueran incluso más insistentes.

—Su padre, el señor Celabert, debe de estar devastado.

—Es cierto. No hallará pronto la resignación.

—¿Realmente lo crees? Con la hija muerta, habrá una pequeña cantidad de dinero que quedará en sus manos.

—Además de una o dos propiedades, creo.

—Joaquín Celabert finalmente podrá echarle la zarpa encima a los bienes de la hija para pagar sus deudas de juego.

—¡Shh, bajen la voz!

Varias mujeres se sintieron incómodas bajo la mirada hostil de aquellos que habían escuchado sus susurros. Una de ellas, una hermosa señorita de cabello rubio, apenas se atrevió a echar un rápido vistazo a su entorno antes de bajar la mirada, avergonzada.

Insignes figuras de la poderosa y culta aristocracia correntina estaban allí, entre la muchedumbre, murmurando los rezos que escoltarían a la señorita Celabert hasta su última morada. Todos sabían por qué habían participado de las exequias: más por respeto al antiguo abolengo del viejo Arizmendi, el abuelo de la difunta, que por auténtico deseo de despedirla. Después de todo, aunque todavía pertenecientes a la élite que dirigía el destino de la provincia, esa familia estaba al borde de la ruina. Los presentes sabían que, si no fuera por el sostén económico de Santos Arizmendi, quien amaba profundamente a su nieta, los Celabert hacía mucho tiempo estarían mendigando en la calle.

Entre las pocas emblemáticas amistades que esperaban atestiguar con auténtico pesar el eterno descanso de la dama fallecida, unos pocos allegados contemplaban con tristeza al anciano.

El hombre de edad avanzada, de evidente congoja, había seguido al féretro, siempre atento a los claveles que temblaban sobre el lujoso ataúd, como si temiera que las flores resbalaran y dejaran a la joven dormida en el féretro sola.

Los murmullos fueron muy quedos, apenas audibles, leves como suspiros, pero se oyeron claramente:

—No puedo imaginar la desolación del anciano.

—El abuelo de la señorita Celabert está muy enfermo, ¿y, aun así, está aquí?

—Los médicos no son optimistas. Su salud se ha deteriorado en los últimos meses.

—Su cuerpo no podrá soportar esto.

—¿Quién habría podido retenerlo en su lecho de enfermo? La dama era su única nieta.

Santos Arizmendi se apoyó en el bastón y avanzó despacio. Hondas arrugas comprimían su rostro empalidecido. El rictus de los labios se profundizó al murmurar el nombre de Dios entre dientes. La melancolía siempre al acecho en la mirada le decoloraba la grisácea tonalidad de los ojos. El luto en la ropa se manifestaba incluso en la opacidad de esa mirada insomne. A sus setenta y dos años se reflejaban en su lamentable aspecto las huellas indelebles que habían dejado en él no solo los problemas respiratorios agravados desde el otoño anterior, sino también una vida de pesares y sinsabores.

La desolación en sus rasgos conmemoraba las tristes desgracias que le había deparado el destino y que todos los presentes conocían: la larga y dolorosa enfermedad de la esposa; la pronta viudez en 1860; la pérdida del hijo mayor en la guerra, en 1865; el silenciado suicidio de su hija menor en 1872. En aquel entonces, se dijo que Patrizia Arizmendi de Celabert, al tratar de podar las flores que se asomaban por el balcón, había perdido el equilibrio y había

caído al vacío; sin embargo, en la ciudad, todos intuyeron otra verdad a través de los chismes de los sirvientes y los crípticos comentarios de un par de allegados a la familia. En ese momento, además, el viejo debía soportar el cruel padecimiento de la muerte de la nieta en un lamentable accidente: la joven, en un descuido quizás, había resbalado en las escaleras de su hogar para luego caer con violencia y perder así la vida.

Todavía entumido por la aflicción, el anciano finalmente llegó a la entrada de la bóveda. Detrás de él permanecían en respetuoso silencio unos pocos parientes lejanos, un viejo criado y una mujer de rasgos indígenas que había estado al servicio de la señorita fallecida desde su infancia. Más allá, entre el gentío curioso que había seguido la carroza a su paso por la ciudad, se encontraban unos pocos socios comerciales de la familia, que aún conservaban alguna esperanza de que los Celabert recuperaran la fortuna en algún momento.

Aunque débil y enjuto, ya muy cansado después de haber acompañado los restos de su nieta, Santos se negó a aceptar el brazo del yerno cuando le ofreció ayuda.

Jamás admitiría que nadie lo convenciese de hacer nada que le significase apartarse de la querida niña a la que había educado personalmente. Unió las manos sobre el bastón y coreó la oración que se había repetido una y otra vez en sus oídos:

"El Señor dio, y el Señor quitó; bendito sea el Nombre del Señor".

A pesar de la fe, del credo, de los principios y convicciones que habían guiado su existencia, había en esas palabras, al igual que en su expresión, una queja errante, comprensible para todos los que atestiguaban su dolor: por qué un hombre como él, viejo y enfermo, todavía estaba con vida cuando su esposa, hijos y ahora también su nieta ¬¬–hermosa, saludable, muy joven– estaban todos muertos.

Fiorella observó al anciano y luego desvió la mirada, afligida.

Incapaz de alejarse de las puertas de hierro que se abrían a la muerte, dirigió los ojos hacia el caballero que se había detenido a su lado.

Joaquín Celabert apretó los labios en una fina línea de disgusto después de que su suegro le rechazara la gentileza. Fue obvio para quienes lo rodeaban que apenas había conseguido controlar el fastidio. Avergonzado, inclinó la cabeza para ocultar así la expresión de la vista de quienes lo rodeaban.

La decepción se reflejó un instante en la mirada de Fiorella.

Joaquín se arrebujó en el abrigo de lana negra y respiró el frío que parecía verterse en oleadas sobre él. Todavía con la atención fija en el ataúd de su hija, no se atrevió a enfrentar la mirada condenatoria de quienes lo rodeaban.

A pesar de las lamentables circunstancias financieras de la familia, no había nada en él que revelara las dificultades que había experimentado como miembro de una estirpe venida a menos: el traje de luto se adecuaba a la ocasión, muy elegante, de buen corte. Probablemente un amigo se lo había prestado. El grueso anillo de oro y rubí que llevaba en el dedo meñique, obsequio de Patrizia, su difunta primera esposa, al igual que el reloj que colgaba de uno de los bolsillos, tenían un valor que muy pocos de los asistentes al funeral podrían pagar. No había nadie entre los presentes que no pensara que muy pronto ambos objetos serían empeñados para pagar deudas de juego. Que no lo hubiera hecho ya solo podía significar una cosa: no quería que Santos Arizmendi le reprochara también el deshacerse de los regalos que le había hecho Patrizia antes de morir.

Joaquín Celabert rezumaba riqueza y privilegios en vida de su primera esposa. Antes de casarse con ella, estaba en la miseria. Todos recordaban la sencillez de su ropa de a diario, los zapatos baratos, deslucidos, el carruaje viejo y maltrecho, la casa en ruinas. En ese momento, después del suicidio de la mujer que había compartido con él la fortuna de su familia y después de la muerte de la hija, debía de sentir rencor, rabia, vergüenza al pensar que muy pronto se vería excluido de la aristocracia a la que quería pertenecer y que, sin embargo, lo repelía a causa de un origen humilde.

En cuanto a la apariencia, nada había por objetar. Aún conservaba la airosa apostura que había embelesado a Patrizia. Los rasgos rubicundos y una elegante figura solo subrayaban el majestuoso donaire de su estampa. A los cuarenta y nueve años era un hombre de extraordinaria galanura. Aun en ese momento, cuando el dolor por la pérdida de una hija debía de significarle una inenarrable tortura, se destacaba entre la multitud a causa del maduro atractivo de su aspecto.

—Ahora que la señorita Celabert ha alcanzado el descanso eterno, supongo que Santos Arizmendi se encargará de administrar los bienes que ella había heredado de Patrizia.

—Es posible. Aunque, el viejo ya no está en condiciones de hacerse cargo del patrimonio de la joven.

—Eso es algo que ese hombre jamás habría conseguido hacer estando su hija con vida.

—¿Por qué no?

—Porque el señor Arizmendi había encontrado la manera de confiarle los bienes de Patrizia a su nieta.

Los rumores, una vez más, crearon ondas entre el gentío que acompañaba al funeral. Con un profundo disgusto, Joaquín apretó los puños a los lados del cuerpo, único gesto de cólera que se permitió exteriorizar.

Su situación era conocida y notoria: cuando se casó con Patrizia, él podía hacer uso de todo el dinero que quisiera, disfrutar de los lujos que la fortuna de su familia pudiera comprar, e incluso dilapidar en noches de pasión, lejos del hogar, la cuantiosa asignación mensual que se le había asignado para uso personal. Lo que jamás debía siquiera soñar era administrar los negocios de los Arizmendi, aunque la heredera de la fortuna fuera su propia hija.

Patrizia lo había amado con sinceridad. Ella conocía sus circunstancias financieras y familiares. Tan solo deseaba la felicidad para su matrimonio. Sin embargo, cuando le puso el anillo de compromiso en el dedo, ella le advirtió: "La propiedad y la administración de toda la fortuna familiar pertenecerá siempre a los

Arizmendi y a los hijos que Dios, en su infinita sabiduría, decida enviarnos, por ser ellos la próxima generación de nuestra familia. Jamás a ti y mucho menos a tus parientes políticos". Recalcó que solo los descendientes directos de Ernesto, el primogénito, y los de ella, por supuesto, manejarían los bienes, cualquiera fuera el sexo y el apellido de los niños. Joaquín estuvo de acuerdo. Porque pensó que su esposa, por amor, olvidaría esas palabras con el tiempo. Y así sucedió, en efecto. Una vez casados, Patrizia, enamorada, fue delegando en él poco a poco la administración de una cantidad de propiedades, y reservó muy pocas para sí, fincas que, decidió, legaría a su hija.

Malas decisiones financieras por parte de Joaquín, un par de inversiones fallidas y un sinfín de errores en la administración de la hacienda habían acabado con el bienestar económico de la familia.

Patrizia, sin embargo, nunca le reprochó nada a su esposo. Santos Arizmendi, por el contrario, no dudó en amonestar a su hija por ser ingenua, ni en tildar a Joaquín de torpe e inútil, entre los improperios más inocentes.

Desde entonces, comenzó a manejar él mismo los bienes de Patrizia para humillar así a su yerno públicamente. No contento con eso, Santos lo avergonzó todavía más al conferirle a su nieta el manejo de los negocios de la familia, por encima de la autoridad paterna.

La vergüenza de Joaquín pronto llegó a oídos de sus amigos y conocidos. El suegro le daba una asignación personal para gastos con la condición de que tratara bien a Patrizia, y eso era todo. Cualquiera habría dicho que quien dirigía el hogar no era él, sino el viejo. Y así era, sin duda.

Joaquín nunca se quejó. Exponer los agravios habría significado desafiar los designios del todopoderoso Santos Arizmendi. Así que calló, pero el resentimiento se le fue solidificando poco a poco dentro del corazón y acabó con el afecto que alguna vez sintió por su mujer. Le pasó igual con su propia hija cuando ella pasó a administrar los bienes de la familia bajo las órdenes del abuelo.

Junto con los rumores respecto a cuestiones domésticas, por todos conocidas, comenzaron las burlas hacia su persona y algo más humillante: el desprecio. Eso es algo que Joaquín jamás perdonó a su suegro: que lo tratara como si él fuera un enemigo de cuya ambición desmedida debía proteger a los integrantes de la familia.

Joaquín apoyó una mano sobre el féretro. Rozó con los dedos un clavel. Patrizia había prometido darle muchos hijos. Pero solo había podido concebir una niña, lo cual lo decepcionó muchísimo. Su única hija creció para semejarse cada vez más a los Arizmendi, sin un ápice de su propio talante. Joaquín estrujó el clavel entre los dedos. Con profunda satisfacción vio como los pétalos se le deshacían en el puño.

Su suegro, muy viejo y enfermo, ya no representaba una amenaza para él. ¿Cuánto más podría vivir? No había otros parientes de los que preocuparse. Por otro lado, como había muerto su hija, una hija soltera, además, el único que podría encargarse de administrar la fortuna, aunque escasa, era él.

Pronto, cuando consiguiera rehacer el antiguo poderío de la familia, todos aquellos que una vez lo habían vilipendiado y humillado regresarían a su entorno en busca de favores. Entonces les enseñaría un poco de humildad; no se detendría hasta cobrarse una a una las afrentas recibidas.

Joaquín estaba exultante.

Fiorella apartó la mirada con brusquedad y contempló a la dama que se encontraba a unos pasos de distancia, en el último peldaño de la entrada a la bóveda.

De rasgos delicados, figura delgada y mirada serena, Eneida Farré era dueña de una belleza impactante. Incluso vestida de luto, con la negra cabellera recogida sobre la nuca y un único broche de perlas en el cuello por todo adorno, destacaba entre las damas que la rodeaban. Mientras acogía el consuelo de sus conocidas por el fallecimiento de su hijastra, asentía y agradecía en murmullos.

Era una dama que, aunque de escasos recursos y ruinosa situación financiera, había sido educada para ocupar un lugar de privilegio en la sociedad. Sabía cómo conducirse según el momento y el lugar, qué decir y qué callar, a pesar de no haber crecido en el mismo círculo social que su marido e hijastra.

Fiorella apretó los labios y musitó:

—Hipócrita.

La mujer volvió la atención hacia su marido. Obviamente estaba preocupada por él. Comprensivo, el gentío a su alrededor admiró la devoción.

—Eneida es una dama de buenos sentimientos, amable y generosa. —Se escuchó en susurros.

—¡Por supuesto que lo es! Amó a la señorita Celabert como si hubiera sido hija suya.

—¿Qué dices? Es una desvergonzada.

—¿Tú crees?

—¿Acaso no recuerdas el escándalo? Patrizia falleció en febrero de 1872, y en mayo del mismo año, Joaquín ya estaba comprometido con Eneida. Y a pocos meses de que se cumpliera un año de la muerte de su primera esposa, ya se había casado y la había llevado a vivir consigo a la misma casa que había compartido con Patrizia y en la que todavía vive su hija legítima.

—¡Dios mío! ¡El cadáver de la primera esposa todavía no se había enfriado, y él ya estaba en amoríos con esta mujer!

—Eso no es todo. Eneida presentó a Flora, a esa jovencita de allí, como su hermana adoptiva y se la llevó con ella al nuevo hogar. ¡Nadie creyó esa tontería!

—¿Qué cosa?

—Eulalia y Teodoro Farré tuvieron que tomar a la niña para criarla. Dijeron que era una parienta a quien habían adoptado por caridad, pero aquí todos sabemos la verdad de ese asunto: Flora es, en realidad, la hija ilegítima que tuvo Joaquín con Eneida.

—¡Dios mío!

—¡Shh! Bajen la voz.

—Eneida y el señor Celabert se amaron desde la más tierna juventud.

Los murmullos se deslizaron, impávidos e indiferentes, entre los miembros de las importantes familias del patriciado correntino una vez más, lo que causó incomodidad entre los asistentes al funeral.

—Fue Patrizia quien separó a la pareja: ella tentó a Joaquín con su fortuna.

—Patrizia Arizmendi se había encaprichado con el señor Celabert, ¿comprendes?

—Sí. Ahora entiendo por qué él no tardó ni pizca en comprometerse con esa mujer una vez muerta su primera esposa.

Eneida intercambió una mirada con su marido, y él la tomó de la mano. Tiró de ella con suavidad y le brindó la silente protección de su presencia.

La dama presionó los dedos contra los suyos. A pesar de los murmullos que solo buscaban disgustarla, en su pequeño rostro en forma de corazón no se reflejó ningún descontento. ¿Qué podría importarle los cuchicheos de personas irrelevantes? Tanto ella como su hija disfrutarían en plenitud de los bienes de la difunta.

Eneida observó al señor Arizmendi mientras oraba. El desdén se reflejó en su mirada. El viejo le tenía rencor en nombre de Patrizia. Pero no tenía razones para reprocharle nada. Había sido Patrizia quien se había interpuesto entre Joaquín y ella. Además, después de casarse con Joaquín, siempre se mostró amable con la hija mayor de su marido. Nunca una palabra de ofensa abandonó sus labios para herir a la hijastra, ni reveló la más mínima animosidad. Tampoco agravió la memoria de la esposa fallecida de manera alguna.

Si bien el rápido casamiento con Joaquín fue muy criticado en su momento y los cuchicheos respecto a la paternidad de Flora todavía resultaban molestos, nadie se atrevió, ni se atrevería jamás, a decir algo al respecto cuando Joaquín se había convertido en el único que podía hacerse cargo de la familia.

Con disimulada satisfacción, Eneida inclinó la cabeza. Ocultó una efímera sonrisa detrás de un pañuelo.

Fiorella sintió que el resentimiento la quemaba. El odio le oscureció la mirada.

Eneida unió las manos bajo su manguito. El frío le provocó un temblor. Joaquín le rodeó los hombros con un brazo y compartió su calor con ella.

Fiorella dirigió hacia ellos una última mirada de burla y desvió la vista hacia Flora, quien se hallaba de pie detrás de Eneida.

A sus veinte años, esa niña ya había aprendido a encubrir las emociones bajo una pátina de eterna cordialidad. Había heredado de la madre el pelo negro y la belleza; y del padre, los ojos celestes.

Flora tenía los labios apretados, como si solo así consiguiera contener el llanto. Unió las manos para murmurar una piadosa plegaria. Temblaba ligeramente bajo el frescor del atardecer; se veía gentil e indefensa.

—Esa jovencita es hermosa y parece tener muy buen carácter.

—Es una lástima que a la señorita Celabert le desagradara.

—Es su media hermana, ¿recuerdas? Es la bastarda del padre con su amante. Es natural que la despreciara.

—Flora es inocente; ha sido víctima de los caprichos y desprecios de la señorita Celabert desde que entró por la puerta de la mansión Arizmendi.

—La señorita Farré siempre fue dócil y humilde. La otra, orgullosa y soberbia. La señorita Celabert quizá pensó en vengar las afrentas de la madre en ella.

—Tonterías.

—¡Ninguna tontería! Su padre llevó a su casa a la amante y a la hija adulterina poco después de cumplirse un año del fallecimiento de Patrizia. Para la señorita Celabert, debió de ser intolerable.

Los rumores se acallaron abruptamente cuando una nueva oración acompañó al féretro al interior de la cripta.

Fiorella vio, entonces, escoltando en su congoja a la señorita Flora Farré, a Máximo Belmonte.

El caballero, cuya apostura solo era superada por su inteligencia y sagacidad para la abogacía, tomó con amabilidad del codo a la señorita Farré para ayudarla a subir los escalones que conducían al interior del sepulcro. Ella le agradeció la gentileza con una débil sonrisa; él se mostró comprensivo con su angustia.

La muchedumbre notó el intercambio; los curiosos observaron al señor Belmonte con renovado interés. Aunque joven aún, se destacaba por poseer fuertes principios. En el momento en que decidió pedir la mano de la señorita Celabert en matrimonio, se encontraba en una posición económica estable e incluso envidiable. El señor Celabert estaba ansioso por la unión: suponía que su futuro yerno no le escatimaría fondos si se lo pedía.

Todos en la ciudad reconocían en el señor Belmonte a un hombre enamorado. Apuesto y galante, siempre atento a los detalles, un auténtico caballero. Jamás dudó en hacer públicos sus sentimientos por la señorita. Allí, de pie en el umbral de la bóveda, parecía no haberse recuperado de la impresión que le había provocado haber perdido a su prometida cuando los preparativos para la boda estaban prontos a concluir. Máximo cerró los ojos un instante, presa de la tristeza.

—Él y la señorita Celabert se iban a casar en unos pocos días…

—Habrían llegado al altar mucho antes, pero la salud del señor Arizmendi preocupaba a la dama.

—El señor Belmonte está desconsolado.

Flora titubeó. Se mordió el labio. Finalmente, a hurtadillas, tendió una mano enguantada y apoyó los dedos con suavidad sobre el brazo del caballero. Fue una caricia fugaz, casi indiscernible, un gesto de consuelo pequeño, pero muy dulce.

Máximo la miró de soslayo, sonrió apenas y luego volvió a contemplar el ataúd.

Flora se mostró preocupada. La congoja que sentía por la muerte de la señorita mayor de la familia había sido evidente para todos aquellos que la rodeaban, pero nadie notó la sonrisa que pronto desapareció detrás del pañuelo de luto.

Fiorella la miró y dijo, resentida:

—Farsante.

Incapaz de tolerar semejante falsedad, la joven elevó la mirada hacia Santos Arizmendi, quien resistía su pesar de pie junto al féretro, y lamentó no poder acercarse a él, tomarlo de la mano, brindarle algún consuelo. Fiorella contempló las lágrimas del anciano con creciente abatimiento. Entonces murmuró:

—¿Quién padece más dolor? ¿Aquellos que se van o quienes se quedan?

Sin que nadie reparara en su presencia, la dama se alejó. Bajo las luces y las sombras de la tarde que moría, entre el gentío que susurraba sus secretos, Fiorella se sentó en el escalón que conducía a un panteón vecino.

Apoyó los brazos sobre las rodillas. Su cabello castaño dorado, del color del atardecer en otoño, le resbaló sobre los hombros y le enmarcó la cara ovalada. Los volados de la falda le cubrieron los pies y la ligera tela del vestido le envolvió la pequeña figura.

Así, confinada por los últimos rezos y el murmullo quedo de la muchedumbre, permaneció inmóvil, aun cuando su mirada ardía con caóticas emociones.

El resentimiento constreñía su ser. No estaba reconciliada con las circunstancias. El odio y la decepción se le reflejaron en el rostro. Contempló el crepúsculo desvanecerse mientras el enojo se convertía en angustia.

Después de una hora que semejó una eternidad, la cripta se cerró con un chasquido. Las bisagras del portón de hierro chirriaron para luego atronar con un quejido cuando un candado selló la entrada.

La luz del sol, cristalina y volátil, se desdibujó y se evaporó en las sombras.

El tiempo prosiguió su curso con lentitud. A la vez que el ocaso arrastró consigo los resabios del día con pesadez, pero de manera implacable, el cortejo se dispersó.

Uno a uno, todos aquellos que habían acompañado al féretro abandonaron el cementerio. Los pasos del gentío se alejaron con el arrullo del viento y se perdieron entre el balbuceo pausado del río al lamer las piedras que bordeaban la barranca y la impalpable cacofonía de los vehículos al emprender el regreso al centro de la ciudad.

Flora cruzó una mirada con el señor Belmonte, agradeció en silencio su sostén y siguió a su madre mientras ella correspondía el conforte de unos pocos rezagados.

Máximo vio a la señorita acercarse a la señora Eneida y ofrecerle el apoyo de su pequeña mano. Esa tierna gentileza resultaba más cautivante que la flagrante belleza. Después de un momento, el caballero apartó la mirada, se reunió con su familia que lo esperaba y se alejó sin volver la vista atrás.

Joaquín intentó convencer una vez más al señor Arizmendi de que aceptara su brazo, pero Santos apretó los labios, reticente. Joaquín controló el temperamento.

—Señor, ya anochece —insistió—. No debe tomar frío. Además, el médico lo espera en su casa. Regresemos. Lo acompañaré hasta la puerta.

Santos no lo miró.

—Me quedaré un momento más —dijo con frialdad.

Fue evidente que nada lo haría cambiar de opinión.

Malhumorado, Joaquín asintió, seco.

—Como guste —musitó, y se alejó a grandes pasos.

Santos presionó los dedos contra la empuñadura del bastón y fijó los ojos en la puerta que lo separaba de su nieta.

Eneida presionó un pañuelo entre sus dedos blanquecinos.

—El señor Arizmendi debería regresar con nosotros —dijo—. Le hará daño quedarse aquí.

Joaquín reveló la impaciencia con un gesto.

—No lo obligaré a regresar con nosotros si no quiere hacerlo —dijo.

—Pero…

—Es tarde. —Joaquín tomó a su esposa del brazo—. Regresemos a casa.

Flora se mostró preocupada.

—No podemos irnos y dejar al señor aquí solo —dijo—. Quedémonos con él un poco más. El abuelo está muy triste.

Santos la escuchó. Se volvió y fijó en ella unos ojos gélidos.

—¡No soy tu abuelo! —dijo, despiadado—. ¡No digas tonterías, niña!

Flora palideció. Inclinó la cabeza cuando sintió sobre sí la mirada divertida, burlona, incluso cruel, de unos pocos rezagados. Sintió arder las mejillas a causa de la vergüenza.

Eneida crispó la mano en el brazo de su marido. Joaquín apretó los dientes. Le resultó muy difícil controlar la ira; no obstante, lo logró. Calmó a su esposa con una mirada y acarició el hombro de Flora con cariño.

—Comprende, querida, el señor Arizmendi está dolido: no pretendía lastimarte —dijo con la intención de disculpar así lo sucedido.

Santos soltó un bufido y apartó la mirada. Joaquín empujó a la joven hacia el vehículo que los esperaba en la avenida de acceso.

—Sube —dijo—. Regresemos a casa. Se hace tarde.

—Sí, señor.

Eneida le acarició la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

Flora asintió, pero no se atrevió a levantar la cabeza hasta encontrarse en el interior del carruaje, lejos de la vista de los transeúntes. Sabía que las palabras del anciano llegarían a los oídos de todos en la sociedad para la sobremesa del día siguiente, y entonces comenzaría una nueva oleada de desagradables rumores que traerían a colación su origen y las circunstancias de su nacimiento. El odio que se manifestó en su mirada destruyó la gentil expresión en su rostro.

—¿Cómo se atreve…? —siseó, furiosa.

Eneida apretó sus dedos.

—Cálmate —dijo en voz baja—. Nos miran.

La señorita Farré bajó los ojos. Después de un momento, la triste desolación de haber perdido a un miembro de la familia se reflejó una vez más en su hermosa carita. Eneida intercambió una mirada con su marido. Joaquín observó a su suegro a través de la ventanilla.

—Vamos —ordenó, y el cochero fustigó a los caballos para emprender el regreso al centro de la ciudad.

En la triste soledad de un cementerio al que lentamente ceñían las sombras, solo un viejo sirviente esperó con paciencia a que el señor Arizmendi terminara de despedir a la señorita Celabert.

Después de que el sol se ocultara, y cuando las negruras de la noche comenzaron a tejer un siniestro entramado sobre la ciudad, el anciano por fin aceptó el brazo de Genaro y abandonó el cementerio.

El viento acalló los susurros entre los árboles. El silencio se tornó angustioso. La oscuridad se deslizó sobre las estrechas callejuelas de esa tierra yerta.

El cuidador encendió un farol a kerosén y avanzó entre las tumbas, cuyas sombras tiritaban a su paso. Las añejas farolas junto a las puertas del camposanto fueron encendidas una a una. La débil luminosidad no alejó las tinieblas que se arremolinaban alrededor de las bóvedas, pero al menos consiguió templar su fuerza. Así, lo negro se tornó azul y la penumbra suavizó la tenebrosa majestad del entorno.

Extrañas formas sobrenaturales se deslizaron raudamente aquí y allá, donde la silueta informe de los árboles se desvanecía. A lo lejos, los ecos distantes de susurros ininteligibles impregnaron el aire hasta volverlo opresivo.

Fiorella alzo los ojos al cielo. En el infinito negro azulado del firmamento, una estrella titilaba, lejana, yerma. Pronto quizá varias más aparecerían junto a ella. Pero, en ese momento, había solo una: desamparada, quieta, acechada por la más ladina soledad. Pensó en las tristes palabras de aquel poeta español que le gustaba leer.

Inclinó la cabeza y murmuró, acongojada:

—¡Qué solos se quedan los muertos!

Las horas transcurrieron pesarosas. El crujido de una puerta alteró el silencio. Unas pocas palabras que desaparecieron en la noche dieron el permiso de entrar a un tardío visitante. A la distancia, el eco de unos pasos quebró la sepulcral quietud. Fiorella levantó la mirada.

Una sombra se extendió sobre las baldosas a medida que el caminante se acercaba. Un hombre alto, de hombros anchos y aspecto atroz emergió de la niebla. Cojeaba de una pierna al avanzar, lo que tornaba a su figura en una visión inquietante. El pelo renegrido le caía sobre las sienes, desprolijo. La barba incipiente ensombrecía una mandíbula poderosa. Su aspecto descuidado reflejaba el salvajismo de su temperamento. En sus ojos enrojecidos se vislumbraba la violencia mal contenida causada por emociones reprimidas. Tenía la ropa arrugada, las botas sucias. La corbata le colgaba del cuello, floja. Entre los pliegues de la camisa entreabierta se vislumbraba el vello negro rizado sobre la piel oscura.

Cuando se detuvo frente a las puertas de la bóveda, la penumbra delineó el contorno de un pesado abrigo negro, la rudeza de los rasgos feroces, la brutalidad en la mirada recia.

Apestaba a alcohol.

Fiorella se puso de pie, consternada.

Juan Ignacio Dávalos.

Incrédula, contempló al hombre que siempre se había mostrado rudo, burlón, incluso brutal en su trato con ella. De pronto, vio horrorizada cómo él constreñía los barrotes del portón de hierro con las manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Murmuró una y otra vez un nombre, con la frente inclinada, la mandíbula tensa, el pelo sobre los ojos, la expresión en el rostro oculta en la oscuridad. El dolor que sentía era evidente. La angustia en la voz revelaba la profundidad de su padecimiento. Él apoyó la cabeza contra los hierros. Le temblaba la boca. Quizá tenía algo para decir. Lo intentó, pero al final apretó los dientes y calló.

El monótono rumor del viento resonó entre las ramas de la arboleda. Una bandada de pájaros chilló. En la distancia, comenzaron a tañer las campanas.

Juan Ignacio presionó las manos. Sus dedos se ciñeron con más fuerza a las varillas de hierro. El portón tembló una vez. Dos veces. El candado crujió. Finalmente, él, quien siempre se había mostrado arrogante, cayó de rodillas frente a la cripta, como si de pronto hubiera perdido toda la vitalidad.

Así, con los ojos bajos y la respiración inquieta, con hojas muertas bajo los pliegues de su abrigo, así, como si orara a Dios, presa del más profundo desasosiego, permaneció en silencio.

Fiorella sintió cómo unos sentimientos antes entumecidos comenzaban a horadar en su aparente calma.

Juan Ignacio clavó la mirada en la puerta de la cripta. El verde ambarino de los ojos se había oscurecido con pesadas y turbulentas emociones.

—Te dejaron aquí sola —murmuró. Los dedos una vez más se cerraron sobre el hierro—. ¿Acaso no saben que le temes a la oscuridad?

Forcejeó con la verja, furioso.

—… ¿No lo saben?

Fiorella sintió cómo la más triste amargura le presionaba el corazón.

El hombre al que una vez había despreciado estaba frente a ella, de rodillas, desprovisto de toda altivez, despojado de su habitual agresividad, revelando por fin una debilidad.

—No estarás sola por mucho tiempo —dijo con voz ronca.

Fiorella se cubrió los labios con una mano temblorosa. Juan Ignacio se apoyó contra el portón. El hierro chirrió bajo su peso. En el aire se espesó el olor de los claveles moribundos. La fragancia lo envolvió. Un quejido escapó de sus labios temblorosos.

—Espérame —murmuró.

Juan Ignacio presionó el dorso de la mano sobre los ojos. Inhaló hondo una y otra vez. Por más que lo intentó, no pudo contener el llanto. Las lágrimas silentes se deslizaron entre sus dedos fuertes.

Fiorella sintió que todas sus emociones convergían en solo una: arrepentimiento. Ese hombre la había desafiado. Regañado. Jamás se comportó como un caballero en su presencia: la atosigó y desesperó con sus atenciones, quiso seducirla como un bribón. Él la había nombrado remilgada y quisquillosa. Se había burlado de ella al considerarla una niña obcecada. Ella lo había llamado bestial y desalmado, había desdeñado su amor. Por años lo había considerado un salvaje, un feroz contendiente, nunca un hombre de valía.

Qué equivocada estuvo.

Fiorella tendió una mano hacia él. Vaciló, pero no se atrevió a acercarse. Solo se quedó allí para acompañar su dolor en silencio. Transcurrió una hora, quizá dos. Juan Ignacio clavó los ojos en el sepulcro. Murmuró algo ininteligible después de un momento. Se pasó el dorso de la mano por los ojos enrojecidos. Por fin, se puso de pie tambaleante. Se aferró al portón una vez más.

—Espérame —repitió en voz baja.

Entonces soltó la verja con violencia. Se volvió y se hundió entre las sombras que habían precedido a su aparición.

Fiorella descubrió, de pronto, en ese instante, que una fuerza irresistible la impulsaba hacia adelante, alejándola de la bóveda de su familia donde descansaban sus restos mortales. Como si los eslabones de una cadena invisible tiraran de ella, se vio arrastrada hacia aquel hombre agreste e indómito.

Al ser su ser imperceptible, etéreo y translucido, solo un espectro en la oscuridad, se deslizó entre las tinieblas detrás del hombre que una vez la había repugnado; de un hombre que prometió que, mientras viviera, no habría Dios ni demonio que pudiera alejarla de su lado.

Un hombre que juró que ni la muerte podría apartarla de él.

Primer movimiento

Adagio sostenuto

Sonata para clavecín o piano N.° 14 en do sostenido menor,
Quasi una fantasia, op. 27, N.° 2,
"Claro de Luna".
Ludwig van Beethoven

¿Y si descubrieras que cuanto
crees poseer, todo aquello que atesoras,
no es nada más que una ilusión, efímera y volátil,
imposible de retener,
como el reflejo de la luna sobre el agua?

Capítulo 1

Fiorella levantó la mirada hacia la lluvia que tocaba la ventana, abstraída. La sonata en contrapuntos polifónicos de las gotas al golpear el tejado, las hojas y el embaldosado viejo conmemoró otra noche distante, inolvidable. Un relámpago onduló sobre los negros nubarrones que cubrían la ciudad y resquebrajó la quietud nocturna con una luz argéntea. Al instante, un trueno rugió en la oscuridad. La tormenta se tornó vehemente, intensa; una representación natural, hermosa, pero a la vez aterradora, de un *allegro molto vivace*.

Las notas agresivas golpearon la ventana con atroz virulencia. La ilusión se tornó recuerdo. Fiorella creyó verse envuelta de pronto en la fragancia del jazmín y el clavel. Rememoró el invernadero, la tenue luminosidad de una lámpara, el olor de las flores, cuando la enfrentó un hombre que conocía y, a la vez, desconoció esa noche un tiempo atrás.

El señor Dávalos la tenía sujeta por el brazo, la forzó a detenerse con rudeza. Ella soltó una exclamación de sorpresa y dejó caer los pimpollos que sostenía entre las manos. Los claveles fueron pisoteados con brutalidad por él cuando la empujó y la aprisionó entre el muro de cristal y su cuerpo fuerte. Debajo de la pérgola, a buen resguardo de la indiscreta mirada de los sirvientes que pudieran acercarse al jardín, hundió los dedos entre los bullones de sus mangas y la inmovilizó contra el entretejido de una miríada de campanillas purpúreas.

El señor Dávalos se inclinó. Su aliento cálido olía a whisky. El aroma de su piel, amaderado, terroso, ligeramente almizclado, la envolvió con brutal furor. Sus ojos incisivos, verdes, tan claros que

se veían casi amarillentos, semejaban ascuas incandescentes en la penumbra azul.

Dijo en voz baja:

—¿Qué sucede, Fiorella? ¿Me tienes miedo?

—¡Suélteme, señor Dávalos!

—Estás muy nerviosa. ¿Será porque me traicionaste, querida?

—¿Qué dice? ¡Yo no lo traicioné! ¡Déjeme ir!

Él buscó su mirada.

—El señor Belmonte me dijo que por fin decidiste aceptar su propuesta matrimonial —siseó—. ¿Mintió acaso?

—¡Acepté ser su esposa, sí! ¿Qué puede importarle a usted?

—¡Me importa porque te quiero, porque creí que podrías amarme también!

—Lamento haberle causado tal malentendido. No era mi intención que…

—¡No! —Él hundió los dedos en su piel—. Fiorella, eso no se hace.

Su voz suave, casi sedosa, dejaba entrever implacables emociones: la feroz violencia que subyacía en el tono, la ira inaudita que lo corroía en las entrañas hasta devorar los huesos.

Ella forcejeó con la intención de deshacerse del agarre, pero él hundió los dedos con más fuerza para inmovilizarla. Fiorella no se acobardó. De carácter altivo y valiente, nunca se permitiría mostrar debilidad. Enfrentó a la bestia sin vacilación, mas reconoció para sí que tenía miedo. No porque temiera que él la lastimara, sabía que no lo haría, sino porque podía percibir en su mirada algo que la aterraba.

El señor Dávalos nunca la había observado así, con tal inconmensurable frialdad. Había en sus ojos una emoción profunda e intensa a la que le fue difícil poner un nombre siquiera.

—¿Por qué me rechazas, Fiorella? —preguntó él—. ¿En qué no puedo compararme a ese hombre?, ¿qué ves en mí que te resulta tan repugnante? Dímelo, querida. Permíteme cambiar, ofrecerte todo cuanto poseo, convertirme en alguien a quien puedas aceptar.

—¡Señor Dávalos, basta!

—¿No quieres mi amor? ¿Es eso? Entonces no debiste dejarme creer que podría conseguirlo —dijo Juan Ignacio con los dientes apretados—. Mi amor, que cruel fuiste conmigo.

Fiorella intentó una vez más apartar al caballero, le empujó el pecho, mas le fue imposible moverlo.

—¡Yo nunca le di esperanzas, señor Dávalos, no mienta! —dijo, indignada—. ¡Es más, siempre lo rechacé, y usted lo sabe!

—¿Y el beso que compartimos?

—¡El que usted me robó! ¿A ese se refiere?

—¡Al que aceptaste, Fiorella, al que devolviste con toda pasión!: ¡a ese me refiero!

—¡Desvergonzado! —gritó ella con las mejillas arreboladas a causa del recuerdo que regresó a su mente.

Había intentado olvidar aquel encuentro en el parque, donde un beso profundo y ardiente a la sombra de los árboles le arrebató el aliento, pero fue inútil. Quiso relegar el ardor que despertó en ella aquel poderoso abrazo, la dulzura que suscitó en ella la gentil promesa de amor eterno, y fracasó de manera estrepitosa.

Apretó la boca en un gesto obcecado para intentar disimular la inquietud.

—Señor Dávalos, por favor, respétese a sí mismo —dijo—. Consentí en casarme con el señor Belmonte. Está hecho. Tomé una decisión y espero que la acepte. Por favor, compórtese. Mi futuro esposo merece mi…

—¡Él no merece nada de ti! —la interrumpió Juan Ignacio, colérico.

Soltó sus brazos, pero no le permitió alejarse de él, todavía la acorralaba con el cuerpo. Alto y corpulento, ella comprendió que le sería imposible apartarlo, aunque continuara a los empujones, así que levantó el rostro con la intención de ordenarle que se retirara.

—Señor…

Fiorella calló abruptamente cuando Juan Ignacio le capturó el mentón entre dos dedos y se vio obligada a enfrentar esa mirada fogosa, herida.

—¿Crees que te comprende? —preguntó él.

La rabia vibraba bajo el terciopelo negro de la voz. Vio de soslayo el anillo de pedida que ella lucía en el dedo: un solitario con un diamante. Los celos le oprimieron las entrañas.

—Niña, ¿qué podría comprender de ti? —dijo, parecía escupir las palabras entre dientes—. Él quiere a su lado a una dama que se ocupe del hogar y de los niños, que no levante la voz y que a todos sus requerimientos responda que sí. Una mujer como tú, con tu carácter y temperamento, ¿cómo podría aceptar quedar relegada al hogar? Eso no es lo que quieres. ¿Sabe el señor Belmonte que lees a Adam Smith en tus momentos de ocio? No, ¿cierto? ¿Sabe que detestas las mañanas frías, la oscuridad y el silencio, así como tu propia debilidad? ¿Sabe que puedes administrar tus bienes sin ayuda ni consejo de un hombre? ¡Claro que no! ¿Cómo lo sabría? Él no preguntó, y tú no se lo dirías, ¿para qué?, no te importa lo suficiente como para comentarle nada al respecto.

El asombro debió de resultar evidente en su rostro, porque él curvó las comisuras de los labios, satisfecho.

—Te conozco tanto, corazón, que te sorprendes —dijo—. ¿Qué quiere el señor Belmonte de ti? Permíteme decirlo: solo una esposa adecuada. Yo te quiero como mi mujer, mi amante y mi amiga. Lo quiero todo de ti: tu lealtad, tu terquedad, tu malicia, tu arrogancia y tu soberbia, tus miedos, tus ilusiones, todo cuanto eres, sobre todo, tu alma inmortal.

Fiorella desvió la mirada. Las palabras la conmovieron, debió reconocer para sí.

—No diga más, por favor —susurró.

No estaba dispuesta a escucharlo. No ansiaba reconsiderar la decisión de casarse con un hombre al que su padre aprobaba. No le apetecía dudar de sus propios sentimientos. No quería descubrir, al fin, que había cometido un error.

Él inclinó la cabeza. Acercó el rostro al de ella, su boca al oído.

—Sé que no serás feliz con el *admirable* señor Belmonte —dijo, implacable—. Tú lo sabes, y aun así aceptaste la propuesta matrimonial, ¿por qué, Fiorella? Dime: ¿por qué quieres una vida junto a un hombre que jamás te amará? —Hizo una pausa—. ¿Por qué quieres romper así mi corazón?

Hubo un momento de silencio. La lluvia abofeteaba con fuerza el invernadero. La oscuridad de la noche tempestuosa parecía arremolinarse en el jardín, lograba ocultar todo a su paso, hasta la débil luminosidad que provenía de la casa a la distancia. Mientras la tormenta arreciaba, los relámpagos destellaban inmisericordes, los truenos bramaban y los cristales reverberaban en contrapunto.

Él apoyó las manos en la pared para acorralarla en un rincón. Inclinó la cabeza sobre el hombro de la dama.

—Quisiera odiarte, querida —dijo—. Qué difícil es. Qué imposible.

Ella sintió la calidez de su aliento en la piel sensible del cuello. Su olor la envolvió, cautivante. Sus poderosos sentimientos la inmovilizaron.

Juan Ignacio cerró los ojos un momento.

—¿Cómo podría odiarte, mi vida? —preguntó en voz muy baja, casi inaudible—. Si ya no puedo dejar de amarte.

Fiorella sintió la emoción arder en sus pulmones, constreñirle la garganta, doler en su pecho. Inhaló profundamente.

—Señor Dávalos… —dijo, y calló cuando sintió que la voz se quebraba.

Él le dejó caer un beso suave sobre la sien, tan dócil e imperceptible como el ligero toque de una mariposa al reposar en el pétalo de una flor.

Sorprendida, Fiorella vio que él se apartaba. De pronto se sintió desfallecer a causa de una emoción que no supo reconocer. El frío de la noche le hizo palidecer la piel cuando el calor de la cercanía del hombre la abandonó. Su fragancia, esa tan suya, que le recordaba los olores de la espesura en invierno, se desvaneció con la distancia. Lo miró.

Él sonreía. Empero, no había humor en los ojos fieros. Era, en realidad, un gesto de burla hacia sí mismo, un rictus que evidenciaba la amargura que sentía por las locas esperanzas que había creado para sí, y que ahora veía expirar destruidas a sus pies. Juan Ignacio ocultó el dolor bajo el velo de sus pestañas.

—Pensé que aprenderías a quererme —dijo—. Estaba dispuesto a esperar por ti. Juré que conquistaría tu corazón, que jamás me rendiría. Ahora dices que te casarás con otro hombre. Qué cruel eres. Querida mía, ¿no encontraste una manera más gentil de acabar con mi corazón?

Juan Ignacio levantó la mano. Quería acariciar su mejilla. Ella alejó el rostro. Él se detuvo. Vaciló. Tomó un mechón de su pelo y lo peinó detrás de la oreja, con suavidad, apenas rozando su piel.

—Te amo tanto que ni la muerte podría apartarme de ti —dijo. Sus ojos se veían profundos y oscuros en la penumbra—. Nunca te habría dejado sola, Fiorella. Habría estado siempre contigo, siempre tuyo. Porque mientras viva no habrá Dios ni demonio que pueda alejarte de mi lado.

El rugido ensordecedor de un trueno rompió el silencio, y Fiorella pestañeó sorprendida. El recuerdo que, por un instante la había retrotraído a otra noche, poco a poco se diluyó, sentenciado a permanecer en el rincón más recóndito de su memoria. Vio las gotas de lluvia resbalar sobre el cristal. Odiaba las ventanas con lluvia, porque cada gota semejaba una lágrima. Porque la noche parecía llorar y no había nadie que le consolara el llanto.

Fiorella susurró: "Al final de una vida ya solo se puede mirar hacia atrás. Me gustaría poder decir que no me arrepiento de nada, pero no gozo del privilegio: ¡tengo tantos arrepentimientos! Me arrepiento de haber dedicado tanto de mi tiempo a cumplir con expectativas ajenas sin imaginar que jamás conseguiría satisfacer a nadie; de haber estado tan pendiente a la estima de los otros cuando resultaba evidente que no todos los que me rodeaban me querían realmente; de actuar siempre de acuerdo con lo que se esperaba que hiciera: jamás rebelde, nunca insensata. Me arrepiento de haber

dicho que sí, cuando quería decir que no, de no haber respetado mis propios deseos y de anteponer los anhelos de los demás a los míos, de esperar la aceptación de las personas equivocadas y de olvidar que todo tiempo se acaba. ¡Me arrepiento de tanto, señor Dávalos! Querría haber hecho más. Hoy ya no puedo hacer nada".

Fiorella alejó la mirada de la lluvia. A través de las pestañas, contempló las sombras que la asediaban. En los rincones, se removían inquietas, estiraban sus retorcidos brazos esqueléticos hacia ella, intentaban atraerla hacia la oscuridad de la que provenían.

A unos pasos de distancia, la negrura era apenas perceptible, intangible, casi diáfana; azulada y desvaída; no era más que una aglomeración de zarcillos que se retorcían y giraban sobre sí mismos, que la rodeaban poco a poco muy despacio. Olía a invierno: a las hojas que mueren en una tarde helada, a la madera mojada por una tormenta nocturna. Era muy cautelosa. Temía, quizás, que el espectro que intentaba cazar se asustara y huyera hacia la luz, que lograra mantenerse así a salvo. Sin embargo, no podía hacer nada por retenerla allí donde podría capturarla, porque esa oscuridad traslúcida no tenía tal poder. Fiorella intuía que era la antesala a la muerte. Si se quedaba atrapada dentro de las tinieblas, perdería toda conciencia de sí misma.

Volvió los ojos hacia el ventanal una vez más. Todavía podía vislumbrar la endeble claridad de las farolas en la acera, la tenebrosa silueta de las edificaciones vecinas, la distante cúpula de la iglesia, el horizonte negro.

La penumbra estaba allí, mansa, como una redecilla, un ligero tejido que la cercaba y separaba del mundo mortal. No obstante, si se atrevía a caminar entre los azulados rizomas, en cuanto recorría unos pocos metros, la oscuridad se hacía más y más espesa hasta tornarse casi maciza. Como la que acechaba fuera del cementerio. Entonces, desaparecía todo lo que antes podía entreverse a su través. Se convertía en un muro gélido, todavía incorpóreo, pero

imposible de traspasar. Exudaba frialdad y tristeza. Una infinita desolación.

Fiorella retrocedió. Había algo allí, un algo aterrador que zigzagueaba hacia ella con lentitud, casi a desgana y, aun así, inexorable; una existencia atroz que se arrastraba paciente hasta los bordes ondulantes de su mundo lóbrego y frío para esperarla.

Podía sentir su presencia sin forma. Percibía un olor repugnante, pesado, asfixiante. Como a flores muertas. A cieno y a podredumbre. Eso, esa cosa, quería reclamarla para sí, lo presentía. Deseaba arrastrarla a un mundo yermo, sin vida, del que jamás podría escapar, y alejarla así para siempre del mundo mortal.

Es la muerte, pensó Fiorella. Se alejó rauda de la oscuridad. Procuró tomar una distancia prudencial de lo que la aguardaba, del olor pestilente, del frío intenso que segregaba, y, una vez más, la oscuridad comenzó a difuminarse para luego convertirse en una tranquila penumbra azul.

Entonces, consiguió vislumbrar la luz que temblaba sobre la vereda, la fronda de los árboles que danzaban con el viento y la desvaída silueta de los escasos caminantes que se apresuraban a huir del aguacero.

Afuera se respiraba la lluvia invernal. Fiorella vio temblar el candil que colgaba de la pared. Un rectángulo de luz se dilató sobre la galería exterior, e iluminó parte del jardín. Entre el seto y los listones de madera que lo separaban de un par de maceteros de hierro, un estrecho entramado de piedras negras serpenteaba entre los arbustos, creando un camino hacia una antigua glorieta ya en desuso. Con infinita tristeza, descubrió de pronto cuántas ansias tenía de sentir que la lluvia le tocara el rostro. Deseó adentrarse en el patio, correr entre los árboles, escuchar el crujido de las hojas rotas bajo sus pasos ansiosos. Anheló sentir la tersura del pasto mojado bajo los pies y percibir la fragancia de la tierra en la tormenta. Ansió oír el golpeteo de las gotas en el tejado mientras percibía el dulzor de la brisa al acariciarle el rostro empapado. No

obstante, todo lo que en vida le resultaría sencillo, al estar muerta le era imposible.

Muerta, solo restaba rehuirle a la oscuridad que la acechaba. Muerta, no podía hacer más que intentar retener en la memoria cómo se sentía percibir la lluvia en la piel, el viento en los labios, la caricia del invierno en las manos, con el triste presentimiento de que llegaría el día en que ya no podría recordar nada. Muerta, debería tener el consuelo del sueño eterno, con el olvido de rencores y viejos anhelos, pero había sucedido todo lo contrario: lo recordaba todo, cada afrenta y decepción, uno a uno todos sus arrepentimientos.

Fiorella miró la lluvia arreciar. En vida codició amor y consideración. Con el mismo ímpetu con el que atesoró su corazón, ambicionó la admiración y el respeto de quienes eran, ahora lo sabía, indignos de su afecto. Fue soberbia y envidiosa. Desperdició una vida en egoísmos y resentimientos, además de en un sinfín de cuestiones baladíes. Cuanto tiempo perdido. Un error tras otro, su vida parecía ahora un cúmulo de tonterías que se reproducían una a una frente a sus ojos. No pudo evitar sentirse avergonzada.

Su madre deseaba una hija de la que pudiera estar orgullosa, así que se convirtió en una muñequita a modelar bajo sus manos. Era solo una niña y creyó que solo conseguiría amor si consentía en todo. Después de que Patrizia falleciera, se ocupó diligente de la administración adecuada de los bienes con el fin de complacer al abuelo y que él se vanagloriarse de sus logros.

Buscó el afecto y aceptación de su padre, aunque él se mostrara indiferente a ella, despectivo con sus sentimientos, cruel en sus opiniones respecto a su apariencia y conducta. Incluso aceptó un compromiso con un hombre al que no amaba solo porque creyó que así conseguiría la aprobación paterna. Se convenció a sí misma de que había hecho bien, de que había elegido a un buen hombre para comprometerse y formar una familia. De que finalmente conseguiría el amor que su padre siempre le retaceó. Qué ilusa. Fue, por supuesto, otro error.

El camino que optó recorrer desde la infancia estaba plagado de espinas y sinsabores. En su andar, mientras luchaba entre la obediencia que debía y la rebelión que se retorcía en ella, le fue arrebatado el tiempo, el sueño y la tranquilidad.

Al morir, cayó de pronto en la cuenta de lo poco que había logrado para sí misma. Fiorella observó la lluvia caer. Podía escucharla sollozar en la ventana. La vio arañar el cristal. Sus emociones, una vez más, trepidaron hasta estrujarle en su pecho un dolor inconmensurable.

Ahora sé que en toda historia de vida hay páginas en blanco. Son páginas donde debieron plasmarse una miríada de instantes felices. En los últimos suspiros, al final de la existencia, son las más releídas y conmemoradas.

Unos pocos afortunados conseguirían garabatearlas por completo, llenarlas de regocijos e inolvidables alegrías. El resto de las personas, como yo, solo con la muerte descubrirían cuántas fueron despilfarradas. Me arrepiento de no haber reconocido los momentos que me habrían traído felicidad de haberme atrevido a vivirlos.

Una vez creí que la felicidad la encontraría al final del camino: después de superar obstáculos, de lograr mis objetivos, de sentirme fuerte y saberme triunfante en todo aquello que me había propuesto. Muy tarde descubrí que la felicidad está hecha de momentos que, cual perlas de cristal, son frágiles y efímeros. Se pierden. Se quiebran. Desaparecen.

Desearía haber vivido con intensidad cada momento de mi vida y así completar páginas enteras de júbilo. Ahora solo puedo contemplar páginas en blanco.

Fiorella tendió la mano. Sus dedos traslúcidos atravesaron la vela que titilaba sobre el alféizar de la ventana. Hacía un mes que había muerto. El cirio había sido encendido en su memoria. Tenía solo veinticinco años cuando perdió la vida. Pensaba entonces que luego de conseguir sus metas, que no eran suyas en realidad, encontraría el momento para hacer todo lo que en silencio anhelaba. Se

equivocó. Jamás imaginó que bien pronto le sería negada la posibilidad de intentarlo.

El tiempo no espera por nadie. Solo fluye, veloz, despiadado, indiferente, hasta difuminarse y desaparecer. Las oportunidades se pierden.

Fiorella admitió para sí que no se dio cuenta de que mientras se debatía, angustiaba y desvivía por complacer a los demás, su vida transcurría hacia un abrupto y triste final. Siempre dócil y reflexiva, temerosa de suscitar murmuraciones, intentó no decepcionar a su madre, evitó enojar a su padre y trató de no acongojar a su abuelo. Nunca imprudente ni impulsiva, quiso ser una buena hija y una nieta filial. Así dejó pasar la vida: tratando de complacer a todos, sin complacer a nadie en realidad, mucho menos a sí misma.

Fiorella percibió en su ser la intensidad de la amargura. La tristeza y la aflicción se hacían intolerables por momentos. Le dolía demasiado. Echó un vistazo alrededor. Notó la oscuridad inminente. Cuanto más cerca se hallaba, más profundo se hacía su pesar. Más que la antesala a la muerte, esa oscuridad es el infierno, pensó. Allí convergen todos los miedos, se reproducen una y otra vez cada error cometido, se recuerdan sin cesar una a una las afrentas hechas y los agravios recibidos. Retrocedió un paso y luego otro. Ya había comprendido que, cuanto más se distanciara de la yerma oscuridad, más se aliviarían las emociones de sus quejas pasadas.

Miró su entorno, en un vano intento de distraer la atención de esa cosa que la acechaba. El recinto no era de su agrado. Le resultaba asfixiante, aunque muy pocos muebles se habían distribuido en el salón. Un escritorio de caoba y un par de sillas a juego, una estantería atestada con un sinfín de libros y documentos, una mesa de licores tallada de forma intrincada junto con el sillón junto a la chimenea constituían todo el mobiliario con el que contaba la habitación que hacía a la vez de biblioteca, oficina y recibidor. La estancia daba la impresión de estar atiborrada. Los pesados cortinones de terciopelo purpúreo que enmarcaban las ventanas, la

antigua alfombra color granate y los listones de madera que vestían las paredes le resultaban muy desagradables.

Fiorella dirigió la vista hacia el hombre que contemplaba la lluvia a unos metros de distancia. Bajo la penumbra amarillenta que creaba la luz del candil sobre el rincón junto a la chimenea, Juan Ignacio Dávalos estaba sentado en un sillón.

La mitad de sus rasgos se ocultaban en la sombra, el resto del rostro estaba contorneado por la ligera luminosidad del fuego. El pelo le caía lacio sobre los hombros, enmarcando un aspecto sombrío. Los ojos verdes habían adquirido el color del oro viejo debido a la luz de las llamas. Al haberse despojado de la chaqueta y la corbata, su natural atractivo se veía subrayado por la dejadez en la postura, la barba incipiente y el atuendo sencillo; un atavío que permitía vislumbrar entre los pliegues la broncínea tonalidad de la piel y el oscuro vello que se rizaba en el pecho bajo el tosco tejido de la camisa.

Él se había dedicado a observar la lluvia en silencio, los ojos opacos fijos en la noche que parecía sería eterna desde que el crepúsculo se difuminó con la llegada de los oscuros nubarrones de tormenta. A medida que la lluvia arreciaba, el tenue fulgor que despedía su piel se hacía por momentos más fuerte, prometía en silencio cobijo y protección.

Fiorella contempló la luz que se desprendía de él. Nadie más parecía notarla. Atraída por la calidez, pronto comprendió que la feroz oscuridad que amenazaba su existencia y se materializaba a su alrededor cada vez que se alejaba del señor Dávalos, se veía repelida por esa luz que él ostentaba. Cuanto más cerca estuviera de Juan Ignacio, menos oscuridad habría.

Fiorella se deslizó hacia él. Su vuelo vertiginoso, imperceptible para los mortales, la alejó de la penumbra negra que pretendía capturarla, de la oscuridad atroz que esperaba que cometa un descuido, de esa cosa que insistía en amenazarle la existencia. Aunque reticente, admitió para sí que estaba a salvo junto al hombre. Se sentó en el aire y observó a aquel que en vida había

despreciado. Él estaba hundido en su quebranto, en el tormento de sus propios pensamientos. Con los ojos velados bajo el abanico renegrido de las pestañas, no había ninguna expresión en esa cara que revelara el cariz de sus emociones.

Fiorella no imaginó en qué pensaría hasta que él volvió sus ojos enrojecidos hacia el fuego.

—Un mes —susurró.

Ella primero se sorprendió. Luego, la tristeza la asoló. Esa voz masculina y profunda que otrora le parecía aterciopelada, incluso seductora, se había vuelto fría a causa de la desolación. Había perdido todo vestigio del encanto que una vez tuvo. Ahora, en la penumbra de la soledad infinita, después de adquirir la aspereza de la tristeza reprimida, del dolor imperturbable, de incontables noches sin dormir, resonaba en el silencio ronca y lóbrega, de alguna manera, también desalmada.

Fiorella se encontraba al amparo del calor que despedía el cuerpo de Juan Ignacio. Los frunces de encaje que adornaban el ruedo del vestido le ocultaron los pies descalzos. Se inclinó y apoyó el mentón en la mano.

Juan Ignacio apoyó, a su vez, la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos un instante. Se presionó el entrecejo con dos dedos e inhaló profundamente. La boca se le curvó en un rictus amargo.

Un relámpago iluminó la estancia. La platinada luminiscencia cinceló por un instante el contorno de las contraventanas, los pliegues de las cortinas y el reborde de los muebles. Un trueno reverberó en el silencio. La lluvia abofeteó con brutal violencia el tejado. El viento aulló bajo el alero, silbó en el pasillo y suspiró quedo al colarse debajo de las cortinas. La vela tembló. El etéreo esplendor que desprendía estaba pronto a desaparecer.

Fiorella miraba a Juan Ignacio. Ajeno a la borrasca que arreciaba, lo vio inclinar la cabeza, murmurar su nombre entre dientes. Entonces ella dijo:

—Es muy tarde ya. Debería ir a descansar, señor Dávalos.

Por supuesto, él no respondió. Juan Ignacio no podía escucharla, era incapaz de percibir su presencia.

Él abrió los ojos, volvió la vista hacia la ventana. La llama palpitante de la vela se reflejaba en el cristal junto a su rostro huraño, desprovisto de toda sutileza.

Fiorella unió las manos sobre la falda y contempló sus dedos largos y delgados, muy pálidos. Recordó el poderío de esa mirada cuando se hallaba en su cercanía. Él parecía incapaz de apartarse de ella, siempre atento a cada una de sus palabras y gestos. La observaba detenidamente. Como si quisiera grabarse en el alma cada trazo de sus rasgos y maneras.

A pesar de esa sonrisa a medias tan suya, burlona y exasperante, en sus ojos había seriedad. Tenía sobre ella la avasallante atención de un depredador. Fiorella era plenamente consciente de él. Porque se sentía como la presa de una bestia que la observaba desde la espesura. Juan Ignacio la hacía sentir nerviosa e inquieta. Lo percibía no como un caballero, sino como un animal, un lobo, un macho agresivo profundamente peligroso que seguía sus pasos poco a poco con el objetivo de arrinconarla hasta hacerla suya.

Se decía a sí misma que la disgustaba su descaro, su insufrible personalidad tiránica. Pero en realidad, la contrariaba la sensación de estar indefensa que la invadía en su presencia.

En vida, se exigió a sí misma hallar la manera de mantenerse alejada de él. Jamás imaginó que se convertiría en un espectro que penaría a su alrededor en busca del cobijo de la luz que despedía su ser.

Juan Ignacio apartó la mirada de la tormenta que se arrellanaba sobre la ciudad y presionó con fuerza la palma de la mano sobre una pierna, por encima de la rodilla. Sus nudillos se pusieron blancos por apretar con fuerza a través de la tela del pantalón el tejido cicatricial grueso y abultado que le deformaba el muslo.

Fiorella lo miró. Imaginó que el frío de la noche había endurecido sus músculos, debía de provocarle dolor.

Juan Ignacio se puso de pie con dificultad, atizó el fuego y contempló las llamas que danzaban entre los leños. Fiorella le siguió la mirada. ¿Qué vería él? Juan Ignacio levantó las comisuras de los labios en una sonrisa que no le llegó a los ojos. Dejó el espetón de hierra junto a la chimenea con un ademán casi irascible, se volvió y cruzó la estancia en dirección al zaguán.

De pronto, algo jaló de ella. Fiorella ya estaba familiarizada con la sensación, había comenzado a acostumbrarse. Se dejó arrastrar por las cadenas invisibles que la ataban a él y flotó a la saga, sin dejar de quejarse entre dientes de su suerte.

Luego de haberse convertido en un espectro, ni siquiera tenía la libertad de elegir dónde penar. Mientras se deslizaba en el aire a través del pasillo, miró en rebeldía los estremecimientos de la araña de cristal que colgaba del techo, la titilante luz de las velas, las sombras que se alargaban sobre las paredes desnudas.

¿Cuál era el propósito de ser un fantasma alrededor de Juan Ignacio?, se preguntó por centésima vez. ¿Acaso Dios había decidido castigarla por sus pecados, la habría condenado a permanecer junto a un hombre imposible hasta que purgara todas sus faltas?

La fluorescencia de un relámpago se infiltró en el recinto a través de los amplios ventanales de la galería. Iluminó las habitaciones en desuso que se hallaban a ambos lados del pasillo, los paños que cubrían con su oscuro crespón los espejos y el suelo de granito. Los cimientos de la casa parecieron temblar con el tronar de la tormenta. Fiorella fijó la vista en la espalda de Juan Ignacio con un atisbo de confusión en sus ojos. Cuando él giró hacia un estrecho corredor, su duro perfil se recortó contra la penumbra gris del pasaje. En su expresión se reveló por un instante una infinita agonía. Debía de estar recordándola. Siempre ponía esa expresión cuando pensaba en ella.

Fiorella de pronto intuyó que su conversión a espectro estaba relacionada con él, pero no conseguía adivinar cómo ni por qué. ¿Cuál era la utilidad de permanecer junto a él, si Juan Ignacio no podía verla, oírla o percibir su presencia? Para obstinarse en su

inocencia, rememoró sus pecados. Había sido arrogante e impulsiva, sí. También soberbia. Pensó en su vida, revisó sus recuerdos. Reconoció que había actuado en muchas ocasiones con descuido y en más de una ocasión había herido con sus gestos y palabras a otros.

Sus pecados eran muchos, todos ellos se relacionaban con deseos mundanos. Ahora dudaba: ¿se había conducido como una buena persona? Oh, claro que sí. Al menos lo había intentado. Hacía caridad. Siempre que hallaba el tiempo, llevaba la palabra del Señor a los infortunados. Jamás había abusado de mentiras y engaños. Siempre que había omitido la verdad o había pergeñado falsedades habita tenido buenos motivos para hacerlo, y ni una de esas razones se había relacionado nunca con herir a nadie por malicia.

Fiorella se sumió en sus pensamientos. Una vez creyó, desde la inocencia, como creen todos los niños, que, según sus méritos y deméritos, en el momento de la muerte, su alma se dirigiría hacia el cielo en compañía de los ángeles o caería al infierno para sufrir los tormentos del diablo. Dios, pensaba, hojearía el libro de su vida, consideraría sus buenas obras y sopesaría las dañinas. Finalmente, decidiría cuál sería el destino de su alma, en base a todas sus acciones, pensamientos, deseos y esperanzas. Jamás imaginó que permanecería entre las negruras del purgatorio. ¿Tanto daño había causado, que debía por fuerza reparar el dolor infringido alrededor del señor Dávalos como un alma en pena?

Distraída, Fiorella atravesó una pared para apresurarse a alcanzar a Juan Ignacio, con el fin de evitar a la oscuridad que la seguía. Entonces reparó en donde estaba y se detuvo de forma abrupta en el aire, con los pliegues del vestido ondeando alrededor de sus piernas.

El viento saltó por la ventana del zaguán, recorrió el pasillo, sinuoso e intrépido, y se coló en el cuarto de baño por una rendija entre la puerta y la pared. La lámpara tembló bajo esa caricia audaz y su luz dibujó el contorno del lavamanos, del espejo junto al

armario empotrado, el reborde de la bañera de hierro fundido con patas, del grifo y los azulejos en la pared.

La joven dirigió los ojos hacia Juan Ignacio y el calor le encendió las mejillas. Él se desabrochó los botones del puño. Los anchos músculos de sus hombros y brazos ondularon bajo la piel broncínea al quitarse la camisa y dejarla caer al suelo, a sus pies.

Fiorella siguió sus movimientos, abstraída. Él se inclinó y abrió la válvula de la bañera. Ella miró su clavícula, el torso fuerte, el vello oscuro y rizado del pecho que se afinaba hasta desaparecer debajo del ombligo y la poderosa musculatura del abdomen. Cuando Juan Ignacio enganchó los dedos en la cintura de sus pantalones, ella soltó una exclamación y atravesó la pared de nuevo para huir de allí.

Ya en el pasillo, Fiorella se sentó en el aire, junto a la puerta, todavía con una incomprensible sensación de ardor en las mejillas. Vio la luz de un candil crear sombras en la pared. Al final del zaguán se había detenido la profunda oscuridad que la acechaba, siempre vigilante.

Ella dirigió hacia allí una rápida mirada y luego volvió la vista hacia la estrecha ventana que temblaba con la tormenta. Los postigos se batían con el viento, en tanto la lluvia salpicaba con sus lágrimas el alféizar y parte del suelo. El olor de la tierra mojada y la fragancia de las flores de invierno impregnaban el aire.

Poco a poco el calor que creía sentir en el rostro desapareció, al igual que la timidez. A pesar de su triste situación, una sonrisa insistió en tirar de las comisuras de sus labios hacia arriba. Por temor a experimentar momentos tan vergonzosos como lo vivido hacía un instante, en el pasado había sabido detenerse a tiempo en el pasillo. Solo podía culparse a sí misma por la distracción.

Fiorella elevó la mano en el aire y con la punta de los dedos siguió la danza de las sombras en la pared. Cada vez que el viento rugía entre los árboles, los arabescos se estiraban y sacudían. Recordó de pronto su infancia. Al llegar el verano, durante dos meses después de Navidad, su madre la llevaba a pasar la temporada estival en una

finca que su abuelo había comprado en el campo, en las cercanías de Santa Ana.

Pronto descubrió que en las afueras de la ciudad no había tantas reglas en el trato entre hombres y mujeres, ni normas tan rígidas en el vestir, ni mucho menos una distancia tan marcada entre los sexos. Las campesinas eran terriblemente abiertas al hablar de sus relaciones y quereres. De hecho, muchas de ellas actuaban de manera escandalosa, incluso descarada, cuando estaban interesadas en un hombre.

Los jornaleros tampoco se mostraban tímidos en el momento de la conquista y el cortejo, por lo que no resultaba sorprendente que una pareja pasara la noche afuera, entre los arbustos junto a la laguna, bajo la luz de la luna, en tanto la familia y allegados hacían la vista gorda.

Que del romántico paseíto resultara un embarazo ya era otro cantar, pero en tanto no hubiera consecuencias obvias de los encuentros furtivos, nadie se mostraba muy interesado en señalar a otros lo que debían o no hacer. Su madre había intentado protegerle la inocencia, la mantenía a buen resguardo dentro de los confines de la casona, en particular en las horas de la siesta y al caer la tarde, cuando los amantes tenían encuentros en la campiña, pero una niña pequeña, obstinada y vivaz era difícil de controlar, tanto más cuando Patrizia tenía sus obligaciones y debía controlar con detenimiento los libros de cuentas en compañía del administrador.

A pesar del empeño y cuidado de Patrizia, a muy corta edad, Fiorella ya había aprendido qué sucedía entre un hombre y una mujer en la intimidad. Escuchar a hurtadillas los comentarios de las sirvientas había resultado muy instructivo para el aprendizaje. Aunque confusa y sorprendida al principio, la información recibida había sido de lo más precisa.

Además, observar la conducta de los animales de la granja en época de apareamiento le había aclarado muchas dudas. Por supuesto, jamás le había revelado a su madre el saber adquirido,

caso contrario Patrizia la habría regañado y decidido no hacerse acompañar por ella al campo nunca más.

Fiorella sonrió. Siempre imaginó que descubriría los secretos del cuerpo de un hombre en su noche de bodas, con su marido. Nunca imaginó que el primer hombre desnudo al que vería sería al señor Dávalos, ni que ella estaría muerta.

Fiorella escuchó los sonidos provenientes desde el interior del cuarto de baño: el chorreo del agua al verterse, una salpicadura y finalmente el sonido inconfundible de un cuerpo al hundirse en la tina. Vaciló. Dudó una y otra vez. Incapaz de contenerse, se echó hacia atrás y metió la cabeza en el cuarto de baño a través de la pared.

Juan Ignacio estaba en la bañera con sus hombros enormes apoyados en el borde y las manos sobre los lados. Los brazos del color del trigo maduro destacaban en la penumbra, bajo la luz de la lámpara, con sus músculos abultados, fuertes y tensos. Tenía los ojos cerrados. Las cejas anguladas conferían reciedumbre a unas facciones ya duras. El cabello mojado estaba pegado a sus sienes, cuello y hombros, resaltaba las agrestes líneas del rostro. El torso ancho se elevaba apenas por encima del agua. Fiorella no se atrevió a mirar más allá. Envalentonada por su existencia incorpórea, se adentró en el recinto y flotó hasta detenerse junto al lavabo. Se sentó en el aire y apoyó el mentón en la mano. Dijo, reflexiva:

—No parece usted un caballero, señor Dávalos. Sé que no lo es, pero si deseara usted parecer uno, debería cortarse el pelo y rasurarse un poco. Con su corpulencia, ya tiene el aspecto de un púgil. Mírese, ¿trabajó acaso en los muelles alguna vez, cargó costales, quizá? Sépalo: sus músculos serían la envidia de cualquier estibador. Con ese pelo largo y esa barba de días, no debería sorprenderle que lo tildaran de salvaje.

Fiorella rio. Al instante, mientras se solazaba en el placer de decir aquello que había callado en vida, añadió:

—Aunque puede quedarse así si gusta. Se ve usted muy bien.

Observó en silencio la boca ruda del hombre. Él tenía los labios carnosos, bien definidos. Cuando sonreía, lo hacía hacia un lado, como si una burla se deslizara subrepticia allí. Siempre sonreía así en su presencia, en particular cuando se mofaba de sus arrebatos de mal genio. A veces incluso se carcajeaba. Ante su evidente enojo y frustración, él reveló una vez que le hacía gracia la obstinación de niña mimada, tanto más cuando insistía en llevarle la contraria a pesar de saberse equivocada. La encontraba muy divertida. De hecho, debía recurrir a todo su autocontrol para no tomarla entre sus brazos y arrebatarle el mohín con un beso, le dijo una vez. Reveló por fin que, cuando se hallaba en su cercanía, estaba feliz. Solo por estar a su lado. Aunque ella lo despreciara.

Fiorella presionó la boca y, después de un momento, confesó:

—Nunca lo desprecié, señor Dávalos. No realmente.

Ella flotó alrededor de la tina, buscó distraerse con los artículos de ajuar personal que veía en el entorno. Miró con más detenimiento el contenido de un armario. Vio una diversidad de utensilios masculinos en la encimera junto al espejo. De todos ellos, solo reconoció unos pocos: una navaja de afeitar y potingues de aseo personal, los demás le eran absolutamente desconocidos.

Juan Ignacio se movió en la bañera. Fiorella lo miró. Él se incorporó apenas. El pelo le cayó a los lados de su cara cuando se inclinó. La piel húmeda adquirió el color del oro bruñido bajo el resplandor de la lámpara. Los ojos verdes, muy claros, destacaban en la penumbra amarillenta. De pronto, se convirtió en una bestia marina detenida en la costa. Fiorella lo admiró a su pesar. Lo semejó a un poderoso tritón, lejos de su palacio bajo el mar, encallado entre las rocas.

Entonces la imagen se hizo añicos cuando él elevó una rodilla y presionó una mano contra el muslo. El dolor en su rostro resultó evidente. Fiorella titubeó un instante. Luego se acercó a él y se sentó en el aire, junto a la tina. Dijo:

—Debería seguir las indicaciones del médico, señor Dávalos. ¿Por qué insiste en padecer, cuando bien podría reducir el dolor con láudano?

Él apretó los dientes. Fiorella observó la piel oscura, las líneas blanquecinas, casi invisibles, que lo marcaban en los hombros y la espalda. Alguien lo había azotado hacía mucho tiempo. Con saña. En su infancia, quizás. Las heridas eran muy antiguas. También había en él otras cicatrices más nuevas: lesiones por cuchillo la mayoría, unas pocas, más pequeñas, inidentificables.

Ella fijó la mirada en la mano que presionaba la herida en su pierna. El tejido cicatricial arrugado, de bordes irregulares, engrosado y abultado se podía entrever entre los dedos. De una coloración diferente al resto de la piel, más oscura, se retorcía y elevaba desde la rodilla hasta la mitad del muslo. Tenía un aspecto tan desagradable que horrorizaría a cualquiera que lo viera, pero Fiorella solo pensó en que debía de serle terriblemente doloroso caminar con aquella cicatriz que le tiraba de la carne. En unas pocas ocasiones lo había visto apoyarse en un bastón. Él, por supuesto, no había reparado en que ella lo miraba. Sabía que se le dificultaba andar, y aun así se negaba a permitir que nadie, en particular ella, notara que tenía una discapacidad: era un hombre orgulloso.

—¿Cuánto dolor ha soportado usted debido a su propia obstinación y arrogancia? —suspiró Fiorella.

Ella sabía que el señor Dávalos había participado en la contienda contra el Paraguay, entre 1865 y 1869. Dirigió un buque de guerra.

—¿Era usted capitán? ¿Comandante tal vez?

Fiorella no recordaba la jerarquía correspondiente. Había prestado muy poca atención al historial de servicios, dolida como estaba por la muerte de su tío Ernesto. Cuando su abuelo debió enterrar a su único hijo varón, muerto en la ofensiva contra Paraguay durante el combate de Paso de Cuevas, ella no encontró importante saber más sobre el hombre que se había asegurado de que el cuerpo regresara a su familia, acompañado por sinceras condolencias. Pero sí supo, años más tarde, cuando su abuelo insistió en presentárselo, que el

señor Dávalos había resultado herido de gravedad en batalla, y que el accidente había provocado su retiro.

Juan Ignacio presionó las manos en los bordes de la tina y se puso de pie. Fiorella soltó una exclamación y cerró los ojos, avergonzada. Él salió de la tina y pasó a través de ella al dirigirse cojeando hacia el armario. Ella experimentó una sensación muy peculiar, extraña, pero no desagradable, cuando sintió como su ser incorpóreo era atravesado.

—¡Apresúrese y vístase, señor! —dijo, enojada.

Al considerar que el hombre todavía se encontraba desnudo, ella se incorporó y prestó atención a los ruidos del entorno, se encargó de mantener los ojos pudorosamente bien cerrados. La puerta del armario se abrió con un chasquido. Algo cayó al suelo. Fue levantado. El sonido casi imperceptible de una prenda al rozar otras quebró el silencio. Juan Ignacio con seguridad buscaba qué vestir. Finalmente, escuchó el sonido de pasos que se alejaban hacia la puerta.

Fiorella flotó hasta el pasillo y entreabrió los ojos con cautela. Vio al señor Dávalos regresar al salón, envuelto en una gruesa bata de baño. Su silueta se destacaba en la penumbra a causa del ligero resplandor que se despedía del cuerpo. Una vez más, la cálida luz que la protegía y acogía la guiaba hacia él. Ella lo siguió, preocupada.

Juan Ignacio cruzó el salón. El fulgor del fuego que todavía bailoteaba entre los leños en la chimenea se le reflejó un instante en la mirada cuando se acercó al escritorio. Fiorella lo vio abrir una gaveta tras otra, revisar el interior de todas ellas con dedos rígidos, impaciente, con la boca torcida en un rictus de dolor. El pelo húmedo le caía sobre los hombros. Ella se inclinó y le notó los ojos enrojecidos. Ansiosa, preguntó:

—¿Qué busca, usted?

Él se detuvo. En la segunda gaveta, debajo de un cúmulo de remitos de mercaderías, destacaba la culata de una pistola. La lustrosa superficie de metal plateado brilló bajo la luz del candil.

Fiorella se asustó.

—¿Señor?

Juan Ignacio curvó las comisuras de la boca hacia arriba. Quién sabe qué oscura reflexión cruzó por su mente. De pronto parecía burlarse de sí mismo. En su cara danzaban las sombras y el rojizo resplandor del fuego. Los ojos ambarinos del hombre, casi dorados, parecían refulgir en la penumbra. Ella trató de tomarlo de la mano, pero sus dedos solo arañaron el aire.

—¿Qué quiere hacer? ¡Señor Dávalos!, ¿en qué está pensando?

Él rio entre dientes. Cerró la gaveta con fuerza y abrió otra. Ella soltó un suspiro de alivio y lo reprendió:

—No debería asustarme así, señor. Eso no se hace, no es correcto.

Él rebuscó una y otra vez en el interior del cajón hasta que halló lo que buscaba. Por fin, sacó una pequeña botella de entre una pila de documentos y cuadernos de notas. Fiorella reconoció el medicamento recetado por el señor Arturo Piñeiro. El médico le había aconsejado que mitigara el dolor con láudano. Al considerar el constante padecimiento del paciente, el doctor solicitó a la botica que preparase un brebaje a base de opio y alcohol. La fórmula debía contener una cantidad considerable más de opio que de otras sustancias. La dosis a beber no debía ser menor, pero recomendó al señor Dávalos no excederse, porque la morfina incluida en la tintura de opio dosificada en mayor medida podía ser peligrosa para la salud.

Fiorella se mostró inquieta. Nunca consiguió imaginar por qué Juan Ignacio prefería padecer tan terrible dolor antes que seguir las directivas del médico. Él jamás había bebido el medicamento prescripto. Se limitó a arrojar la botella al interior de un cajón y allí la olvidó a propósito. No obstante, esa noche, al parecer, había decidido por fin beber la medicina. Juan Ignacio miró el láudano en su mano. Un relámpago desgarró los oscuros nubarrones que encapotaban a la ciudad con un zarpazo fluorescente. Su ceño se acentuó. Crispó los dedos alrededor de la botella e inhaló profundo.

De repente, él cerró la mano en un puño y lanzó el medicamento contra el alféizar de la chimenea. La botella crujió y se hizo añicos. Los trozos de vidrio cayeron al suelo, sobre la alfombra, con atroz estrépito, y desde allí reflejaron las llamas de la chimenea.

—¿Por qué…? —Fiorella ahogó una exclamación.

Juan Ignacio soltó un quejido. Cojeó hasta el sillón y se dejó caer en él. Apoyó la cabeza contra el respaldo y presionó las manos contra los apoyabrazos. Su ceño se acentuó. Sus ojos aciagos se fijaron en la vela que titilaba aun en el alféizar de la ventana. La mirada del hombre se tornó sombría, mientras que apretaba los dientes unos contra otros a causa del dolor.

—Un mes —dijo—. Un mes sin ti.

Capítulo 2

Una anciana caminaba despacio junto al margen de la acera. Su silueta se dibujaba gris y opaca entre la bruma y la sombría penumbra de la mañana. En la mano llevaba una biblia junto a un rosario. Del brazo le colgaba floja una delgada cuerda de cáñamo. Junto a ella correteaba un pequeño perro marrón ataviado con un listón rojo.

La dama se detuvo casi al final de la calle y alzó la mirada. La brisa le sopló en la cara. Vio al sol asomarse sobre el horizonte todavía adormilado. La luz de la estrella abrillantó los bordes irregulares de la noche que huía. La aparición, empero, fue efímera; bien pronto se ocultó entre los oscuros nubarrones que mantenían sitiada la ciudad. El ligero resplandor rojizo dorado pincelado en la lejanía se tornó nebuloso, lánguido. La mañana adquirió poco a poco una añeja tonalidad ocre sepia. Fue desolador.

La anciana alisó los bordes del chal y aseguró el broche que lucía en el hombro. El perrito tiró de la correa y comenzó a olisquear los hierbajos que crecían entre las raíces de un árbol en el borde de la calle. Aunque la lluvia había cesado poco antes del alba, el aire se sentía gélido. La calle umbría se veía solitaria, silenciosa. La velada quietud de la arboleda solo subrayaba el acongojado sosiego del día invernal que despertaba.

La anciana se estremeció y reemprendió el camino con lentitud. Llamó en voz baja al perro y tiró de la correa. El animalito la miró y agitó la cola con alegría al acercársele. De pronto irguió las orejas y fijó los ojos en la bruma. La dama siguió su mirada, cautelosa. Unos pasos resonaron en el silencio, alguien se acercaba con un andar pausado.

—Tranquilo —murmuró la anciana.

El perrito se ocultó detrás de su dueña, nervioso.

De repente, un hombretón sin sombrero y equipado con un pesado abrigo negro emergió de la niebla. El perro comenzó a gruñir. La corpulencia del transeúnte aterrorizó a la dama. Palideció todavía más al fijar los ojos en el rostro del desconocido. Se santiguó y, presurosa, tomó en brazos a su mascota y cruzó la calle.

El hombre se detuvo. En su fisonomía, se entretejían los delicados atributos de la madre, de ascendencia etíope africana, y los fuertes rasgos indígenas del padre, un guaraní de las tierras altas. Levantó la mirada hacia una casa en la esquina. Edificada con madera y piedras de un ligero tono azafranado, tenía un tejado con muy poca inclinación, a cuatro aguas; ventanales anchos, terminados en arcos; grandes persianas al estilo italiano y una entrada cubierta, circundada de arbustos. Era una vivienda muy elegante, al igual que las edificaciones de los alrededores. No destacaría entre las casonas vecinas de no ser por el aspecto ruin que conferían a la fachada las espinosas enredaderas que se aferraban con terquedad a los muros y las malas hierbas que crecían alrededor de toda la construcción. El aspecto descuidado del frente solo resaltaba la opresiva sensación de abandono y tristeza que provenía del interior.

Franco inclinó la cabeza. Eludió los esqueléticos dedillos de la enredadera que se retorcía hacia él. Empujó la verja y subió los pocos peldaños que lo separaban de la entrada mientras tiraba de unos gruesos guantes. Los tacos de las viejas botas aplastaron las hojas muertas que se habían amontonado en el pórtico por la noche, durante la tormenta. Tomó una llave de uno de los bolsillos del gabán y abrió la puerta. El vestíbulo se hallaba en penumbras, el resto de la casa en sombras. El silencio resultaba angustioso.

Un tenue haz de luz osciló sobre el suelo de granito. Proveniente de la ventana junto a la entrada, la claridad del día apenas consiguió colarse a través de los oscuros cortinones de terciopelo. El polvo se elevó, diáfano, en el albor.

Franco se quitó de los hombros el pesado sobretodo que lo protegía del frío invernal y lo colgó sobre el perchero de bronce que se hallaba en el recibidor, a unos pasos del umbral. El espejo reflejó unos ojos oscuros, muy negros, una quemadura de líneas irregulares que le cruzaba la mejilla desde el pómulo hasta el mentón, una nariz aguileña y una boca de labios prominentes. Sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió, procuró ocultar la llama entre los dedos. Se miró al espejo. El suyo no era un rostro atractivo, la quemadura que le desfiguraba la cara resultaba repelente: la mayoría no se atrevía a mantener la mirada en él. Como la anciana con la que se había cruzado al llegar. No obstante, según él, no resultaba demasiado desagradable a la vista.

Una espiral de humo se elevó en el aire. Enganchó el cigarro en una esquina de la boca mientras se adecentaba. Acomodó el cuello de la camisa, tiró de las arrugas del chaleco y se peinó el cabello con los dedos, quería alisar las puntas que el rocío de la mañana había encrespado. Llevaba como único adorno un crucifijo de plata, se podía entrever entre los pliegues de la camisa. No tenía por costumbre usar corbata ni otros atributos propios de un caballero, como un sombrero o un bastón. No había nacido en el seno de una familia prominente ni buscaba aparentar lo que no era y nunca sería. Se consideraba a sí mismo un hombre de campo, ni más ni menos.

Franco se dirigió al salón con su acostumbrado caminar lánguido. Empujó con suavidad la puerta entornada. Desde el umbral, examinó el interior de la estancia. Experimentó, y no por primera vez, la extraña sensación de ser observado. Desvió la mirada hacia los rincones, pero no encontró ninguna amenaza que justificara la inquietud que sentía.

Fiorella estaba sentada a sus anchas en el aire, con los codos sobre el regazo y el mentón sobre una mano en una postura que, de haberla adoptado en vida, habría recibido una severa reprimenda por parte de Agnes, su nodriza. La dama miró al visitante con curiosidad. Consideró que las facciones del hombre resultaban

interesantes. La quemadura que le marcaba la cara, en su opinión, no le restaba atractivo.

Ella se elevó. Los pliegues de la falda traslúcida flotaron, vaporosos y etéreos, en torno a sus pies descalzos. Sonrió al ver que, quien ya había encasillado como un asiduo visitante de la residencia, le devolvía la mirada sin saber que ella se encontraba allí. Dijo, risueña:

—Señor Yasuká, llegó usted muy temprano. Lo esperaba para las ocho, como siempre. ¿Acaso decidió madrugar hoy?

El hombre movió la boca, intranquilo. La brisa de la mañana se deslizó con un suspiro desde el vestíbulo hasta el interior de la sala. En la azulada penumbra, las sombras se removieron inquietas. Las cortinas corearon la danza con un lento vaivén. Se estremeció la lámpara que pendía de las vigas que se entrecruzaban en el techo. El leve temblor provocó un tintineo en los cristales colgantes.

Los leños en el hogar hacía mucho tiempo que se habían convertido en cenizas. En el alféizar de la ventana, quedaban los restos de una vela derretida sobre un candelabro de bronce. A través de los ventanales, la grisácea luz de la mañana consiguió colarse en el recinto, mas no logró extenderse más allá de la chimenea.

Franco le dio una chupada al cigarro, pensativo. Persistía en él la impresión de que alguien se encontraba allí, cerca suyo, atento a todo cuanto hacía. Era una idea ridícula, no obstante, observó la estancia con atención una vez más. Entonces reparó en la botella destrozada junto a los ladrillos de la chimenea. El contenido todavía humedecía el mármol que bordeaba el fogón. Fiorella siguió la dirección de su mirada y comentó:

—El señor Dávalos es muy obstinado, señor Yasuká. Debería amonestarlo con severidad. Muéstrese inflexible con él. Solo mírelo: pasó aquí la noche otra vez.

Por fin, el visitante volvió la vista hacia el caballero. Juan Ignacio se hallaba dormido en el sillón. Tenía el rostro oculto tras una cortina de pelo, que le caía lacio sobre las facciones.

Disgustado, Franco imaginó que su comandante había pasado la noche allí, como tantas otras veces en el pasado, cuando el dolor y el insomnio lo torturaban. Supuso que habría conciliado el sueño recién al amanecer, al amainar la tormenta, y se habría quedado dormido antes de poder regresar al dormitorio.

Se acercó despacio y examinó el aspecto del señor Dávalos con la naturalidad que da la costumbre. Lo notó pálido y demasiado delgado para su constitución. Solo una bata le cubría el cuerpo y estaba descalzo. Hacía frío. Frunció el entrecejo. Sería milagroso si sus heridas no se resintieran dadas las circunstancias, pensó.

Franco no era un hombre que se dejara avasallar por emociones. De hecho, quienes lo conocían dirían sin contemplaciones que era bastante frío. De niño afrontó miserias, hambre y desprecios. En su juventud forjó carácter con las aflicciones que brinda la pobreza y la rebeldía de quien se niega a vivir de rodillas. Se batió a duelo a facón, como la mayoría de los hombres. En más de una ocasión, por honor. En dos oportunidades, por diversión. De uno de los encontronazos al amanecer, se llevó como recuerdo la quemadura que le marcaba la cara: un ataque a traición con una antorcha encendida.

Después, como guardiamarina a bordo del vapor de guerra Centinela, bajo las órdenes del comandante Juan Ignacio Dávalos en la guerra contra el Paraguay, había aprendido a mantener un férreo control sobre sí mismo. Había que despojarse de toda emoción para resistir al enemigo en batalla. Aprendió a mostrarse calmo cuando la muerte lo enfrentaba. La ira no debía controlarlo, y nunca lo había hecho, ni cuando la derrota lo escupió en la cara.

Pero en ese momento sintió que la cólera le estrujaba las entrañas. Con vocación de servicio a la patria, una vez custodió las costas de la depredación extranjera, reafirmó así en él los valores que sus padres le habían inculcado desde la niñez. Fue ascendido y batalló en la guerra junto al comandante Dávalos. Nunca había dudado ni de la inteligencia ni de la sagacidad de uno de los hombres más fuertes y honorables que había conocido, a quien

consideraba un héroe, además de un gran estratega militar; no obstante, al verlo así, incluso dudaba de su cordura.

Franco se acercó al señor con la intención de despertarlo. Pretendía ayudarlo a regresar al dormitorio; obligarlo si el caballero se mostrara difícil con él. Iba decidido incluso a amonestarlo por descuidar así su propia salud. Entonces notó la postura de la mano. Juan Ignacio mantenía presionada la herida con los dedos crispados.

El caballero no dormía, descubrió. Se fijó en el rictus de dolor que le tensaba la boca. Estaba sufriendo. Fiorella lo miró, seria. Susurró:

—La situación es muy mala, señor Yasuká. No se siente bien; está muy adolorido. Pasó muy mal la noche.

Franco se detuvo. El comandante había resultado herido al salvarle la vida en combate. Pudo haber muerto en la línea de fuego a causa de su propio descuido. Tenía con él una deuda impagable. Cuando el caballero solicitó retirarse por discapacidad, él decidió acompañarlo en la convalecencia y recuperación.

El señor Dávalos siempre sería su comandante, también un amigo. Se asentó en la ciudad de Corrientes. Permaneció lo más cerca que pudo, a pesar de que el señor Dávalos prefería la soledad a su compañía, y en más de una oportunidad le había asegurado que nada le debía, además de exigirle que se fuera, que regresara a su pueblo natal, que continuara con su vida mientras él se ocupaba de reencauzar la suya.

Franco insistió en quedarse, a pesar de las quejas y desavenencias de Juan Ignacio. Buscó para él a los mejores médicos hasta encontrar al más dedicado: el doctor Piñeiro. Examinó los fármacos más eficientes del mercado recetados para aliviar el dolor de las heridas por metralla, y como ninguno de ellos lo satisfizo, halló en Agostina Hernández; una experta herbolaria, la ayuda que precisaba.

El señor Dávalos por fin se acostumbró a tenerlo alrededor como si fuera un asistente, pero nunca mostró un gran interés en su propia recuperación. Porque él sabía que nada detendría el dolor que

le causaba la monstruosa cicatriz que le había deformado la carne, ni le devolvería la total movilidad a su pierna herida.

Al verlo torturarse día tras día, Franco se debatía entre la angustia de saberse causante de semejante aflicción y la esperanza de encontrar la manera de convencerlo de continuar con la rehabilitación. Pensó que nada conseguiría persuadirlo, hasta que el señor Dávalos conoció a la señorita Fiorella Celabert. Entonces el caballero comenzó a escuchar con atención las directivas del médico, a seguir el tratamiento indicado con asiduidad, sin rechistar, a realizar los ejercicios recomendados por la señorita Agostina y a beber a tiempo la medicina suministrada.

Franco bajó la mirada. Vio los dedos del caballero contraerse con fuerza contra el muslo. Recordó haberle preguntado el porqué del cambio de actitud una noche mientras cenaban. En aquel momento, el señor estaba sentado a la mesa, con una copa de vino en una mano. Los dedos, largos y delgados, se veían muy pálidos.

—Ansío el amor de la señorita Celabert. Deseo su respeto y por qué no, también su admiración —dijo. Curvó la boca en una sonrisa ladeada—. No quiero avergonzarla con mi discapacidad.

—Señor, es usted un héroe de guerra. Cualquier mujer se sentiría honrada con sus atenciones.

—Ella no es cualquier mujer.

—¿Cree que le será difícil conquistarla?

—Muy difícil.

—¿Por qué lo dice?

—Está cubierta de espinas —declaró—. No confía en mí.

Franco rememoró sentirse complacido al pensar que su comandante tenía un objetivo, que tendría una esposa, un hogar, una familia que lo apartaría del dolor y la oscuridad, que finalmente conseguiría olvidar el horror vivido durante la guerra.

Demasiado pronto, la ilusión se quebró e hizo pedazos.

La dama despreció las atenciones del señor Dávalos. Rechazó sus sentimientos. Incluso se comprometió con otro hombre. El señor perdió todo el interés en recuperarse. Se negó a escuchar las

sugerencias del médico y las advertencias de Agostina.

Tuvo la posibilidad de someterse a una cirugía para quitarse la deforme cicatriz de la pierna y aliviar así las molestias que le causaba, pero él se limitó a ignorar de manera deliberada cualquier recomendación, amargado como estaba por el desamor de la dama.

Cuando la señorita Celabert falleció, Franco tuvo la certeza de que si no vigilaba al comandante de cerca, él tomaría la decisión de seguir a esa mujer incluso en la muerte.

Juan Ignacio presionó las manos sobre los apoyabrazos del sillón y se incorporó.

—Señor Yasuká —dijo con frialdad—. No sé por qué no me sorprende que esté aquí tan temprano en la mañana.

—¿Será porque encuentro muy agradable su compañía, comandante? —Franco disimuló la preocupación debajo de una sonrisa indolente.

—Mi compañía no le resultará muy edificante el día de hoy.

—Es posible.

—Regrese con su esposa, señor Yasuká.

—Si se va, señor Yasuká, él se quedará aquí todo el día —dijo Fiorella.

El guardiamarina rio entre dientes. En su mirada no había humor precisamente, sino una turbación que pronto desapareció.

—Fue mi esposa quien me ordenó que viniera a echarle un vistazo, comandante —dijo, todavía con el cigarro en la esquina de la boca—. Si tiene alguna queja, es libre de ir y presentársela a ella. A ver si le hace más caso que a mí, y la convence de que no precisa de mi supervisión. Agostina es una mujer muy terca, le sugiero que piense en los fundamentos adecuados para mantenerme lejos, o lo ignorará como hace conmigo.

Juan Ignacio no respondió. Se limitó a mirarlo fijo. Los ojos se veían gélidos, amenazantes.

Años atrás, una mirada como esa habría atemorizado a todo un plantel de soldados bajo la línea de fuego. Franco se habría echado a temblar al instante de percibirla sobre sí mismo. En ese momento

solo le causó gracia.

—¿Comió algo? —preguntó, como al pasar.

—No.

—Tampoco yo. ¿Qué quiere desayunar, señor? Prepararé alguna cosa. Podríamos compartir la mesa, ya que estoy aquí.

—No tengo hambre.

—¡Oblíguelo a comer! Ha perdido peso en las últimas semanas. Se enfermará si continua así. No puede permitirlo, señor Yasuká —ordenó inflexible Fiorella con un mohín.

El visitante arrastró una silla frente a la chimenea y se sentó. Apoyó los codos sobre las piernas y se inclinó hacia adelante.

—Una lástima —dijo con desparpajo—. Debería volver a probar mi artesanía, comandante. He mejorado. Mis habilidades culinarias son muy elogiadas en los últimos tiempos.

Juan Ignacio lo miró fijo, sin hacer ningún comentario.

—A mi esposa no le gusta cocinar— continuó Franco, imperturbable—. Sabe, pero afirma que es una pérdida de tiempo. Prefiere pasar gran parte del día en las afueras de la ciudad, recolectando hierbas medicinales. Cuando era soltera se acostumbró a alimentarse de frutas y verduras que no requieren cocción. Su tía abuela toleró esas tonterías por mimo. Pero yo soy su marido. Tengo que alimentar a mi mujer como corresponde —Franco hizo una pausa—. Debería dejarme preparar un par de platos para usted, comandante. Le aseguro que no se arrepentirá.

Juan Ignacio frunció el entrecejo ante la insistencia.

—No tengo hambre —repitió.

Franco hizo un gesto de impaciencia. Se recostó contra el respaldo de la silla y estiró las piernas. Fijó en el otro hombre toda la atención de sus ojos negros.

—¿Pasó usted aquí la noche? —quiso saber. El tono jovial había desaparecido. En su expresión solo había seriedad.

Juan Ignacio no respondió.

—Imagino que sí. —Franco le dio una lenta chupada al cigarro—. ¿Lo importunó la pierna otra vez?

Juan Ignacio apretó la boca.

—Hable conmigo, comandante. ¿Por favor?

—Quiero estar solo.

Franco ignoró la respuesta.

—Supongo que el dolor en esta ocasión fue más intenso —añadió —. El frío y la humedad no le hacen bien, señor. Debería quedarse en cama. Mejor si es con el fogón encendido. Agostina le recomendaría incluso una friega con una mixtura de hierbas. Hablaré con ella para que le prepare algo.

—Es inútil —confirmó Juan Ignacio. El velo de las pestañas le ocultó la expresión de los ojos.

—¿Qué sucedió con el láudano, comandante? —preguntó—. El doctor Piñeiro dijo que la dosis recetada calmaría las molestias. ¿No funcionó o ni siquiera probó beberlo?

—¿Importa?

Franco enarcó una ceja.

—¿Piensa mostrarse difícil conmigo? —preguntó—. Le advierto: no me obligue a traer a Agostina aquí…

—No.

—¿No, qué?

—No bebí.

—¿Puedo saber por qué?

—Quisiera conocer a su esposa, señor Yasuká. Debe de ser una mujer formidable. Tráigala con usted la próxima vez que visite. Creo haberla visto una vez, lamentablemente no fuimos presentadas — dijo Fiorella con expresión divertida:

Juan Ignacio dirigió la mirada hacia la vela derretida. Los ojos verdes adquirieron la tonalidad del ámbar al reflejar el endeble resplandor del día. Franco fumó despacio, paciente.

—Solo así… —Juan Ignacio presionó la mano sobre la herida de la pierna—, sé que no perderé el juicio.

Fiorella bajó los ojos. Una voluta de humo se elevó en el aire.

—Comprendo. —Franco metió el cigarro entre los labios.

Vio al comandante volver la mirada dura hacia él. Los ojos se habían oscurecido con una intensa emoción.

—¿Comprende, señor Yasuká? —preguntó Juan Ignacio en voz baja.

—Sí, señor.

—¿Realmente?

—Realmente —confirmó Franco—. Tengo una mujer. Agostina es mi vida. Si la muerte me la arrebatara, no puedo imaginar qué haría.

—Señor Yasuká —dijo Juan Ignacio tras golpear dos dedos sobre el antebrazo del sillón—, ¿no tiene otra cosa que hacer, además de importunarme?

—La verdad, no —respondió Franco, divertido.

—Váyase.

—No me pida eso, señor Dávalos. Sabe que no me iré.

Juan Ignacio se mostró contrariado. Franco adoptó una posición confortable. Como si estuviera en la comodidad del propio hogar, cruzó las piernas y se dedicó a disfrutar del cigarro. Desvió la mirada hacia los documentos que, obviamente, no habían sido revisados desde que él los había dejado sobre el escritorio la mañana anterior.

—Thaddeus Dávalos me envió un mensaje a través de su administrador —dijo después de un momento.

—¿Qué quiere el viejo? —preguntó con una mirada insondable.

—Es su padre, señor Dávalos. Respételo —le recordó Fiorella en voz baja.

Franco se sintió satisfecho. Sabía que Juan Ignacio no se quedaría indiferente al escuchar ese nombre.

—Solo quiere saber si ha encontrado usted algún problema en la administración de los bienes de su hijo.

—¿Le preocupa que me quede con las propiedades del precioso heredero?

—Claro que no, comandante. El caballero confía en usted. —Franco evaluó qué palabras serían convenientes decir. Cuando encontró las adecuadas, añadió—: Supongo que el señor Thaddeus está preocupado por usted.

—¿Le parece posible, señor Yasuká?

—Es usted su hijo, después de todo.

—Lo olvidó durante mucho tiempo.

Franco observó la punta del cigarro, pensativo.

—Señor, ¿le guarda rencor? —preguntó en un susurro.

Nunca antes se había atrevido a hacer una pregunta semejante. Pensó que quizá debería retractarse y cambiar de tema. Mientras consideraba qué decir, vio al señor Dávalos volver el rostro a un lado y mirar las cenizas junto a los leños en la chimenea.

—¿Quiere escuchar una historia, señor Yasuká? —dijo—. Es un poco aburrida, en realidad, pero quizá pueda encontrar algo de entretenimiento en ella.

Fiorella flotó en el aire hasta acurrucarse cerca del señor Dávalos, junto al sillón. La luz que lo envolvía la atrajo con su calidez y esplendor. Franco se acomodó en el asiento.

—Lo escucho, comandante —dijo.

—En un pueblo muy pequeño, casi aislado, nació un cachorro de lobo en una noche sin luna —comentó. No había emoción en su voz, simplemente exponía un hecho mientras miraba por la ventana—. Nació en la vergüenza y creció escuchando su nombre en las habladurías. Lo llamaban bastardo. Lo repudiaban por las circunstancias de su nacimiento. A su madre, Rossana, la despreciaban con las palabras más ofensivas, le recriminaban el honor que perdió y también el haber actuado con impudicia. Habrían preferido que jamás regresara al pueblo. O que se deshiciera del niño antes de volver a refugiarse con sus padres.

—Eso es muy cruel —musitó Fiorella con el ceño fruncido.

—¿Era muy joven su madre, señor? —preguntó Franco, que mordía el cigarro con el costado de la boca.

—Rossana tenía dieciséis años cuando se descubrió preñada.

—¿Fue un error?

—Creyó en las promesas de amor de un hombre casado.

Fiorella se mostró disgustada.

—Era una inocente. —Franco se estiró y tomó un cenicero del alféizar de la chimenea—. ¿Fue muy dura la vida de su señora madre al regresar a su casa natal?

—Los padres la relegaron a un rincón de la finca —dijo Juan Ignacio—. Debió vivir en una choza, lejos del resto de la familia. La porqueriza se encontraba justo a un lado, el gallinero detrás. Cuando nací, le dieron una parcela para que la trabaje. Todavía la recuerdo con la espalda encorvada bajo el sol abrasador, la falda recogida y los pies descalzos hundidos en el barro mientras rompía la tierra para la siembra. El trabajo duro acabó con su belleza. Los buenos sentimientos que pudo haber tenido desaparecieron con el hambre y el frío. Con el transcurrir del tiempo, Rossana se convirtió en una mujer amargada, resentida. Culpó al cachorro de lobo de todas sus desgracias. Si él no hubiera nacido, podría tener otra vida, dijo en más de una ocasión. Con los años agregó: debió haber estrangulado al niño al parirlo.

—Usted era un inocente, señor Dávalos —señaló Fiorella luego de una vacilación.

—Entonces comenzaron los golpes —adivinó Franco tras quitarse el cigarro de la boca.

—Sí.

Franco bajó la mirada. Había visto por primera vez las cicatrices que marcaban el cuerpo del señor al asistirlo después de que recibiera la metralla en su lugar. Eran cicatrices muy viejas, recibidas en la niñez, había pensado.

—¿Fue su madre la causante de sus heridas? ¡Esa mujer debió cuidar de usted, protegerlo, amarlo! ¿Cómo pudo lastimarlo así? ¿Por qué le pegaba?, ¿qué razones puede haber para que una madre torture así a un hijo? —preguntaba Fiorella horrorizada.

Juan Ignacio miró al guardiamarina en silencio. Después de un instante, uno de los lados de la boca se curvó hacia abajo.

—Me golpeaba cuando debía mendigar a sus padres por unas sobras de comida —dijo—. Cada vez que se veía obligada a suplicar por ayuda. Al necesitar abrigo, leche, un poco de carne. En cada

ocasión en la que le recordaban el pecado que había cometido y era humillada tanto por vecinos como por parientes. Hubo un momento en que ya no precisó de razones para usar la fusta con el bastardo.

—¿No conoció a su padre en su infancia, comandante?

—No. Rossana nunca me dijo su nombre ni ella intentó buscarlo.

—¿Él sabía de su existencia?

—Thaddeus jamás se interesó por saber qué había sido de la criada que desvirgó.

—No supo de usted —concluyó Franco—. Su madre no le habló del embarazo.

—Habrá caído en la cuenta de que al señor Thaddeus le importaría muy poco el crío que engendró con una criada, y prefirió callar a buscarse un conflicto con el caballero —opinó Fiorella.

—Esa vieja bestia escuchó de mí cuando cumplí ocho años —reveló Juan Ignacio con una sonrisa sin humor—. Mi parecido con él llamó la atención de un hacendado, dueño de unas tierras en las afueras de mi pueblo. Se comentó por casualidad mi existencia en un juego de naipes en un club de la ciudad. Thaddeus Dávalos no dudó de que fuera un hijo suyo el cachorro de lobo que correteaba en la espesura. Pero no quiso conocerme, no había ninguna conveniencia en hacerlo. El único niño al que estuvo dispuesto a darle atención fue al legítimo heredero, el hijo que dio a luz su esposa.

—Comprendo.

—Señor Yasuká, me preguntó usted si le guardo rencor a Thaddeus. Puedo decirle que no. Con sinceridad, ya no. Las cuentas fueron saldadas hace mucho tiempo.

—Pero llegó a odiarlo —concluyó Franco en voz baja.

Sería comprensible, pensó. El señor vivió en un infierno de golpes y desprecios creado por Rossana y sus parientes maternos. El padre pudo haberlo rescatado del abismo, y no lo hizo.

Juan Ignacio recordó la rabia que, mientras crecía, bullía dentro suyo: lo quemaba, era monstruosa, avasallaba cada sentimiento que se atreviera a anidar en su pecho para volverlo repugnante. Se sabía

hijo de un hombre poderoso. Debió haber disfrutado de lujos y privilegios. En vez de eso, padecía cada día con las constantes azotainas de Rossana, con el hambre que le constreñía las entrañas y el frío que lo calaba hasta los huesos a través de los remiendos de la ropa.

—Odiaba a mi padre, sí —admitió con frialdad.

—No se atreva a sentirse culpable por haberlo odiado. Usted no es un santo. No está obligado a perdonar, mucho menos a olvidar —le recordó Fiorella.

—Nadie lo culparía —apuntó Franco, que observó una voluta de humo que se elevaba en la penumbra.

—¿Quiere saber cómo sigue mi historia, señor Yasuká? —preguntó.

Franco asintió.

—Rossana perdió la razón poco a poco —dijo Juan Ignacio, cortante—. Se volvió inquieta y ansiosa. Comenzó a recelar de los demás, a creer que todos quienes se acercaban a ella deseaban lastimarla, yo mismo incluido. Con el tiempo, habló de los demonios que se ocultaban en las sombras, se creía acechada. Decía que querían arrastrarla al infierno con ellos. Entonces reclamaba ver a mi padre. Decía que solo él podría ayudarla. En medio de la confusión, creía tener quince años otra vez, la edad en que lo conoció. Afirmaba que su amante la amaba, que en cuanto consiguiera deshacerse del control de su familia, vendría a buscarla y la rescataría de los espantos que la perseguían. Delirante, afirmaba que el caballero la amaba y la protegería de todos los que ansiaban verla muerta. Muchas veces me desconoció y confundió con uno de los diablos a los que tanto temía.

—¿Lo lastimó, señor? —preguntó.

Juan Ignacio no respondió, pero la expresión en el rostro confirmó la sospecha.

—¿Nadie lo protegió? —preguntó Fiorella incapaz de contenerse—. ¡Era solo un niño, por Dios!, ¿por qué sus parientes lo dejaron ocuparse de una mujer que, obviamente, había perdido la razón?

¡Debían cuidar de usted, no permitirle pasar por ese infierno!

—Yo intenté convencer a mis abuelos de que buscaran ayuda para Rossana, pero no recibí más que insultos y golpes —dijo Juan Ignacio con frialdad—. La hija demente los avergonzaba con tantos gritos y alucinaciones. La encerraron en una choza maloliente para mantenerla a salvo, dijeron. Tapiaron las ventanas. Cerraron la puerta. Yo debía cuidar de Rossana: alimentarla, vestirla, limpiarle la mierda. Tenía que asegurarme de que no huyera. Siempre atento, listo para escapar de sus manos cuando veía en mí a los monstruos que la perseguían.

—¿Qué edad tenía usted, comandante?

—Diez años.

—Un niño todavía.

—Jamás fui un niño, señor Yasuká —dijo Juan Ignacio; puso énfasis en cada palabra—. Los vecinos hablaban de mí como el hijo de la loca. Me alejaban a piedrazos, como si pudiera contagiarles la locura de Rossana. Empecé a liarme a golpes con quienes se atrevían a ofenderme. El cachorro de lobo comenzaba a morder.

—Es comprensible.

—Mis abuelos me consideraban un perro rabioso, mis vecinos una amenaza y mi madre un demonio más.

Juan Ignacio observó el día a través de los ventanales. Vislumbró, por un instante, en el cielo, justo detrás de la torrecilla de la iglesia, una ligera luminosidad. El sol emergió, redondo y brillante, cual moneda de plata añeja, y alumbró los bordes agrestes del nubarrón que retenía cautiva su luz. Al instante volvió a zambullirse en su escondrijo.

La voz del señor Dávalos resonó en el silencio con suavidad al añadir:

—Había tanta furia en mí que a veces creí que me volvería loco también, al igual que Rossana.

Fiorella apretó las manos sobre la falda. Franco deslizó un dedo sobre el borde del cenicero.

—¿Cuándo decidió encontrarse con su padre, comandante? —preguntó, y se arrepintió al instante.

Pensó que no debió haberlo interrogado. Temía que el comandante lo encontrara molesto. El señor Dávalos nunca había hablado con él y, por lo que sabía, con nadie más sobre sí mismo. Que se encontrara dispuesto a hacerlo en ese momento ya resultaba sorprendente. Juan Ignacio era un hombre retraído, celoso de su intimidad, mezquino con las palabras. Con toda seguridad, Agostina le recriminaría la curiosidad si se encontrara allí presente. Se imaginó que ella le ordenaría callar en voz baja para finalmente disculparse en su nombre. El señor Dávalos volvió la vista hacia los ventanales.

—Rossana enfermó de neumonía cuando cumplí doce años —dijo. No había ninguna emoción en la voz—. Falleció en primavera. Después del entierro, decidí que había llegado el momento de cobrarme las deudas que me debían. Mis abuelos esperaban que me convirtiera en un peón y trabajara para ellos. Yo estaba decidido a irme del pueblo, así que tendrían que retenerme a latigazos. Estaban dispuestos, pero el cachorro de lobo que habían criado se rebeló.

—¿Qué hizo, comandante? —preguntó Franco con la boca curvada.

—Enseñé los dientes y le saqué un buen trozo de carne a mi abuelo cuando intentó acorralarme.

—Imagino que le permitieron abandonar la finca.

—Sí. A nadie le importó que me fuera del pueblo. De hecho, debieron de sentirse aliviados con mi ausencia.

—Lo admiro, señor —dijo en voz baja el señor Yasuká y le dio una chupada al cigarro.

Juan Ignacio rio entre dientes.

—Por cierto —continuó Franco—, ¿qué pretendía hacer si lograba enfrentarse a su padre?

Fiorella miró al señor Dávalos a la espera de una respuesta.

—Lo que un cachorro salvaje haría, con toda seguridad.

—¿Eso sería…?

—Causar un escándalo. Escupirle a la cara. Tumbarlo a golpes si tenía la oportunidad.

—¿Lo consiguió?

—¿Cómo podría un lobezno salvaje vencer a una vieja bestia como Thaddeus Dávalos? —murmuró con una tenue sonrisa.

—Era un niño, señor Yasuká. ¿Qué esperaba que hiciera? —dijo Fiorella.

—¿Cómo lo encontró? —preguntó Franco que no paraba de mover el cigarro en la boca.

—Obtuve sus señas de boca de mi abuela. —Juan Ignacio hizo un gesto con la mano—. No me fue difícil dar con él.

—¿Fue a la casa familiar, en las afueras de Santa Ana, señor?

—Sí. —Juan Ignacio se echó el pelo hacia atrás—. Todavía tengo en mi memoria la ira que experimenté al observar a través de las rejas del portón a la imponente casona que se alzaba en el centro de la propiedad. A mis ojos era un jodido palacio. Había media docena de sirvientes entre el pórtico y el jardín, cada uno ocupado en sus quehaceres. Todos muy limpios, con carne sobre los huesos. Supuse que no habían pasado hambre jamás. La mujer que de rodillas restregaba el suelo con un cepillo vestía mejor que cualquier otra señora que hubiese visto en mi vida. Un elegante coche negro con cuatro caballos de tiro esperaba en la avenida principal, bajo la sombra de los árboles. Todo el lugar olía a flores. —Hizo una pausa —. En la finca de mis abuelos, todo olía a mierda. Mierda de vaca, mierda de caballo, mierda de perro. Todo el pueblo olía igual.

—El señor Dávalos es un hombre acaudalado, descendiente de una de las familias fundadoras de la ciudad de Corrientes —comentó Franco con cautela.

—Sabía que Thaddeus Dávalos era un hombre poderoso, pero entonces no imaginaba que la vieja bestia tuviera tanto dinero —confesó Juan Ignacio.

—¿Estaba dispuesto a enfrentarlo?

—Sí.

—¿No lo hizo?

—Me preparaba para trepar el portón, cuando vi en el parque, a la sombra de un árbol, a una mujer que cuidaba a un niño —dijo, sombrío—. La señorita era joven, elegante, poco mayor de lo que era mi madre al fallecer. El pequeño, bien vestido, reía de las piruetas que realizaban los perros que lo rodeaban. No debía de tener más de seis años. La ropa que usaba estaba confeccionada con telas de una calidad muy superior a la que yo vestía. Los animales eran cachorros de raza, acostumbrados a complacer, y saltaban a su alrededor para llamarle la atención.

—¿Se trataba de Luis Dávalos?

—Sí. En ese momento supe que el mocoso cuyos rasgos se parecían a los míos debía ser hijo del mismo hombre, mi hermano.

—¿Estaba muy enojado, comandante?

—Tanto que presioné los barrotes de la verja con tanta fuerza que mis dedos se agarrotaron —respondió burlón—. Recuerdo que sentí sabor a cobre en mi lengua. Me había mordido el labio hasta que sangró. Pensé que todo aquello debía ser mío: la mansión, el coche, los caballos, la institutriz, la ropa, incluso los jodidos perros. E iba a ir por todo eso. Entonces me vi las manos. Eran oscuras, del color del trigo tostado. La piel de mis palmas era gruesa, callosa, áspera. Mis nudillos lucían escoriaciones y golpes. Había sangre seca en mis mangas. ¿Quiere saber por qué, señor Yasuká?

—Por supuesto.

—Después de abandonar mi pueblo, aprendí a ganar dinero en peleas callejeras para diversión de todos los que se acercaban a apostar con los pordioseros. Así me ganaba la comida del día.

—Era muy joven todavía.

—Tenía solo doce años, pero no había en mí un ápice de debilidad, infantilismo o suavidad. Comprendí, señor Yasuká, que, además de ciertos rasgos en común, no había otra similitud con el niño que vivía en la casona. Yo era una escoria. Nací en el barro y crecí en la inmundicia. Quizá moriría en un zanjón en la calle como un mendigo. El otro, mi hermano, era un joven caballero. Solo habría riquezas y privilegios en su vida. Nunca el frío se le colaría

por los agujeros de la ropa. Jamás tendría que revolcarse en el barro entre puñetazos y patadas para llevarse un mendrugo de pan a la boca. La envidia es una emoción muy peligrosa, señor Yasuká. Es una toxina que corroe el alma hasta envenenarla. Destruye cualquier sentimiento amable hasta que solo queda el odio.

—El dolor, señor Dávalos. No lo olvide: también queda el dolor de creerse indigno de disfrutar de lo que otros gozan con tanta libertad —susurró Fiorella.

—Y el resentimiento, señor Dávalos —acotó Franco, paciente—. Porque el mundo es un lugar muy injusto.

—Es injusto —concordó Juan Ignacio. Curvó la boca en una sonrisa despectiva y continuó—: Mientras observaba al niño corretear detrás de sus mascotas, finalmente vi al hombre que me engendró. Lo reconocí por las señas que me habían dado de él. La vieja bestia salió al pórtico y llamó al muchacho. Lo tomó entre los brazos, en tanto una dama sonriente lo seguía de cerca. Recuerdo que pensé: así debe de verse una familia amorosa.

—¿Es eso lo que quería, señor Dávalos? ¿Una familia amorosa? Todos deseamos lo mismo —musitó Fiorella.

—No se enfrentó al señor Dávalos —adivinó Franco que miró al comandante con expresión sosegada.

—No esa vez —confirmó Juan Ignacio, y no añadió más. Fue evidente por la expresión glacial en la mirada que no hablaría del segundo encuentro con su padre. Debía de significarle un recuerdo más amargo que los anteriores.

El guardiamarina apagó un cigarro en el cenicero.

—El principito no tuvo un futuro tan promisorio como usted imaginó, comandante —comentó.

—No le llame así, señor Yasuká. Luis es un auténtico caballero. Es un buen amigo mío y lo aprecio. Lo que le sucedió fue una tragedia —señaló Fiorella incómoda con el mote con el que llamaba al señor Luis Dávalos.

Juan Ignacio apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Observó las sombras que se movían sobre el alféizar de la ventana.

—Luis ya es un hombre —sentenció—. No debería conducirse como lo haría un niño.

—Tendrá que madurar —asintió Franco—. Le será muy difícil comportarse con arrogancia desde una silla de ruedas.

—¿Lo has visto? —preguntó, aunque no parecía en verdad interesado en la respuesta.

—No después del accidente.

—Thaddeus estaba furioso.

—Todavía recuerdo el estupor del viejo —dijo el señor Yasuká, pensativo—. Cuando vio a Luis, al joven caballero que había criado en persona con todos los mimos y privilegios, participar de una vulgar carrera de caballos organizada en las afueras de la ciudad por algunos aficionados a apostar, hasta con el entrecejo podría haber aplastado una mosca.

—Ese hijo le ha traído más de un disgusto a lo largo de los años —comentó Juan Ignacio.

—Luis siempre quiso la admiración de su padre —dijo Fiorella—. Algo que a usted no le fue difícil conseguir, señor Dávalos, él nunca lo obtuvo. Luis creció bajo su sombra, ¿no lo sabe? Escuchaba al padre hablar orgulloso del hijo ilegitimo, quien poseía un genio estratégico y gran audacia en combate. Luis pensó que jamás podría comparársele. Parte de mi disgusto hacia usted, señor, resultó de cuanto afectaba su existencia a mi amigo. Sé que fui injusta, pero él era un confidente, y usted me significaba un incordio.

—Yo estaba allí, entre los espectadores, acompañado por unos gauchos de mi amistad —contó Franco—. El señor Thaddeus se hallaba a unos metros, entre los estancieros de la vecindad que se habían acercado a ver la diversión. Jamás imaginó que su hijo haría de sí mismo un espectáculo. Por primera vez dejó entrever en la cara lo que sentía. Estaba furibundo.

—Luis tiene por costumbre tomar decisiones de manera impulsiva, sin considerar las consecuencias posibles—declaró Juan Ignacio.

—Como todo joven de sangre caliente ansioso por demostrar su valía —coincidió el señor Yasuká, meditabundo—. Es por todos sabido que el principito es muy inferior a usted, en la comparación sale perdiendo.

El comandante le dirigió una mirada inescrutable. Fiorella frunció los labios. Franco sonrió.

—No me mire así, señor —pidió el señor Yasuká—. Es lo que se dice. Luis debió de haber escuchado las habladurías.

—El viejo me comentó que Luis decidió correr a pelo, sin silla, y que el animal tenía una brida sin bocado.

—Fue así. Deseoso como estaba por correr las trescientas yardas que lo separaban de la meta, y de conseguir la aprobación tan esquiva del padre en una actividad que, de hecho, el viejo despreciaba, azuzó al caballo hasta que el animal se desbocó.

—No pudo controlar al animal.

—No. Salió despedido. Golpeó el suelo con tanta fuerza al caer que quedó inconsciente. Cuando ocurrió, el señor Dávalos corrió a él, desesperado. Fue evidente que esperaba encontrarlo muerto.

—Luis no murió, pero sí resultó herido de gravedad. Una lástima.

—Una lástima, efectivamente —coincidió Franco.

—Se jodió la vida —dijo Juan Ignacio con dureza. La expresión en el rostro fue cruel—. La parálisis lo confinó a una silla de ruedas. Lo más probable es que no vuelva a caminar jamás.

Fiorella bajó los ojos, dolida. Franco observaba al comandante con atención.

—Si no fuera por su condición, no tendría usted que ocuparse de administrar las propiedades de la familia —dijo.

—Es lo que debo hacer: ocuparme de lo suyo hasta que esté en condiciones de recuperar todo lo que por derecho le pertenece.

El señor Yasuká pensó en el heredero de Thaddeus Dávalos. Aunque la parálisis no era un impedimento para que Luis se hiciera cargo de sus obligaciones como futuro patriarca de la familia Dávalos, después del accidente pareció perder todo interés en las actividades que antes lo apasionaban, incluso la administración de

los bienes. La madre se desesperaba al verlo recluirse y hundirse en el desaliento de saberse un inválido, así que insistió en recorrer con él Europa con la intención de alejarlo de los rumores y con el anhelo de hallar un alivio para el dolor. Quizá, también una cura para sus piernas inútiles.

Luis no estaba dispuesto a abandonar la habitación, mucho menos la ciudad y el país, pero la madre lo convenció. Por supuesto, Thaddeus Dávalos decidió acompañarlos.

—Pudo haber dejado su fortuna y las propiedades del hijo bajo el control del administrador y los colaboradores —opinó Franco.

Pero, para sorpresa de todos, nombró al hijo bastardo para el cuidado y gestión de todos los negocios en su ausencia, pensó.

—El viejo está muy preocupado por el heredero —aclaró Juan Ignacio con la boca torcida—. No tiene la paciencia para tratar con la ambición de los parientes ni la posible deslealtad de sus colaboradores. Por eso decidió confiar la fortuna, los negocios, todo cuanto posee, a mí.

—¿Por qué usted, señor?

—Una vez, hace muchos años atrás, hizo un acuerdo conmigo —reveló con una media sonrisa—. Yo quería una educación. Él me facilitaría lo que necesitara para alcanzar mis metas, mientras fuera obediente. Si quería un apellido, me daría el suyo. ¿Instrucción?, ¿dinero?, ¿estatus? Lo que deseara, lo obtendría. Pero tenía tres condiciones para mí. La primera, que jamás ansiara pertenecer a la familia. Siempre sería un bastardo, nada más. La segunda, que nunca disputara por lo que por derecho pertenecía a Luis. Él es el legítimo heredero. Por último, estableció que, si necesitaba de mí, yo debía acudir y acatar sus órdenes. Sin importar cuáles fueran. No pretendía unirme a una amorosa familia. Tampoco pelearía con un niño por las propiedades. Pero había algo que esa vieja bestia tenía y yo necesitaba en ese momento: contactos e influencias. Así que acepté el trato, por supuesto.

—Siempre fue usted un hombre muy decidido, comandante.

—Era ambicioso. Quería forjarme una vida en que nadie pudiera humillarme. Estaba dispuesto a trabajar arduamente para tomar todo cuanto quisiera en mis manos. Podría hacerlo, siempre que tuviera los medios para comenzar. Y los medios los tenía el viejo.

—Thaddeus cumplió la promesa.

—Le convenía. Pese al silente disgusto de su esposa y a la tenaz oposición de su hijo, me otorgó el apellido —dijo Juan Ignacio con voz profunda. La expresión del rostro bien podría haber sido tallada en piedra—. En cuanto descubrió mi afición por los barcos, enseguida me envió a Buenos Aires bajo el cuidado de unos parientes. Pensó que la vida marinera sería adecuada para mí.

—¿Fue así que consiguió ingresar a la escuadra del Almirante Brown?

—Sí, con el apoyo de unos allegados.

—Debió de sentirse muy orgulloso de usted.

—Quizás. —Juan Ignacio encogió un hombro. Recordó que los parientes con los que vivía mantenían al viejo informado sobre sus logros. Por lo que sabía, le hablaron de su inteligencia, bravura y determinación a continuar con la disciplina militar, del talento y habilidad para el mando, además de su arrogancia y obstinación.

—Sé que estudió usted en España, comandante. ¿Cómo llegó hasta allá?

—Thaddeus consiguió, por intermediación de un amigo de la familia, la autorización de la reina Isabel II de España para que yo continuara mi formación profesional de marino en el Colegio Naval Militar de San Fernando, en Cádiz.

—El señor Dávalos en verdad estaba interesado en modelar un hijo del que pudiera estar orgulloso —aseguró Franco tras soltar un silbido.

—El orgullo del viejo es Luis. Yo tenía que ser entrenado, como un perro. —A esa afirmación le siguió una sonrisa lobuna en labios de Juan Ignacio. En la mirada, por otro lado, había frialdad y algo más, algo gélido, distante, implacable—. No, como un perro no, porque un perro tarde o temprano acabará por enseñarle el vientre al amo —

añadió—. Yo tenía que ser como un lobo bajo su mano. Siempre salvaje, a pesar del entrenamiento recibido. No sería divertido de otra manera.

—Permítame una pregunta, comandante, ¿Por qué regresó? Allá pudo haberse hecho de gran renombre, con su formación y experiencia.

—Como todos los criollos, llevo esta tierra en mi sangre. Tenía que volver a mi país nativo, mis raíces están aquí.

—Escuché sobre usted al unirme a la Armada —musitó—. Se hablaba de su importante formación militar. Cuando se declaró la guerra contra el Paraguay, y fue usted ascendido a comandante del vapor de guerra Centinela, todos los que sabían de usted querían estar bajo sus órdenes —rememoró—. En esa época no se hablaba de otra cosa aparte de todo lo que usted había logrado.

Franco calló. Recordó los rumores que se extendían en la Armada y a lo largo de toda la costa Argentina sobre el llamado "Lobo de las Aguas": un hombre recio, de fuerte carácter, personalidad austera, imbuido de grandes ideales, cuyos orígenes humildes habían quedado relegados al olvido después de forjarse en el fragor de la guerra como un auténtico guerrero.

Aunque al principio los deberes del centinela se limitaban al transporte de artillería y municiones, el buque no tardó en reforzar las posiciones argentinas en Corrientes y se unió al combate; pronto se reconoció al comandante como un héroe y un gran estratega debido a su valentía, arrojo e inteligencia.

Juan Ignacio presionó la palma de la mano sobre la cicatriz en su pierna y desvió la mirada hacia las sombras.

—Mi carrera terminó cuando un proyectil me hirió de gravedad —musitó.

Franco bajó los ojos. Procuró disimular el abatimiento que sentía. Fiorella observó los dedos de Juan Ignacio y dijo:

—Imagino que, debido a las graves secuelas físicas del incidente, señor Dávalos, consideró que ya no podría responder a los desafíos que su posición en la Armada requería. Por eso solicitó retirarse,

¿cierto? Entonces regresó a Corrientes para lamer a solas las heridas.

—Señor, usted siempre será un héroe —dijo Franco en voz baja.

—Creo que cometí un error, señor Yasuká —dijo Juan Ignacio, tras reír entre dientes. Se pasó la mano por el pelo al incorporarse—. En realidad tengo hambre.

Franco comprendió. Había dado por terminada una conversación que, con toda seguridad, ya no era de su agrado.

—Desayunemos, entonces —dijo, y ocultó la desazón—. Regrese a la habitación, comandante. Cálcese y vístase con algo abrigado, hace mucho frío. No querrá resfriarse con este tiempo, ¿cierto? Póngase algo de lana, será lo mejor.

—Señor Yasuká, no soy su hijo —remarcó.

Franco hizo un visible esfuerzo para contener una respuesta ácida. A veces en verdad se sentía como un padre viejo que cuidaba a un crío particularmente difícil.

—Adecéntese —dijo. Había cierto humor en el tono de voz—. En tanto, prepararé algo delicioso para comer. Cuando esté listo, búsqueme en la cocina. ¿O quiere que lo ayude? Podría elegirle la ropa para el día. ¿Tiene algo en buen estado? Soy muy bueno con la plancha también. La tía abuela de mi esposa está encantada con mis habilidades domésticas.

Juan Ignacio hizo un gesto de hastío y se internó en las sombras del pasillo, haciendo caso omiso de lo que le había dicho.

El guardiamarina lo siguió unos pasos y observó en silencio la cojera del comandante. Aunque había estirado la boca con una sonrisa y el tono de voz estaba matizado por la diversión y el humor, en los ojos del hombre solo había seriedad. El señor no está bien, concluyó. Debía de sentirse muy adolorido.

Se detuvo en el umbral de la puerta, distraído. Tendría que hablar con el médico. Le pediría al doctor Piñeiro que le prescribiera más opio. Y luego debería encontrar la manera de hacérselo beber a la fuerza. Pensó en Agostina. Tal vez ella podría hallar mientras tanto unas hierbas que pudieran aliviarle el dolor.

Franco experimentó un escalofrío y desvió de forma brusca la mirada hacia las sombras que se movían en el zaguán. La sensación de ser fijamente observado regresó. Después de un momento, todavía incómodo, se dirigió hacia el área de la servidumbre.

Fiorella escuchó los pasos del señor Yasuká desvanecerse al final del corredor y, un momento después, regresó junto al señor Dávalos.

Capítulo 3

La tarde transcurría taciturna y pesarosa. El día gris poco a poco se acercaba a su fin, arrastraba consigo la tenue claridad del crepúsculo. Hacía un frío borrascoso; había llegado desde el sur en ramalazos, en compañía de las tormentas de la temporada. El viento se había acurrucado en la ciudad, a la que asolaba con un aliento gélido en las calles y jardines. En el cielo las henchidas nubes plomizas, siniestras y desafiantes, persistían en el asedio a la urbe. Lejos, en el horizonte, los relámpagos destellaban en las entrañas del nubarrón. Distantes se oían los truenos que tejían, en horrible procesión, estruendos que estremecían el aire.

El anciano apartó la mirada del ventanal y continuó el descenso por las escaleras. A pesar de la extrema delgadez y una palidez casi enfermiza, Genaro Bustamante era un hombre de imponente presencia. Pulcro y discreto en el vestir, había en él tal distinción que, aunque tener una posición como criado en la residencia de los Arizmendi hacía de él un miembro más de la servidumbre, no había quien no lo respetase y esperase ganar su aprobación, así fuera un lacayo o un representante de la aristocracia local.

El gobierno económico de la residencia de los Arizmendi, la administración de la casa y la organización del servicio estaban en sus manos. En él habían depositado confianza cuatro generaciones de tan importante familia, y con buenos motivos.

Aparte de poseer amplios conocimientos sobre una gran variedad de temas, tenía una pasmosa habilidad para supervisar al personal de la casa y controlar a cada uno de ellos sin resultarles antipático. Desde muy temprana edad se ocupó de la contabilidad de la

residencia Arizmendi, la seguridad de los patrones y de un sinfín de tareas relacionadas con el mantenimiento de la propiedad.

Al llegar al final de las escaleras, apartó una pelusa casi invisible de la manga de la levita, se aseguró el nudo de la corbata y alisó una arruga en el chaleco gris plata. Una vez satisfecho con la prolijidad del atuendo, descendió los últimos peldaños que lo separaban del elegante vestíbulo que daba la bienvenida a la antigua sede ancestral de los Arizmendi.

Juan Ignacio le había entregado el sobretodo a la sirvienta que esperaba en silencio a un lado de la puerta.

—Señora —saludó al volverse hacia la dama que se había detenido, titubeante, a unos pasos de distancia. Fue educado, no obstante, no hubo en el tono de voz auténtica cortesía ni en la mirada el esperado reconocimiento.

Fiorella flotó detrás del señor Dávalos con expresión tensa.

—Estamos en la casa de mi abuelo. ¿Por qué está ella aquí? Esa mujer es una zorra desvergonzada —dijo disgustada.

—Permítame, señora Celabert —intervino Genaro al instante. Dirigió la mirada hacia la mujer que se encontraba en la entrada, frente al visitante—. Yo me ocuparé de escoltar al caballero hasta la habitación del señor Arizmendi.

Eneida asintió. Una breve sonrisa se dibujó en los labios de la dama. La cabellera, lustrosa y renegrida, recogida a la altura de la nuca con una delgada cinta, le resaltaba la blancura del rostro. La ropa de luto le confería a la piel de magnolia una palidez no desagradable, aunque sí lamentable. Cualquier otro hombre se sentiría apenado al ver la indefensión que presentaba. Juan Ignacio Dávalos, no.

Era ella una mujer muy hermosa, y lo sabía: el atuendo que le ceñía el talle, el peinado que acentuaba los pómulos altos, incluso cada movimiento, todo en ella estaba pensado para destacar su atractivo. No obstante, del hombre que la miraba con frialdad jamás había obtenido nada más que una mirada insondable.

—Señor Bustamante —dijo. Vaciló, intranquila, al hacerse a un lado—. Creí que se encontraba usted de descanso. Me preguntaba si debería importunarlo…

—Qué amable de su parte al dudar. —Genaro hizo un gesto con la mano—. Por favor, regrese a sus labores, señora. No necesita molestarse con estas minucias. Yo me encargaré de atender al caballero.

Obediente, la dama se volvió hacia el hombre que esperaba en la puerta con una sonrisa.

—Señor Dávalos, es usted bienvenido —lo saludó Eneida—. Cualquier cosa que crea necesitar, no dude en decírmelo. Estaré en la sala, si requiere de mí.

Juan Ignacio asintió y de inmediato volvió la atención hacia el anciano.

—¿El señor Arizmendi se encuentra bien? —preguntó.

—Hoy está de buen ánimo —respondió Genero con una suave sonrisa—. Ha estado esperando por usted.

El disgusto se reflejó en la mirada de Eneida.

—¿Todavía aquí? Vete. ¡No ensucies mis ojos! —dijo Fiorella ofuscada.

Eneida no perdió la sonrisa amable; no obstante, el malestar que procuraba disimular se profundizó. El hombre no es un caballero, constató. Todos en la ciudad conocían su origen, por supuesto, también ella. Un salvaje, decidió, claramente no podría comportarse de otra manera.

Fiorella se detuvo frente a su madrastra y dijo, malhumorada:

—¿Cómo lo miras? ¿Te atreves a despreciarlo? ¿Eres digna? Él es un invitado, en cambio tú, ¿qué eres? Deberías saberlo.

Eneida se estremeció cuando una ráfaga de viento gélido se deslizó hacia el interior del hall. Percibió en el aire la huidiza fragancia de una flor. ¿Claveles, tal vez? Frunció la nariz, descontenta. Era posible. Tendría que ordenarle a la servidumbre que abrieran las ventanas para ventilar la casa otra vez. Desde el velorio, tenía la desagradable impresión de que la propiedad entera

olía a las flores favoritas de Fiorella. Eneida ya se disponía a marcharse, cuando Juan Ignacio la miró. Pareció recordar de pronto sus modales, porque dijo, aunque cortante:

—Señora, mis condolencias.

—Agradezco profundamente su amabilidad —musitó con la debida aflicción en el tono—. Fiorella tenía un corazón bondadoso. Era encantadora. Siempre extrañaré la dulzura de la señorita.

Juan Ignacio la contempló en silencio, inescrutable. En los ojos no tenía un ápice de comprensión, ni siquiera lástima. Fue evidente que él no creía que los sentimientos que expresaba fueran sinceros. Eneida se sintió como si interpretara a un bufón en una obra por demás ridícula. Crispó las uñas entre los dobleces del abrigo. Jamás conseguiría tolerar a ese hombre, comprendió. No solo porque, en su opinión, era un perro incapaz de comprender las más básicas normas de urbanidad y buen trato, sino también porque, cuando la miraba, sentía que se le erizaba la piel a causa del miedo. Esa bestia le mantenía la mirada fija, con frialdad, como si pudiera entrever entre los pliegues del alma aquello que intentó ocultar o disimular durante años: toda la inmundicia de la que se avergonzaba.

—Señor —dijo Genaro, impaciente.

Eneida esbozó una débil sonrisa. Se excusó con unas breves palabras y emprendió el regreso al salón de recibo donde la esperaba su labor de aguja. Fiorella la vio marcharse, insatisfecha. Genaro hizo un gesto casi imperceptible. La sirvienta comprendió enseguida la orden. Después de colgar el gabán del caballero en un armario, cerró la puerta que comunicaba el vestíbulo con la sala y luego se dirigió hacia el área de la servidumbre.

—Señor, por favor —dijo el anciano. Invitó así al visitante a acompañarlo hasta las escaleras que conducían al primer piso.

Juan Ignacio siguió a Genaro con lentitud. No se escuchó en el interior de la casona ningún sonido propio de las tareas domésticas que debían realizarse a diario. No se oía en los pasillos los pasos presurosos del personal encargado de llevar o traer suministros. Nadie se afanaba en reemplazar las flores de los jarrones ni en

aplicar cera a los muebles. En el silencio sepulcral que había caído sobre la casa desde el fallecimiento de la señorita Celabert, no había quien se atreviera a susurrar siquiera por respeto a la infinita tristeza del abuelo.

Desde aquel día de invierno, cuando la joven dama abandonó la residencia para dirigirse a la morada final en compañía de familiares y allegados, solo se permitía silencio en la mansión.

Fiorella siguió al señor Dávalos. Observó al entorno con creciente desasosiego. Pocas luces estaban encendidas. Un par de lámparas junto a la puerta y otra más a un lado del pasamanos iluminaban el recibidor y el pasillo de distribución. Todo era muy diferente a cuando Santos Arizmendi la esperaba de visita para la hora de la comida. Entonces, la casa refulgía ya desde el crepúsculo, a la espera de su ansiada llegada.

Genaro presionó los dedos sobre la balaustrada. Los pasos del anciano se volvieron lentos hasta que finalmente se detuvo en el descansillo, a unos pasos del piso superior. Entre las sombras, dejó entrever la angustia que sentía. Profundas arrugas se dibujaron en ese rostro habitualmente inexpresivo.

—El señor Arizmendi no está bien —reveló por fin.

Fiorella se apresuró junto al anciano, preocupada. Genaro echó un vistazo hacia la planta baja para asegurarse de que la señora Celabert se encontraba encerrada en la sala de recibo y era incapaz, por lo tanto, de escucharlo.

—Los médicos no son optimistas respecto a la salud del señor —murmuró.

—Lamento escucharlo —dijo Juan Ignacio, a quien un músculo le tembló junto a la boca.

—Señor, sé que usted aprecia mucho al patrón, tanto como él a usted. Él lo respeta, ¿sabe? Lo admira de verdad. Lo considera un héroe. Sé que a usted lo escuchará. Hable con él. Dígale que haga caso a las recomendaciones del médico. Que debe reponerse. Que la señorita Fiorella no querría verlo así, postrado en una cama. Que debe tener resignación.

Fiorella volvió los ojos llenos de angustia hacia el señor Dávalos. La dureza de sus facciones resultaba inquietante. En la penumbra, la oscura silueta era incluso aterradora. Él no había abandonado la ropa de luto. Alto, de hombros anchos, totalmente vestido de negro, excepto por una sencilla camisa blanca que le otorgaba algo de color, parecía ocupar todo el espacio en el descansillo, mientras Genaro se empequeñecía junto a él. Cuando el anciano lo miró, suplicante, los rasgos, por un momento, perdieron la habitual reciedumbre. Bajo la frágil luminosidad del candil, se dejó entrever una infinita melancolía en sus ojos.

—¿Cómo puedo pedirle resignación cuando yo mismo soy incapaz de encontrarla? —dijo, despacio.

—Ahora solo puedo contar con usted para cuidar de la salud de mi abuelo. Por favor, señor Dávalos, intente ayudar —susurró Fiorella que buscó la mirada de Juan Ignacio en vano.

—Sé que usted también la amaba —aseguró Genera asido del pasamanos.

Fiorella bajó los ojos. El anciano miró hacia la oscuridad que reinaba en la planta alta, una oscuridad que parecía tragarse cada pizca de luz que se permitiera aventurarse hacia el interior.

—La nieta significaba todo para el señor —susurró Genaro—. Era la única familia que le quedaba.

—Señor Bustamante, ¿se siente bien?

—No, señor Dávalos. No me siento bien. Estoy tan preocupado por el patrón…Usted no sabe, no puede imaginar… —Calló al emocionarse.

—Cálmese —dijo Juan Ignacio con suavidad tras apoyarle una mano en el hombro a Genaro—. Dígame, ¿qué sucede?

—Usted es su amigo —comenzó el otro, y la voz se le quebró—. Sabe cuánto ha sufrido mi patrón. La muerte de la esposa le arrebató gran parte del corazón. Pero se resignó a su ausencia con el apoyo de los hijos que la sobrevivieron. Después el joven Ernesto se empecinó en luchar contra los paraguayos, a pesar de las advertencias y amenazas del señor. Era tan impulsivo, tan rebelde…

Usted lo conoció, qué cosas digo. El caballero era la viva imagen de mi señor, tan terco y perseverante como lo fue el patrón de joven, mucho antes de que la vida le enseñara humildad. El hijo fue a la guerra contra los deseos del padre, y regresó a casa en un ataúd.

—Era un hombre muy valiente.

—Así es, señor. Muy valiente. Con grandes ideales. Un hijo para estar orgulloso. Pero el señor, como todo padre, preferiría tenerlo a su lado, vivo y bien, aunque fuera un cobarde desalmado. No me mire así. La muerte de un hijo, señor Dávalos, es la más triste de las desgracias. Uno nunca se recupera de algo así.

—Entiendo.

El anciano inhaló hondo.

—El señor Arizmendi sobrevivió al fallecimiento del heredero —continuó con evidente esfuerzo—. Todavía tenía a la señorita Patrizia con él, y a la hija de ella. Ambas lo necesitaban. Cuando la señora Patrizia tomó la decisión de quitarse la vida, creí que el caballero no resistiría el dolor de la pérdida. Yo lo vi cargar a la niña por primera vez, ¿sabe usted? Su expresión, señor Dávalos, era la que tendría un hombre al encontrar un tesoro. El señor Ernesto era el heredero, y lo quería tanto como un hombre puede amar a un hijo; pero la señorita Patrizia, señor, la niña nació para robarle el corazón al patrón. Cuando falleció, creí que el patrón no sobreviviría.

—Santos es un hombre fuerte.

—Sí, señor Dávalos, lo es, pero ¿cuánto dolor puede soportar un ser humano sin quebrarse? A veces la muerte es un alivio, lo sé, Dios me perdone por mis palabras, pero no quiero enterrar al señor también.

Juan Ignacio observó la oscuridad que parecía arremolinarse alrededor.

—A veces es un alivió, sí —concordó en voz baja, casi inaudible.

—¡No, no es así! —replicó Fiorella contrariada—. ¡No es un alivio, no si pierdes la vida con arrepentimientos!, ¡si no te has reconciliado con la idea de morir y dejar atrás todo lo que te importaba! ¡La muerte no es ningún alivio cuando lo que quieres es vivir!

Genaro presionó los labios en un gesto de impotencia.

—Dios mediante, el señor resistió. Por la señorita Fiorella. —El anciano calló un momento. Contuvo las lágrimas y desvió la mirada hacia el final del pasillo—. Usted no sabe, no sé si puede entender… Después del fallecimiento de la señorita Fiorella, al señor ya no le queda nada por qué vivir.

—Lo comprendo, Genaro.

Fiorella vio la emoción en la mirada, la intensa angustia que se ocultaba en el terciopelo de su voz, y una emoción desconocida le dolió.

—Sí, ahora que lo pienso, sé que puede usted comprender la desolación del señor. ¿Quién más podría, además de usted, que la quería tanto?

—La amaba. Siempre la amaré.

Fiorella desvió la mirada, avergonzada.

—Desde que la señorita Fiorella falleció, ese hombre, Joaquín Celabert, no ha cesado en artimañas para hacerse con la fortuna de la familia —dijo Genaro con voz queda. Manifestó en la mirada un profundo desagrado—. Desvergonzado como es, va y viene por la casa a sus anchas, como si ya le perteneciera todo cuanto es de los Arizmendi. Dice que está preocupado por la salud del señor y que solo quiere ayudarlo a manejar sus asuntos en tanto se recupera de la enfermedad. ¿A quién cree que puede engañar? ¿A mí? Todavía está verde el muy patán.

Juan Ignacio apenas curvó los labios, y no hizo comentarios.

—Señor Dávalos, ese hombre nunca tuvo buenas intenciones —aseguró Genaro—. Sé que se casó con la señorita Patrizia por dinero, que nunca la amó de verdad. ¿Cómo podría quererla? Crio afuera una familia y, en cuanto enviudó, trajo a la amante y a la hija a vivir con él. Lo he observado, ¿sabe usted? La muerte de la señorita Fiorella no hizo mella en él. ¡Era la hija, por Dios Santo, pero nunca le importó la señorita, es la verdad!

—Nunca le importé —concordó Fiorella—. Es una lástima haberlo descubierto recién al final de mi vida.

—Joaquín Celabert —musitó Juan Ignacio—. Es un desalmado.

—Y la mujer, Eneida Farré, es de la misma calaña —concordó Genaro con enfado—. Créame, él y esa mala hembra planean apoderarse de la fortuna familiar de mala manera.

—¿Tiene pruebas de lo que dice, Genaro? —preguntó.

—Pruebas no, señor. ¿Cómo podría? Es un hombre muy inteligente. Siempre tiene una excusa para todo lo que hace. Pero dígame, ¿qué explicación puede dar para forzar la puerta de la biblioteca y revisar las gavetas del patrón? ¿Piensa que creeré lo que dice? ¿Cómo podría excusar el hecho de que se ha apoderado de varios documentos que la señorita Fiorella guardaba en su escritorio personal? Cada palmo de la casa ha sido revisado por ese hombre, con la ayuda de su mujerzuela.

—Era de esperarse. Siempre han codiciado la fortuna Arizmendi —confirmó Fiorella, resentida con su propio padre.

El señor Dávalos frunció el ceño. La luz del candil dejó en sombras parte del rostro. Los rasgos angulosos resaltaron la crueldad de la expresión.

—¿Qué pretende encontrar? —se preguntó en voz alta.

—Sea lo que fuere, no lo encontrará —aseguró Genaro con una sonrisa lacónica.

Fiorella alzó una ceja, inquisitiva.

—¿Está seguro? —dudó Juan Ignacio.

—Yo mismo oculté todos los papeles privados del señor, y el resto de los que puedan tener importancia, los tienen sus abogados —dijo con bríos—. Celabert jamás echará sus asquerosas zarpas sobre las pertenencias del patrón mientras yo esté aquí para impedirlo.

—Es bueno que esté usted al pendiente, Genaro.

—No seré cortes con usted, señor. Necesito que me ayude —dijo el anciano—. Hasta el momento he podido controlar a esa pareja de ladrones, pero, cuando el patrón ya no pueda oponerse al rufián, ¿qué podré hacer yo, un simple criado?

Fiorella lo miró, apenada. El señor Dávalos encontró la mirada del caballero.

—Usted es más que un criado para la familia, señor Bustamante —expresó.

—La señorita Fiorella confiaba en mí para cuidarlo en su ausencia —dijo, conmovido—. Prometí ante la tumba que velaría por el señor el tiempo que Dios, en su infinita misericordia, me permita continuar con vida.

Fiorella flotó hasta el anciano. Quiso apoyarle la mano en la de él, transmitirle así el afecto que sentía, pero solo pudo contemplar su propia piel traslúcida. A veces olvidaba que ya no podía tocar a nadie.

Juan Ignacio examinó al anciano con atención. Genaro se veía muy demacrado. Cuando lo conoció, era un hombre viejo, pero fuerte, de gran porte. Ahora, parecía seguir los pasos del patrón. Tuvo la certeza de que, si el señor Arizmendi fallecía, Genaro Bustamante no tardaría en seguirlo a la tumba.

—¿El señor Celabert ha hecho algo más? —preguntó, serio.

—Dejó a su esposa aquí. —Genaro no ocultó el ultraje en el tono de voz—. Con la excusa de tener a alguien que esté al pendiente de la salud del caballero. La ramera ha estado en la casa día sí y día no desde que la señorita falleció, y cuando ella debe ausentarse para ocuparse de otros asuntos, esa muchacha, Flora, se queda aquí y se da aires como si ya fuera la dueña de la finca.

—¡Esa perra intrigante! ¿Cómo se atreve? Tiene que encontrar la manera de expulsarla, señor Bustamante. ¡No la quiero aquí, ni a ella ni a su madre! —espetó Fiorella furiosa.

—¿Fue irrespetuosa con usted, Genaro? —preguntó el señor Dávalos disgustado.

—No se atreve, aún no. Mientras el señor Arizmendi tenga un hálito de vida, no pueden hacer gran cosa aquí.

—Entiendo.

—Señor, no sé si son ideas mías, si mis prejuicios han empañado mi entendimiento, pero desconfío de las intenciones del señor Celabert para con el patrón. El señor Arizmendi le ha prohibido la entrada a él y a toda su familia, pero ya ve usted el caso que le hace

ahora que se encuentra en cama. Le diré: quizá peco de injusto, pero aceptaré el castigo que Dios quiera darme. Lo prefiero a arriesgarme a que alguien lo lastime. Desde que esa mujer y su hija insisten en cuidar del señor Arizmendi, no me atrevo a permitir que nadie más se ocupe de prepararle la comida.

Fiorella abrió muy grandes los ojos, atónita. Juan Ignacio alzó una ceja.

—¿Genaro? —Su voz oscura, aunque suave, resultó atemorizante —. ¿Qué insinúa?

—Señor, no puede culparme por sospechar de ellos.

—No lo culpo.

—¡Nadie lo haría! —se sumó Fiorella.

—La codicia ha llevado a muchos buenos hombres por el camino del infierno. Si lo sabré yo, con los años que tengo. Qué vientos y tormentas no he visto y vivido —dijo el señor Bustamante—. ¿Qué no hará el deseo de lucro en un patán acostumbrado a mentir y arrebatar, y en una mujer que, a todas luces, solo le importa su propio bienestar? Temo que el señor Joaquín, o acaso la mujerzuela que tiene por esposa, pongan algo en la comida del patrón, algo que le agrave la enfermedad.

Fiorella se cubrió la boca con una mano, horrorizada.

—Ocúpese del señor Arizmendi, Genaro —dijo Juan Ignacio—. De sus alimentos y adminístrele las medicinas también. No deje que nadie aparte de usted toque nada de lo suyo. Enviaré a un hombre de confianza a que se quede aquí. Lo presentará usted como el encargado de la cocina. Se ocupará de vigilar de cerca a todos aquí.

Fiorella lo miró. Juan Ignacio Dávalos se veía tan calmado. Tan capaz en considerar todos los aspectos de una situación. Tan certero en hallar una solución a lo que podría preocuparlo. El anciano se mostró aliviado.

—Gracias, señor —murmuró.

—Hablaré con Santos —dijo Juan Ignacio, y comenzó a subir las escaleras.

Fiorella lo siguió de cerca. Estaba ansiosa por ver a su abuelo.

—Una cosa más, caballero.

Juan Ignacio se detuvo. Fiorella flotó sobre el pasamanos de la escalera y esperó, impaciente. Genaro alcanzó al señor Dávalos en el último peldaño. Buscó algo dentro del bolsillo y, después de un momento, tendió hacia él una llave. Fiorella frunció el ceño. Susurró, cautelosa:

—¿Señor Bustamante? Eso es mío. ¿Qué está haciendo?

—Esa es la habitación que la señorita usaba cada vez que se quedaba con su abuelo —dijo Genaro y señaló una puerta a la izquierda, al final del pasillo—. Allí están sus vestidos más bonitos y sus joyas. También encontrará pinturas. A la señorita le gustaba dibujar, ¿sabe usted? Todo está allí, sus pertenencias más queridas.

Juan Ignacio tomó la llave y la observó en silencio. Fiorella saltó sobre él en un vano intento de arrebatarle la llave, pero una vez más, olvidó su condición de espectro. Atravesó el cuerpo del hombre y, en el apuro, también la pared. Incapaz de contenerse, soltó una exclamación de enojo y desespero, y regresó al instante junto al caballero. Flotó en el aire, lo rodeó. Cada vez más alarmada, exclamó:

—¡Devuelva eso al señor Bustamante ahora mismo! Muestre un poco de respeto a mi memoria, señor Dávalos. ¡No tiene permitido entrar a mi alcoba!

—La señorita Flora le ha insistido al padre para que le dé permiso para revisar la habitación de la joven dama y tomar aquello que le guste. Lo que no es de su agrado, la escuché decir, lo obsequiará a unos parientes —dijo Genaro con enojo y desdén—. Hasta el momento he podido evitarlo, con el apoyo del señor Arizmendi, pero quién sabe si podré hacerlo mucho tiempo más.

Juan Ignacio lo miró. En los ojos severos, inexpresivos, solo había oscuridad.

—Vaya a la habitación de la señorita, señor Dávalos. Si hay algo que desee conservar, por favor, tómelo. El señor Arizmendi ya me dirá qué hacer con el resto. De ninguna manera permitirá que esa

niña estúpida se quede con nada de Fiorella. —Genaro sonrió débilmente—. Lo esperaré aquí —aseguró.

Juan Ignacio lo miró. Por primera vez, se mostró vacilante. Genaro hizo gestos con la mano, insistente.

—Vaya, vaya —lo animó.

Juan Ignacio por fin asintió. Cuando él se alejó de las escaleras y se internó en la oscuridad del pasillo, Fiorella exclamó:

—¡Deténgase ahí mismo, señor! ¿De verdad entrará en mi habitación? ¡Usted no es un caballero, con toda seguridad! ¿Ha pensado en lo que podría usted encontrar ahí dentro? ¡Cosas que ningún hombre debe ver! ¿Qué hace?, ¿todavía duda? ¡Dele la llave a Genaro y aléjese de mi alcoba!

Por supuesto, él no la escuchó. Juan Ignacio tenía la vista fija en la puerta que lo esperaba al final del corredor. Se le antojó eterno el camino. Mientras avanzaba, sentía que las paredes se cernían sobre él, amenazantes. De pronto tuvo la sensación de haber caído en un foso negro y frío. Titubeó en el umbral. Fiorella voló y se interpuso en el camino. Abrió los brazos como si el gesto infantil pudiera detenerlo. Fijó los ojos en Juan Ignacio y advirtió:

—¡Si entra allí, no le perdonaré!, ¿me oyó? ¡Estaré muy enfadada, señor!

Después de un momento, Juan Ignacio insertó la llave en la cerradura y empujó la puerta con suavidad. Fiorella apretó la boca e, incapaz de contenerse, soltó un chillido de frustración.

Una lámpara permanecía encendida en el interior del recinto, como si esperara con paciente sosiego el pronto regreso de la dama. La luz cálida se reflejaba en el cristal de la ventana. Los muebles estaban libres de polvo, el suelo encerado, la estantería de libros ordenada. Sobre la cama, un edredón tejido color damasco hacía juego con los almohadones y las cortinas azules. Un armario se hallaba junto al espejo, el arcón estaba a los pies de la cama, junto al ventanal un escritorio y sobre él, un libro abierto con una página marcada con una pluma de faisán. Cuatro claveles frescos, muy

blancos, despedían el aroma favorito de la señorita desde un jarrón puesto en la mesita de noche.

Juan Ignacio cerró la puerta. Ella lo siguió, nerviosa. Él avanzó despacio. Había rastros de Fiorella por doquier: un pañuelo sobre el escabel, un bolso de perlas y canutillos en el alféizar de la ventana, unos zapatitos de baile que se asomaban debajo de la cama. Los pasos resonaron quedos en el silencio. Juan Ignacio tendió la mano. Deslizó los dedos por el borde del chifonier. Detuvo los ojos en un antiguo alhajero de madera y marfil que se encontraba sobre la cómoda, junto a una vieja muñeca de porcelana. Él presionó el pestillo. Con un chasquido, el cofre se abrió. En el interior, sobre una capa de terciopelo negro, relumbraron las joyas que Fiorella usó en vida. Juan Ignacio rozó con la punta de los dedos unos aretes de brillantes.

Fiorella se inclinó y lo observó de cerca. De pronto, un recuerdo la asaltó. El rostro del espectro enrojeció. Soltó una exclamación y se alejó, avergonzada.

—¡Deje eso! ¿En qué está pensando? ¡No lo mire! Señor Dávalos, esto es tan vergonzoso —dijo ella avergonzada.

Juan Ignacio levantó las comisuras de la boca. El delicado tintineo de las piedrecillas le recordó una noche, a principios de primavera, cuando en la intimidad de un balcón, en una finca en las afueras de la ciudad, sorprendió a la señorita Celabert con una propuesta indecente. Ella había levantado el rostro hacia él. Los ojos llenos de enfado de la dama reflejaron la débil claridad de la luna.

—¿Qué pretende, señor? —exigió saber.

Aunque fue evidente que deseaba gritarle por interrumpir un momento de paz que había logrado robar a un convite que no era de su agrado, mantuvo la voz en un tono muy bajo, de modo que nadie desde la galería reparara en el inesperado encuentro detrás de las cortinas. Él se encontraba apenas a un paso de distancia. Estaba demasiado cerca, más de lo que permitían las normas sociales. Un hombre y una mujer que no estaban relacionados por sangre o por matrimonio jamás debían encontrarse a solas en un lugar apartado

como en el que estaban; un balcón lejos del salón de baile, y mucho menos estar en cercanía. Ambos lo sabían, pero solo ella se resintió con la proximidad. Juan Ignacio le ofreció una sonrisa ladeada.

—Sus arracadas son hermosas —dijo despacio—. No puede culparme por querer verlas de cerca.

Ella intentó retroceder, pero no tenía hacia dónde escapar. Tenía la pared detrás y frente a ella estaba él. Las mejillas de la joven enrojecieron por el enojo, en tanto intentaba mantener una distancia prudente entre ambos. Se veía incómoda, pero no asustada. Fiorella no le temía. Juan Ignacio percibió su perfume. Ella olía a flores blancas. Movió sus dedos. En ellos persistía la cálida suavidad de la piel de la dama. Pretendió tocar las piedrecillas del arete que pendía del lóbulo de la oreja, pero el verdadero objetivo fue acariciar la base de su cuello. Se sentía tan sedoso como había imaginado en mil noches de desvelos.

—No desistiré, Fiorella —dijo él.

Se inclinó e inhaló el olor del cabello. Ella no intentó eludirlo, sería una cobardía hacerlo. Él se reiría de ella y la dama lo sabía, así que se quedó allí, con la luz de la luna en los ojos fieros, en los hombros desnudos y en los cristales que adornaban su vestido. Juan Ignacio apoyó una mano en la pared para encerrarla entre su cuerpo y el muro.

En la distancia, se escuchaba un vals de Strauss. En las cercanías, se oyó el sonido acompasado de unos pasos acompañados por el murmullo de unas pocas voces. Él observó a la dama. Admiró la tersa piel de la mejilla, la pequeña nariz respingona, los ojos almendrados, los labios llenos. Ella lo enfrentó con la mirada, en absoluto intimidada. Aunque estuviera acorralada, no se sentía indefensa, eso era evidente. Aun cuando él era mucho más alto y corpulento, fuerte, con todo, no se arredró.

—Aléjese de mí —exigió en un susurro.

—¿Por qué?

—¿Cómo dice?

—¿Por qué debería alejarme? —preguntó él con descaro.

Acercó el rostro al de ella y observó sus ojos con detenimiento, luego su boca. Era indudable que deseaba besarla. E iba a hacerlo, si ella no hallaba el modo de detenerlo. ¡Por Dios Santo, nunca había deseado tanto besar a una mujer como en ese momento! Y ella lo notó.

—Tan hermosa —dijo él. Alzó la mano y le rodeó la garganta con los dedos—. Me gusta lo que eres, lo que aparentas ser, toda tú. Sin condiciones. Suave y nerviosa. Fuerte y consentida. Una yegua fiera y arisca que me provoca mimar, cuidar… Y montar.

—¡Grosero! —siseó crispada.

Sabía que, no muy lejos, había un salón donde los invitados al banquete danzaban con alegría. Que en la galería unos pocos asistentes a la fiesta se entretenían compartiendo chismes. Justo allí, debajo del balcón, alguien se había detenido para admirar las flores en compañía de una pareja.

—¿Qué cree que hace? No me tutee. Esto no es correcto.

—¿Qué cosa?

—¡No me toque!

—¿Te disgusta? —Él admiró el rubor de sus mejillas. Capturó el mentón de la señorita con dos dedos—. Creo que no.

—¡Señor Dávalos!

—Quiero hacer mucho más que esto, Fiorella —dijo él al inclinarse, junto a su oído.

Ella apretó los dientes, ofuscada.

—¿Quiere que le diga qué me gustaría hacer con usted en detalle, señorita?

Fiorella lo miró.

—Quiero que sea mía, que no haya en sus ojos nadie más, que en sus pensamientos solo me tenga a mí.

Juan Ignacio acercó el rostro al de ella. Que haya decidido volver a tratarla con la formalidad requerida mientras expresaba con toda claridad sus fantasías añadía a sus palabras un encanto atroz, impúdico, casi pecaminoso. La obligó a mirarlo. Percibió su respiración acelerada, el calor en sus mejillas, el creciente

nerviosismo de la dama, también su determinación a hacerle frente. Él levantó las comisuras de los labios. Entonces, de repente, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo bruscamente hacia él. Ella soltó una exclamación ahogada, incapaz de deshacerse de su brutal abrazo.

—Quiero su deseo, sus anhelos, su amor, todo de usted —dijo—. La quiero en mi cama. Quiero besarla, chuparla, amarla. Deseo sentir el sabor de su carne en mi boca, la suavidad de su piel en mis manos, el temblor de su voz, sus gemidos al entrar en su cuerpo…

Ella se debatió entre sus brazos, furiosa.

—¡Déjeme, grosero…! —demandó, frenética.

Él la presionó con su cuerpo contra la pared. Ella debió sentir la dureza de su virilidad contra su vientre, porque, de pronto, lo miró atónita. El rostro se le enrojeció completamente.

—Quiero lamer tus labios, probarte con la lengua, entrar en tu boca tan profundamente como me gustaría penetrar en tu cuerpo. Con lentitud —dijo él despacio, tuteándola una vez más. Su voz pareció evocar un hechizo oscuro y cautivante, porque ella se quedó muy quieta entre sus brazos—. Hasta que puedas sentirme enteramente. Déjame darte placer. Permíteme amarte. Dime que sí, y te prometo que no te arrepentirás.

Ella soltó una exclamación, ofendida. Forcejeó y amenazó con golpearlo. Él la soltó, riendo. Elevó las manos a la altura del pecho, como si estuviera rindiéndose a ella, suplicando por su piedad. Fiorella se apartó de un salto, avergonzada, rabiosa, con el rubor quemándole la piel y la respiración alterada. Las cortinas que mantenían al balcón a salvo de cualquier mirada indiscreta le ensombrecían parte del rostro. El encaje que adornaba el escote de su vestido subía y bajaba, rápido y ligero, sobre sus senos.

—¡Es usted un salvaje, un ordinario! —espetó, enfadada. Pareció serle difícil el hallar otro adjetivo adecuado para él, porque calló y, todavía más enojada, si tal cosa era posible, añadió—: ¿Cómo se atreve a ofenderme así?

Él apoyó un hombro contra la pared y la contempló, divertido. Qué hermosa se veía, tanto más cuando las emociones añadían color a su rostro. Que una mujer en apariencia sosegada, por demás prudente, siempre atenta a no dar pie a habladurías, como lo era ella, ardiera con sus emociones a flor de piel cada vez que la atosigaba, revelaba cuánto la afectaba él. No le era tan indiferente como ella creía.

—Me atrevería a mucho más, si me lo permitieras —dijo, suave.

—¡Bestia! —exclamó, aunque en un susurro.

¿Consideró que, de haber revelado su disgusto en voz alta, cualquier caballero se apresuraría a apartarla de él, a protegerla, a vengarla de sus insultos, a retarlo a duelo, incluso? Quizás. En cualquier momento le habría bastado con gritar para destruir toda posibilidad de que él continuara asediándola, no obstante, no lo hizo. Tal vez le preocupaba su reputación. Acaso esperaba evitar murmuraciones a su costa. Él lo dudaba. Juan Ignacio la miró. Sus ojos se habían suavizado. Quería creer que a ella no le disgustaban del todo sus atenciones. Que, de alguna manera, estaba consiguiendo seducirla.

Fiorella le dirigió una última mirada colérica, giró sobre sus tacones y se alejó deprisa, sin mirar atrás, mientras él reía complacido en la oscuridad.

El chasquido de un libro al caer repentinamente de la estantería lo sacó de sus memorias. Fiorella, la que ahora era un espectro, observó el estante y luego su mano, sorprendida.

—¿Lo hice yo? ¿Acaso es posible?…

Dudosa, intentó empujar un manual, pero fue inútil. Nada sucedió. Probó una y otra vez, no obstante, en cada ocasión sus dedos fantasmales atravesaron el libro y el anaquel limpiamente. Juan Ignacio se inclinó y devolvió el compendio a su lugar.

—Puede llevarse uno de mis libros, si gusta —dijo Fiorella, todavía ansiosa—. Son todos muy interesantes. De teorías económicas, la mayoría de ellos. Pero eso usted ya lo sabe, ¿no es así? Tome el que

más llame su atención y luego váyase. Por cierto, cierre la puerta al salir.

Juan Ignacio se volvió y cerró el alhajero con cuidado. Observó la estancia, tratando de imaginar a la dama en sus diversas actividades. Sentada junto a la ventana, examinando su cuaderno de notas; de pie frente al arcón, decidiendo qué vestir; debajo de la repisa, decidida a disfrutar de la lectura; tendida en su cama, con un camisón blanco virginal cubriendo su cuerpo, disponiéndose a dormir. En todas sus ilusiones se veía vivaz y encantadora, con las mejillas arreboladas y una vaga sonrisa levantando las esquinas de su boca. Jamás muerta.

Fiorella observó el entorno rápidamente. No había nada vergonzoso a la vista. Pensó que, quizás, se había espantado por nada. Más tranquila, dijo mientras se volvía:

—Eso es todo, señor Dávalos. No hay nada más que ver por aquí, así que ya puede irse… ¡Ay, Dios mío!

Juan Ignacio notó por fin los cuadros encimados en el hueco entre el armario y la pared.

Fiorella se interpuso en su camino una vez más, sabiendo que sería inútil toda pretensión de detenerlo. Pero lo intentó de todas maneras.

—Por favor, no, no lo haga. ¡Aléjese! ¡Señor Dávalos, no mire!

Él cruzó la estancia a través de su cuerpo. Fiorella inclinó la cabeza, abatida. Murmuró una y otra vez, como si estuviera penando:

—Debí haberlo destruido. ¿Cómo pude haberlo olvidado?¡Soy tan descuidada!

Juan Ignacio quitó la funda que mantenía los cuadros a salvo del polvo y los examinó uno a uno. No había duda de que la señorita Celabert tenía gran talento para el dibujo y la pintura. Había plasmado con gran realismo y detalle paisajes y escenas bíblicas. Mientras examinaba cada representación, un lienzo, oculto detrás de un soporte de madera, escapó silenciosamente de su confín, deslizándose al suelo. Fiorella se cubrió la cara con los brazos y se

acurrucó justo encima del armario. Él se inclinó, lo recogió, quitó el papel que lo cubría y desplegó la imagen que alguien, probablemente su dueña, había intentado mantener oculta.

Juan Ignacio observó la obra. Era un boceto para una pintura al óleo. Su propia imagen. Presionó los dedos en el borde del dibujo, admirando cada trazo. La precisión del retrato lo impresionó. Allí estaba su rostro, todo ángulos y sombras; sus labios gruesos, sus rasgos duros, su expresión de mofa, la curva de una sonrisa ladeada, una mirada anhelante. Al lienzo estaba adosado un trozo de papel donde alguien con letra clara y fluida había escrito unas breves palabras: "El maldito salvaje". La obra estaba inconclusa, y quedaría así para siempre.

Juan Ignacio observó los trazos, el cuidado en la captura de cada detalle. Para conseguir un resultado tan acertado, la dama debió rememorar sus rasgos una y otra vez. La imaginó allí, sentada frente a la ventana, con el caballete frente a ella, mientras evocaba sus facciones, sus gestos, su expresión cada vez que le revelaba con brutal descaro su amor y deseo.

—Ya te gustaba —musitó—. ¿No es así, querida?

— ¡No, no es así! —rebatió cohibida—.¡Ese cuadro no tiene ninguna relación con mis sentimientos! Sucede que… que… ¡Oh, está bien, lo admito: es usted un hombre atractivo! ¿No quiso siempre saber qué pensaba de usted? Muy bien, preste atención porque solo lo diré una vez. Señor Dávalos, lo considero un rufián, un patán sin educación ni modales, un grosero y un energúmeno insufrible. Es usted un bribón, ¿me oyó? Pero uno muy atractivo, por cierto. Muy, muy atractivo. ¡Ahí tiene!, ¡ahora puede reírse usted de mí!

Juan Ignacio inclinó la cabeza. El pelo se le deslizó sobre los ojos y le ocultó la expresión de la mirada. Fiorella se presionó la mano contra la frente, todavía murmurando:

—¡Debí quemar eso cuando tuve la oportunidad! ¿Cómo podría haber adivinado que moriría antes de arrojarlo a las brasas? ¿Qué está mirando todavía, señor Dávalos! ¡Ya dejé eso donde lo encontró

y permítame penar en paz!

Juan Ignacio enrolló el lienzo con sumo cuidado. Fiorella vio en su rostro los profundos sentimientos que ocultaba de los demás. Calló sus agravios. El arrebol en sus mejillas delató la vergüenza experimentada, pero también algo más, una extraña emoción que, después de un instante, se fue apagando poco a poco en sus ojos.

—¿Sabe una cosa, señor Dávalos? Al revisar las páginas de mi vida, puedo ver que no he amado lo bastante. ¿Por qué? Son demasiadas las razones: desconfianza, cautela; principalmente, por temor a resultar herida.

Señor Dávalos, ¿qué puedo decir? Me arrepiento de callar en los momentos inadecuados; de hablar cuando debí silenciar mis palabras, de no dejarme amar, de no amarme lo suficiente. Me arrepiento de nunca haber expresado mis sentimientos cuando debí hacerlo, ¡habría aliviado un momento, una noche, toda una vida de resentimientos! Querría haber amado profunda, locamente, sin miedos, señor Dávalos. Hoy solo puedo lamentar mi cobardía.

—Te habría amado como nadie más lo habría hecho jamás —dijo —. Si me lo hubieras permitido.

—Sí —susurró Fiorella sin dejar de mirarlo—. Ahora lo sé.

Capítulo 4

Santos observó, aturdido, la ventana. La luz de la lámpara le iluminaba parte del rostro. Se veía muy demacrado. Estaba muy delgado. Sus arrugas se habían profundizado, hasta avejentarle la fisonomía. Sus ojos opacos carecían de toda vitalidad. Del hombre fuerte, majestuoso, de solemne estampa que una vez había dominado el escenario político y social del patriciado correntino quedaba ya muy poco.

Afuera, la lluvia se asomó sobre el horizonte. Impaciente, desvaneció el ocaso con su llanto. Por fin enlutó la ciudad con su grisáceo ropaje. La noche acabó con los últimos vestigios de la tarde que moría.

Genaro apoyó la mano sobre el respaldo de la cama y se inclinó hacia el señor Arizmendi.

—¿Señor? —dijo con suavidad—. ¿Se encuentra bien?

—Sí —respondió tras volver a fijar los ojos opacos en Genaro—. Me distraje un momento, eso es todo.

—Acomódese aquí.

—Gracias.

Santos apoyó la espalda sobre los almohadones. Genaro tiró de la manta y cubrió las piernas del anciano, solícito.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó.

—No, gracias. Puedes retirarte.

El señor Bustamante asintió y cerró la puerta al salir.

Fiorella se sentó en el aire, justo sobre el borde de la cama. Miró a su abuelo con atención. Notó con tristeza el cansancio en esos ojos. El desaliento y la extenuación causada por una vida de pérdidas y sinsabores finalmente le habían apagado el brillo en la mirada. El

dolor le corroyó el pecho, caliente y pesado. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Abuelo, ¿recuerdas lo que una vez me dijiste? —preguntó inaudible Fiorella—. Una perla que el mar empuja y en la arena se pierde; la luz de luna que se desvanece al trocar la noche con el día su solemnidad; una estrella que en el horizonte a morir va; un quejido que deshace el viento; ¡así es la vida que termina en soledad! Ahora entiendo lo que quisiste decirme, que no comprendí en su momento. Esperabas que encontrara a alguien que caminara conmigo, que me comprendiera y amara sinceramente. Temías que estuviera sola, ¿cierto? Pensabas que partirías primero, así que esperabas entregar mi mano a alguien que pudiera asegurarte que cuidaría bien de mí. Le temías a mi soledad. —Fiorella calló. Se presionó los dedos sobre los ojos. Entonces añadió—: Abuelito, si pudieras escucharme, te diría que sí, que estabas en lo cierto y yo equivocada. Debí escucharte, seguir tus consejos. Pero fui mala y rebelde, voluntariosa también, y lo lamento. Me arrepiento de todo lo hecho en el pasado sin estar convencida de que fuera lo correcto. ¡Cuánta hiel, amarguras sin fin, por haber actuado sin comprenderte ni comprender mis verdaderos sentimientos! Abuelo, perdóname. Me advertiste que algún día me arrepentiría de mis actos irreflexivos, y no quise escuchar. Querría, como todos, cambiar las decisiones erradas. Tuve en su momento la oportunidad de hacerlo. No lo hice. Ya no habrá más oportunidades. Todas se acaban con la vida que se consume. Me arrepiento de haberte desoído a ti, que querías mi bien, y de haber seguido a los que solo me hicieron daño. Me arrepiento de todos los errores que cometí.

—¿Señor Arizmendi?

—Señor Dávalos —dijo, y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Supongo que descubrió el secreto más vergonzoso de mi nieta.

Juan Ignacio acercó una silla junto a la cabecera de la cama y se sentó.

—Encontré la pintura —dijo.

—Una obra inacabada. Una lástima.

Hubo un momento de silencio.

—Qué muchachita la mía —dijo el anciano en voz baja—. Tan inocente. Me pregunto si, mientras dibujaba, llegó a morderse la lengua de rabia. Decía que usted le desagradaba, pero, a hurtadillas, plasmó su rostro en un lienzo. No sé cuáles eran sus sentimientos por usted, señor Dávalos, pero creo que lo encontraba de muy buen ver, por decir poco.

—Es posible —dijo Juan Ignacio con una sonrisa.

—Es posible, no. Es seguro. No creo que estuviera dispuesta a invertir tanto de su tiempo en pintar a alguien que no le gustara.

—Me gustaría creer eso.

—Créalo. —Santos suspiró—. Mi niña no se mostró muy inteligente al rechazar su cortejo, señor Dávalos, pero ahora sé que, al menos, supo apreciar su atractivo. Llegué a pensar que lo odiaba.

—La señorita Celabert no me odiaba —dijo, y el velo de sus pestañas le oscureció la mirada—. Solo estaba resentida conmigo.

Santos apoyó la mano sobre el libro que había estado leyendo. Había un sinfín de anotaciones en el borde de la página. Algunas breves, otras más largas.

—¿Por qué será? —se interesó.

Juan Ignacio desvió la mirada hacia la ventana. Llovía con languidez, serenamente. No había vestigios en la garúa de la brutal violencia de los truenos y relámpagos de horas antes.

—Llegué a su vida demasiado tarde —dijo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nunca amé a nadie, solo a ella, señor Arizmendi, usted lo sabe. No supe expresarle adecuadamente mis sentimientos. Temía su desaprobación y su rechazo. Actué en consecuencia. Fui tiránico y ofensivo. No puedo culparla: me gané su desprecio.

—Mi nieta era una niña muy obstinada.

—No tanto.

—Debió considerarlo, señor Dávalos. Es usted un hombre de gran valía.

—Yo la amaba sin condiciones, señor. Fiorella no precisaba corresponder a mis sentimientos.

Santos apretó la boca.

—Sé que mi nieta fue mala con usted. Todavía la disculpa. —Santos levantó las esquinas de su boca brevemente—. Es usted un buen hombre. No sé por qué Fiorella aceptó casarse con ese joven poco confiable. Máximo Belmonte no era el hombre para ella. Jamás entenderé por qué lo prefirió, cuando usted era el marido que ella necesitaba.

Fiorella volvió la mirada hacia Juan Ignacio. Lo vio controlar sus emociones, ocultar su dolor, bosquejar una sonrisa, esa tan suya, ladeada, casi burlona. Él no haría reproches. No expresaría disgusto. No cuestionaría sus pasadas decisiones. Solo manifestaría una paciencia infinita para con sus errores. Ella lo despreció. Lo ofendió. Lo ignoró. Lo rechazó. A veces con las palabras más crueles. Él todo le perdonaba. Juan Ignacio miró al anciano, imperturbable.

—Eso ya no importa —dijo.

—No, supongo que no.

Santos desvió la mirada hacia sus anotaciones. Distraído, deslizó un dedo flaco y deforme sobre la página amarillenta. Era obvio que había releído en incontables ocasiones esos párrafos.

—Señor Dávalos, lo hice llamar por una razón. Tengo una solicitud para usted.

—¿Qué necesita de mí, señor?

—Mi nieta… —Santos cerró los ojos un momento, como si el gesto pudiera brindarle fuerzas para continuar. Continuó en un susurro—: Mi nieta no falleció a causa de un accidente.

Fiorella volvió la atención hacia el anciano, sorprendida. No recordaba su propia muerte, los minutos previos apenas, con cierta dificultad. Todo estaba borroso en su mente. ¿Cómo había fallecido? Ella sabía que había caído por las escaleras. ¿Había sido por un descuido de su parte? Recordaba haber sentido enojo, decepción, una creciente desazón. Estaba allí, en el último peldaño, cerca del

descansillo. Iba subiendo. De pronto, todo se oscureció a su alrededor. Cuando despertó, ya se encontraba en el cementerio.

Juan Ignacio entornó los ojos. Fijó la mirada en el anciano. No pudo decir una palabra, porque sus emociones le constreñían la garganta. El dolor, la angustia, la cólera que se vertía en sus venas, enardeciendo su sangre, violenta e implacable, profundizaron la letalidad de su mirada.

—¿Está seguro? —preguntó después de un momento.

—Señor Dávalos, no tengo pruebas, pero espero que pueda confiar en mí palabra. —Juan Ignacio encajó los dientes unos contra otros. Un músculo se movió a un lado de su boca—. Hablé con Celabert sobre mis sospechas. No me creyó. Joaquín siempre fue un inútil. Un imbécil. No ha cambiado. Nunca cambiará. Cree que mis temores son infundados.

—El señor Celabert no es muy confiable.

—No, no lo es. Como dije, es un imbécil. Necesito que encuentre al culpable de la muerte de mi Fiorella, señor Dávalos. Estoy postrado en esta cama. Yo ya no puedo hacer gran cosa desde aquí; pero usted, sí. —El anciano se inclinó hacia adelante y tomó la mano de Juan Ignacio entre las suyas. Sus dedos esqueléticos, débiles, temblorosos, muy pálidos, casi macilentos, contrastaban vivamente con los dedos fuertes y oscuros del caballero—. Hay un sirviente al que debe usted encontrar —dijo—. Estaba aquí cuando ocurrió la tragedia.

—¿Qué sucedió con él?

—Huyó poco después de que se descubriera el cuerpo de mi nieta al pie de las escaleras. No reclamó paga. Simplemente desapareció. ¿Entiende el porqué de mis sospechas?

—Sí, señor.

—No sé si fue él o alguien más quien lastimó a Fiorella, pero tengo la certeza de que, encontrando a ese hombre, sabré la verdad.

Juan Ignacio presionó la mano del viejo entre las suyas.

—¿Su nombre?

—Silvano Ortiz.

—¿Conoce sus señas?

—Genaro encontró su rastro —comenzó a contar Santos, ansioso — en las afueras de la ciudad. Iba a ir por él. Estaba disponiéndose a traerlo frente a mí cuando esta maldita enfermedad que aqueja mis pulmones empeoró. —Calló, disgustado, e hizo un gesto de desesperación—. Escapó. Debió intuir que estaba en peligro.

—Entiendo.

—Encuéntrelo, señor Dávalos. ¿Me promete…?

—Sí, señor.

De pronto, el anciano se cubrió la boca con un pañuelo cuando la tos amenazó con ahogar su voz. Juan Ignacio le rodeó los hombros enjutos con uno de sus brazos y lo ayudó a descansar sobre los almohadones. El anciano se veía exhausto, lívido.

—Gracias —susurró, emocionado.

—Yo me ocuparé de esto —dijo Juan Ignacio. Presionó su mano con suavidad—. En tanto, recupérese.

—No sé si será posible esta vez…

—Fiorella no querría verlo así. Se preocuparía. Ella lo amaba, señor Arizmendi.

—Una vez se la entregué, ¿recuerda, señor Dávalos? —dijo Santos de improviso.

Fiorella se sorprendió. Juan Ignacio curvó las comisuras de los labios.

—Lo recuerdo —dijo.

—De todos los hombres que conocía, era usted el único que siempre respetó su opinión. Ese mozalbete inútil, el prometido, la escuchaba, pero no la entendía. —El anciano tomó nuevos bríos al hablar de alguien que obviamente no le agradaba. Estrujó el pañuelo entre sus dedos—. ¡Ese hombre, Belmonte, jamás la habría comprendido!

Fiorella sonrió con dulzura. Al abuelo nunca le había caído en gracia Máximo. Aunque había intentado respetar su decisión de casarse con ese caballero y no había hecho más que unos pocos

comentarios al respecto, le había expresado claramente su oposición al mismo con sus gestos.

Poco antes de que ella falleciera, habían discutido al respecto. El abuelo le había exigido que reconsiderara su decisión de casarse con un hombre que, en su opinión, era un niño incompetente. Ella, por supuesto, no lo escuchó.

—Señor, una vez me dijo que quería a mi nieta como su esposa. Me juró que cuidaría de ella —dijo. Había tristeza en su voz acompasada—. Fiorella habría sido feliz a su lado, si se hubiese dado la oportunidad de conocerlo.

—Algunas cosas no están destinadas a suceder.

—¡Esa niña tonta! —exclamó el viejo, disgustado.

Fiorella inclinó la cabeza. La tristeza en su mirada se profundizó. Había pensado que casarse con Máximo Belmonte habría sido una decisión que el anciano terminaría aceptando. En ese entonces buscaba la aprobación de su padre. Desesperadamente. Joaquín se manifestó muy satisfecho con el señor Belmonte desde que lo conoció. Insinuó que vería con beneplácito que Fiorella lo prefiriera de entre sus adoradores. Incluso comenzó a mostrarse afectuoso con ella, cariñoso como nunca antes, mientras insistía en que ella correspondiera a los sentimientos expresados por el caballero.

Máximo era un hombre de familia acomodada, gentil, de buenas maneras. Era respetuoso en el trato, amable al dirigirse a otros, atento a los detalles. Joaquín lo consideró el hombre adecuado para ella.

Ahora Fiorella entendía que el abuelo nunca había esperado que ella pasara su vida junto al hombre adecuado. Solo deseaba que fuera amada por alguien que realmente la valorara. Fiorella bajó los ojos, acongojada y dijo:

—Abuelo, una vez te sentaste a mi lado para verme dibujar. ¿Recuerdas lo que me dijiste entonces? Yo nunca lo olvidaré. Me dijiste que dibujamos los senderos por los que habrá de transcurrir nuestra vida a cada instante. Lo que será, es un boceto apenas. Lo que deseamos, un bosquejo. El óleo se completa lentamente.

Abuelo, mientras proyectaba los pasos que habría de seguir, busqué amor y aceptación entre quienes no merecían mi confianza. ¿Sabes una cosa? No me arrepiento de rehuirle a la soledad, aunque sí de haber ignorado deliberadamente las señales que me indicaban que ese no era mi lugar, ni el señor Belmonte la persona con la que debía estar. Abuelito, me arrepiento de haber dedicado mi tiempo, ¡tan breve y fugaz! a las personas equivocadas. Querría haber diseñado más caminos a recorrer, trazado nuevos puntos de fuga, perfilado auténticos afectos. Hoy solo puedo dejar una obra inacabada. Tantos errores, y ni uno de ellos puedo reparar.

Juan Ignacio miró al anciano, paciente.

—Cálmese, señor —dijo—. Su salud se resentirá.

—¿Mi salud? —Santos rio entre dientes. La tos interrumpió su falso humor una vez más—. No se preocupe por mi salud, señor Dávalos. Aun postrado en esta cama, le daré guerra a la muerte, créame.

—Le creo, señor.

—Joaquín y esa prostituta que tiene por esposa creen que tengo un pie en la tumba. Genaro está viejo y teme que no le sobreviviré. ¡Viejo estúpido!

—Cálmese, señor.

—¿Sabe una cosa, señor Dávalos? Mi médico es un inútil.

—¿Por qué lo dice?

—Cree que no llegaré al próximo verano, pero le aseguro que ni Dios ni el diablo me arrebatarán la vida, ¡al menos no antes de encontrar al asesino de mi nieta!

—Ay, abuelo, solo quiero que estés bien —dijo Fiorella con suavidad.

Santos desvió la mirada hacia la ventana. La lluvia había comenzado a amainar.

—Me temo que no seré un buen anfitrión —dijo, después de un momento—. Me habría gustado que se quedara usted a cenar conmigo, Juan Ignacio, pero lo reconsideré. La compañía de un viejo

enfermo como yo no resulta agradable. Lo invitaré a comer en otro momento, lo prometo.

Juan Ignacio asintió, comprensivo. Presionó las manos del dueño de casa con afecto.

—Descanse, señor —dijo.

Santos asintió y volvió los ojos una vez más hacia la lluvia que languidecía en la ventana. Cuando Juan Ignacio cerró la puerta al salir, Fiorella cruzó la pared y lo siguió a desgana, cabizbaja. Con las emociones todavía atenazando su garganta, echó una mirada hacia atrás.

Trémula, susurró:

—Resiste, abuelo. Tienes que ponerte bien. Por mí. Por Genaro. Por el señor Dávalos. No puedes rendirte ahora.

Juan Ignacio se encontró con Genaro en el pasillo. El anciano estaba de pie cerca de las escaleras con las manos en la espalda.

—¿Está bien el señor? —preguntó preocupado.

—Está descansando.

—Eso es bueno. A veces se queda despierto toda la noche, ¿sabe usted?

—¿No puede dormir?

—No. Ha pasado por tantas cosas el señor que, ya sin la señorita Fiorella para distraerlo, repasa una y otra vez en su mente todo lo hecho en la vida, cada cosa vivida, todos los errores cometidos.

—Eso no le hará bien.

—Lamentablemente, el pasado, como a todos alguna vez, regresa de visita en la noche para torturarlo —dijo Genaro—. Por eso se ve tan demacrado. No consigue conciliar el sueño y, si por fin lo hace, lo atormentan las pesadillas.

—A veces sucede —comentó Juan Ignacio.

Una sirvienta se apresuró a llegar hasta el señor Bustamante, con un envoltorio entre las manos. Era la misma que había recibido al señor Dávalos en la entrada. Genaro hizo un gesto hacia la muchacha y recuperó de ella el paquete.

—Puedes retirarte, María —dijo.

La joven asintió, hizo un gesto de despedida y se marchó.

—Aquí tiene, señor —dijo el anciano—. Es el lienzo de la señorita Fiorella. Está envuelto adecuadamente, no se preocupe. No se mojará con la lluvia.

—Gracias.

—¿Se marcha ya, señor Dávalos?

—Sí.

—¿No le apetece una merienda? Puedo prepararle algo, si gusta.

—No es necesario. —Juan Ignacio hizo una pausa, luego curvó las comisuras de sus labios—. El señor Yasuká me espera en mi oficina —comentó.

—¿Trabajará hasta tarde, señor?

—Es posible. Franco dijo que debería revisar las cláusulas de un contrato comercial que, si lo firmara, podría ser problemático en el futuro. Estará ansioso, me imagino, preguntándose si iré o no. Supongo que lo alegrará verme llegar.

Genaro sonrió. Recordó al socio del señor Dávalos; un hombretón, fuerte y robusto, de sólidos principios, que se ocupó de asistirlo en todo momento desde que Juan Ignacio decidió afincarse en la ciudad y hacerse un lugar entre los comerciantes de la región.

El señor Arizmendi le había hablado sobre ese hombre: fue el señor Yasuká quien suministró toda la información que precisaba Juan Ignacio cuando decidió tomar las riendas de la familia Dávalos. Con su ayuda, no tardó en controlar las ambiciones de los díscolos parientes de Thaddeus Dávalos con la dureza que ameritaba esgrimir. Así como Genaro mismo acompañó al señor Arizmendi en su largo trajinar, convirtiéndose en su ayudante, amigo y confidente, de la misma manera el señor Yasuká decidió asistir a quien fuera una vez su comandante.

—Señor Dávalos, ¿le habló el patrón de sus sospechas? —preguntó Genera vacilante.

—Sí.

—El patrón está convencido de que la señorita fue asesinada.

—¿Piensa lo mismo, señor Bustamante?

—No sé qué pensar, señor —respondió después de un instante. Se mostró incómodo—. El patrón no puede aceptar la muerte de la señorita por una causa tan…estúpida, ¿entiende?

—Comprendo.

—¡La señorita Fiorella era tan joven, tan inteligente y vivaz! ¿Quién podría imaginar que fallecería a causa de un resbalón en las escaleras de su casa? —Juan Ignacio lo miró, atento a sus palabras. Genaro se detuvo en el descansillo. Presionó la mano sobre la baranda—. Obviamente, el señor desconfió en su momento, tanto más cuando supo de la repentina desaparición de un sirviente —continuó—. Además, ese muchacho, Silvano Ortiz, había entrado a trabajar como portero para la señorita no hacía mucho, apenas dos semanas antes del accidente. Señor Dávalos, no puedo mentirle: aunque quisiera pensar otra cosa: también tengo mis dudas. Confío en usted —dijo el anciano—. Sé que hallará la manera de hacerle justicia a la señorita si nuestras sospechas son ciertas. Y si solo fue un accidente, como se cree hasta ahora, al menos le habrá dado algo de paz al señor Arizmendi.

—Me ocuparé de esto —declaró Juan Ignacio—. Lo prometo.

La voz oscura, aterciopelada, dejó entrever apenas un resquicio de la violencia mal contenida que se ocultaba en sus palabras. Fiorella lo miró. Dijo entonces, preocupada:

—Está usted furioso. Lo conozco, señor Dávalos. No podría engañarme ni ocultarme lo que está sintiendo. ¿Piensa que fui asesinada? ¿Es eso? Lo es, ¿verdad? No se deje controlar por sus emociones. Primero debe averiguar qué hay de cierto en las sospechas de mi abuelo. Quizás solo fue una caída. Una fatalidad, nada más. Él está viejo y puede equivocarse.

—Es un alivio escuchar eso, señor Dávalos —dijo Genaro y bajó un par de peldaños—. Lo acompañaré hasta la puerta.

De repente, se escuchó una expresión altisonante en el vestíbulo. Alarmado, el anciano descendió los últimos escalones rápidamente. Juan Ignacio lo siguió de cerca. Sus ojos se habían oscurecido hasta

semejar trozos de esmeraldas encendidas al reconocer la voz de quien vociferaba. La ira y el odio le destellaban en la mirada.

Fiorella se deslizó en el aire, rauda, y se detuvo bruscamente cuando comprendió el origen del altercado.

—¡Es Máximo! ¿Qué está haciendo aquí? ¡No quiero verlo!, ¡Ese miserable…! ¿Cómo se atreve a venir? ¡Deseo que se vaya! Señor Bustamante, expúlselo de esta casa. ¡Ahora mismo! —exigió Fiorella enojada.

Eneida Farré no había perdido su graciosa elegancia en la reyerta. Estaba en el umbral, con la expresión tensa, la boca apretada en una fina línea y las manos contraídas en puños a los lados del cuerpo, y aun así se veía imponente, como se esperaba de una señora de familia acomodada. El pelo se le había escapado de la redecilla que lo contenía. El chal se había deslizado sobre sus hombros y pendía, precario, de los codos. María se hallaba a su lado, a escasa distancia, horrorizada. Eneida le dirigió una breve mirada, con la intención de tranquilizar a la asustada sirvienta, antes de enfrentar una vez más con calma al caballero que se tambaleaba en la entrada.

—Señor Belmonte —dijo fríamente—. No insista. El señor Arizmendi no lo recibirá.

Máximo vaciló. Apoyó la mano en la jamba de la puerta. Encajó los dientes unos sobre otros. Tenía el pelo rubio desordenado, los ojos ensangrentados, la ropa arrugada, el aliento hediondo. Debió de haber estado bebiendo, y mucho.

—Necesito hablar con el señor —reiteró—. Déjeme verlo, señora. Es importante para mí.

Fiorella frunció la boca y se lanzó en el aire con la intención de enfrentar al caballero. De pronto, algo tiró de ella, inmovilizándola. Hizo un mohín. Una vez más, las cadenas invisibles que la ataban a Juan Ignacio la retuvieron. Giró y observó al señor Dávalos, impaciente. Regresó a su lado y se quejó:

—¿Qué está esperando? ¡Vamos allá! Ayúdeme a echarlo de aquí.

—Señor Belmonte, usted no está en condiciones de ver a nadie —dijo Eneida que elevó el mentón, descontenta.

—¿Cómo que no?

—Mírese: apenas puede mantenerse en pie.

En un arrebato de desesperación, Máximo Belmonte propinó un empellón a la dama y pasó al vestíbulo. Eneida soltó una exclamación de miedo. Habría tropezado y caído al suelo si María no se hubiera apresurado a sostenerla por el talle. El caballero avanzó unos pasos en el hall. Se detuvo. Se volvió bruscamente, retrocedió y aferró a Eneida del brazo. María gritó y trastabilló, asustada. Eneida intentó retroceder, enojada.

—¡Señor, suélteme! —exigió.

Máximo hundió los dedos entre los festones que adornaban las mangas del vestido, sujetándola.

—Señora, no le haré daño —prometió—. Entiendo que el señor no está bien de salud. Lo comprendo. Entonces solo puedo pedirle a usted que se apiade de mi dolor.

—¿Qué pretende…?

—Quiero ver la alcoba de mi prometida.

—¿Cómo dice? Esto es inaudito —respondió Eneida atónita.

—Sé que Fiorella se quedaba aquí en sus momentos de ocio. Muéstreme su habitación.

—¡De ninguna manera! —sostuvo Eneida que forcejeó y, por fin, pudo deshacerse del agarre del caballero.

—¡Señora, se lo ruego!

—¿Cómo se atreve…?

Máximo se tambaleó.

—Solo quiero quedarme con algo suyo, señora —susurró.

El olor a alcohol en su aliento resultaba apabullante.

—Tenía su pañuelo. Ella me lo obsequió, ¿recuerda? Lo llevaba siempre conmigo, pero ahora no puedo encontrarlo. Lo perdí.

—Señor, por favor, váyase.

—Tengo que encontrar algo de ella, cualquier cosa que me la recuerde estará bien.

Juan Ignacio entornó los ojos.

—Señor Bustamante —dijo, glacial. Presionó el lienzo entre sus manos—. No permita que ese hombre se lleve nada de Fiorella.

—Por supuesto que no —respondió Genaro y luego elevó la voz al dirigirse al vestíbulo—: ¡Señor Belmonte, compórtese!

Máximo levantó la mirada bruscamente.

—Señor Bustamante… —De pronto calló. Fijó los ojos enrojecidos en el hombre que se encontraba justo detrás del anciano, entre las sombras. Crispó los dientes, furioso—. ¿Qué hace él aquí? —vociferó.

Juan Ignacio observó al caballero, inescrutable. Eneida se mostró disgustada. Un ramalazo de aire frío provocó en ella un estremecimiento. Retrocedió unos pasos, alejándose de la puerta.

—El señor Arizmendi invitó al señor Dávalos —dijo. Su expresión se tornó orgullosa—. Señor Belmonte, le sugiero que regrese a su casa ahora. No está usted en sus cabales.

—¡Ella lo consideraba un canalla! —gritó Máximo, fuera de sí—. El señor Arizmendi debería saberlo. ¿Por qué querría recibir a este hombre en su casa? ¡Fiorella lo despreciaba!

—Me duele la cabeza, Genaro —anunció Eneida con impaciencia —. Iré por mi bolso. Regresaré a mi casa. Por favor, ocúpese de despedir al señor Belmonte.

—Sí, señora —dijo el anciano, lacónico.

Eneida se arrebujó en el abrigo y abandonó el vestíbulo a grandes pasos. María corrió tras ella, después de que el señor Bustamante le hiciera un gesto. Tenía órdenes de vigilar a la señora de cerca, de modo de obstaculizar cualquier triquiñuela de su parte. Genaro fijó los ojos en el señor Belmonte.

—Caballero, por favor, retírese —ordenó.

Máximo lo ignoró. Avanzó y enfrentó a Juan Ignacio, colérico. El pelo desgreñado le caía en ondas sobre las sienes. Los ojos, sanguinolentos, contenían una manifiesta hostilidad. Fiorella se interpuso entre ambos. Dijo, malhumorada:

—¡El señor Dávalos es un invitado! Usted, señor, no es digno de estar aquí. ¡Le exijo que deje esta casa de inmediato!

—Dávalos, ¿qué hace aquí? —lo increpó Máximo.

—No es de su incumbencia, señor Belmonte —respondió con un sonrisa burlona.

—¿Cómo dice…?

—Váyase. Está avergonzándose.

—¡Bastardo! —escupió, y caminó unos pasos, oscilante, hacia las escaleras.

Máximo eludió las manos del señor Bustamante y se disponía a buscar por sí mismo la habitación que una vez había pertenecido a su prometida, cuando, al pasar a su lado, por fin vio el paquete que el señor Dávalos sostenía en su mano.

—¿Qué es eso? ¿Qué tiene ahí? ¡Miserable! ¿Qué tomó de esta casa? —La sospecha contrajo su rostro en una expresión de odio—. ¿Es de Fiorella? ¡Déjeme ver!

—¿Quiere quedarse con esto? —preguntó Juan Ignacio. La amenaza latente estaba allí, en la gélida suavidad de sus palabras—. Inténtelo y lo lamentará.

—¡Usted no merece tener nada de ella!

—Apártese de mi camino, Belmonte.

—¿Quiere irse? ¡Déjeme lo que tiene en la mano! ¿Es una pintura? ¡Me pertenece! —Máximo parecía haber enloquecido—. ¡Fiorella querría que fuera mío, que todo lo suyo quedara en mis manos!

—¡No deje que lo toque, señor Dávalos! No quiero sus odiosas manos sobre mis cosas. ¡Es asqueroso! —gritó para no ser escuchada Fiorella.

—Señor, respétese a sí mismo —dijo, cortante Genaro.

—¡Fiorella estaba comprometida conmigo! Íbamos a casarnos. —Sus ojos enloquecidos se fijaron en Juan Ignacio con ira—. Usted quería arrebatármela. ¿Cree que no lo sé? Ella lo detestaba. Jamás le habría dado una segunda mirada, si no la hubiera usted obligado a convertirse en su socia.

—La señorita Celabert jamás haría nada que no estuviera dispuesta a hacer por su propia voluntad —dijo Juan Ignacio, sucinto —. Es obvio que usted no la conocía tan bien como cree.

Fiorella asintió, colérica.

Máximo perdió el escaso control que tenía sobre sí mismo al escuchar esas palabras. Con un bramido se abalanzó sobre Juan Ignacio. Tenía la clara intención de arrebatarle a la fuerza el envoltorio que llevaba. Fiorella gritó una advertencia. Genaro soltó un improperio, furioso. Máximo erró el objetivo, no obstante, la determinación lo llevó a enfrentarse al señor Dávalos.

Juan Ignacio cerró el puño y golpeó la mandíbula del señor Belmonte con absoluta precisión, dos veces, con rapidez, luego una vez más en el estómago y finalmente barrió sus pies con una patada poderosa, lanzándolo al suelo. Tratar con un borracho arrogante no requirió ningún esfuerzo de su parte. Era un hombre acostumbrado a la violencia desde la infancia. Forjó su carácter en la niñez entre peleas callejeras, a puños y facón; y afiló el temperamento en la escuela naval militar. Había sido entrenado para resistir, sobrevivir y matar. ¿Cómo podría significarle dificultad alguna un caballero criado en el pomposo invernadero del patriciado correntino?

Máximo intentó incorporarse, murmurando incoherencias. Genaro se inclinó sobre él, cerró los dedos en su corbata, lo atrajo hacia él y buscó su mirada.

—Señor Belmonte, preste atención —dijo cortante. Aunque la avanzada edad no le permitía hacer mucho más, todavía podía ocuparse de un borracho—. Me gustaría que se fuera usted de aquí por su propio pie. Si no lo hace, lo sacaré a rastras de esta casa personalmente, y entonces perderá toda oportunidad de regresar. ¿Me escuchó, señor?

Máximo se pasó la mano por la boca. Un rastro de sangre quedó en el puño de su chaqueta.

—¡Conteste, señor Belmonte!

—Me iré —dijo, casi rechinando los dientes, tras empujar al anciano. Desvió sus ojos fieros hacia Juan Ignacio, después se dirigió a trompicones hacia la puerta.

Cuando el caballero finalmente se marchó, Genaro apretó la boca en un gesto reprobatorio.

—Ese hombre bebió demasiado —dijo, alisando las arrugas de su levita—. Además, es un imbécil. Ignore sus palabras, señor Dávalos. Son todas tonterías.

Juan Ignacio inclinó la cabeza. Se insinuó en sus labios una sonrisa, un poco torcida, pero genuina, realmente cautivadora.

Fiorella desvió la mirada. En un instante sintió las mejillas enrojecer y murmuró, avergonzada:

—Cuando sonríe así, señor, se ve un poco lindo, lo reconozco.

—Lo que dijo el señor Belmonte, no me importa —dijo Juan Ignacio. Sus dedos rozaron con suavidad el lienzo en su mano—. Ahora no.

Capítulo 5

El viento se asomó al salón y remontó vuelo susurrando el hastío de creerse ignorado. La fragancia discreta de la gardenia se deslizó detrás de su invisible estela. Las cortinas ondearon: el encaje se conmovió junto con el terciopelo azul con la amable caricia del aire que transitaba, y los dos bailaron en lento vaivén en respuesta a su gentil toque. La luz de la lámpara osciló: iluminó el contorno de los muebles de palisandro, se reflejó en los paños de *vitreaux* que decoraban el salón y destelló sobre los canutillos que adornaban los almohadones en el sofá.

La joven dama cerró con llave la puerta que comunicaba la biblioteca con la sala de recibo. El viento calló. Las cortinas detuvieron la danza. La luz de la lámpara tembló hasta quedar inmóvil.

Flora cruzó la estancia en silencio. Entre las manos llevaba un pequeño cofre de madera pintada. Sus pasos resonaron en la quietud. En la mañana no se oía más que el distante murmullo de las hojas en el jardín al rozarse unas con otras.

Antes del fallecimiento de Fiorella Celabert, ya desde la alborada, era posible escuchar el cuchicheo de al menos media docena de sirvientes disponiéndose a cumplir con diversas obligaciones matutinas. En susurros, se distribuían entre sí las tareas a realizar, cuidando de no molestar a los patrones que todavía dormían: fregar los suelos, abrillantar la plata, encerar los muebles, preparar las comidas, reponer vituallas y hacer la colada, entre un sinfín de otras pequeñas tareas, que conformaban las primeras obligaciones del día. Después se ocuparían del mantenimiento del jardín y las fuentes,

además de preparar el salón y el vestíbulo para la recepción de ocasionales invitados.

Con los problemas económicos que habían asolado a la familia desde que Joaquín Celabert se había hecho cargo de la administración de los bienes de su primera esposa, la mitad de los trabajadores habían sido despedidos. Los restantes consiguieron mantener el empleo debido al apoyo de la señorita Fiorella y a su determinación de conservar a quienes habían trabajado para su familia desde que tenía uso de razón.

Después del fallecimiento de la señorita, Joaquín se negó a mantener a la servidumbre cuando cayó en la cuenta de que sería imposible pagar las deudas, los gastos diarios y, además, salarios adeudados, así que despidió a todos los que aún trabajaban en la residencia, sin que le importara un ápice la antigüedad o los sinsabores que les deparara el repentino desempleo.

A insistencia de Eneida, y considerando su propia comodidad, Joaquín aceptó conservar dentro de la casa a tres personas: a Berta, una anciana cocinera que conocía sus gustos gastronómicos al dedillo; a Felipe, el cochero; y a Olaya, una joven leal y muy capaz, recomendada por Eulalia Farré, que, de ocuparse solo de servir a su señora, pasó a hacerse cargo de todas las tareas que antes se distribuían entre varias personas.

En los últimos meses, la situación financiera de la familia había empeorado hasta tal punto que Joaquín había prohibido todo gasto considerado superfluo.

Flora se sentó junto a la ventana y apoyó sobre la falda su alhajero. La tenue luz de las llamas le iluminó las mejillas cuando inclinó el rostro. Olaya había encendido la chimenea muy temprano en la mañana con la intención de caldear el salón recibidor. El día se había despertado ceniciento, deslucido. El viento proveniente del sur había llegado a la ciudad en la madrugada, trayendo consigo el frío de otras tierras. Quizá llovería en la tarde, dijo, aunque poco después del alba, en el cielo, aquí y allá, se habían vislumbrado

pinceladas azul celeste entre los grisáceos nubarrones; trazos de color que parecían negar sus vaticinios.

Flora tiró del pestillo que aseguraba la tapa y abrió el cofre. Examinó el contenido. Varios aretes, un par de gargantillas y una docena de anillos y pulseras reflejaron la cálida luz de la lámpara. Eran todas baratijas: llamativas, brillantes, hermosas, pero de escaso valor económico. Algunas piezas se habían desgastado con el transcurso del tiempo, otras se veían descoloridas, incluso con bordes oscuros. Los adornos de oro y piedras preciosas que había comprado para sí después de que ingresara a la casa Celabert acompañando a Eneida como su hermana habían sido vendidas por Joaquín hacía mucho tiempo.

La joven apartó las sortijas y levantó el fondo de tela. Debajo se ocultaba un pañuelo de bolsillo. Flora lo tomó entre sus dedos. La seda se sintió suave al tacto. Lo desplegó y alisó una arruga. Un exquisito ramillete de campanillas de colores vibrantes había sido bordado en una esquina. Del tejido se elevó, casi imperceptible, el ligero perfume de una flor. El pañuelo había sido un obsequio de Fiorella al señor Belmonte.

El caballero lo había atesorado desde que lo había recibido, poco después del compromiso con la dama. Lo había llevado consigo en cada ocasión, en todo evento. En particular, desde que Fiorella falleció, no se había desprendido de la prenda. Era su reliquia, un vestigio de su amor, decía.

En varias ocasiones, cuando había sorprendido al caballero con una visita sorpresiva a su oficina en el centro de la ciudad, había visto a Máximo presionando la seda contra sus labios, con la cabeza inclinada, los ojos bajos, murmurando el nombre de su prometida. Flora deslizó un dedo sobre el borde de un pimpollo de campanilla.

—Está muerta —susurró—. Y, aun así, sigue siendo un obstáculo en mi camino.

La joven dejó el alhajero a un lado, sobre el sofá. Se puso de pie. Estrujó el pañuelo entre los dedos en tanto caminaba hacia la chimenea. Tomó el removedor y atizó el fuego. Detestaba ese

pañuelo, porque el señor Belmonte lo atesoraba como un cruel avaro mezquinaría su oro; porque Fiorella lo había bordado, y cada puntada revelaba su talento para la labor de aguja: un talento que Flora no tenía; porque olía a ella, a sus flores favoritas: a claveles.

Ahora lo tenía entre las manos. Impulsivamente, había aprovechado un descuido de Máximo para tomarlo de su oficina y arrebatárselo. Después se arrepintió, por supuesto. No porque se sintiera culpable de quitarle a un caballero el único recuerdo que tenía de la mujer que amaba, sino porque temió que él descubriera el latrocinio. Pero él no sospechó de ella. ¿Por qué lo haría? Se culpó a sí mismo de la pérdida.

A veces aturdido, a veces borracho, no recordaba lo hecho en sus horas de trabajo y mucho menos en sus noches de insomnio. Creyó que había dejado caer el amado recuerdo de su prometida en la calle, mientras se tambaleaba de regreso a su casa, después de atontarse en los garitos que había comenzado a frecuentar.

Fiorella se asomó al salón a través de la puerta que comunicaba la biblioteca con la sala de recibo. Con una suave sonrisa de satisfacción tirando de sus labios, flotó a través del recinto y se inclinó junto a la chimenea.

—Así que fuiste tú quien despojó al señor Belmonte de su amado tesoro. ¿Quién lo habría adivinado? Está bien, lo apruebo. Habría lamentado toda la eternidad que una cosa mía quedara en manos de él —comentó Fiorella.

Flora apretó la boca y arrojó el pañuelo a las llamas. En la chimenea, los leños crepitaron. El fuego danzó. Sus vívidos colores, el amarillo, el rojo y el púrpura se entrelazaron entre crujidos y centelleos. La joven observó la seda deshacerse entre los leños. El fuego devoró cada primorosa puntada. Uno a uno los pétalos de cada campanilla desaparecieron bajo su inclemente voracidad. En un instante, del pañuelo que tanta aversión había causado en ella, solo quedaban unas negras cenizas. Fiorella observó el chisporroteo de las llamas. Pesarosa, murmuró:

—Una cosa más de la que me arrepiento: haber creído posible entregar mi afecto a un hombre que no lo merecía. Me arrepiento de haber dado más importancia a la aprobación de mi padre que a seguir los designios de mi corazón. Me arrepiento de la ternura que nunca me atreví a aceptar y de la pasión que temí vivir. Me arrepiento de no haberme aferrado al verdadero amor.

La puerta del salón se abrió bruscamente con un desagradable chirrido. Las bisagras necesitaban limpieza y lubricación, eso era evidente. Flora frunció el ceño. Detestaba la desidia que había caído sobre la mansión, tanto más cuando temía que fueran señales de una mayor miseria por venir.

—¡Señorita! —la llamó Olaya desde el umbral, visiblemente nerviosa.

—Te pedí que no me molestaras —dijo Flora, malhumorada, en tanto removía el fuego con el atizador—. Regresa y ocúpate de tus quehaceres.

—No, señorita, usted no entiende, no es que quisiera importunarla. —Olaya bajó la voz, y entró al salón presurosa. Su cuerpo olía a cera y a lejía—. Ese hombre está aquí, señorita. Le dije que los patrones no se encontraban en la casa, que la señora había salido a hacer sus visitas de la mañana y que al señor Celabert podría encontrarlo en su oficina de la calle Junín, si lo necesitaba, pero me dijo que solo había venido por una cosa, que no me preocupara, que lo buscaría por sí mismo. ¡Ahora está aquí junto, señorita, en la biblioteca!

Flora estaba estupefacta.

—¿Qué hombre? —balbuceó, sin atreverse a adivinar la identidad del visitante.

Por un momento, se creyó descubierta. Imaginó a Máximo furioso, acusándola de haberle arrebatado su pañuelo, exigiéndole la devolución, amenazándola con hacer pública su crueldad.

—¡Ese hombre horrible, señorita, el que se apellida Dávalos!

Fiorella se elevó en el aire, de mejor humor. Dijo, divertida:

—Tu peor pesadilla, querida: un hombre que no cree en tu fingida inocencia y que desprecia tu candidez insulsa; un hombre al que nunca podrás engañar.

—¿Juan Ignacio Dávalos? —musitó Flora, atónita.

—¡Ese mismo! ¿Qué hago con él? Nomás se metió en la biblioteca y me echó.

Flora dejo caer el removedor al suelo. La expresión de su rostro reveló miedo. A Máximo Belmonte podía manejarlo. Dios mediante, encontraría la manera de hacerlo siempre que no se revelase su auténtico carácter. Pero a ese hombre, Dávalos, jamás podría engañar con sus tretas. Reconoció para sí, que ese salvaje la aterrorizaba. Y ese temor se había estado gestando en ella desde que lo conociera, años atrás. Porque ese monstruo había demostrado ser despiadado en su afán de conseguir todo aquello que se proponía. Dinero. Estatus. Poder. Lo que deseaba, lo obtenía. No le importaba qué medios utilizar, siempre que fueran eficientes y las cosas que quería terminaran en sus manos: así de simple resultaba su accionar. En aquel entonces se había encaprichado de Fiorella. La quería hacer suya. Decidió convertirla en su mujer. Su persecución fue brutal. Como un depredador tras su presa, estaba decidido a obtenerla. No hubo vacilación. No consideró obstáculos.

Creyó que conseguiría a la mujer que deseaba. Se equivocó. Así como él era resuelto e implacable, Fiorella era obstinada. No se dejó arredrar. Ella lo rechazó. El amor de Juan Ignacio Dávalos era avasallante, feroz, casi inhumano. Fiorella lo despreció. Aun así, después de su muerte, él conservó vivo su recuerdo. Era obvio que todavía la amaba. Flora no sabría explicarse por qué. Fiorella era arisca y petulante. No le importaba demostrar arrojo y tenaz desenvoltura al encontrarse entre hombres, aun sabiendo que una auténtica dama debía siempre mostrarse débil y dócil. No había un ápice de femineidad en ella. Tampoco timidez. No pretendía ganarse la admiración masculina fingiéndose necesitada de protección, como tantas otras, ni tampoco le apetecía granjearse la simpatía de los caballeros pidiendo consejo, ayuda o apoyo, aunque no lo necesitara

realmente. Por el contrario, no perdía oportunidad de exponer su voraz inteligencia ni su sorprendente habilidad para los negocios, mostrándose ante todos como una marimacho capaz y habilidosa.

Flora nunca comprendería cómo una mujer así consiguió enamorar a dos hombres tan diferentes entre sí como lo eran Juan Ignacio Dávalos y Máximo Belmonte. En su opinión, ambos deberían menospreciarla, sino detestarla directamente.

—i… ñorita! ¡Señorita!

Flora levantó la mirada, aturdida.

Olaya hizo un ademán hacia el salón contiguo.

—¿Atenderá usted al señor? —preguntó, ansiosa—. No creo que sea buena cosa que esté solo allí, cuando el patrón tiene todos los papeles privados en el escritorio. Sé que el señor Dávalos es un conocido de la familia, pero uno siempre tiene que desconfiar un poco.

—Escucha a esta niña, Flora. No tendrá tu educación, pero razón tiene —dijo Fiorella entre risas.

Flora sintió frío en los dedos trémulos. Sus mejillas empalidecieron.

—¿Señorita? —Olaya buscó su mirada, preocupada. Tomó la mano de la dama entre las suyas—. ¿Le pasa algo? Está usted helada. ¿Quiere que cierre la ventana? Le dije que no era un día para dejar los postigos abiertos, que cuando el viento viene del sur, hay que tener un abrigo a mano, y ya ve usted…

—¡Olaya! —Flora sacudió la mano de la sirvienta, asqueada—. No me toques. Tienes las manos sucias.

La muchacha bajó los ojos avergonzada. Fiorella la observó y murmuró, pensativa:

—Olaya no puede ofrecerte ningún beneficio. No tienes motivos para fingir bondad ni dulzura en tu trato hacia ella. Tampoco tiene la habilidad para perjudicarte. Así que no temes enseñarle cómo eres en realidad. No obstante, ha caído en las redes de tus tretas. Ya no puede considerar siquiera que no eres tan gentil como pareces ser. Los que te quieren, Flora, a quienes has engañado profundamente,

jamás dudarían de ti, siempre encontrarán excusas para tu conducta. Como yo, una vez, hace mucho tiempo.

—Perdone, señorita —susurró Olaya. Estrujó los dedos contra el delantal—. No pretendía…

—Regresa a la cocina —ordenó, cortante Flora—. Yo me ocuparé del señor Dávalos. ¡Olaya! ¿No me escuchaste? ¿Estás sorda? ¿Qué estás esperando, tonta? Vete.

Cuando escuchó los pasos de la sirvienta desaparecer en el pasillo, Flora miró la puerta que comunicaba el salón con la biblioteca. No conseguía imaginar qué pretendía el señor Dávalos al visitar la residencia sin anunciarse con antelación. Notó la tensión en sus hombros e intentó controlar el miedo. Giró la llave y, después de un instante, forzó una sonrisa complaciente y abrió la puerta. Fiorella la siguió de cerca.

La antigua lámpara de bronce que colgaba de una viga en el techo estaba encendida. Su luz confería al recinto una calidez extraordinaria, lo que contrastaba vivamente con la desagradable impresión, fría y oscura, que daba el lugar. El escaso mobiliario, las estanterías de caoba y los innumerables libros que había por doquier tornaban el ambiente opresivo.

Flora dirigió los ojos inmediatamente hacia el escritorio, una monstruosidad tallada en madera de nogal, por demás enorme, donde su padre guardaba todos los documentos relacionados con la administración de los bienes de la familia desde que Fiorella había fallecido. No encontró nada fuera de lugar. Entonces volvió la mirada hacia los sillones orejeros, como si procurara encontrar al intempestivo visitante esperando en uno de ellos. Se sorprendió al descubrir que el caballero no se hallaba donde se suponía debía de estar, y giró la cabeza bruscamente hacia la izquierda, hacia las sombras que se arrinconaban junto a la ventana.

Efectivamente, allí estaba él. Tenía un hombro apoyado contra el marco, con parte del rostro en penumbra y en una mano un libro cuya encuadernación deteriorada, en muy mal estado, evidenciaba su reiterada lectura.

Elegante y circunspecto, no había nada en el señor Dávalos que recordara un origen humilde. El atuendo, negro, sobrio, de luto, no hacía más que acentuar su reserva. La camisa, la corbata, el atavío al completo subrayaba la ilusión de urbanidad y distinción. Pero Flora sabía que ese hombre era peligroso.

Fiorella se detuvo en el aire, justo detrás del señor Dávalos. Se estiró y le rodeó los hombros con los brazos y le apoyó el mentón sobre el hombro. Miró a Flora con una sonrisa tirando de los labios. Dijo, en voz baja:

—¿Tienes miedo? Si supieras a qué ha venido, te echarías a temblar.

—Señorita Farré —dijo él fríamente.

Flora lo miró. No era un hombre galante, reconoció para sí. La reciedumbre de sus maneras, la gélida apostura de los rasgos, ese temperamento feroz y arrogante, todo en él le resultaba repugnante. A ella no le gustaba. Prefería con mucho la belleza atemporal, suave y sofisticada de Máximo Belmonte. Flora sonrió y entró a la biblioteca a pequeños pasos. Aunque se mostró amable y servicial, con la cabeza levemente inclinada y las manos unidas sobre la cinta que ceñía su cintura, tal y como era su costumbre, se mantuvo a prudente distancia del señor.

—Señor —saludó con suavidad.

Juan Ignacio cerró el libro que había estado examinando. Fiorella recién entonces notó lo que él había tomado de la biblioteca. Se ruborizó al decir:

—Pensé que lo había olvidado, señor Dávalos. Ahora que lo pienso, ¿cómo podría hacer tal cosa? Ese libro es muy importante para usted. Me arrepiento de no habérselo dicho en su momento: también para mí lo es.

—Lamento haber llegado sin anunciarme —dijo él, aunque no parecía lamentarlo en absoluto.

—Por cierto, me quedé muy sorprendida al saber que se encontraba usted aquí —acotó Flora que le ofreció una sonrisa dulce. Ignoró deliberadamente el hecho de que él había llegado a la

puerta sin una invitación y se había colado en la biblioteca sin solicitar su permiso. Hizo una pausa, dubitativa—. ¿Busca al señor Celabert? —preguntó—. No tardará en regresar. ¿Desea algo de beber, mientras espera por él? Puedo ordenar un refrigerio, si gusta. Temprano en la mañana hice pastelitos. Sé que no soy muy habilidosa, pero creo que saben bien. ¿Le gustaría probar uno?

Fiorella relegó la tristeza que de pronto se había apoderado de ella y sonrió al decir:

—Dígale que no, rehúsese. Le hará daño al estómago comer siquiera uno. Flora siempre hace eso: ofrece un bocadillo hecho por ella misma a los caballeros que conoce y, cuando se ven sorprendidos por el mal sabor, ella aprovecha para mostrarse lamentable. Entonces procede a disculparse hasta lograr el perdón de su víctima. Así consigue la tierna simpatía de sus adoradores.

—No, gracias —dijo Juan Ignacio tras abandonar el sombrío rincón y avanzar con lentitud hacia Flora—. Señorita Farré, no tengo la intención de entrevistarme con el señor Celabert.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces…

Juan Ignacio la observaba atento. La ligera curvatura de sus labios contenía la sombra de una burla. Tiene la gracia de un depredador al acechar a su presa, pensó Flora, y experimentó una sensación espeluznante. Con gran temple contuvo el deseo de huir.

—¿Me tiene miedo, señorita? —preguntó él. La voz, oscura y suave, parecía gentil y pesarosa a la vez. No obstante, no pudo o no quiso ocultar la mofa que subyacía en su tono.

—Claro que no, señor —respondió ella con lo que quedaba de una sonrisa cordial—. Aunque debo confesar que me ha sorprendido su visita. Soy una señorita y estoy sola. Espero entienda mi timidez. No tengo por costumbre recibir a caballeros cuando no tengo una compañía adecuada, ¿comprende?

Fiorella hizo un mohín, desdeñosa.

—Comprendo, sí —dijo Juan Ignacio.

—¿Puedo preguntar qué necesita encontrar? Quizá pueda ayudarlo.

—Solo pretendía recuperar este libro de su biblioteca.

—¿…Vino usted por eso?

—Por cierto. De pronto recordé habérselo prestado a la señorita Celabert, y sentí la necesidad de devolverlo a su lugar en mi casa. Es una edición muy antigua. Habría lamentado su pérdida.

—Ah, sí, entiendo. —Flora dirigió la mirada hacia el libro en cuestión. Recordó haberlo visto en incontables ocasiones en manos de la señorita Celabert.

Juan Ignacio buscó su mirada.

—*Horas de ocio*, ¿lo conoce, señorita Farré? —preguntó.

—No he tenido el placer de leerlo.

—George Gordon Byron es un poeta extraordinario. La crítica no ha sido amable con él ni con sus versos, pero, ¿cuándo lo es?

Flora asintió, aunque poco le importaba Lord Byron y su compendio de versos. No le gustaba perder el tiempo en la lectura. ¿Por qué habría de hacerlo cuando había tanto más por hacer, como disfrutar de las atenciones de sus adoradores en las más diversas actividades? Además, en su opinión, a nadie le importaría un ápice los escritos de ese Lord Byron si no hubiera sido terriblemente apuesto y perteneciera a la aristocracia inglesa. Poco a poco a Flora le desvaneció la sonrisa y se mostró melancólica.

—A Fiorella le gustaba esta obra —comentó.

—¿Es eso cierto?

—Por supuesto, yo no le mentiría.

Él bajó los ojos. Fiorella rodeó a Flora, disgustada. Los pliegues de su vestido flotaban en el aire, vaporosos y etéreos. Dijo, contrariada:

—Estás avergonzándome, niña.

Flora no pudo imaginar en qué estaría pensando el señor Dávalos. Los rasgos de ese hombre pudieron haber sido cincelados en piedra, pensó, malhumorada. Le fue imposible adivinar si sus palabras habían hecho mella en él. Como el silencio se le antojó terriblemente incómodo, añadió:

—Ese libro está en su idioma original. Yo no puedo leerlo, pero Fiorella conocía muy bien el inglés. En varias oportunidades la escuché leer los poemas en voz alta. Me resultó admirable su pronunciación y que pudiera comprender perfectamente el sentido de las palabras. Estaba muy encariñada con esos versos.

—¡Ya cállate! —exigió Fiorella, que sintió que las mejillas le ardían.

—Era una mujer extraordinaria —comentó Juan Ignacio mientras examinaba la encuadernación.

—Sí, lo era. Yo no soy muy buena con los idiomas. El francés ya me es muy dificultoso. El inglés, no me atrevo a balbucearlo siquiera.

—Qué lástima.

Flora desvió su mirada, disgustada, al caer en la cuenta de que ese hombre no añadiría nada más a sus palabras. Cualquier otro en su lugar disculparía su ignorancia, la animaría a perseverar en sus estudios o, el más osado, se ofrecería a enseñarle. Por supuesto, pensó, tal cosa sería propio de un caballero, educado desde la infancia en la cortesía que debía mostrar a toda dama. Un salvaje como lo era el señor Dávalos solo podía resultar así en el trato con una mujer: desagradable, poco galante y hasta ofensivo.

Juan Ignacio la observaba plácidamente. Ya había notado en encuentros anteriores con la dama que, sin importar el tema que trataran, toda conversación terminaba girando alrededor de la señorita Farré. Encontró interesante un hecho: esa mujer siempre encontraba la manera de mostrarse frágil, suave y femenina. Insinuaba sin ser obvia su necesidad de apoyo, ayuda o comprensión masculina. Con cada palabra o acción, enaltecía el ego masculino y a la vez se perfilaba como un auténtico encanto de persona. Pensó con mofa que no habría pocos hombres que, en vista a su belleza y aparente inocencia e indefensión, quedarían cautivados por ella. Se preguntó vagamente si el señor Belmonte ya había caído presa de su embrujo. Por lo que sabía, en los últimos meses la dama había tenido la gentileza de consolar al caballero por la pérdida de su prometida. Juan Ignacio sonrió.

—Señorita Farré, le ofrezco mis disculpas una vez más por mi atrevimiento: realmente no quise molestarla.

—No se preocupe, señor Dávalos —lo tranquilizó Flora con una tenue sonrisa—. Es usted bienvenido.

—Gracias.

—¿Está seguro de que no quiere esperar al señor Celabert? Lo considera a usted un buen amigo. Le alegrará verlo. Quizá puedan comer juntos.

—En otra ocasión; ahora mis obligaciones me esperan.

Juan Ignacio la vio vacilar. Obviamente le desagradaba y le habría gustado no tener que tratar con él en absoluto, pero debía de saber que su padre, ah, no, su cuñado, últimamente parecía ansioso por entablar amistad con él, tanto más después de comprender cabalmente la cuantía de la fortuna que Juan Ignacio administraba en nombre de Thaddeus y Luis Dávalos. Flora bajó la mirada, dejando entrever su estudiada docilidad.

—Como guste, señor —dijo, e hizo un gesto amable—. Lo acompañaré hasta la puerta.

—No se moleste. Conozco el camino. —Ella alzó la vista cuando Juan Ignacio pasó a su lado—. Buenos días, señorita Farré —dijo al llegar al vestíbulo.

—Buenos días, señor —lo despidió ella.

Siempre con una sonrisa en sus labios, lo vio cruzar el hall cojeando, salir y cerrar la puerta detrás suyo, al alcanzar el pórtico. Entonces la sonrisa desapareció. Flora se apresuró a la ventana. Corrió la cortina y se asomó.

—¿Señorita? —Olaya la miró, inquieta, al llegar al zaguán—. ¿No le hizo nada ese hombre? ¿Se encuentra usted bien?

—El caballero vino a buscar un libro de su pertenencia, eso es todo.

Aunque no necesitaba ni le gustaba dar explicaciones a la servidumbre, sabía que la chusma tenía la lengua muy larga. No le convenía que esa muchacha tonta pusiera en tela de juicio su nombre o su reputación al mencionarla a sus amistades y allegados

cada vez que relataba sus experiencias como sirvienta en la casa Celabert. Aunque Eneida la creía de confianza, Flora no. De hecho, admitió, ella no confiaba en nadie.

—Me duele un poco la cabeza —declaró—. Subiré a descansar en un momento. Avísame cuando esté la comida.

—Sí señorita… ¿No quiere que le prepare un tecito de tilo en tanto? Quizá son los nervios, ¿sabe usted? No debió resultarle agradable el encontronazo con ese hombre. Es muy poco amable. De hecho, se lo reconoce por ser despiadado. Da miedo. Con la única persona que lo vi mostrase siempre gentil fue con la señorita Fiorella. ¡A ella sí que la trataba bien!

—Olaya, cállate —siseó.

—Sí, señorita, perdone usted —susurró y agregó, angustiada—: No era mi intención recordarle a la difunta. Sé que la extraña usted mucho. Aunque la señorita no era nada buena con usted, entiendo que la quería usted mucho.

—¡Regresa a tus labores!

—Sí, señorita.

Fiorella le dirigió una última mirada de desprecio y fue detrás de Juan Ignacio. Flora observó al señor Dávalos subir al carruaje que lo había estado esperando en la calle, bajo la sombra de los árboles. Juan Ignacio se acomodó en el asiento, cerró la portezuela y de repente, alzó la mirada hacia ella. Enarcó una ceja, inquisitivo. Curvó las comisuras de sus labios a un lado. Flora dejó caer las cortinas, avergonzada. Fiorella hizo una mueca. Dijo con un gesto:

—Ignórela, señor Dávalos. No desconfiará de usted ni de sus intenciones. No es tan lista como pretende ser. ¿Regresamos a casa por fin? Necesita usted descansar.

Juan Ignacio rio entre dientes, burlón. Apoyó *Horas de ocio* sobre sus piernas. El cochero soltó un silbido y el carruaje se puso en marcha con lentitud. A medida que el vehículo avanzaba hacia el centro de la ciudad, Juan Ignacio se reclinó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Afuera se escuchaba el intenso traqueteo del tráfico, los gritos distantes de los vendedores ambulantes, el

murmullo acompasado de decenas de transeúntes disponiéndose a los quehaceres habituales. Sus dedos golpearon con suavidad el lomo del libro. Una, dos, tres veces. Esa mujer dijo que a Fiorella le gustaba, que la escuchó leer los versos en varias ocasiones. Una lenta sonrisa tiró de sus labios hacia arriba.

Recordó la tarde que caía, serena y bucólica, acompañando al otoño en su lento trajinar. Fue bajo las últimas luces del crepúsculo cuando decidió obsequiar *Horas de ocio* a la señorita Celabert, aun cuando temía que ella rechazara el presente por considerarlo inadecuado o directamente carente de importancia. Fiorella lo había mirado fijo cuando él se sentó repentinamente a su lado, en el parque. Ella cerró el libro en el que había estado enfrascada gran parte de la siesta y enarcó una ceja, curiosa.

—¿Qué está haciendo, señor Dávalos? —preguntó.

—Estaba aburriéndome en mi oficina cuando recordé que había aquí un parque —dijo, conciso—. Entonces decidí disfrutar de la tarde en compañía de la naturaleza. Por casualidad la vi y decidí acercarme a saludar.

El prado había cambiado los veraniegos colores con la llegada del otoño. Se habían desvanecido los hierbajos de verde exuberancia y opacado las amarillas vestiduras de la arboleda. Abril había acampado con gran donaire en la ciudad y, a su paso, había alfombrado con hojas azafranadas los senderos empedrados y ruborizado con las más diversas tonalidades las flores que todavía engalanaban el rosedal. Aquí y allá, unos pocos paseantes se dedicaban a gozar de las últimas luces del crepúsculo.

—¿Casualmente me vio? —preguntó Fiorella que lo miraba de soslayo.

—Muy casualmente.

Juan Ignacio volvió sus ojos risueños hacia ella. Admiró el encanto de su mirada, la tersa blancura de su piel.

—¡Señorita Celabert! —dijo entonces—. ¿Desconfía acaso de mis palabras? ¿Cree que le estoy al acecho? No necesita decírmelo: me imaginó usted siguiéndola a la distancia, observándola a hurtadillas,

acercándome a usted como lo haría un pervertido.

—¡Señor Dávalos! —reaccionó ofuscada, pero no lo miró. Prefería mirar cualquier cosa menos a él. Así de avergonzada estaba—. No es preciso que se burle usted de mí.

—Encuentro fascinante burlarme de usted. Se ve encantadora cuando se ruboriza, Fiorella.

Ella por fin le dirigió una mirada de advertencia. Juan Ignacio le enseñó las palmas en señal de rendición.

—Me gusta leer en mis momentos de ocio, eso es todo —dijo, todavía con la alegría reflejándose en sus ojos—. Este es un buen lugar para relajarse y concentrarse en la lectura. Como le dije, fue una casualidad que nos encontráramos.

—¿Qué lee? —preguntó desconfiada, y dirigió los ojos hacia el libro que él llevaba consigo.

—Nada tan serio como lo que estaba leyendo usted hace un momento.

Él, siempre sonriente, dejó su propio libro a un lado, lejos de los ojos curiosos de la muchacha. Entonces, para sorpresa de la dama, le arrebató el compendio que ella había estado custodiando celosamente entre sus manos y lo hojeó, divertido.

—¿*La riqueza de las naciones*? —murmuró—. ¡Qué lectura tan edificante la suya! Realmente, señorita Celabert, usted jamás dejará de sorprenderme. Cualquiera pensaría que estaría usted enfrascada entre las páginas de un romance por entregas, en cambio lo que la mantenía tan abstraída eran las palabras de nuestro viejo y querido Adam Smith.

Fiorella recuperó su libro bruscamente y lo guardó en su bolsito, como si temiera que él volviera a quitárselo.

—Lo que leo no le incumbe, señor —dijo, aunque tenía las mejillas arreboladas—. Ya deje de burlarse de mí y compórtese.

—Me disculpo —dijo, humilde, tras tomarle la mano—. No pretendía ofenderla.

—¿En serio? —preguntó recelosa.

—Muy en serio —asintió él—. Es más, me parece sumamente loable el que esté usted interesada en las teorías de Adam Smith. También podría leer a Thomas Malthus y a Stuart Mill si no lo ha hecho ya. Personalmente, le recomendaría a David Ricardo. Sus ideas sobre la libertad de comercio y la ventaja comparativa son particularmente interesantes.

—Lo leeré —asintió aunque vacilante Fiorella.

—Si otras mujeres se mostraran tan interesadas como usted en cultivar la mente, en vez de invertir gran parte de su tiempo en agradar a los hombres y coleccionar adoradores, el mundo, tal como lo conocemos, cambiaría para mucho mejor.

—¿Se está burlando de mí otra vez? —quiso saber ella.

—En absoluto. En este momento no.

—Me alegro.

—Permítame serle sincero: realmente la admiro.

—¿En serio?

—Tan en serio que estoy dispuesto a jurarlo de rodillas. Míreme.

—¡Señor Dávalos! ¿Qué está haciendo? ¡Levántese, está avergonzándome!

—¿Me cree ahora? —preguntó entre risas.

—¡No haga tonterías!

—De hecho, la admiro tanto que, cada vez que la tengo a tiro, quiero adorarla —continuó—. Así, de rodillas. O de cualquier otra manera, a decir verdad. Con mis caricias, mis besos…

—¡Señor!

—Pero entonces recuerdo que soy un caballero, o quiero serlo, al menos, por usted —dijo, y le tomó la mano una vez más—. Lamentablemente, solo puedo tenerla en mis fantasías.

—No hable así. Es…es…

—¿Salvaje? —Él se lamió el labio inferior y ella fijó sus ojos en su boca—. ¿Sabe usted que protagoniza todos y cada uno de mis sueños todas las noches, señorita Celabert?

—¡Devuélvame mi mano! —exigió.

—No, me gusta sostenerla así.

—¡Señor Dávalos, esto es ultrajante!

—Tiene unos dedos muy hermosos, ¿se lo han dicho alguna vez?

Ella lo miró, ceñuda.

—¿Qué pretende? —susurró, molesta, echando una rápida mirada a su alrededor—. Estamos en público, señor. Debería controlarse.

Juan Ignacio siguió su mirada, divertido. Había pocos transeúntes y la mayoría de ellos se encontraban a gran distancia. Era poco probable que alguien reparara en lo que estaba sucediendo allí, bajo la sombra de los árboles. Pero las posibilidades, aunque casi nulas, no eran pocas.

—Podríamos continuar esta interesante conversación en la intimidad de mi casa, si gusta —propuso. Fiorella ahogó un chillido. Él comenzó a reír, divertido—. No se preocupe, nadie nos mira —dijo Juan Ignacio, volviendo la atención de sus ojos hacia ella. Cuando esa dama se encontraba cerca, era simplemente incapaz de apartar la mirada de su persona—. Cálmese.

Él no le había liberado la mano. Fiorella levantó los ojos y enfrentó su mirada. En el rostro se reflejaban las luces y las sombras de la tarde que moría. Las largas pestañas le sombreaban los ojos bonitos. Las alas del sombrero caían con gracia a los lados de su rostro, sobre los rizos. Él estaba muy cerca, demasiado cerca. Tal y como era su costumbre, no respetaba el espacio interpersonal. Ella se removió inquieta, tratando de alejarse. Él retuvo la mano de ella con fuerza. Fiorella le frunció el ceño.

—Suélteme —dijo—. Me lastima.

—No mienta.

—¡Señor Dávalos!

—Yo jamás te lastimaría, mi amor —dijo él suave.

Hubo en su tono una seriedad difícil de ignorar. Era una promesa. Dejando la formalidad en el trato de lado, sus palabras contenían tal intimidad que cualquiera al escucharlo pensaría que eran amantes. Él le acarició los dedos con gentileza.

—¿Cómo podría, si me eres tan querida? —musitó.

—¿Le parece correcto hablarme así? —preguntó Fiorella.

—¿Sabes qué deseo hacerte? —murmuró él junto a su oído.

—¡Grosero! —soltó.

—Lo que sea que imaginaste, eso también, sin duda —dijo entre risas, y añadió—: ¿Qué pensaste, Fiorella? Compártelo conmigo. Quizá pueda complacerte.

Ella enrojeció completamente, incapaz de pronunciar palabra. Juan Ignacio la observó, complacido.

—Qué pensamientos tan sucios tienes, Fiorella —dijo—. Háblame de cada uno de ellos.

—¡Odioso! —exclamó, e intentó retirar la mano una vez más, creyendo que no lo conseguiría, pero, por fin, se liberó.

Juan Ignacio estiró un brazo sobre el respaldo del asiento. Aunque ya no tenía el placer de sostenerle la mano, en aquella postura, parecía abrazarla. Fiorella debió caer en la cuenta de que, si intentaba alejarse, terminaría en el suelo. Ya casi estaba en el borde del asiento, así que se inmovilizó. Él se inclinó hacia ella.

—Fiorella, mírame —musitó.

—No quiero.

—¿Te asusto?, ¿me tienes miedo?

—¡Yo no le tengo miedo a nadie! —dijo brusca.

—Así me gustas —respondió él con sorprendente ternura—. Fiera, obstinada, indomable.

Ella frunció los labios. Juan Ignacio le pellizcó la boquita con dos de sus dedos, sorprendiéndola. Cuando ella levantó los ojos hacia él con la intención de amonestarlo severamente por su atrevimiento, calló al notar su mirada cautiva en ella.

—Fiorella, quiero sostenerte entre mis brazos y consentirte en todo —declaró Juan Ignacio. Le tomó su barbilla entre los dedos, obligándola a mantener la mirada en él.

—Tienes tantas responsabilidades sobre tus hombros, querida mía, y la mayoría de ellas no te corresponden. Quiero verte sonreír. ¡Sonríes tan poco! Me gustaría que me permitieras compartir contigo todo lo que te pese. Porque deseo devolverte esa sonrisa que has perdido. ¿Recuerdas? La que debiste tener de niña, cuando la vida

todavía no te había decepcionado. —Fiorella lo miró en silencio, luego sus pestañas ocultaron a medias la expresión de sus ojos. Juan Ignacio le buscó la mirada—. Así te quiero, ¿comprendes?

—Señor Dávalos, yo no sé qué decir…

Él apoyó un dedo sobre sus labios una vez más, silenciándola.

—Lo que siento por ti solo me incumbe a mí. No estás obligada a corresponderme. No tienes que disculparte conmigo por no suscitar en ti ningún sentimiento. —Ella abrió muy grandes los ojos, en tanto el rubor se extendía por sus mejillas—. Te prometo que haré hasta lo imposible para que te enamores de mí, Fiorella —continuó él—. Concédeme un poco más de tiempo. Sé que me amarás, porque de todos los hombres que conoces o que conocerás, yo seré siempre el más leal de tus admiradores, el que te amará profundamente, por toda la eternidad. —Juan Ignacio notó el rubor en sus mejillas, en sus pequeñas y encantadoras orejas, y sonrió con suavidad—. Permíteme obsequiarte algo —dijo y se alejó. Fiorella soltó un suspiro, aliviada. Juan Ignacio le ofreció el libro que había traído consigo. Rozó con la punta de sus dedos los arabescos en altorrelieve que adornaban la portada—. Lo encontré siendo todavía muy joven, durante mis años de instrucción en España —dijo—. Ha estado conmigo mucho tiempo. Ahora quiero que lo tengas. Guárdalo por mí.

Fiorella dudó. Finalmente, la curiosidad consiguió vencerla. Lo tomó entre sus manos y lo examinó con detenimiento.

—¿Byron? —musitó.

Juan Ignacio recitó mientras la miraba:

—When age chills the blood, when our pleasures are past
»–for years fleet away with the wings of the dove–,
»the dearest remembrance will still be the last,
»our sweetest memorial, the first kiss of love.

Luego, añadió:

—Sé que sabes inglés, Fiorella. Traduce para mí —pidió él, despacio.

Ella se mordió el labio. Finalmente, en voz muy baja, dijo:

—Cuando la edad hiele la sangre, cuando nuestros placeres se vuelvan pasado

»–se alejen flotando en las alas de una paloma–

»el recuerdo más querido será siempre el último,

»nuestra evocación más dulce, el primer beso de amor.

—Sabía ya entonces que, algún día, hallaría a la única mujer que amaría toda mi vida. Esperé mucho tiempo. Casi perdí la esperanza de encontrarte, mi amor. Hasta que te conocí. Entonces comprendí que la espera, todos mis sinsabores, cuanto dolor experimenté, me hicieron mejor hombre para amarte. Y ese beso, el primer beso de amor, lo reservé solo para ti, querida mía.

Entonces él enredó entre sus dedos el pelo de la muchacha, se inclinó y le aprisionó la boca con la suya en un beso intenso y profundo.

El silbido del cochero al detener el carruaje lo despertó bruscamente de sus recuerdos. Juan Ignacio presionó el libro entre sus manos. Después de un momento, lo abrió y volvió unas páginas. Sus ojos, oscuros, expresivos, pletóricos de ternura, se detuvieron un instante en unas pocas palabras.

—*The dearest memory will still be the last, our sweetest memorial, the first kiss of love* —musitó.

Fiorella fijó sus ojos en él. El rubor le tiñó de rosa las pálidas mejillas fantasmales. Entreabrió los labios y suspiró. Después de un momento, dijo:

—Señor Dávalos, ¿quiere escuchar algo muy triste? Sepa que nunca revelé mis sentimientos a nadie, así que debería sentirte orgulloso de saber que confío en usted tanto como para confesarle que me arrepiento de haber considerado cada día de mi vida como una oportunidad más para cumplir con mis compromisos, concluir con mis deberes y actuar como otros esperaban que hiciera. Con

prudencia. Con sensatez. Sin cometer errores. Un día más. Pensaba que cada mañana era un día más.

Qué simpleza. Me arrepiento de no haber pensado que cada mañana era, en realidad, un día menos. Un día menos para amar, para reír, para vivir. Un día menos para ser feliz. ¿Quiere escuchar algo más triste todavía? Ahora lo sé: con usted habría sido feliz. Le advertí que oiría algo muy triste. No puede culparme. No me culpa, ¿cierto?

Afuera, el cochero tiró de las riendas y tranquilizó a los caballos, un portón de apartó con un chirrido y unos pasos presurosos repiquetearon en la acera. Franco abrió la portezuela de un tirón, muy preocupado.

—¿Está bien, comandante? —preguntó—. Lo estaba esperando. ¿Por qué no baja y entra a la casa? ¿La pierna lo está incomodando otra vez?

—Estoy bien —dijo.

Toda dulzura había desaparecido de su mirada. La expresión se le tornó dura, insondable. No quedaba en él ningún vestigio de los amables sentimientos experimentados hacía un momento. Curvó sus labios con fría determinación, en tanto descendía del vehículo.

—Encontré los documentos que Celabert pretendía ocultar —dijo —. Señor Yasuká, ¿le gusta la caza? Comencemos por acorralar a la presa.

Segundo movimiento

Allegretto

Sonata para clavecín o piano N.° 14 en do sostenido menor,
Quasi una fantasia, op. 27, N.° 2,
"Claro de Luna".
Ludwig van Beethoven

Capítulo 6

Julio de 1875, Santa Ana, provincia de Corrientes.

La bruma se agazapó huraña en la madrugada y arañó con sus gélidas garras el azulado contorno del pueblo. La endeble luminosidad del alba se agitó ondulante bajo la sombría influencia de su roce, se reflejó un instante sobre las aguas inmovilizas de las lagunas para al instante desaparecer. Con la etérea opacidad de su túnica grisácea, la niebla se deslizó, inquieta y exangüe, entre los umbríos pasajes de las silentes callejuelas, salpicando los toscos jirones de su armiño con las perlas del rocío. Finalmente arrebujó en su manto al poblado todo poco antes de la alborada. La grácil fragancia del jazmín impregnó el aire. Su aliento níveo olía a soledad. El frío zarandeó la buganvilla durmiente que se aferraba, tenaz, a muros y aleros, para después solazarse en la blancura prístina de la niebla que reinaba. Así el día despertaba bostezando la escarcha de otro invierno de bruma y frío gélido.

Más allá de la carretera, hacia el este, donde el camino parecía próximo a expirar entre bosques y cañadas, plantíos y lagunas, la rumorosa quietud se extendía, tiránica y calma, hacia el infinito horizonte tornasol. En el silencio de la llanura, un pesado carruaje oscuro se detuvo bajo la sombra de los árboles. Frente a un majestuoso portón de hierro forjado que se abría a las tinieblas, el vehículo no tardó en verse envuelto por el asfixiante sudario de la niebla. Los caballos de tiro observaron los alrededores con creciente nerviosismo. El murmullo casi inaudible de distantes quejidos quebró

el mutismo del prado. Los cascos golpearon el empedrado con miedo. El cochero tiró de las riendas y se volvió cauteloso en la solitaria calzada. El roce del viento entre las ramas de los árboles, cuyas copas conformaban un entramado abovedado, semejó el clamor de ánimas en pena. Todo rastro de vida sobre la tierra parecía haberse evaporado. Solo la niebla flotaba, audaz y burlona, en la eterna media luz gris de aquella aurora helada.

Sus manos ateridas adquirieron una tonalidad cadavérica cuando por fin el cochero reunió valor para sujetarse al pescante y abandonar la precaria seguridad del coche. El anciano descendió del vehículo con rigidez. El frío se había aglutinado en sus viejos huesos. Avanzó con lentitud hacia la portezuela. Su abrigo de lana ondeó y la neblina se arremolinó a sus pies. La gravilla crujió bajo el peso de las botas viejas.

En la distancia, un perro comenzó a ladrar. Se oía feroz y temible. Otro pronto se unió al primero, hiriendo el albor con sus espeluznantes aullidos. El hombre echó una mirada temerosa hacia atrás por encima del hombro y luego tiró de una manija y la portezuela del carruaje se abrió con un chasquido.

—Señor, hemos llegado —anunció.

Joaquín Celabert descendió del vehículo y observó el entorno. Pronto ocultó las manos en los bolsillos del abrigo.

—Espérame aquí, Felipe —dijo.

—¿Irá solo, patrón?

—¿Vendrías conmigo?

El cochero dirigió los ojos hacia la bruma. En la distancia, mucho más allá de la arboleda que bordeaba la avenida de acceso a la propiedad, el tenue fulgor de un par de farolas dibujaba el lóbrego contorno de una antigua casona de dos plantas. Coronada por una torreta de lúgubre aspecto, la antigua mansión ondulaba en la niebla con su gélida fisonomía gris, mohosa y decolorada. El tejado a dos aguas, cubierto de hiedra, resultaba apenas visible en la vaguedad del día. Sus enormes ventanales reflejaban la álgida opacidad de la bruma que persistía en aferrarse a sus balaustres. Felipe reconoció

para sí que el entorno lo inquietaba. Sí, la niebla lo acobardaba, cómo no; lo que se agazapaba en ella, si había algo allí, fuera lo que fuese, lo aterrorizaba, ¿para qué ocultarlo? Sin embargo, era a quien moraba en esa casa espantosa a quien más temía.

Pensó en ese demonio hecho hombre, perverso y feroz, y se estremeció. Recordó sus ojos malévolos, su sonrisa lobuna, sin rastro de compasión, inmisericorde y sin alma. Retrocedió un paso, como si el diablo estuviera allí, acechándolo. El cochero bajó la mirada.

—Me perdona, patrón, pero no —murmuró.

Joaquín ya lo esperaba. Si tuviera otra opción, tampoco él llegaría hasta allí y mucho menos estaría disponiéndose a entrar en esa propiedad maldita. Una vez más, como tantas otras veces antes, lamentó el momento en que decidió tratar con Juan Ignacio Dávalos, haciendo oídos sordos a quienes le advertían sobre su carácter y temperamento.

—No tardaré —dijo—. Espérame aquí.

—Cuídese, patrón.

Mientras el viejo regresaba al pescante, echando temerosas miradas a su entorno, Joaquín se volvió y cruzó el pasaje de piedra arqueada que conducía al portón de acceso a la finca. Vaciló. Por fin se asomó entre los barrotes. A la vista solo quedaba un palmo de tierra. Más allá, la silueta de los árboles desnudos se retorcía en agonía hacia el cielo, en tanto permanecían hundidos en la brumosa quietud del amanecer. La luz del día era un tenue resplandor cobrizo en la distancia. En los alrededores, se percibía el fulgor amarillento y titilante de unas pocas farolas encendidas. El lugar semejaba un páramo helado hendido en un abismo de tinieblas, sin vida, desolado, aterrador.

Joaquín empujó la verja. El hierro chirrió. Una bandada de pájaros negros lanzó una andanada de roncos chillidos. Las alas agitadas causaron gran bullicio. Los perros retomaron su pavoroso cántico.

Respirando escarcha, Joaquín avanzó despacio por la avenida de acceso. Conocía el camino. Pero igualmente temió perderse en el tétrico bosque circundante. Cerró su abrigo y caminó lentamente intentando no salirse del sendero. Mientras la niebla le abría paso con garbosa cortesía, el frío abrazó su cuerpo y penetró en su piel hasta helarle la sangre.

Joaquín miró hacia atrás un instante. El portón había desaparecido en la bruma. Anheló compañía, conocer a alguien, a cualquiera, incluso un peón serviría, pero sabía que nadie acudiría a su encuentro. Juan Ignacio Dávalos había expulsado a todos los sirvientes de la casa y los había destinado a servir en otras propiedades de la familia. Jamás explicó el porqué de la decisión. Tampoco nadie esperaba que lo hiciera. ¿Qué infortunado pensaría siquiera en pedirle a un loco que explicara sus arrebatos? Porque ese hombre había perdido la cordura, sin duda alguna. Las heridas recibidas durante la guerra, afirmaban los rumores, las mismas que habían causado su retiro de la Armada, con toda seguridad, habían terminado afectando su cognición y, por qué no, también su temperamento. Si bien siempre había sido un caballero reconocido por su tosquedad y reciedumbre, al menos se lo consideraba un hombre razonable. Pero desde que regresó a vivir a la sede ancestral de la familia Dávalos, dos años atrás, se había convertido en un demonio.

Lastimosamente, por entonces, Joaquín no prestó oídos a lo que se decía de Dávalos, y en cambio sí se interesó en aceptar la amistad que él le ofreció. Después de que la mayoría de los sirvientes encontraran refugio en el hogar de los parientes de Thaddeus Dávalos, las murmuraciones respecto a su bastardo y su locura se hicieron patentes. Quien moraba allí, en la vieja casona, decían, ya no era un hombre, sino un monstruo cruel y desalmado, cuya humanidad se había perdido a causa del dolor de sus heridas, del alcohol y de las noches insomnes. Quizás hubiera algo de verdad en las habladurías. Quizá no. Pero lo cierto era que Juan Ignacio

Dávalos ya no era el hombre al que alguna vez se reconoció como un héroe de guerra.

Joaquín Celabert atravesó la niebla en unos pocos minutos, pero a su paso semejó una hora, incluso un mes, más, tal vez un año. El sendero se extendía eterno frente a sus ojos. El viento le soltó un aliento helado en la nuca. El olor a invierno, glacial y cristalino, lo rodeó en ondas, adhiriéndose a su piel. Joaquín rodeó una fuente derruida y se adentró en un sendero de piedras. Las aguas oscuras estancadas reflejaron su miserable apariencia.

Él, quien otrora fuera reconocido por su buena figura y extraordinaria galanura, no era más que la sombra del caballero que una vez fue. Su cabello, antes rubio, se había tornado gris. Profundas arrugas le ceñían el rostro enjuto. El rictus de la boca revelaba amargura; el sencillo atavío, las dificultades económicas. El anillo de oro y rubí que alguna vez había adornado su dedo, hacía tiempo que se empeñó y perdió. El reloj de oro del que hacía alarde entre amigos y conocidos siguió la misma suerte. No había nada en él que denotara riqueza.

Una vez pensó que, con el fallecimiento de su hija y apoderándose de lo que restaba de la fortuna de los Arizmendi, finalmente tendría en sus manos todo cuanto quisiera: dinero, lujos, propiedades, una vida de privilegios. No fueron más que fantasías, meras ilusiones destruidas sin contemplaciones por un viejo senil y un diablo loco. Joaquín apartó bruscamente su mirada del reflejo.

Ese demonio, Juan Ignacio, ahora lo sabía, se había aliado con Santos para despojarlo de todo cuanto le importaba, incluyendo los medios para subsistir. Joaquín arrastró sus pasos hacia el pórtico que ondulaba en la distancia, a desgano.

El antiguo edificio que recordaba más a una abadía medieval que a una residencia bicentenaria, se asentó en la niebla cuando el visitante se acercó a su pórtico. El deterioro del tiempo, la desidia y el abandono habían carcomido para siempre su elegante atractivo. Sus arcos de crucería góticos solo aportaban más tenebrosidad a ese lúgubre aspecto. Los jardines que rodeaban la imponente casona

estaban secos, abandonados, estériles, de hecho, semejaban un páramo infecundo. El bosque circundante, solemne y sombrío, no hacía más que acentuar la soledad y angustiosa melancolía del lugar.

Joaquín apresuró los pasos. Al fin llegó a las puertas de la casona, subió los escalones de piedra y tocó la aldaba herrumbrada una, dos, tres veces. Los sobrecogedores golpeteos hirieron brutamente la quietud monacal. El viento gimió a los pies de los rosales muertos. La farola tintineó bajo su roce frío. Bajo el alero, el brioso aullido del aire se tornó escalofriante.

Unos pasos se escucharon en el silencio. Alguien corrió el cerrojo. La puerta se abrió con un quejido seco. Un hombre adusto franqueó el umbral y miró al visitante con parsimonia. Una quemadura le cruzaba parte de la cara, confiriendo a su aspecto ya aterrador algo más: cierto cariz maligno. La ropa gaucha le destacaba la corpulencia.

Joaquín lo reconoció enseguida. Se trataba de Franco Yasuká; el zambo que acompañó a Juan Ignacio durante la guerra contra el Paraguay como su subalterno, y que luego siguió a su comandante en su retiro. Era su asistente y confidente. Por lo que sabía de su actitud y lealtad, bien podría ser su perro también. Joaquín evitó mirar las horrorosas cicatrices que le marcaban la cara.

—¿Se encuentra el señor Dávalos? —comenzó—. Yo vine a…

—Sé a qué vino usted.

—Entonces…

—El comandante lo está esperado en la biblioteca.

—¿Puedo pasar?

—Ya conoce usted el camino.

Joaquín asintió. Al pasar junto a Yasuká vio que tenía una mancha de sangre en los puños de la camisa. En los nudillos, además, había escoriaciones. Era obvio que había golpeado a alguien, o a algo. Franco siguió la mirada del visitante.

—Un descuido de mi parte —dijo.

—¿Está usted herido?

—No.

—Eso…

—No se preocupe, señor Celabert. —Franco le ofreció una sonrisa espeluznante—. No es mi sangre.

—Comprendo —dijo Joaquín con rigidez, aunque no comprendía nada.

De todas maneras, no hizo más preguntas. No quería saber nada más sobre sus asuntos. Abandonó el vestíbulo de inmediato. A su espalda se escuchó el crujido de la puerta al cerrarse, la tranca de hierro al correrse y finalmente los pasos del zambo que desaparecían en la oscuridad del pasillo.

Joaquín se detuvo frente a las puertas dobles que se abrían al salón de recibo. El débil resplandor del día destelló en los ventanales. La claridad, aunque débil, dibujó el contorno del antiguo mobiliario que se agazapaba entre el vestíbulo y el salón del área familiar. La alfombra raída, los pesados cortinones, la araña, los candelabros, los libros, el piano, todo allí estaba envuelto en una pátina de oscuridad y melancolía. Joaquín sintió a su lado una bocanada de frío, un frío extraño, que le heló las manos y el rostro. El borde blanquecido del volante que adornaba la falda de una dama atravesó la pared y desapareció en el interior de la biblioteca.

Joaquín se restregó los dedos contra el abrigo en un vano intento de recuperar el calor perdido.

—¿Señor Dávalos? —llamó.

Su aliento se evaporó en el aire. Nadie respondió a sus palabras. Después de un momento, empujó la puerta con lentitud y por fin se enfrentó al diablo.

Juan Ignacio Dávalos estaba sentado detrás de un escritorio, con la espalda apoyada contra el respaldo del sillón y las piernas cruzadas con indolencia.

A sus treinta y ocho años, la dureza de sus rasgos se había consolidado; la crueldad había cincelado su boca en una mueca sardónica, una burla despiadada para todos aquellos que tenían el atrevimiento de cuestionarlo; el cabello, negro como el carbón, le

caía sobre el cuello y los hombros, demasiado largo, enmarcando el salvaje atractivo de su cara.

Sus pantalones oscuros de entrecasa, sus botas de montar, la camisa blanca sencilla, a medio abrochar, todo su atuendo, todo en él, revelaba su falta de interés en impresionar a su visitante con su apariencia. Allí sentado, aun en esa postura perezosa y apática, se veía amenazante, como el despreciable depredador que era.

Juan Ignacio clavó en el visitante unos ojos malignos. Bajo el agreste y chisporroteante resplandor del fuego que ardía en la chimenea, los ojos verdes al mirarlo habían adquirido la gélida tonalidad del oro. Joaquín lo saludó, cortés, acallando en su corazón el deseo casi irresistible de huir.

—Buenos días, señor.

Juan Ignacio curvó sus labios, pero no sonrió. Alzó el vaso de whisky que tenía en la mano y bebió un trago.

—Es un buen día, sin duda.

Su voz aterciopelada, oscura, se arrastró en la penumbra con indolencia. Joaquín bajó los ojos. La ira se reflejó en su mirada. Tengo que controlar sus emociones, pensó. O los planes que había pergeñado no funcionarían.

Observó al anfitrión con detenimiento. Ese demonio desalmado lo había acechado como un lobo hambriento. Lo acorraló como si fuera un perro salvaje, incansable, rabioso, hasta que finalmente consiguió arrinconarlo. No dudó en hundirle las fauces rabiosas en el cuello hasta destrozarle la garganta.

Lo había desposeído de su orgullo, su arrogancia, de toda esperanza. Ahora sabía que iba detrás de su patrimonio. No lo sorprendería que buscara también acabar con su reputación. Todo cuanto le importaba, ese hombre pretendía arrebatárselo, destruirlo, convertirlo en cenizas, solazándose en su desgracia. ¿Por qué? ¿Ambición? Imposible. Dávalos no precisaba dinero. ¿Qué razón tenía, entonces para haberse ensañado con él? No conseguía comprenderlo. ¿Cuándo lo había ofendido?, ¿de qué manera? Incapaz de contener el enojo, el odio se reveló en su rostro.

La orla de un vestido de níveo color se deslizó en silencio sobre la alfombra raída. Pies descalzos rozaron silentes el grisáceo entramado del tejido. Fiorella dijo, enojada:

—¡No lo mires así!, ¿cómo te atreves? ¡No eres digno!

Joaquín se estremeció de frío. El odio que se había manifestado en su cara pronto se tornó en miedo. Tenía la asfixiante sensación de estar siendo observado. De reojo, vislumbró la niebla en la ventana, las ramas retorcidas de los rosales arañando el cristal, los árboles putrefactos, deformes, cadavéricos, meciéndose en la penumbra.

Fiorella flotó hasta detenerse junto al sillón donde descansaba Juan Ignacio. La cabellera le caía sobre los hombros hasta la cintura, rizada en las puntas. A través del castaño dorado de su pelo, de la diáfana blancura del vestido de paseo, de la piel nacarada, se vislumbraba el contorno de la chimenea, de los ladrillones que la cubrían, los leños encendidos, el fuego que danzaba impasible junto al atizador. El espectro observó a su padre. La traición, los agravios recibidos, las mentiras y engaños, todo había terminado por horadar sus sentimientos. Al verlo allí, avejentado, macilento, con la ropa colgando de sus hombros flacos, ya sin la soberbia apostura que una vez lo había caracterizado, no sentía nada más que indiferencia.

—¿Tiene frío? —preguntó Juan Ignacio con displicencia.

—Un poco, sí.

—Acérquese al fuego.

Joaquín hizo una pausa. No le gustaba la idea de acercarse a su anfitrión. Mucho menos cuando esa extraña impresión de sentirse vigilado parecía profundizarse cuando se hallaba a su lado.

—No es necesario— dijo. Ensayó una sonrisa—. Estoy bien aquí.

—¿Está seguro?

—Sí, gracias.

—Siéntese entonces.

Era una orden, de hecho. Así lo reconoció Joaquín y asintió en consecuencia. Se sentó frente al escritorio, a prudente distancia. Sintió que la lumbre caldeaba el ambiente, pero el frío se resistía a

abandonarlo. Con acopio de una gran voluntad evitó soplar entre sus dedos como lo haría un chiquillo en iguales circunstancias.

Juan Ignacio terminó de beber y dejó el vaso vacío sobre la mesa con lentitud. Observó la botella que aún permanecía a un lado, junto al candelabro de plata que ocupaba una esquina del escritorio. Dentro, el whisky reflejaba el cimbrado del fuego entre los leños encendidos.

—Es un buen día —dijo en voz baja, reflexivo—. Mejora a cada momento.

—¿Señor Dávalos?

—Dijo en su mensaje que esperaba entrevistarse conmigo con urgencia —dijo.

—Sí, así es, señor.

Como si fuera incapaz de resistir la tentación de beber, Juan Ignacio alcanzó la botella y se sirvió otra medida.

—Ya que está aquí, hablemos: ¿qué pretende de mí, señor Celabert?

Fiorella lo miró, angustiada. Apenas comenzaba el día, y Juan Ignacio ya había bebido más de lo habitual a esas horas. Se acercó a él y elevó la mano como si tuviera la intención de rozarle el dorso de la suya y detener así su gesto. A través de sus dedos pálidos una saeta de luz proveniente de la ventana ondeó el aire y cayó oblicua sobre el escritorio. Entonces recordó: no podía tocarlo. Con tristeza, recordó que siempre olvidaba que no podía hacerlo. Retiró la mano con lentitud. La impotencia de verse incapaz de intervenir con las decisiones que el hombre tomaba de manera obcecada se manifestó en la angustiosa amargura de su expresión. Suplicó, apesadumbrada:

—No bebas así, Te hará daño, lo sabes.

Las velas titilaron. Joaquín observó la ventana una vez más y después la puerta. Entrevió el reflejo del candelabro en los ventanales. Resultaba espeluznante en la penumbra del salón.

Más allá, afuera, la niebla danzaba entre las luces ondulantes del día que despuntaba: en un duelo sin fin se batían dentro de los confines del jardín yermo. Lejos de esa habitación, un erial informe se extendía hasta el infinito entre las siluetas amorfas de los arboles desnudos.

Joaquín recordó que esos jardines, esa casa, los bosques que la rodeaban, incluso la ciénaga que bordeaba la finca, dos años atrás, tenían la espléndida belleza de la naturaleza en todo su esplendor: el verdor de la hierba profusa, el carmesí y el marrón dorado de la hojarasca, la lozana blancura de las rosas en flor, el azul inmaculado de las aguas claras de la laguna, todo envuelto en el perfume inmortal del jazmín y el magnolio.

Aquel vergel, incluso la vida misma, se había evaporado de esa tierra maldita, como si nunca antes hubiera existido; como si todo allí estuviera impregnado por la muerte, la añoranza, una sempiterna congoja.

—¿Y, bien?, ¿qué quiere, señor Celabert? —preguntó Juan Ignacio, aunque no parecía particularmente interesado en escuchar una respuesta—. Sabe que no me gusta recibir visitas en mi residencia.

—Señor, estoy aquí para apelar a sus buenos sentimientos —empezó, humilde.

—¿En serio?

—Esto, sí, sí, señor. Sé que no acostumbra usted a recibir a nadie en esta casa, pero me atreví a molestarlo por una razón muy importante.

—Imagino cuál es esa razón —dijo, conciso, mientras se concentraba en la talla de cristal del vaso.

—Estoy desesperado, usted lo sabe.

—Lo sé, sí.

—De hecho, no hay nada que usted no sepa, ¿no es así? Tiene ojos y oídos en todas partes.

—Eso dicen.

—¿No es cierto, acaso?

—Chismes infundados.

—Lo considero un amigo, señor Dávalos…

—No me diga.

—Espero que pueda ayudarme en este momento de zozobra —continuó, Joaquín, presuroso, con el temor de ser interrumpido de manera maleducada otra vez—. Sé que comprende mi situación, señor. Le devolveré todo el dinero que tomé prestado de usted. Solo necesito tiempo, ¿entiende?

—¿A eso ha venido, Celabert? —preguntó.

Él hizo girar el vaso en la mano. La luz de las velas se reflejó en el sinuoso relieve de la talla. Se sirvió otra medida de whisky.

—¿Cómo dice?

—¿Vino hasta aquí para suplicar por tiempo?

Joaquín lo miró, ceñudo. Suplicar. Qué palabra tan repugnante. Miró el whisky en su mano con mal disimulado anhelo. Se preguntó si Dávalos se comportaría como un buen anfitrión y le ofrecería un trago que lo ayudara a entrar en calor. No lo hizo, por supuesto. Evidentemente, Dávalos no pensaba mostrarse como un buen anfitrión con él. ¿Qué más podría esperarse de un montaraz que apenas sabía de educación y buenas maneras? No había nada en él que recordara a un caballero. En cambio, sí tenía mucho de rufián.

No fue difícil para Joaquín imaginarlo en un recinto más acorde con su talante: un burdel tal vez, quizás una pocilga a orillas del puerto, entre tahúres y truhanes. Este diablo loco no parece reparar en el frío glacial que se intensifica por momentos, pensó, malhumorado, restregando sus manos.

—Necesito que me escuche, señor —dijo.

—Lo estoy escuchando.

—No pretendo faltar a mi palabra, de verdad. Lo que le prometí, lo cumpliré. Le aseguro que tengo la intención de saldar mis deudas. Pero en este momento no tengo la cantidad que requiere. Si es usted paciente, le aseguro que en unos días más podré reunir la suma que le debo… Sí, con unos pocos días bastará.

Juan Ignacio contemplaba a Joaquín, examinándolo en silencio. Sostenía el vaso de whisky casi vacío con paciente elegancia.

—¿Por qué con unos pocos días bastará? —preguntó.

—¿Cómo…?

—¿Qué espera que suceda en unos pocos días, señor Celabert?

La frialdad de su mirada dorada era aterradora. No había vida en su pupila. Solo oscuridad. Resentimiento. Mucho rencor. Joaquín se sintió incómodo bajo su siniestra vigilancia.

—Señor, créame, saldaré mis deudas —dijo. Vaciló, sin saber si responder o no a la pregunta de ese loco.

—Eso cree usted.

—Señor Dávalos, escúcheme: sé que mi situación financiera no está en su mejor momento, pero saldré del brete.

—Lo dudo.

—¡Necesito que sea usted paciente conmigo! A eso he venido en realidad, a…suplicar su comprensión.

—¿No está en su mejor momento, dice usted? Señor Celabert, enfréntese a su realidad: está usted en la ruina —dijo Juan Ignacio tajante.

No hubo ninguna emoción en la voz. Solo estaba exponiendo un hecho por ambos conocido.

—Confíe en mí, señor —pidió desesperado—. Encontraré la manera de saldar…

—No cambiará su destino, Celabert.

—¡Señor, tiene que ayudarme! Yo…

Juan Ignacio abrió una de las gavetas, interrumpiendo al visitante con su gesto. Extrajo varios documentos y los arrojó sobre el escritorio en desordenado montón. La luz de la vela iluminó diversas cifras, el nombre de varias propiedades, una docena de firmas, todas diferentes, pero también todas realizadas con la caligrafía de Joaquín Celabert, lo que resultaba obvio al verlas juntas. Joaquín palideció.

—Está acabado —dijo Juan Ignacio en voz baja, y bebió el resto del contenido de su vaso de un trago—. Acéptelo.

Fiorella rio entre dientes. Dijo, divertida:

—Papá, ¿reconoces esos documentos?, ¿ves tu firma en ellos? Sabes qué son, ¿verdad? ¿Y qué representan? ¿Puedes adivinar, querido padre?

Joaquín observó atónito los papeles que se amontonaban frente a sus ojos. Muchos de ellos eran los pagarés que había firmado una y otra vez con confianza, felizmente, cuando había creído a ese demonio un benefactor, un buen amigo, un confidente. Esos carecían en ese momento de toda importancia.

Eran los otros los que le provocaban horror: las escrituras de pequeñas propiedades que había entregado a cambio de grandes sumas de dinero. La mayoría pertenecían a fincas propiedad de Santos Arizmendi. Otras estaban a nombre de Patrizia y de Fiorella. Tenían en común dos cosas: la primera, eran inmuebles pequeños, distantes, ubicados en el interior de la provincia, a los cuales se les había prestado escasa atención, y la segunda; las firmas que figuraban al pie eran falsificaciones que él había pergeñado a lo largo de los años.

Había también documentos en apariencia legales que lo convertían en apoderado de su suegro, su esposa e hija, que, durante años, le permitieron trasladar el dominio de los bienes a otras personas en compraventas absolutamente fraudulentas. Allí, sobre ese escritorio, estaban reunidas las pruebas de su latrocinio; de cómo transfirió los derechos sobre innumerables inmuebles a través de instrumentos públicos falsos; del desfalco realizado contra su esposa, su suegro y luego a su hija durante décadas. De revelarse la información contenida en esos documentos, lo que restaba de su reputación desaparecería para siempre bajo su ignominia.

—¿Creíste que podrías ocultarlo?, ¿cómo es posible? ¡Farsante, ladrón, embustero! —dijo Fiorella.

La luz de las velas tembló con brutal violencia. Joaquín no reparó en ello. Sus ojos permanecían fijos en los papeles amarillentos. En su desesperación, se imaginó a sí mismo haciéndolos pedazos, arrojando los restos al fuego. Pero jamás osaría hacer algo así. No

frente a esa bestia que lo observaba con la venenosa frialdad de un depredador. Tenía la aterradora certeza de que, si se atrevía a moverse siquiera, ese perro salvaje se arrojaría hacia su garganta y lo mordería hasta matarlo.

Recordó entonces un instante efímero: dos años atrás se imaginó a sí mismo desdeñando a quienes una vez lo habían humillado. La feliz ilusión apenas duró unos meses. Lo cierto era que de todos los bienes que Fiorella administraba al momento de su muerte, muy pocos estaban a su nombre. Era Santos Arizmendi quien figuraba como propietario de la mayoría de las fincas y haciendas pertenecientes a la familia. Joaquín aceptó el hecho de que no tendría acceso a lo que restaba de la fortuna de los Arizmendi, pero al menos, se contentó, tendría en sus manos los bienes de los que su hija sí era dueña por derecho propio. Pero ese viejo zorro y sus abogados se dedicaron a entorpecer la tramitación de la adjudicación de la herencia. Aunque su salud estaba gravemente resentida, Santos perseveró en su afán de negarle todo acceso a los bienes de su familia.

—¡En tanto tuviera un hálito de vida, no permitiré que el viudo de mi hija, su amante y la bastarda que engendró con Eneida Farré disfrutaran de fortuna alguna! —había dicho, y repitió en varias oportunidades, tanto a él como a quien quisiera escucharlo.

Estando con vida Patrizia y Fiorella, por respeto a sus sentimientos, Santos había tolerado la infidelidad de su yerno, la ambición desmedida, la mezquindad y los desplantes, pero, habiendo fallecido las únicas dos personas que amaba, el anciano se había decidido a vengar los agravios sufridos por su familia.

Poco después de depositar el cadáver de Fiorella en la bóveda, Santos cerró la cuenta bancaria de Celabert. La cuantiosa asignación mensual que había disfrutado desde su matrimonio con Patrizia desapareció. Joaquín se vio obligado a subsistir con los beneficios que le otorgaba un aserradero que tenía a su nombre, obsequio de su difunta primera esposa, única cosa que el viejo Arizmendi no pudo arrebatarle. Aunque los dividendos no eran exorbitantes, eran

suficientes para su subsistencia y el de su familia, pero para él, acostumbrado a una vida de lujos, representaban una miseria.

En su desespero, Joaquín creyó encontrar en Juan Ignacio Dávalos un amigo. Necesitaba dinero para mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrado; para ofrecerle a su esposa las comodidades que le eran habituales; para asegurar el futuro y la dote de su querida Flora. En ese entonces, hacía mucho tiempo que ya había dilapidado la fortuna hecha en base a sus maniobras fraudulentas. Creía que su situación financiera mejoraría en cuanto Santos falleciera. Mientras, compartió con el señor Dávalos su disgusto e impotencia, considerándolo un espíritu afín. En numerosas ocasiones, firmó pagarés a cambio de grandes sumas que pensó que podría devolver con facilidad. Poco a poco la trampa se abría frente a sus ojos y él, ciego y sordo, incapaz de reconocer a ese hombre como lo que era, un demonio implacable y feroz, saltó dentro y se dejó atrapar para luego ser arrojado al infierno de la miseria.

No sabía en el pasado lo que ahora sí: Santos y Juan Ignacio tenían una amistad de muchos años, una amistad que comenzó cuando Ernesto Arizmendi se convirtió en un oficial bajo su comando a bordo del vapor de guerra Centinela. Fue Dávalos quien salvó la vida de Ernesto en dos ocasiones al comienzo de la guerra contra el Paraguay y también fue Juan Ignacio quien escribió al anciano para comunicarle el fallecimiento de su hijo mayor durante la contienda en el Paso de Cuevas.

Joaquín comprendió finalmente por qué el viejo lamentó tanto en su momento el no poder persuadir a Fiorella de que aceptara los sentimientos de Juan Ignacio. Ese hombre había protegido a su hijo, luego había velado sus restos y se había encargado personalmente de que su cuerpo llegara hasta su familia.

En opinión del viejo, Dávalos tenía principios, honor, sólidos valores. Era un caballero al que Santos le habría gustado confiar la mano de Fiorella en matrimonio. Tenía la certeza de que ese hombre sabría cuidar de su nieta y la amaría sinceramente. Pese a sus deseos, Santos tuvo que aceptar un hecho: su nieta prefería como

esposo a Máximo Belmonte, un joven abogado gentil y galante, muy diferente al tosco comandante de la Armada que la pretendía.

El carácter de uno era tiránico y dominante, forjado a sangre y fuego, al filo entre la vida y la muerte; el del otro, moderado, perseverante, apacible. La joven dama hizo su elección, y Arizmendi tuvo que aceptarlo.

A pesar de todo, la amistad que unía a ese viejo zorro con el lobo montaraz no desapareció, como creyó Joaquín en su momento; por el contrario, se fortaleció, y él lo supo cuando ya había caído en la trampa de ese demonio demente.

Joaquín apartó los ojos de aquellos documentos que solo le recordaban su torpeza e ignorancia. Había conseguido ocultar su ya desesperante situación financiera de Eneida y su hija durante casi dos años. Su mujer y Flora creían que estaban al borde de la ruina, pero no imaginaban que la situación era mucho más desesperante. Llegaría el día en que ya no podría huir de sus acreedores, mucho menos de Dávalos.

Pensó con rabia que el viejo Arizmendi había sabido elegir un aliado poderoso; probablemente antes de morir ganaría la contienda que los enfrentaba y se marcharía a su tumba riéndose a carcajadas de su desventura. Al acudir esa mañana hasta la guarida de la bestia, había creído posible firmar otros documentos, aceptar cualquier condición, la que fuere, a cambio de un poco más de tiempo, pero al enfrentar al loco Dávalos y ver las armas que esgrimía en su contra, sabía que ese diablo no se mostraría comprensivo con su situación. Por el contrario, parecía estar disfrutando de su desesperanza.

—¿Lo entiende ahora, señor Celabert? —preguntó Juan Ignacio, suave.

Se presionó ligeramente el muslo izquierdo en un gesto casi inconsciente. La parálisis causada por el serio daño a los tejidos en el pasado y la deforme cicatriz que tiraba de su carne le habían dificultado caminar en los últimos días, en los que el clima era tan gélido que lo calaba hasta los huesos.

Fiorella lo miró y se arrodilló a su lado. Los pliegues del vestido flotaron en el aire en lenta ondulación. Le dijo angustiada:

—El dolor debe de serte intolerable. No has dormido bien últimamente. El frío y la humedad deben de estar afectando la lesión. Ve a descansar, Juan Ignacio. No te hace bien estar aquí. Lo sabes. No seas terco.

Comprendió entonces por qué había comenzado a beber tan temprano en la mañana: él estaba intentado recurrir al único medio que conocía y le parecía aceptable para aliviar su sufrimiento.

Joaquín miró al señor Dávalos, mudo. Todo atisbo de buena voluntad y rastro de humildad habían desaparecido de su expresión. Los ojos duros solo revelaban una creciente ira.

—Todo es su culpa —gruñó.

—¿Mía?

—¡Usted causó todo esto!

—No, señor. Se equivoca. Usted ha forjado su propia ruina, Celabert. No necesitó de mi ayuda en absoluto —le recordó.

Juan Ignacio dejo sobre el escritorio su vaso vacío. Sobre la talla de cristal, por un brevísimo instante, pudo vislumbrarse el reflejo de una dama junto al fuego, aunque nadie reparó en eso.

—Señor Dávalos, usted…

—Celabert, quizá le interese saber que me encontré con su señora esposa hace unos días, al concurrir a la iglesia —lo interrumpió Juan Ignacio, al parecer, al descuido.

—¿Con Eneida?

—Por cierto, ¿tiene otra esposa acaso?

—¿Qué le dijo?

—Nada en particular. Solo intercambiamos impresiones sobre el día. Esa mañana llovía. De hecho, a pesar del mal tiempo, su esposa parecía muy feliz. Flora, a su lado, también —comentó. En su mirada ominosa había cierta satisfacción—. Entiendo que su hija finalmente aceptó las intenciones del señor Belmonte.

—¡Flora no es mi hija! —replicó Joaquín, poniéndose de pie bruscamente en un gesto que muy a las claras evidenciaba su agravio—. Esa jovencita es una joven dama, hija adoptiva de Eulalia y Teodoro Farré. Mis suegros se compadecieron de la huérfana y decidieron brindarle un hogar. Eso es todo. No hay ningún parentesco conmigo. ¿Cómo podría ser? Siempre le fui fiel a mi primera esposa, señor.

—Ahórrese las mentiras, Celabert.

—¿Cómo se atreve?

—Me atreverá a mucho más, créame.

—Me ofende, señor. Jamás imaginé que prestaría usted oídos a murmuraciones maliciosas. Es insultante.

—¿Terminó? —preguntó Juan Ignacio después de observarlo pensativo.

—¡Usted no es un caballero! ¿Cómo podría ser…? ¡Es un salvaje, un loco, un rufián!

—Terminó. Ahora siéntese.

Joaquín apretó los puños. Reprimió sus emociones. Vaciló. Finalmente se sentó.

—¿Qué pretende, Dávalos? —preguntó. Pareció inquieto—. ¿Qué quiere de mí?

Juan Ignacio torció las comisuras de sus labios con suavidad.

—¿El compromiso entre su hija y Belmonte se celebrará pronto? —preguntó.

—Muy pronto —corroboró Joaquín, reacio.

—Uno de mis defectos es la curiosidad, así que permítame hacerle una pregunta: ¿qué opina de que el señor Belmonte haya decidido ahora casarse con su hija más joven, cuando decía estar tan enamorado de su hija mayor? A mí me parece un amorío francamente ofensivo, ¿y a usted?

Joaquín no respondió.

—El pretendiente de su hija es un caballero de renombre —continuó Juan Ignacio, con aire reflexivo—. Dígame si estoy en un error: una vez que la señorita Flora tenga el anillo de compromiso en

el dedo, usted se apresurará a solicitar ayuda a su futuro yerno para resolver sus problemas económicos. ¿Me equivoco?

Joaquín lo miró fijo, incapaz de articular palabra.

—¿Está planeando pedirle un préstamo de dinero al señor Belmonte?

—Yo…

—¿Es esa la razón por la que cree que le bastarán unos pocos días para recuperarse, Celabert? —preguntó con una sonrisa deslucida—. ¿Confía tanto en el amor del señor Belmonte por su niña pequeña? ¿Está tan enamorado que estará dispuesto a salvarlo a usted de sus acreedores?

—Máximo es un joven prometedor, un caballero admirable —dijo Joaquín, ignorando deliberadamente la burla inserta en el tono de su anfitrión. La expresión se le tornó cautelosa—. Flora es una joven de buenos sentimientos. Ambos se consolaron mutuamente después de la muerte de Fiorella.

—No me sorprende.

—¿Qué significa eso, señor? Ha de saber que no hubo nada cuestionable en ellos. Juntos encontraron el conforte que necesitaban para continuar con sus vidas. El amor surgió, naturalmente, al encontrar el uno en el otro un espíritu afín, sentimientos de afecto y compañerismo, además de recuerdos en común.

—Qué ternura.

—¿Se burla usted? Mi hija y el señor Belmonte se aman sinceramente. Máximo, por supuesto, no permitirá que el padre de su novia caiga en la ignominia.

—Por supuesto.

—¿Señor?

—Pese a sus buenos deseos, me temo que no podrá evitar que usted acabe en la calle, sino en un lugar mucho peor —dijo Juan Ignacio, punzante—. Usted no solo me debe a mí. También tiene otros acreedores. El problema aquí es, señor Celabert, que sus crímenes son muchos y muy variados.

—No…no es así. Exagera usted.

—¿Estará dispuesto el señor Belmonte a sacarlo a usted del abismo, cuando conozca realmente sus circunstancias? Como usted dice, es un caballero admirable. ¿Estará dispuesto a solapar sus fechorías por amor a su hija?

—¿Qué puede importarle a usted todo esto? —preguntó entre dientes, e hizo un gesto hacia los documentos fraudulentos—. ¿Su amistad con el viejo Arizmendi es tan sólida?

—Lo es, pero ¿qué puede importarle eso a usted?

—¡Señor Dávalos!, ¿quiere decirme por qué hace todo esto? ¿Cuál es su objetivo? No lo comprendo. Si quisiese usted dinero, bastaría con esperar unos días. Pero no es eso lo que quiere, ¿verdad?

—No, no es eso.

—Señor Dávalos, si lo piensa, le conviene ponerse de mi lado. Ese viejo zorro no vivirá mucho más.

—¿Es eso lo que cree?

—¡Es un hecho! —dijo Joaquín, colérico—. Santos Arizmendi está muy enfermo.

—Eso es así desde hace más de tres años. Su fuerza de voluntad para resistir a la enfermedad que lo aqueja es encomiable. —Una efímera sonrisa curvó la boca del diablo, suavizando sus rasgos—. A veces creo que ese anciano nos sobrevivirá a todos.

—Pronto morirá —siseó Joaquín con evidente impaciencia.

—Usted acabará en la cárcel por fraude —afirmó—. Eso es más que una posibilidad. Es una realidad. Es su futuro, Celabert.

Un profundo silencio se extendió, atroz e inclemente, por la estancia. Se percibió en el sosiego el ulular del aire bajo el alero, el quejido de los rosales al raspar los vidrios de las ventanas y en la distancia, el rumor insondable de la arboleda al mecerse bajo la caricia gélida del viento. La mirada de Joaquín cayó una vez más sobre los papeles iluminados por la luz de las velas. Juan Ignacio cerró los ojos un momento. La sonrisa burlona desapareció de su boca. Había un rictus de aflicción en las comisuras a causa del dolor

lacerante que le acuchillaba la pierna. Todo humor había desaparecido de su expresión.

—¿Ha visitado la tumba de su hija? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué lo haría? Nunca me amó —afirmó Fiorella.

Ella había acompañado a Juan Ignacio hasta la bóveda donde descansaban sus restos mortales innumerables veces en los últimos dos años. Mientras él se arrodillaba y limpiaba los escalones que conducían a la cripta, fregaba el polvo del embaldosado; retiraba las hojas muertas de los floreros, reponía los claveles marchitos y abrillantaba la placa que llevaba su nombre, ella estaba allí, flotando a su alrededor. Fue testigo de su tormento, de su impotencia, de su profunda soledad.

Lo oyó orar por el descanso eterno de su alma en voz baja, en un susurro apenas perceptible. Lo vio aferrarse a la verja que lo alejaba de su cuerpo como si le fuera imposible pensar siquiera en separarse de ella; contemplar con ansias las puertas que no podía abrir; murmurar su nombre una y otra vez. Lo sintió reprimir sus emociones, contener su infinita aflicción, convertirse en un hombre frío y desalmado cada vez que abandonaba el cementerio, para dedicarse a vengar todos sus agravios. ¡Oh, cuántas veces intentó Fiorella detenerlo, hacerle entender que no necesitaba que hiciera todo eso por ella! ¡Tantas veces le exigió detenerse! En incontables oportunidades le rogó que por Dios descansara y cuidara de su herida, a buen resguardo de la lluvia, el viento y el frío.

Todo fue infructuoso. ¡Sus volátiles palabras eran inaudibles a sus oídos, sus gestos imperceptibles; no había nada que pudiese hacer por detenerlo!

Joaquín disimuló su desconcierto al escuchar al señor Dávalos mencionar a Fiorella. No supo qué decir. No entendía la importancia de tratar ese tema en particular cuando lo que le preocupaba era su propia situación económica y su reputación.

—No comprendo —murmuró, confundido.

—Responda a mi pregunta, Celabert: ¿ha ido una vez a visitarla, al menos, desde que la dejó en su bóveda?

—No —masculló, hosco.

—Eso imaginé.

Joaquín presionó la boca en una fina línea. Hacía más de dos años que Fiorella había muerto. Siendo sincero, debía admitir que a nadie importaba ya. Incluso su suegro evitaba mencionarla. Que lo hiciera Dávalos lo sorprendió. Después de todo, su hija le había rechazado la propuesta matrimonial, le había despreciado las atenciones y se había negado a tratarlo.

En más de una ocasión, Fiorella lo había mencionado en la intimidad del hogar señalando su falta de gentileza, criticando la aspereza en sus maneras, remarcando su reprochable tendencia a dar órdenes y, principalmente, recalcando la ignominia de su aspecto tan discordante con su elevada posición en la sociedad. En opinión de la dama, Juan Ignacio Dávalos parecía un truhan, un púgil venido a menos, nada más que un salvaje. Que el señor Dávalos la recordara y se preocupara por Fiorella le parecía inaudito, incluso ridículo.

—Admito que no he vuelto al cementerio a visitar a mi hija desde su muerte —dijo, y agregó—: El dolor de su partida todavía me afecta. No creo poder resistir enfrentarme a su sepulcro. Es una pena que no consigo superar.

—Su hija le temía a la oscuridad —dijo Juan Ignacio, cortante.

Fiorella sonrió con tristeza. Dirigió los ojos hacia atrás, hacia las sombras que la acechaban.

—Ya no, Juan Ignacio. Te alegrará saber que ya no me da miedo la oscuridad. Me he acostumbrado a ella.

Joaquín recordó de pronto que, siendo todavía una chiquilla, Fiorella lloraba al despertar sola en la oscuridad. Su esposa deseaba acudir y consolarla, alejarle los miedos, pero él se oponía cada vez. Patrizia suplicaba por dejar para la pequeña la lumbre encendida al menos. Él jamás cedió ni siquiera en eso. En su opinión, la niña debía aprender a superar sus temores. Que la madre la reconfortara la malcriaría. No quería criar a una timorata de la que solo podría avergonzarse. Patrizia siempre le recriminó tanta dureza. Joaquín

nunca se arrepintió de las decisiones que tomó respecto a la crianza de la niña. No se atrevió a admitir en aquel entonces ni en su fuero interno que vengaba en ella las afrentas recibidas. De hecho, experimentaba satisfacción al escuchar a su hija llorar de terror en el lecho, mientras retenía a Patrizia para que no acudiera.

Cuando Eneida se convirtió en su esposa, pronto descubrió que Fiorella no se sentía cómoda en la oscuridad, aun siendo tan mayor, y preguntó indecisa si debía dejar una luz encendida en el pasillo frente a su habitación. Joaquín dijo que no era necesario. Incluso comparó a su hija mayor con Flora, y Fiorella fue avergonzada en el cotejo. Flora nunca le había temido a nada, ni en su más corta infancia. Flora era su orgullo, Fiorella una decepción. Joaquín flaqueó.

—Ella…ella está muerta —dijo finalmente, incapaz de contenerse.

Juan Ignacio lo observaba, inescrutable. Sus ojos muy verdes, casi dorados, se veían gélidos en la penumbra.

—Sí, está muerta —coincidió en voz baja.

Joaquín sintió el sudor frío bajarle por la espalda al escuchar en el oscuro terciopelo de su tono el filo cortante de una navaja.

—Señor Dávalos, sé que no le agrado, aunque no entiendo la razón —dijo, con la intención de traer a colación una vez más el tema que le interesaba tratar—. Si lo ofendí en el pasado, le aseguro que no era mi intención. Si hay algo de mí que no le gusta, le juro que puedo cambiar. Tanto así valoro su amistad. Yo…

—Visite a su hija antes de que le sea imposible hacerlo —le ordenó.

Recordó las flores marchitas junto a la bóveda, la hojarasca en los escalones, el polvo en los ventanucos.

—Fiorella está muy sola. Debería ir a verla. Despídase de ella antes de ir a la cárcel.

—Señor, quizá no me crea, pero le aseguro que estoy arrepentido — dijo Joaquín, presuroso. Apaciguó la ira en tanto intentaba encontrar la manera de revertir la situación—. Esos documentos, no debí falsificarlos. Los errores que cometí, realmente lo lamento

ahora. Me equivoqué. Pero mi familia no tiene que sufrir por mi causa. Si me destina a la cárcel, Eneida desesperará. Flora es una niña todavía. Sufrirá las consecuencias de mis actos. ¿Quién querrá recibirla si se sabe todo lo que hice? Piénselo, señor Dávalos: mi esposa y mi hija son inocentes.

—¿Inocentes? —dijo Juan Ignacio con aspereza. En su mirada dura solo había mofa—. Yo, en su lugar, no me atrevería a hacer una afirmación como esa.

—¿Qué insinúa, señor?

—Hable con su esposa, Celabert.

—¿Por qué?

—Pregúntele si ella se considera a sí misma tan inocente como la cree usted. Tal vez tenga una opinión diferente sobre su propia valía.

—¿Qué quiere usted decir? —exigió saber Joaquín. Intentó reprimir la creciente cólera—. ¿Qué sabe usted que yo no sé?

—En realidad, creo que usted sabe más de lo que está dispuesto a aceptar.

—No entiendo.

—Debería dejar de engañarse a sí mismo, señor Celabert.

—¿De qué mierda está hablando? —Joaquín parecía perder la paciencia por momentos.

—Quizás haya llegado el momento de enfrentar verdades que ha decidido ignorar. No puede escapar del pasado, señor. Haga lo que haga, algún día lo alcanzará.

—¿Qué verdades? No comprendo.

—¿Insiste en que no comprende? Está bien. No se preocupe. Comprenderá usted muy pronto. Todo tiene su momento oportuno. ¿Le parecen conocidas estas palabras? Eclesiastés 3, 1-8. Le sugiero que lo lea. Dios ha establecido que para cada ocasión hay un tiempo adecuado.

—Señor, esto es ridículo. —Joaquín calló. Recordó que quien le hablaba era un loco, un diablo demente que carecía de toda razón.

—Es cuestión de esperar y ver —reflexionó Juan Ignacio. Contempló la luz que ondeaba en el aire—. Habrá un buen espectáculo entonces, se lo aseguro.

Joaquín intentó controlar su genio. Comprendió que se había humillado en vano. Ese demonio no estaba en sus cabales: deliraba con tonterías que en nada se relacionaban con su situación. No obstante, tenía entre las manos los pagarés que podía ejecutar en cualquier momento, además de esos documentos que lo inculpaban y probaban sus maniobras fraudulentas. Debía encontrar la manera de convencerlo de que destruyera las pruebas en su contra. Pero, ¿con qué persuadirlo? ¿Cómo?

—Señor, hablaré con el señor Arizmendi —dijo Joaquín con la boca apretada—. Mis errores, hallaré la forma de rectificarlos. Le suplico: no destruya a mi familia. Le aseguro que estoy muy arrepentido.

—El arrepentimiento es inútil.

—¿Cómo dice?

—Se cometen errores que no pueden corregirse —dijo Juan Ignacio con una sonrisa—. Así es la vida. Solo resta convivir con las consecuencias de nuestros propios actos. Y lamentarlos eternamente. Ese es el castigo a la imprudencia y la desidia. Qué triste desgracia, ¿cierto?

Fiorella se incorporó. Los volantes que le adornaban la falda flotaron alrededor de sus pies. Su expresión reveló una infinita tristeza. Dijo dolida:

—Sí. El arrepentimiento es inútil. Es verdad. ¿Qué puede importar nada, cuando los errores ya fueron cometidos y no hay manera de enmendarlos? Las palabras que se han dicho ya no pueden desdecirse. Las que han sido hirientes, ofensivas y venenosas, cual saetas ardientes, quedarán clavadas para siempre en el corazón de quienes se han visto agraviados por ellas. Lo que se ha hecho, no puede deshacerse. Lo que se ha dejado de hacer, no habrá otra oportunidad de hacerlo. Luego solo resta el arrepentimiento. Después, no queda nada más que convivir con la vergüenza, la culpa y el dolor.

Joaquín se estremeció. Un ramalazo de aire gélido lo envolvió con fuerza. Se arrebujó en su abrigo.

—Señor… —La voz le tembló—. Por favor, escúcheme…

—Su visita se ha extendido en demasía, señor Celabert —dejó caer Juan Ignacio.

—¿Me está echando?

—Efectivamente. Le recomiendo que se marche ahora. Pronto hasta le será imposible encontrar el camino de regreso.

—¿No me ayudará?

—En absoluto.

Joaquín se puso de pie. En su cara todo rastro de conmiseración y súplica había desaparecido.

—¡Usted no puede hacerme esto! —exclamó.

—Puedo hacer mucho más —le anunció—. Esto es solo el comienzo, señor Celabert.

Joaquín sintió el frío adherirse a sus ropas, a sus manos exánimes, a su rostro macilento.

—¡Está loco! —exclamó, furioso.

Joaquín apretó los puños, se volvió y salió de la biblioteca sin volver la vista atrás. Cruzó el pasillo en penumbras. Los pasos hicieron ecos en la quietud del recinto. Finalmente llegó al vestíbulo. Abrió la puerta y abandonó la mansión, furioso.

Cuando escuchó los pasos de su visitante desaparecer en el pórtico, Juan Ignacio guardó los documentos en la gaveta uno a uno, con sorprendente paciencia. De repente, debajo de un cuaderno de notas y un manojo de viejos remitos, notó al rozarlo la suavidad del terciopelo. Sorprendido, hizo a un lado los papeles y encontró un pequeño guante. Su expresión se suavizó al prodigarle una caricia gentil. Hacía mucho tiempo que no lo veía. Fiorella se inclinó y observó la prenda de cerca. Sonrió al decir:

—Así que tú lo tenías. Creí que lo había dejado caer en la calle en un descuido. Era mi favorito. Busqué durante mucho tiempo un par igual de manera infructuosa. ¡Qué disgustada estaba! Algunas cosas no se pueden reponer. Es así. Señor Dávalos, debió devolvérmelo.

Juan Ignacio cerró los ojos un momento. Lo acercó a su rostro e inhaló profundamente. Su perfume todavía estaba allí, descubrió, aunque ya muy débil: un ligero aroma a flores blancas. Lo había olido por primera vez una mañana de mayo, cuando florecían las rosas en la ciudad, poco después de que decidiera afincarse en Corrientes y hacerse un lugar entre los comerciantes de la región a través de una serie de inversiones de alto riesgo. Para entonces ya había tomado las riendas de la familia Dávalos y la dirigía con la dureza que ameritaba esgrimir contra sus díscolos parientes. En tanto se consolidaba su posición, fortaleció la amistad con Santos Arizmendi, una amistad que lo llevó a frecuentar la casa del anciano y, por supuesto, a encontrarse en más de una ocasión con su nieta, la señorita Fiorella Celabert.

La deseó para él desde que la vio por primera vez en el jardín de la residencia Dávalos. Después de conocerla, resultó extraordinariamente sencillo enamorarse de ella. Pronto reconoció que quería a esa mujer como su esposa. La amó. ¿Por qué? No sabría decirlo con certeza. Podría decir que lo enamoró la suavidad de su cuerpo, su belleza, su fragilidad, su inteligencia, su espíritu indómito, la rebeldía que subyacía bajo una aparente docilidad. Pero ninguna parecía ser la respuesta adecuada. Si debía sincerarse consigo mismo, diría que no sabía por qué se encaprichó con esa mujer, por qué su corazón reaccionó a ella, por qué la convirtió en el eje alrededor del cual giraba toda su existencia.

Aquella mañana, Fiorella se había quitado los guantes con elegancia frente a él. Uno a uno tiró de sus dedos, liberándolos de la prenda. Juan Ignacio nunca antes había imaginado que un gesto tan simple podía resultar tan atrayente, profundamente sensual. Ella se sentó y dejó los guantes sobre el escritorio, junto al ridículo bolsito de perlas y lentejuelas. Lo miró, seria, sintiéndose, al parecer, segura, con el escritorio de madera maciza entre ambos. Ella era una dama. No imaginó que el hombre que tenía en frente no era un caballero. Que si quisiera tocarla, arrebatarle un beso, hacerla suya allí mismo, obedeciendo a sus más bajos instintos, un escritorio no

lo detendría. Fiorella era una inocente. Un auténtico encanto, de hecho.

Juan Ignacio hizo un gesto con la mano y su administrador abandonó la oficina, llevándose consigo los documentos que habían estado examinando desde muy temprano en la mañana. Cuando se encontraron a solas, la dama levantó hacia él su pequeña naricita, tan orgullosa, tan visiblemente pedante. Era obvio que no sabía que un gesto así podía parecerle a un hombre un desafío. Juan Ignacio cruzó las piernas y se recostó contra el respaldo de la silla, en silencio. Que hablara ella primero, decidió. Tenía curiosidad por saber qué le diría, después de haberse mostrado por demás fría y contestataria con él durante sus últimos encuentros en la casa de Santos Arizmendi.

Qué gracioso. A Fiorella no le agradaba. Ella, por el contrario, a él se le antojaba fascinante. La admiró de arriba hacia abajo sin tapujos. La dama vestía un sencillo vestido de paseo verde, adornado con listones de encaje y canutillos. Una pelliza gris plata le resaltaba la belleza.

¿Por qué la veía tan tentadora? No había en esa mujer un trozo de piel al descubierto que pudiera atraer la atención de un hombre. Varas y varas de organdí, puntilla y volados de encaje la cubrían y protegían de cualquier mirada insolente. ¿Qué había para mirar? Solo tela y unas pocas curvas femeninas, no muy pronunciadas. Desde su encantador cuello hasta la punta de sus zapatos, todo estaba librado a la imaginación, constató Juan Ignacio. El atuendo no podía ser más soso ni mojigato, no obstante, suscitó en él tal irrefrenable deseo que hizo que le hirviera la sangre en las venas. Reconoció para sí que, aunque esa mujer vistiera un costal de papas, la encontraría hermosa y absolutamente deseable. ¿Por qué? No podía decirlo. Ni siquiera imaginarlo. Era un jodido misterio.

Fiorella frunció los labios en un gesto de disgusto casi infantil.

—Señor Dávalos, me comentó mi abuelo que pretende usted ampliar su centro comercial comprando las casas aledañas —dijo, impaciente. Resultó evidente que no estaba allí por propia voluntad.

Juan Ignacio asintió.

—Es una obra de gran envergadura.

—Eso me han dicho.

—Confío en que dará enormes beneficios.

—Mi abuelo quiere cooperar con usted.

—Sé eso.

—Pero usted no ha accedido.

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—Señorita Celabert, usted sabe por qué.

—Mi abuelo dijo que usted está interesado en trabajar conmigo —dijo entre dientes, como si confesara algo.

—Así es. Me gustaría que fuera usted mi socia en este proyecto, Fiorella —asintió él, recalcando el "usted"—. Es la condición que planteé al señor Arizmendi cuando propuso invertir su dinero en mi negocio.

Ella lo miró. Su chaqueta descansaba en el respaldo de la silla, la corbata colgaba floja del cuello y dos de los botones de la camisa estaban desabrochados, dejando entrever parte del vello oscuro y rizado que le cubría el pecho. Era, obviamente, una vestimenta inadecuada para la oficina y para recibir a una dama, pero él no había intentado adecentarse en absoluto.

Juan Ignacio notó su desprecio. Sea, pensó. Que esa mujer supiera que no era un caballero. Que había sido criado en las calles, como un paria. Que estuviera al tanto de que no fingiría ser lo que no era. Que se acostumbrara a todo eso. Porque él no la trataría como lo haría ese pretendiente suyo, Belmonte, con timidez y apenas rozando sus manitas en un acto de extrema valentía.

Él no se contentaría con solo tomarla de la mano, eso era un hecho. Curvó la boca con desparpajo. Juan Ignacio se reconocía como un hombre acostumbrado a tomar lo que quería: no se dejaría arredrar por esa mujercita arrogante y pretenciosa. Sería suya, aunque ya resultaba evidente que le tomaría tiempo llevarla a su cama.

—¿Qué pretende, señor Dávalos? —preguntó con distinguida sobriedad—. Sepa que mi abuelo no precisa de usted para hacer fortuna. Tampoco yo, a decir verdad.

—Pero el dinero nunca sobra, ¿no es así, Fiorella? —Él se burló de ella con una sonrisa maliciosa. ¿Creía acaso que no sabía de sus dificultades económicas? Qué ilusa—. Si no pensara así, no se habría dignado usted a pisar esta oficina con esos bonitos zapatitos que tiene. Por cierto, le sientan muy bien. Disculpe mi ignorancia: ¿de qué color son?, ¿Gris? No exactamente. ¿Gris plata? Qué color tan acertado.

—Señor, por favor, concéntrese en la razón que me ha traído a entrevistarme con usted esta mañana. No se distraiga.

—Es imposible no distraerme si está usted conmigo.

—Es mi abuelo quien quiere convertirse en su socio, no yo —puntualizó con la nariz levantada.

—Eso es evidente.

—Debería considerarlo, señor Dávalos. Mi abuelo es un caballero muy influyente. Entre sus conocidos y allegados puede encontrar políticos de renombre, hacendados e importantes comerciantes. ¿Comprende? Santos Arizmendi podría abrirle muchas puertas en la ciudad, puertas que, sin su apoyo, permanecerían cerradas para un hombre como usted. Piénselo.

—¿Un hombre como yo? —preguntó entre risas.

—Perdóneme, no quise insultarlo.

—Descríbame, querida. Me intriga saber a qué se refiere.

—Señor, le repito: concéntrese —retomó ofuscada—. Mi abuelo…

—¿No aclarará mis dudas? Parece que no. Respetaré su decisión, pero sépalo: algún día me dirá qué opina de mí exactamente. Habiendo dejado esto en claro, le diré: lo que su abuelo puede hacer, de ser necesario, Thaddeus también lo puede —dijo él, divertido—. ¿Escuchó hablar de él, señorita Celabert? Creo que sí. También debe de saber que soy su bastardo. Puede suceder, por qué no, que ese viejo zorro no pueda abrir para mí una puerta, pero mi padre es muy listo. Encontrará la manera de ayudarme a saltar por

la ventana. No sé si me entiende. No intente asustarme, señorita Celabert. No lo conseguirá. Sus amenazas me son indiferentes.

—No era mi intención amenazarlo —aseguró.

—Permítame sincerarme con usted, Fiorella: quiero que sea mi socia. ¿Por qué? Al tenerla cerca me será más sencillo descubrir cómo conquistar ese corazoncito tan duro que tiene.

—¡Señor!

—Además, la ayudaré a mejorar su precaria situación económica. ¿Cree que no sé de sus circunstancias? No se engañe. Conozco las deudas de su padre y sé de sus cuentas impagas. Y sé algo más también: no quiere seguir dependiendo usted de la ayuda de su abuelo.

—¿Cómo supo…?

—Eso no importa. ¿Quiere que le diga algo? La admiro, señorita Celabert: sus esfuerzos son loables, no obstante, quisiera que me permitiera luchar en su lugar.

—No… no entiendo —dijo ella, aturdida.

—Santos me conoce —dijo Juan Ignacio con desenvoltura—. Comencé con una tienda, una pequeña mercería a dos calles del centro de la ciudad. El negocio prosperó y hoy poseo la mitad de la cuadra. Quiero el resto. A finales de 1872 comencé un proyecto que me hará rico. Construiré un centro comercial donde se podrá adquirir productos de la más diversa índole, todos importados desde Europa. Su abuelo sabe cómo está cambiando la ciudad. Hay nuevos ricos. Los productos se venderán, sin duda. Mi negocio crecerá. Mis socios, por supuesto, harán una fortuna. Fiorella, sígame, y en muy poco tiempo podrá echar sus preciosas garritas sobre el dinero que haré para usted.

—¿Cómo se atreve a decirme tal cosa? —balbuceó incrédula.

—Siéntese.

—¡No pienso quedarme un momento más aquí!

—Si se va, perderá una oportunidad muy redituable. Piense muy bien qué hará, señorita Celabert. Le sugiero que se siente. Ahora.

Ella vaciló. Después de un momento, a desgano, se sentó. Él insinuó una sonrisa de complacencia.

—Necesita el dinero tanto como cualquiera, Fiorella; no precisa fingir otra cosa conmigo. Es una mujer inteligente. ¿Por qué no acepta convertirse en mi socia? Todos nos veremos beneficiado de esto.

—Qué terco es, señor Dávalos. ¿Por qué insiste en esa tontería?

—Porque te deseo —dijo con descaro, inclinado hacia adelante, dejando toda formalidad de lado. Buscó su mirada, insolente—. Quizá no pueda tenerte todavía, pero verte a diario me ayudará a sobrellevar tu rechazo. Ya que no quieres aceptar mi cortejo, tendré que aceptar el consuelo de imaginarte desnuda entre mis brazos cada noche, luego de verte lucir tan bien frente a mí cada día. Por cierto, ¿de qué material son sus enaguas, Fiorella? Ayúdeme a enriquecer mi imaginación.

—¡Sabía que no debía venir! —gritó luego de ponerse de pie como impulsada por un resorte.

—No se disguste conmigo. No pretendía ofenderla.

—Señor Dávalos, escúcheme muy bien: convenceré a mi abuelo de que no es conveniente asociarnos con usted. ¡Ah, otra cosa: la situación económica de mi familia no le incumbe! ¡Encontraré la manera de saldar las deudas de mi padre y de pagar todas mis cuentas por mí misma!

—Inténtelo, señorita —dijo con una lenta sonrisa y su voz aterciopelada fue suave, casi una caricia—. Si nada le funciona, no olvide recurrir a mí. Siempre haré todo lo que esté en mis manos para ayudarla a resolver cualquier problema que tenga.

—Mi abuelo sabrá los pormenores de esta conversación —aseguró con la boca fruncida—. Es más, lo convenceré de que no debe involucrarme con sus negocios, señor Dávalos.

—Créame, Santos la convencerá a usted de involucrarse conmigo.

—¡Está loco! ¿Por qué mi abuelo haría tal cosa después de todo lo que acaba de decirme?

Juan Ignacio se incorporó. Alto, de hombros anchos, resultaba obvio que era mucho más fuerte que ella. Fácilmente podría intimidarla, pero él no hizo más que quedarse allí, detrás del escritorio, y observarla fijamente. No quería asustarla, sí grabar en sus pupilas su imagen pretenciosa y colérica. Le parecía fascinante.

—Porque, en su opinión, usted y yo haríamos una excelente pareja —dijo con calma—. Yo la comprendería a usted como ningún otro lo haría. La consentiría en todos sus caprichos, como jamás podría hacer un caballero como el señor Belmonte. No se engañe, Fiorella, no importa cuánto se queje usted de mí, Santos no perderá la oportunidad de vernos juntos.

—¡Eso no sucederá! —dijo ella, ofuscada.

—No me desafíe —dijo, suave—. No me gusta perder.

—Señor Dávalos, ¿no quería usted que le dijera qué opino de usted exactamente? Aquí le va: ¡es un salvaje, un maleducado insufrible, un odioso y un soberbio! ¡Lo odio! —Fiorella se volvió y fue hasta la puerta. Se detuvo en el umbral un momento, lo miró por encima del hombro y le dirigió una mirada desdeñosa—. Se arrepentirá de haberme ofendido, señor —prometió.

—¿Seda? —musitó tras observarle los bajos del vestido—. Parece seda. Es blanca. Debí imaginarlo. Solo la seda debería vestirla y el blanco adornada. Una virgen no podría vestir de otra manera.

Ella bajó la vista. En su enojo, parte de su tobillo había quedado expuesto, revelando su piel y parte de sus enaguas.

—¡Bestia! —espetó, furiosa.

Fiorella salió de la oficina con un portazo. Después de un momento, regresó. Sin decir palabra, con el rostro rojo a causa de la vergüenza, cruzó la distancia que la separaba del escritorio en dos zancadas, tomo su bolsito y sus guantes, y se fue, sin atreverse a mirarlo ni una vez. Tenía tanta prisa por marcharse que uno de los guantes se le escapó de las manos y cayó al suelo, junto a la puerta.

El crepitar repentino de las llamas en la chimenea lo arrancó de su recuerdo. Juan Ignacio presionó los dedos contra el guante, recordando la expresión de la joven que consiguió cautivarlo con

nada más que una mirada de sus bonitos ojos cuando la vio por primera vez, en compañía de Luis Dávalos. Sonrió al rememorar el mohín de su boquita fruncida y su naricita levemente levantada, como si oliera mierda al encontrarse con él.

Fiorella lo miró un instante, sabiendo en qué pensaba él. Le dijo:

—Juan Ignacio, lo reconsideré. Está bien que hayas recogido mi guante. Guárdalo para ti. Recuerda que es mi favorito, así que cuídalo bien. —Hizo una pausa y añadió—: Sonríe para mí. Sigue sonriendo. Regresaré enseguida para seguir acompañándote.

Joaquín dirigió sus ojos hacia los ventanales. Vio la silueta del señor Dávalos en la penumbra. Escupió al suelo. No se rendiría fácilmente. No permitiría que nadie lo atosigara, amenazara y controlara de manera alguna. No había conseguido hacerlo su suegro, mucho menos lo lograría un demente como Dávalos.

—¡Maldito bastardo! —dijo con saña.

De repente, sintió una espiración de aire gélido adherírsele al cuello para luego deslizarse por la espalda hasta incrustarse profundamente en su carne. Una espantosa sensación opresiva amenazó con asfixiarlo. Como si alguien incorpóreo, un algo invisible a la vista, le envolviera los hombros con gélidas garras. Joaquín se volvió bruscamente. El creciente pavor desencajó su rostro. Con el corazón palpitante, vehemente, aterrorizado, Joaquín retrocedió, se volvió, apretó el paso. Con los ojos bajos y el nombre de Dios en los labios, huyó. Porque entre los jirones de niebla creyó entrever el vestido hecho jirones de una mujer amoratada y descarnada desaparecer en la bruma, dejando tras de sí el frío aliento de la muerte.

Capítulo 7

Los níveos volantes de su vestido ondearon en vaporosos pliegues al atravesar el muro. Con el fluido ondular de su atavío, el aire se impregnó con el ligero aroma del invierno; una fragancia de frío y penumbra, de hojas muertas y flores blancas. Fiorella se alejó del ventanal y flotó en la estancia hasta detenerse junto al hombre que bebía en silencio junto a la chimenea.

Juan Ignacio dejó la botella de whisky vacía sobre la repisa. La cálida luminosidad del fuego acarició un instante las aristas angulosas de su rostro. Sus pestañas cubrieron la emoción de su mirada al contemplar, ausente, las llamas crepitar entre los leños. Se pasó la mano por la sien y peinó hacia atrás el pelo con los dedos. El gesto reveló cansancio. Un mechón cayó sobre su frente al descuido, acentuando la desprolijidad del aspecto.

Algo llamó su atención de repente: el atisbo fugaz de una sombra blanquecina al fulgurar un efímero instante en la ventana. Levantó la mirada bruscamente. Resultó ser solo el vislumbre de la niebla, que, con lechosos andrajos persistían en aferrarse a los balaustres del balcón.

Juan Ignacio observó entonces su reflejo en el vidrio. Los ojos enrojecidos revelaban las caóticas emociones que había despertado en él la visita de Joaquín Celabert: ira, odio, furia. Echó un vistazo a su apariencia y los labios se le torcieron en una sonrisa burlona, incluso de repulsa contra sí mismo. La piel oscura se veía casi cobriza bajo el centelleo ambarino de la lumbre. El pelo, demasiado largo, profundamente negro, le enmarcaba la fuerte quijada y los pómulos afilados, acentuando unos rasgos salvajes.

Se miró y apenas se reconoció a sí mismo. Estaba demasiado delgado. Entre los plisados del atuendo, se podían entrever los músculos tensos que constreñían su torso. Su aspecto denotaba desidia, no obstante, se adivinaba en él la amenazante agudeza del cazador que se disponía a hostigar a la presa. La crueldad, la amargura, el dolor, le habían cincelado la fisionomía hasta tornarlo casi irreconocible.

Resultaba evidente que, pese a la esmerada educación recibida, la rígida disciplina militar a la que se había sometido desde muy joven, a la forja de su carácter en la calle y en la guerra, persistía en su apariencia la aspereza feroz que siempre había caracterizado a su persona.

¿Ella lo había visto así alguna vez?, pensó. Brutal. Despiadado. Implacable. Fiorella se miró el ventanal, desconcertada. Dijo, inquieta:

—¿Qué estás mirando? ¿Qué ves?

Afuera, la niebla comenzó a evaporarse bajo la tibieza del amanecer. El bosque iba adquiriendo lentamente la habitual coloración azulada. Más allá, hacia el horizonte, el velo de la bruma flotaba incólume entre las ondas de luz.

Juan Ignacio pensó en sus anhelos, en sus propios atroces sentimientos, en lo que una vez ansió, en lo que creyó conseguir, en todo lo que esperaba retener entre sus manos. Creyó que la instrucción que exigió del hombre que lo engendró bastaría para arrebatar de la vida cuanto deseara. Que con ese apellido que ambicionó obtendría los privilegios de los que una vez careció. Que jamás volvería a experimentar la frustración y el odio de saberse despojado de lo que más quería conservar consigo. Pensó en su ilusoria ensoñación de hacer suya por fin a la única mujer que una vez codició. ¿Qué le hizo creer que ella, una auténtica dama, lo amaría? A ella no le gustaba. Quizás hasta le repugnaba.

Juan Ignacio apartó la mirada de su reflejo y volvió la atención hacia el fuego. Torturado por la ferocidad de los sentimientos que lo aquejaban, su expresión se tornó adusta. Se presionó el muslo con

la mano. Los nudillos palidecieron al utilizar la fuerza para domeñar el dolor.

Fiorella se inclinó y le buscó su mirada. Notó la tristeza, la desolación. Entonces, su propia angustia se profundizó. Le habló en voz baja:

—Ve a descansar, Juan Ignacio. Sé que estás sufriendo. Mírate. Necesitas dormir. Deja de beber. Te harás daño. Respecto a lo otro, a lo que intentas hacer, no tienes que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? ¿Qué sentido tiene? Nada de lo que hagas me hará regresar a ti.

Fiorella pensó con creciente angustia que, quizás, ese era el castigo de Dios a su soberbia: adolecer en un infierno frío y solitario, siendo testigo de la desesperación de un hombre que la amaba sinceramente, siendo incapaz de hablarle, de tocarlo, de rozarlo siquiera.

Él cojeó hasta el escritorio, tomó otra botella de whisky por el cuello, la abrió y acercó el pico a la boca. Regresó luego junto al fuego, bebiendo así, brutalmente, como si solo de esa manera consiguiera apaciguar el dolor físico y mental que lo atribulaba. Fiorella lo miraba, afligida.

Alguien llamó a la puerta. Los golpes quebraron con rudeza la quietud del recinto. Juan Ignacio levantó la mirada. En su boca se dibujó una sonrisa leve.

—El viejo padre está aquí otra vez —murmuró.

Fiorella tuvo que sonreír al escuchar su atroz comentario. Franco cruzó el umbral con la habitual parsimonia. Aunque había cambiado la ropa de diario por un atavío más formal, su apariencia todavía resultaba indolente. La displicencia en su expresión se veía acentuada por el cigarro que mantenía en una esquina de la boca, la corbata que colgaba suelta a los lados del cuello y la chaqueta que sostenía en el brazo, al descuido.

—¿Bebiendo otra vez? —preguntó. La aparente indiferencia no disimuló la inquietud de la voz—. Ya es suficiente por hoy, ¿no cree, comandante?

Juan Ignacio no respondió, pero tampoco bebió más. Dejó la botella sobre la repisa de la chimenea, junto a la otra.

—Ese hombre —musitó—. ¿Dijo algo?

—Señor, usted me conoce —dijo tras hacer un gesto de mofa, luego la expresión se volvió escalofriante—. Ortiz está listo para decirle a usted todo lo que sabe sobre aquella mañana, cuando falleció la señorita Celabert. No se callará nada, créame. Cuando quiera, puede ir usted a verlo. Lo está esperando.

Juan Ignacio desvió la mirada hacia el fuego. Tomó el removedor y atizó las llamas.

—Gracias.

—Nada de "gracias". Entre amigos, ¿qué son las gracias? Tonterías. —Franco sacudió el pelo que se le rizaba sobre la nuca. Todavía lo tenía mojado después de darse un baño. Examinó a su comandante con detenimiento. Lo vio cojear. La preocupación le oscureció la mirada—. ¿Está usted bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Está seguro?

—Estoy bien —subrayó Juan Ignacio, paciente.

—Ese hombre, Celabert, no le hizo nada, ¿cierto?

—¿Qué podría hacerme? —inquirió Juan Ignacio con una sonrisa tranquilizadora—. Joaquín Celabert es un cobarde.

—Uno nunca sabe cómo puede reaccionar un tipo como ese cuando las circunstancias le son adversas —comentó Franco—. Ya sabe usted lo que dicen por ahí, comandante: si está acorralado, hasta un conejo muerde.

Juan Ignacio imaginó a Joaquín Celabert armándose de valor para enfrentarlo con los puños o a facón, y las esquinas de su boca se curvaron.

—No se atrevería —comentó.

Franco percibió el humor en las palabras de su comandante, y su ansiedad se alivió, aunque todavía le preocupaba la cojera de Juan Ignacio. Hubo un momento de silencio. Un ligero gruñido lo rompió. Franco echó un vistazo a su alrededor, y se hizo a un lado. Dos

sombras abandonaron el umbral de la sala y avanzaron hacia el interior de la biblioteca con lentitud.

Franco acarició las orejas de Caronte cuando el perro se detuvo a sus pies. Cerberos, más distante, se sentó junto al escritorio. Ambos pertenecían a la misma camada. El pelaje largo y negro exuberante, los fuertes músculos, la corpulencia y los ojos ambarinos similares lo evidenciaban. No había un ápice de debilidad en ellos. Habían sido entrenados por Luis Dávalos para custodiar y defender la propiedad. Incluso para matar a los intrusos si el amo daba la orden. En sus espeluznantes pupilas, no había más que la frialdad de la bestia cuando deambulaban por la finca. Pero en ese instante, mientras contemplaban a Juan Ignacio, había algo más: cautela.

Franco observó a los animales con atención. Cayó en la cuenta de que los perros habían fijado sus ojos no en el comandante, como había creído, sino justo detrás. Caronte levantó las orejas y volvió a gruñir. Cerberos enseñó los dientes al aire.

Fiorella se deslizó sobre la alfombra y unió las manos a la espalda mientras miraba a los animales. Dijo con admiración:

—Caronte y Cerberos, están hermosos. Franco hizo bien en darles un baño ayer. Estaban muy sucios. Me encantaría acariciarlos. Todavía recuerdo lo tiernos que eran cuando Luis los trajo a su casa siendo todavía cachorros. Jugaban en mis brazos. ¿Por qué ahora me tienen miedo? Yo no les haría daño.

Fiorella amaba a los perros y durante años suplicó a su madre que le permitiera criar uno. Pero Patrizia siempre se negó, pidiéndole que comprendiera: a Joaquín no le gustaban los animales. En una ocasión, hastiado de los constantes ruegos de su hija, él había asegurado que ahogaría en la fuente al cachorro que se trajera a la casa sin su permiso. Fue evidente que no era solo una amenaza. Fiorella jamás volvió a mencionar el deseo de tener un perro.

Franco hizo un gesto con la mano y los animales callaron, obedientes. No obstante, todavía con las extremidades rígidas, no apartaron la mirada de los volados que se mecían suavemente frente al fuego. Caronte y Cerberos siguieron con la vista la fantasmal

presencia. Frente a sus ojos, el reborde de una falda traslúcida aparecía y se desvanecía, una y otra vez, ondulante y etérea, entre la luz y la penumbra que había en la estancia. Franco alisó las arrugas en la chaqueta.

—¿Necesita que me quede, comandante? —preguntó.

—No es necesario —dijo con suavidad.

—Puedo quedarme si quiere. Ortiz ya conoce mis puños. Nomás me ve y se echa a temblar. Imagínese.

—Me imagino.

—¿Me quedo entonces? Si ese infeliz se atreve a callar algo, quizá le muestre un par de trucos que aprendí allá en los muelles, de un par de tahúres. No necesitará más que una ganzúa y un poco de sal.

—Regresa con tu mujer —dijo con una risa entre dientes.

—¿Ahora? ¿Justo cuando las cosas se están poniendo por fin interesantes por aquí? ¡No puede hacerme eso, comandante!

—Has estado fuera de casa durante mucho tiempo.

—Es lo usual.

—Tu esposa estará preocupada por tu seguridad —aseguró impaciente.

—¿Agostina? ¿Preocupada por mí? Más bien estará inquieta por la seguridad de otros. Ella ya me conoce. Sabe que no soy trigo limpio, pero confía en usted, señor. Pensará que en algo estoy y preferirá no saber nada al respecto porque lo respeta a usted. Además, después de casi cuatro años de matrimonio, ya está acostumbrada a que esté por casa un día sí y otro no. No pensará en mí en absoluto, créame, comandante.

—Ahora está esperando un hijo —dijo, cortante.

Franco miró a los perros, con una vaga sonrisa tirando de sus labios.

—Amo a mi mujer, señor. Y espero ansioso conocer al hijo que me dará. Es mi primer niño, lo quiero sano y fuerte. Me preocupan él y la madre. Rezo todas las noches pidiéndole a Dios que Agostina dé a luz con seguridad. Estando a su lado, estoy constantemente al pendiente de cada uno de sus movimientos, de los peligros que

puede encontrar, de su falta de cuidado al hacer las cosas… Le aseguro, señor, lo último que quiere mi esposa es tenerme cerca en este momento.

—No me sorprende.

Franco le dio una chupada a su cigarro. Notó que los animales no habían apartado los ojos de la chimenea. Había algo allí que los hacía cautelosos. Dudó. Luego, por fin, dejó el cigarro quieto en una esquina de su boca.

—Comandante, usted sabe que mi Agostina tiene una tía abuela que la crio y que vive en casa, con nosotros —comentó—. Creo haberle hablado de la anciana en otra oportunidad.

—¿Domitila…?

—Domitila Hernández, esa misma. Es una mujer de edad muy avanzada. Sorprendentemente saludable para los años que tiene. Todavía le gusta dar largos paseos por el monte. Creció aquí en el campo, ¿sabe?

—Escuché hablar de ella.

—Eso es bueno. —Franco se veía incómodo—. Todos por aquí la respetan mucho. Hay quienes incluso le temen. Durante gran parte de su vida se dedicó a las hierbas. Sabe mucho de herboristería.

—Tengo entendido que es una curandera.

—Sí, lo es. Y una muy buena, además. Ella enseñó a mi Agostina todo lo que sabe. Todavía muchos prefieren tratarse con ella que acudir al médico del pueblo más cercano. Los rumores la tildan de bruja, ¿sabe?

—Supongo que no crees en esas estupideces.

—Bueno, todavía no sorprendí a la vieja volando en una escoba —dijo Franco, de buen humor. Parecía avergonzado—. Nomás tiene sus creencias, usted sabe, al igual que todos por aquí.

Juan Ignacio dejó el atizador junto a la chimenea y lo miró.

—¿Qué sucede, Yasuká? —preguntó.

Franco dio unos pasos hacia su comandante y, todavía vacilante, tendió la mano hacia él. En su palma desplegó un sencillo pañuelo de lino. En su interior había una pequeña figura esculpida en

madera. De la talla emanaba un denso olor a hierbas medicinales.

—Es un payé que protege del mal —dijo—. Domitila me pidió que se lo diera.

—¿Un payé?

—Es un hechizo, comandante. Un sortilegio. Un fetiche.

Juan Ignacio tomó el amuleto en su mano y lo observó al descuido.

—Sé lo que es un payé —dijo.

—La señora lo conoce a usted, ¿sabe? —dijo Franco por fin, después de dudar un instante—. Dijo haberlo visto en los alrededores, con los perros. Más de una vez lo cruzó cuando salía usted a cabalgar por el viejo camino que lleva al pueblo. Sabe de la amistad que me llevó a seguirlo en su retiro. Agostina le habló de usted y de cómo salvó mi vida. La anciana señora lo considera un buen hombre, además de un héroe que resguardó a esta tierra de los invasores. Le tiene estima, y por eso quiere protegerlo.

—¿Protegerme? —Juan Ignacio observó los rasgos cadavéricos en la figurilla—. ¿De qué?

Fiorella flotó alrededor de Juan Ignacio. Se inclinó y pretendió rozar con los dedos la extraña talla. Además de una insignificante sensación de disgusto, no percibió nada amenazante en el fetiche.

Franco vio a Caronte retroceder y pegar las orejas a la cabeza, atemorizado. Cerberos gruñó por lo bajo. Entonces percibió una ligera fragancia a flores en el aire que desapareció al instante. El hombre le ordenó a los perros que callaran.

—Mire, comandante, no sé si lo creerá usted o no, pero… —dijo, titubeante. Por fin reveló—: ¡Domitila dijo que tiene algo adherido a usted!

—¿Qué será? —musitó.

Franco se sintió avergonzado. Era un hombre cabal, de sólidos principios y profundas creencias religiosas. Desdeñoso de toda superchería pagana, no fue sencillo para él aceptar el encargo de la anciana señora y mucho menos repetir sus dichos. No obstante, después de haber sido testigo del comportamiento de los perros y

de un sinfín de sucesos extraños en los últimos dos años, ya había empezado a dudar de sus propias convicciones. En el pasado se le había hecho imposible tener por ciertas las creencias de la tía abuela de su esposa. Su propio temperamento se había forjado a fuerza de altibajos. La pobreza, la férrea voluntad, las carencias, el propio orgullo le cincelaron el carácter. Guiado por la razón y la constancia, nunca tuvo la oportunidad de considerar siquiera la existencia de una realidad ajena a la perceptible. Las circunstancias de la vida lo convirtieron en un hombre mucho antes de que su infancia terminara. Aprendió a convivir con la miseria, luego con la desidia y por último con la muerte. Franco le dio otra chupada a su cigarro y luego lo apagó en un cenicero que halló en el escritorio.

—Es ella —dijo en voz baja—. Sé que es ella.

—Sí, soy yo —dijo Fiorella divertida—. Hasta que descubrió mi existencia, señor Yasuká. Le llevó su tiempo, aun cuando ya me percibía usted en aquel entonces, cuando acababa de despertar.

—¿Fiorella? —susurró. La curva casi imperceptible de su boca reveló una sonrisa.

—¿No me cree? Comandante, usted me conoce. No le andaría con cuentos. Esto es diferente. Nomás escúcheme: hay una cosa junto a usted. Señor, Domitila me confió haber visto algo a su alrededor. —Franco se negaba a utilizar la palabra espectro. Temía que, si lo hiciera, todas aquellas advertencias dadas por la vieja curandera respecto a las ánimas de los muertos se volverían reales—. Dijo que ese algo, esa cosa, eso…es una mujer. Me la describió. Es ella, créame, pero ya no es ella. No sé si me entiende usted. Es lo que quedó de ella, después de su fallecimiento. Y ahora eso… Eso está ligado a usted. Eso se le pegó, ¿entiende?

Juan Ignacio lo miró. No había ninguna emoción en su mirada, solo una infinita calma. Al ver que el señor no tenía nada que decir, o bien no creía en sus palabras, o no le importaba verse embrujado por un espectro errante, Franco continuó:

—Domitila dijo que eso que se le ha adherido, comandante, no ha abandonado este mundo porque usted no le permite marcharse adonde fuere que debía ir después de la muerte. Sus sentimientos son como cadenas, ¿comprende? Ha encadenado a esa cosa, amarrándola a usted.

—¿Escuchaste eso, querido? Todo fue tu culpa. Deberías disculparte conmigo —añadió Fiorella con una sonrisa.

—Entiendo —musitó Juan Ignacio con expresión suave.

—No, usted no entiende.

—¿No?

—No. Esa cosa es muy peligrosa. Puede hacerle daño, ¿sabe? Eso ya no pertenece a este mundo, no obstante, sigue aquí. Domitila dijo que, para seguir…existiendo, sí, existiendo, esa cosa necesita alimentarse de usted.

—¿Alimentarme? ¿De él? ¡Qué cosas dice, señor Yasuká! ¿Cómo podría yo…?¡Cómo es posible! —Fiorella no salía del asombro.

—¿De mí?

—Sí. De sus emociones, de su vitalidad.

—Entiendo.

—Mientras usted no esté dispuesto a resignarse y olvidar… Esa cosa, eso, no podrá alejarse, ¿comprende?

Juan Ignacio observó la figurita cadavérica. Sus dedos presionaron la madera. El olor a hinojo y ruda se elevó en el aire.

—Comprendo —dijo.

Franco no sabía si su comandante creía o no en él y en las palabras de Domitila, pero había prometido advertirle, y cumpliría con la promesa.

—Domitila me explicó que solo la vida da vida. Comandante, escúcheme: esa cosa está nutriéndose de su vitalidad. Usted, y todo cuanto lo rodea, está ceñido a eso. Si esa cosa continua a su lado, se hará más fuerte. Llegará el momento en que podrá incluso manifestarse en este mundo.

—¿En serio? A decir verdad, he notado algunos cambios en mí, pero no siento que esté alimentándome de nada —trató de corregir Fiorella—. A veces puedo mover un objeto, otras manifestarme de alguna manera, no obstante, me siento igual… Señor Yasuká, no me asuste. Le aseguro que jamás le haría daño a Juan Ignacio. Solo a su lado estoy a salvo. ¿Comprende? Además, ya no me parece tan desagradable. Incluso creo que es lindo.

—¿Es cierto eso? —dijo, reflexivo Juan Ignacio con una ceja alzada.

—Sé que no me cree.

—¿Qué más dijo esa mujer?

—Domitila dijo que usted se irá debilitando poco a poco, porque ella, esa cosa, le irá arrebatando la vida.

—¿Qué más?

—Ella lo matará, comandante. ¿Entiende? ¡Esa cosa lo matará!

Fiorella flotó alrededor de Juan Ignacio, inquieta. La tela del vestido se meció en el aire en loco vaivén. El cabello le onduló sobre la espalda cuando se inclinó, protectora, sobre ese hombre duro y recio al que había aprendido a respetar. Cerberos y Caronte gimieron y retrocedieron, asustados.

—Solo la vida da vida —dijo ella. Y, cuando lo hizo, sus emociones se agitaron con vehemencia, la luz de la vela tembló. Observó el fetiche con enojo. Gritó, irritada—:¡Yo no lo lastimaría! ¿Por qué lo haría?

—Eso… ¿Es ella? —preguntó Juan Ignacio mirando a la estatuilla que sostenía en la mano.

Franco asintió, sin atreverse a mencionar el nombre del espectro otra vez. Juan Ignacio tendió el amuleto hacia él.

—Regresa esta cosa a esa mujer —dijo.

—Señor, no puedo aceptarlo. —Franco retrocedió unos pasos, como si temiera que su comandante fuera a endilgarle el payé a la fuerza—. Domitila dijo que, una vez que lo toque usted, es suyo. No puede devolverlo.

—¿Es mío?

—Sí, señor. —Franco lo miró, turbado—. Nunca presté oídos a estas creencias, usted me conoce. Soy un hombre racional. Jamás imaginé que diría esto, pero… todo comenzó desde que volvió usted del cementerio aquella noche, ¿recuerda?

—Lo recuerdo.

—Hace más de dos años, allí donde esté usted ocurren cosas muy extrañas —continuó Franco, incómodo—. El frío que se intensifica por momentos. La quietud. Ese olor que nunca se desvanece a su alrededor, ese perfume a flores blancas, a claveles. Y luego están los perros… ¿Vio cómo se comportan cuando está usted cerca? Sé que las bestias pueden percibir lo que una persona no puede. De eso no tengo dudas. Estos animales sienten la presencia de eso. Mírelos, señor, solo tiene usted que verlos para entender a qué me refiero. Esa cosa…

—No lo digas.

—¡Eso que se le pegó, señor, es la señorita Fiorella y debe deshacerse de ella!

Juan Ignacio endureció la expresión.

—¡No pronuncies su nombre otra vez en ese tono! —siseó, cortante—. ¡Lo prohíbo!

—Comandante, ¡ese fantasma está maldito, lo matará!

Juan Ignacio clavó en él una mirada aciaga. Los ojos se le enrojecieron al sucumbir a las ardorosas emociones que le desgarraban el pecho. El dolor, la ira, la inconformidad, el amor: un profundo y desgarrador amor por una mujer, esa mujer que nunca lo amó, se reflejó en la desencajada expresión del rostro.

—No —dijo Juan Ignacio y clausuró el tema.

—¡Cállate!¡ No lo pienses siquiera! —pidió Fiorella.

Cerberos se agachó y comenzó a gemir, asustado. Se incorporó de pronto y huyó hacia el pasillo con la cola entre las patas. Caronte, igual de aterrorizado, lo siguió al instante, con el pelo erizado. Juan Ignacio presionó la figura de madera entre sus dedos. Las astillas se clavaron en su carne. La sangre brotó.

—Ella no me dejará —susurró, y la voz oscura, gélida, implacable, reveló el ímpetu de sus emociones—. No permitiré que me deje.

—Señor, no diga eso.

—Quiero que se quede conmigo.

A continuación, crispó su mano y arrojó el amuleto al fuego con saña. Las llamas se elevaron feroces, chirriantes. Franco se quedó muy quieto, sorprendido. Fiorella observó el fuego devorar el amuleto hasta tornarlo irreconocible. Juan Ignacio dijo entonces con vehemencia:

—¡Si es ella, que se quede conmigo!

Fiorella intentó unir las manos sobre los labios, cubrirse la boca, detener las palabras. Sus dedos incorpóreos, traslúcidos, rasguñaron el aire, inútiles. Franco estaba horrorizado.

—¡No diga eso, señor! —advirtió—. ¡Es una maldición!

—Si es ella… Mientras yo viva, que no me permita resignarme a su perdida, que no me deje olvidarla —dijo, y a pesar de la dureza de sus palabras, subyacía en ellas una súplica—. Si quiere mi vida, ¡que la tome! Aquí estoy, de rodillas y a sus pies. Que se ahonde en mis venas y desgarre mis entrañas. Que se adentre en mis sueños y los vuelva pesadillas. Que se abata sobre mí: que no quede para la eternidad nada de lo que una vez fui. A cambio, quiero que ella viva.

—¡No se maldiga, señor!

—Si pudiera pedir sola una cosa a Dios, a cualquier dios o demonio, incluso al diablo mismo, sería que ella viva. A cambio de que se me conceda ese único anhelo, estoy dispuesto a renunciar a mi propia existencia.

—¡Comandante!

—Siempre fui suyo. —Juan Ignacio observó el fuego chasquear entre los leños, vibrante, violento. Su luz diabólica delineó una boca dura, una mandíbula tensa, unos ojos insidiosos. La sangre goteaba de su palma lentamente sobre el embaldosado de la chimenea—. Mi amor. Mi corazón. Mi sangre. Lo que quisiera ella de mí, lo que fuere, yo se lo concedería. ¿Por qué no darle mi vida?

Franco se estremeció de frío. Su aliento se dibujó en el aire. La escarcha nubló los ventanales.

Fiorella sintió que el pesado adormecimiento que constreñía sus sentimientos se desgarraba bajo la vehemencia inquebrantable del amor que se le brindaba. Una enorme tristeza se ciñó a ella. Envuelta en la más profunda desazón, cayó de rodillas sobre el embaldosado de la chimenea. El ribete de su vestido se deslizó sobre las ascuas encendidas, atravesándolas. ¡Juan Ignacio Dávalos la amaba tanto! Una vez lo pensó bárbaro y despiadado. Qué equivocada estaba. Se avergonzaba y temía incluso reconocer ante sí misma que el hombre al que consideraba implacable y brutal la atraía. La soberbia y sus prejuicios ensombrecieron sus sentimientos. Cerró su corazón. Ahora lo lamentaba.

Por dejarse persuadir por él y por el amor que le brindaba, por tomar esas manos entre las suyas, por permitirse amar y ser amada: qué no estaría dispuesta a ofrecer. Más todo tiene su tiempo, y su tiempo se había truncado.

Fiorella sintió el ardor del llanto bordearle los ojos. Las lágrimas silentes, incólumes, temblaban en sus pestañas, empero se desvanecían antes de caer. A un fantasma, condenado a errar entre las sombras, en su propio infierno de eterno frío y soledad, ¿cómo podría permitírsele aliviar el dolor a través del llanto? Fiorella alzó la vista y encontró la mirada de Juan Ignacio. Esos ojos verdes eran hermosos. Casi amarillos, tenían tan extraordinaria hermosura. Por un momento creyó que la estaba mirando, y la ilusión caldeó el frío que se había apoderado de su cuerpo exangüe. Pronto, sin embargo, tuvo que admitir que él no la veía, que jamás la volvería a mirar, que en ese momento solo contemplaba el fuego oscilar en la leña.

—Regresa con tu esposa —dijo Juan Ignacio despacio. Fue una orden que no admitiría réplica ni desobediencia.

Franco vio la espalda rígida de su comandante. Sus hombros tensos temblaban. Notó la ligera ondulación de sus músculos debajo de la camisa cuando se inclinó para atizar el fuego.

Era invierno y hacía frío. Siempre hacía frío a su alrededor. Ahora sabía por qué. Franco encajó los dientes. Presionó un instante el dorso de la mano sobre sus ojos.

—Si me necesita, no dude en buscarme, señor —dijo en voz baja.

Juan Ignacio asintió. Franco finalmente se volvió y abandonó la biblioteca. Sus pasos pronto se desvanecieron en la silente quietud que se había apoderado de la residencia. Dávalos contempló las llamas lamer con ansias los leños a punto de expirar.

—Quédate conmigo —murmuró.

Fiorella lo miró, conmovida. Aquel a quien una vez llamó "salvaje", que no podía siquiera percibir su existencia, el mismo que una vez juró amarla como ningún otro hombre lo haría jamás, al que una vez despreció, ese hombre suplicaba su presencia con profundas emociones reflejadas en el rostro.

De repente, sus hombros temblaron. Fiorella se sobresaltó, angustiada. Intentó tocarle mano, pero los dedos rasgaron el aire sin siquiera rozarlo.

Juan Ignacio comenzó a reír entre dientes. Sus ojos inyectados en sangre reflejaban el sedoso resplandor del fuego en tanto su angustia hacía ecos en la sombría penumbra del recinto. Ante los ojos abatidos, las llamas impetuosas devoraban con saña los leños que la nutrían. Pronto de ellos no restarían más que cenizas.

—Estoy loco. ¡Me estoy volviendo loco! —susurró. El pelo le cayó sobre las sienes, enmarcando un rostro severo. Su sonrisa se amplió, feroz, mordaz, cruel—. ¿Ella querría estar aquí, conmigo…? ¡Si me despreciaba! ¿Un fantasma? Casi lo creí… ¡Casi lo creí!

Entonces se quebró el silencio con sus carcajadas espeluznantes, espantosas. Fiorella inclinó la cabeza y se cubrió los oídos con las manos. Incapaz de ofrecer su consuelo, de aliviar su suplicio, comprendió al fin que el castigo a su soberbia no era residir en los límites del infierno, en un eterno invierno en soledad, sino atestiguar cómo un hombre dolido, atormentado, asediado por el dolor monstruoso de su pérdida, caía poco a poco en la desesperación y la locura.

Capítulo 8

Entre los suspiros del viento habrá quienes perciban el dolor de un amor perdido, otros, conjurarán tal vez la melancolía de un tiempo desdeñado. El rumor inarticulado que provenía del río se deslizó, insomne, entre las solitarias callejuelas que rodeaban la plaza vieja. Finalmente, el viento se acurrucó en el centro de la ciudad. Lejos quedó el silencio, llorando sus penas en la playa. Mientras deshojaba los rosales que florecían desde mayo, el viento fue mudo testigo de la algarabía reinante en una de las antiguas casonas que rodeaban la plaza. Curioso, abandonó el vergel, cruzó la calle y trepó por la tapia.

En la plácida oscuridad de esa noche clara, una profusión de hojas azul verdosas se rizaba sobre el arco ojival del ventanal, ensombreciendo los postigos. La luz de la luna salpicaba la buganvilla con diminutos destellos de su luz argéntea. Las delgadas espinas de la trepadora se aferraban a la pared, en tanto el copioso entramado de sus ramas se tejían alrededor del balcón. El platinado esplendor de la noche se tornó gris al penetrar en el salón contiguo a la terraza. Pesados cortinones enmarcaban el mirador. Su extraña combinación de colores, azul y negro, solo aportaban más oscuridad a un recinto ya penumbroso. Los cordeles de esparto se mecieron con suavidad cuando el viento se deslizó a hurtadillas al interior del recinto.

El sonido del piano se oía melancólico. Las notas flotaban en el aire, aletargadas, tristes, sombrías. El adagio *sostenuto* interpretado con genio contenía en sus arpegios un profundo sentimiento de nostalgia, una infinita añoranza que se reflejaba en la mirada del interprete. El *Claro de luna* era una pieza hermosa, no obstante, sus

compases parecían irradiar la desolación de la muerte, el dolor de lo inevitable, la más descomunal y aterradora desesperación. Tenía la oscura solemnidad de una marcha fúnebre y a la vez, la acongojada gravedad de la pérdida. En su segundo movimiento, la sonata capturó la belleza del minueto, una belleza angustiante, presa de las más violentas emociones. Casi en el final, en el tercer movimiento, la pieza adoptó un ritmo tormentoso, esquizofrénico, un *presto agitato* vertiginoso que no hizo más que manifestar los tempestuosos sentimientos del interprete a través de sonidos que imitaban la fuerza incontenible del relámpago y la tormenta, del torrente, de la naturaleza atroz. Fiorella se acercó al piano y observó a Juan Ignacio interpretar la sonata con maestría. Una sonata que otros tocarían con el dulzor de una melodía romántica, pensó, él la ejecutaba con feroz solemnidad.

—Se cree que *Claro de luna* es una sonata que se inspiró en el amor por una mujer —declaró Fiorella—. No es así. Yo creo que no. Beethoven estaba perdiendo la capacidad de oír. Sordo, ya no escucharía la música que tanto amaba. ¿Qué otra cosa podría importarle? Él quería morir. Cada una de sus notas expresa su angustia, la desesperación más terrible, la decepción más profunda. Con el tiempo, él se resignó a la pérdida, como lo demuestra en la vivacidad de su *Heroica*. El *Claro de luna*, con el tiempo, le disgustó. Había creado piezas mucho mejores, decía, esa no merecía ser tan querida. —Fiorella suspiró. Añadió, pesarosa—. Lo que Beethoven no comprendió es que el *Claro de luna*, a la que él bautizó como *Quasi una fantasia*, es amada, no por su belleza, que, quizás, pueda resultar poco llamativa si la comparamos con otras piezas, sino porque en todos los que la escuchan con atención resuena con el propio dolor, con cada pérdida, cada desilusión, cada recuerdo que se oculta en lo más recóndito del corazón.

Juan Ignacio presionó los dedos sobre las teclas del piano. Las manos se movían con lentitud, envuelto en la pesada atmósfera que había creado para sí mismo. Su pelo estaba recogido a la altura de la nuca con una delgada cinta. Su expresión reflejaba las emociones

que la música suscitaba en él. En la violencia contenida de su toque al ejecutar el último movimiento de Beethoven, un *presto agitato* brutal y fiero que se extendió en el aire, vibrante, opresivo, inmortal, un mechón se liberó de su amarre y cayó sobre su oreja, enmarcando la angulosa dureza de su rostro. Esa brutal apostura cautivó a Fiorella.

Juan Ignacio vio el reflejo de la luna sobre la lustrosa superficie del piano. Pensó en Fiorella. Ella era como la luz de la luna para él. Representaba los más tiernos sentimientos, los más dulces anhelos. Por supuesto que a la luz debía repelerle la oscuridad. Recordó el desdén al rechazarle la propuesta matrimonial. ¿Adivinó tal vez la odiosa crueldad que se agazapaba en su alma? Esa fangosa suciedad que se adhería a él desde el nacimiento, ¿la percibió?

Flora observó al señor Dávalos desde el umbral. Lo vio tocar el piano con salvajismo. Una parte de ella percibió la peligrosidad latente en él y quiso huir. La otra, la racional, resistió el impulso, considerándolo ridículo. De ese hombre orgulloso, distante, que actuaba según sus propias reglas, se decía que estaba loco, ella no creía en esos rumores. Su fundamento era sencillo y resistía toda réplica: un demente jamás podría administrar el cuantioso patrimonio de los Dávalos ni conseguiría controlar a tal díscola familia con tanta astucia e inteligencia, y mucho menos conseguiría convertirse en uno de los comerciantes más importantes de la región.

Flora apretó la boca. Él todavía vestía de luto. Su aparición en el recibidor de la familia Belmonte la sorprendió. Era comprensible. Nadie habría esperado que Juan Ignacio Dávalos, quien se decía despreciaba todo evento social por considerarlos bulliciosos, festivos, populosos, decidiría aceptar la invitación al banquete. Ella lo creía fuera de la ciudad, al igual que todos sus invitados. Incluso Máximo se había mostrado atónito frente a su presencia, no solo porque había asistido al evento, sino porque se había presentado allí para felicitarlo por su compromiso, cuando siempre se habían tratado con

distante indiferencia, después de varios encontronazos realmente desagradables en el pasado.

Después de que el señor Dávalos intercambiara unas palabras de gélida cortesía con Máximo, Flora había levantado la vista tímidamente para aceptar sus palabras de buenos deseos. Entonces, Juan Ignacio fijó la atención en ella. Fue solo un momento, pero esa mirada la traspasó con brutal intensidad. Los ojos verdes, muy claros, casi amarillos, era hermosos, pero aterradores. Muy similares a los ojos de un animal sin emociones. La sensación de estar siendo observada por una bestia provocó en ella un ramalazo de terror. Al instante buscó la protección de su prometido. En un arrebato de miedo, incomprensible ahora, aferró el brazo de Máximo y se apegó a él ocultándose así de su depredador. Pronto se recuperó, empero, recordándose a sí misma que nada tenía que temer, y se burló de su propio enajenamiento.

Flora observó los manos del señor Dávalos volar sobre las teclas de marfil. Eran grandes y oscuras. No parecían las manos de un caballero. Por el contrario, deberían pertenecer a un púgil. A un campesino. A un arriero tal vez. Fiorella vio a Flora de soslayo. La frialdad en la penumbra se intensificó. La ligera fragancia del clavel ondeó en el aire, opresivo, sofocante. Juan Ignacio tocó las ultimas notas de la sonata bajo la tenue luminosidad de la luna. Sus dedos fuertes acariciaron las teclas con asombrosa suavidad.

Flora bajó la mirada, disgustada. A diferencia de aquellos a los que estaba acostumbrada tratar, él jamás se había mostrado amable con ella, ni con ninguna otra dama en realidad, rememoró. Debería mostrarse considerado, afable, prudente. Ese salvaje nunca había hecho gala de ninguna de las virtudes que se esperaría encontrar en un hombre de su educación y posición social. Eso la intrigaba, pero también repelía. Ella no quería tratar con un hombre así: impredecible. Le resultaba demasiado aterrador. Flora decidió abandonar la sala de música y regresar al salón de baile con sus invitados.

Juan Ignacio observó la luz de la luna rozar las delicadas flores violáceas de la buganvilla.

—¿Está disfrutando su velada, señorita Farré? —preguntó, y su voz ocultaba la aterciopelada suavidad de una amenaza.

Flora unió las manos sobre su estómago, inquieta. En un gesto inconsciente de intranquilidad, retrocedió un paso. La idea de volverse y abandonar la sala, aunque fuera terriblemente grosero de su parte, de pronto le resultó muy apropiada.

—Señor Dávalos, ¿deseaba usted hablar conmigo? —preguntó con una forzada sonrisa.

—¿De qué querría hablar con usted? —se burló.

Flora frunció el ceño, primero por el tono de su respuesta, cortante y desagradable; luego, por la confusión que experimentó. Concluyó que había habido un error en las palabras de la sirvienta que acudió a ella para decirle que un caballero esperaba intercambiar unas palabras con ella en el salón de música.

—Señor, ¿por qué no me acompaña abajo? —dijo entonces con amabilidad—. Mis invitados esperan saludarlo.

Juan Ignacio se incorporó. Deslizó los dedos sobre las teclas del piano. A la distancia se escuchó el murmullo acompasado de los invitados al convite. La música de un violín amenizaba la velada. Apenas se oía la melodía desde allí.

—Dudo de que alguien extrañe mi compañía —dijo. Su boca se torció a un lado—. Entiendo que se me considera un paria, pese a mi fortuna y posición.

Flora no supo qué decir. Asustada, lo vio avanzar hacia ella despacio. La elegancia de su atuendo de luto, la aparente distinción de su persona, todo le resultaba ahora insignificante frente a la absoluta dureza de sus rasgos, la frialdad de su mirada, la curva despectiva de su boca.

—Señor, ¿qué hace? —preguntó mientras retrocedía con creciente recelo.

—No me agrada asistir a reuniones como la que organizó usted esta noche —dijo él. La penetrante mirada de ese diablo se deslizó sobre ella de arriba hacia abajo, insultante—. Todos lo saben. Pero acepté la invitación de la familia Belmonte por una razón, señorita Farré. ¿Quiere saber cuál es?

Ella lo observó incrédula, cuando él se irguió frente a ella, amenazante. Tan alto e imponente. Corpulento. Fuerte. Brutalmente peligroso.

—Señor, esto es inapropiado.

Flora intentó apartarse, huir, pero Juan Ignacio la acorraló con su cuerpo entre las sombras.

—Señorita Farré —dijo con suavidad—. ¿Cree que merece ser feliz?

—¿Qué dice…?

—Ahora pretende tener todo lo que siempre ha deseado: piensa que será rica. Sus padres la aman y consienten. Está comprometida con un caballero. El señor Belmonte la adora. Debe de pensar que la espera un futuro maravilloso.

—Señor, no comprendo.

—Después de lo que hizo, ¿piensa que se lo merece?

—¿Qué dice…? ¿De qué habla?

—Qué estúpida.

Juan Ignacio apoyó una mano en la pared y se inclinó sobre ella.

—Ilusa —dijo, burlón.

—¿Qué hace…? Apártese. O gritaré.

—Hágalo. —Él sonrió. Y su sonrisa lobuna fue aterradora—. Estoy esperando que lo haga.

Flora intentó mantener la calma. Sus dedos temblaban, incontrolables. Todo rastro de rubor le había desaparecido de la cara. Su piel palideció, y esa blancura mortal, le confirió a su persona una apariencia cadavérica, como si algo estuviera extrayendo de su cuerpo poco a poco toda vitalidad.

—Me asusta, señor —musitó, estremecida—. Nunca le he hecho nada. No lo he ofendido. ¿Qué pretende?

Él curvó las comisuras de sus labios. El resplandor platinado de la luna trazó los duros ángulos de sus facciones. Los ojos enrojecidos revelaron las caóticas emociones que hervían en su sangre: el desprecio, el odio, el dolor. Juan Ignacio se inclinó. La crueldad se manifestó en su expresión.

—Asesina —musitó.

Flora lo miró atónita. El miedo le enfrió la piel, le trepó por la garganta, le blanqueó los labios. Reprimió los recuerdos que de pronto la asaltaron. Trató de no temblar, de mantener la calma.

—Señor, está bebido —dijo, trémula.

—Un poco, sí.

—¡No está usted en sus cabales!

—Quizá sea cierto. Dicen que estoy loco.

Ella intentó retroceder una vez más, pero constató que no tenía adónde escapar. Apoyó la espalda contra la pared. A través de la delgada tela del vestido sintió la extrema frialdad del muro.

—Señor, déjeme ir. Por favor.

—Señorita Farré, ¿siente remordimientos?

—¿Remordimientos, por qué? No entiendo lo que dice.

—Usted asesinó a Fiorella, lo sé —dijo Juan Ignacio que no dejaba de mirarla con fijeza—. ¿Cree que la dejaré ir?

—¡Está demente! ¿De qué habla?

—Usted discutió con Fiorella esa mañana —dijo él con creciente ferocidad—. En las escaleras. La caída no fue un accidente. Usted la empujó.

—¿Cómo es posible…? —intentó preguntar Flora horrorizada.

—¡Usted la mató! —la acusó él, y la aferró de un brazo con violencia—. ¿Lo negará?, ¡atrévase a negarlo!

Flora forcejeó con él. Su pelo se agitó con vehemencia cuando quiso alejarse, pero él la retuvo del brazo, hundiéndole los dedos en la carne.

—No lo hice —dijo la joven, casi sin aliento—. ¡No la maté! ¿Cómo podría…?

La lámpara en el pasillo, afuera de la sala de música, parpadeó una, dos veces, luego se apagó con un chasquido. Los vidrios de la ventana comenzaron a vibrar. Flora percibió el olor del clavel vertiéndose en densas oleadas sobre ella, constriñendo su cuello, ahogándola.

Fiorella se elevó en el aire. Sus harapos se retorcieron en torno a sus pies amoratados. La falda estaba hecha jirones. La sangre manó de sus heridas, le tiñó de rojo la sien, escapó de sus oídos, se deslizó sobre la mejilla, brotó de las comisuras de la boca, goteó sobre el canesú del vestido.

Los recuerdos que habían permanecido ocultos afloraron, por fin, violentos, incontrolables, haciendo presa de ella, arrastrándola a esa mañana, dos años atrás, cuando fue asesinada. Fiorella se había acercado al ventanal para asomarse al balcón, en tanto terminaba de abrochar los delicados botoncillos de sus puños.

La brisa penetró en ondas en el penumbroso recinto y meció las cortinas con suavidad. En su regazo trajo el olor de la hierba lozana, del frío y del rosal en flor. La luz del sol doró la alfombra y pinceló con su cálido fulgor el embaldosado de granito. El invierno, pomposo e imponente, había conseguido imperar en el jardín, cubriendo con su gélido armiño todo rastro de vida. Tornando mustio y sombrío lo que antes era colorido y armónico, por fin rumbeaba incansable entre los parterres y los antiguos senderos de lajas negras. Exhalando un frío aliento y fingiéndose omnipotente, fustigó a los árboles y terminó por desnudarlos. Una infinidad de hojas sobrevoló en ondas hasta alfombrar el suelo con su gualdo crespón. En la tapia, entre el verdor azulino de las hojas que trepaban y el muro de piedra mora, vibraba el color perenne que desafiaba a la estación helada: el rojo palpitante de las pequeñas flores de la buganvilla y la blancura nacarada del jazmín.

Fiorella observó el cielo. Su azul celeste se extendía, diáfano y delicado hasta el horizonte, sin mácula, sin nubes. La espléndida belleza de la mañana auguraba un día radiante. Satisfecha, se volvió y se contempló en el espejo. Giró sobre sus talones, admirando el

vuelo de la falda. Tenía una cita con su abuelo. Santos ansiaba acompañarla a pasear por el parque. En tanto, discutirían los cambios por hacer en una de las propiedades de la ciudad. Luego, tal vez, visitarían una confitería y se entretendrían en comentar los últimos chismes sobre el señor Dávalos que arreciaban en la ciudad.

Al anciano le agradaba verla vestir con elegancia. La alababa por el buen gusto, heredado de Patrizia, y se mostraba orgulloso de llevarla del brazo al saludar a sus amistades. Fiorella lo conocía bien al señor Arizmendi. Sabía de su gusto por el color blanco y la sencillez en el vestir. La elegancia está, decía, en los detalles, no en la riqueza de la tela o en la extravagancia del diseño.

Como a Fiorella le agradaba complacerlo, para la ocasión había decidido vestir un atuendo blanco, sobrio pero muy bonito, con volados en la falda y en las mangas. Una primorosa hilera de puntilla adornaba el borde de su cuello y del canesú, lo que subrayaba la femineidad del conjunto.

Fiorella tomó el cepillo e intentó peinar su larga cabellera. Se reprochó en silencio la decisión de permitirle a Agnes regresar a su pueblo natal para una visita. Agnes era la única persona que parecía capaz de domeñar su cabello en las mañanas. Desde su más tierna infancia, era ella quien se ocupaba de desenredarlo, cepillarlo y peinarlo adecuadamente. Fiorella tironeó del pelo un par de veces antes de darse por vencida. Tendría que buscar la ayuda de otra de las sirvientas de la casa para terminar de acicalarse y disponerse a salir. ¿Olaya tal vez? Se preguntó si esa muchacha estaría en la cocina desayunando o en el patio flirteando con el jardinero.

Miró el reloj que colgaba de la pared. Pronto serían las nueve y media. Su abuelo ya debería estar preguntándose qué la había retrasado. Tenían una cita a las nueve para desayunar juntos y luego salir a caminar. Tendría que disculparse y explicarle que se había quedado dormida a causa del cansancio. Administrar las propiedades de la familia no era tarea fácil, y a veces le llevaba más tiempo de lo esperado. Incluso gran parte de la noche. Para su abuelo, eso no sería más que una excusa y probablemente la regañaría. A Santos

no le gustaba esperar por nadie. En su opinión, quien se comprometía a presentarse a una hora determinada, debía cumplir con su palabra. Llegar cinco minutos tarde ya era una falta de respeto. Fiorella sonrió, impotente. Tendría que prometerle a su abuelo invitarlo a un almuerzo y quizá también a una tarde de merienda antes de conseguir su perdón.

Se apresuró a calzarse unas zapatillas de satén de entrecasa. Luego, antes de irse, las cambiaría por unos zapatos de tacón. Salió al pasillo, con intención de hallar a alguien que la ayudara a domeñar su cabellera en un peinado rápido y sencillo. Al no ver a nadie en las inmediaciones, supuso que la servidumbre había decidido reunirse en la cocina, siendo que se suponía que no habría nadie en la casa.

La noche anterior había informado a su padre sobre sus planes para el día: anunció que saldría temprano en la mañana, y que regresaría recién después del mediodía. Por la tarde se entrevistaría con uno de sus administradores y en la noche recibiría la visita del señor Belmonte. A su vez, Eneida dijo que recogería a una de sus amigas poco después de las ocho y que iría a recorrer tiendas en busca de un nuevo par de guantes antes de visitar a sus padres. Joaquín tenía una cita con un cliente en el aserradero a las siete y media, y no pensaba regresar a la casa hasta entrada la tarde. Flora, por su parte, comentó tímidamente que se dedicaría a hacer sus habituales visitas de caridad a la iglesia.

Fiorella cruzó el corredor de la planta alta. La gruesa alfombra acalló sus pasos. En la penumbra azulada, apenas iluminada por la luz del día que penetraba a través de diminutos ventanucos, su figura resultaba casi invisible. En el silencio que parecía envolver la mansión toda, se escuchó a alguien trajinar con los trastos en la cocina. A la distancia, se oyó el ocasional repiqueteo de los cascos de un caballo, el traqueteo de una carreta y los esporádicos pregones de vendedores callejeros.

De repente, la aldaba resonó dos veces con un repique sonoro. Fiorella se detuvo junto a las escaleras, sorprendida. ¿Quién llegaría a la casa sin anunciarse?

Oyó pasos rápidos en el zaguán de la planta baja. Se asomó detrás de una columna y vio a Flora deteniendo Olaya en el vestíbulo y haciéndole un gesto para que regresara a ocuparse de sus quehaceres. Cuando la muchacha se marchó, los aldabonazos repicaron una vez más, estridentes.

—¡Un momento! —Flora corrió hacia la puerta. Se detuvo apenas un instante frente al espejo del recibidor. Peinó su cabellera con los dedos. Los rizos oscuros le enmarcaron la carita, subrayando la blancura de su piel. Alisó las arrugas de la falda. El vestido con un estampado de flores rosadas y blancas le resaltaba la estrecha cintura y la suave redondez del busto. Se pellizcó las mejillas para ruborizarlas. Siendo excepcionalmente hermosa, no necesitó de más para lucir encantadora.

Fiorella alzó una ceja, curiosa. Nunca antes había sorprendido a esa joven tan preocupada por presentar un buen aspecto. Se sabía bella y, generalmente, le bastaba con unas pocas atenciones a su apariencia para sentirse satisfecha. Flora abrió la puerta con una dulce sonrisa en sus labios.

—Máximo —dijo en voz baja—. Pensé que ya no vendrías.

—Prometí que lo haría.

—No puedes culparme por pensar mal. Estuve esperándote a la hora que acordamos, y no venías, así que pensé…Bueno, no importa lo que pensé, ya no, puesto que estás aquí.

Fiorella estaba a punto de hacer notar su presencia cuando escuchó las palabras de Flora. Atónita, permaneció oculta entre las sombras. ¿Desde cuándo había tal familiaridad entre esos dos?, se preguntó. Al menos en su presencia, Flora siempre se había referido al caballero como señor Belmonte, sin un ápice de la intimidad que demostraba ahora. Máximo, por su parte, jamás había mostrado por la muchacha más que la debida deferencia.

Él pasó al vestíbulo y se quitó el sombrero. Sus rasgos rubicundos, su pelo dorado y sus ojos se veían resaltados por un atavío gris. La elegancia y apostura se complementaban con un abrigo Chesterfield, tan adecuado para un hombre de su altura y posición social.

—La visita inesperada de un amigo me retrasó —dijo él en tono de disculpa.

—Lo entiendo. No necesitas darme explicaciones.

—¿Estás sola?

—Sí, por supuesto. Como te dije en mi nota, no seremos interrumpidos. Entiendo que querías hablar conmigo a solas. —Flora inclinó la cabeza, mostrándose cohibida. Intentó tomar el sombrero del caballero, pero él la eludió. Entonces lo miró, sorprendida—. ¿Máximo?, ¿sucede algo?

—No me quedaré mucho tiempo.

—¿Surgieron otros compromisos? —Ella ensayó una sonrisa alentadora—. Lo comprendo. ¿Pasamos al salón de recibo? No desperdiciemos el poco tiempo que tienes.

—No.

—Allí estaremos más cómodos.

—No es necesario, Flora. Por favor, no insistas. Aquí estaremos bien.

Ella se detuvo cuando ya se dirigía hacia la sala. El caballero le tomó la mano entre las suyas. Le acarició los dedos delgados y gráciles con afecto.

—Lo que tengo para decir no me llevará mucho tiempo —dijo, incómodo. Incluso parecía dolido—. Flora, escúchame: cometí un error.

—¿Un error?

—Fui yo, no tú. Eres una inocente en todo esto. Perdóname.

—¿De qué hablas?

Él soltó la mano de la joven.

—Estuve reflexionando sobre mis sentimientos. No debí permitir que te ilusionaras conmigo. No romperé mi compromiso matrimonial con Fiorella. La amo. Lo que sucedió entre nosotros, no debió

ocurrir. Estaba bebido esa noche —dijo él, avergonzado—. Comprende, no pude contenerme. Eres tan hermosa.

—¿Máximo…?

—Entiende: acababa de discutir con Fiorella. Le prohibí que siguiera frecuentando al señor Dávalos. Le pedí que dejara de ser su socia, que rompiera el contrato que los unía y que dedicara todo su tiempo a preparar el ajuar. Se molestó conmigo y se negó a obedecer. Ella es tan rebelde, a veces tan incomprensible. Tozuda y obstinada, insiste en hacer su voluntad sin considerar mi opinión en absoluto. A veces me siento…No sé cómo me siento. Necesitaba una palabra amable, alguien que comprendiera mi malestar. Tú estabas allí. Flora, basta con decirte que eres muy diferente a ella. Siempre tan dulce. No mereces lo que te hice, ilusionarte así, por eso estoy aquí, para disculparme contigo y decirte que debemos alejarnos.

—Me besaste —susurró Flora—. Dijiste que te gustaba.

—Fue un error de mi parte. Lo lamento.

—Mi amor, ¿a qué le temes? —preguntó, ansiosa—. Si rompes tu compromiso con Fiorella, nadie te culpará. Tus padres me quieren. Conocen las circunstancias de mi nacimiento y no me desprecian. Eneida y Joaquín me aman. Querrán mi felicidad. No se opondrán a nuestro amor. Mi madre incluso sabe de mis sentimientos por ti. Me apoya. Fiorella tendrá que aceptarlo. Cometiste un error al cortejarla y pedir su mano. Lo entenderán. Es a mí a quien quieres.

—Flora, no.

—¡Sé que me quieres! ¿Por qué no lo admitess?

—Flora, basta —Máximo retrocedió un paso. Junto a la puerta, la luz del día que entraba a raudales a través de los vitrales azules caía de lleno sobre él, lo que subrayaba la triste opacidad de su mirada —. Olvidemos lo que sucedió.

—No lo olvidaré. ¡No puedo olvidarlo! ¡Tienes que romper tu compromiso con Fiorella!

—No lo haré. Mi familia no podría resistir las habladurías si hiciera algo así, después de haberla cortejado y pedido su mano. Me dedico a la abogacía. La cuantía de mi trabajo depende de mi buen nombre.

¿Qué sería de mí, si mi honor se viera mancillado por un escándalo? No puedo hacer eso, Flora. Es imposible. Me casaré con ella. Es lo que debo hacer. Además, la amo. Realmente la amo. Pensé que no, pero…tu hermana es la mujer para mí. A pesar de su rebeldía, de lo desobediente que es, me gusta.

Flora inclinó la cabeza. Los rizos le cayeron sobre los hombros, hasta ocultarle la expresión de la cara.

—No la llames así —susurró—. Ella no me considera una hermana.

—Flora, no es así.

—Me odia.

—No digas eso. Nunca he oído de labios de Fiorella un insulto para ti. Sé que no te culpa por la indiscreción de tu padre. Ella no sería injusta contigo. Ya ves que vives en su casa, asistes a los mismos eventos que Fiorella y coinciden en las amistades. Nunca ha hecho nada por entorpecer tu éxito social. Antes de que tu madre se casara con el señor Celabert, te consideraba digna de elogio.

—¡Porque es una hipócrita!

—No hables así.

—¡Ella me ve y piensa en la traición de su padre! ¡Sé que me detesta!

—Fiorella es una mujer justa. No te atribuirá las culpas de tus padres.

—La admiras —dijo Flora con los labios apretados.

—Fiorella es una mujer admirable —reconoció Máximo.

—Ella no te ama —dijo Flora en voz baja. Luego le aferró las manos, buscó su mirada. Sus ojos celestes brillaban en la penumbra azul—. ¿Cómo podría amarte como yo? Fiorella no te conoce realmente. Sé que nunca se ha preocupado por saber cuáles son tus anhelos, tus expectativas para el futuro, tus deseos más íntimos. No le importan. ¡Está tan centrada en sí misma, que te ha descuidado! Aceptó casarse contigo solo porque tienes fortuna. Si no fuera por tu dinero y posición social, no te miraría.

—No es así. No hables de ella. Es injusto.

—¿Miento acaso? ¡Sabes que no! Ella no te comprende. ¿Cómo podría comprenderte? ¡Me lo has dicho todo! Ha compartido solo unas pocas tardes en tu compañía, y la mayoría de las veces habla de sí misma, de su trabajo como administradora de las propiedades de su abuelo, de cuánto la exaspera el señor Dávalos, de sus planes para sus fincas o de los eventos a los que piensa asistir como socia de ese proyecto comercial que tiene con ese hombre. Jamás consulta tu opinión. Nunca pregunta sobre ti y tu trabajo.

—No debí confiarte todo eso.

—Sé que aceptó comprometerse contigo por tu dinero —dijo Flora, dolida—. Quizá también porque se siente agradecida por tu apoyo y ayuda cuando falleció su madre y enfermó su abuelo. Pero no te ama. ¿Así quieres casarte con ella? ¡Siendo ambos nada más que extraños uno para el otro! En cambio, yo amo todo de ti. Lo sé todo. Te escucho con atención. Atiendo a todas tus palabras. ¿Por qué la prefieres a ella antes que a mí?

—Flora, es suficiente. No digas más.

—Máximo, mientras te entrevistabas con ella y planificabas una boda, me encontrabas como tu confidente. ¿Te parece que un hombre que ama a una mujer haría tal cosa? ¡Me besaste, me tocaste, me hiciste sentir mujer entre tus brazos…!

—¡Cállate!

—¡No puedes negarlo, sé que me quieres!

—¡Flora, por Dios!

Ella dio un paso hacia él. Alzo las manos y capturó ese rostro apuesto entre sus dedos.

—Mírame —musitó—. Mírame, querido: ¿realmente renunciarás a mi amor, Máximo?

—Estoy aquí para disculparme contigo —dijo mientras la miraba a los ojos—. Admito mis errores. Estoy a tiempo de corregirlos. Me sentí atraído por Fiorella desde que la conocí. Quería hacerla mi esposa. Decidí cortejarla y conquistar su corazón. La respeto. A ella la amo. Lo que siento por ti es solo pasión.

Flora retrocedió unos pasos. Apretó los puños a los lados de su cuerpo.

—¡Jamás te perdonaré esto! —siseó, furiosa.

—No me digas eso. —Máximo se adelantó, la tomó por los hombros, la atrajo a su lado, pese a la resistencia de la joven. Le acarició el pelo con gentil paciencia—. Eres una niña aún. Me olvidarás. Lo que sientes por mí, se desvanecerá pronto. El tiempo hará su trabajo: aliviará tu enojo, adormecerá tus emociones, acabará por desdibujar todo lo que crees sentir por mí. Créeme, todo esto no será más que un mal recuerdo. La pasión se olvida.

Flora comenzó a temblar. Lo miró a los ojos. Las lágrimas le inundaron los ojos, opacaron el brillo de esos magníficos ojos.

—Me amas —susurró—. Sé que me amas.

El silencio se extendió, sigiloso y absorto, entre ambos. La luz del sol osciló e iluminó el rostro de Flora. Su carita, gentil y agraciada, reflejó anhelo, un amor incondicional, la angustia que la envolvía. Máximo le tomó la mano y depositó un beso suave en el dorso.

—Sé que ahora me considerarás cruel, pero permíteme serlo ahora, cuando todavía estamos a tiempo de enmendar nuestros errores —dijo, suave.

—No hay ningún error en mis sentimientos por ti. ¡Yo te amo!

—Te quiero, Flora —dijo, y rozó la mejilla con una caricia—. Pero no como tú esperas que te quiera. Detengamos aquí. Es mejor así. Compréndelo.

—¡No quiero comprender!

—Ella es la mujer adecuada para mí.

—¿Adecuada? —Flora frunció el ceño—. ¿Adecuada, dices?

—Entiende: debo pensar en mi familia, en mi apellido, en lo que se espera de mí. Fui yo quien la cortejó porque me gustaba. Insistí en conseguir su afecto y en hacerla mi esposa porque su familia y la mía comparten los mismos valores. Me comprometí con Fiorella apreciándola. Es una mujer admirable. Ahora sé que la amo. Pronto nos casaremos y me dedicaré a conquistar su corazón. Es un hecho. Dudé de mis sentimientos cuando ella se mostró incapaz de aceptar

mis consejos, pero mi paciencia para con sus arrebatos me demostró que en verdad la quiero. Seré un buen marido.

—Ella te hará infeliz.

—Sé que Fiorella no me ama en este momento, pero nuestra convivencia será armónica —dijo, mirándola a los ojos con seriedad —. Con los hijos llegará el afecto. Conozco mis obligaciones y sé que ella sabe las suyas. Habrá felicidad cuando gocemos de la tranquilidad de un hogar, del cariño de los niños que Dios quiera enviarnos, del respeto mutuo.

—Si proviniese de una familia acaudalada y de abolengo, como los Arizmendi, si no fuese la hija adulterina de Joaquín Celabert, ¿entonces me querrías? —preguntó Flora.

—No comprendes —lamentó—. No has entendido nada de lo que dije.

—¿Qué quieres que comprenda? —Soltó un sollozó, incapaz de contenerse. Se recompuso casi de inmediato—. Fiorella es fría y arrogante. Egocéntrica y soberbia. Tan engreída que apenas mira a aquellos que considera inferiores a ella misma. Es mala y presuntuosa. No hace falta más que ver cómo trata al señor Dávalos, su enamorado más fiel, para saber lo mezquina que puede ser, ¿y aun así dices que es la mujer adecuada para ti?

—No hables así de ella.

—¡Tengo mucho que decir sobre ella! —gritó Flora, llorosa, ya sin importarle que la escucharan los sirvientes desde el área de servicio —. Es vana, caprichosa y altanera.

—¡Flora!

Ella lo miró con los ojos brillantes. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, incontenibles.

—¿Por qué eres tan malo conmigo, Máximo?

—No llores.

—¡Fiorella jamás te amará! —dijo ella con vehemencia—. Siempre razonable, cautelosa, sopesando los beneficios de cuanto hace, sin considerar nunca sus emociones, ¿qué clase de amor podrá ofrecerte? En cambio, yo…¡Yo te quiero tanto!

Flora calló al estallar en llanto. Máximo tiró de ella, la tomó entre sus brazos, pese a los forcejeos, y la apretó contra su cuerpo con fuerza. Le besó la frente.

—Me olvidarás —dijo.

—No lo haré.

—Flora, por dios, deja de llorar.

Ella levantó la cabeza bruscamente y lo besó en los labios. Máximo pareció sorprendido y dispuesto a rechazarla, pero luego respondió al beso con auténtico frenesí. Por fin, después de un instante, él tomó las muñecas de la joven y la alejó de él.

—Perdóname —repitió.

—Máximo…

—Esto no debe volver a ocurrir.

—¡No me dejes!

—Lamento todo esto, Flora —dijo. Se puso el sombrero, le dirigió una última mirada y se volvió, dispuesto a irse.

—Me amas —susurró Flora mientras lo veía asir el picaporte.

—Adiós, señorita Farré —dijo sin mirarla y cerró la puerta al salir.

—¡Máximo, tú me amas!

Los pasos del caballero se escucharon en el sendero de acceso a la propiedad. Después, solo hubo silencio. Flora se pasó el dorso de la mano sobre las mejillas. Las lágrimas desaparecieron al instante. Apretó los labios, recogió su falda en un arrebato violento y se volvió. Subió las escaleras, furiosa. Cuando llegó al descansillo y percibió la sombra que se extendía hacia ella, levantó la mirada bruscamente. Soltó una exclamación, sorprendida.

Fiorella descendió con lentitud. Su figura se reflejó en el espejo del recibidor al detenerse junto a Flora. Elegante, recatada, con un traje de paseo blanco impoluto, de rasgos delicados, pelo cobrizo dorado y ojos castaños, resultaba encantadora. Su belleza sutil, casi angelical, contrastaba vivamente con la espléndida y sensual hermosura terrenal de la hermana más joven. Flora palideció bajo su mirada desdeñosa.

—Creí que habías salido… —balbució y calló bruscamente cuando Fiorella la abofeteó.

—Pensé que podría perdonar a tu madre el haber sido la amante de mi padre durante tantos años, considerándola una víctima de las circunstancias —dijo Fiorella fríamente—. Resultó que secundó a su hija en traicionar mi confianza. Creí que podría tolerar tu presencia en esta casa. Retribuiste mi generosidad con engaños. —Flora la miró en silencio, con los ojos enrojecidos—. Heredaste de esa mujer la perfidia, eso es evidente —continuó Fiorella, imperturbable—. La quiero a ella y a ti fuera de esta casa esta misma tarde. ¿He sido clara?

Flora se asustó. Con la mano todavía contra la mejilla, intentó decir algo, una mentira plausible, cualquier cosa, una excusa que la liberara de toda responsabilidad, pero finalmente lo único que pudo hacer fue susurrar:

—Mi padre no lo permitirá.

—Así que finalmente admites que Joaquín es tu padre —dijo con una ceja alzada. Flora palideció—. Hablaré con él —continuó Fiorella e hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Joaquín Celabert siempre ha actuado de acuerdo a su propia conveniencia. Le haré entender que, en esta ocasión, no le será beneficioso ponerse de tu lado. Después de entrevistarme con él, estoy segura de que, antes de caer la tarde, se apresurará a deshacerse de ti y de la ramera de tu madre.

—Por favor, no le digas nada —suplicó Flora, desesperada.

—No confías en él. Qué lista. Joaquín es un hombre mezquino.

—¡Es tu padre también, no deberías hablar de él así!

—Sí, es mi padre también. Por eso lo conozco muy bien. Siempre actuará según su provecho; yo lo sé, y tú también, Flora.

La frialdad en las palabras y la expresión de Fiorella era aterradora. Flora estrujó sus manos, asustada.

—¡Fiorella, escúchame! —dijo con urgencia e intentó asirle la mano. Fiorella alejó de sí la mano de la joven con una palmada.

—No me toques —advirtió.

—Por favor, déjame explicarte…

—Oh, está bien. Te escucho: ¿qué deseas explicar?

—¡Entre el señor Belmonte y yo no ha sucedido nada cuestionable, lo juro! Fue una tontería en realidad, un malentendido…

—No me mientas.

—Fiorella…

—No creeré nada de lo que digas, Flora. Lo sabes, ¿cierto?

—¡No, espera! —Flora bajó los ojos, avergonzada—. No mentiré, ya no. Te diré la verdad.

—¿En serio?

—No esperábamos que sucediera —Flora se estrujó las manos, nerviosa—. Que nos enamoráramos. El señor Belmonte fue amable conmigo. Yo siempre lo admiré. Es un caballero gentil y muy galante. Comenzamos a frecuentar los mismos círculos. Conversamos. Intercambiamos impresiones sobre nuestros intereses en común. Descubrimos que somos muy parecidos. Me habló de sus sueños, de lo que quería lograr, de su familia, de sus conflictos, de…

—¿De mí? —preguntó Fiorella con una ceja alzada y un tono despectivo.

—Así que empezamos a disfrutar de nuestra mutua compañía hasta que…hasta que me besó —confesó Flora, desesperada. La miró a los ojos, llorosa—. Después, en cada encuentro, no pudimos contener la pasión que nos une. Nosotros nos enamoramos. Lo lamento, Fiorella.

—¿Lo lamentas? ¿De verdad?

—¡Fiorella, comprende, fue un error! Me arrepiento ahora. El señor Belmonte está dispuesto a olvidar mis besos, todo lo que siente por mí. Es un hombre de honor. Se casará contigo. Yo no interferiré en tu matrimonio. Lo prometo.

—He aquí lo que creo: quien duda una vez de sus sentimientos, dudará una segunda vez —dijo altiva: no había un ápice de emoción en su voz—. Y quizás, en esa otra ocasión el señor Belmonte se permita traicionar mi confianza enteramente. Llegará el momento en

que no le bastarán unos besos para apaciguar su ardor. Querrá más de su amante, pero yo no toleraré su infidelidad.

—Él sería incapaz de faltarte, una vez casados —dijo—. Es un caballero.

—¡Es un imbécil!

—¡Fiorella!

La dama mayor de la familia elevó la nariz con arrogancia y estiró los labios en una sonrisa sardónica.

—¿A quién crees que estás tratando de engañar, Flora? —preguntó, suave—. Sé quién eres y qué quieres conseguir. No finjas conmigo.

—No comprendo.

—Sé que siempre has codiciado todo lo que me pertenece. No te daré la oportunidad de arrebatarme nada más.

—¡No es cierto!

—¡Es así! —Como temía caer presa de emociones tan ordinarias como la rabia y el desaire, de hacer algo que la rebajaría al mismo nivel que la joven que la enfrentaba, Fiorella recogió la falda, se volvió y comenzó a subir las escaleras con donaire—. La farsa ha terminado. Las ratas que han invadido esta casa deberán regresar adonde pertenecen: ¡a la calle!

—¡No puedes hacer eso!

—¿No? —Fiorella sonrió—. ¿Y quién me lo impedirá? ¿Tú?

En un arrebato de ira, Flora subió los escalones que la separaban de Fiorella, la aferró del brazo y tiró de ella, obligándola a enfrentarla.

—¡No puedes echarnos a la calle ni mi madre ni a mí! —dijo, colérica—. ¿Adónde iríamos?

—¿Y eso a mí qué puede importarme? —respondió Fiorella, mordaz.

—¡Malvada! —exclamó Flora, aferrándose a la joven dama con ímpetu—. ¡Qué mala eres!

—¡Suéltame!, ¿cómo te atreves a tocarme siquiera?

Flora forcejeó con Fiorella, furiosa.

—¡Lo tienes todo, yo nada! ¡Qué injusto es!

—¡Déjame ir!

—¡Siempre me has despreciado!, ¿crees que no lo sé? Finges amabilidad cuando solo sabes odiar. ¡Hipócrita!

—¡Suéltame!

—¡Fiorella, soy mejor que tú, más hermosa que tú, incluso más querida!

—¡Zorra insolente, te quiero fuera de mi casa ahora mismo!

Fiorella intentó apartarse, pero Flora consiguió retenerla.

—¡Estás celosa de mí! —gritó.

—¿Por qué habría de estar celosa de ti? —preguntó Fiorella, enojada—. ¡Una rata de la calle, nada menos, se atreve a compararse conmigo!

—Mi padre me ama y mima; a ti te desprecia, te odia.

—Oh, ¿en serio?

—¡A sus ojos no eres mejor que esa perra arrogante con la que tuvo que casarse por dinero!

Fiorella levantó la mano y descargó otra bofetada sobre el hermoso rostro de Flora. La joven, en lugar de alejarse, arrojó a Fiorella hacia abajo, con todo el peso de su cuerpo.

—¡Te odio tanto! —dijo Flora, furiosa—. ¡Muérete!

Fiorella intentó asir el pasamanos de la escalera. Soltó una exclamación al resbalar. Quiso tomar la mano de Flora, encontrar un sostén en ella, pero la joven la evitó. Gritó y cayó. Se golpeó la cabeza contra el balaustre de mármol y rodó escaleras abajo. La caída fue tan violenta que perdió las zapatillas de satén. Los volantes de la falda ondearon en el aire con vehemencia. Su sangre manchó las puntillas que le adornaban el vestido.

Cuando Flora descendió lentamente las escaleras hacia ella, Fiorella ya estaba muerta.

Capítulo 9

Fiorella inclinó la cabeza. El cabello apelmazado le resbaló de los hombros, lo que ocultó la expresión. Observó la sangre que, poco a poco, coloreaba el canesú del vestido. La ira le crispó los labios decolorados. Los volados de la falda flotaron en el aire, grisáceos, sucios y polvosos. La rabia se reflejó en su mirada muerta. Contrajo las manos. Los dedos huesudos, descarnados, semejaron garras.

La puerta de la sala de música comenzó a temblar. Chirrió sobre sus goznes. Se cerró con un horrible estruendo. Flora gritó, aterrada.

—¿Tiene miedo, señorita Farré? —preguntó Juan Ignacio, divertido.

En la oscuridad apenas iluminada por el etéreo fulgor de la luna. Flora vio a su depredador cernirse sobre ella con creciente alarma.

—Escúcheme, señor Dávalos, le aseguro que está usted equivocado —dijo, asustada.

—No me diga.

Flora dirigió sus ojos hacia la puerta. Si se distraía él, quizá podría evadirlo y correr hacia el pasillo, gritar por ayuda, buscar refugio entre los brazos amorosos de su prometido. Se ocuparía luego de que nadie más en la ciudad se atreviera a recibir a ese hombre. Encontraría la manera de condenarlo al ostracismo. De alejarlo de ella para siempre.

—Fiorella sufrió un terrible accidente —dijo, temblorosa—. Yo no me encontraba en la casa en ese momento. Le juro que supe de su caída al mediodía, cuando regresé de la iglesia.

—Míreme.

—¡Qué…! —Flora jadeó, cuando Juan Ignacio le rodeó el cuello con una mano—. No… ¿Qué va a hacer? Déjeme, por favor.

—No me mienta —susurró él mientras cerraba los dedos con fuerza en la garganta de la muchacha.

—Por favor…—gimió como si quisiera volver a respirar.

—¡Usted la mató! —dijo él con atroz brutalidad. Juan Ignacio le buscó la mirada. Las pupilas parecían relumbrar en la penumbra con la implacable indiferencia de un animal. La piel de la joven dama enrojeció bajo la presión del agarre. Luego repitió en un susurro aletargado—: Usted la mató.

Flora sollozó. Sus manos presionaron con fuerza contra el brazo del agresor. Pero ese hombre, ese demonio, era demasiado fuerte. De sólida musculatura, no se vio afectado por los desesperados intentos de apartarlo de ella.

—¿Cómo podría… hacer algo así? —Las lágrimas le anegaron sus ojos—. ¡No sea… ridículo!

—¿Recuerda al señor Ortiz, señorita Farré? —susurró él despacio, recalcando cada palabra.

Flora lo miró. Su rostro se desencajó por el miedo. Los ojos febriles revelaron una gran aprensión.

—¡Suélteme! —farfulló ella.

—En aquel entonces ese hombre trabajaba en su casa.

Flora forcejeó, desesperada. Su pelo se liberó de la redecilla que lo contenía, y cayó en desordenado montón sobre los hombros y la espalda. El aire escaso se sentía caliente en la garganta, le ardía en los pulmones.

—¡Déjeme ir!

—¿Lo olvidó, señorita Farré? —murmuró Juan Ignacio. La furia, gélida, se dejaba entrever en sus palabras—. Él fue testigo de todo lo que sucedió esa mañana.

Imposible. Flora estaba enloquecida de terror. Sus uñas rasguñaron inútilmente la mano que se cerraba sobre su garganta. Creyó que ese diablo la mataría, y entonces sollozó:

—No quise hacerlo…

—¿Cómo dice? No la escuché.

—¡Fue un accidente!

Él se inclinó. Los músculos de sus hombros ondularon bajo la ropa. Su mano prensó el frágil cuello que se retorcía entre los dedos. Podría quebrarlo con tanta facilidad, pensó. Acercó la boca a la oreja de la joven:

—Destruiré todo cuanto aprecia, señorita Farré —le advirtió. Su aliento olía a whisky. El olor amaderado de su piel se confundía con la penetrante fragancia del alcohol.

—No…

—Tiene mi palabra —le aseguró burlón.

La puerta se abrió con un estrépito. Flora inhaló desesperadamente cuando el demonio la soltó con brusquedad.

De pronto alguien tiró de ella. Trastabilló, confundida. Se apoyó en la pared para mantener el equilibrio. Las piernas temblorosas apenas consiguieron sostenerla en pie. Con lágrimas en los ojos, Flora se volvió y observó las sombras que se enfrentaban en la penumbra de la sala. Juan Ignacio pasó el dorso de la mano por su boca. En las comisuras de sus labios había rastros de sangre. Fiorella se deslizó en el aire y se cernió sobre Juan Ignacio, protectora. Su ira disminuyó bajo el influjo de su preocupación. Le preguntó:

—¿Estás bien?, ¿te lastimó? ¡Déjame ver!

Máximo Belmonte retrocedió, examinó a su prometida, la consoló con un abrazo. Fiorella observó el golpe en la mandíbula de Juan Ignacio. Acercó la punta de sus dedos a la piel lacerada. Dijo, triste:

—Habría deseado evitarte todo daño. Deseo protegerte. No obstante, nada puedo hacer.

Juan Ignacio probó la sangre en la boca. Los ojos se detuvieron en Flora. Una sonrisa sardónica le curvó los labios. Se enfrentó entonces al caballero que lo había apartado de su presa con un golpe.

Máximo estaba furibundo. Apretó los dientes con fuerza, en un vano intento por contener las emociones. El pelo le caía desordenado sobre la frente. En sus ojos se percibía la rabia. La amable expresión, la misma que era habitual en él en su trato

cotidiano con conocidos y allegados, había desaparecido bajo el peso de la provocación recibida.

—Nombre a sus padrinos, señor —dijo fríamente.

—¿Está retándome a duelo, Belmonte? —preguntó, jovial y socarrón.

—¡Lo estoy retando a duelo, señor, así es! Ofendió usted a mi prometida.

—Un caballero, en una situación como esta, está obligado a vengar a su amante. —Juan Ignacio lo observó—. Es comprensible, por supuesto.

—¿Se burla usted de mí?

—De usted no, de las circunstancias en realidad.

—¿Qué quiere usted decir? —exigió saber.

Flora sintió el retumbar enloquecido de su corazón en el pecho. Desde los protectores brazos de su novio, miró a ese demonio que la había atacado, que conocía su secreto, que podría destruirla con una sola palabra, y el miedo heló su sangre.

—¡No quiero esto! —musitó y luego gritó—: ¡Máximo, llévame lejos, sácame de aquí!

—No tengas miedo, Flora —dijo Belmonte. Tenía sus ojos fijos en Juan Ignacio. Percibió el miedo en la voz temblorosa de su prometida y lo atribuyó a la brutalidad del ataque sufrido. La meció con ternura entre los brazos—. No tengas miedo.

—Máximo…

—Lo creía un héroe, señor —dijo el caballero, irascible—. Ahora lo sé, no es más que un demente.

—Por favor, no digas más —pidió Flora, angustiada.

Él la ignoró. Aun así, le palmeó su hombro en un intento por tranquilizarla.

—¡Señor Dávalos, usted es un salvaje! ¿Cómo se atreve a ultrajar a una dama indefensa? ¡No merece perdón! —exclamó. El ímpetu de su sentimiento de agravio impregnó sus palabras con su desprecio—. ¡Exijo satisfacción!

—Comprendo su deber como caballero, señor Belmonte —dijo de buen humor—. Y como hombre. Es su mujer. Está usted enamorado. Una lástima que la señorita aquí presente no merezca su afecto. Ha engañado a sus sentimientos fingiéndose frágil y cariñosa. Esta mujer carece de todo honor.

—¡La insulta otra vez! —siseó Máximo, apartó a Flora y se dispuso a propinar otro golpe al maldito, pero la joven se aferró a él, y lo retuvo del brazo, desesperada.

—¡No, por favor! —sollozó ella—. ¡Aléjate de él!

—Flora, cálmate. —Máximo la notó aterrorizada y le rodeó los hombros con el brazo una vez más, atrayéndola hacia la calidez de su pecho—. Está bien. Estoy aquí. El señor Dávalos ya no puede dañarte. Tranquila.

Flora le hundió las uñas en la levita. Le buscó su mirada.

—No lo desafíes —musitó—. No lo hagas.

—Me ocuparé de él, querida —dijo, solemne, tras depositarle un beso en la sien—. No debes temer.

Flora abrazó a su prometido, asustada. Volvió la mirada hacia el diablo que sonreía en la penumbra. Vio en esa expresión la fría satisfacción del cazador al acorralar a su presa. De pronto cayó en la cuenta de que había caído en una trampa. Ese hombre la había atacado, sí, pero con la intención de atraer la atención de Máximo sobre él. No pretendía matarla. No era su objetivo vengar la muerte de Fiorella simplemente quitándole la vida. Él quería algo más. Mucho más.

El terror le constriñó las entrañas. Cada decisión suya había sido fríamente calculada, intuyó. Él la había citado en la sala de música. No había ningún error. Ese diablo debió imaginarlo: su prometido repararía en su ausencia. Máximo no dudaría en buscarla. Ella debía acompañarlo a entretener a los invitados. Después de no encontrarla en el vestíbulo ni en el salón de baile, subiría a la planta alta por ella. No sería difícil descubrirla en la sala de música. ¡Juan Ignacio Dávalos esperaba enfrentarse a Belmonte!

—¡No! —dijo ella de pronto. Empujó a Máximo hacia el pasillo, alejándolo de ese demonio demente—. ¡No lo permitiré!

—¿Flora?

—¡Aléjate de él, por Dios! ¡Ha perdido la razón!

—¡Flora!

—¡Está loco! ¿No lo entiendes? ¡Él lo planeó todo! —gritó ella, vehemente. Sus rizos se le agitaron sobre la espalda, desprolijos—. ¡No está en sus cabales! Todos lo saben. No lo escuches. ¡Déjalo ir! ¡Que se vaya de esta casa, que no diga nada más! ¡Lo quiero lejos de aquí, por favor!

—Regresa con los invitados, querida —dijo Máximo, en voz baja, paciente, cariñoso, como si estuviera persuadiendo a una niña pequeña—. Yo me ocuparé de esto.

Flora lo miró. Los ojos enormes revelaron el pavor que la embargaba.

—Máximo, no lo desafíes —suplicó—. ¡No lo hagas!

Fiorella consideró una farsa el afectuoso intercambio entre los dos. Juan Ignacio, a su lado, parecía disfrutar del momento. Máximo empujó a la dama con suavidad.

—Ve abajo, Flora —dijo—. Confía en mí. Yo me ocuparé de todo aquí.

—¡Dame tu palabra de que no retarás a duelo a ese hombre! —exigió ella—. ¡Es lo que quiere! ¿No puedes verlo? ¡Estaba esperando una excusa para enfrentarte en el campo del honor! ¡Ahora la tiene! ¡Ignóralo, por Dios!

Máximo notó el terror en la mirada de la joven, la palidez de su rostro, los labios temblorosos, las lágrimas que le anegaban los ojos.

¿Qué había hecho Juan Ignacio Dávalos para aterrorizarla hasta el punto de volverla así? Imaginó su agravio. La furia una vez más le hirvió en las venas. Era su deber como caballero proteger a la mujer que amaba, pero también su privilegio.

—Flora, escúchame, no tienes nada que temer —comenzó—. Yo te protegeré.

—Máximo, no comprendes. Ese hombre…

Juan Ignacio comenzó a reír.

—No tengo tiempo para esto —dijo por fin. Sus ojos fríos se clavaron un instante en el rostro ceniciento de Flora antes de observar a Máximo con parsimonia. El desdén resultaba obvio en su mirada serena—. Señor Belmonte, acepto el duelo.

—Elija a sus padrinos.

Flora tomó la mano de su prometido.

—¡No, no debe suceder! —gritó—. ¡No puedes hacer esto, Máximo! Quiere matarte, ¿no lo ves?

—Cállela, Belmonte —dijo con los labios torcidos—. Esa perra necesita aprender a cerrar el hocico.

Máximo endureció su expresión. Si Flora no lo hubiera detenido, se habría lanzado sobre Dávalos con los puños en alto.

—Ya he elegido a mis padrinos: el señor Yasuká y el señor Ortiz —dijo Juan Ignacio con calma—. A uno ya lo conoce, al otro quizá lo recuerde. Era portero en la casa de su prometida. Ahora trabaja para mí. —Flora enmudeció—. El enfrentamiento será en la sede ancestral de la familia Dávalos, en las afueras de la ciudad, camino a Santa Ana —continuó. Era obvio que había pensado en cada detalle del encuentro—. Allí nadie nos interrumpirá. La cita será al amanecer. Avíseme el día que le sea más conveniente.

—Mis padrinos se encargarán de los detalles —declaró Máximo—. A pistolas, ¿le parece?

Juan Ignacio asintió.

—A primera sangre —subrayó Máximo—. No aceptaré otra cosa.

—Como guste —dijo burlón con una sonrisa mientras se alejaba en la penumbra.

Capítulo 10

Santa Ana, provincia de Corrientes.

Juan Ignacio descendió cojeando los escalones de piedra que conducían a los jardines de la casa. En la niebla era una sombra más, igual a tantas otras que albergaba la arboleda a esas horas de la mañana. Su atuendo no tenía la elegancia que se esperaría encontrar en un caballero. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y recogido con una cinta a la altura de la nuca. Una camisa blanca y una corbata, igualmente prístina, le conferían a su aspecto cierta rigurosidad. Los pantalones de montar y las botas viejas revelaban indolencia. Una sencilla chaqueta de lana le completaba el atavío. Fiorella cruzó el aire detrás de él, rauda. Dijo, enojada:

—¿Por qué has provocado al señor Belmonte? ¿Qué pretendes lograr con todo esto? ¡Juan Ignacio, no quiero que te enfrentes a él! ¿Y si te hace daño? ¿Has pensado en eso? No quiero verte herido — casi le imploró. Como era un alma errante, un espectro, apenas un atisbo de lo que una vez fue, le resultaba imposible hacer algo más que exigirle raciocinio al acompañarlo.

Un sendero de piedras transcurría sinuoso entre hierbajos y pajonales. La bruma exhalaba su aliento frío en el bosque, aunque no representaba una amenaza para los que se habían citado allí, en el prado, al amanecer. Maceteros resquebrajados. Estatuillas enmohecidas. La tapia carcomida. El rosedal abandonado. El camino cubierto de yuyos que se hendían entre las losetas. Por doquier había rastros de abandono. Al final del sendero que se truncaba

entre los despojos de una fuente de agua, una casucha de madera se mantenía apenas en pie enclavada entre dos árboles. Flotaba amorfa en la neblina.

Juan Ignacio evitó los escombros que se interponían en su camino y empujó la puerta. Desde el interior emanó un rectángulo de luz proyectado por un quinqué y el opresivo hedor de la sangre. Fiorella atravesó la pared de madera, inquieta. En el interior del cobertizo, un hombre joven estaba sentado en el suelo. Había sido brutalmente golpeado. Tenía la cabeza gacha, la camisa manchada de sangre seca y los pantalones sucios de barro. El pelo desgreñado le caía sobre la cara hasta ocultarle los rasgos. Las pocas partes de su cuerpo que resultaban visibles estaban cubiertas de moretones. Cuando escuchó el chirrido de la puerta, comenzó a temblar.

Fiorella se adentró en la penumbra y contempló al joven con detenimiento. Lo había visto cuando el señor Yasuká lo llevó a la finca, semanas atrás. Y luego, también, después de haber sido interrogado. Silvano Ortiz, rememoró. Mientras trabajó en su casa, no tuvo quejas de él. Era reservado. Cumplía con su trabajo de manera responsable. Obedecía todas sus órdenes sin rechistar. En el pasado apenas había reparado en él.

Ahora lo sabía. Ese sirviente había constatado su fallecimiento, poco después de que Flora huyera dejando su cadáver al pie de las escaleras. Silvano permaneció entre la servidumbre lo que duró el velatorio. Después escapó, llevándose consigo el secreto de todo cuanto había acontecido aquella mañana. Juan Ignacio lo buscó y no desistió hasta encontrarlo. Cuando finalmente dio con él, aunque no fue sencillo hacerlo hablar, consiguió que le contara todo cuanto sabía.

Silvano se estremeció de frío. Retrocedió a la rastra contra la pared y se arrinconó allí, tiritando. Espió la puerta a través de los mechones de pelo que le dificultaban la visión. Vio en el umbral la silueta del hombre al que ya reconocía como un demonio y sus sacudidas se intensificaron.

—Lo que quiera saber… —tartamudeó, incapaz de controlar el miedo que le atenazaba la garganta—. Lo que quiera, lo diré. De verdad. Se lo dije. Cualquier cosa, lo que quiera. No me lastime… Por favor, ya no.

Franco sonrió. Emergió de las sombras y cerró la puerta con lentitud, dejando apenas una rendija por donde se coló el aire glacial de la noche que moría. Al contrario de Juan Ignacio, él sí vestía con la elegancia que requería su posición en una cita en el campo de honor. Vestía completamente de negro, con un atavío de gran calidad. En el rostro, la horrible quemadura que le cruzaba la cara no hacía más que acentuar la dureza de sus rasgos. Cuando Juan Ignacio hizo un gesto de asentimiento, arrojó una chaqueta sobre el joven sirviente.

—Hoy participarás en un duelo —dijo Franco de buen humor, y luego le señaló un cuenco de agua y una toalla—. Aséate y vístete.

Silvano lo miró, atónito.

—¿En un duelo? —graznó, confundido.

—¿Qué esperas? —Franco levantó el quinqué—. Muévete.

El joven obedeció al instante, aterrorizado. La insignificante luminosidad del candil confirió al estrecho recinto un aspecto aterrador. La leña amontonada en una esquina, los remanentes de un viejo molino, los costales de heno, todo allí había adquirido el aspecto de espantosas quimeras.

Silvano trató de no observar el entorno. Se apresuró a limpiar la sangre de su cara, su cuello y sus manos. Se secó con un paño y rápidamente vistió la chaqueta ofrecida, lo que ocultó así la suciedad del resto de su cuerpo.

Fiorella flotó hasta la leñera y se sentó en el aire. A través de su cuerpo, la luz de la lámpara cayó sobre los leños enmohecidos y osciló sobre la pared. Ella unió las manos sobre la falda y contempló al portero con creciente hostilidad. Si ese hombre hubiera tenido el valor de confiarle a su abuelo todo lo sucedido con ella, Juan Ignacio se habría ahorrado incontables molestias. Silvano tiró de la chaqueta hacia abajo y echó un breve vistazo hacia Franco.

—¿Yo que tengo que hacer en un duelo, patrón? —preguntó.

—Nomás obedecer órdenes —dijo Franco, lacónico.

—El señor Belmonte me retó —comentó Juan Ignacio sonriente—. Pretende defender el honor de su novia; la señorita Farré.

—¿Qué quiere que haga yo, señor? —inquirió Silvano que no lo miraba a los ojos.

—Le hablarás de lo que viste aquella mañana —dijo Juan Ignacio, sucinto—. No te callarás nada, ¿está claro?

Silvano estaba horrorizado.

—El comandante te hizo una pregunta. Responde —dijo Franco fríamente.

—Sí, sí, señor. Está claro. Muy claro.

Juan Ignacio asintió e hizo un gesto con la mano. Silvano no se atrevió a desobedecer: cuando el caballero abandonó la casucha, lo siguió con la cabeza gacha. Franco sonrió y cerró la puerta del cobertizo al salir. Silvano siguió prácticamente a ciegas el sendero que conducía al bosque. Echó sendas miradas a su alrededor, con pavor. Había media docena de antorchas encendidas a los lados del estrecho camino, y otras tantas en el prado donde se llevaría a cabo el duelo. La niebla se mantenía a distancia, con sus helados harapos enroscándose en el aire en lento vaivén. No había viento. Tampoco se escuchaba ruido alguno. Esporádicamente, solo el chillido sobrecogedor del urutaú quebraba con brusquedad el silencio.

Silvano volvió la atención hacia el claro en el bosque al escuchar el susurro de voces en la cercanía. Notó la presencia de varios caballeros en la penumbra. Entre ellos, Máximo Belmonte se encontraba obviamente inquieto, observando el entorno con desasosiego. También a él parecía estremecer el agudo chillido del pájaro fantasma.

Franco observó a los padrinos del señor Belmonte con curiosidad. Joaquín Celabert era uno de ellos. La ansiedad se revelaba en su cara. Carlos Estrada, reconocido por una profunda amistad con el señor Belmonte, se mostraba calmo y circunspecto. Como se trataba de un erudito en el campo de la historiografía regional, más proclive

a pasar los días de ermitaño detrás de un escritorio, su participación en una cita al amanecer debía de resultarle por lo menos emocionante, pero en su fisonomía solo se apreciaba un creciente disgusto.

El señor Cavia, un patricio de renombre, conocido por su honestidad y sencillez, había sido nombrado como juez en el campo de honor. La tarea no le era ajena, dado que había participado en incontables eventos similares desde su juventud, así que, cuando presentó las armas a los contendientes, lo hizo con la seriedad por todos esperada.

Franco se adelantó. Junto a los padrinos del señor Belmonte, repasó una vez más las condiciones del encuentro. Asintió, conforme. El señor Estrada estaba, obviamente, en desacuerdo con el duelo, pero cumplió con su deber con admirable tranquilidad. El señor Celabert, por su parte, pareció de pronto muy excitado.

Fiorella vio a su padre acercarse a su futuro yerno, ansioso. Máximo se quitó la chaqueta. Los dedos le temblaron ligeramente. Joaquín tomó de la mano del joven el abrigo.

—Mátalo —susurró.

Fiorella apretó la boca. El enojo se le reflejó en los ojos, fulgurante. Máximo frunció el entrecejo. Joaquín sopló el aliento entre sus dedos helados.

—Tienes que matarlo —insistió. Tiritó. El frío a su alrededor se profundizó—. Ese perro merece morir por lo que hizo.

—No es un duelo a muerte —dijo Belmonte en tono reprobatorio.

—Debería serlo.

—El señor Dávalos y yo hemos pactado que actuaremos por turnos. Cada uno tendrá la oportunidad de disparar. El encuentro terminará cuando uno de los dos esté herido. Será a primera sangre.

—¿Eso decidió ese diablo?

—Lo decidí yo, señor. Soy la parte ofendida y tengo esa prerrogativa.

—¡Ese bastardo ofendió a mi hija!

—Señor, cálmese —intervino Carlos, impaciente. Lo miró con intención—. Y vigile sus palabras. Tenía entendido, al igual que todos los aquí presentes, que la señorita Farré es hija adoptiva de Teodoro Farré, no hija suya.

—¡Ese demonio debería morir! —dijo Joaquín contrariado después de un momento, ofuscado por el desliz cometido—. ¡Ofendió a una joven dama inocente!

—Señor, es suficiente. —Máximo fijó los ojos en el señor Celabert —. Confíe en mí.

Joaquín cerró la boca. Hizo un gesto de enojo y retrocedió unos pasos, bajo la mirada desdeñosa del señor Estrada.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —preguntó Carlos en voz baja—. Todavía estamos a tiempo de detener esta locura.

—Él insultó a Flora —dijo Máximo, obstinado—. Atacó a una mujer indefensa.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Acaso importa? —Máximo se mostró impaciente—. Como hombre, es mi deber vengar a la mujer que amo.

El señor Estrada frunció el ceño.

—¿Qué dijo la señorita Farré? —quiso saber—. ¿Qué pretendía hacer el señor Dávalos?

—Está loco —respondió Máximo entre dientes—. Flora dijo que él le confesó su afecto, ella lo rechazó. Cuando intentó abandonar la sala de música, el señor Dávalos se abalanzó sobre ella con la intención de faltarle.

El señor Estrada reveló incredulidad en la expresión. Se disponía a dudar de la verosimilitud de los dichos de la dama cuando Máximo lo apartó.

—No quiero hablar más al respecto —dijo, cortante.

Carlos quiso insistir, pero el señor Celabert lo miró con repulsa.

—La señorita Farré no nos engañaría, señor Estrada —advirtió con severidad—. Si se atreve usted a insinuar que Flora podría estar mintiendo, tendrá que responsabilizarse de sus palabras.

Máximo se alejó de sus padrinos y observó a su contrincante con detenimiento. Una vez lo idolatró. Era un héroe de guerra. Pensó que se trataba de un hombre valiente, honesto, íntegro. Había sido herido al combatir contra los paraguayos en el afán de proteger a la patria de la invasión extranjera. Lo creyó un caballero honorable, digno de admiración. Luego lo detestó, al saberlo su rival en el amor. Aun así, y pese a los enfrentamientos que tuvieron a causa de Fiorella, nunca dejó de admirarlo. Jamás imaginó que fuera capaz de asaltar a una mujer indefensa.

Endureció la expresión al sentir la ira que le estrujaba las entrañas. Recordó la desesperación de Flora, el desconsuelo al relatar lo ocurrido entre desgarradores sollozos. Ella lloraba en sus brazos, aferrándose a él, alterada. Le rogó que creyera en sus palabras. Le suplicó que no prestara oídos a las mentiras de un perverso demente como el señor Dávalos. Mientras la confortaba, él no podía pensar más que en una cosa: no había sabido proteger a su mujer del acoso de un monstruo. Eso lo avergonzaba. No, pensó. No era él quien debía avergonzarse, sino el desalmado que osaba atacar a una dama. La expresión se le contrajo ante la determinación. Cumpliría con su deber como hombre y caballero. Castigaría al maldito por su atrevimiento. Máximo cerró los puños a los lados del cuerpo.

Juan Ignacio ignoró la tormentosa expresión de su rival. Llamó a Silvano con un gesto y el muchacho acudió a él al instante. Notó la curiosidad y la emoción contenida en la mirada de todos los caballeros que habían decidido acudir a presenciar el encuentro. Supuso que todos habían sido invitados por el señor Celabert. Dudaba de que Máximo Belmonte quisiera exponer a su prometida a las murmuraciones. Celabert, en cambio, era incapaz de pensar en las consecuencias de sus actos cuando el egoísmo y la malicia se apoderaban de su escaso raciocinio.

De reojo, Juan Ignacio vio llegar a un anciano en soledad. Los ojos verdes, tan similares a los suyos, no presagiaban un reencuentro agradable. Corpulento, de pelo renegrido, con canas en

las sienes, esa poderosa presencia pronto llamó la atención de todos los concurrentes. Unos pocos incluso tuvieron la descortesía de saludarlo con gran emoción, como si el encuentro resultara suceder en un evento feliz. El viejo alejó de él a los desconsiderados con solo una mirada de desprecio. Luego se detuvo a prudente distancia y esperó por los acontecimientos, como era su costumbre, sin preocuparse por la opinión de nadie más. Juan Ignacio le sonrió. El viejo resopló, disgustado. Thaddeus Dávalos no estaba de buen humor, eso era evidente.

Máximo hizo un gesto con la cabeza cuando Juan Ignacio se detuvo frente a él. Su repugnancia se manifestó claramente en su mirada.

—Señor —dijo—. ¿Elegirá primero su arma?

Juan Ignacio ignoró esas palabras. Empujó al señor Ortiz hacia el caballero.

—¿Lo reconoce? —preguntó, tajante.

Máximo se sorprendió al verse presentado a una persona en semejante situación. Pronto se recuperó, sin embargo volvió la atención hacia el muchacho que temblaba frente a él. Había golpes y escoriaciones en el joven rostro. El pelo caía en desorden sobre las orejas. Se había peinado con los dedos. Los mechones todavía húmedos se adherían a su cuello. La chaqueta, demasiado grande para él, le cubría casi la mitad del cuerpo, en tanto las manos se aferraban a los bordes como si solo así consiguiera contener su temor.

—Este hombre… —dudó Máximo, incapaz de reconocerlo.

—¿Silvano Ortiz? —Joaquín Celabert se acercó a grandes pasos, incrédulo. Evidenció reprobación en su tono al exigir saber—: ¿Qué hace él aquí?

—Está interesado en asistir al espectáculo —dijo Juan Ignacio con desparpajo—. Ya que se trata de un encuentro, al parecer, abierto al público, también decidió unirse a la diversión.

—Es un sirviente ¿Qué puede importarle una cuestión de caballeros? —afirmó Joaquín entre avergonzado y colérico. La incomodidad se profundizó al notar el malestar de su futuro yerno. Imaginó que tampoco al señor Belmonte le cayó en gracia el hecho de que revelara los detalles del encuentro a unos pocos amigos y allegados—. ¿Qué pretende, señor Dávalos? ¿Humillar al señor Belmonte trayendo a un encuentro entre caballeros a un desarrapado inmoral? Esto es inaudito. ¿Sabía usted que desapareció de mi casa poco después de la muerte de mi hija? ¡Quién sabe si no huyó con la platería!

—¡Yo no me llevé nada! —exclamó Silvano, aterrorizado—. ¡Le juro que no!

—Eso es lo que dice. ¡Quien podría creer en la palabra de un hombre de su calaña! No me sorprendería que fuera un ladronzuelo que creció en la ignominia…

—Señor Celabert, considero que usted es el menos indicado para hablar de ignominia —acotó Juan Ignacio fríamente.

Joaquín apretó la boca, ofendido, pero no respondió.

—El señor Ortiz está aquí hoy en memoria de la señorita Fiorella —dijo Juan Ignacio, sucinto.

—¿Fiorella? —Joaquín se mostró confundido—. ¿Mi hija?

—En efecto. Quiere estar presente cuando me enfrente a su asesino, no es así, ¿señor Ortiz?

Silvano asintió una y otra vez, obediente.

—¿Su asesino? —Joaquín estaba estupefacto—. ¿De qué está hablando? ¡Está usted loco!

Máximo se mostró igualmente sobrecogido. Fiorella flotó alrededor del hombre que una vez juró amarla. Las pupilas se le ennegrecieron. Los ojos desaparecieron y en las cuencas vacías solo restó una oscuridad infinita. Su expresión se distorsionó con el odio. Se deslizó los dedos fríos sobre los hombros. La violencia de su odio no tardó en manifestarse, tal y como esperaba.

Máximo exhaló escarcha. El frío se adhirió a él y bajó por su espalda penetrando en su cuerpo. Tembló, incapaz de contenerse. El intenso frío le caló hasta los huesos.

—No comprendo —arguyó, confuso. Sus labios habían palidecido.

—Usted causó su muerte —dijo Juan Ignacio con calma—. Esa mañana fue a su casa. ¿Lo recuerda? Se encontró con esa mujer, Flora, en el vestíbulo. Habló del amorío que mantenían. La besó. ¿Ya lo olvidó? Fiorella lo vio. No se había ausentado de la casa, como usted supuso. Estaba allí como testigo de su deshonra.

Máximo se tambaleó, presa de sus emociones. Joaquín clavó sus ojos en Juan Ignacio, estupefacto; luego en Máximo con suspicacia.

—¿Es eso cierto? —preguntó entre dientes.

Máximo no miró a Celabert. Su piel de pronto macilenta, había adquirido una tonalidad grisácea bajo el fulgor amarillento de las antorchas. Sus ojos enloquecidos por fin se detuvieron en el señor Ortiz.

—Imposible —musitó.

Silvano crispó sus dedos contra la tela de la chaqueta que vestía. En el aire olió el aroma del clavel. La fragancia se tornó álgida, opresiva.

—Es cierto, señor —farfulló, al borde de la asfixia. Ese olor a flores que le comprimió la garganta, le penetró en la nariz hasta el punto en que se sintió incapaz de oler nada más. Ni la tierra mojada por el rocío. Ni el frescor del aire. Ni su propio sudor. Solo el angustioso hedor a clavel—. La señorita Fiorella estaba en el piso alto, oculta detrás de la columna del pasillo. Yo la vi. Cuando usted se marchó, se enfrentó a la señorita Flora.

—No es posible.

—Discutieron en las escaleras. —Silvano habló rápidamente, temiendo ahogarse con la hediondez que le constreñía los pulmones. En un instante, creyó ver el borde del vestido de una mujer detrás del señor Belmonte. El terror desencajó su expresión. Retrocedió, incapaz de reprimir el miedo. Luego no había nada. Solo niebla—. ¡La señorita Fiorella dijo que quería a la señorita Flora y a la señora

Eneida fuera de su casa! Estaba muy disgustada. Forcejearon, señor. Hasta que la señorita Flora empujó a la señorita Fiorella hacia abajo, provocando su caída.

—Mientes —Joaquín estaba anonadado—. Tienes que estar mintiendo.

—No, señor, le juro que no. La señorita Fiorella cayó y se rompió el cuello. Yo lo vi todo. Entonces la señorita Farré huyó. En la tarde, escuché a la señora Eneida calmar a la señorita Flora. Dijo que debía callar lo sucedido. Que pensara en que por fin todo lo que debió ser suyo ahora le pertenecería. Que pronto olvidaría todo aquello, como si solo hubiera dado muerte a un perro rabioso.

—¡Imposible! —rugió Joaquín, lívido. En su cólera, no controló el tono de voz. Todos los asistentes al encuentro lo observaron, incrédulos—. ¡Este hombre nos está engañando! Mi hija sería incapaz de lastimar a su hermana. ¡Mi señora nunca diría algo como eso! Ella amaba a Fiorella como si fuera una hija propia. Flora es una niña dulce y tierna, ¡una inocente!

—Señor Celabert, cállese —dijo Juan Ignacio con desprecio.

Máximo sintió que el frío se espesaba a su alrededor, materializado en grilletes que se ceñían a sus pies. Juan Ignacio clavó los ojos fríos en su rival.

—¿Comprende, señor, por qué lo considero responsable de su muerte? —preguntó. En la aspereza de su voz se adivinaba el odio que contenía—. ¿Ahora entiende por qué quería enfrentarme a duelo con usted, señor Belmonte? ¡Usted, con su indecisión, con su estupidez al seducir a una puta malintencionada, provocó la muerte de la mujer que yo amaba!

Máximo lo miraba, enmudecido. La piel exangüe, los ojos enrojecidos, los labios amoratados, el temblor del cuerpo, todo en él revelaba un profundo espanto.

Juan Ignacio se erguía frente a él, impertérrito, insensible al dolor lacerante que experimentaba. Hizo un gesto hacia el señor Cavia.

—Señor —dijo, impasible—, dé inicio al encuentro.

Aristóbulo Cavia asintió. Presentó ante los contendientes una lujosa caja de madera tallada. Rompió el sello y abrió la tapa. En su interior, sobre un cojín de terciopelo azul, descansaban las pistolas preparadas para el duelo. Observó la cara del señor Belmonte. Máximo en su expresión revelaba las caóticas emociones que se ensañaban con él: la incredulidad, la congoja, la culpa, el arrepentimiento. Vaciló.

—¿Todavía quiere continuar, señor Belmonte? —preguntó, misericordioso.

Máximo vio al señor Cavia dirigirse a él. Su voz resonó en sus oídos distante, como si proviniese de muy lejos, de un lugar allá en la niebla, donde la oscuridad se confundía con la brumosa umbría de la arboleda. Fiorella se inclinaba sobre él, con sus labios rozándole la oreja. Los harapos de su vestido flotaban en el aire. En vaivén la tela se enroscaba imperceptible en la neblina, mientras el espectro se solazaba en su rencor. Máximo se estremeció. La fantasmal presencia que lo amenazaba le rodeó la cabeza con las manos. Unas uñas largas y afiladas le rozaron la piel cenicienta de los pómulos.

—Continuemos, ¿por qué no? —dijo Juan Ignacio. La crueldad endureció su mirada. Eligió una pistola de las dos presentadas por el señor Cavia. La examinó rápidamente, con la experiencia de un hombre acostumbrado a sostener un arma entre sus manos—. El señor Belmonte está aquí para defender el honor de una asesina, yo para vengar a su víctima. ¿Para qué detener este encuentro? Señor Cavia, por favor, las condiciones.

—¡Por supuesto que este encuentro debe continuar! —bramó Joaquín, iracundo—. ¡Insultó a mi hija otra vez, trayendo a este mentiroso con usted!

—Señor Celabert, contrólese —gruñó Carlos.

—¡Esto es idea suya, señor Dávalos! ¿No es así? ¿Qué pretende con sus engaños? —Joaquín arrebató la segunda pistola de la caja y la puso en la mano de Máximo bruscamente. Luego añadió sin preocuparse en moderar su tono—: ¡Que pague con su vida las injurias proferidas contra mi hija! ¡Mátalo, Máximo!

Juan Ignacio lo ignoró. Miró al juez con calma.

—Las condiciones —exigió.

—Los contendientes estarán a doce pasos uno del otro. Armarán y esperarán a la orden de disparar —dijo por fin en voz alta, claramente para ser escuchado por todos los presentes—. El encuentro llegará a su fin cuando uno de los caballeros esté imposibilitado de continuar tras recibir una herida. ¡Es un duelo a primera sangre! Recuerdo a ambos que debe primar la compostura y el honor. En cualquier momento, una disculpa por parte del ofensor detendrá el duelo.

Juan Ignacio se burló curvando sus labios a un lado. Máximo apretó la boca.

—La suerte decidirá quién realizará el primer tiro —concluyó en señor Cavia.

—La suerte no tiene que intervenir en esto —dijo Juan Ignacio, tajante—. Cedo el honor de disparar primero al señor Belmonte.

Máximo presionó los dedos contra la culata de su pistola. Asintió, todavía aturdido. Vio a Juan Ignacio alejarse en la penumbra, acompañado por sus padrinos. Creyó sentir en la piel de la frente un rasguño. Se llevó los dedos a la sien y contempló, azorado, rastros de sangre.

Fiorella se apartó del señor Belmonte con desprecio. Se deslizó en el aire rápidamente y siguió los pasos de Juan Ignacio. Lo miró detenidamente. Notó su dolor. Se inquietó al notar la palidez en su rostro. Dijo, inquieta:

—No estás bien. ¿Te duele la pierna? ¿Es eso? Juan Ignacio, desiste. Ve a descansar. No has dormido en los últimos días. Necesitas descansar. Por favor, olvida todo esto. Solo quiero que estés bien, ¿comprendes?

Él no la escuchó, por supuesto.

—¿Lo oyó usted, comandante? —dijo Franco, e hizo un gesto, indicándole a Silvano que se alejara. El joven se apresuró a obedecer, incapaz de ocultar el miedo—. El juez del lance dijo que es a primera sangre. Así se acordó.

—Sé eso —dijo, seco.

Franco notó cierta rigidez en los pasos del señor. De pronto, arrebató el abrigo de la mano de su comandante, ansioso.

—Su herida se ha resentido en este frío, ¿cierto? —susurró—. No pierda su tiempo aquí con ese hombre. Dispárele y ya. Termine con esto pronto y regrese a su casa.

Juan Ignacio lo miró con frialdad. No hizo comentarios. Franco apretó los dientes.

—¿Cree que ella querría verlo así? —preguntó, vehemente.

—¡No quiero verlo así! —Fiorella declaró también vehemente:

—¿Así? ¿Cómo? —Juan Ignacio miró a su contrincante a la distancia. En los ojos no tenía ninguna otra emoción, además de una inflexible crueldad. Rezumaba el violento propósito de asesinar—. Ella me despreciaba. ¿Qué puede importarle lo que suceda conmigo? Quizás incluso le causaría gracia que me matasen como a un perro.

Fiorella percibió la amargura en las palabras de Juan Ignacio. Deseaba acallar esas palabras, aliviarle el dolor, convencerlo de algún modo de que jamás lo despreció realmente, explicarle que solo estaba asustada, porque nunca antes había conocido a un hombre como él, al que no pudiera dominar, que se divertía desafiándola, que la burlaba, que la hacía perder tan fácilmente el control sobre sus propias emociones. Sin embargo, nada podía hacer en el estado fantasmal que habitaba.

—Eso no es cierto, señor —dijo Franco. Percibió el olor del clavel en el aire. Era apenas perceptible, pero allí estaba. Añadió entonces —: Puede que a la señorita no le gustara usted, pero no era cruel.

—¿Qué puede importar eso ahora? Ella está muerta —dijo en voz baja. Luego hizo un gesto hacia el señor Cavia—. Estoy listo.

Franco retrocedió, sabiendo que el comandante no atendería a sus palabras. Los asistentes al duelo observaron a los contrincantes con diferentes grados de emoción. El médico invitado al encuentro, el señor Ortega, examinó rápidamente el contenido del maletín. Aristóbulo miró a ambos duelistas uno a uno y luego ordenó:

—¡Disparar!

Un caballero jamás apuntaría para encontrar a su blanco. El honor no lo permitía. Máximo levantó la pistola y apretó el gatillo. La bala se desvió hacia las sombras que convergían en torno a la arboleda circundante. Sus dedos temblaban ostensiblemente cuando bajó el arma a un lado de su cuerpo.

Él quería sinceramente a Fiorella, reconoció. Pero no pudo evitar sentirse atraído por Flora. Eran las dos muy diferentes. Una, distinguida, inteligente, fuerte. La otra, dulce, gentil, cariñosa. A la primera admiraba, a la segunda deseaba proteger y mimar. Sus sentimientos ambiguos lo confundieron. Cuando finalmente decidió someter sus instintos y serle fiel a la mujer con la que estaba comprometido, ella falleció. El dolor de su pérdida lo hundió en la melancolía. La afectuosa compañía de Flora, su comprensión y amor incondicional poco a poco lo sacaron de la profunda depresión en la que había caído. Ahora le revelaban que fue ella quien asesinó a Fiorella. Quería dudar, negarse a creer todo eso, pero no podía. Ya no. La semilla de la sospecha ya había echado raíces en su corazón. La culpa hendió sus garras en él. ¿Realmente provocó la muerte de Fiorella con aquel último beso? Para él fue una despedida. Para Flora, quizás, una esperanza a la que debía aferrarse. Para Fiorella, una traición.

El juez miró a Juan Ignacio:

—¡Disparar!

Juan Ignacio se despojó de toda emoción. Su boca se curvó. Sus ojos se clavaron en la presa. Elevó la pistola y disparó. Observó a Máximo con odio cuando el caballero trastabilló y soltó una exclamación de dolor. La pistola cayó al suelo con un golpe seco. La bala le había atravesado limpiamente el hombro derecho. La sangre le empapó la camisa. Mientras Joaquín y el médico se adelantaban a examinarlo, Máximo observó a quien llamaban "diablo" acercarse a él paso a paso, con calma, todavía con el arma en la mano.

—Señor, por favor deténgase —dijo el señor Estrada, diligente.

—El señor Belmonte no puede continuar —confirmó Aristóbulo, inquieto—. El honor no le permite a usted tirar ahora.

—¿Qué pretende, Dávalos? —exigió saber Joaquín—. ¿Rematar al señor Belmonte como un cobarde con él en el piso, malherido y desarmado?

—¡Cállese, señor Celabert! —demandó Máximo con voz temblorosa. Sintió el dolor lacerante carcomer su herida. Alzo la vista hacia su rival. Dijo—: Demos por terminado este encuentro, señor.

—¡Máximo! —exclamó Joaquín, incrédulo. Aferró su brazo—. ¿Estás seguro…?

—Estoy seguro.

—Pero…

—Señor, por favor, quédese quieto —le pidió el médico a Máximo.

Belmonte enfrentó al diablo con una mirada pesarosa. Tenía la certeza de que ese hombre habría podido dispararle al corazón. Simplemente decidió no hacerlo. No lo mató. No porque errara su puntería, no. ¿Quizá por compasión? Imposible.

—Estoy muy avergonzado, créame Dávalos —dijo.

—Traicionaste su confianza —insistió Juan Ignacio.

Máximo escuchó al médico pedir que se quitara la camisa, a Joaquín maldecir entre dientes su suerte, a sus amigos preocuparse. Él solo podía oír las palabras que lo perseguirían por siempre, mientras la culpa se ensañara con él, ver los ojos de ese demonio fijos en él y sentir su desprecio.

—Pensé que deseaba matarme, señor Dávalos —musitó—. ¿Por qué no lo hizo?

—Señor Belmonte, nada me daría más satisfacción que verlo morir frente a mis ojos —le respondió con los labios curvados—. Pero pensé: quiero que viva con la culpa de haber provocado la muerte de una mujer que confiaba en usted. Que lo amaba. Deseo que, cada día de su vida, experimente lo mismo que yo: que a veces, vivir puede ser más desesperante que morir.

—¡Yo no lo amaba, Juan Ignacio! ¡Nunca lo amé! —aseguró Fiorella.

Máximo palideció. Ese loco lo maldijo así, con sencillez. Con unas pocas palabras lo condenó a una existencia de arrepentimiento y congoja. Juan Ignacio devolvió la pistola de duelo al juez. Después llamó a Silvano.

—Quédate aquí —ordenó—. El señor Belmonte querrá hablar contigo. No calles nada. Que oiga de ti todo lo que quiera saber. Luego, haz lo que quieras.

—Sí, señor —asintió Silvano asustado.

Juan Ignacio intercambió una última mirada con Máximo, luego se volvió y se alejó hacia las sombras.

Franco lo alcanzó, le devolvió la chaqueta y se aseguró de que el comandante se protegiera del frío.

—¿Vendrá conmigo a mi casa? —preguntó—. Allí se está mejor que en su mansión, la verdad. El ambiente estará caldeado, la chimenea encendida y habrá comida recién preparada en la mesa. Agostina me dijo que lo esperaba a comer. Que no regresara sin usted. Que le daría una friega con sus hierbas. Ya verá usted lo bien que le hace.

Juan Ignacio cruzó una mirada con su padre. El señor Dávalos abandonó el claro y se dirigió hacia él, imponente.

—Agradécele a tu esposa de mi parte, pero hoy no —dijo, en tanto alisaba las solapas de su chaqueta—. Tengo asuntos que atender.

Franco siguió su mirada y vio al señor Thaddeus avanzar hacia ellos.

—Hasta que regresó de Europa —murmuró—. No entiendo qué hace aquí.

—Habrá venido a asegurarse de que sea yo quien salga con vida de este encuentro —dijo Juan Ignacio con sequedad. Curvó la boca en una sonrisa sardónica—. Mi muerte le significaría una molestia.

—Cuídese, señor —dijo Franco tras palmearle el hombro.

—Debería quedarse, señor Yasuká —ordenó Fiorella impotente—. Juan Ignacio no se siente bien. ¿Se niega a ir con usted? Sé que es terco y voluntarioso. ¡Amenácelo con traer a su esposa aquí! Quiero

que lo lleve con usted a su hogar, en donde podría entrar en calor y cuidar de la lesión en su pierna. No lo deje solo. Él…no está bien, ¿no lo ve?

Ella vio al señor Yasuká alejarse y bajó los ojos con tristeza.

Capítulo 11

La luz de las antorchas tembló al alba. El fulgor amarillento inquietó a las sombras. La niebla, colmada de la fragancia de la salvia, giró y se enredó en torno a los hierbajos que hollaban el sendero. Una brisa apenas perceptible, rizó las hojas en el suelo y remontó apacible hacia la antigua arboleda.

Juan Ignacio observó cómo Thaddeus se le acercaba lentamente. La gravilla crujió bajo sus pasos. El caballero debía de estar acercándose a los setenta años. Su pelo se había tornado completamente gris. Nuevas arrugas habían aparecido a los lados de su boca. Los ojos verdes, casi amarillentos, muy claros, tan similares a los de Juan Ignacio, no habían perdido astucia ni perspicacia. A pesar del tiempo transcurrido, pensó el hijo, esa vieja bestia conservaba impoluta la poderosa estampa que cautivó a un sinnúmero de mujeres en sus años mozos. La vejez no había conseguido eclipsar su atractivo ni su majestuosa imagen.

Hubo un tiempo en que Juan Ignacio lo odió. Ferozmente. A él y a todos en su entorno. Juan Ignacio recordó al niño que había sido: un cachorro de lobo salvaje, sucio y desarrapado, que creció en el fango y aprendió a sobrevivir entre putas y mendigos a muy corta edad. Con vergüenza, masticando ira, respirando la cólera de saberse un paria, disputaba la comida del día con los puños, resistía al frío apretando la boca y al desprecio enseñando los dientes. No tenía una familia que se preocupara por él, ni un padre que le diera ni apellido ni protección. No había nadie que quisiera rescatarlo del abismo de afrentas y agravios en el que había caído.

Odiaba al padre que no lo reconoció. Odiaba a la madre loca que atentó contra su vida una y otra vez hasta que por fin falleció. Odiaba a su abuelo quien lo azotaba cada vez que lo consideraba desobediente. Odiaba a sus tíos que le habían roto los huesos a palos cuando se rebeló contra ellos. Odiaba a sus vecinos, quienes lo despreciaron por las circunstancias de su nacimiento. Odiaba a los vagabundos que lo codiciaban. Pero, sobre todo, reconoció para sí, se odiaba a sí mismo. Por su debilidad, por su asquerosa insignificancia.

Así creció: con el resentimiento ennegreciendo día tras día su corazón. Cinceló sus músculos y forjó su carácter entre la chusma que sobrevivía en la suciedad. Fraguó un temperamento feroz en tanto abandonaba la infancia pasada entre taimados y truhanes. Mientras, lo carcomía la furia, una cólera que parecía haberse solidificado en sus entrañas hasta volverlo despiadado.

Juan Ignacio curvó las comisuras de su boca cuando Thaddeus fijó en él su mirada adusta. Esa vieja bestia, muy al contrario, había crecido con todos los privilegios. Era un caballero. La educación recibida le había templado el carácter. Una vida de libertades le había acentuado la soberbia. Tenía sus vicios, por supuesto. Era un hecho por todos conocidos que nunca le había sido fiel a su esposa. Sin embargo, jamás permitió que sus amantes se presentaran en la casa para molestar a la señora. Tampoco consintió que una mujer, cualquiera de las muchas que lo acompañaban en sus noches de pasión lejos de casa, se hiciera ilusiones respecto a él o a sus sentimientos.

El señor Dávalos tenía sus creencias. El hogar de un caballero es un santuario. Todo hombre debe proveer a su familia. El señor toma las decisiones respecto al dinero, la señora sobre el hogar y el cuidado de los niños. A la esposa se la respeta; los amoríos se mantienen afuera, al igual que a los bastardos que pudieran haber. A los hijos legítimos se atiende y educa. A un hijo varón se azota y golpea, de ser necesario, si su natural rebeldía amenaza con llevarlo por caminos de infortunio. A la hija mujer, si se tiene la fortuna de

tener una, se consiente y mima en la infancia, se la dota de virtudes durante el crecimiento y, en la adultez, se la entrega a un hombre de valía para asegurarle el futuro bienestar. Un caballero puede beber, jugar a los naipes y divertirse con mujerzuelas a su gusto, pero jamás debe emborracharse hasta perder el sentido, endeudarse hasta el punto de poner en peligro la paz y seguridad del hogar y, sobre todo, nunca permitir que una zorra dispute la posición de la esposa.

Juan Ignacio bajó los ojos. La oscuridad en la mirada se le tornó inescrutable.

Thaddeus vio al señor Celabert acompañar al joven Belmonte hasta el vehículo que lo esperaba en el camino que se truncaba entre los árboles. Entre él y el señor Estrada consiguieron acomodar al caballero junto al médico en el interior del carruaje. Poco a poco todos los asistentes al duelo se alejaron entre susurros y miradas de complicidad. Como era un perro viejo, sabio y experimentado en los tejes y manejes de la aristocracia a la que pertenecía, le resultó sencillo adivinar que, al regresar a la ciudad, todos ellos no tardarían en comentar con amigos y allegados los acontecimientos del día. En sus murmuraciones no solo involucrarían las propias elucubraciones sobre la causa del duelo, también mencionarían los escándalos pasados de tres de las familias más antiguas del patriciado local: los Arizmendi, los Belmonte y los Dávalos. Thaddeus se detuvo frente a su hijo con una expresión que revelaba bien a las claras su creciente enojo.

—Las habladurías serán intolerables —dijo, cortante. Fijó los ojos en el rostro de su hijo con brutal intensidad—. ¿Qué quieres conseguir con este circo, Juan Ignacio? ¿Has perdido la razón acaso?

—Tal vez. Eso dicen, al menos.

—¿Te parece gracioso? —Thaddeus hizo un gesto de malhumor—. No toleraré tonterías como esta otra vez. Máximo Belmonte es un imbécil. En su infancia ya era una vergüenza para su padre, y todavía lo es. Tan débil y sentimental. ¿Con un espécimen como ese decidiste batirte a duelo? Exijo saber por qué. ¿Fue por una mujer?

—Sí, señor.

—Qué pérdida de tiempo. Te creía más inteligente.

—Está hecho, señor. —Juan Ignacio esbozó una sonrisa—. No se preocupe, no volverá a ocurrir.

—Eso espero. —Thaddeus frunció el ceño, furibundo.

—Ya que no me vio usted morir, señor, y ya no tiene que preocuparse por la posibilidad de tener que organizar mi funeral, puede regresar a su casa a descansar. Entiendo que su salud se ha resentido con la edad. Debe tener cuidado de no enfriarse. Apresúrese y póngase a buen resguardo.

—Juan Ignacio, te recuerdo que esta es mi casa.

—Por cierto. No obstante, vivo aquí y no me gusta la compañía.

—Eso escuché.

—Señor Dávalos, atienda sus cuestiones domésticas en su casa de la ciudad y no se preocupe por mí.

Thaddeus, ignoró deliberadamente las tonterías de su hijo e hizo un gesto de hastío.

—Me ocuparé de las murmuraciones por ti —aseguró.

—Señor Dávalos, no intervenga en mis asuntos.

—¿Cómo dices?

—Me conviene la existencia de esas habladurías que a usted tanto disgustan —dijo Juan Ignacio, tajante—. Déjelas correr. Cuando las considere inútiles, yo mismo me ocuparé de que desaparezcan.

—Mocoso insolente —dijo Thaddeus, disgustado—. ¿Así le hablas a tu padre?

—Así le hablo a todos.

—No me gusta la idea de que mi apellido llegue a la sobremesa de la chusma —explicó.

—Las habladurías no me tendrán como protagonista. No debe inquietarse por eso.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyó. El escándalo que se avecina le será ajeno.

—¿Escándalo?

—Confíe en mí —dijo Juan Ignacio. Era evidente que no agregaría más—. Ahora regrese a su casa. Su familia debe de estar ansiosa por conocer los detalles de mi encuentro con el señor Belmonte. Tengo entendido que su hijo Luis le tiene muy poco aprecio.

—Se disgustan mutuamente —confirmó Thaddeus con los labios apretados—. Máximo Belmonte nunca le agradó.

—Me alegro. No es una persona confiable.

—Luis se está recuperando de sus dolencias —dijo el padre por fin, cambiando de tema a regañadientes—. Encontré un buen médico para él en Francia. Aceptó venirse con nosotros para continuar con la rehabilitación. Mi hijo volverá a caminar.

—¿A eso ha venido hasta aquí, señor? ¿A darme la buena nueva sobre su heredero?

Thaddeus desvió la mirada hacia la niebla. El amanecer en el invierno se sentía plácidamente aletargado. Una ligera luminosidad amarillenta tornasolaba la floresta. El sol naciente semejaba una moneda de rubí al asomar sobre el horizonte.

—¿A qué otra cosa podría venir? —dijo, malhumorado—. ¿A unirme a la diversión de verte enfrentarte en un duelo con un alfeñique como el señor Belmonte? ¡Por favor, tengo otras actividades más edificantes para entretenerme!

Juan Ignacio tuvo que sonreír. ¿A las cinco de la mañana? No le creyó, pero tampoco descubrió las mentiras del anciano. La diversión alivió la oscuridad de su mirada.

—Imagino que mi hermano ya se siente capaz de manejar los negocios de la familia —comentó.

—Así es. Su médico le aconsejó reanudar las actividades habituales.

—No se preocupe, señor, tengo todo lo suyo en orden.

—Sé eso.

—Cuando lo crea conveniente, trate el tema con su administrador —continuó Juan Ignacio, conciso—. El señor Suárez y yo ya hemos hablado al respecto. Luis podrá hacerse cargo de sus obligaciones al momento que lo decida. Todo le será devuelto, incluyendo el título

de patriarca de los Dávalos. Ahora, si me disculpa, tengo asuntos que atender.

—¡Espera! —Thaddeus se mostró impaciente—. ¿Te deje ir? ¡Vuelve aquí ahora mismo! Todavía no terminé de hablar contigo.

Juan Ignacio se detuvo. El tono y las palabras trajeron a su memoria una mañana de diciembre, particularmente calurosa y desagradable. La arena le quemaba bajo sus pies descalzos. El viento casi no se notaba, se sentía húmedo y pegajoso. El hambre que nunca consiguió saciar y el dolor de una golpiza recibida a traición finalmente lo llevaron de vuelta al jodido palacio donde vivía el hombre que lo engendró, en las afueras de la ciudad.

Juan Ignacio se tragó el orgullo. Disimuló el odio que le carcomía las entrañas. Ocultó su miedo. No se detuvo en el portón de esa espléndida mansión, como la primera vez que halló el lugar, sino que saltó la verja y caminó por la avenida de acceso a la finca con descaro. Los atónitos sirvientes que lo vieron detenerse en el pórtico lo miraron con creciente horror. El muchacho endureció su expresión.

—Quiero hablar con mi padre —exigió—. Llévenme con él.

Thaddeus Dávalos era un hombre temible. Alto, corpulento, majestuoso. Estaba acostumbrado a dar órdenes desde la infancia y esperaba, obviamente, ser obedecido de inmediato. No había un ápice de humildad en él. Cuando fijó una mirada atenta en el cachorro salvaje que se había atrevido a presentarse en su casa, mostró una expresión inescrutable. Sus ojos hermosos, insensibles, desalmados, carecían de toda emoción.

Juan Ignacio tenía los puños cerrados, los dientes apretados y los ojos fríos. Sabía cuál era su aspecto: el mismo que tendría cualquier niño harapiento. Estaba sucio. Había rastros de tierra y sangre en sus brazos y en su cuello. El pelo le caía roto sobre las sienes, húmedo por el sudor y apelmazado. La ropa olía a mal. Tenía los pies lesionados debido a su larga caminata desde la ciudad hasta Santa Ana. Había innumerables contusiones por todo su cuerpo.

—Quiero una educación —exigió. No creyó necesario decir nada más. Se limitó a exponer la razón que le había llevado a encontrarse con él.

Thaddeus estaba sentado junto a la ventana, con un libro entre las manos. Era evidente que estaba disfrutando de un momento de ocio, antes de que el inesperado visitante le exigiera una entrevista. El caballero miró el rostro de su bastardo con detenimiento. Debajo de la suciedad, los moretones y la inflamación de las numerosas heridas, su fisonomía reproducía su propia apostura a la misma edad. Era difícil, por no decir imposible, negar que ese rapaz era hijo suyo. Tampoco planeaba negarlo, de hecho.

Una sonrisa cáustica le torció la boca.

—¿Para qué? —preguntó.

Juan Ignacio no respondió. No supo qué decir. Encajó los dientes unos con otros. ¿Cómo podría expresar todas las razones que lo impulsaron a llegar allí? Por un instante, lo creyó imposible. Thaddeus, paciente, cerró el libro que lo había entretenido durante horas, marcó la página leída y lo dejó a un lado, sobre una mesita.

—Entiendo que te va muy bien con las apuestas —comentó—. No sabía que fueran tan redituables las peleas callejeras.

Juan Ignacio no entendió el significado preciso de la palabra "redituable", pero comprendió el sentido por contexto. Así que esa vieja bestia lo había investigado. Debía de saberlo en la ciudad. ¿Desde cuándo? Puede que desde que halló su casa por primera vez. ¿Cómo? Qué podría importar. Le pareció evidente que esa vieja bestia lo sabía todo de él. ¿Debería sentirse disgustado? Supuso que no. No habría por su parte recriminaciones ni quejas. No quería su atención ni obtener el afecto de un hombre que, obviamente, no sentía un poco de interés en él. Lo que ansiaba era poseer los medios para dejar de ser una rata en los muelles y transformarse en un hombre de valía, uno al que nadie pudiera intimidar.

—Me desprecian —dijo por fin. En su voz todavía infantil fue perceptible la rabia que durante años intentó disimular de quienes se regodearían con su ira. Bajó los ojos, avergonzado—. Soy como la

mierda en la calle. ¿Entiende?

—Explícate.

—Míreme —continuó tras un momento de silencio—. ¿Ve estos golpes? Un jodido pordiosero perdió una pelea contra mí. Así que me siguió y esperó a que me encontrara en un lugar apartado. Con la ayuda de sus compinches, me arrebató el dinero que gané y me dejó ahí tirado, sabiendo que no podría hacer nada por recuperar lo mío. Señor Dávalos, lo que más odio no son los azotes, las piedras, los insultos ni mucho menos los golpes, uno aprende a soportar todo eso y más. Lo que detesto es saber que no puedo tomar represalias contra quienes me deben. —Juan Ignacio levantó la mirada—. Deseo convertirme en un hombre al que todos teman, a quien nadie se atreva a oponérsele. Quiero ser capaz de vengar uno a uno mis agravios hasta sentirme satisfecho.

—Comprendo —dijo finalmente Thaddeus, impasible.

—Usted puede contratar tutores para mí. El dinero le sobra. Nótelo: lo que gastó en esa ropa que lleva sería suficiente para pagar el salario de un maestro durante un año entero. No quiero un padre, señor Dávalos, así que no requeriré de su tiempo. No lo molestaré. No interferiré con su familia ni mancharé los ojos de su esposa. Su hijo legitimo no me verá. Solo quiero que me dé la oportunidad de tener la educación de un caballero.

—Es una solicitud interesante —afirmó Thaddeus con una sonrisa —. ¿Qué sucedería si me negara? —Juan Ignacio frunció el ceño. Thaddeus se fingió disgustado—. Deshacerme de un cachorro salvaje no debería ser muy difícil —reflexionó—. Bastaría con llamar a uno de los sirvientes y ordenarle que te arroje a la calle, adonde perteneces. Es más, podría indicarle que, si te vuelve a ver en mi propiedad, te eche a los perros. Los Dávalos no hacen favores si no se obtienen beneficios.

—Lo que decida usted hacer, no me importa —dijo, tajante Juan Ignacio—. Sobreviviré. Sin duda.

—Si no me da lo que quiero, señor Dávalos, revelaré al mundo las circunstancias de mi nacimiento. Hablaré de mi madre, de que fue una criada en su casa, de que usted la sedujo y luego se deshizo de ella cuando se cansó de usarla a su placer. ¡Estará muy avergonzado, le aseguro!

—Una amenaza impresionante —comentó, y la curvatura de su boca reveló su diversión.

Juan Ignacio comprendió de repente el porqué de su solaz. A nadie le importaba lo que tuviera que decir el bastardo de uno de los hombres más poderosos de la provincia, mucho menos si se trataba de lo sucedido a una sirvienta sin valor.

—¡También podría presentarme frente a su esposa y su hijo! —añadió, ya desesperado—. ¡No puede negar que soy su semilla, señor Dávalos, me parezco tanto a usted que su señora no tendrá dudas sobre su traición!

—¿En serio?

—¡Sí! No le tengo miedo, ni a usted, ni a su esposa ni a su heredero. ¡A nadie! Conseguiré lo que quiero, así tenga que pactar con el mismísimo diablo en persona.

—Admirable.

—¿Y, bien?, ¿qué me propone? —exigió saber un Juan Ignacio impaciente.

Thaddeus golpeó un dedo contra el apoyabrazos del sillón, pensativo. Una, dos, tres veces.

—Me pregunto si tu determinación la heredaste de mí o de tu madre —dijo, meditabundo—. Me atrevería a decir que de mí. No recuerdo a tu madre. Es obvio que no me resultó particularmente interesante. Si hubiera tenido ella un poco de tu valor, al menos tendría su rostro en mi memoria.

Juan Ignacio entornó los ojos. Que ese hombre recordara o no a su madre le tenía sin cuidado. Rossana nunca lo amó. Es más, intentó matarlo en incontables oportunidades. Incluso antes de perder la razón: privándolo de agua y comida durante días; golpeándolo con un palo hasta dejarlo inconsciente; arrojándolo al

cuidado de sus tíos, a sabiendas de que ellos lo azotarían sin compasión ante cualquier error cometido.

—¿Y, bien? —preguntó—. ¿Qué hará conmigo?, ¿Me educará o me echará a los perros?

—Mi esposa y mi hijo saben de tu existencia —le informó Thaddeus en tono de burla. Juan Ignacio frunció el ceño—. Ninguno de los dos te considera digno de atención —continuó, divertido con las emociones que veía reflejadas en el rostro de su cachorro—. Saben que yo jamás permitiría que mi bastardo disputara la posición de mi heredero.

—Ahora yo no les importo, obvio —replicó Juan Ignacio—. Pero le aseguro que, si usted no me ayuda, algún día, encontraré la manera de significarles mucho más que un problema, créame.

Thaddeus se rio a carcajadas.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto —confesó.

Juan Ignacio lo miró en silencio, sin saber qué haría ese hombre. Thaddeus Dávalos no era comparable a los parias a los que estaba acostumbrado a tratar. No sabía qué armas esgrimir para enfrentársele y salir beneficiado. El patriarca se puso de pie y fue hasta el aparador con indolencia bajo la mirada atenta del lobezno. Escogió una botella de vino. Sirvió una cantidad en una copa y luego en otra. Se acercó a la mesa y ofreció un trago al niño.

—Ven aquí —pidió—. Bebe conmigo.

Juan Ignacio no se arredró. Como el caballero no lo expulsó de su casa, consideró que tenía la posibilidad de obtener lo que había ido a buscar. Probó la bebida. Le gustó. Fue la primera vez que Juan Ignacio tomó un vino que no sabía ni olía a vinagre. Thaddeus lo observaba.

—¿Me dará una educación? —preguntó Juan Ignacio y dejó ruidosamente la copa vacía sobre la mesa.

—Te ayudaré a alcanzar tus metas —asintió el caballero. Todavía había una medida en su copa—. Siempre que seas obediente conmigo.

—Lo seré.

—Es un trato entonces —dijo Thaddeus Dávalos, y procedió a establecer las condiciones que marcarían la vida de Juan Ignacio.

La débil luminosidad del día alejó la oscuridad que se cernía sobre él. Juan Ignacio bajó la mirada. La vieja bestia cumplió su promesa. Años más tarde, cuando regresó a Corrientes después de la guerra contra el Paraguay, visitó la sede ancestral de la familia Dávalos para entrevistarse con el señor y ponerse a su disposición. Fue también el día en que conoció a la mujer que le arrebataría el corazón. Después de haberle informado a Thaddeus de sus planes de establecerse en la ciudad, ya se disponía a regresar a la casa que compró en el centro cuando escuchó reír a una joven mujer, lo que llamó su atención.

Se detuvo junto a su carruaje y levantó la mirada. Vio a Luis de pie bajo la sombra de los árboles en el jardín, con las manos sobre el respaldo de un banco de madera, justo detrás de una dama. Ella tenía vuelto el rostro hacia él. Sonreía, mientras agitaba frente a sus ojos el libro que sostenía entre sus manos. Luis meneaba la cabeza, fingiéndose incrédulo. Evidentemente, ambos estaban compartiendo una broma.

Juan Ignacio hizo un gesto hacia la sirvienta que se disponía a abrillantar la aldaba con un estropajo y la interrogó respecto al nombre de la joven y su relación con Luis. La muchacha echó una rápida mirada hacia la pareja que reía en el parque y se apresuró a revelar las señas de la dama para finalmente asegurar que solo había una amistad entre la señorita y el caballero. Se conocieron en la Sociedad de Beneficencia por gracia de la patrona, aclaró, antes de que Juan Ignacio le permitiera proseguir con la labor.

A él lo sorprendió descubrir que la dama era, en realidad, la nieta de Santos Arizmendi, a quien lo unía una profunda amistad basada en sus ideas afines, una amistad que comenzó años atrás, cuando él le comunicó la muerte de su hijo Ernesto en batalla. En incontables oportunidades el anciano planteó la posibilidad de presentarle a la señorita y él se negó cortésmente, primero porque no le interesaba relacionarse con ninguna mujer debido a la carga que resultaría para

ella un compromiso con un hombre discapacitado, luego porque ya se había habituado a su soledad. De haber sabido que la dama se veía así de hermosa, pensó, habría esperado con ansias conocerla formalmente.

Juan Ignacio observó a Fiorella Celabert con detenimiento. Debió de percibir su atención en ella porque de pronto giró y lo enfrentó. La dama levantó la naricita respingona y lo miró fijo, desafiándolo en silencio a que siguiera observándola con tal descaro.

Juan Ignacio inclinó la cabeza con gentil cortesía. Ella le devolvió el saludo con frialdad. La educación recibida en la infancia pudo más que su desagrado, evidentemente. Él curvó su boca, adivinándose ya cautivo de su encanto. La joven parecía una muñequita de porcelana, de las caras que se ponen en el escaparate de las tiendas para Navidad, pensó. Blanca, rubia, preciosa. Lucía un vestido de paseo azul celeste adornado con cintas, puntillas y volados. Su cabello largo, donde se entretejían el color del oro con la tonalidad de las hojas en otoño, caían en bucles sobre su espalda, en tanto su sombrerito veraniego adornado con una única flor echaba sombra sobre el óvalo de su rostro.

Luis perdió la sonrisa al descubrir la presencia de su medio hermano. Él dijo algo en voz baja. La dama asintió y se centró en el libro en el que estaba interesada. Juan Ignacio se despidió del caballero con un gesto atento, aunque Luis lo ignoró como siempre lo hacía, y subió a su carruaje. Abandonó la propiedad de los Dávalos, preguntándose cómo acercarse a esa muñequita de porcelana que lo había desdeñado con solo una mirada.

En unos pocos días, encontró la manera. Le bastaron unas palabras para hallar en Santos Arizmendi la complicidad que necesitaba para comenzar el cortejo a la dama. Con el tiempo, Fiorella se convirtió en su objetivo, su obsesión, la razón de su existencia. Era el claro de luna que le iluminaba la vida. Nunca antes había hecho la corte a una mujer. Cometió errores. Se impacientó. Se mostró tiránico y prepotente. Lo cierto era que estaba

profundamente asustado. Porque nunca se imaginó a sí mismo tan embelesado por una mujer.

Fiorella lo rechazó. Lo consideraba un salvaje, como casi todos los miembros de la aristocracia a la que ella pertenecía y que a él aceptaba a regañadientes. No le importó. Estaba decidido a tenerla. Así que la acorraló con sus atenciones, la obligó a convertirse en su socia, con la anuencia de Santos, por supuesto, y le reveló en todo momento, con brutal desfachatez, su deseo y anhelo por ella. A pesar de su obvio disgusto, no cejó en su empeño.

Cuando su madre, Patrizia, murió, intentó brindarle su apoyo y consuelo, pero Fiorella lo rechazó una vez más. Pensó que tenía tiempo para convencerla de aceptar sus sentimientos, pero ella no tardó en comprometerse con Máximo Belmonte. En tanto consideraba la forma de romper ese compromiso matrimonial al que consideraba un error, Fiorella falleció. Entonces todo su mundo se resquebrajó y se hizo añicos.

—… nacio. ¡Juan Ignacio! —lo llamó Thaddeus, arrancándolo bruscamente de sus recuerdos—. ¿Estás escuchándome?

—Lo escucho, señor —dijo, suave.

—Mañana en la tarde comerás en mi casa —dijo, impaciente—. Quiero saber todos los detalles de esta estupidez, porque este duelo fue una estupidez, espero que lo sepas. Aguardo tu visita para el mediodía.

—Como guste, señor.

Thaddeus asintió, satisfecho. Vaciló. Finalmente clavó en él sus ojos inteligentes. Había cierto orgullo en su mirada.

—Espero que lo que fuere que estés planeando conseguir, resulte —dijo—. Crie a un lobo, no a un pusilánime. No me defraudes, muchacho.

—Le aseguro, señor —dijo Juan Ignacio en voz baja —, que está todo debidamente calculado. Hasta el último detalle.

Capítulo 12

La lluvia de final del invierno se desvaneció al caer el crepúsculo sobre la ciudad de Corrientes. El aire se había refrescado con la tormenta vespertina que anunciaba una pronta primavera. En sus alas llevaba impregnado el intenso aroma de la tierra fértil, la fragancia de la fronda exuberante, de las flores silvestre y del húmedo día. La noche se acercaba. Sobre el horizonte teñido de negro, esporádicos trazos de plata revelaban la luna en su escondite. Su ligero fulgor, atrapado entre las celosías de los ligeros nubarrones que se resistían a irse, se extendía, etéreo y sublime, en traslúcidas ondas que el viento arrullaba.

Al amparo de la tarde que moría, el viejo convento se asentaba entre las sombras que echaban sobre la antigua edificación los añejos árboles que lo rodeaban. La hiedra que trepidaba agazapada en sus altos muros; el agua que discurría, silente, sobre el tejado; el distante zumbido de una oración en la capilla, repetida por docenas de voces en recogimiento; y el rumor callado de las labores habituales propias de la vida en reclusión, todo allí subrayaba la extraordinaria paz que envolvía el claustro.

En una de las galerías que conducían al interior de un edificio anexo a la torre del campanario, donde resonaban los acordes de un anticuado clavecín, las monjas que se afanaban en sus quehaceres, apenas prestaron atención al visitante que cruzó el pasillo en silencio, en compañía de una joven novicia.

Los pasos del caballero hicieron ecos en el corredor. La luz de las velas tembló con la caricia de la brisa proveniente del huerto. La sombra del visitante se extendió, rauda, sobre los baldosines hasta

desaparecer en los escalones que conducían al interior del edificio encomendado a Santa Teresa.

En la penumbra, el camino se bifurcaba. Hacia la derecha, estaban los aposentos destinados al descanso de las hermanas. Hacia la izquierda, el pasaje continuaba, flanqueado por imágenes santas, hasta abrirse a un salón semicircular custodiado por una monja de avanzada edad. Provista de una vara, la anciana apenas se inmutó cuando con la mirada examinó de arriba hacia abajo al extraño visitante.

Detrás de la hermana Clara, media docena de pequeñas celdas, separadas del salón de recibo por una reja de hierro, se destinaban a la contención de las damas de clase acomodada cuya enajenación mental había obligado a sus parientes a buscar un asilo para su retiro y cuidado.

Juan Ignacio saludó a la hermana Clara y se despidió cortésmente de la novicia que había guiado sus pasos por el interior del claustro. Con el pelo suelto sobre los hombros, la mirada dura y los rasgos cincelados con fiereza, su aspecto resultaba temible, incluso amenazante.

La hermana Clara frunció el ceño, recelosa, pero su desconfianza se sosegó al ver a la señora Celabert observar al recién llegado sin un ápice de temor. Por el contrario, su presencia pareció aliviarle la congoja.

Cuando Eneida vio al señor Dávalos detenerse a unos pocos pasos de distancia, cerró la biblia que tenía entre las manos y se incorporó despacio del reclinatorio. Había perdido peso. La ropa le cayó en pliegues sobre un cuerpo flaco y huesudo. De la dama de antaño, bonita y elegante, que vestía con sencillez, tan admirada por sus variadas virtudes, ya no quedaba nada. El pelo entrecano lucía poco atractivo aprisionado en una redecilla. La piel cetrina, los ojos enormes y ojerosos, los labios blanquecinos, todo manifestaba un profundo agotamiento.

Por cortesía, la hermana Clara se retiró hasta el umbral del salón en silencio, permitiéndoles un espacio de privacidad. El frufrú de sus ropajes al rozar el suelo pronto se acalló y el silencio monacal se profundizó.

—Pensé que ya no vendría, señor Dávalos —dijo Eneida en voz baja. Su voz desesperanzada, ronca, no reveló más que cansancio—. Creí que una vez más se negaría usted a verme.

Juan Ignacio no respondió. No lo consideró necesario. Avanzó hacia la puerta de hierro, ignorando deliberadamente a la mujer que seguía sus pasos con ansiedad, y observó el interior de la celda. El recinto destinado a la señorita Flora Farré era pequeño y oscuro. Solo la luz de unas velas iluminaba el ambiente desde un candelabro sujeto a la pared. Un ventanuco permanecía abierto junto a la viga que cruzaba el techo abovedado, sin vidrios ni postigos. El viento frío se colaba por allí en pequeñas ráfagas. El escaso y sencillo mobiliario resultaba apenas visible en la penumbra gris: un catre, una mesa de noche, un banquillo y un baúl era todo lo que contenía, además de un pequeño rincón dedicado a la contemplación.

Flora estaba de rodillas en el reclinatorio, con los ojos fijos en la cruz asegurada a la pared. Un rosario enredaba sus dedos mientras la oración se repetía en sus labios una y otra vez, sin descanso. Su expresión desencajada revelaba desasosiego. El cabello suelto le caía sobre los hombros, desordenado. Su cándida apariencia había desaparecido. Su aspecto ruin causaba repulsión. Juan Ignacio no apartó los ojos de la joven.

—¿Qué quiere de mí, señora Celabert? —preguntó fríamente.

—Mire a mi hija, señor Dávalos. —Eneida la contempló también—. Mírela bien. Desde que el señor Belmonte la acusó de la muerte de Fiorella, la desesperación se apoderó de ella —dijo, pesarosa—. Trató de convencerlo de su inocencia, pero el señor no quiso escucharla. Máximo rompió el compromiso matrimonial con ella y no lo hizo discretamente, como lo haría un auténtico caballero. Por el contrario, permitió que su familia y allegados revelaran la razón de la discordia. Las habladurías fueron espantosas. Supongo que ya lo

sabe. Mi hija se vio obligada a ocultarse en la casa, lejos de la mirada insidiosa de quienes la acusaban en silencio de un crimen que no pretendió cometer. Me temo que su razón se ha resentido. Ya no es la misma, como ve. Así son sus días: de rodillas, absorta frente a la imagen de Cristo en la cruz, murmurando una y otra vez la misma plegaria.

Juan Ignacio enarcó una ceja.

—¿Se atreve a mentirme, señora Celabert? ¿A mí? —musitó—. Qué descaro el suyo.

—¡Mi hija no es una asesina! —dijo Eneida mientras meneaba la cabeza. Los labios le temblaban—. Es una niña insensata, egoísta y ambiciosa, pero no es mala. Jamás lastimaría a su hermana. La quería y se preocupaba por ella. Lo que sucedió aquel día fue un accidente. No debió ocurrir. Fiorella resbaló y mi hija, sorprendida, no pudo asirla a tiempo. La tragedia no pudo evitarse. Simplemente sucedió. Ese hombre, Ortiz, mintió. No sé por qué lo hizo, pero no dijo toda la verdad. Créame: Flora nunca cometería un crimen tan atroz.

—Una mentira más…

La dama volvió sus ojos hacia el interior de la celda. Tembló al escuchar la amenaza latente en las palabras del caballero, pero no se arredró. Las lágrimas empañaron sus ojos cuando volvió una vez más la mirada suplicante hacia el hombre que la observaba con sorna.

—Señor Dávalos, observe a mi niña —dijo Eneida, abrumada por el dolor—. El padre decidió encerrarla aquí, culpándola de todos sus quebrantos. No le importó que le suplicara de rodillas por compasión. Intenté convencerlo de que no lo hiciera, de que tuviera consideración por la niña, pero Joaquín no quiso escucharme. Incluso me ofendió con palabras que nunca antes se habría atrevido a usar al dirigirse a mí. Parece odiarme ahora. Es un hombre egoísta, pero nunca lo creí cruel.

—¿Cuál es el motivo de que me haya citado aquí hoy, señora Celabert? —preguntó, indiferente.

—Quiero apelar a su piedad, señor Dávalos —dijo la dama, contrita.

—¿Piedad?

—Sí. Mi hija no está en sus cabales. Ha perdido el juicio.

—¿Está loca?

—Está enferma —musitó Eneida tras una pausa—. Necesita mi apoyo y los cuidados de un médico, no padecer de su enfermedad aquí, sola, en esta celda fría y oscura. Si hablara usted con mi esposo, sé que podría convencerlo de que dejara salir a Flora del convento. Yo me ocuparía de buscar ayuda para ella. Sé que él lo escuchará. Mi marido haría cualquier cosa que usted le ordenara. Le teme, señor. Lo sabe, ¿verdad? No dudo de que Joaquín será obediente a sus designios.

De pronto, Flora apretó el rosario entre los dedos con fuerza. Sus nudillos palidecieron. La piel del rostro adquirió la macilenta apariencia de estar exangüe. Los ojos enormes, agrandados por algo más profundo que el miedo, por el terror más absoluto, se fijaron en una esquina de la celda, sin pestañear. Su boca se abrió y un gemido débil escapó de sus labios agrietados.

—¡Aléjate de mí! —gritó.

Cayó de rodillas, apartándose del reclinatorio. Se arrastró hasta un rincón y se cubrió la cabeza con las manos. Entre los mechones desgreñados de su pelo, los ojos contemplaban con creciente pavor un algo invisible que se acercaba a ella, cruel y amenazante.

—¡Caíste! —gritó—. ¡Te vi caer, no pude ayudarte! —Los gritos desaforados quebraron la quietud con ecos de su espanto—. Lo sabes, no me culpes. Resbalaste. ¡Tú resbalaste!

—Cálmate, Flora —rogó Eneida, aferrada a los barrotes de la celda —. No hay nadie más allí. Por favor, deja de gritar. Mamá no permitirá que nadie te lastime. Confía en mí, cariño. No hay nada allí que pueda herirte.

La joven no la escuchó. Agitó los brazos en el aire, en un vano intento por rechazar la invisible amenaza que se cernía sobre ella.

—¡Intenté tomarte del brazo, pero me rechazaste y caíste…! ¡Déjame! ¡No te acerques a mí!

—¡Flora, hija, deja de gritar!

—¡Fantasma! ¡No me lastimes! ¡No fui yo quien te empujó, solo caíste!

Sus agudos sollozos entrecortados hendían el aire con su desesperación. Eneida comenzó a llorar mientras su hija se debatía en el suelo, alejándose a rastras del ser espectral que creía ver en su locura.

—Señor Dávalos, es usted un caballero —dijo, secando sus lágrimas con el dorso de su mano cenicienta—. Sé que odia a mi hija, pero no tiene razones para ello. La muerte de mi hijastra fue un accidente. Apelo a su misericordia, señor. Hable con mi marido y libere a mi hija de su tormento.

—Se parece a usted, señora —dijo en voz baja tras haber contemplado largamente a Flora.

—¿Disculpe?

Juan Ignacio miró a la mujer que suplicaba por su clemencia con creciente frialdad. En sus ojos verdes no había rastro de conmiseración. Semejaban las pupilas inescrutables de un animal, incapaz de sentir nada más que placer al ver acorralada a su presa. Eneida retrocedió, tambaleante frente a esa mirada hostil.

—Patrizia, la madre de Fiorella, era una mujer de carácter débil —dijo Juan Ignacio despacio, recalcando cada palabra. No apartó su mirada gélida de la mujer que retrocedía alejándose de él paso a paso hasta detenerse contra el muro, con la espalda en la pared—. Fue instruida por su padre para manejar la fortuna familiar. Eso requería un temperamento suspicaz. Se la reconocía por su habilidad para los negocios. Era una dama inteligente, pero fácil de amedrentar. De profundas convicciones morales y religiosas, y como era una madre amorosa, resulta extraño que decidiera quitarse la vida repentinamente, sin ninguna razón, ¿no le parece, señora Celabert?

Eneida se estremeció.

—No comprendo qué quiere decir… —tartamudeó.

—El señor Arizmendi nunca creyó a su hija capaz de quitarse la vida sin motivo aparente —dijo Juan Ignacio con calma—. Le era imposible imaginar a su querida Patrizia, la niña que crío con tanto esmero y dedicación, en un estado tal de enajenación. ¿Cómo podría arrojarse al vacío desde la terraza de su habitación, sin que nadie tuviera algo que ver en su decisión?

—Esa mujer…enloqueció —dijo Eneida. Sus manos estrujaron los pliegues del vestido a los lados del cuerpo—. Joaquín no la amaba. Ella estaba celosa. La ira debía de consumirla. Enfermó de odio. Todos lo saben.

Juan Ignacio sonrió, y su sonrisa fue espantosa, una burla odiosa y temible que revelaba a las claras un resentimiento.

—Usted fue a visitarla esa noche —dijo con calma. La voz aterciopelada resultaba apenas perceptible en la quietud, pero llegó claramente a los oídos de Eneida.

—¡No!

—Entró a la casa con la ayuda de una sirvienta, una mujer que le permitió acceder a la habitación de la señora a cambio de una promesa.

Eneida se cubrió la boca con las manos. El espantoso secreto que había estado ocultando durante años se revelaba así ante ella, cuando no estaba preparada para enfrentarlo.

—Imposible… —musitó.

—Esa mujer renunció a su trabajo poco después.

—Yo no sé nada de eso…

—Con una fuerte suma de dinero entre las manos, compró una propiedad lejos de la ciudad, donde vivió recluida en compañía de hijos y nietos.

—¡Nunca la conocí, lo juro!

—Yo la encontré. Imagino que sabe qué me contó.

—No, no…

—Lo sabe.

—¡Usted miente! Esa mujer…

—¿Juró callar? —Eneida soltó un jadeo, sintiéndose desfallecer—. Esa mujer permitió que usted, la amante de Joaquín Celabert, se colara en la casa mientras él estaba ausente, y sorprendiera a la señora a la que servía en su habitación, sola e indefensa —dijo Juan Ignacio con dureza.

—Yo sería incapaz…

—A cambio de su traición recibió de usted más dinero del que habría ganado fregando pisos por el resto de su vida.

—¡Miente! ¡Esa mujer miente!

—Cuando la encontré, se había convertido en una vieja decrépita, confinada a una cama, asolada por la culpa. —Juan Ignacio esbozó una sonrisa desagradable—. Con toda seguridad, una vez prometió callar, pero conmigo a su lado, no se atrevió a ocultar nada de todo lo que había visto y oído esa noche, tantos años atrás.

Eneida enmudeció. Recordó el perfume a jazmín y flores blancas, impregnando una habitación en penumbras. La fragancia provenía de la terraza. Las puertas de vidrio que se abrían al pequeño jardín colgante estaban entreabiertas.

Bajo la tenue luz de la luna, una figura delgada se inclinaba a rozar los pimpollos con la punta de los dedos. El borde del camisón le cubría apenas los pies pequeños. La brisa jugaba con su pelo rubio, acariciando el hermoso perfil. Esa mujer bella, instruida, rica, le resultó de pronto repugnante. El odio creció en ella. Los celos y la envidia le nublaron el raciocinio.

Había llegado hasta Patrizia Arizmendi de Celabert con la intención de enfrentar a esa mujer y así lo hizo. La llamó por su nombre. Cuando la dama se volvió, atónita al encontrar a una extraña en su alcoba, Eneida se presentó. Era hermosa, mucho más hermosa que esa mujer, y lo sabía. Se lo mencionó, haciéndole entender que Joaquín jamás se habría casado con ella si no fuera una rica heredera. Expresó su descontento con la dama, porque prefería ignorar deliberadamente su propia existencia y la de su hija, y fingir que todo estaba bien en su matrimonio. Le recriminó que retuviera a Joaquín a su lado, cuando él no la amaba en absoluto, que lo

obligara a quedarse lejos del hogar que él había construido con ella y con Flora, que estuviera orgullosa de su familia, cuando en realidad su marido prefería estar con ella.

Con Patrizia viéndola horrorizada, cada vez más pálida a causa del dolor experimentado, Eneida tuvo la satisfacción de revelarle al fin sus sentimientos, de hablarle de los años compartidos en secreto con Joaquín, de hacerle saber el odio que su esposo sentía por ella. Eneida deseaba lastimar a Patrizia profundamente. Quería herirla, verla llorar, sentirse superior a esa mujer bajo cuya sombra siempre había vivido. Ansiaba solazarse en su dolor. Y lo logró.

—¿Discutieron, señora Celabert? —preguntó Juan Ignacio.

Eneida levantó la cabeza, incapaz de emitir ningún sonido. El pánico había constreñido su garganta.

—No, por supuesto que no —concluyó el diablo.

—¿Cómo…?

—¿Cómo lo sé? —Él la miraba a los ojos—. Esa sirvienta, Olga, se ocultaba detrás de la puerta. No escuchó ninguna discusión, porque solo usted hablaba. Arrojó a la cara de una inocente todas las mentiras de un marido infiel. Le habló usted de cada uno de los años pasados en compañía de Joaquín, de la hija que había tenido para él, de sus sueños de una vida juntos. Le habló de Flora, amada y consentida por su padre, y la comparó con Fiorella, una niña ignorada. Y le dijo algo más también. ¿Cierto? Que Joaquín había elegido el nombre de Flora para la hija que había tenido con usted porque esperaba que fuera mejor y más importante que la pequeña flor que había dado a luz Patrizia Arizmendi. Eso destrozó su corazón.

Eneida fue incapaz de articular palabra. Juan Ignacio la miró.

—Olga la vio abandonar la alcoba de la señora unos minutos antes de escuchar el llanto desgarrador de su patrona. Después de un momento, hubo silencio y luego un ruido seco, como algo que golpeara el suelo brutalmente. Patrizia no resistió su veneno, Eneida. Ella no era tan fuerte de espíritu como usted. Así que decidió acabar

con su vida. ¿Sintió arrepentimiento alguna vez, señora? Creo que no.

—Esa mujer miente. —Pero en sus ojos se adivinaba la verdad.

Ella nunca lo había olvidado, aunque lo había intentado. En ocasiones revivía en sus sueños aquel momento. Cuando escapaba de la casa por el jardín, con temor a que Joaquín llegara de improviso y la encontrara allí, giró una esquina justo en el momento en que el cuerpo de Patrizia Arizmendi caía al piso. La vio golpear la cabeza contra el embalsado. La sangre se extendió poco a poco bajo su cuerpo laxo. Su blanquísimo camisón se tiño de rojo en la penumbra.

Esa mujer estaba muerta. Ella debió estar aterrada, en cambio no podía dejar de sonreír. Todavía en sus sueños sonreía. Porque nunca había odiado tanto a alguien como llegó a odiar a Patrizia Arizmendi.

Juan Ignacio se inclinó, tendió la mano y estrujó en un puño su pelo desgreñado. La acercó a él con brutal violencia y fijó en sus ojos los suyos fríos, salvajes, desprovistos de toda humanidad.

—Esa mujer, Olga, está muerta. Falleció aquejada por terribles dolores. Temía ir al infierno por su crimen. Despertará allí, con toda seguridad, para padecer terribles tormentos por toda la eternidad. Un destino que compartirá usted también en su momento.

—Ella se mató…— jadeó, asustada—. ¿Cómo podría adivinar que se suicidaría? Solo quería hacerle saber… ¡Yo no la empujé!

—¿Qué importa si no la empujó con sus propias manos? Es como si lo hubiera hecho —continuó, despiadado—. Yo me ocuparé de que viva usted un infierno muy particular aquí, en vida, señora Celabert.

—¿Qué?… ¿Qué dice?

—Los rumores le serán intolerables. Las miradas la seguirán, sabiéndola culpable de la muerte de una inocente. Lo que ha experimentado su hija bajo el escarnio público no es ni la sombra de lo que vivirá usted, señora. Le doy mi palabra. Será acusada, juzgada y vilipendiada por todos aquellos que alguna vez admiraron su entrega y dedicación al señor Celabert y a su hija. La reconocerán

como lo que es: una mujerzuela que no dudó en destruir la vida de una señora por sus propios celos enfermizos.

—No puede hacer eso…

—Haré eso y mucho más, créame —dijo Juan Ignacio y la soltó bruscamente, como si le repugnara su cercanía—. Dicen que estoy loco. Que soy el diablo. ¿Cree que tendré compasión de usted?

Eneida percibió el atronador silencio a su alrededor. Los gritos y sollozos de su hija se habían acallado. De reojo vio a Flora de rodillas con las manos aferradas a los barrotes de su celda, con su rostro ceniciento vuelto hacia ella, asombrada y temerosa. Eneida quería tranquilizarla, asegurarle que estaría bien, que nada le sucedería. Si esa sirvienta estaba muerta, no había más testigos de lo ocurrido aquella noche. Solo la palabra de un hombre al que todos creían demente. Pero no pudo hacerlo. Porque sabía que ese monstruo desalmado no se detendría ante nada ni nadie por conseguir lo que se había propuesto: destruirla. Le hincaría las fauces en el cuello y no la soltaría hasta verla desfallecer en el lodo, a sus pies. Como estaba decidido a hacer con todos los que una vez habían agraviado a Fiorella.

—Le hablaré de su futuro, señora Celabert —dijo Juan Ignacio, despacio—. Vivirá cada día en un infierno que crearé especialmente para usted. No podrá escapar. No importa a dónde huya, le estaré detrás, siguiendo sus pasos. Me ocuparé de que todos a su alrededor, fueran quienes fueren, conozcan su crimen. Será tan despreciada por esa sociedad a la que tanto deseó pertenecer, que su propio marido, siendo como es, egoísta y mezquino, renegará de usted a cambio de mantener la escasa reputación que le resta, si es que le queda alguna. Sabe que es cierto: ese hombre que una vez juró amarla, se ama más a sí mismo. No dudará en echarla a los lobos para que se den un festín con usted a cambio de saberse a salvo.

Eneida sintió sus piernas débiles. Apenas se sostuvo en pie al asirse desesperada a los bordes irregulares del muro.

—En cuanto a su hija, me ocuparé de ella —dijo Juan Ignacio, volviendo sus ojos hacia la joven que lo mirada aterrorizada desde el interior de su celda—. Flora se pudrirá aquí dentro. No permitiré que nadie la libere de su encierro jamás.

—No… —Flora ciñó con fuerza los barrotes entre sus dedos exánimes—. ¡No puede hacerme eso! ¡Loco! ¿Cómo se atreve?

—¿Decidió finalmente dar por terminada la actuación, señorita Farré? —preguntó Juan Ignacio con desdén—. Una lástima. Estaba comenzando a resultarme divertida.

—¡Aléjese de mi madre…!

—Cálmese, Flora. —Juan Ignacio se inclinó hacia la joven y ella retrocedió bruscamente, alejándose hacia la oscuridad del aposento. A través de los barrotes, vio de soslayo a Eneida caer de rodillas, con la expresión vacía—. Aprenda a controlar su temperamento. Recuerde donde está. Se dice que está loca. Es una pena. Es tan joven, y está destinada a pasar el resto de su vida en este lugar hasta que la muerte la recuerde. Y aun entonces, espero que pueda compartir junto a su madre ese rincón especial en el infierno que seguramente les está reservado.

Flora soltó una exclamación, asustada. Juan Ignacio se volvió y asintió hacia la estupefacta hermana Clara. La mujer lo guio hacia la salida con un gesto, intentando disimular el horror. Él echó una última mirada hacia la madre y la hija. Luego abandonó el lugar, indiferente.

Cuando los pasos del caballero resultaron imperceptibles en el pasillo, Flora se acercó a la reja y sacó las manos por entre los barrotes, llamando ansiosa a su madre. El frío se acrecentó poco a poco. Se le adhirió primero a los brazos, luego a las manos y, finalmente, a los dedos. Como si invisibles garras esqueléticas se ciñeran a ella, inmovilizándola. Empalidecida y nerviosa, vio su aliento dibujarse en el aire mientras la respiración se convertía en jadeos entrecortados a causa del pánico.

De pronto, de reojo, percibió una sombra cernirse hacia ella. Flora levantó la mirada bruscamente. Vio unos pies amoratados suspendidos en el aire. El borde de un vestido viejo y sucio, hecho jirones, flotaba alrededor de los pálidos tobillos. Flora soltó un grito y se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, llenos de espanto. Con el corazón golpeando con fuerza en el pecho agitado, un agónico gemido de terror escapó de su boca cuando el espectro se irguió frente a ella, con las cuencas vacíos de los ojos rezumando sangre.

Flora comenzó a suplicar ayuda. Los agudos aullidos desencajaron su voz mientras intentaba asirse desesperada a los barrotes de la puerta.

—¡Aléjate de mí! —chillaba, enloquecida. El pelo se le zarandeaba sobre los hombros con vehemencia, en tanto los dedos tironeaban de las varillas de hierro—. ¡No te acerques…! ¡Aléjate, aléjate de mí!

Eneida miró a su hija con desazón.

—Es inútil —musitó. Se asió a la pared, intentando incorporarse. Sus piernas todavía temblaban bajo su peso. Los dedos crispados se veían muy blancos en la penumbra. El rostro macilento revelaba desesperanza—. Flora, ya basta.

Los penetrantes gritos de la joven no se detuvieron. Con el pelo enredado, los ojos enrojecidos y el rostro desencajado por el terror, no hacía más que vociferar incoherencias mientras se aferraba a la reja y la sacudía con fiereza, en un fútil intento de escapar de esa prisión. La asfixiante fragancia de claveles en flor flotó en el aire, le impregnó la nariz, la envolvió y le comprimió la garganta. La hermana Clara apretó la boca, disgustada.

—Cállese —ordenó.

—¡Tiene que dejarme salir! —gritó Flora, desesperada—. ¡Ella está aquí! ¿No la ve?, ¿No puede verla? ¡Fiorella vino por mí! ¿Qué estás haciendo?, ¡Te ordeno que me dejes salir! ¡Perra estúpida! ¡Déjeme salir!

La hermana Clara levantó la vara y golpeó los dedos de Flora una y otra vez hasta que la joven retiró las manos entre sollozos entrecortados de miedo y dolor. Eneida se apartó de la pared y se aferró al brazo de la monja, sujetándole la mano con fuerza.

—¡Deténgase por Dios! —exigió.

—¡Suélteme, señora!

—¡La está lastimando!

La anciana sacudió el brazo para deshacerse del agarre.

—¡Su hija tiene que aprender a comportarse! Nadie aquí consentirá sus arrebatos, ¿comprende?

—Es solo una niña. ¿Cómo puede ser tan cruel? —dijo Eneida, dolida.

La hermana Clara dirigió los ojos gélidos hacia la joven que gemía en el suelo, enroscada sobre sí misma, mientras se cubría el rostro con los brazos, como si quisiera protegerse de algo que se cernía sobre ella.

—Es una excelente actriz —dijo con desprecio.

Eneida vio a Flora volverse sobre sí misma y arrastrarse hacia un rincón de la celda, murmurando el nombre de Fiorella entre sus labios.

—¡Flora, ya basta! —ordenó.

La joven la ignoró. En el afán de alejarse de ese algo invisible que la atosigaba, se destrozó las uñas al rasguñar los antiguos ladrillones que cubrían el suelo. Eneida se cubrió la boca con las manos y comenzó a llorar, impotente.

—Eso no funcionará —musitaba.

La hermana Clara hizo un gesto de desdén, le dio la espalda a la mujer y a la hija. Se alejó entre las sombras, sujetando la vara de disciplina con fuerza entre los dedos afilados.

El frío se desvaneció. El olor a claveles desapareció. Flora no se atrevió a mirar a su alrededor. Con la cabeza oculta entre los brazos, suplicaba entre sollozos el perdón de un espectro.

Capítulo 13

Santa Ana, provincia de Corrientes, 1876.

En la penumbra de su guarida, Juan Ignacio se apoyó en el respaldo del sillón, estiró las piernas y fijó los ojos desapasionados en el fuego que cabrioleaba en la chimenea. El fulgor de las llamas perfiló con brutal cincel sus rasgos salvajes, la curva de la boca, los profundos pliegues de la capa desceñida que intentaba aún aferrarse a él, pese a la indolencia de su postura. El pelo, todavía mojado por la reciente tormenta, hacía mucho que había escapado de la sujeción de la cinta y le caía desde las sienes hasta los hombros. Tenía la corbata floja alrededor del cuello, la ropa de luto húmeda, las botas sucias de barro, un aspecto de rufián que solo suscitaba miedo.

A unos pasos de distancia, junto al escritorio, el señor Arteaga apartó del señor Dávalos una mirada temerosa y recogió apresuradamente sus pertenencias. El aspecto, vivaz y juvenil, pese a la avanzada edad, contrastaba vivamente con la sombría tenebrosidad del entorno y más aun con la oscura peligrosidad del anfitrión.

Cristóbal dirigió otra rápida mirada hacia el caballero e intentó ocultar el creciente nerviosismo. Lo incomodaba la expresión del señor Dávalos. Percibía en él una emoción que lo arredraba. Como una amenaza latente acechando en las sombras. Miró su reloj. Se palpó los bolsillos, asegurándose de tener la cartera con él y, finalmente, prestó atención a su posesión más querida: un

estilógrafo. A su entender, el artilugio le confería la adecuada distinción en su trabajo de abogado. Lo guardó con cuidado y, luego, con su habitual esmero, al amparo de la ligera luminosidad de las velas, abrió el maletín de cuero y observó el interior con atención. Tenía por costumbre revisar sus posesiones una última vez antes de por fin abandonar un lugar. Examinó con rapidez los documentos que se le habían confiado. Satisfecho, se incorporó, se envolvió en su pesado abrigo de lana y se dispuso a marcharse. Juan Ignacio dirigió hacia él una mirada indolente.

—¿Ya se va? —preguntó, pero no parecía importarle realmente la respuesta.

—Así es —confirmó Cristóbal—. Pronto anochecerá y el regreso a la ciudad no será sencillo con esta lluvia. Debo ponerme en camino si quiero llegar a tiempo para la comida.

—Comprendo.

—Permítame reiterarle mi más sentido pésame por su perdida, señor Dávalos —dijo con un tono de pena apropiado—. Entiendo que el señor Santos Arizmendi era un buen amigo suyo.

—Era un buen hombre —respondió Juan Ignacio con la vista en el fuego—. Un auténtico caballero.

—Realmente una tragedia —musitó Cristóbal con una expresión adecuada a las circunstancias, y dirigió los ojos ansiosos hacia los ventanales.

Llovía. El sutil murmullo de la tormenta arreciaba en la quietud de la noche. El aire, fresco y límpido, se deslizó furtivo a través de los ventanales, aromatizando el recinto con los olores del bosque: a hojas, eucaliptos, piedras musgosas y madera mojada. Las cortinas oscilaron bajo el delicado arrumaco de la brisa nocturna. En su vuelo fluido y delicado, dejaron entrever la ligera luminosidad de una antorcha que desde la galería exterior pincelaba de plata la inquietante oscuridad que se agazapaba en torno a la casa. A la distancia, el sordo rumor del riacho que cala hondo entre las rocas, el rítmico silbido de los juncos junto al espejo de agua, los esporádicos chillidos de los pájaros nocturnos, incluso el crujir de los

árboles al entrelazar las ramas en la bóveda que cubría la avenida de acceso a la mansión, eran todos sonidos propios de la campiña en la noche y, sin embargo, percibía allí, en esa quietud silvestre, la presencia espectral de un algo inaudito, realmente aterrador.

—Mi administrador se entrevistará con usted mañana en la tarde —dijo Juan Ignacio fríamente—. Tiene en su poder una serie de documentos que le serán entregados. Confío en que serán ejecutados de acuerdo a mi voluntad con la debida discreción.

El letrado se mostró de pronto más interesado en las palabras del diablo que en abandonar apresuradamente la finca.

—Esos documentos que menciona usted, ¿están relacionados con sus bienes? —sondeó, curioso.

—Sí.

—Entonces…

—El hijo del señor Franco Yasuká pronto cumplirá el año de vida —dijo Juan Ignacio, sin ninguna emoción en la voz.

—¿Oh? No lo sabía. —El señor ocultó el desconcierto con una sonrisa. No entendía qué pretendía el señor Dávalos, pero la experiencia en la abogacía le había enseñado a ser paciente. Así que añadió—: Es un hombre muy valiente. He oído sobre su valor en batalla. Admirable realmente; un héroe en la guerra contra los invasores paraguayos.

—Decidí obsequiarle a su hijo la mayoría de mis bienes personales. Los documentos que firmé convierten al señor Yasuká y a su esposa, Agostina, por supuesto, en fideicomisarios del patrimonio donado hasta la mayoría de edad del niño.

—Eso… —Cristóbal vaciló, sorprendido—. Eso es muy generoso de su parte —concluyó.

Juan Ignacio observó las llamas devorar los leños que las nutrían. El fuego crepitó, poderoso e ingobernable, reflejándosele en la mirada vacía.

—Hay además otras disposiciones cuyo cumplimiento dejaré en sus manos, señor Arteaga —continuó en voz baja—. Obras de caridad, principalmente, donativos a orfanatorios, asilos y a Nuestra

Señora de la Merced, que deberá realizar en mi nombre después de mi muerte.

El señor Arteaga se estremeció. El frío se elevó y se enroscó en torno a sus manos. La escarcha se dibujó lentamente contra el vidrio de las ventanas.

—Señor, ¿se encuentra usted bien? —preguntó, ansioso.

—Muy bien —dijo Juan Ignacio con una sonrisa hastiada—. En pleno uso de mis facultades mentales, a pesar de los rumores.

—No fue mi intención insinuar…

—Confío en usted, señor —lo interrumpió Juan Ignacio, cortante, finalizando así un tema que obviamente no le interesaba discutir—. El señor Henríquez tratara con usted los detalles que le sean de utilidad.

—Sí, señor, por supuesto.

—Buenas noches, señor Arteaga —lo saludó Juan Ignacio con los ojos cerrados.

El anciano comprendió que su visita ya se había excedido en demasía. Se aseguró de tener consigo todas sus pertenencias una vez más y luego se despidió con la habitual cortesía. Cuando apresuró los pasos y salió al vestíbulo, se cruzó con el señor Yasuká.

—Señor, ¿cómo está usted? —saludó, educado.

—Todavía llueve —dijo Franco en tanto se quitaba el abrigo. Cerberos se sentó a sus pies. Él le acarició las orejas con una sonrisa —. Si quiere, puede usted quedarse a comer, mientras espera a que amaine.

—Le agradezco, pero prefiero ponerme ya en camino.

Cristóbal miró al perro con cautela. El animal, más parecido a un lobo que a un chucho, lo observó un instante con sus fríos ojos amarillos antes de volver la atención hacia la oscuridad que se enroscaba a las puertas de la biblioteca. Franco sonrió.

—Como guste —dijo.

El abogado apresuró los pasos y abandonó la propiedad con rapidez, temiendo quizá verse compelido a pasar un momento más allí, donde, según los rumores, embrujaba el fantasma de una dama

vestida de blanco.

Franco lo vio huir bajo la lluvia hasta alcanzar la precaria seguridad del carruaje, luego cerró la puerta y se internó en la penumbra que parecía volverse sustancia en los rincones del antiguo caserón, seguido de cerca por Cerberos.

Franco se detuvo en el umbral de la biblioteca al ver a Juan Ignacio descansando frente a la chimenea. El perro se mostró reacio a cruzar la puerta. Por el contrario, retrocedió asustado. Su mirada atenta se había fijado en un punto en el aire, junto al fuego. Franco reprimió la imperiosa necesidad de santiguarse y se adelantó a cerrar las ventanas. Los viejos rosales estiraron los dedos secos y deformes hacia los postigos y arañaron los cristales bajo el impulso del viento. Franco se volvió con la intención de convencer a su comandante de que fuera a descansar a la habitación, y se sorprendió al ver a Juan Ignacio contemplarlo con una vaga sonrisa en su boca.

—Pensé que dormía, señor —dijo Franco de buen humor. Arrastró un banquillo hasta la chimenea y se sentó frente al caballero. Extendió las manos hacia el fuego—. Hace frío. Vaya a su habitación. Se enfriará aquí.

—Eres un buen padre —respondió Juan Ignacio.

Franco hizo una mueca. Caldeó los dedos frente a la lumbre. Vio la botella de whisky vacía en el suelo, pero no hizo comentarios al respecto.

—Joaquín Celabert huyó —dijo, después de un momento—. Escapó de sus acreedores llevando consigo todo el dinero que halló en su casa, además de la joyería de su esposa.

—No llegará muy lejos.

—Por cierto que no. No tiene los medios ni la habilidad para escapar de los prestamistas.

—Terminará en la cárcel por fraude.

—El señor Arizmendi hizo los arreglos necesarios en sus últimos días para asegurarse de que suceda —comentó Franco—. Consiguió vengar sus agravios antes de morir.

Juan Ignacio contempló el fuego. El calor de la lumbre no conseguía alejar de él el frío infinito que parecía adherirse a sus entrañas, el vacío que lo constreñía, invencible y monstruoso, asfixiándolo con brutal desesperanza.

—Ya puede descansar en paz —comentó en voz baja.

Franco asintió. Cruzó las piernas con dejadez, tal como era su costumbre cuando se encontraba cómodo, y observó de reojo el creciente nerviosismo del perro.

—Flora Farré está muerta —dijo finalmente.

—No me diga.

—Le sorprenderá saber cómo sucedió.

—¿Sí?

—La madre la mató.

Juan Ignacio apenas alzó una ceja. El ligero crujir del chisporroteo de las llamas fue el único sonido perceptible en el recinto. Afuera, el viento ululaba bajo el alero; el follaje de los árboles se agitaba en rítmico vaivén, bailando con la lluvia; la noche se tornaba más negra bajo el intrincado tejido de las nubes que cubrían el firmamento. Juan Ignacio se apoyó contra el respaldo del sillón cómodamente.

—¿Por qué? —preguntó.

—La señora Celabert acudió al convento poco después de que los acreedores llegaran a su casa exigiendo la cancelación de las deudas contraídas por el marido —dijo Franco con lentitud—. En estas pocas semanas permaneció recluida en su casa, incapaz de enfrentar a nadie. Desde que los rumores revelaron sus crímenes, perdió a amistades e incluso sus familiares se negaron a asistirla cuando el señor Celabert la abandonó a su suerte. Se quedó sin dinero ni medios para subsistir. Ni siquiera se ocupó de su alimentación. Los sirvientes dicen que lo único que la preocupaba era el destino de su hija, encerrada en el convento, incapaz de valerse por sí misma. Creen que su razón comenzó a resentirse cuando la hermana Clara le envió un mensaje, comunicándole que la señorita Flora había intentado acabar con su vida. Desde ese momento, su conducta se volvió errática.

—Es posible que finalmente comprendiera que el infierno más cruel se experimenta aquí, en esta tierra, y no en otro lugar. —Juan Ignacio observó el reloj que se encontraba sobre la repisa de la chimenea. El lento tictac reverberaba en el silencio con exasperante morigeración—. Todos tenemos nuestro infierno particular. Y lo experimentamos antes de la muerte.

Franco apretó los labios. No le gustaba la emoción casi imperceptible que se adivinaba en la voz de su comandante. Había una tristeza infinita oculta en sus palabras.

—Señor, no hable así —susurró.

—El mío es la soledad —dijo Juan Ignacio, cavilante—. La fría y eterna soledad de vivir sin la mujer que amo. A veces resulta insoportable.

—Tal vez debería quedarme aquí esta noche —dijo Franco inquieto.

—Aquí está mi viejo padre otra vez —comentó Juan Ignacio, y rio entre dientes—. Solo ignórame. Me conoces. A veces tiendo a decir tonterías. Especialmente en días como hoy, en la víspera de su muerte.

Franco le contempló el perfil, tenso. Su nerviosismo aumentó. Había olvidado que en unos instantes se cumpliría un aniversario más del fallecimiento de la señorita Fiorella Celabert. Observó al comandante con más detenimiento. Además de un evidente cansancio y desazón, no encontró en la expresión nada más preocupante. Juan Ignacio hizo un gesto con la mano.

—Ahora termina de contarme qué sucedió con esa mujer y su hija.

—La hermana Clara me comentó que Flora estaba muy asustada —continuó Franco. Se puso un cigarro en la boca y lo encendió—. No consiguió conciliar el sueño en los últimos días. Se mantenía despierta, siempre atenta al entorno. Suplicaba a la hermana que la acompañara en su desvelo. Decía que había algo en la oscuridad. Que la acechaba. Que quería su vida. La monja no le creyó, por supuesto. Pero notó a la señorita Flora muy nerviosa. Aun así, no aceptó quedarse a su lado. Tenía que ocuparse de asear y atender a

otras reclusas. Así que, cuando la señora Celabert pidió acompañar a su hija, aceptó. —Juan Ignacio presionó sus dedos sobre su pierna. Frotó su herida, distraído. Franco le dio una chupada a su cigarro y continuó—: Cuando la hermana Clara regresó a la celda de la señorita Farré, la encontró muerta en la cama, con los dedos de la madre todavía presionándole el cuello. Eneida susurró entonces que no podía permitir que su hija viviera el resto de su vida encerrada en ese lugar oscuro y frío. Era el último gesto de amor que tendría con la niña que concibió con el hombre que una vez amó.

—Una madre amorosa, sin duda.

—Confesó —concluyó—. Con toda seguridad será condenada a una pena de cárcel bastante larga.

—No resistirá la culpa de haber asesinado a su amada Flora.

—¿Cree usted que no?

—No. —Juan Ignacio curvó las comisuras de sus labios—. No tiene esa fortaleza.

—Así que piensa que encontrará la manera de quitarse la vida.

—Sí. —Juan Ignacio echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos contemplaron el reloj una vez más. Las manecillas se aproximaban inexorablemente a la medianoche.

—Ahora que su venganza en nombre de la señorita Fiorella llegó a su fin, comandante, debería usted concentrarse en recuperarse de sus dolencias —dijo Franco con un tono aleccionador y una fingida tranquilidad que ocultó tras algunas pitadas a su cigarrillo—. Hablé con su médico. Dijo que si regresa usted a su casa en la ciudad y se mantiene lejos de este ambiente húmedo y frío, las molestias que le causa la herida se aliviarán. También me comentó sobre las propiedades medicinales del ungüento que le prescribió. No comprende por qué se niega usted a utilizarlo. Podría ayudarle a sentirse mejor, señor.

—Podría, sí.

—Tal vez debería pensar en hacer un viaje a un lugar más cálido.

—¿Crees que eso me beneficiaría?

—Por supuesto que sí. Así como dejar la bebida.

—Dejaré de beber. —Juan Ignacio esbozó una sonrisa—. Lo prometo.

—Debe prestar atención a las indicaciones del señor Piñeiro —asintió Franco, satisfecho. Aunque todavía se sentía inquieto por alguna razón que no conseguía discernir, saber que su comandante estaba dispuesto a cambiar los malos hábitos por el bien de su salud lo aliviaba de tanta preocupación—. Es importante.

Juan Ignacio se incorporó. Tenía cierta dificultad al caminar, pero no parecía estar experimentando el mismo dolor lacerante que lo había torturado en el pasado.

—Regresa a tu casa —ordenó. Extendió la mano y palmeó el hombro del amigo que lo había seguido y apoyado en sus momentos más álgidos—. El camino al pueblo se anegará más tarde. Tu esposa se preocupará.

—Pensaba comer aquí —explicó Franco con el ceño fruncido.

—Regrese a su casa, guardiamarina. Es una orden.

Franco tuvo que sonreír. Se puso de pie, con el cigarro todavía en una esquina de su boca.

—Está bien, comandante —dijo por fin y le hizo un gesto militar—. Una orden es una orden. Siempre lo dije. No puedo negarme, por supuesto. Como en aquellos tiempos, señor, cuando burlábamos el bloqueo paraguayo, ¿recuerda? Parece que sucedió ayer, pero no, ya han pasado varios años. Cómo pasa el tiempo…

Franco calló abruptamente cuando Juan Ignacio le estrechó la mano.

—¿Comandante? —murmuró, confuso.

—Gracias —dijo Juan Ignacio.

Franco de pronto sintió que no debía regresar a su casa esa noche. El vehemente y apremiante impulso de quedarse se le reflejó en el rostro.

—Señor, comeré aquí —dijo—. Cocinaré yo. Aprendí un platillo nuevo, ¿sabe usted? Le haré una sopa para empezar. Ya me dirá usted si no es lo más delicioso que ha probado en la vida. Agostina

dice que debería solicitar un empleo en la cocina de cualquier familia pudiente. Me contratarían al instante.

—Saluda a tu mujer de mi parte —dijo Juan Ignacio tras palmearle el hombro—. No permitas que se moleste conmigo. Ya te he retenido mucho tiempo a mi lado.

—Es usted un amigo, comandante —declaró tras quitarse el cigarrillo de la boca—. Ella comprende.

—Márchate ya. Y llévate a ese perro contigo.

—¿A Cerberos?

—No quiero ocuparme de él esta noche.

Franco percibió en el aire el ligero, casi imperceptible, aroma de un clavel. El frío se le adhirió a la mano, como si algo tirara de él, obligándolo a quedarse. La aterradora sensación sobrenatural de ser retenido por una entidad invisible desapareció cuando Juan Ignacio lo empujó del hombro, guiándolo hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches, comandante —respondió casi distraído.

Llamó al perro con un gesto. Cerberos lo siguió, inquieto. Franco cruzó el pasillo a oscuras. Solo la luz de un candelabro iluminaba el interior del vestíbulo. El lugar resultaba así, en la penumbra, totalmente opresivo. Franco se detuvo un instante en el zaguán. Vio a su comandante despedirlo con un gesto antes de volver al interior de la biblioteca. Se envolvió en su abrigo. Al tirar de la manga, notó en su brazo un rastro de sangre. Observó de cerca la herida que no había notado antes. Tres rasguños se revelaron frente a su mirada sorprendida. El miedo le heló la piel. Se estremeció. Un sudor gélido le bajó por la espalda. Vaciló. Ocultó la herida bajo el puño de la camisa y salió al pórtico. Cuando se alejó en la oscuridad de la noche, el miedo se había transformado en pavor.

Juan Ignacio apoyó un hombro contra la ventana y observó a Franco desaparecer en la oscuridad, bajo la lluvia. El tiempo transcurrió inexorable, como siempre, entre un momento y otro. Desde el interior de la chimenea, la luz del fuego dibujó su perfil, le

ensombreció parte del rostro, se reflejó un instante en esos ojos claros.

El reloj quebró el silencio con sus plañideros tañidos. La medianoche llegó. Juan Ignacio corrió el cerrojo de la ventana y tiró de las cortinas. Se volvió y cruzó la biblioteca hasta detenerse junto al escritorio. Se inclinó y abrió la segunda gaveta. La capa que lo cubría se deslizó a un lado, sobre uno de sus hombros.

Debajo de un cúmulo de viejos documentos y antiguas cartas, halló la fría culata de un arma. Juan Ignacio extrajo la pistola y cerró el cajón con un chasquido. Los ojos zorrunos llameaban, terribles, tormentosos…vacíos.

Capítulo 14

El viento remontó el río, se alzó sobre las piedras que cimentaban la margen de la barranca vieja, luego gimoteó entre los antiguos y enmohecidos muros del cementerio. Arrastró consigo una miríada de hojas muertas, el exiguo olor de la tierra mojada por la lluvia y el aterciopelado frescor del invierno.

Junto al suspiro del aire que cabrioleaba entre las tumbas, una intensa fragancia a flores blancas se deslizó en la penumbra que se acrecentaba en los rumorosos rincones del estrecho pasaje. La hiedra se encaramó con habitual sosiego a la majestuosa cúpula abovedada del mausoleo. Los árboles se mecieron con sereno garbo bajo la gentil caricia del aire. En el cielo, el apelmazado entramado de nubes negras que tejía la noche sobre la ciudad dormida, se resquebrajó un instante y la luna se asomó entre sus cortantes aristas. La ligera claridad iluminó la sombría calleja de baldosines, el rumoroso ropaje verdeazulado de los árboles, además de las pequeñas y blanquísimas campanillas que templaban con el rocío. El cementerio, ceñido en la apacible quietud de la oscuridad, parecía exhalar en cada respiro soledad y melancolía.

En la distancia, muy a lo lejos, casi inaudibles, se escucharon los lúgubres tañidos de unas campanas. El triste clamor no tardó en extinguirse, aunque los resabios de la infinita nostalgia evocada se amotinaron en el viento e impregnaron la noche con su pena.

La luz de una farola tembló. Otra la imitó. Una más osciló. Al instante, todas las luces se apagaron con un chasquido. La penumbra azul desapareció y la oscuridad extendió unas gélidas alas alrededor del cementerio, cobijándolo bajo el negro plumaje.

El viejo vigilante se estremeció. Elevó la lámpara y observó el entorno. Una sombra se cernió lentamente sobre la espalda corva de un ángel de mármol. Otra más acechó a los pies de una cruz. Un susurro ininteligible reverberó entre las lápidas. Las palabras distantes, apenas perceptibles, se repetían confusas, superpuestas, incomprensibles. Algo se arrastró sobre las hojas muertas que amortajaban el camino. El tenue crujido evocó el grácil frufrú que debería provocar el vestido de una dama al rozar el suelo.

El cuidador crispó los dedos contra el asa del quinqué y decidió emprender el regreso a su pequeño refugio junto a las puertas del camposanto. Sin volver la vista atrás, se alejó rápidamente. En el apuro por alcanzar la portería, el anciano olvidó cerrar el portón que custodiaba el mausoleo donde había estado bebiendo. Dejó el candado abierto, el cerrojo sin seguro. El miedo compelió al vigilante a apresurarse. Cuando llegó a la garita, cerró la puerta con un golpe. Echó el pestillo. Aseguró la ventana y corrió la cortina. Dejó la lámpara sobre la mesa y tomó su biblia. Se arrodilló en el reclinatorio, como tantas otras veces en noches como esa, cuando los muertos buscaban compañía, y con dedos temblorosos se santiguó.

Afuera, la oscuridad se enrolló sobre la avenida y, de entre las sombras que bordeaban el acceso, emergió la corpulenta silueta de un hombre. Los pliegues de su capa ondearon en el aire. Avanzó en las negruras con calma. Era evidente que conocía el camino. Que lo había transitado en incontables ocasiones a través de los años. Una rama chasqueó al romperse. Al caer al piso la rama le cortó el paso al hombre. El frío se intensificó. El olor del clavel se tornó irrespirable, angustioso.

Juan Ignacio eludió el obstáculo, sin siquiera prestar atención, y avanzó en la oscuridad hasta que llegó al portón de hierro que rodeaba la bóveda de la familia Arizmendi. Sus ojos desapasionados habían perdido todo rastro de vida. Sin emociones, descoloridos, casi grisáceos, ardían aterradores. Su mirada cayó en la cadena que aseguraba el portón. Colgaba suelta a los lados del herraje. El

candado estaba abierto. Empujó la verja y subió los escalones del pórtico. Presionó la mano contra el picaporte de la puerta y luego empujó con brutal violencia hacia adentro. Una, dos veces. Hasta que la tranca se rompió y la cerradura cedió.

A través de uno de los vitrales de la ventana, una ligera luminosidad azulada iluminaba el interior del mausoleo. Hojas de acanto talladas en bajorrelieve cubrían las paredes. Los capiteles, el mármol gris, la cruz de piedra y la magnífica cúpula se encontraban en sombras. En el centro del recinto, sobre un altar tallado en piedra, yacía un ataúd polvoriento. Sobre su cubierta, deshacía el tiempo una corona de flores de seda y satén y una pequeña placa con un nombre gravado: "Fiorella Celabert".

Juan Ignacio caminó hasta el féretro y apoyó la mano en él. El contorno de sus rasgos, la curva amarga de sus labios, el ardor opaco de su mirada, todo en él revelaba la profunda desolación de su alma. Inclinó la cabeza y murmuró una oración. El pelo renegrido le cayó sobre las sienes, ocultándole la expresión.

—Una vez creí que podría poseer todo cuanto me propusiera —dijo en voz baja. La voz apenas perceptible quebró el pesado silencio que envolvía el sepulcro—. Ignoré advertencias. Desafié a Dios. Burlé al destino. Pensé que, si no me rendía, si jamás retrocedía, conseguiría esa felicidad que me eludía desde la infancia. Olvidaría el hambre, los desprecios, las humillaciones. Tendría un hogar, el amor de una mujer y el cariño de mis hijos. Me equivoqué. —Juan Ignacio convirtió en garras los dedos y constriñó en la palma de la mano los claveles de tela. Murmuró una y otra vez el nombre de la única mujer que amó, con la cabeza gacha, los dientes apretados, los ojos rojos—. Todo lo que creí poseer y lo que pensé merecer se desvaneció en cuanto intenté alcanzarlo. Como el reflejo de la luna sobre el agua. Incluso tú; tú, mi luz; tú, mi ilusión, el claro que deseaba tener en mi vida; tú, mi amada; tú también me rehuiste. Me dejaste solo aquí. ¿Tanto así me odiabas? Qué cruel eres. Y aun así te quiero tanto. —El dolor le impregnó el oscuro terciopelo de la voz—. Una vez te dije que me esperaras, ¿recuerdas? Estás muy sola

aquí. —Él se inclinó y se dejó caer de rodillas sobre el embaldosado ceniciento. Las flores de seda y satén se le desbarataron entre los dedos pálidos. Los labios le temblaron—. Una vida sin ti —dijo finalmente después de esa larga pausa—. No cometí crimen tan atroz que merezca tal dura sentencia.

Él calló, como si no tuviera más que decir. La puerta tembló sobre sus goznes. El viento penetró al recinto a través de una rendija. Los pétalos de tela fueron arrastrados con brutal violencia. Se arremolinaron en el aire y golpearon con fuerza al caer. El polvo se elevó y difuminó. El frío se tornó opresivo. Juan Ignacio metió la mano entre los pliegues de la ropa. Extrajo la pistola con calma.

—Siempre quise tu felicidad —dijo de golpe. Acarició el metal con la punta de los dedos—. Quería verte reír. Consentir todos tus caprichos. Ansiaba mimarte. Deseaba tanto amarte, querida. No aceptaste nada que proviniese de mí. No me permitiste darte mi amor. —Juan Ignacio curvó las comisuras de los labios. De rodillas, así como cuando se ama con humildad, sin condiciones, absolutamente, con igual determinación, apoyó la punta del cañón en su sien—. Ahora, déjame entregarte lo último que me queda por ofrecerte —pidió—. Mi vida.

Entonces disparó.

Tercer movimiento

Presto agitato

Sonata para clavecín o piano N.° 14 en do sostenido menor,
Quasi una fantasia, op. 27, N.° 2,
"Claro de Luna".
Ludwig van Beethoven

Capítulo 15

Fiorella se incorporó bruscamente. El entumecimiento que le entorpecía la mente se desvaneció poco a poco con el dolor que le ascendía por la garganta, quemante y opresivo. Su mirada, aturdida, reflejó de pronto el horror. Sangre. ¡Había tanta sangre!

Las lágrimas temblaron en el borde de sus ojos. Resbalaron y le humedecieron las mejillas. La desesperación se manifestó en su expresión cuando creyó escuchar en el silencio los ecos del disparo que acabó con la vida de Juan Ignacio. No consiguió detenerlo. ¡Lo intentó todo y aun así no pudo evitar su muerte!

—¿Por qué? —susurró.

La angustia le estrujó el pecho. Los senos se le elevaron con la respiración agitada. La ira arreboló sus mejillas. Cerró las manos en puños y ya no pudo contener la aflicción. La vehemencia de sus emociones se exteriorizó en los profundos lamentos que ahogaron su voz.

—¿Por qué…? —Un gemido entrecortado escapó de sus labios trémulos—. ¿Por qué lo hiciste?

El pelo le enmarcó el rostro, revuelto y ensortijado, cuando luchó por ponerse de pie, tratando de escapar de lo que la retenía. ¿Qué intentaba detenerla? ¿Acaso la oscuridad pretendía capturarla y arrastrarla a sus profundidades? ¿O quizás fuera la muerte quien por fin había decidido reclamarla enteramente para sí?

—¡Juan Ignacio! —lloró.

Entre sollozos, apoyó los pies descalzos en el suelo frío. Se apresuró a ponerse de pie y el borde de la manta se enredó en los tobillos. La tela tiró de ella hasta que Fiorella cayó de bruces sobre la alfombra.

El dolor del golpe recibido la sorprendió. Con las lágrimas que le enturbiaban la mirada, se observó las manos en un estado de confusión. La luz del sol caía oblicua sobre sus dedos. No estaban putrefactos. La mirada se le aclaró. Vio las uñas rosadas, ligeramente redondeadas. Parecían saludables. No estaban rotas ni amoratadas. Las manos no se encontraban en un avanzado estado de descomposición ni semejaban garras esqueléticas.

Se movió. Todavía tendida en el suelo, sintió el calor del día sobre ella. Esa tibieza le caldeó la piel. Desconcertada, Fiorella siguió con los ojos el oscilante haz de luz que jugaba con sus dedos. Miró el ventanal que se abría a la terraza. Las cortinas estaban descorridas. Se mecían con suavidad con el comienzo del otoño, aún como si fuera verano, que soplaba sobre ellas un aliento afable.

Afuera, la luz de la mañana alumbraba rozagante las flores que pendían temblorosas de la tapia. Colmadas de rocío, las campanillas se balanceaban bajo la caricia de la brisa. Impregnaba el aire el olor del jazmín; la fragancia del día que nacía; de las rosas en flor. Más allá, el cielo fulguraba sin nubes, tan profundamente azul, muy hermoso.

Fiorella notó entonces su propio reflejo en el cristal de la ventana. Tenía el pelo enredado. Los bucles le caían desprolijos sobre los hombros y la espalda. Un camisón azul celeste, adornado con puntillas y delicados bordados en los hombros, la vestía. La piel al descubierto se veía suave y tersa bajo la espléndida luz del día, no gris ni lívida. Lucía el lozano rubor de la juventud. Inhaló profundamente. El aire se sintió cálido en sus labios, ardiente en la garganta, vibrante en los pulmones.

Respiraba. Inhaló y exhaló una y otra vez, incrédula. Estaba viva. ¿Cómo? ¿Por qué?

Fiorella se contempló en el reflejo. Una situación inaudita se representó. ¿Posiblemente un extraño, aterrador sueño había perturbado su descanso? ¿Todo lo experimentado era parte de una horrible pesadilla, nada más?

¡Imposible! No podría haber fantasía más espeluznante ni quimera menos espantosa que imaginarse asesinada, muerta, cautiva en un helado infierno de niebla y oscuridad. Se examinó la cara con detenimiento. En los ojos refulgían el dolor, la consternación, y una emoción sin nombre aún, extravagante y profunda que se agazapaba, cimbreante, en su mirada, la misma oscura y tormentosa emoción que debió apagar sus pupilas al ser testigo del suicidio del hombre que la amó. Todo vestigio de un sueño se desvanecería con el despertar, pensó. No recordaría cada instante vivido como lo hacía. Si lo acontecido, su muerte, el horror sufrido, el amor perdido, ¡tantos arrepentimientos!, si todo aquello fuera parte de una larga y atroz pesadilla, no recordaría cada momento de su padecer con brutal claridad.

Había muerto. Realmente, estuvo muerta. ¡Experimentó la devastación de su alma bajo el odio que devoró todo rastro de lo que una vez fue! Fiorella observó la luz que fluctuaba en sus dedos, luego el lujoso mobiliario. Reconoció la alcoba, elegante y confortable, que había sido suya hasta su muerte. No había oscuridad que la acechara desde los rincones. No había un algo oscuro y asfixiante vigilándola, esperando por ella. La niebla que durante años la había enclaustrado, se había por fin desvanecido. Sintió el ardoroso escozor de las lágrimas al caerle por las mejillas. Podía llorar, respirar, sentir. Había vida en ella: estaba en su sangre, en el palpitar de su corazón, en el aire que le llenaba los pulmones. Vibraba en sus venas, refulgía en su cuerpo, caldeaba su alma.

La vida es esperanza, es oportunidad, es ilusión y también posibilidad.

Solo la vida da vida.

El brutal estrépito de un disparo resonó en su memoria. Fiorella tembló, se apoyó en las manos y se levantó lentamente, sentándose en el suelo. Entre los pliegues de la manta que habían provocado su caída, y de los metros de algodón azul celeste del camisón, volvió el rostro hacia la ventana. Recordó, dolida, el aspecto aterrador de sus

ropajes cenicientos, de la sangre que humedecía su vestido, de la ira y el rencor que le carcomía el rostro putrefacto.

—Esa mujer, Domitila —susurró—, dijo que sucedería.

En su momento, Fiorella no había considerado ciertas las exhortaciones de la vieja curandera. Juan Ignacio, tampoco. Al contrario de otras personas a su alrededor, él jamás pudo percibir su presencia espectral, así que desoyó las advertencias de la anciana. Que Fiorella se nutriría de él. Que se haría más fuerte, alimentándose de su espíritu, que podría manifestarse frente a los vivos, siempre que Juan Ignacio le proveyera de su vitalidad, todo resultó cierto.

En tanto él se hundía en el dolor, en el alcohol, en la locura, en la más abyecta desesperación: Fiorella se sustentaba de sus oscuras emociones. Ella se hacía más fuerte, perdiendo poco a poco su humanidad, pudiendo luego alejarse cada vez más de él, y cobrarse por sí misma todas las injurias recibidas. Juan Ignacio en cambio se debilitaba, se hundía profundamente en su quebranto. En Fiorella crecía la furia y se exacerbaba la sed de venganza; por el contrario, en Juan Ignacio se ahondaba la zozobra y la melancolía. Ella se convirtió en un monstruo, Juan Ignacio fue su víctima, justamente él, ¡él, que la amaba tanto!

Fiorella bajó los ojos. Domitila presintió el peligro que representaba para Juan Ignacio. Intentó advertirle por intermedio del señor Yasuká y alejarla de él. Aunque fracasó, sus intentos de proteger al señor Dávalos del fantasma que se hallaba encadenado a él no cesaron. Con el transcurso del tiempo, Fiorella consiguió manifestarse frente a los que la habían lastimado. Logró aterrorizarlos, herirlos, hacerles vivir parte del infierno al que estaba condenada, pero a qué precio.

Pensó que Juan Ignacio había decidido relegar al olvido las advertencias de Domitila, que había desterrado de su mente esas declaraciones paganas, que jamás creería en tan atroces ilusiones, pero, por alguna razón, esa última noche, eligió creer. Fue entonces cuando percibió que Juan Ignacio carecía de su calma habitual, que

en sus ojos había una gélida determinación que parecía condensarse en sustancia, ensombreciendo su mirada, lo supo: él estaba gestando en su corazón una decisión terrible.

Angustiada, intentó retener al señor Yasuká, evitar que se fuera, obligarlo a permanecer junto a Juan Ignacio, pensó que así podría evitar la tragedia. No obstante, solo lo asustó con su violento agarre. No fue su intención dejarle un rasguño, pero sucedió. Afligida, vio al señor Yasuká alejarse, hundirse paso a paso en la niebla hasta abandonar la propiedad.

A pesar de saber que cualquier otra acción sería inútil, Fiorella quiso detener a Juan Ignacio, primero obstaculizando sus pasos, luego demostrando su enojo, su exasperación, su rabia ante la decisión que él había tomado. ¡Cuanto hizo para preservarle la vida, sin embargo, de nada sirvió!

Abatida, lo vio entrar en el mausoleo. Su mirada vacía, cansada, sombría, le dolió profundamente. Fiorella lo siguió, tratando de idear la manera de hacerse presente frente a sus ojos, de comunicarse con él, de rogarle que no se hiciera daño. Juan Ignacio era su persona más cercana. Durante años, después de su muerte, había estado a su lado día y noche, en todo momento. Supo del pasado de él, de los rencores, anhelos y también de los arrepentimientos que él tenía. ¿Cómo podría no amarlo ya?

—¿Es esta mi condena? —susurró.

Dios, pensó, había castigado su soberbia con cruel ensañamiento, permitiéndole ser testigo del amor incondicional de un hombre, de su intenso sufrimiento, siendo incapaz de brindarle consuelo, de confesarle cuán arrepentida estaba, cuánto lamentaba su altivez.

—Solo la vida da vida —dijo, acongojada.

Perturbado, Juan Ignacio debió tal vez pensar que solo sacrificando su propia vida podría revivir a la mujer que amaba. Qué feroz pensamiento. Qué terrible decisión. Qué determinación. Profundamente emocionada, Fiorella sintió que las lágrimas le anegaban los ojos una vez más. Juan Ignacio, entendió ella, tuvo al

final la loca esperanza de que, tal vez, a cambio de su vida, ella recobraría la propia. Fiorella se miró las manos.

—El atroz sortilegio funcionó —dijo con voz ronca, y entre desgarradores sollozos lloró con profunda tristeza.

Alguien se apresuró en el pasillo. Sorprendida, Fiorella levantó la mirada en el mismo instante en que la puerta de la habitación se abrió abruptamente.

—¡Señorita! —exclamó Agnes, atónita, al verla en el suelo. Corrió junto a ella, asustada. De contextura robusta y ojos muy negros, tenía rasgos indígenas que resultaban particularmente llamativos por su pureza—. ¿Qué pasó? ¿Se cayó? ¿Está bien? ¡Contésteme! ¿Le duele algo?

—¿Agnes? —susurró Fiorella consternada.

—¿Se hizo daño, señorita?

—¡Agnes!

—Sí, niña, aquí estoy. Soy yo, su Agnes, ¿quién más? No llore. Dígame, ¿qué le pasó?

Todavía incrédula, Fiorella observó a la mujer examinarle las sienes, las mejillas, el mentón en busca de moretones.

—Oh, Agnes…

—¡No llore le dije! ¿Por qué son esas lágrimas? —La mujer secó sus mejillas con el borde de su blusa—. Déjeme verla bien. No se lastimó seriamente, ¿verdad que no? —Fiorella meneó la cabeza. Agnes sonrió y dijo, cariñosa—: Qué llorona es mi niña. ¡Mire que berrear así, como si se le hubiese roto a usted el corazón, solo porque se cayó de la cama!

Fiorella se volvió y vio la cama. La encontró revuelta, con las almohadas torcidas, las sábanas arrugadas y la manta colgando de una esquina. Luego miró otra vez a la mujer.

—Me caí —susurró.

—Se cayó, sí, así es. Y por eso tanto escándalo. Imagínese.

Agnes era una india de pura cepa, de manos ásperas y piel curtida. Considerándola leal, honesta y servicial, Patrizia la contrató como nodriza de su hija. La mujer pronto se encariñó con la niña

que tenía a su cuidado, a la que llamaba "Pequeña Flor" y se ocupó de que todo en su entorno estuviera siempre limpio y ordenado. Agnes quería muchísimo a la señora, amaba a Fiorella. Además, se sentía a gusto en la ciudad, por lo tanto, nunca quiso regresar a su asentamiento natal, situado en las cercanías de los esteros del Iberá. Fiorella recordó que Joaquín la había despedido sin contemplaciones poco después de su muerte, pese a su avanzada edad.

—Dígame, ¿qué soñó para ponerla así? —preguntó Agnes, apenada—. Justo estaba pasando por su puerta cuando la escuché llorar. Cualquiera diría que algo terrible le sucedió. ¿Qué fue? ¿Una pesadilla? ¡Pero, niña…!

Agnes casi se cae al verse abrazada por la señorita con tal vehemencia que trastabilló. La joven le rodeó la cintura con los brazos y se apoyó en ella como cuando todavía era una niña pequeña y necesitaba de su conforte para aliviar las penas infantiles. Fiorella creyó que jamás volvería a verla.

—Mi Pequeña Flor, ¿le duele algo? —preguntó Agnes, alarmada—. ¡Dígame dónde le duele! Su Agnes se ocupará de usted, ya verá: conmigo aquí, nada le dolerá.

Fiorella hundió la cara entre los festones multicolores que adornaban el cuello de la blusa de la nodriza. La fragancia de la gardenia la envolvió con su dulzura. Era el perfume de Agnes, un aroma delicado que le acercaba los recuerdos casi olvidados de la infancia: de Patrizia ayudándola a comprender las cifras que parecían interminables en los libros mayores; de su abuelo tomando su pequeña mano, enseñándole a conducirse en un mundo de ordinario dominado por hombres; y de la misma Agnes, quien gustaba de hablarle sobre los duendes traviesos que bailaban en el jardín durante la noche, los mismos que, al llegar el día, huían a sus escondrijos, dejando olvidadas sobre las hojas los diamantes que les adornaban los ropajes.

—¡Qué distraídos son los duendes, señorita! —reía la mujer mientras la sostenía sobre sus mullidas rodillas y señalaba con un dedo el rocío de la mañana—. Siempre dejan sus cosas tiradas por

todos lados. Hay que tener cuidado con ellos, mi niña. Porque cuando se acuerdan de que olvidaron algo por aquí, no recuerdan qué exactamente, y entonces toman lo primero que encuentran como suyo. ¡Así se pierden las cosas de una, porque los duendes se lo llevan todo!

Fiorella ahogó un sollozo. ¡Había extrañado tanto a Agnes! Un ramalazo de profunda tristeza le acongojó el corazón. Patrizia, como madre, era muy afectuosa. La educó y consintió todos los caprichos. Fiorella sabía que la quería, no obstante, muy pocas veces dejó entrever su cariño, en particular si se hallaba Joaquín presente. El marido consideraba toda muestra de afecto hacia la hija vulgar y repulsiva, e insistía en que Fiorella se convertiría en una mocosa desagradable si continuaba mimándola como ella lo hacía. Por lo tanto, Patrizia, siempre obediente a su amado señor Celabert, retaceaba las muestras de amor.

Entonces era Agnes quien consolaba con besos las cuitas infantiles, quien le prodigaba cariñosos abrazos cada vez que su padre la regañaba. Fue ella quien pergeñó decenas de mentiras que excusaban el distante afecto de Patrizia, la frialdad de Joaquín, la indiferencia, el desamor, las continuas ausencias del hogar.

Después de que Patrizia falleciera, Fiorella debió responsabilizarse de las obligaciones maternas. A la sazón descubrió que, para cumplir con sus compromisos, tenía que deshacerse de todo cuanto la estorbara en su rol como única heredera de su abuelo: de lo que le significase debilidad, como la timidez y la docilidad. Siempre pendiente de cumplir con las expectativas de su abuelo, con las exigencias de Joaquín, con las expectaciones de todos cuantos la rodeaban y exigían de ella una conducta intachable, aprendió a mantener un implacable control sobre sus propias emociones. En aquel tiempo, recordó, Agnes siempre había estado junto a ella para cuidar de que comiera a tiempo, se abrigara cuando fuese necesario y bebiera la medicina sin rechistar al enfermar.

A través de las dificultades que halló, del desamor obvio de su padre, del desdén que debió afrontar a causa de su género, juventud e inexperiencia, de las odiosas artimañas con las que muchos hombres de negocios habían intentado doblegarla, Fiorella aprendió a desenvolverse sola, a no depender de nadie más, a afrontar con entereza un hecho incuestionable: por más que se esforzara, a pesar de todas las habilidades desarrolladas y las destrezas aprendidas, jamás conseguiría la aprobación ni el afecto de Joaquín Celabert. Creyó conseguirlo cuando se comprometió con el señor Máximo Belmonte.

Agnes le advirtió entonces que estaba equivocada, que el amor no se obtiene así: complaciendo los caprichos o necesidades de otros. El amor se recibe, se disfruta, se da libremente o se brinda con generosidad, pero no se obliga, dijo. El auténtico amor no se intercambia, no se exige, no se transforma ni se olvida. Agnes, atestiguando su tristeza, le había dicho, cariñosa:

—Usted siempre quiso el amor de su papá. No cayó en la cuenta de que el señor Joaquín tiene muy poco amor para dar. No importa lo que haga usted por complacerlo, nunca la valorará. La falencia no está en usted, sino en él. Usted cree que por fin lo complacerá si se casa con ese caballero, con el señor Belmonte, y que será feliz. Está en un error. Al padre de usted no hay nada que le complazca más que el dinero; si quiere usted agradarle, nomás encuentre la manera de abrirle una cuenta en el banco y páguele todas sus facturas, como lo hizo en vida la mamá de usted… ¡Y ni así la señora Patrizia obtuvo del marido más que su desprecio! El señor Belmonte no es el esposo que usted necesita. Pero, ¿quién soy yo para decirle nada, señorita? Si usted va y hace lo que quiere. Si lo sabré yo, que la vi rechazar al señor Dávalos una y otra vez, porque no supo reconocer en él al único hombre que la amará profundamente, aun cuando Dios, en su infinita sabiduría, lo puso en su camino.

Fiorella sintió las lágrimas calientes arder en las comisuras de sus labios.

—¡Me has hecho tanta falta, Agnes! —lloró—. ¡Mi Agnes!

Agnes le acarició el pelo, consternada. Fiorella se arrebujó en sus brazos. ¡Habría querido expresarle tanto, todo lo que había sufrido, cada uno de sus agravios! Los sollozos le sacudieron el cuerpo con vehemencia, incontenibles. ¡Tenía tantas quejas! Entre la gélida neblina que la ceñía a un mundo de sombras y la apesadumbrada soledad de saberse un espectro, descubrió por fin la falsedad de quienes la rodeaban. Supo de la mezquindad y de las maniobras fraudulentas de su padre, del odio de Eneida y de la hipocresía de Flora. Incluso el señor Belmonte, quien juraba amarla, había traicionado su confianza. Y luego, lo más triste, lo más desesperante que experimentó: ver morir frente a sus ojos a Juan Ignacio. Eso último realmente le rompió el corazón.

—Dígame qué sueño tan espantoso tuvo, mi niña —pidió Agnes con ternura mientras le tomaba el rostro entre las manos—. Cuénteme, a ver si así se le pasa el susto.

—No fue un sueño.

—¿No? ¿Y qué fue?

—¡Yo…! Agnes, yo m… —Fiorella calló cuando la voz se le quebró.

Los intentó una y otra vez, pero simplemente enmudecía, como si un extraño conjuro le impidiera a su voz manifestarse, cada vez que intentaba hablar de su muerte. Le resultó imposible revelar su asesinato, su renacimiento, comenzar siquiera a relatar sus desventuras. Agnes la vio mirarla con creciente desazón, e hizo una pausa.

—¿Todavía le duele lo que discutió ayer noche con el señor Dávalos? —preguntó—. ¿Es eso?

—¿Ayer por la noche? —preguntó sorprendida.

—Ese caballero es muy atento con usted —continuó Agnes, vacilante—. ¡La quiere tanto! No puedo imaginar al señor Dávalos disgustado con su querida señorita Celabert…

—¡Agnes!

—¿Señorita?

—¡Agnes! —exclamó mientras le aferraba las manos—. ¿Qué día es hoy?

—¿Qué…?

—¡La fecha, Agnes! ¿Qué fecha es?

—15 de abril de 1873, señorita.

—15 de abril de 1873 —murmuró Fiorella.

—¿Señorita? ¿Sucede algo?

Fiorella revisó sus recuerdos. Unos pocos días atrás, aceptó la propuesta matrimonial del señor Belmonte en un último esfuerzo por conseguir el afecto y aprobación de su padre. A partir de entonces, Joaquín se mostraría por demás atento con ella. En la casa, donde vivían solo ellos dos desde la muerte de Patrizia, ocurrida a principios de febrero de 1872, los días transcurrirían armónicos y apacibles hasta mediados de mayo, precisamente porque Fiorella había complacido a Joaquín en su anhelo de emparentarse por matrimonio con la familia Belmonte.

En poco más de tres semanas, a principios de mayo, su padre se casaría con Eneida. Teodoro y Eulalia Farré dirían en la boda que Flora estaba muy apegada a su hermana, por lo que expresarían tímidamente la esperanza de que se le permitiera frecuentar la casa de los Celabert a fin de no extrañarla. Joaquín, por supuesto, no dudaría en invitar a la joven a vivir con él y su esposa a la casa que una vez había pertenecido a su primera esposa y en la que vivía su primogénita. Flora no tardó en mudarse para compartir con Eneida los lujos y privilegios que tanto había ansiado.

Fiorella no lo sabía entonces, pero con el tiempo comprendió que todos a su alrededor habían representado con dudosa maestría una obra de teatro por demás ridícula con el objetivo de finalmente unir a una familia de tres en la misma casa: Joaquín, Eneida y Flora, sin que ella cayera en la cuenta de que detrás del escenario se ocultaban un sinfín de mentiras y engaños.

Sería a partir de entonces cuando Flora comenzaría a disgustarla. Provocaría con un sinfín de artimañas la relación entre su padre y ella, fingiéndose víctima de las ofensas y maltratos de Fiorella, logrando así en muy poco tiempo que la armonía en el hogar desapareciera y que Joaquín volviera a comportarse con Fiorella

como era habitual en él: con desprecio e indiferencia. En tanto, Flora lograría seducir al señor Belmonte con su aparente dulzura y gentileza, sin que Fiorella siquiera lo sospechara.

En los dos meses siguientes, Fiorella descubriría la verdadera relación existente entre Joaquín y Flora, una relación de sangre que revelaría las innumerables falsedades preparadas para encubrir su romance con Eneida, un idilio que había durado más de veinte años. A finales del mismo mes, Fiorella moriría asesinada por Flora.

En aquel momento se convertiría en un espectro y comenzaría a padecer su resentimiento en un infierno muy particular, de frío y oscuridad, de arrepentimientos y dolor, un infierno en el que finalmente comprendió cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

—¿… ñorita? ¡Señorita! ¿Se encuentra bien? —Agnes le palmeó la mano, arrebatándola bruscamente de sus pensamientos—. Quizá no debería salir esta mañana como dijo que haría.

—¿Salir? ¿Iba a salir?

—¿Qué, no se acuerda? Anoche me dijo que iría a la casa de su abuelo a comer.

—¿Sí?

—Sí. Sería aconsejable que se disculpara usted con el señor y se quedara en la cama para reponerse. —Hizo una pausa—. Todavía no entiendo por qué insistió usted en estar en su casa poco antes de las diez. ¿A horas tan tempranas quiere almorzar? ¿O no será que se le ocurrió esto para huir del señor Dávalos y no recibirlo?

—El señor Dávalos…

—Es así, ¿cierto? ¡Qué mala es usted! El caballero le envió un mensaje, pidiendo que lo esperara. Querrá disculparse, imagino, y asegurarse de que no le guarde usted rencor por confrontarla en el invernadero. Usted lo perdonará, ¿verdad mi niña? Cuando la encontró a usted anoche, durante la tormenta, seguro que no pretendía molestarla con sus palabras. Habrá estado dolido, y cómo no, si supo que usted decidió casarse con el señor Belmonte. Cualquiera en su lugar se habría exaltado igual.

Fiorella pestañeó. Un recuerdo afloró, de pronto, dejándola atónita. Agnes tenía razón. Ella había insistido en acompañar a su abuelo desde muy temprano en la mañana, con la intención de ocultarse del señor Dávalos. Juan Ignacio había discutido con ella la noche anterior, sí. Tarde, horas después, había recibido un escueto mensaje de su parte informándole que le haría una visita al día siguiente para disculparse por su atroz comportamiento. Por supuesto, ella no esperó por él. De hecho, cuando Juan Ignacio llegó a su puerta, ella le ordenó a Rosita que le dijera que no se encontraba en la casa, que había salido. Luego, después de asomarse a la ventana y asegurarse de que se había ido, huyó. Se había escondido en la casa de Santos todo el día, orando por que el señor Dávalos comprendiera que no deseaba verlo en absoluto, y se mantuviera lejos de ella.

Él comprendió, claro que sí. ¿Cómo podría no hacerlo si la conocía tan bien? Hasta su muerte, Fiorella procedió a evitarlo y, aunque a veces resultaba inevitable un encuentro, ella procuraba que sucediera en público o al menos con alguien más presente, de modo de eludir toda posibilidad de una conversación que la incomodara.

—Piénselo, señorita —le pidió Agnes mientras la acariciaba con ternura—. Ese hombre no merece que usted lo trate mal. La quiere a usted mucho, ¿sabe? Recíbalo y hable con él.

—Lo recibiré —musitó.

—Entonces le enviaré un mensaje a su abuelo, señorita. Le diré que irá a su casa otro día, ¿está bien?

—Sí, Agnes.

—Muy bien. Ahora le traeré una taza de chocolate caliente. Eso la animará, ¿verdad?

—Sí, gracias.

—En tanto vístase.

—Sí, Agnes.

—Así me gusta. Anímese. Seguro que el señor Dávalos no tarda en llegar.

Fiorella la miró, distraída, luego dirigió los ojos hacia el reloj que se hallaba en una esquina de la alcoba. Pasaban unos minutos de las nueve. Agnes la observó desde el umbral, todavía preocupada, después salió cerrando la puerta suavemente tras de sí. Fiorella sintió en sus labios la amargura de sus lágrimas. 15 de abril de 1873. Un día. Un momento. Innumerables posibilidades. ¿Qué hacer? Una decisión podría cambiar en un instante una vida entera.

—Una vez lamenté todo lo que dejé inconcluso —dijo, aturdida—. Hoy sé que cuanto haga o deje de hacer, fuere lo que fuese, es importante. Es un paso más en mi vida. ¿Hacia qué dirección? No lo sabré hasta recorrer el camino. Pero siempre, con cada acción u omisión, algo cambiará. —Se incorporó lentamente—. Con la esperanza de vivir plenamente, de no morir con arrepentimientos, me daré la oportunidad de ser feliz —dijo, y pasó el dorso de su mano sobre sus ojos—. Dios mediante, caminaré hacia adelante. Miraré hacia atrás solo para constatar cuánto he avanzado, no para lamentar lo pasado. Afrontaré lo que tenga que afrontar con fuerza y valor. Una vez me arrepentí de haber consagrado mi tiempo a cumplir con expectativas ajenas, de actuar de acuerdo a lo que se esperaba de mí —recordó—. No sucederá otra vez. Ahora será diferente: sé qué es bueno para mí, qué me hace bien. Sé qué me hará feliz, y no cejaré hasta conseguirlo. No me rendiré. No me dejaré vencer por el miedo. —Vio la manecilla del reloj avanzar—. Hoy sé que todo tiempo se acaba. La vida es un instante. Inexorablemente, terminará. Es este el momento de cambiar. Solo con una decisión. Es hoy. Es ahora.

Fiorella abandonó la habitación primero con lentitud. Apresuró los pasos al cruzar al pasillo. Recogió el faldón del camisón entre las manos y corrió hacia las escaleras.

Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos cuando escuchó el ruido del portón que daba a la calle abrirse y luego el crujido de la hojarasca al ser aplastada en el sendero de acceso al pórtico. Alguien tocó a la aldaba. Fiorella presionó la mano contra la barandilla.

—Juan Ignacio— susurró con voz temblorosa.

Sin pensar en nada más que en confirmar su bienestar, ni en qué decir, ni siquiera en qué hacer exactamente al enfrentarlo, recogió los pliegues del camisón entre las manos y descendió las escaleras con rapidez. Sentía que el corazón se le aceleraba, la respiración se le agitaba y las lágrimas calientes le caían por las mejillas, irreprimibles.

Capítulo 16

Juan Ignacio Dávalos se detuvo en el vestíbulo. Se peinó el pelo hacia atrás con los dedos. Un mechón le cayó sobre la sien, enmarcando sus ojos amarillentos. Rosita cerró la puerta y dirigió la mirada hacia el visitante. Al caballero ya lo conocía, lo había visto en incontables ocasiones en la casa, en compañía de la señorita Celabert. Igualmente le daba miedo. Los ojos gélidos, la sonrisa tenue, la reciedumbre de sus facciones, todo en él la intimidaba. Además, no acostumbraba usar corbata y siempre iba sin sombrero. Su aspecto resultaba, como poco, inquietante.

Ese día se veía especialmente aterrador: vestía botas de montar con un abrigo ligero y su expresión, inescrutable, no hacía más que subrayar otra de sus notorias peculiaridades: ese hombre no se mostraba amable con ninguna persona, sin importar cuál fuere su rango o posición en la sociedad, si se trataba de un hombre o de una mujer. Solo se mostraba gentil con la señorita Celabert. Rosita unió sus manos con nerviosismo. Ya se disponía a pedirle al señor que esperara en el salón en tanto anunciaba su visita, cuando de soslayo vio a la dama en las escaleras, todavía en camisón.

—¡Señorita! —exclamó, atónita.

Juan Ignacio se volvió y levantó la vista justo en el momento en que Fiorella se detenía en el descanso de la escalera. Una vez más, se sintió cautivo por el embrujo de esa mujer. Sabía que no debía quedarse inmóvil, mirándola con fijeza, que no era apropiado, mucho menos cuando la dama se encontraba aún en ropa de dormir; no obstante, no pudo evitarlo. La curvatura de su boca se acentuó cuando la miró de arriba hacia abajo: la hallaba encantadora.

—Señorita Celabert —saludó, galante.

Fiorella lo miró. Las lágrimas le brotaron de los ojos, incontenibles, cálidas y muy amargas.

—Estás aquí… —musitó ella, conmovida.

Él notó la informalidad en el trato, el llanto mal contenido y la mirada se le ensombreció.

—¿Fiorella?

Ya incapaz de contener la emoción que la abrumaba, ella gritó con la voz rota:

—¡Juan Ignacio!

Entonces corrió escaleras abajo con los pies descalzos y con los volados del camisón ondulando en torno a sus tobillos. Segura de que la mantendría a salvo, de que no la dejaría caer y lastimarse, ella no dudó en saltar desde el penúltimo escalón hacia él. Juan Ignacio la recibió sorprendido entre sus brazos. No habló, solo la estrechó con fuerza contra su cuerpo, manteniéndose firme en su lugar cuando la sintió estrellarse contra él.

Juan Ignacio estuvo a punto de alejar a Fiorella para observarle rostro con detenimiento, pero ella le hundió la cara en el hueco del cuello, negándose así a separarse de él. Ella se aferró a los pliegues de su ropa. Inhaló profundamente. Ese olor, amaderado, especiado, cautivante, tan puramente masculino, se elevó y la envolvió, protector. Él llevaba consigo la fragancia del frío, del bosque después de una tormenta, del otoño en la llanura, y ahora ella misma se impregnaba con su aroma. Juan Ignacio le presionó los dedos en los brazos.

—No me alejes —dijo ella en voz baja y se apretó contra él.

Él vaciló solo un instante. Cariñosamente, le rodeó la cintura con un brazo y luego hundió una mano entre el pelo, sobre la nuca, presionando la cabeza de ella sobre su hombro.

—No lo haré —dijo, mientras caía en la cuenta de que era la primera vez que la veía dirigirse a él sin la habitual frialdad, con tal naturalidad y dependencia.

Fiorella apoyó la mejilla en su ancho hombro y lloró en silencio. ¡Estaba aterrorizada por la idea de descubrir que su renacimiento no era más que una ilusión! ¡Que despertaría de su ensueño solo para descubrir que todavía estaba allí, en el interior de la bóveda, de rodillas junto al cuerpo sin vida del hombre que juró que mientras la tuviera, no habría dios ni demonio que pudiera alejarla de su lado! Escuchar esa voz profunda, aterciopelada, tranquila y sosegada, le alivió el miedo.

—Señorita… —comenzó Rosita, incómoda.

Juan Ignacio le dirigió una mirada de advertencia. La joven cerró la boca y huyó. Fiorella le estrujó los bordes del abrigo.

—¡Lo siento tanto …! —susurró.

Juan Ignacio tomó una decisión. Ya sin considerar lo que era o no correcto de hacer, lo que se esperaba de él o lo que cualquiera en su lugar haría, se inclinó y recogió a Fiorella en sus brazos con facilidad. Ella se aferró a él, temblorosa, tratando en vano de contener los sollozos que le oprimían la garganta. Tenía la cabeza contra el pecho de él. Podía escuchar débilmente el tranquilizador retumbar de su corazón. Le rodeó el cuello con las manos y se dejó llevar por Juan Ignacio. Él está bien, pensó. Está bien y está aquí, conmigo.

Juan Ignacio abrió la puerta del salón de un puntapié, cruzó la estancia en penumbras y se sentó en el sofá, junto a la chimenea. Acomodó a Fiorella sobre sus piernas, como si fuera una niña pequeña. Ella intentó incorporarse, pero él no lo permitió. La asió por el talle, reteniéndola. Alisó los frunces de su camisón y le cubrió los pies descalzos del frío de la mañana.

—Te enfriarás —dijo, suave, sin embargo, pese a la mansedumbre de su voz, su mirada se tornó gélida, extremadamente aguda, cuando sintió las lágrimas calientes humedecer la piel que dejaba al descubierto los pliegues de su camisa. Él se movió hacia atrás, tomó el mentón de la joven en su mano e intentó encontrarle mirada. Ella tenía los ojos rojos, los labios entreabiertos por el llanto entrecortado, las mejillas arreboladas, mojadas por las lágrimas—. ¿Qué sucedió? —preguntó.

Ella lo miró. Él tenía una expresión helada en el rostro severo, los ojos vigilantes, atentos a ella. Con un brazo alrededor de su cintura, la sostenía muy cerca del propio cuerpo, tan cerca que podía percibir la tensión en él. Estaba disponiéndose a protegerla de quien fuese, a cualquier precio, adivinó, conmovida. Fiorella sintió la emoción estrujarle la garganta.

—Juan Ignacio…—sollozó.

—Fiorella, no llores. —Y luego, con ternura, añadió—. Contéstame, querida. ¿Quién te hizo llorar?

Él la observaba detenidamente. Que ella lo llamara por su nombre, cuando nunca antes lo había hecho, lo sorprendió. Que olvidara toda formalidad al hablarle, le tomó desprevenido. Que estuviera dispuesta a llorar entre sus brazos y a que él la consolara, lo preocupó. Enormemente. Fiorella jamás se permitiría a sí misma mostrarse tan vulnerable frente a él si no hubiese sucedido algo realmente grave, algo que la lastimó tan profundamente, que acabó por destruir las espinas que había forjado para protegerse y que durante tanto tiempo la habían resguardado. Le apoyó una mano sobre la nuca, le hundió los dedos en el pelo.

—Fiorella, dímelo —dijo, y repitió la pregunta—: ¿Quién te hizo llorar?

Ella sintió que las lágrimas volvían a anegarle los ojos. ¿Por qué no podía dejar de llorar? Lo miró con las pestañas húmedas. Lo vio atento a cada uno de sus gestos, su mandíbula oscura a causa de la barba de días y la atractiva curvatura de su boca. Fiorella no resistió al impulso de tocarlo. Levantó la mano y le apoyó los dedos sobre la mejilla. Muy suavemente. Fue una caricia gentil. Sabía que su conducta era inaceptable, inescrupulosa. Absolutamente indebida, pero no se avergonzó. Cuántas veces había querido hacer esto en los años transcurridos a su lado, cuando lo veía padecer su ausencia, resistir el dolor, ahogar las penas en whisky. Juan Ignacio sintió la piel arder bajo ese toque, el corazón saltar, enloquecido, a causa del gesto inaudito. Fiorella dijo en voz baja:

—Tú.

—Lo lamento —dijo él, dócil. Fiorella escuchó la dulzura en sus palabras, observó la calidez en esos ojos, percibió la infinita paciencia para con ella, el sosiego y la conformidad—. Perdóname —dijo él.

—¿Por qué te disculpas conmigo? —preguntó perpleja.

—Por hacerte llorar.

—No sabes qué provocó el llanto.

—No necesito saberlo —dijo él, paciente—. Si lloras y dices que es por mí, me disculparé contigo. Quiero tu bienestar, tu felicidad. Quiero verte sonreír. Si con pedirte perdón logro que tu llanto termine, me disculparé las veces que sean necesarias. Ya después averiguaré qué hice o dejé de hacer para disgustarte. Finalmente intentaré compensar mi error.

—¿Y si no es realmente tu culpa? —preguntó ella conmovida—. ¿Y si soy yo quien cometió el error?

—Si la culpa está en ti, ¿por qué llorarías?

—Porque te hice daño, y lo lamento.

—¿Querías hacerme daño?

—No.

—Entonces no necesitas lamentarlo.

Ella lo miró, incrédula. Juan Ignacio le tomó la mano y la apoyó sobre el pecho. Ella pudo sentir bajo esos dedos el calor de su piel, la dureza del cuerpo, el rápido palpitar de su corazón.

—Yo te quiero, Fiorella —dijo—. Lo que hagas, lo que dejes de hacer, todo lo perdonaré. Qué pueden importarme tus errores cuando no hay nadie más que tú aquí, en mi corazón. Estás en mi sangre, en mis sueños, en mí. Sin condiciones. Sin exigencias. Enteramente.

Juan Ignacio acercó la mano al rostro de la muchacha. Muy despacio, como si esperara que ella lo rechazara. Pero Fiorella no lo hizo. Simplemente se quedó muy quieta mientras él apoyaba los dedos en su mejilla. Él borró suavemente los rastros de lágrimas con las yemas de los dedos.

—Querida, sincérate conmigo: ¿fui yo realmente el causante de tu llanto? —preguntó—. ¿Todavía estás enojada conmigo?, ¿es eso?

—No.

—¿No?

—No estoy enojada contigo. ¿Cómo podría? Tenías razón en todo.

—¿En todo? —dijo con una extraña sonrisa—. Fiorella, vine a disculparme por mi actitud. Anoche no debí expresarme como lo hice. Lo lamento.

—No tengo nada que reprocharte —susurró ella. Hizo un gesto de disgusto—. El señor Belmonte no me merece.

Los ojos de Juan Ignacio, tan parecidos al ámbar bajo la cálida luz de la mañana, se entornaron.

—¿Qué te hizo? —preguntó.

—No quiero hablar de él.

—Entonces no hablaremos de él —afirmó él mostrándose tranquilo, muy paciente, pero había algo en su calma que la inquietó.

Era la expresión de su mirada, la misma que tendría una fiera oculta en la espesura, a la espera de su presa.

—Juan Ignacio…

—Dijiste que me hiciste daño y lo lamentas, ¿cuál fue tu error, Fiorella? —quiso saber.

Ella una vez más recordó todos sus agravios: el dolor vivido, la soledad, el resentimiento, los años transcurridos a su lado, alimentándose de él, de su vitalidad, viéndolo caer día a día en la melancolía, en la más triste desolación. Rememoró el desasosiego de Juan Ignacio, su tristeza infinita, el vacío de su mirada, la pistola en su mano, sus últimas palabras, el ruido de un disparo y finalmente, la sangre que salpicó su ataúd. La pesadilla comenzó con su propia muerte, un 28 de julio de 1873. Fiorella bajó los ojos. Las pestañas le ensombrecieron la mirada.

—Yo m…—comenzó, y su voz enmudeció.

Jamás podría hablar de su muerte, constató. Tampoco de su renacimiento. Era obvio. El oscuro sortilegio que la trajo de vuelta a la vida, que le brindó la oportunidad de enmendar los errores pasados, debería tener sus condiciones. Una de ellas era, evidentemente, no hablar de aquello que estaba más allá de la comprensión humana. Entre el cielo y la tierra hay una infinidad de secretos y misterios, pensó. Más de lo que puede imaginar un ser humano en su vastísima ilusión.

—¿Fiorella? —insistió él.

Ella se puso de pie bruscamente. Creyó que él la retendría, pero no lo hizo. ¿Por qué habría de forzarla? Su miraba atenta bastaba para mantenerla cautiva. De hecho, no apartó los ojos de ella. Se alejó unos pasos, nerviosa. Se detuvo junto a la ventana. El perfil de la joven se dibujó claramente contra la luz de la mañana. No sabía qué decir para explicar su extraño comportamiento.

Afuera, los árboles temblaban bajo la caricia del viento. No obstante, era un día hermoso. En el cielo no se veían nubes. El azul celeste se extendía límpido hasta el infinito. La luz del sol refulgía en la titilante coloración del jardín: así, bajo su toque, el rojo atavío de los árboles se tornó carmín, el verde azulado del pasto se tiñó con pinceladas de plata y el amarillo de la hojarasca adquirió ribetes de oro.

Hay tal belleza en el otoño, que es difícil pensar en lo que es, en realidad, el presagio de la muerte, del invierno que se avecina. Es la época del año en que la lluvia llora contra el cristal de las ventanas, las hojas se marchitan y caen, el frío respira melancolía y los días se tornan grises, sombríos.

Juan Ignacio se puso de pie. Se acercó a la ventana también. Apoyó un hombro contra el marco, frente a ella. De su lado estaban las cortinas, el cordón de las persianas venecianas, todas las sombras. Él buscó su mirada, inquisitivo.

—¿Por qué creerías que me hiciste daño? —insistió.

Su voz sedosa y oscura, tan sosegada, fue el más eficaz de los encantamientos, porque Fiorella ya no pudo callar su más grande arrepentimiento.

—¡Tú me amabas tanto, y yo te rechacé! —exclamó. Lo miró con los ojos brillantes. Las lágrimas brotaron y resbalaron, incontenibles, de sus pestañas—. ¡Fui mala y odiosa!

—Fiorella…

—¿Estás disgustado conmigo, Juan Ignacio?

—No.

—¿De verdad?

—Jamás me disgustaría contigo.

—¡Deberías disgustarte! —Fiorella presionó los dedos sobre el brazo del caballero—. Si me gritaras y te mostraras cruel conmigo, lo entendería. Porque es lo que merezco. Fui descortés y despreciable.

—Fiorella, basta.

—Quisiera disculparme por eso en este momento —dijo.

—No tienes que disculparte conmigo, Fiorella. No es necesario.

—¡Sí, lo es!

—No. Yo jamás te guardaría rencor.

—Sé eso… —murmuró, llorosa—. Siempre eres así. Tan comprensivo. Tan amable conmigo. Te ríes de mí y me haces reír también. Nada es tan terrible cuando estás a mi lado. Me comprendes tan completamente. Ahora sé que es porque me miras y me escuchas. Porque estás atento a mí. En verdad te importo… Es tan extraño, porque, ¿quién me querría, siendo como soy, arrogante y abominable?

—No eres abominable.

—¡Oh, sí lo soy, soy tan mala! Juan Ignacio, dijiste que me querías como tu mujer, tu amiga y tu amante. Que lo querías todo de mí, y yo…, ¿Qué hice yo? ¡Me comprometí con un hombre al que no quiero! ¡Fui tan loca y ciega y estúpida que perdí la oportunidad de ser feliz y no lo supe hasta que fue demasiado tarde para hacer nada más!

—Mírame, querida.

Ella lo miró a través de las pestañas, como si fuera niña otra vez e intentara ocultar rápidamente las huellas de su llanto antes de ser reprendida por su debilidad. Tenía los ojos hinchados, las pestañas mojadas, las mejillas rojas. Lo vio preocupado por ella, tan dispuesto a brindarle su ternura, que Fiorella no pudo menos que recordar su sacrificio. Juan Ignacio la apartó de la muerte, encadenándola a su alma con los poderosos eslabones de su amor. Él la vengó. La salvó del infierno. Le dio la oportunidad de renacer. Fiorella sintió que sus ojos se humedecían a causa de la emoción. ¡Le debía la vida!

Juan Ignacio se acercó, hundió los dedos en los brazos de ella, luego deslizó las manos por sus hombros hasta la garganta. Finalmente le aprisionó el rostro y se inclinó para alcanzarle los labios. La besó con delicadeza, con cariño, con el atento cuidado con el que se trata lo preciado, lo irreemplazable, lo querido. Esa boca, otrora ruda al tomar para sí lo que le apetecía, antes violenta al arrebatar, despojar y saquear, ya adivinando el rechazo cruel que lo condenaría, en ese momento fue suave y tierna.

—Mi vida —dijo él en voz muy baja—. Todavía tienes una oportunidad conmigo.

Fiorella vio en su mirada tal indulgente ternura que le fue imposible dudar de sus palabras.

—¿Tengo una oportunidad? —susurró.

—Una y otras cien.

—¡Cien!

—Mil más si esas no bastan.

—Una es suficiente —aseguró mientras se apoyaba en el hombro de Juan Ignacio.

—Todas las que necesites, mi amor —le ofreció con una sonrisa complaciente y le acarició la nuca con lentitud, con inconmovible tolerancia—. Entre tú y yo, siempre habrá una oportunidad más.

Fiorella levantó la vista. Notó que los ojos claros de él, que se veían muy verdes en la penumbra, manifestaban, sin artificios, el amor que siempre había estado allí, desnudo, fuerte, feroz, el mismo amor que ella nunca admitió y que sin admitirlo rechazó.

—No me dejes. ¡Nunca me dejes!

—Nunca, Fiorella —prometió Juan Ignacio y le tomó las manos entre las suyas. Le besó uno a uno los dedos.

Ella entrelazó los dedos con los de él. Durante años había lamentado tanto no poder tocarlo, que ahora le parecía que nunca tendría suficiente de su contacto. Solo él, ahora lo sabía, él y su inmenso amor, eran la luz y el calor que alejarían de ella todo el dolor, el tormento y el vacío de una vida. Recordó el frío de la soledad en la muerte, el aislamiento de la niebla que la constreñía, la opresión de la oscuridad que la subyugaba a cada instante y cómo todo aquello se alejaba cuando se acurrucaba a su lado. De pronto sintió miedo, la vorágine ineludible de saberse a merced de un sentimiento que nunca antes había experimentado, imposible de controlar, salvaje y poderoso, como lo era ese hombre.

Él, que la consentía y mimaba, que no dudaba en arrastrarla consigo a su pasión, que la retenía con una mirada, que tenía el poder de darle felicidad o de hundirla en el infierno más desolador, a él, que la hacía tan vulnerable, estaba disponiéndose a entregar su bien más preciado: su corazón. Fiorella apretó la boca en un gesto de obstinada determinación. Ya no estaba dispuesta sufrir a causa de su cobardía, de sus miedos infundados. Quería amar, amar plenamente, sin condiciones. Y, si iba a resultar herida, porque todo amor alguna vez duele, que la herida fuera infligida por él. Fiorella lo miró a los ojos.

—Te quiero —soltó de pronto.

Y el torbellino de emociones que se había abierto bajo sus pies, suspendiéndola sobre el abismo, de repente desapareció. El recelo, la incertidumbre, las dudas, los miedos, todo se desvaneció bajo el influjo de su determinación.

Lo quería a él, sí. Quería su amor, su protección, su inquebrantable indulgencia, su infinita paciencia, sus arrebatos, su pasión desmedida, su salvaje soberbia, ¡lo quería todo de él, todo y eso más, y no se detendría hasta obtenerlo!

Juan Ignacio se sorprendió. Las pupilas se le contrajeron bajo la luz del sol que entraba a raudales por la ventana. Los ojos ya habían adquirido la tonalidad del ámbar cuando se inclinó hacia ella.

—No me mientas —advirtió.

Fiorella abrió la boca para convencerlo de la autenticidad de sus sentimientos, para suplicarle que no dudara de ella y, para su disgusto, no encontró las palabras adecuadas al momento. Calló y titubeó, en tanto decidía qué decir. Juan Ignacio la vio confusa y vacilante, y apoyó un dedo sobre sus labios.

—No me mientas —repitió, y su tono fue casi suplicante—. Por favor, no lo hagas.

—Juan Ignacio…

—No, Fiorella. Puedo aceptar todo de ti. Que me hieras y que me desprecies. Tus desplantes y tus insolencias. Pero no una mentira.

—¡No estoy mintiendo!

—Estás comprometida con otro hombre —dijo él, lacónico.

—¡Terminaré ese compromiso!

Él la miró en silencio.

—¿Por qué? —preguntó en voz muy baja—. El señor Belmonte parece ser un buen hombre.

—Eso parece.

—Te quiere.

—No tanto. —Ella le rodeó la cara con las manos. Sintió bajo los dedos el escozor de su barba incipiente. Le buscó la mirada. Él tenía unos ojos magníficos, muy expresivos, notó—. Él no me ama, no realmente. Y aunque me amara, yo no puedo corresponder a sus sentimientos. Porque te quiero, Juan Ignacio, te quiero solo a ti.

—¿Y cuándo lo descubriste, Fiorella? —preguntó un tanto escéptico—. ¿Ayer por la noche, después de que me expulsaste de tu casa o esta mañana al despertar?

Fiorella no se acobardó. No apartó la mirada de él. No le quitó las manos del rostro. Pretendía que él viera en su mirada la verdad, que no dudara de ella, no ahora que finalmente había comprendido sus verdaderos sentimientos.

—Esta mañana, al despertar —dijo, sorprendiéndolo—. Experimenté un sueño terrible, Juan Ignacio, uno que no quiero volver a tener jamás.

—¿Un sueño?

—Fue una pesadilla en la que me acechaba la oscuridad, y estaba muy sola.

—Yo jamás te dejaría, Fiorella.

—No, tú no. Solo tú estabas allí para mí, pero luego… Luego ya no pude encontrarte. Y entonces comprendí…

—¿Qué cosa?

—Comprendí que todos pueden faltarme, pero no tú —dijo, presurosa, temiendo que él la interrumpiera, que la obligara a callar por recelo y desconfianza—. Juan Ignacio, te necesito a mi lado. Sé que no habrá nadie más importante para mí que el único hombre que me amó, aun conociendo todo de mí.

—Fiorella…

—No, déjame decirlo: Juan Ignacio, prometí al señor Belmonte que me casaría con él. Cometí un error. Ese compromiso terminará.

Él sopesó esas palabras en silencio. Entre ambos se extendió el silencio. Fiorella de pronto cayó en la cuenta de que, para ella, había transcurrido el tiempo, aunque para él, no. Había olvidado que, si bien para ella habían pasado años entre su rechazo y la aceptación de su amor, por lo que era perfectamente comprensible que sus sentimientos cambiaran y evolucionaran debido a todo lo vivido, para él, para Juan Ignacio, solo había transcurrido unas pocas horas entre que ella le exigiera que respetase su decisión de casarse con el señor Belmonte y ese momento en que por fin admitía lo que sentía por él.

Otros encuentros debían de pesarle todavía. Cuántas veces se había mostrado ella déspota y malvada, antipática e impertinente, y había renegado en más de una ocasión del amor que tan generosamente le ofrecía. Era perfectamente comprensible que él no creyera en sus palabras, que dudara de los sentimientos que de pronto le confesaba.

—¿Deseas que hable con él? —preguntó él , suave.

—¿Por qué? ¿Crees que yo no lo haré?

—¿Debería dudar de ti?

—No.

—Entonces no dudaré.

—Juan Ignacio…

—Igualmente podría hablar con el señor Belmonte —dijo él, escueto—. y terminar el compromiso que los une en tu nombre.

—¿Crees que podría mostrarse difícil conmigo? —preguntó Fiorella mientras se apoyaba en la manga de él.

—Es una posibilidad. Si no quieres enfrentarlo, lo haré yo por ti.

—No te preocupes —dijo—. Eso no será necesario. El señor Belmonte es un caballero. Sé cómo manejarlo. Confía en mí.

—Confío en ti —aseguró.

—Juan Ignacio, cuando hable con el señor Belmonte, le diré que cambié de opinión, que no quiero casarme con él. Porque yo… —Hizo una pausa—. Tengo a alguien más en mi corazón. —Juan Ignacio enarcó una ceja, inquisitivo, pero no hizo ningún comentario al respecto. Fiorella hizo una pausa. Añadió, formalmente—. Señor Dávalos.

—¿Sí, señorita Celabert?

—Creo que nunca le dije que usted es muy atractivo —susurró—. ¿Se lo dije?

—No, creo que no.

—Entonces escúcheme: es usted el hombre más atractivo que he tenido el placer de conocer.

—Es usted muy amable.

—No soy amable. Soy sincera. De hecho, cada vez que lo miro pienso en cuánto me gusta. A veces me exaspera, me irrita y me provoca darle un golpe, pero me gusta mucho.

—No sé si este es el momento adecuado para disculparme con usted por hacerla sentir deseos de golpearme.

—No, no es el momento adecuado. No se disculpe. De hecho, no diga nada. Porque entonces dirá una de sus tonterías y me hará reír; o peor aún, podría hablarme de sus sentimientos. Hasta podría usted hacerme una de sus propuestas indecentes, y yo, señor Dávalos, yo estaría francamente tentada a aceptar cualquier cosa que pretenda.

—¿Sí?

—Sí. Porque me gusta. Y me gusta que me abrace, que me bese y que me toque.

—¡No me diga!

—Pero, si sucede, si me habla, me besa o me toca, sé que ya no podré decir lo que estoy tratando de decir, y tengo que decirle lo que siento —advirtió ella—. Es importante. ¿Comprende?

—Sí. Comprendo.

—Esto es muy difícil para mí, de verdad.

—Entiendo.

—Me complace pintar, ¿sabe? —dijo.

—No lo sabía. Pero lo imaginé.

—¿Cómo…?

—Me agrada tomar su mano, señorita Celabert. Creo que eso es obvio. Unas pocas veces noté rastros de pintura en sus uñas.

—No es sencillo quitar el tinte —farfulló. Después de un momento, presionó los dedos sobre su manga—. Hice un retrato suyo —confesó.

—¿En serio?

—No está terminado, pero pronto lo estará.

—Me gustaría verlo.

—Oh, lo hará. Se lo obsequiaré, si lo quiere.

—Lo quiero.

—Quisiera aclararle que nunca pintaría a nadie que no me gustara —confesó un tanto nerviosa.

—¿No?

—No.

Juan Ignacio la observaba. Ella se veía encantadora, particularmente vulnerable en ese momento, con los pies descalzos y con el cabello alborotado sobre su espalda, mientras su camisón azul celeste ribeteado de puntilla, volados y encaje le cubría cada centímetro del cuerpo.

—Señor Dávalos —dijo Fiorella y tomó aire—, sé que soy impaciente, terca y quisquillosa. Pero lo compenso con tres de mis virtudes más destacadas: soy leal, honesta y responsable. Admiro a Adam Smith y a Malthus, a quien leí por su recomendación. Tengo un par de críticas que hacer a sus teorías, pero en general, estoy de acuerdo con su perspectiva económica. Deberíamos discutirlo alguna vez. He comenzado a leer a Lord Byron. Sus versos son hermosos. Especialmente el que usted recitó. Lo he leído infinidad de veces. Quiero que lo sepa. —Hizo una pausa—. Me complace pintar, bordar, pasear en el parque y escuchar música de piano. Como ve, mis gustos son muy variados. Podría adaptarme a los suyos, aunque creo que coincidimos en la mayoría de ellos. Somos muy parecidos, señor Dávalos, tenemos mucho en común. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Sí, estoy de acuerdo —dijo él, despacio—. Tenemos mucho en común. De hecho, más de lo que cree.

—Señor Dávalos…

—¿Sí, señorita Celabert? —Ella tiró de su manga una y otra vez, de pronto cohibida— ¿Fiorella? —La presionó él con dulzura.

Por fin lo miró de frente. Había aprendido a observarlo para entender sus sentimientos. Él era un hombre que no demostraba sus emociones, que prefería callar a exponerse. Y Fiorella lo había herido ya tantas veces. Por supuesto que no revelaría en su rostro ni en su tono ninguna de sus auténticas emociones, más que el habitual humor, la afectuosa tolerancia, la infinita paciencia para con ella. Pero allí, en sus ojos, residía la verdad. Él estaba vulnerable a ella. Tan a merced de sus palabras. Ella ya no dudó.

—Señor, ¿quiere casarse conmigo? —preguntó. El corazón empezó a latirle frenéticamente bajo su mirada atenta. Las mejillas se le tiñeron de rosa, en tanto una repentina timidez la obligaba a bajar las pestañas.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Fiorella? —preguntó él.

Juan Ignacio la observó. La sorpresa y la sospecha se entrelazaban en su mirada. Su conmoción era evidente. Juan Ignacio endureció la expresión. Tomó la muñeca de la joven en su manaza. De pronto, un sentimiento oscuro, celoso, ferozmente posesivo se apoderó de él. Los dedos se cerraron con fuerza. Si ella estaba jugando con sus sentimientos, si esperaba reírse de él… En un instante, Juan Ignacio notó el vivo contraste entre la blancura de la piel de ella y el tono rojizo que estaba adquiriendo la muñeca bajo su agarre. Aflojó los dedos, pero no la soltó. La miró a los ojos.

—¿Qué pretendes? —preguntó—. ¿Reírte de mí?

Fiorella no intentó liberarse de él. Sabía que él no le haría daño. De hecho, esos dedos eran como grilletes, no obstante, no la lastimaba. Sabía que, si intentaba apartarse, él la dejaría ir. Tampoco intentó alejarse.

—Juan Ignacio, cree en mí, por favor —suplicó. De pronto, cayó en la cuenta de que era la primera vez que imploraba a alguien por algo—. ¿Te casarías conmigo?

—¿Por qué?

—Porque te quiero, y deseo ser tu esposa.

—¿Alguna otra razón?

—Te he dado todas.

Él la miraba en silencio, sopesando una a una sus palabras, repasando tal vez una y otra vez todas sus expresiones. Ella intentó comprender sus dudas. Por supuesto, las comprendió, ¿cómo no? Se había mostrado tan mala con él en el pasado, le había demostrado tal desprecio a su amor, que era entendible que él no confiara del todo en la sinceridad de sus sentimientos.

—Señor Dávalos… —Juan Ignacio le soltó la mano, pero no se apartó, por el contrario, se inclinó y le observó los ojos con brutal atención. Fiorella no se arredró—. Cásese conmigo, señor Dávalos —dijo, y fue casi una orden.

Juan Ignacio curvó las comisuras de la boca. Ahí estaba otra vez, el embrujo que lo cautivaba, que lo embelesaba hasta el punto de perder todo vestigio de control sobre sí mismo. Simplemente, era incapaz de protegerse de ella. ¿Para qué negarlo? Deseaba decir que sí, postrarse a sus pies, adorarla de rodillas, como el más devoto de sus admiradores, como se ora a Dios, como se venera a una deidad. Cuánto deseaba tomarla en sus brazos, besarla, hacerla suya, encadenarla a él con eslabones que ni dios ni el diablo pudieran romper. Pero el hechizo no consiguió vencer sus miedos. Esa mujer nunca antes había dejado entrever siquiera cierto afecto. Incluso la noche anterior había manifestado su desprecio hacia él. Pero allí estaba ella, esa hembra intrigante, la misma que se había burlado de sus sentimientos en más de una ocasión, pidiéndole que se casara con ella. Juan Ignacio rio entre dientes.

—Si te casas conmigo —advirtió—, debes saber que no seré cortes contigo, lo tomaré todo de ti, hasta tu último aliento. No habrá disgustos ni rencillas que me aparten de ti o me alejen de tu cama cuando quiera tocarte y dormir a tu lado. Seré exigente, avasallante y dominante. No podrás rechazarme. Serás mi esposa. Demandaré tu amor, tu atención, tu fidelidad, y tu lealtad absoluta. Lo que exijo, también lo doy: mi amor, mi atención, mi lealtad, mi fidelidad, todo eso y más será tuyo. Sé que puedo conducirme con rudeza y ser despiadado, pero puedo prometerte que jamás te lastimaré, ni a ti ni a nuestros hijos. No habrá mentiras ni engaños entre nosotros. No lo consentiré. Necesito a una mujer que sea mi igual, Fiorella, en todo. Quiero que seas la madre de mis hijos. Quiero engendrarlos contigo, que nazcan de ti. Quiero ser tu hombre, el único en tu vida y en tu cama. Dices que quieres casarte conmigo. Te pregunto otra vez: ¿estás segura de que eso es lo que quieres?

Fiorella lo miró. ¿Él pretendía asustarla? Él estaba asustado. ¿Trataba de engañarla? No podría. Ella lo conocía tan bien. Se acercó, sorprendiéndolo, y alzó la mano para amansar a la bestia. Le acarició la mejilla con la punta de los dedos, los deslizó por el contorno anguloso del rostro hasta los labios.

—Es lo que quiero —dijo—. Todo. Lo quiero todo de ti.

—Fiorella…

—Quiero ser tu mujer. Quiero ser la madre de tus hijos. Quiero ser tu igual.

Entonces lo besó y él perdió el juicio. Una ráfaga de deseo, voraz y despiadado, arrasó con su razón, se apoderó de su sangre y ardió en sus entrañas, arrasando con todo pensamiento racional. Juan Ignacio nunca antes había deseado a una mujer como deseaba a esa bruja sin corazón. La atrajo hacia su cuerpo y lamió sus labios, los saboreó y exploró a placer. Él la sintió confiarse a él y, en consecuencia, profundizó el beso, sabiendo que jamás podría saciarse de ella. Fiorella le acarició el pelo y movió suavemente los labios contra los suyos.

—Cásate conmigo —insistió.

—Si estás mintiéndome…

—Cásate conmigo —repitió estremecida—. No me rechaces.

Juan Ignacio le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él, presionándola contra su cuerpo fuerte. Con una mano le enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás con suavidad. Él clavó los ojos en ella. Su mirada ardía en la penumbra. Una emoción feroz y avasallante se reflejó en sus pupilas.

—Fiorella, eres mía —dijo, y luego ordenó—: Siempre lo serás. Júralo.

—Siempre tuya —prometió dulcemente—. Y tú siempre mío.

Capítulo 17

Fiorella observó la luna resplandecer en la noche. Cual moneda de plata recién acuñada, prístina, sin mácula, irradiaba su luz desde su imperio, en el azul más profundo del cielo nocturno. A sus lados, una miríada de diminutas estrellas refulgía, titilante, en la eternidad. A sus pies, sobre la difusa línea del horizonte, un ramillete de nubes acompañaba su pausado transitar. De ribetes platinados y azulencos contornos, el nubarrón semejaba el brillante armiño que cubría su real majestad. Allá en el firmamento se encontraba la luna, y allí, a poca distancia, en el jardín, la fuente. Sobre las ondas casi imperceptibles de la superficie, se balanceaba un claro de luna.

Fiorella se cubrió los hombros con una mantilla de hilo y apoyó la espalda contra el respaldo del sillón. Desde su lugar, en el pórtico, vio la noche transcurrir calma. En la calle, una pareja cruzó la acera, se detuvo un instante bajo los árboles y entre murmullos rieron. Ella se inclinó y liberó los botines de una ramita que se había enredado en el tacón, y él la sostuvo del brazo, solícito. A la distancia, entre los eucaliptos que bordeaban la plaza, un ave chilló y otras tantas se unieron a ella al instante. Un perro comenzó a ladrar. En la esquina, un carruaje dobló y se dirigió, pesado y bamboleante, hacia el oeste de la ciudad. Pronto regresó el silencio. La pareja continuó el lento caminar hacia las sombras, compartía sus secretos en voz baja. Las aves por fin se acomodaron en las ramas para descansar. El perro calló. Alguien, a lo lejos, llamó a un niño a comer.

Fiorella cerró los ojos un momento. El aire olía a jazmín. Se sentía frío, más no desagradable. Era la caricia gentil del otoño al caer la noche. El crujido del portón la distrajo de la benévola ensoñación en la que había caído. Fiorella abrió los ojos y vio al señor Belmonte

cerrar la verja para luego cruzar el sendero que conducía a la puerta de la casa. Caminaba con la cabeza inclinada, atento a la hojarasca, húmeda y resbaladiza, que se había amontonado en los escalones de la entrada. Su atuendo gris, muy elegante, evidenciaba el buen gusto en el vestir. Llevaba el sombrero en la mano, un abrigo colgado del brazo. Era obvio que ambas prendas lo habían incomodado en el camino. Tenía el pelo rubio peinado con esmero, hacia un lado. Con la frente despejada, se destacaban en su rostro unos ojos atractivos. Era un hombre apuesto, galante en sus maneras, afectuoso en el trato. Nada debería extrañarle el suscitar tantas miradas de admiración a su paso, ni la exultante devoción de la que era objeto al encontrarse entre las jóvenes casaderas de su círculo social.

Fiorella recordó su traición. Que entregara sus besos a Flora, cuando estaba comprometido con ella, podría considerarse un desliz, una nadería que, con los años, carecería de toda importancia. No obstante, que le jurara amor eterno y particularmente fidelidad al pedir su mano, para luego olvidar toda promesa, subyugado por la dulzura y gentileza de otra mujer, constituía un acto de deslealtad que la había herido profundamente. Dolió que el señor Belmonte callara el secreto anhelo de entregarse a los abrazos de Flora, al amor que ella le ofrecía, cuando discutía con su futura esposa los detalles de una boda. Dolieron las mentiras que encubrieron los encuentros a hurtadillas del señor con quien, él ya debía de saber, era la hermana de su prometida. Dolió la confianza que destruyó y la promesa que quebró. Dolió –¡por supuesto que dolió!– saber que se había equivocado, que había aceptado casarse con alguien que no la amaría como el hombre al que rechazó.

Ella jamás podría mostrarse como ejemplo de virtud, pero, cuando aceptó convertirse en la esposa del señor Belmonte, no permitió que otro hombre la sedujera. Máximo lastimó su corazón. La decepcionó. Hirió su orgullo. Hubo un tiempo en que lo odió. Ahora, al verlo por primera vez después de varios años, descubrió, aliviada, que el

resentimiento que una vez la había amargado, se había disipado ya con el tiempo transcurrido.

Era comprensible que sucediera. La traición del señor Belmonte aconteció en otra vida, en otra línea temporal. Fue, de hecho, una insignificancia si debía compararlo con todo lo que debió afrontar después: el desespero de su propia muerte, el latrocinio de Joaquín, el fallecimiento de su abuelo, el suicidio de Juan Ignacio.

Ella se arrebujó en la mantilla y se inclinó hacia adelante, abandonando por un momento las sombras que la cobijaban.

—Señor Belmonte —dijo.

Máximo se detuvo a unos pasos de distancia, bajo el alero, cuando advirtió, sorprendido, su presencia.

—¿Fiorella? ¿Qué hace afuera?

—Estaba esperándolo, señor.

—Debería estar adentro de la casa, a buen resguardo del frío.

—Es una noche agradable. —Ella hizo un gesto amable—. Siéntese aquí, conmigo.

—Permítame. —Él tomó asiento junto a la dama, pero a prudente distancia, tal y como se esperaba que hiciera un caballero. Dejó el sombrero a un lado y el abrigo sobre el respaldo del sillón. Luego preguntó—: ¿Se siente bien, Fiorella?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me preocupé cuando recibí la nota que pedía que la encontrara.

—Mi salud es excelente, perdóneme por inquietarlo.

—No tengo nada que perdonarle.

—Dígame, señor —comenzó luego de una breve pausa—. ¿Cuándo fue la última vez que se tomó el tiempo para admirar la noche? —preguntó, curiosa.

—Debió de suceder hace mucho tiempo. No lo recuerdo.

—Señor Belmonte, sienta la fragancia del jazmín —le propuso ella —. Vea las hojas caer. Escuche el viento murmurar en los eucaliptos. Es una noche apacible, ¿no le parece?

—Lo es. Muy tranquila. —Él, distraído, reposó los ojos en el reflejo que oscilaba en la fuente cercana—. La luna está hermosa.

—Muy hermosa —coincidió ella. Fiorella ocultó la expresión de sus ojos bajo la sombra de sus pestañas. ¡Cuántas personas se contentan con contemplar el reflejo de la luna sobre el agua!, pensó —. A veces tenemos tantas responsabilidades, innumerables cosas por hacer, que vivimos con apuro y olvidamos disfrutar de estos instantes de paz.

—Eso es muy cierto, Fiorella. A veces todos necesitamos detenernos un momento.

—Solo ese momento debería bastar para contemplar el tiempo que pasa, y darnos cuenta que transcurre tan rápido.

—Me sorprende —dijo Máximo extrañado.

—¿Qué cosa?

—Que se exprese así. Además, me había acostumbrado a encontrarla a estas horas detrás de su escritorio, a la luz del candil, examinando registros contables —dijo, y su sonrisa se amplió con pesar al recordar pasados encuentros con la dama—. Siempre parecía usted estar demasiado ocupada con sus deberes como para hacer alguna otra cosa, como sentarse aquí a mirar la noche.

—Estaba muy ocupada, sí. Pero le diré: encontraba el momento, entre mis variadas obligaciones, para pintar, dar paseos por el parque, bordar, leer… Actividades que me son muy gratas en verdad. Ahora, también, me aseguraré de contemplar la luna con más frecuencia.

—¿Por qué?

—Mírela, señor Belmonte. Cuando se la ve así, en el cielo, con tanta claridad, es imposible no notar nuestra propia insignificancia. Ha estado allí durante milenios, y seguirá allí hasta mucho tiempo después de que usted y yo –y todo lo que nos rodea– ya no exista. Verla me recuerda que el tiempo fluye, y que debo aprovechar el que me queda para disfrutar de lo que me gusta y me hace bien.

—Comprendo —dijo él en voz baja.

Ella lo miró. Se preguntó vagamente si realmente el caballero comprendía el sentido de sus palabras. Máximo la admiró en silencio. La encontró diferente, aunque no supo determinar por qué.

Tenía el pelo recogido en una trenza con sencillez, como siempre. El vestido de entrecasa, rosa claro, sin más adornos que un volado de encaje en las mangas, resultaba particularmente anodino y, sin embargo, le sentaba bien al color de su piel y a su temperamento, tan dócil en ese instante. Había algo en ella, en su serenidad, en su tranquila contemplación, que le confería a la expresión una madurez difícil de advertir en alguien tan joven. Fiorella le estudió la expresión del rostro.

—¿En verdad comprende, señor Belmonte? —preguntó.

—Sí, señorita. En verdad. También he pensado en mi propia mortalidad y en lo que espero obtener en esta vida.

—¿Cuáles son sus anhelos, señor? —preguntó Fiorella. Qué extraño, caviló, cuando estaba prometida a él, en otra vida, nunca pensó en hacerle una pregunta semejante. La falencia fue de los dos, concluyó. Ni él se interesó en conocer mis gustos y ambiciones, ni a mí me importó saber los suyos, pensó.

—No deseo renombre ni riquezas —respondió él con suavidad, un tanto avergonzado—. La gloria se la dejaré a los héroes que defienden mi patria. Para considerarme un hombre feliz, me bastaría con formar un hogar armonioso, con disfrutar del amor de una esposa cariñosa, y con los afectos de hijos y nietos que alegren mi vejez. Es todo lo que quiero: la paz en familia. Dios mediante, lo conseguiré.

—Sé que lo conseguirá, señor —le aseguró ella con una sonrisa.

—Necesita descansar, Fiorella —concluyó por fin Máximo luego de dudar un minuto como si buscara las palabras adecuadas para decir —. Administrar los bienes de su familia no es una tarea fácil, lo entiendo, pero debe pensar en su propio bienestar. Tal vez debería considerar seriamente permitir que el señor Celabert la ayude con sus tareas. Su señor padre se preocupa mucho por usted.

—¿Ha hablado con él, señor Belmonte?

—Sí, de hecho, he tenido el agrado de entrevistarme con Joaquín ayer por la mañana.

—¿Qué le dijo? —preguntó—. Disculpe mi curiosidad, pero a veces mi padre me sorprende con sus ocurrencias. Me temo que lo haya molestado con tonterías.

—Ninguna tontería, Fiorella. Como lo mencioné, está muy preocupado por su salud. Me ha comentado cuánto anhela verla casada ya, ocupándose de un hogar propio, de un marido y de los hijos que pudieran venir. Como le inquieta su salud, me habló de la posibilidad de que lo ayudara a convencerla a usted de que le ceda los poderes para administrar en su nombre una parte de los bienes de la familia. El señor es un hombre sensato, cabal, y la quiere mucho, Fiorella.

—Me quiere —susurró ella, distraída.

—La quiere muchísimo —aseguró—. ¿Recuerda que una vez le dije lo afortunada que es usted por tener un padre tan comprensivo y atento? No cualquier hombre permitiría que fuera la hija quien administrara la fortuna de la familia.

—Recuerdo —afirmó ella, aunque en realidad no lo hacía.

Mientras que para el señor Belmonte solo habían transcurrido unos días desde la última vez que la había visto, y quizás unas pocas semanas desde que le recomendara un merecido descanso entre sus incontables actividades, para ella habían transcurrido años. Con el tiempo que fluye, muchos recuerdos se confunden, se diluyen, poco a poco se desvanecen hasta desaparecer. Al final de una vida, incluso años enteros de memorias resultan olvidados, como hojas que arrastra el viento. Fiorella enredó un dedo en uno de los flecos que adornaban su mantilla.

—Señor Belmonte, ¿sabe usted que a mi padre le gusta apostar fuerte? —preguntó fríamente—. Tiene incontables deudas de juego. La mayoría las he pagado ya, otras todavía debo saldarlas. Fue pródigo con los bienes personales de mi madre y dadivoso con los míos cuando se trata de complacer sus propios caprichos. De hecho, si mi familia está al borde de la ruina, es por su causa. Los lujos de los que disfruta su amante, la señora Eneida, y la hija de ambos, la señorita Farré, los ha pagado mi madre en vida, y luego yo, después

de su fallecimiento. Representan una gran parte de la fortuna Arizmendi. Mi padre, señor Belmonte, no es un hombre sensato ni cabal, simplemente sabe cómo aparentar ambas virtudes, cuando en realidad es mezquino y egoísta.

Máximo la miraba, estupefacto, incapaz de articular palabra. Si bien había escuchado hablar de las deudas de juego del señor Celabert, jamás imaginó que la situación fuera tan grave. Sabía, además, que el caballero tenía sus amoríos y que, producto de su affaire con la señora Eneida, había nacido la señorita Flora Farré. La jovencita se lo había confesado al serle presentada, hará unas pocas semanas atrás, temiendo su desprecio si se enteraba del asunto a través de los rumores. Por supuesto, él no desdeñaría la amistad de una dama por las circunstancias de su nacimiento.

Ahora, el hecho de que Fiorella tuviera a su padre en tan baja estima y lo calificara con epítetos tan odiosos frente a él lo había sorprendido sobremanera. También, lo había avergonzado. Porque se atrevió a defender frente a la dama a un hombre cuyo auténtico carácter desconocía y que, a todas luces, la había lastimado profundamente con tal deslealtad para con su madre y su familia.

Fiorella se incorporó y se alejó unos pasos. Se detuvo junto al barandal que rodeaba el pórtico. Contempló un instante el reflejo de la luna sobre el agua en la fuente. Luego cuando por fin consiguió controlar la fría cólera que había arrasado con su serenidad al escuchar al señor Belmonte hablar de su padre, se volvió. Una sonrisa impersonal tiró de las comisuras de sus labios. Se quitó el anillo que tenía en el dedo.

—Le pedí que se encontrara conmigo esta noche para disculparme con usted, señor Belmonte.

—¿Por qué debería disculparse? —farfulló Máximo atónito—. No comprendo. Debería ser yo quien…

—Señor Belmonte, le prometí mi mano, ahora quiero retirar mi palabra.

—¿Cómo dice…?

—Acepté casarme con usted sin considerar seriamente las consecuencias de mi decisión. Resolví unir mi futuro al suyo, sin estar realmente segura de mis verdaderos sentimientos por usted. Me disculpo ahora por mi error. Permítame enmendarlo: no me casaré con usted —dijo y tendió hacia él su anillo de pedida.

No había en sus palabras artificios ni excusas, tampoco dobleces ni falsas emociones que entorpecieran el entendimiento entre ambos. Fiorella, simplemente, expuso un hecho como era natural en ella, con franqueza y honestidad.

Máximo dudó. Iba a decir algo que finalmente calló. Tenía pensado disculparse por sus palabras respecto al señor Celabert y luego preguntar si había hecho algo más que la ofendiera, pero entre la mañana en que ella había aceptado convertirse en su esposa y esa noche, cuando decidió romper el compromiso, no había vuelto a encontrarse con la dama ni se habían comunicado en absoluto. Era imposible, por lo tanto, que la hubiese disgustado. Entonces el caballero recordó el encuentro con el señor Dávalos, poco después de que Fiorella aceptara concederle la mano en matrimonio. Máximo se había mostrado exultante, porque finalmente había conseguido de la señorita Celabert la promesa que esperaba. Y algo más, también, un pañuelo bordado que había admirado en su mano, y que ella le había obsequiado al momento de corresponderle a sus sentimientos. Sintiéndose vencedor en la muda contienda que lo había enfrentado a su rival en el amor, no tuvo otra idea que hacérselo saber. Allí, en la calle, en una esquina, lo detuvo al encontrárselo casualmente para revelarle con brutal satisfacción la noticia que a él animaba y al otro devastaría. Y, como él esperaba, vio reflejarse en la expresión del señor Dávalos una aflicción inconmensurable. Ser el causante de tal sufrimiento primero lo satisfizo, enseguida lo avergonzó. Finalmente, se alejó del caballero con una torpe excusa, lamentando el arrebato.

El señor Dávalos debió de acudir con la señorita Celabert. ¿Qué le dijo? Podía imaginarlo. ¿Le exigió una explicación? ¿Le habló de su amor? ¿La confrontó con sus propios sentimientos? Sea como fuere,

era evidente que lo dicho había calado hondo en la dama, tanto que la había obligado a reconsiderar la decisión tomada.

El silencio se extendió entre ambos, tenso. Máximo observó los ojos de Fiorella. Tiene unos ojos bonitos, pensó, muy expresivos. Avanzó hacia ella y tomó de su mano el anillo que ella le ofrecía. Lo observó un momento y luego lo guardó en uno de los bolsillos.

—¿Es por el señor Dávalos? —preguntó.

—¿Por qué lo menciona, señor Belmonte?

—Contésteme.

Fiorella unió las manos sobre su falda en un gesto de nerviosismo inconsciente que ella no notó, pero que el caballero comprendió.

—Es por él, entonces —dijo, con una sonrisa fugaz al constatar cuán bien conocía a la dama.

—¿Señor?

—Juan Ignacio Dávalos no es un hombre fácil de tratar —dijo él, ensimismado. Una hoja cayó de un árbol y giró en el viento hasta caer sobre uno de los escalones de la entrada—. Es admirable, por supuesto —continuó—. Se hizo a sí mismo, de un entorno humilde hasta la posición que hoy ocupa en la sociedad, debió de ser un camino muy duro. Tiene sus principios. Es un héroe de guerra. Su valentía y arrojo es encomiable. Sé que lo llamaban "El Lobo de las Aguas" cuando estaba en la Armada. Un mote interesante, ¿no lo cree así? —Fiorella lo miraba en silencio, sin rastro de emoción en el rostro, pero sus ojos fríos revelaban su determinación: que estaba disponiéndose a defender a ese hombre si Máximo se atrevía a cuestionar su valía—. Señorita, no tema —dijo él en tono monocorde —. No la obligaré a un compromiso que no responde a sus deseos. Quiero que sepa que mis sentimientos por usted son sinceros. Tenía la esperanza de formar un hogar a su lado y la ilusión de criar a mis hijos con usted. Me permití creer que me tenía estima y estaba en sus pensamientos. Ahora sé que no soy yo quien está en su corazón. Lo entiendo. Por eso no seré un obstáculo entre usted y el hombre que ama.

—Señor, no sé qué decir.

—No precisa decir nada.

—Señor Belmonte —comenzó ella después de varios momentos de duda sobre si hablar o no—, permítame hacerle una advertencia. La señorita Flora Farré no es ni será nunca merecedora de su aprecio.

—No comprendo. ¿Por qué me dice usted eso?

—Ella pretende su amor. No finja que no lo sabe.

—Es una niña aún —dijo tras bajar los ojos.

—Lo es; no obstante, lo quiere. Señor Belmonte, no deseo que piense que soy una mujer egoísta y mezquina, así que no hablaré de la señorita Farré ni de sus intenciones. Me limitará a sugerirle que, si tiene algo de interés en ella, haga sus averiguaciones respecto a sus intenciones hacia usted. Y qué razones se ocultan detrás del amor que, con el tiempo, quizá le jure.

Él vaciló. Asintió. Por fin le tomó la mano con suavidad, casi de manera impersonal, como la primera vez que sostuvo esos dedos en los suyos, cuando fueron presentados, tantos años atrás.

—Señorita Celabert, aquí termina nuestro compromiso. Hablaré con mi familia al respecto. No habrá que lamentar murmuraciones, siendo que muy pocos de nuestros amigos y allegados saben de nuestro acuerdo. Si quiere, si no se siente a gusto con el deber de informar a su padre sobre su decisión de romper nuestro compromiso, puedo hablar con él por usted.

—Le agradezco la gentileza, señor Belmonte, pero no será necesario, —Fiorella sonrió con suavidad—. Me ocuparé de contárselo a mi padre personalmente.

—Fiorella, espero pueda usted ver en mí un buen amigo —dijo Máximo y la miró atento, como si quisiera grabar en su memoria la belleza atemporal de la mujer que amó—. Si precisa una ayuda, si busca un consejo, si puedo serle útil de alguna manera, no dude en acudir a mi encuentro. Le aseguro que haré todo lo posible por auxiliarla dentro de mis posibilidades.

—Señor Belmonte, es usted muy amable —le respondió admirada de la cortesía del hombre..

—No, señorita Celabert, no es amabilidad. Simplemente, soy un caballero.

Él levantó la pequeña mano de la dama hasta sus labios. Como el gesto caballeroso que era, puro y respetuoso, no hubo un beso. Solo se inclinó ligeramente, siempre galante, hizo un ademán de veneración y respeto, y luego la soltó.

Él buscó algo en uno de sus bolsillos. Finalmente lo encontró y le ofreció el pañuelo que hasta entonces había atesorado. Fiorella lo tomó.

—Gracias por devolvérmelo, señor —dijo.

—Es lo propio. —Máximo elevó su mirada y la confrontó—. Me retiraré ahora, señorita Celabert, sin embargo, antes de marcharme, el honor me obliga a advertirle: el señor Dávalos no es un caballero. No es que yo crea que deba usted preocuparse por su seguridad estando junto a él, porque sé que sería incapaz de lastimarla. Cualquiera que lo conozca, puede ver que realmente la tiene a usted en un pedestal. Que la venere de rodillas, como a Dios en su altar, no me sorprendería. Pero es un hombre celoso, posesivo y dominante. Debería tenerlo en cuenta. Coartará toda su libertad, confinándola a su lado. Señorita, el señor Dávalos forjará para usted una prisión donde la encerrará, y de la que no podrá escapar. Le aconsejo que considere sus opciones.

—Señor Belmonte, exagera usted —le contestó Fiorella con dulzura.

—No lo creo.

—El señor Dávalos es el hombre que amo —afirmó ella, serena pero implacable—. Lo respeto y admiró. Conozco sus defectos, así como él sabe los míos. Esa prisión que usted mencionó, es para mí un nidal. Cálido y confortable. Allí me sentiré segura hasta que sienta deseos de volar. Juan Ignacio no es mi carcelero, sí mi guardián. No es mi enemigo, es mi aliado. Es celoso, posesivo y dominante, lo sé, pero también yo lo soy. Señor Belmonte, somos tan parecidos él y yo, que es evidente que estamos hechos el uno

para el otro. Le agradezco el consejo, pero no necesita preocuparse por mí. Sé exactamente quién es él y quién soy yo.

—Señorita Celabert, permítame expresarle mi admiración —dijo con una sonrisa cariñosa Máximo—. Su devoción al señor Dávalos es envidiable. Escucharla ahonda en mí la decepción de no haber conseguido conquistar su corazón. Le deseo felicidad, que la dicha ilumine cada día de su existencia y que, si existe otra vida en la eternidad, la viva usted venturosamente junto al hombre que ama.

—Gracias, señor.

—Señorita Celabert, buenas noches —la saludó después de tomar el sombrero y el abrigo.

—Buenas noches, señor.

Fiorella lo vio alejarse en la penumbra, reminiscente. En esta vida, él todavía no la había traicionado. El tiempo quizá no pueda curar todas las heridas infringidas por las personas que amé, pensó, pero sí me ofreció la posibilidad de rever lo sucedido con una nueva perspectiva. Ahora sé que todo el dolor sufrido me hizo quien soy hoy: más fuerte, más valiente, más decidida a encausar mi vida hacia la concreción de mis sueños, más sabia también, porque ahora sé elegir quién estará a mi lado en mi caminar.

Capítulo 18

Atardecía, y el ocaso se cernía, inexorable, sobre la ciudad. Las negruras de la noche que se avecinaba ya se podían vislumbrar en el horizonte. Desgarraban el azul celeste del cielo con violentas pinceladas que teñían de azul y gris el firmamento. La débil luz del sol acariciaba el río, sembrando diamantes sobre sus aguas mansas con cada uno de sus mimos. Mientras el día perecía, el viento reía en la arboleda, el otoño se mecía en el aire y las hojas danzaban contra los ventanales.

Flora estrujó la servilleta entre sus dedos. Sobre la mesa quedaban dos tazas con café que nadie bebió y un platillo de dulces que ella no degustó. La confitería era elegante y suntuosa. Con amplios ventanales sombreados por marquesinas de hierro forjado que permitían la contemplación del río, mármol de Carrara en las escalinatas que separaban sus distintos niveles y la terraza descubierta que permitía el disfrute del atardecer junto a la costa, su ostentoso estilo arquitectónico recordaba a los majestuosos palacetes de Francia. El *maître* observaba el recinto con amena cordialidad. Las sirvientas, ataviadas con sobrias vestiduras, estaban atentas, siempre sonrientes, a los requerimientos de cada uno de los comensales que se hallaban en el salón comedor. Varias damas se hallaban a escasa distancia, compartiendo entre risas las aventuras y desventuras vividas en un viaje a Europa particularmente accidentado. Dos caballeros, junto a la ventana, discutían sobre política. Un niño pequeño, de no más de seis años, corrió entre las mesas, clamando por su madre. Una joven institutriz se apresuró a detenerlo, acunándolo entre sus brazos.

Flora levantó la vista. Vio al señor Belmonte pagar la cuenta, luego dirigirse hacia el vestíbulo, donde se colocó su abrigo, finalmente salir a la vereda y alejarse calle abajo. No se volvió a mirarla una sola vez siquiera. Así, con serenidad, sin miramientos, de la misma manera en que le había asegurado que jamás quiso de ella más que una amistad, asimismo le solicitó que respetara su decisión de evitarla en lo sucesivo, siendo que no deseaba que la mujer a la que pensaba hacer la corte, malinterpretara una relación que era, en realidad, inexistente.

Era un rechazo. Máximo por fin había adivinado sus intenciones, y había decidido rechazarla. Amable y con cariñosa gentileza, por supuesto, siempre cuidando de no herir sus sentimientos, como se esperaba que hiciera un caballero.

Flora alisó los pliegues de la servilleta, distraída. La señorita Fiorella Celabert había decidido que el señor Belmonte no era, después de todo, el marido que quería. Qué sorpresa. Todos en la ciudad estaban convencidos de que la dama no tardaría en convertirse en la esposa del caballero. Las habladurías aseguraban que la joven dama había aceptado ya los sentimientos del señor Belmonte y que era cuestión de tiempo el que ambas familias, los Arizmendi y los Belmonte, se reunieran a discutir los detalles de lo que sería, creían, un casamiento de gran relevancia. Flora apretó la boca y miró el paisaje a través de la ventana, intentando disimular su disgusto.

El caballero había sido muy claro con ella. Entre Fiorella y él no habría, en el futuro, más que una inocente amistad, por lo tanto, no se hablaría de un compromiso que los uniera. Ni los Arizmendi ni los Belmonte discutirían detalles de una boda que jamás se realizaría. El matrimonio entre el señor Belmonte y la señorita Celabert no sucedería. No estaban comprometidos. No había afecto entre ellos. Fiorella no lo amaba.

Flora observó el atardecer. El río se había teñido con las pinceladas de oro y carmín del ocaso. Reflejaba el cielo en todo su esplendor. El Paraná se veía manso, dócil al lamer la orilla. Su

rumoroso oleaje resultaba apenas perceptible. Pero nadie desconocía la atroz realidad: debajo de sus aguas quietas, habían violentas corrientes que resultaban mortales para los incautos.

Flora crispó las manos. Pensó que podría arrebatarle a su hermana el amor de un hombre. Fiorella Celabert, que lo tenía todo: belleza, estatus, dinero y poder, perdería al señor Belmonte entre los brazos de quien no tenía nada, ni siquiera el apellido que por nacimiento le correspondía. Se había sentido tan exultante, y resultó que se había engañado a sí misma. Esa mujer no estaba interesada en el señor Belmonte. Entonces, ¿en quién? La respuesta la sorprendió.

—Juan Ignacio Dávalos —musitó.

El señor Belmonte no había revelado claramente el porqué de la decisión de Fiorella de terminar el compromiso que los unía, pero sí insinuó que la dama ya había entregado su corazón a otro hombre. El único caballero que la señorita Celabert frecuentaba, además de sus amistades y allegados, era el señor Dávalos.

El señor Belmonte parecía estar convencido de la veracidad de los sentimientos que la dama profesaba al caballero. Flora no se dejaría engañar tan fácilmente como Máximo. Fiorella Celabert tenía sus motivos para ahora mostrarse más que dispuesta a aceptar los sentimientos de ese salvaje. Todas sus razones debían de girar en torno a un problema que, con toda seguridad, le impedían conciliar el sueño por la noche: la ruina económica de su familia.

Flora se burló. Su hermana se había mostrado siempre por demás moralista, solazándole en su decoro y ética inquebrantable, no obstante, en cuanto el cimbronazo de la crisis amenazó con destruir su vida de lujos y privilegios, no dudó en arrastrarse a los brazos del señor Dávalos.

Ese salvaje era un hombre que claramente la disgustaba. No obstante, decidió seducirlo y conseguir así una mejoría en sus finanzas. Flora recordó al señor Dávalos. Era un hombre corpulento, carente de toda elegancia y distinción. Creció en las calles. Mendigó por comida. Usó los puños para defender de otros pordioseros sus

mendrugos de pan. Sin embargo, administraba los bienes de los Dávalos con sorprendente habilidad, y estaba comenzando a forjar su propia fortuna. Flora no pudo imaginar cómo un hombre del que se decía que era perspicaz y astuto, extraordinariamente inteligente, despiadado incluso, había caído presa del embrujo de una tontuela arrogante, como lo era Fiorella Celabert. Resultaba tan terriblemente obvio que esa estúpida, en su desespero, había decidido corresponder a sus sentimientos por codicia e interés. ¿Cómo no podía verlo él?

—No es tan estúpida —musitó Flora.

El rencor y la ira se reflejaron un instante en sus hermosos ojos. La dama recogió su bolsito, alisó las arrugas en la falda a rayas blancas y azules, y abandonó la confitería, haciendo caso omiso de las miradas que recibía a su paso. Miradas de desprecio. Miradas de admiración y deseo. Miradas de envidia y odio. Eran todas miradas con las que había crecido. Ya estaba acostumbrada a recibirlas. Sin embargo, esperaba con ansias el día en que pudiera devolverlas.

Flora compuso una sonrisa en sus labios, suavizó la expresión y enfrentó al día que moría con la determinación de obtener lo que merecía: todo lo que ahora pertenecía a Fiorella Celabert.

Capítulo 19

Fiorella cerró el libro en cuyos versos se había enfrascado, y observó el jardín un momento. Presionó contra el pecho su querido ejemplar de *Horas de ocio* y se respaldó contra el sillón, detrás del escritorio.

—*The dearest remembrance will still be the last, our sweetest memorial, the first kiss of love* —murmuró.

Los postigos estaban abiertos de par en par, lo que permitía que la vista se recrease con todos los colores del jardín: con el carmesí que convergía en la arboleda, con el oro que abundaba en la hojarasca junto a la tapia y con el verde azulado que pródigo vibraba en el herbazal cercano a los muros que delimitaban la propiedad.

Fiorella dejó el libro a un lado, sobre la mesa. La luz del crepúsculo se atenuaba más y más con el correr de los minutos. Entonces encendió la lámpara y la repentina claridad iluminó cada rincón de la sala. El mobiliario había sido encerado y reubicado, a pedido de Fiorella, de modo que el centro de la estancia lo ocupase el escritorio y los sillones orejeros a juego. Los libros, que hasta entonces habían estado ubicados al descuido por doquier, en las esquinas, en el alféizar de la ventana y hasta en el suelo, se hallaban ya desempolvados y ubicados por orden alfabético en las estanterías de caoba.

Ella dirigió sus ojos distantes hacia los libros de contabilidad que se hallaban apilados sobre el escritorio, junto a un maletín repleto de documentos relacionados con los bienes de la familia. Todo lo había conseguido leer y analizar detenidamente en los últimos dos días, sin que nadie interrumpiese la tarea que se había propuesto.

Efectivamente, Joaquín la había estado estafando. El señor Celabert fue muy hábil al alterar las cifras de los registros contables, además de en la falsificación de su firma, pero no lo suficiente como para encubrir de ella las pruebas de su latrocinio. Pensó con desánimo que, si en su vida anterior no hubiera estado tan impaciente por conseguir la aprobación paterna y tan confiada en que su padre jamás la timaría, habría sido sencillo para ella descubrir sus artimañas. Después de todo, su abuelo la había instruido personalmente en el análisis de los libros contables, habría podido detectar el más pequeño error. Su madre, asimismo, la había educado para hacerse cargo de la administración general de todas las propiedades, de manera que cualquier cambio en la documentación contable habría llamado su atención. El señor Celabert era, además, bastante descuidado al ocultar las evidencias de su fraude. No habría forma que un desfalco semejante le fuera oculto durante mucho tiempo; sin embargo, sucedió.

El resto de las evidencias que probaba la depredación de sus bienes y la venta fraudulenta de pequeños inmuebles pertenecientes a Santos Arizmendi, los había hallado ocultos en la oficina del señor Celabert, ese pequeño escondrijo de la calle Junín, desde donde dirigía a desgana el aserradero obsequiado por Patrizia. Con la ayuda de su secretario y seguramente también cómplice, el señor Ruiz, un hombrecito petulante y poco agradable a quien ya había tenido el displacer de conocer en ocasión de una visita a su padre, Fiorella pudo, en poco más de una hora, aprovechar la ausencia de Joaquín para revisar su oficina.

No en vano se quedó junto a Juan Ignacio durante años: aprendió que el uso de la violencia y la intimidación para la resolución de conflictos era sumamente efectiva, en particular cuando se añadía dinero a la ecuación. Le resultó relativamente sencillo sobornar al señor Ruiz para que le facilitara los documentos que precisaba antes de que el señor Celabert abandonara la casa que compartía con Eneida Farré en sus momentos de solaz y decidiera regresar a su madriguera. Bastó con amenazarlo con la cárcel y con la ruina

económica de toda su familia para amedrentarlo. Después, una vez que se aseguró de que ese hombre estaba convencido de que hablaba en serio, fue suficiente tentarlo con una mísera cantidad de dinero para obtener su buena predisposición en la entrega de toda la documentación oculta en el recinto.

—La traición más dolorosa proviene de las personas más cercanas —murmuró Fiorella mientras contemplaba el cielo—. De quien más amamos y de quien menos se espera recibir la puñalada.

La decepción y el dolor, la ira y el resentimiento de descubrir la traición de Joaquín ya los había vivido una vez. Creyó que su rencor ya se había diluido con el tiempo. Qué equivocada estaba. Cuando quien traiciona es un padre, en el corazón jamás se cicatriza la herida. Sangra y se infecta hasta que se pudre. ¿Podrá perdonar alguna vez la afrenta? Quizás. ¿Conseguirá olvidarlo? No. Cuando es la persona que más debería amarte, quien tiene la responsabilidad y el privilegio de cuidar de ti, la que hiere tan profundamente, el perdón resulta difícil, sino imposible; y el olvido, inadmisible. Fiorella escuchó pasos en el pasillo. Elevó la vista y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa fría.

—Ahora solo resta cobrarme personalmente uno a uno todos mis agravios.

Alguien tocó a la puerta. Fiorella se alisó las arrugas de su falda justo en el momento en que el señor Celabert entraba a la biblioteca sin esperar por su permiso. Con una expresión que revelaba bien a las claras su disgusto, la miró de arriba hacia abajo.

—Me dijo el señor Ruiz que querías hablar conmigo —dijo. Fiorella le devolvió la mirada con calma. Notó la amargura de su padre. Entonces sonrisa se amplió.

—Así es. Siéntese, señor.

—Mi secretario me insinuó que debía entrevistarme contigo de inmediato. Se veía bastante nervioso. —Joaquín hizo un gesto de impaciencia, en tanto arrastraba una silla frente al escritorio—. ¿Qué sucede, Fiorella? Sabes que no me gusta perder mi tiempo con tonterías.

—Hay varias cuestiones que me gustaría tratar con usted, señor Celabert —anunció.

—¿Son importantes?

—Muy importantes. No se preocupe, no desperdiciaré el tiempo que reservó para esta entrevista. Intentaré ser muy clara con usted, de manera que no le quepan dudas sobre mis objetivos.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó hastiado, aunque no parecía particularmente interesado en saberlo.

Fiorella repasó a la persona de su padre con una mirada helada. Galante y atractivo, no había nada en el caballero que revelara maldad. La indumentaria, sobria, de buen corte, no hacía más que acentuar una buena estampa. Sus facciones todavía hermosas, son engañosas, pensó Fiorella. Quien se quede prendado de su rostro, no reparará en la sordidez de la mirada ni en la cortante descortesía de sus maneras. No fue un marido atento y no es un padre competente, concluyó. Ciertamente, no es una buena persona.

—Comencemos con algo sencillo —propuso Fiorella con una sonrisa, aunque no había humor en su mirada—. He roto mi compromiso con el señor Belmonte.

—Imposible —rebatió Joaquín ceñudo.

—Es muy posible, señor. Ya está hecho.

—¡Lo prohíbo!

—¿Lo prohíbe, dice?

—¿Es que has perdido la razón? Tienes que casarte con él, Fiorella. Necesitamos su dinero. ¡Le enviarás un mensaje ahora mismo y pedirás verlo! Le dirás que cometiste un error y que esperas que pueda perdonarte.

—No estoy consultando con usted una decisión que me concierne solo a mí, señor Celabert. Estoy teniendo la cortesía de informarle lo que hice, eso es todo.

—¿Qué sucedió, Fiorella? ¿Discutieron?

—No; en realidad, no.

—No es extraño que en una pareja surjan altercados y desavenencias —continuó Joaquín, molesto—. Deberías saberlo. Ya eres una mujer adulta. No puedes terminar un compromiso por una bagatela. ¿O fue él quien se disgustó? ¿Qué hiciste, Fiorella? Bueno, no importa. Fuere lo que fuese, bastará con disculparte para que lleguen a un entendimiento. Ese hombre es muy paciente contigo. ¡Esperó por ti bastante tiempo!

—Fui yo quien dio por terminada esa farsa, señor Celabert.

—¿Por qué?

—Basta decir que no es el hombre adecuado para mí.

—Fiorella, no es el momento de mostrarte quisquillosa.

—Soy quisquillosa.

—Hija, es comprensible que a veces te resulte irritante un gesto o una palabra del hombre —dijo componedor mientras intentaba guardar la calma—. No obstante, tienes que entender: como mujer, es tu deber tolerar sus enojos y mostrarte sumisa.

—No lo creo.

—¡Fiorella! —Joaquín golpeó el puño contra el escritorio en un arrebato de cólera—. ¡Tienes que aprender a controlar tus propias emociones o tu vida conyugal no será agradable! Te casarás con él y tendrás que aprender a claudicar.

—No me casaré con él —dijo Fiorella, tajante—. Señor, no insista.

—¿Cómo es posible? ¿Qué pasó? Una discusión no debería afectar una decisión tan importante.

—El amor de un hombre debería ser mi apoyo, mi orgullo, el refugio que me da cobijo cuando sienta que perderé mis batallas —declaró—. No mi tormento.

—¿Qué quieres decir?

—El señor Belmonte no está seguro de sus sentimientos por mí, señor Celabert. Se ha visto tentado por otra mujer, y eso es algo que yo no toleraré.

—¿Es eso cierto?

—Muy cierto.

—Bueno… Qué contrariedad. Sin embargo…

—El hombre que esté a mi lado tiene que amarme solo a mí, señor —declaró Fiorella implacable—. Solo yo debo estar en su corazón, en su vida y en su cama.

—¡Fiorella!

—Le dije que sería muy clara con usted, señor. —Sonrió ella de buen humor, aunque sintió el ardor del rubor en sus mejillas. Añadió entonces—: Así de celosa y posesiva soy. Nada menos me interesa. ¿Fui clara?

—Muy clara. —Joaquín apretó la boca en un gesto de enojo—. También vulgar y ordinaria. ¿Cómo te expresas así? Me avergüenzas.

—Qué extraño que le avergüencen mis palabras, señor, en vez de su propia conducta.

—¿Qué quieres decir? —rugió.

—Ya llegaremos a ese asunto. Ahora dígame: ¿entendió que mi decisión de romper mi compromiso es inamovible?

—Qué niña eres, querida, y qué caprichosa —dijo con un desprecio oculto tras una vaga sonrisa—. El matrimonio es un acuerdo entre un hombre y una mujer en que ambas partes esperan conseguir diversos beneficios. Es un contrato que se espera que sea exitoso. Existe la posibilidad de que el hombre se muestre obstinado y voluntarioso, sin razón. Puede suceder. De hecho, sería extraño que no aconteciera. ¡Los caballeros a veces tendemos a mostrarnos volubles, antojadizos incluso! Toda mujer debe entender la importancia de consentir en lo que no considera justo, digno o apropiado, con el fin de que su matrimonio sea armonioso. ¿Comprendes?

—No, no comprendo. De hecho, creo que está en un error, señor.

—¡Fiorella!

—No tengo que ser paciente, dócil ni tolerante —dijo la joven, elevando el mentón en rebeldía—. Tampoco transigiré. Tengo mis principios. Conozco mis virtudes y mis defectos. Sé quién soy. Y qué merezco. Si el caballero que pretende quedarse a mi lado no me ama y quiere convertirme en una sombra de mí misma, nada más que en un accesorio de su hogar, sin voluntad ni resistencia a sus

mandatos, es mejor que se aparte de mi camino. Yo misma encontraré a un hombre que me respete y ame enteramente, sin condiciones.

—Esas ideas que tienes son alocadas —dijo Joaquín, enojado—. ¿Dónde las escuchaste? ¿En esos salones literarios a los que asistes con asiduidad quizás? ¿O has estado leyendo esos artículos por demás escandalosos otra vez? ¿Qué sucede? ¿No quieres decírmelo? No importa. En lo sucesivo, vigilaré lo que lees, jovencita, y con quiénes te reúnes. Esas ideas no son apropiadas. Por supuesto, no debes considerarlas y mucho menos repetirlas. Son tonterías que solo te confundirán.

—Señor Celabert, no discutiré mis ideas con usted.

—¡Fiorella, ya basta! El señor Belmonte es un hombre rico, apuesto, de buena familia. Ha prometido ayudarme con mis deudas. Es un caballero. Merece tu respeto y devoción.

—¿Dice usted que me ama?

—Por supuesto.

—Usted no sabe qué es el amor, señor —aseveró Fiorella, orgullosa—. Yo sí.

—¿Qué puede saber de amor una jovencita que apenas ha comenzado a experimentar la vida?

—Mucho, señor.

—¡No me digas!

—Conozco a un hombre que me ama enteramente, señor— dijo ella, categórica—. Su amor no es jactancioso. No guarda resentimiento. Nunca traiciona. Es paciente, tolerante, muy dulce.

Fiorella pensó en Juan Ignacio. Recordó sus noches insomnes, el profundo dolor de su mirada, su desolación ante su muerte, su sacrificio.

—¿Hablas de ese hombre, el señor Dávalos? —preguntó con audacia, aunque con un tono burlón—. ¡Pero si lo detestas! De hecho, lo has rechazado. Cuando aceptaste la propuesta matrimonial del señor Belmonte, parecías muy complacida con la idea de finalmente liberarte de su acoso. ¡Qué extraño que finalmente lo

aprecies, a él y al amor que te tiene! Aunque, a decir verdad, no entiendo qué ama de ti. Que yo sepa, siempre te has mostrado despreciable con él. Tus desplantes para con ese hombre son de conocimiento público. ¡Si supieras cuántas burlas ha soportado en tu nombre! Yo, en su lugar, te odiaría hasta la médula.

—Fui mala —admitió—. Estaba equivocada. Lo compensaré.

—Qué tontería…

Fiorella levantó la mano con la intención de detener las palabras de su padre, lo que, sorprendentemente, funcionó.

—Señor, como mi compromiso ya está roto, y mi decisión es inquebrantable, bien podemos pasar al siguiente tema: su amorío con la señora Eneida Farré —dijo.

—¿De qué estás hablando…?

—Estoy hablando de su amante y pronto pasaré al tema de su hija adulterina, señor Celabert. Preste atención.

—Son invenciones de la gente… —apenas farfulló Joaquín por la sorpresa.

—Señor, por favor, ahórreme las mentiras.

—¡La señorita Eneida Farré es una buena amiga mía, merece todo tu respeto! —soltó, colérico, atónito por todo lo que decía la hija a la que consideraba dócil y manejable—. Después de la muerte de tu madre, me apoyó y consoló. Es una mujer encantadora. Ahora es mi prometida y pronto se convertirá en mi esposa. ¡Mientras tu madre vivió, le fui fiel! ¿Cómo te atreves a insinuar otra cosa? ¡Discúlpate ahora, Fiorella!

—Siéntese, señor —ordenó con una sonrisa sutil.

Hubo un momento de silencio. Joaquín la miró atento, evaluando la frialdad en su rostro y la odiosa curvatura de la sonrisa afable. Después de un instante, por fin se sentó y, al hacerlo, adoptó una expresión taimada.

—Estás muy envalentonada, niña —comentó—. Y muy equivocada también. ¿No te dije que no escucharas los rumores de quienes no tienen nada mejor que hacer que esparcir chismes infundados sobre

los demás? Son todas mentiras, tonterías que pergeña la gente maliciosa.

—No son mentiras.

—Fiorella, soy un caballero. Un buen hombre. No merezco que dudes de mi integridad.

—No son chismes infundados, señor.

—¿Qué pretendes? —preguntó.

—No mucho, señor Celabert, por ahora, solo su sinceridad —dijo ella con suavidad—. No tiene que mentir. Lo sé todo. Eneida Farré siempre fue la tercera persona en un matrimonio que debió competer a dos, a mi madre y a usted. Su mezquindad es monstruosa: no solo engañó a su esposa, también relegó al papel de amante durante más de veinte años a esa mujer, Eneida, quien lo acompañó fielmente casi toda su vida. Como si no fuera suficiente, negó su paternidad. Porque Flora no es la hija adoptiva de Teodoro y Eulalia Farré, como se ha dicho, sino su propia hija. Admítalo.

—Fiorella, creo que deberíamos terminar esta entrevista en este momento.

—Flora tiene solo unos pocos años menos que yo —dijo, ignorando las palabras de su padre—. Para acallar los rumores, usted, Eneida y la familia de esa mujer dijeron que se trataba de una huérfana que precisaba un hogar. Qué sarta de mentiras pergeñaron que nadie las creyó. ¿Quién no sabe en la ciudad esa verdad que insiste en negar? Señor, no menosprecie mi inteligencia.

—Basta, Fiorella. ¿Qué quieres?

—Solo una cosa: señor, si desea usted seguir disfrutando de los lujos y privilegios a los que está acostumbrado, desháguese tanto de la madre como de esa hija, puesto que ambas me son intolerables. No las quiero en la ciudad. Eneida insiste en acercarse a mí en cada evento al que asisto, amparándose en su compromiso con usted, fingiéndome afecto como mi madrastra, y Flora pretende mi amistad, frecuentando a mis relaciones. Envíelas a vivir al campo, si le place. Siempre que dejen de presentarse ante mí, me importa muy poco cuál sea el destino al que vayan.

Joaquín de pronto sonrió, como si encontrara sus palabras muy graciosas y ya sin contenerse, comenzó a reír entre dientes.

—Una dama jamás debe mencionar las actividades en las que se solaza un caballero fuera de su hogar —dijo, y apoyó la espalda contra el respaldo del sillón, acomodándose a gusto—. Hablar de eso es vergonzoso. Una señorita debe saber qué decir y qué no. Si lo comprendes ahora, te evitarás muchos disgustos en el futuro, querida.

—Que un hombre se case con una mujer y luego busque amor en otra distinta, violando los votos que juró en su matrimonio, me parece despreciable.

—No me gusta el tono que estás usando, señorita —advirtió él.

—Señor, ¿nunca pensó en lo que sentiría mi madre al descubrir su bajeza? ¿Lamentó usted su dolor, su decepción, la humillación que provocó ese engaño?

—Reitero, querida: lo que un caballero haga fuera de su casa no debe importarle a su legítima esposa —dijo Joaquín, cortante—. Tengo mis pasatiempos fuera de esta casa, eso es todo. Patrizia así lo comprendió y nunca me planteó una queja. Es natural que halle en la calle una distracción de mis variadas obligaciones, Fiorella. Todos los hombres lo hacen.

—No todos —arguyó Fiorella, pensando en Juan Ignacio.

—Querida, sé que te preocupa y lo comprendo —dijo después de un instante, fingiéndose afectuoso—. Te diré esto: Eneida es una buena mujer. Conoce su lugar. Es verdad, ha estado conmigo casi toda mi vida, primero como una amiga en mi infancia y después como mi mujer. Me ha sido fiel y obediente. Merece un reconocimiento de mi parte. Se casará conmigo y jamás te faltará al respeto. Por supuesto, traeré a Flora a vivir aquí, con nosotros. Como bien dices, es mi hija, y precisa de su padre. Pero tú eres mi primogénita. Te aseguro que nadie amenazará tu posición en mi corazón ni en mi vida. Nada tienes que temer, Fiorella. Eneida se conducirá como tu madrastra e intentará complacerte. En cuanto a

Flora, te admira tanto, querida, ¿por qué le negarías un poco de afecto?

—Señor Celabert, le exijo que termine su compromiso con Eneida —dijo.

—¿Me exiges? Cuidado, Fiorella.

—Señor, usted es un hombre ambicioso y tacaño. Lo sabe, ¿cierto? No piensa más que en sí mismo, en su propio bienestar y disfrute. Le ofreceré un trato que no podrá rechazar. La condición siempre será que tanto Eneida como Flora sean exiliadas. Espero que comprenda: me repugna verlas.

—¿Cómo te atreves a hablarme así…?

—Me atrevo, señor, porque ya no puedo seguir callando. Puedo confesarle ahora que nunca entendí a mi madre. ¿Cómo pudo continuar a su lado, sabiendo de sus engaños, de su aversión, de su odio? —dijo Fiorella—. Porque usted la odiaba, ¿no es así?

—¡Fiorella, es suficiente!

—Es así, ¿verdad? —Fiorella elevó la voz—. Era una mujer hermosa, rica, inteligente. Usted, en cambio, un advenedizo incompetente. No me mire así, no es más que la verdad. Mírese, señor Celabert, apenas consigue cuidar del aserradero que le obsequió mi madre para que se entretuviera. Al compararse con ella, que administraba con éxito todos los bienes de los Arizmendi, usted no es más que una piltrafa. Le tenía resentimiento, ¿no es verdad?

—Creo que debemos dejar de hablar por el momento, querida —dijo—. Estás muy alterada. Discutir con tu prometido te perturbó, eso es evidente.

—¡Tiene usted otra mujer, una hija, un hogar fuera de esta casa, señor! —dijo Fiorella, fría. Los recuerdos del pasado le desgarraron el corazón, le oscurecieron la mirada—. No amó a mi madre. Nunca me amó a mí. Nos despreció y a ambas nos hizo infelices. Sincérese conmigo, señor, y acabemos con esta farsa de padre e hija.

—Fiorella, no hables de lo que no sabes —advirtió Joaquín—. No soy un hombre demostrativo, pero le tenía afecto a mi esposa, y por supuesto te quiero a ti. Eres mi hija, no puede ser de otro modo.

Comprende: no he tenido una vida fácil. Mi relación con mi familia siempre ha sido muy tensa. He sufrido de muchas carencias en mi infancia. Fui humillado y vilipendiado al quedar en la ruina. Además, tengo un temperamento difícil…

—No se justifique, señor.

—¡Fiorella! ¿Qué pasa contigo?

—Seré clara con usted, señor Celabert. Eneida Farré provocó el suicidio de mi madre. ¿Quiere pruebas? Puedo presentárselas; sin embargo, tomará tiempo reunirlas y no pretendo perder un momento de mi tiempo en perseguir este asunto. Así que le dejaré a usted la tarea de investigar lo sucedido la noche en que mi madre se mató si quiere. Lo que yo pretendo en este momento es proponerle un trato. No lo quiero a usted en esta casa ni en mi vida.

—¿Qué dices…?

—Mi abuelo tiene una propiedad en Buenos Aires. Es una estancia ganadera. Quiero que vaya allá y se dedique a su administración. No le temo a su incompetencia, ya que tendrá la ayuda del administrador de la hacienda. Le abriré una cuenta en el banco y depositaré mensualmente una suma para sus gastos personales. Aquí saldaré todas sus deudas. Podrá irse de Corrientes limpio de polvo y paja para recomenzar su vida lejos de mí y, en particular, de Eneida Farré y de su hija. Quiero que abandone a esa mujer y a su retoño, así como abandonó usted a mi madre y a mí.

—¿Has perdido la razón?

—No se preocupe, señor. Seguirá usted disfrutando de los privilegios de un caballero en su vejez. Me ocuparé de sustentarlo hasta su muerte. Como bien dijo, soy su hija. Es mi responsabilidad velar por su bienestar en la ancianidad. Pero, como sé de su gusto por el juego, y conozco su debilidad por las apuestas fuertes, haré algo más por usted, para que note la profundidad de mi amor filial: designaré a una persona que lo acompañe en su nueva vida. El señor Ramón Ayala cuidará de usted. ¿Ha escuchado hablar de él? Por su expresión, veo que sí. Es un hombre rudo, corpulento, de puños enormes. Le gusta pelear en las calles por dinero. No tiene

familia ni obligaciones que lo retengan en Corrientes. El señor Dávalos lo conoce. Me comentó que el señor Ayala estaba buscando un empleo más estable. He aquí que yo puedo ofrecerle uno, le dije, el de acompañante. De hecho, señor, ya hablé con él. Ramón está más que feliz con la idea de comenzar una nueva vida en Buenos Aires a su lado. Considérelo usted su ángel protector. Él se encargará de vigilarlo y de mantenerlo en el buen camino. Por supuesto, como todo ángel custodio, es insobornable. Recuérdelo, por favor, y evítese un mal momento.

—¿Crees que puedes hacer esto conmigo, estúpida niña? ¡Estás muy equivocada!

—Por supuesto, también puede negarse a aceptar el trato que ofrezco —dijo Fiorella con calma—. En ese caso, tiene veinte minutos para recoger sus efectos personales y abandonar esta casa. Sépalo: una vez que cruce por esa puerta, nuestra relación habrá terminado. Y me encargaré de que a nadie en la ciudad le quepan dudas de por qué. No obtendrá ni un peso más de esta familia, señor. Incluso encontraré la manera de arrebatarle el aserradero que mi madre le regaló. Me disgusta muchísimo la idea de que los beneficios que obtiene de la serrería los use para pagar los lujos que disfruta su amante y la hija que engendró con ella. ¿Me preocupa su destino? No. Que mantengan sus vicios sus queridos suegros, Teodoro y Eulalia Farré. Puede usted irse con esa mujer a quien tanto quiere. Que cuide de usted esa hija a la que ama. Veremos si junto a Eneida y Flora consigue la felicidad que despreció en esta casa, con su familia.

Joaquín apoyó las manos sobre el escritorio y se inclinó hacia Fiorella, amenazante.

—¿Cómo te atreves a desafiarme, imbécil? —dijo amenazante, con las manos apoyadas en el escritorio, casi escupiendo las palabras—. ¿Crees que no puedo hacerte nada? ¡Qué perra estúpida! ¿Te piensas a salvo de mí? ¿Es eso? ¡Estás muy equivocada, querida!

Lentamente, Joaquín rodeó el escritorio. Sus ojos agudos, gélidos, estaban fijos en la hija a la que siempre creyó dócil y fácilmente manejable. Una mueca cruel le deformó la boca.

—¿Crees que tu abuelo, ese viejo zorro, puede protegerte de mí? —Cerró las manos en puños—. ¿O tu querido señor Dávalos, tal vez? Ni uno ni otro está aquí ahora. Solo tú y yo, querida. Nadie podrá evitar que discipline a una hija ingrata. A ver si después de hoy todavía te quedan ánimos de enfrentarte a mí.

Fiorella se puso de pie y se encaró a su padre como jamás lo había hecho antes. Desafiante, osada. Tenía miedo, ¡claro que tenía miedo! Joaquín Celabert era más fuerte que ella, más pesado y corpulento. Un golpe de su puño podría herirla de gravedad. Podría lastimarla tan fácilmente que era hasta ridículo imaginar que pudiera hacerle frente y, sin embargo, ella no se acobardó.

—Si no quiere aceptar la oportunidad de tener una vida cómoda y agradable en Buenos Aires o no le parece atractiva la perspectiva de rehacer su vida junto a su amante, quizá pueda ofrecerle otro destino, señor Celabert, uno que no podrá eludir si así lo decido —dijo fríamente—. La cárcel. —Joaquín se detuvo. Fiorella alzo una ceja, despectiva—. ¿Pensó que nunca descubriría sus maniobras fraudulentas?. Para acrecentar su fortuna personal no dudó en recurrir al latrocinio. Qué bajo ha caído, señor.

—¿Qué sabes? —espetó.

—Todo, padre. Lo sé todo.

Hubo un momento de silencio. Joaquín la observaba con agudeza. Por fin, retrocedió un paso, aflojó las manos que habían permanecido en un puño, estiró la boca en una sonrisa carente de todo humor.

—Creí que jamás lo descubrirías —dijo.

Fiorella hizo un mohín, burlándose de sí misma. Por supuesto que no había descubierto nada sobre el fraude organizado por su padre. Nunca lo habría adivinado capaz de malversar los bienes de la familia Arizmendi. ¡Tal cosa era impensable! Además, siempre había anhelado su amor. Lo había complacido en cualquiera de sus

exigencias, ansiando su aprobación. ¿Cómo podría desconfiar de él? Fue Juan Ignacio quien supo del desfalco y buscó las pruebas para someter a Joaquín Celabert. Ella esbozó una sonrisa triste.

—Tengo todas las evidencias, señor. Usted sabe qué fraudes cometió, cómo estafó a mi familia, qué bienes desfalcó. No necesito entrar en detalles. Me basta con decirle que, si me provoca, no dudaré en enviarlo a la cárcel.

Joaquín la miró. De pronto soltó un improperio. De un manotazo arrojó todo cuanto había sobre el escritorio en un gesto de brutal violencia.

—¡Hija de puta! —rugió, con los puños sobre la mesa—. ¿Crees que puedes hacer todo esto y que no tomaré represalias…?

Fiorella levantó el mentón con arrogancia. De soslayo vio los documentos caer, los registros contables deshojarse, un libro, *Horas de ocio*, deshacer su encuadernación al golpear el suelo. Y una sombra debajo de la puerta que comunicaba la biblioteca con el salón de recibo. Joaquín descargó el puño contra el escritorio.

—¡Lamentarás el haberme desafiado, imbécil! —bramó.

—Lo conozco, señor, sé que está enojado en este momento, pero confío en que hallará la calma para evaluar su situación con detenimiento. Todavía tiene una oportunidad de vivir bien, si acepta el trato que le ofrecí. Conoce mis condiciones. Ahora, la decisión es suya. —Joaquín le dirigió una mirada llena de odio—. Señor Celabert, tiene tres días para considerar sus opciones —explicó Fiorella, tajante.

Joaquín gruñó un insulto, giró sobre los talones y abandonó la biblioteca a grandes pasos, sin mirar atrás. Sus pasos se atenuaron al cruzar el vestíbulo. Después de un momento, se escuchó el estruendo de la puerta de la calle al cerrarse con fuerza.

Fiorella apoyó las manos sobre el escritorio. Inclinó la cabeza y bajó los ojos. El alivio de saberse a salvo no consiguió mitigar el miedo que había experimentado. En tanto intentaba recuperar la calma, se miró, distraída, las manos. Los dedos le temblaban. Estaba muy asustada, reconoció. Realmente pensó que Joaquín la

golpearía. De pronto, alguien la envolvió en un abrazo gentil desde atrás. Le tomó las manos, protector. El olor familiar se elevó hacia ella, cautivándola. Amaderada, ligeramente almizcleña, la fría fragancia masculina se impregnó en su propia piel.

Fiorella cerró los ojos y se recostó contra él. Juan Ignacio inclinó la cabeza, hundió la boca en su pelo. Dejó un beso suave entre sus rizos. Ella percibió ese calor, la fuerza contenida en los músculos que la cobijaban, la dulce intimidad de su abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Juan Ignacio frotó las pequeñas manos, calentándolas.

—Pensé que podrías necesitarme —dijo. En su voz profunda, sedosa, tan puramente masculina, resultó perceptible la sonrisa que tiró de sus labios. Apoyó su mejilla en la suya, cariñoso—. Las evidencias de un crimen siempre son difíciles de borrar. ¿Cómo podría permitir que mi Pequeña Flor ensuciara sus manos con sangre? Pensé en encargarme de la tarea. Además, hay que decidir qué hacer con el cuerpo. No encontré una pala, pero creo que un rastrillo servirá. Me pareció ver uno en el jardín. En eso pensaba cuando, finalmente, escuché a tu padre irse. Así que sobrevivió al encuentro contigo. Una lástima, ya no serán útiles mis planes de huir juntos del continente.

Fiorella sonrió y luego rio entre dientes. La tensión que agarrotaba sus hombros se alivió.

—Mi padre es un hombre despreciable, pero sería incapaz de lastimarlo.

Distraída, vio el reflejo de ambos en el ventanal. Juan Ignacio tenía la cabeza inclinada, pero, aun así, pudo notar su expresión, una expresión glacial, feroz. La serena violencia de su mirada la sorprendió. Porque en su voz no había vestigios de la furia que sí se agazapaba allí, justo en sus ojos. Fiorella se volvió y le tomó el rostro entre las manos. Él le sujetó su cintura con un brazo y la estrechó contra su cuerpo.

—Estoy bien —aseguró. Buscó su mirada—. No me hizo daño.

—Creí que te golpearía.

—No sucedió.

Juan Ignacio apoyó la mano en su nuca y la sintió recostarse contra él. Bajó los ojos. La mirada se le oscureció bajo la sombra de sus pestañas.

—Si alguien intentara lastimarte… —susurró.

—Estoy bien —repitió y le besó los labios con suavidad.

—Si te sucediera algo…

—Sé que siempre cuidarás de mí —dijo cariñosa mientras le acariciaba el rostro.

Vio la mirada del lobo suavizarse bajo su caricia gentil. Por fin, la oscuridad que se había acurrucado en sus ojos fue menguando hasta desaparecer. Él se inclinó, recogió *Horas de ocio* con cuidado y examinó la encuadernación.

—Lo arreglaré —dijo.

Fiorella lo miró en silencio. Juan Ignacio observaba el libro con desusada atención. Sus dedos fuertes se deslizaron con suavidad sobre las letras en relieve. Ella sintió la emoción oprimir su garganta, arder en sus ojos.

—Sé que sí —dijo.

Capítulo 20

La ciudad dormitaba abrazada al cálido regazo de la siesta. La sutil cadencia de la brisa proveniente del río reverberaba entre las estrechas calles, acompañando a la tarde en su letargo. El silencio reinante se veía apenas interrumpido por el ocasional ladrido de un perro o el bronco traqueteo de algún carruaje insomne. Como era habitual en tales horas de sopor, las aceras estaban vacías, las plazas desiertas, las callejas silentes. Pronto, hacia las cuatro, comenzaría, sin embargo, el trajín de la tarde: iniciarían las visitas sociales y en el parque, los jóvenes se citarían para una merienda para luego pasear junto al remanso del río.

El carruaje se detuvo lentamente frente a la antigua residencia de la familia Arizmendi, en las afueras de la ciudad, donde se habían asentado las casas quinta y chalets del patriciado correntino, lejos del molesto ruido que atestaba el centro. Fiorella observó la casona a través de la ventanilla. ¡Cuánto había anhelado regresar y ver a su abuelo, abrazarlo y besar su frente! No obstante, no se había atrevido por temor a conmoverse hasta las lágrimas. Excusándose, consiguió retrasar la visita hasta sentirse segura de poder controlar sus emociones. Finalmente, se sintió capaz de ver al anciano sin estallar en llanto.

Los caballos se removieron, incómodos, cuando el cochero tiró de las riendas. Felipe se apeó y se dirigió hacia la portezuela. Como ya le resultaba habitual, vio a la señorita Fiorella descender del vehículo sin su ayuda. Felipe meneó la cabeza con impotencia.

—Ya le dije muchas veces que me esperara usted —amonestó, en tanto se quitaba el sombrero que llevaba calado hasta los ojos—. No me deja hacer mi trabajo, señorita. Tiene usted que esperar por mí.

Yo le abriré la puerta.

—Está bien, Felipe.

—Bah, siempre me dice eso, pero luego va usted y se abre la puerta sola. Ya no le creo.

—Lo lamento —dijo Fiorella mostrándose compungida—. Recordaré comportarme.

—¿Ahora me miente? Yo la vi crecer. La conozco a usted desde que berreaba en la falda de su madre. Si estuviera Agnes aquí, ya la habría reprendido a usted. Por mentir y por no esperar a que le abra yo la puerta.

—Eso es cierto —dijo Fiorella, y avanzó hacia el portón que daba la bienvenida a la antigua casona parapetada detrás de un magnífico parque diseñado al estilo inglés. Un sinfín de parterres de vivos colores y arriates bordeados de flores conferían sublime distinción a la elegante edificación de dos plantas.

Con el danzar del aire, la luz del sol atravesaba el follaje murmurador de los árboles cual astiles fulgurantes, para terminar, oscilantes, sobre el adoquinado que serpenteaba entre las plantas desde la verja hasta el pórtico. En los balcones, las buganvillas, junto al alero, la hiedra y en la tapia, el jazmín, la vegetación toda se zarandeaban con lentitud con la brisa suave.

—No se preocupe, patroncita —dijo Felipe, vivaz—. Si Agnes pregunta, le diré que se ha estado usted comportando como la dama que dice que es.

—¿Lo prometes?

—Claro que sí —aseguró el anciano en tono conspirador, en tanto acompañaba a la joven hasta la reja—. No le diré nada de esto, ah no, así como no le hablé de esas revistas raras que oculta usted debajo del asiento del coche ni de los dulces que esconde conmigo. Puede confiar en mí.

—No son revistas raras.

—No me mienta.

—Son artículos realizados por mujeres europeas sobre los derechos femeninos.

—Raras, sí señorita. Y escandalosas. Vaya a saber uno qué ideas meten en la cabeza de jovencitas inocentes. Pero bueno, de todas maneras, no diré nada sobre eso a su Agnes.

—Gracias.

—No. Gracias, no. Ya conoce usted el precio de mi silencio.

—Te compraré en la tarde ese licor que tanto te gusta, Felipe.

—Es el trato que hicimos —corroboró Felipe de buen humor.

El hombre la miró de arriba hacia abajo. Examinó su atuendo de paseo con detenimiento: los guantes blancos, con claveles estampados, el vestido verde, bordado en la falda y en los puños con motivos florales, y el sombrerito adornado con rosetas de seda.

—Está usted muy elegante.

—Gracias.

—No le hice un cumplido, sino una observación.

—¿Oh?

—¿Que se trae entre manos, patroncita?

—¿Qué quieres decir?

—Usted nunca se viste tan bien para visitar al señor Arizmendi. Siempre olvida sus guantes en el asiento. Y sé que no le gusta usar sombrero, que lo hace nada más porque Agnes le insiste que no salga a la calle sin uno o se llenará usted de pecas. Su abuelo la deja a usted que ande con la cabeza descubierta, así que algo no está bien con usted.

—Qué cosas dices, Felipe.

—¿Acaso piensa escaparse a algún otro lado, después?

—En absoluto.

—No le creo.

—Sucede que mi abuelo no estará solo —le dijo traviesa.

—¿Recibirá a alguien? Qué extraño. A su abuelo no le agrada que le interrumpan la siesta —dijo, meditabundo. Luego preguntó—: ¿Es un hombre?

—Sí. Un caballero.

—¿Y usted quiere impresionar a ese caballero?

—Sí.

—¡No me diga! ¿Y es apuesto?

—Mucho.

—Sí que la atrae a usted. —El anciano la miró con una sonrisa socarrona tirando de sus labios—. Se ha puesto usted roja como un pavo, señorita.

—Me avergüenzas.

—Se avergüenza usted sola —replicó el anciano, divertido—. ¡Por algo será! ¿Tiene acaso malas intenciones para con ese caballero? ¿Qué está planeando hacerle al pobre hombre? ¡Dígame, tal vez la ayude a maniatarlo a cambio de un par de cigarros! ¡Y por otra botella de licor, además de la que me debe usted, hasta estoy dispuesto a secuestrarlo y hacerle de guardia donde piensa ocultarlo!

—¡Felipe!

—¿Le digo una verdad? —dijo en voz baja, después de reír a gusto.

—Por favor.

—Me alegra que no esté usted pensando en encontrarse con el señor Belmonte… porque no es el señor Belmonte, ¿verdad que no?

—No.

—Eso está muy bien —dijo Felipe, desviando la mirada hacia la casona. En la planta alta, las cortinas se mecían lánguidamente. Los amplios ventanales estaban entreabiertos, permitiendo que el otoño se deslizara en el interior de la vivienda, con sus frías fragancias—. Ya me imaginaba que no era él ese caballero que tanto le gusta.

—¿Cómo sabes que no se trata de él? —preguntó con curiosidad.

—A su abuelo no le agrada el señor Belmonte —respondió el anciano con un encogimiento de hombros—. Y, como no le gusta, no lo recibiría en esta casa, donde tiene los mejores recuerdos de la señora Eloísa, del joven Ernesto y de la señorita Patrizia. Hasta yo sé que el abuelo de usted nomás le abre la puerta de esta casona a quienes les cae en gracia. —Felipe hizo una pausa. Luego añadió—: Siendo sincero, patroncita, a mí tampoco me gusta mucho ese joven. Aunque es un señorito bonito y educado, permítame que le

diga que no le conviene a usted. Sé que su abuelo piensa lo mismo que yo.

—¿Por qué no? —quiso saber.

—Es un mocito demasiado tierno. Como un niño. Si se casa usted con él, querrá que usted le haga de madre. Yo conozco hombres como el señor Máximo Belmonte, y por experiencia le digo: se acostumbrará bien pronto a que usted se ocupe de la casa, de los niños, del servicio y de él. Hasta terminará usted eligiéndole la ropa que usará y la comida que comerá. Acabará usted yéndole detrás recordándole lo que tiene y no tiene que hacer. Como le dije, no será una esposa, sino una segunda madre para ese señor.

—Te alegrará saber que rompí mi compromiso con el señor Belmonte, Felipe —dijo mientras tocaba la campanilla.

—¡La felicito entonces por su buen tino, señorita! —exclamó el anciano, de buen humor—. Usted necesita un hombre que la apoye y sostenga cuando sienta que el mundo se le cae encima. Un auténtico hombre le digo, no un mozalbete inexperto. Un hombre que se atreva a decirle a usted lo que nadie más ose, que no busque impresionarla con tonterías, que la mime y quiera de verdad. Ya sé que usted cree que puede hacer todo sola y que no necesita la ayuda de nadie, pero a veces se cansa, ¿no es así?

Fiorella se conmovió. Jamás imaginó que Felipe se preocupara tanto por ella, ni que la conociera tan bien. Sus dedos temblaron cuando tocó la campanilla una vez más.

—El caballero que mi abuelo aprecia es así —musitó.

—Bien. Muy bien —asintió el anciano. Miró hacia el pórtico y vio a Genaro franquear la puerta. Se apresuró a calarse el sombrero—. Ahí viene el diablo, mejor me voy.

—¡Felipe!

—¡Ya me conoce usted, señorita! Me gusta beber. Ese viejo insiste en que deje de hacerlo. Que no es agradable de ver borracho a un viejo como yo, dice. Bah, a mi edad, ¡mire si me voy a preocupar por lo que le resulta agradable o no a otras personas! —rezongó el anciano—. Ahora dígame: ¿quiere que la recoja más tarde, señorita?

Nomás indíqueme la hora en que cree que se encontrará desocupada usted, y aquí estaré.

—Me quedaré con mi abuelo toda la tarde —le contestó con una sonrisa—. Después, quizás el caballero que me gusta se ofrezca a acercarme a mi casa.

—Está bueno eso, a ver si aprovecha usted el momento y se asegura de echarle la zarpa encima al pobre tipo.

—¡Felipe!

—Ah, pues, me voy. —Hizo un gesto de despedida—. Tenga usted una tarde linda, señorita —dijo y luego se alejó de la puerta casi al trote, a pesar de sus achaques.

Unos minutos después, Genaro bajaba los peldaños que lo separaban del portón y recibía a la joven dama, echando sendas miradas de disgusto hacia el carruaje que se marchaba a toda prisa.

—Esa vieja mula —rezongó, en tanto corría el pestillo de la verja —. Uno de estos días volcará y terminará su vida en un zanjón.

Fiorella lo miró, conmovida. Recordó su fidelidad, su preocupación, todo lo que hizo por su abuelo después de que ella falleciera. Pensó en su amabilidad al tratar con Juan Ignacio y en las palabras de aliento que le había dado, cada vez que lo veía sufrir por su pérdida.

—Felipe no está bebido, señor —dijo dulcemente.

—¿Es eso cierto? No me mienta.

El anciano se peinó el cabello canoso hacia atrás asegurándose que cada pelo estuviera prolijo y en su lugar y dirigió una mirada austera hacia la joven. Parecía capaz de examinar el interior de su alma con una de esas severas miradas suyas.

—No miento —aseveró—. Está sobrio.

—No agite la cabeza de esa manera. No es correcto.

—Sí, señor.

El anciano la miró a los ojos. Fiorella reprimió el deseo de removerse incómoda en su lugar, como si fuera una niña pequeña atrapada en una travesura.

—Sígame, señorita —dijo Genaro por fin.

El anciano hizo un gesto, guiándola hacia el pórtico. Fiorella lo siguió, deseando tener el valor suficiente como para de darle un abrazo. No se atrevería, por supuesto. Genaro era un hombre criado a la antigua usanza, se avergonzaría profundamente si recibiera un gesto de cariño semejante. Ella alisó las arrugas en su falda, acomodó la puntilla festoneada que adornaba sus mangas, en tanto reunía valor para defender al cochero una vez más. Se detuvo un instante en el umbral, mientras el anciano subía los últimos peldaños hacia la galería.

—Vigilaré de cerca a Felipe —dijo—. No se preocupe, señor, no tendrá ningún accidente conmigo estando atenta.

—¡Quien se preocupa por ese viejo tonto!

—Usted.

—¡Qué tontería!

Genaro condujo a la dama hasta el vestíbulo y bajó la voz al advertirle:

—El patrón todavía está en la terraza…

—Muy bien. Iré con él.

—… con ese hombre, con el señor Dávalos —concluyó Genaro, paciente.

Fiorella soltó una exclamación.

—¿Ya está aquí? —preguntó con obvia alegría.

—¿Esperaba usted que estuviera?

—Sí— dijo ella, y se apresuró frente al espejo del zaguán—. Creí que llegaría más tarde.

—De hecho, el señor Dávalos almorzó con su abuelo.

—Oh. —Ella se pellizcó las mejillas y mordió los labios, asegurándose de poner algo de color en su rostro—. Entiendo que se llevan muy bien.

—Muy bien, de hecho.

—Debió de tratarse de una comida muy amena.

—Así es. ¿No quiere ocultarse en la salita de lectura hasta que su abuelo lo despida?

—No, señor.

—¿Está segura? Ya sabe cómo es el señor Dávalos. Si la ve, es probable que caiga en la imbecilidad, como siempre ocurre.

—¿Imbecilidad? —preguntó risueña.

—Su embobamiento por usted es evidente —comentó el anciano.

—No me ocultaré de él —dijo Fiorella. Una vez satisfecha con su apariencia, cruzó el pasillo y se dirigió resuelta hacia las puertas dobles que conducían al jardín, con Genaro detrás—. No más.

Genaro la miró con sospechas, pero no hizo comentarios al respecto.

—Señorita, camine —apuntó, serio—. Una dama no avanza a zancadas y mucho menos corre.

—Sí, señor.

—Agnes se molestaría si supiera que anda usted a los saltos por ahí.

—Eso es verdad. —Fiorella se detuvo un momento y vaciló. De pronto retrocedió unos pasos y se acercó a Genaro con renovados bríos—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Exprésese correctamente.

—Le haré una pregunta —dijo Fiorella, corrigiéndose con rapidez —. ¿Qué opina del señor Dávalos?

—Es un caballero —dijo Genaro, sin siquiera tomarse el tiempo de pensar en si su respuesta sería adecuada o bienvenida, o dudar siquiera—. Precisa mejorar sus modales y domeñar su carácter, pero es un hombre íntegro. Lo respeto.

—Imaginé que así sería —dijo. Muy pocas personas le caían en gracia a Genaro, y quienes merecían su respeto, eran muchos menos todavía.

El anciano enarcó una ceja apenas demostrando así su interés en las palabras de la joven, pero no hizo ninguna pregunta al respecto. Fiorella se volvió y se acercó con vivacidad al umbral. Afuera, la terraza se abría al jardín, entre plantas y flores de estación. Con el resguardo de los eucaliptos, en primavera y verano el lugar se impregnaba con la sutil fragancia de las flores. Por otro lado, en

otoño e invierno, se vestía con el oro y el carmín de las hojas que traía la brisa desde el parquizado.

En el centro del recinto, sentado a la cabecera de la mesa y a la sombra de la pérgola, se hallaba Santos Arizmendi. Vestido con la formalidad que ameritaba la recepción de visitas, el atavío le destacaba un gran porte. Había peinado su pelo ralo hacia un lado, de manera que se destacaran unos ojos atentos y una amplia frente. Aunque sus rasgos resultaban un tanto duros y evidenciaban la inflexibilidad de su carácter, no carecía de atractivo.

Fiorella observó a su abuelo con detenimiento. Estando muerta, lo había visto enfermar y claudicar ante los dolores que lo aquejaban. Lo sintió desfallecer a causa de la tristeza de su pérdida, para luego hundirse en el odio y el quebranto frente a quienes la habían agraviado. Finalmente, fue testigo de su muerte, sin siquiera la oportunidad de tomar su mano y despedirlo con un beso.

Santos probó el café mientras hablaba. Culto y sabio, no había tema que desconociera. Fiorella lo vio gesticular, subrayando la opinión que tenía respecto a los efectos de la crisis financiera. Sonrió, cariñosa. Él había sido muy severo con ella, siempre implacable en su afán de educarla e instruirla en sus muchas y variadas obligaciones, formándola a su imagen y semejanza. La amó sinceramente, protegiéndola de toda maledicencia desde la infancia hasta la edad adulta. Si bien no era un hombre demostrativo, su afecto siempre había estado allí, acompañándola, cobijándola, defendiéndola de toda tormenta que arreciara hacia ella.

Fiorella experimentó un ramalazo de afecto al verlo entusiasmarse con un tema que le apasionaba. Sin rastros de la enfermedad que le arrebataría poco a poco la vitalidad, sin la desoladora tristeza que la había opacado la mirada después de su propia muerte, en su rostro no había más que la alegría de verse en la compañía de alguien que compartía sus valores e intereses.

Santos Arizmendi no era un hombre muy sociable, de ordinario se limitaba a realizar unos pocos comentarios adecuados. Su círculo íntimo era escaso y poco frecuentado, pero allí estaba, hablando

jubilosamente con el señor Dávalos, un hombre muchísimo más joven que él.

Ella volvió los ojos lentamente hacia el caballero que pronto se convertiría en su marido. Juan Ignacio Dávalos estaba cómodamente sentado, con una taza de café entre las manos, atento a las palabras del anciano. Aún no había reparado en su presencia. Su perfil, duro y austero, se destacaba por la falta de sutileza y emoción. El atractivo de su rostro está, precisamente, en las facciones salvajes y angulosas, decidió, embelesada. Fiorella intentó controlar su emoción. Inclinó la cabeza y pestañeó rápidamente, ahogando las lágrimas, para luego dirigir la mirada hacia él una vez más. Ya acostumbrada a su sencillez en el vestir, le resultó extraño verlo en un atuendo formal. Resultaba evidente que la razón de su visita a la residencia Arizmendi era muy seria y se había preparado para ello.

Fiorella se asomó a la puerta. Percibió la fragancia del otoño en el aire, el calor del sol en su piel, la tibieza de una siesta espléndida. En este instante, en esta vida, Juan Ignacio era un hombre disponiéndose a hacer una propuesta formal de matrimonio; en cambio, ella, solo una joven dama a punto de aceptar su proposición. Sin rencores. Sin resentimientos.

Santos soltó una risita, dando por concluida su exposición, y apoyó la espalda en el respaldo de la silla, de buen humor. Como si fuera un niño, dudó qué dulce escoger para degustar, en tanto Juan Ignacio terminaba su café y dejaba la taza sobre la mesa. Dado que Genaro estaba ausente, quizá Santos pensó que podría desafiar los designios de su guardián y probar otro bocadillo azucarado, aunque le estaba completamente prohibido por el médico comer más de dos cada día.

Juan Ignacio apartó del alcance del anciano la fuente de bocadillos y fingió vacilar entre tomar uno u otro. Fiorella ocultó una sonrisa. Santos era demasiado educado como para tirar de la bandeja hacia él una vez más, de modo que se enfurruñó como un chiquillo, intentando disimular su molestia. Fiorella ya no pudo

reprimirse. Cruzó el umbral a grandes pasos, bajo la mirada reprobadora de Genaro, y se abalanzó sobre Santos.

—¡Abuelito! —exclamó, cariñosa. Abrazó al anciano con fuerza desde atrás, sorprendiéndolo. Le rodeó sus hombros y depositó varios besos en su mejilla—. ¡Mi abuelito hermoso!

—Tú, tú… ¿Qué pasó…?

—¡Te extrañé muchísimo!

El anciano, quien se había sobresaltado a causa del repentino ataque recibido, suavizó su expresión y palmeó las manos de su nieta.

—¡Ya, déjame!

—¡No, quiero besarte más!

—¿Qué haces…?

—¡Esta cara es hermosa! Un abuelito tan bello necesita muchos, muchos besos.

—¡Niña! Ya basta —la amonestó el anciano. Sin embargo, tenía dificultades para mantener la seriedad cuando una sonrisa insistía en tirar de su boca—. ¿Y todo este amor, a qué se debe?

—Estoy feliz de que estés bien —dijo, afectuosa.

—Mi salud es excelente —respondió el anciano.

—Debe guardar reposo —acotó Genaro, que se detuvo junto a la mesa.

Notó que los sirvientes habían servido más café en su ausencia, además de una nueva variedad de bocadillos dulces y salados. Miró con reprobación el pastelito que Santos había estado anhelando.

—El médico vino esta mañana a tratarlo —contó—. Está un poco congestionado.

—Eso no es cierto —protestó Santos.

—Es cierto —lo contradijo, Genaro—. No mienta.

—Tienes que ser obediente y seguir los consejos del médico, abuelo —dijo Fiorella, y por fin, después de controlar las emociones, elevó los ojos hacia el hombre que se había puesto de pie al verla entrar en la terraza—. ¿No lo cree así, señor Dávalos?

Juan Ignacio la miró a los ojos, una vez más cautivo de su encanto.

—Sí, señorita —dijo, y tiró de su chaqueta, en un gesto de nerviosismo extraño en él.

Genaro torció sus labios, en tanto Santos se mostraba sorprendido ante la amable actitud de su nieta. Fiorella sonrió. ¿Cómo no había notado antes la timidez de Juan Ignacio, la emoción que parecía volverlo lento y torpe en su presencia? Es tan lindo, pensó, divertida.

—Genaro lo vigila, pero ya vio usted, mi abuelo insiste en comportarse como un niño cuando lo descuidan —continuó, vivaz.

—Sí, señorita.

—¿Está disfrutando de la tarde, señor Dávalos?

—Sí, señorita.

—Por supuesto, es un día espléndido. —Fiorella volvió la mirada hacia el cielo azul. No se veían nubes en el horizonte—. ¿No le parece un buen día para pasear por los alrededores? La brisa se ha tornado fresca después del mediodía, pero no hace frío realmente. Recuerdo que usted ha sido herido en batalla. El médico le aconsejó caminar para fortalecer sus músculos. Al menos, eso escuché. Por cierto, los rumores sobre usted son innumerables, unos exagerados, otros increíbles, unos pocos desagradables. Es imposible decidir a cuáles prestar atención.

—Se dicen muchas cosas sobre mí —admitió—. pero muy poco de lo que se dice es cierto.

—¿Oh? Entonces, tendrá que encontrar el tiempo para hablarme de usted, así no necesitaré prestar oídos a las murmuraciones para enterarme de los detalles de su vida.

—Todo mi tiempo está a su disposición, señorita Celabert.

—Qué amable, señor Dávalos, ¿Le gustaría caminar conmigo ahora? Me encantaría enseñarle los pensamientos que planté, y que ahora están floreciendo. Pretendo mostrarme orgullosa de mis flores y usted, como el caballero que es, deberá alabar mi mano para la jardinería.

Juan Ignacio comenzó a asentir para decir que sí, que lo haría, pero de pronto recordó la razón de su visita al señor Arizmendi y finalmente recobró la cordura.

—Me temo que no será posible, señorita— dijo.

—¿Por qué no? —preguntó con fingida sorpresa.

—Tengo un asunto que tratar con su abuelo. Si me disculpa, quizás en otra oportunidad… —Él levantó la vista y se encontró con la mirada del anciano Arizmendi.

El viejo le sonrió, alentador. Genaro a su lado, hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento. Entonces Juan Ignacio sonrió, impotente.

—Eh, sí, señorita, me gustaría aceptar su invitación a alabarla por sus florecientes pensamientos.

—Llámeme por mi nombre, por favor —dijo con dulzura y le hizo un gesto de complicidad.

Santos alzó las cejas e intercambió una mirada de asombro con Genaro. Juan Ignacio sintió entre en su palma la tibieza de la pequeña mano.

—Sí, Fiorella —dijo, divertido.

—Ese asunto que quiere tratar con mi abuelo, debería tratarlo conmigo primero —susurró ella rápidamente, con voz bastante audible.

—Está bien, señorita Celabert. Por favor, dígame Juan Ignacio.

—Insiste usted en olvidar llamarme por mi nombre.

—Fiorella…

—Muy bien, Juan Ignacio, ahora tendrá que permitirme mostrarme dictatorial. Me acompañará a pasear por el jardín ahora, en tanto mi abuelo espera por usted en el salón. —Luego agregó, dirigiéndose al anciano—: Será solo un momento, abuelito. Le enseñaré mis flores y luego lo regresaré con usted, sano y salvo.

Santos no sabía qué pretendía hacer su nieta, pero fuere lo que fuese, lo único que restaba era apoyar a la niña en sus planes. Se puso de pie.

—Esperaré en el salón —dijo—. Tómese su tiempo para apreciar las flores, señor Dávalos. En tanto, leeré un rato. Ahora lo dejaré en compañía de mi nieta.

Juan Ignacio asintió y le ofreció el brazo a la dama. Fiorella no dudó en apoyar la mano en él y, a hurtadillas, presionó los dedos, amparándose en su fortaleza y calor.

Oscilantes halos de luz se precipitaban desde el follaje abovedado de los árboles, como ascuas encendidas que se perdían luego entre la hierba y las flores. Los sinuosos senderos de guijarros que discurrían entre los parterres de plantas y arbustos eran demasiado angostos para contener a dos personas que caminaran a la par, pero Fiorella no se apartó del señor Dávalos. Por el contrario, se acercó más a él, divirtiéndose con su obvia incomodidad al saberse observado por los ojos vigilantes de dos ancianos.

—¡Eres tan lindo! —exclamó Fiorella con una risita.

—Traviesa —dijo él con los labios curvados.

Fiorella, todavía risueña, siguió el sendero de piedra hasta la pérgola. Después de asegurarse de que estaban ocultos por los arbustos y de que nadie los vería desde la casa, se detuvo bajo la sombra de la buganvilla. Las pequeñas hojas se mecían con el viento. Al desprenderse de las ramas, las flores violáceas caían en lento vaivén hasta alfombrar el suelo. Ella hizo un gesto hacia un banco de piedra.

—Siéntate —indicó.

—Allá están mis flores —señaló—. Míralas. Son hermosas, ¿cierto?

Juan Ignacio dirigió los ojos hacia un tiesto particularmente grande. Las flores, muy coloridas, se abrían espléndidas al día.

—Son hermosas —confirmó él, cordial.

—Siendo sincera, fue Rosita quien se ocupó de mantener los pensamientos con vida.

—Agradezco tu sinceridad. Es importante que, en una pareja, prevalezca la honestidad, ante todo.

—Estoy de acuerdo con eso. Yo no soy muy buena para la jardinería. Mi madre sí, pero yo no. Maté a un cactus.

—Qué confesión tan inesperada. ¿Cómo lo hiciste? Es casi imposible acabar con un cactus.

—Asesiné a muchos. Hasta que Rosita me convenció de que los dejara en sus manos. Me preocupaba que no tuvieran agua durante semanas, así que los regaba constantemente. Los ahogué a todos. Pero tenía buenas intenciones.

—Sin duda.

—Como temía terminar con la vida de estas florecillas, dejé que Rosita también se ocupara de ellas. En todo este tiempo me limité a sugerir cuándo debía regar o echar más fertilizante a la maceta.

—Tus sugerencias, por supuesto, fueron de lo más efectivas, Fiorella —dijo, halagador.

—Muy bien, como te mostré las flores, tal y como le dije al abuelo que haría, y ya no tendrás que mentir si él te pregunta al respecto, creo que ha llegado el momento de dedicar nuestro tiempo a hablar de otros asuntos.

—Como digas, querida.

Al instante Fiorella se acomodó su falda y se colocó entre sus piernas. Apoyó las manos en sus anchos hombros y lo miró, atenta. Sabía que esa era una acción por demás escandalosa de su parte y que, en base a su rango y clase, debía de guardar una conducta intachable; no obstante, ya había decidido no guiarse por las normas de comportamiento que le habían inculcado desde la infancia. Lo único que deseaba hacer era mostrarse cariñosa con el único hombre que siempre estuvo dispuesto a amarla absolutamente, sin condiciones, y se prometió que eso era exactamente lo que haría. Fiorella se inclinó y le depositó un beso rápido en la boca. Él la sujetó por la cintura.

—¿Es esto lo que pretendía, señorita Celabert? —dijo, con toda formalidad—. ¿Aprovecharse de mí en la intimidad del jardín?

—¿Le disgusta la posibilidad, señor Dávalos? —preguntó ella ruborizada, siguiendo la broma.

—Al contrario, me parece más que tentadora, irresistible —dijo él, y le deslizó la mano hacia la espalda, acercándola a él. Hundió los dedos sobre sus caderas. Arrugó la tela de su falda entre sus dedos —. Sin embargo, debo presentar una propuesta formal de casamiento. No tengo mucho tiempo para disfrutar de un momento de pasión.

Él la miró, sonriente. Los ojos se le veían amarillentos bajo la cálida luz del día. Fiorella estiró los dedos y apartó con gentileza un mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—Estoy muy nerviosa —admitió.

—También yo. Tu abuelo…

—Él te concederá mi mano. —Ella admiró su atractivo—. Te respeta y te aprecia, Juan Ignacio. Sabes que siempre ha querido vernos juntos. Lo que temo es que le resulte muy extraño que, de pronto, yo esté de acuerdo con tu proposición.

—Es muy extraño, sí —coincidió.

—Por eso quería encontrarme a solas contigo primero. —Fiorella le acarició la mejilla con la punta de sus dedos—. Sé que mi abuelo no comprenderá el cambio en mí. Nunca revelé mis verdaderos sentimientos. Siempre frente a él me mostré irascible. No creerá que, de pronto, me sienta exultante ante la perspectiva de convertirme en tu esposa.

—Es comprensible, en vista a tu comportamiento pasado.

—Eso es. Me alegro que lo comprendas.

—Siempre estoy dispuesto a comprenderte, querida.

—Entonces, pensé en algo para explicar el cambio en la opinión que tengo de ti.

—No me sorprende —dijo él dulcemente—. Tu inteligencia es admirable, Fiorella.

—¿Verdad que sí? Ahora, te diré qué haremos: cuando mi abuelo hable conmigo más tarde, porque seguro que querrá entrevistarse conmigo después de escuchar lo que tienes para decir, le diré que acepté casarme contigo por una variedad de razones perfectamente aceptables.

—¿Y esas razones son…? —preguntó, curioso.

—Que prometiste serme absolutamente fiel es lo primero. Le diré a mi abuelito que prometiste que no habrá otras mujeres en tu vida, además de mí. Si sucede, si alguna vez te sientes atraído por alguien más, no tendrás dos hogares, como el señor Celabert. Simplemente me darás el divorcio y más del ochenta por ciento de tus bienes a modo de compensación.

—Es una propuesta interesante. Nadie la rechazaría.

—Ciertamente. Luego le diré que me ofreciste el treinta por ciento de las acciones de tu tienda. El centro comercial está en auge, y las ganancias serán enormes. Como regalo de compromiso, es un gesto de amor realmente conmovedor.

—Muy conmovedor. De hecho, sería una prueba irrefutable de mi devoción hacia ti. ¿Algo más?

—Sí. Le diré que prometiste protegerme de todo daño, que alejarás de mí a quien consideres una amenaza para mi seguridad y que nunca, jamás, permitirás que nadie me lastime.

—Eso es algo que yo te prometería, sin duda —dijo, suave.

—Mi padre abandonó la ciudad esta mañana —dijo de pronto, siempre sonriente—. El señor Ayala me envió un mensaje, poco después de que el señor Celabert se comunicara con él para ultimar los detalles del viaje. Mi padre fue muy escueto. Se limitó a establecer la hora en que estaría listo para partir hacia Buenos Aires y a expresar su deseo de salir a tiempo, sin demoras, antes del amanecer. Tengo entendido que se llevó consigo muy poco. Solo una maleta. Dijo que lo que necesitara, lo compraría allá.

Juan Ignacio la observó, cauteloso.

—Una decisión acertada —comentó—. Viajar con mucho equipaje es sumamente molesto.

—Fui a despedirlo —le contó Fiorella mientras le acariciaba la sien.

—Imaginé que no lo harías.

—Es mi padre —dijo con suavidad, aunque la sonrisa se le fue atenuando poco a poco. Esas pocas palabras lo explicaron todo, un sinfín de emociones e innumerables sentimientos contradictorios.

—Fiorella…

—Cuando llegué a él, Joaquín ya se encontraba en el interior del carruaje —continuó la dama con suavidad—. Tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla, oculto por la penumbra, en tanto calentaba sus piernas con una manta. Todavía estaba oscuro. Hacía frío. Cómo no, si aún no amanecía. Qué extraño, pensé. Mi padre prefería con mucho emprender un viaje por la tarde y no tan temprano en la mañana. Al parecer, tenía prisa. El señor Ayala estaba sentado en el pescante. Con el sombrero hasta los ojos y envuelto en su poncho de lana, casi no lo reconocí. Me saludó y, luego, continuó hablando en voz baja con el cochero. Entonces me despedí del señor Celabert, deseándole un buen viaje. Creí que me ignoraría, pero finalmente me miró.

—Probablemente, debería regresar ahora a la casa. Tu abuelo podría impacientarse —dijo Juan Ignacio, mientras se disponía a incorporarse.

—Solo un momento más.

—Fiorella, tengo una propuesta matrimonial que presentar.

—Lo sé; no obstante, quisiera hablarte de mí encuentro con el señor Celabert. Mi abuelo esperará por ti, no te preocupes. No se impacientará. Te quiere tanto.

—¿Es esto necesario? —preguntó él en voz baja.

—Muy necesario. No importa lo que tú opines a este respecto, porque yo estoy convencida. ¿Sabes, Juan Ignacio? Pensé que nada podría sorprenderme al enfrentar a mi padre, pero descubrí que todavía hay lugar para el asombro —dijo Fiorella—. Fue un encuentro muy instructivo. Supongo que ya imaginarás qué descubrí.

Juan Ignacio la miró. Si ella le hubiera exigido una explicación, manifestado disgusto hacia lo ocurrido o enojo por su intervención, él habría podido mostrarse indiferente o divertido, incluso mordaz o irónico, como era su costumbre cuando se hallaba en posición de discutir con la dama, pero ante su afabilidad, solo pudo rendirse. Él cerró los ojos un momento.

—Perdóname —dijo.

—¿Por qué debería perdonarte, Juan Ignacio? ¿Me dirás qué hiciste?

—Ya lo sabes, imagino. —Él curvó sus labios, irreverente—. Tu padre no es un hombre que fuera a callar cuando bien podría aprovechar la oportunidad de sembrar cizaña entre tú y yo.

—¿Confías en mí, Juan Ignacio?

—Sí, Fiorella.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste que hablarías con mi padre? ¿Por qué aun ahora, en este momento, no me quieres decir lo que hiciste con él?

Juan Ignacio le tomó las manos entre las suyas, se puso de pie y la miró a los ojos, desde muy arriba. Fiorella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mantener la mirada.

—Porque no quiero que me tengas miedo, Fiorella —dijo. No le soltó las manos. Como si temiera que, si lo hacía, ella huiría de él.

—Yo no te tengo miedo.

—Podría matar a quien quisiera lastimarte; te advertí eso, Fiorella. Pero no maté a tu padre.

—Eso es obvio. Estaba muy vivo cuando me dijo que lo habías golpeado en su oficina, obligándolo a suplicar por su vida. Se mostró más que colérico al relatarme la terrible experiencia. Imagino que no le resultó en absoluto agradable encontrarse de pronto con la cara aplastada contra la pared, con la sangre brotando de sus heridas y el filo de una navaja en el cuello, que le amenazaba la vida.

—Quería matarlo —dijo en voz baja, oscura y sedosa. Por eso mismo, sus palabras resultaron incluso más aterradoras que si hubiese gritado—. Porque se atrevió a intimidarte.

—Juan Ignacio…

—¡Quería matarlo, Fiorella, porque él estaba dispuesto a golpearte! Porque te hizo daño. Porque sé que, aunque no deseas admitirlo, muy dentro de ti, todavía te duele su indiferencia. Porque te hace llorar, Fiorella. —Él hizo una pausa, tratando, realmente tratando, de controlar la violencia, la fría rabia que le constreñía las

entrañas—. Tenía que alejarlo de ti. Conozco a hombres como él. Egoístas, cobardes, mezquinos, que harían cualquier cosa por dinero. Imaginé que el señor Celabert no estaría dispuesto a irse de aquí, que intentaría algo contra ti antes de rendirse, así que decidí hablar con él y convencerlo de que su mejor opción era abandonar la ciudad y rehacer su vida honestamente, muy lejos de ti.

—Mi padre me dijo que le plantaste el puño en la cara al instante de desearle las buenas tardes.

—No pretendía perder su tiempo ni el mío.

—Dijo que golpeaste su cabeza varias veces contra la pared.

—Quería despejar su mente de tonterías.

—¿Por qué lo cortaste con una navaja?

—Fue un accidente. Él se mostró poco cooperativo, y el filo de la cuchilla tropezó con su cuello.

—Comprendo. —Fiorella frunció los labios—. ¿Juan Ignacio?

—¿Sí, Fiorella?

—¿Qué querías conseguir?

—Su miedo, querida —dijo él con suavidad—. Quiero que se cague encima cada vez que piense en mí. Por si alguna jodida vez se le ocurre que puede lastimarte, quiero que recuerde que no lo permitiré, que, si tuviera que hacerlo, no dudaría en matarlo por ti. —Ella enrojeció al escuchar esa jerga soez. Era la primera vez que lo oía utilizar el lenguaje callejero para hablar con ella. Le resultó, como poco, sorprendente. Juan Ignacio endureció su expresión—. Le recordé que crecí en las calles —continuó fríamente—. Que estuve en la guerra. Le comenté que adquirí variadas habilidades a lo largo de mi vida, y especialmente durante mi estadía en la Armada española. Muchas de esas habilidades, le expliqué, se relacionan con cómo matar a un hombre con mis manos desnudas. No entraré en detalles de los ejemplos que le di, pero creo que fui bastante claro con él.

—Muy claro en verdad, señor Dávalos —dijo, suave—. Me dijo que yo debía de estar loca para mantener a un asesino a mi lado, y que esperaba que, si acaso te hacía enojar y usabas tus puños contra mí,

pudiera sobrevivir el tiempo suficiente como para arrepentirme de haberte dado mi confianza.

Ella lo vio encajar los dientes. Le estrujó las manos con las suyas casi dolorosamente; no obstante, al instante aflojó el agarre. Había incertidumbre, cautela, desasosiego en su mirada.

—Yo no te lastimaría —dijo.

Fiorella sintió el ardor de las lágrimas en sus ojos. Él pudo haber agregado más, mucho más a sus palabras: si hubiera jurado su ternura, si hubiera exigido su confianza, ella no se habría conmovido tanto al escucharlo, pero no pudo resistir al miedo que entrevió en sus ojos, silente y espeso, oscureciendo sus pupilas.

—Sé que no me harías daño.

—¿Realmente lo sabes?

—¿Cómo podría no saberlo? —Fiorella avanzó hacia él, entrelazó los dedos con los suyos y le mantuvo la mirada—. El señor Celabert no te conoce. No sabe de tu paciencia infinita, del férreo control que mantienes sobre tus emociones, de tu amabilidad, del respeto con que me tratas. Por supuesto que mi padre dirá tonterías. Ignóralo, así como yo ignoré sus advertencias. Finalmente le deseé un buen viaje, recordándole que debía obedecer las recomendaciones del señor Ayala.

Juan Ignacio soltó las manos de Fiorella por fin. En cambio, la estrechó con fuerza entre sus brazos. Hundió la boca en su pelo.

—Solo soy paciente y amable contigo —dijo.

—Eso es bueno —susurró ella, aferrándose a él—. Como soy una mujer muy celosa, no toleraría que fueras paciente ni amable con nadie más.

—Soy un hombre violento —añadió Juan Ignacio—. No tengo tanto control sobre mí como crees, de hecho, pierdo toda capacidad de raciocinio si te considero en peligro.

—Tonterías. Es obvio que sabes cómo controlarte, o mi padre no se hubiese marchado con tanta vitalidad, maldiciendo mi suerte.

—Quise matarlo.

—Pero no lo hiciste. —Ella le golpeó el pecho con un dedo—. Sé quién eres. No te consideras un caballero, pero te diré algo, mi muy querido señor Dávalos, lo eres. Un caballero perfecto, el más admirable.

Hubo un momento de silencio. En la quietud, el viento murmuró sus secretos entre los árboles y el aire se impregnó con el olor de las flores de otoño. Juan Ignacio curvó las esquinas de su boca hacia arriba.

—¿Fiorella? —musitó.

—¿Sí, señor?

—¿Ya puedo ir con tu abuelo y presentarle mi propuesta formal de matrimonio? —preguntó.

—Sí —dijo. Vio en sus ojos ternura y satisfacción. El miedo había desaparecido. Satisfecha, añadió—: Señor Dávalos, recuerde comentarle a mi abuelo de los beneficios económicos que me brindará nuestra unión. Eso atenuará sus dudas. Santos Arizmendi es un hombre muy práctico, muy poco dado a los sentimentalismos. Cree en la seguridad que brinda el dinero y en el amor que se afianza con la convivencia. Me educó para que me asemejara a él. Podrá comprender la volubilidad de mis sentimientos, siempre que considere que tomé la decisión de casarme con usted en base a intereses económicos.

Juan Ignacio asintió, obediente. Enredó los rizos de la joven en un puño y sonrió.

—Créeme, Fiorella: tu abuelo no tendrá dudas sobre nosotros —dijo, despacio—. Sabrá que lo que quieras de mí, todo será tuyo. Siempre.

Capítulo 21

La tarde, hermosa y pacífica, se recostaba en Corrientes, a orillas del jazmín salvaje y el camalotal. Se columpiaba en el aire el aroma del río al despertar de la siesta: olía a picante sobre el herbazal, fresco en la costa, dulce en las inmediaciones de la plaza antigua. El otoño se percibía en el tornasol de las hojas que se amontonaban bajo los árboles y en el rojizo atuendo de la fronda; se sentía en el viento, no frío, pero tampoco cálido, que se deslizaba entre las callejuelas de la ciudad vieja. Frente a la plaza de Armas, se encontraba, elegante e imponente, el cabildo. Más allá, en una esquina, la iglesia matriz se elevaba, sencilla, pero muy querida por los correntinos, en el centro del casco histórico.

A la sombra de tan emblemáticos edificios, los notables ya habían comenzado a disfrutar de los diversos entretenimientos de la temporada. Tanto el patriciado ennoblecido por generaciones de privilegios como la burguesía aristocratizada que intentaba relacionarse con ellos, se habían dado cita en las inmediaciones de la glorieta para una de las actividades más esperadas de la ocasión: ver y dejarse ver, mientras se disfrutaba de los más variados entretenimientos.

Una compañía de ópera italiana representaba su obra más exitosa. En los alrededores de la explanada, los caballeros acompañaban a sus damas en su admiración por la lírica, En las inmediaciones, el gentío se reunía con sus amistades y allegados. Unos pocos se dedicaban a apreciar el paisaje, muchos se embelesaban con la poesía, y la mayoría de todos los presentes, se afanaban en intercambiar chismes, unos más escandalosos que otros.

Bajo la copiosa fronda de un árbol, varias damas se habían reunido a disfrutar de un domingo de solaz. Ataviadas con los atuendos más hermosos con adornos de canutillos, perlas y cristales en sus sombreros, guantes y bolsitos, haciendo gala de la elegancia que caracterizaba a las féminas pertenecientes a la élite correntina, conformaban un paisaje encantador. Una de ellas, Carla Brítez Jajam, la más joven del grupo, observaba con timidez a quienes admiraba: a la señorita Remedios Sánchez Negrette y a la señorita Emilia Pampín, e intentaba imitarlas en la conducta. Estaba participando de su primera temporada y temía cometer un error que atrajera sobre ella y su familia la burla o el escarnio público. Era una muchacha bonita, muy dulce, acostumbrada al trato afable. Hija única, muy querida por sus parientes y adorada por sus padres, había llegado a los dieciocho años sin que nadie la ofendiese y nada la disgustase. Su inocencia era obvia. Por consideración a sus padres, la señorita Pampín había decidido tomarla bajo sus protectoras alas. De hecho, en toda la tarde, no se había apartado de su lado, guiándola en silencio por los extraños vericuetos de la gracia social. La señorita Pampín estaba muy satisfecha por cómo se desarrollaba el encuentro entre sus amistades, tranquilo y ameno, muy amable, cuando la señorita Elena Chávez, de pronto, levantó la vista del libro de poemas que había estado comentando, y fijó los ojos rasgados en la señorita Brítez Jajam.

—Por cierto, Carla —dijo—. Entre tus admiradores me pareció ver al señor Belmonte. ¿Era él quien te invitó a bailar ayer por la noche, en la casa de los Meabe?

—El señor Belmonte es muy amable —dijo, y sonrió ampliamente —. Le dije que no sabía bailar muy bien, que probablemente lo pisaría y le haría daño, pero igualmente me sacó a la pista. Dijo que me enseñaría.

—Qué afortunada es usted. —Elena cerró su libro con un chasquido. Al parecer, había encontrado algo más interesante que unos versos para entretener su tarde—. El señor Belmonte es uno de

los solteros más codiciados de las últimas dos temporadas. Es apuesto, galante, de buena familia y acaudalado.

—Ah, ¿sí? —Carla no supo qué decir. Dudó si se esperaba que ella hiciera una acotación al respecto o si debía asentir o simplemente callar.

—Estás en lo cierto, Elena —dijo Emilia Pampín, sonriente, y volvió la atención hacia Laura Basterra—. Tu prometido, el señor Orrego, regresó de su viaje de estudios por el viejo continente, ¿le ha ido bien en Italia?

—¡Muy bien! —Laura se emocionó con el tema. Siempre que se hablaba de su novio, los ojos le brillaban y las mejillas se le enrojecían. Era por todos sabido que ambos se hallaban muy enamorados—. Me habló de sus palacios, de los antiguos puentes, de las iglesias. La arquitectura le apasiona. Trajo consigo innumerables dibujos y pinturas. Piensa diseñar una casa siguiendo el estilo renacentista, tan en boga ahora.

—Su novio es muy inteligente —dijo Carla, admirada.

—¿Verdad que sí?

Mientras Laura expresaba admiración por el señor Orrego a través de sus palabras, Flora elevó la mirada y observó a la señorita Brítez Jajam con renovado interés. Elena notó su mirada y sonrió ampliamente.

—El señor Orrego es un buen amigo del señor Belmonte —comentó, atrayendo sobre sí una vez más la atención de todas las damitas presentes—. ¿No te comentó qué sucedió entre él y la señorita Celabert?

—No…

—¿Por qué habría de comentar nada? —intervino Emilia—. Es un caballero.

—El señor Belmonte estuvo cortejando a la señorita Fiorella por años —continuó Elena, haciendo caso omiso de las miradas de advertencia que dirigían hacia ella tanto Emilia como Remedios—. Hubo rumores de que finalmente la señorita Celabert aceptó los sentimientos del caballero. Incluso llegó a verse en su dedo el anillo

de pedida. Sin embargo, antes de que las familias pudieran encontrarse y hablar del compromiso, el anillo fue devuelto y no se volvió a hablar del tema. Carla, ¿no encuentras misterioso todo este asunto?

La señorita Brítez Jajam se mostró confundida. No sabía qué esperaba Elena que hiciera o dijera. Volvió sus ojos hacia Emilia, buscando su ayuda. Fue Remedios quien decidió acudir al rescate.

—Las habladurías tienden a exagerar los hechos —aseguró—. Lo cierto es que la señorita Celabert está ahora comprometida con el señor Dávalos, y el señor Belmonte es un hombre libre.

—Máximo parece estar muy interesado en nuestra señorita Brítez Jajam —comentó Violeta Ramírez, en tanto se acomodaba sobre la manta de picnic entre Emilia y Remedios. Ofreció un platito repleto de dulces de almidón de yuca a la joven debutante—. Siempre que se encuentra presente en un evento, busca su compañía. Es galante y muy simpático. Siempre es así; no obstante, cuando se encuentra con Carla, se muestra particularmente amable. Cualquiera podría decir que está haciéndole la corte.

—No es así —farfulló la aludida, muy avergonzada, con la galletita de almidón de yuca entre los dedos.

—Oh, por cierto, Flora, ¿no comentaste una vez lo afortunada que te sentías por tener la amistad del señor Belmonte? —Remedios se mostró pensativa—. Discúlpame, querida, pero últimamente no lo he visto mostrándose solícito contigo. De hecho, además de un saludo, no han intercambiado palabra.

—El señor Belmonte —comenzó Flora con una sonrisa—, por supuesto, no puede permitir que se malinterprete la relación que nos une cuando obviamente está interesado en obtener la admiración de otra dama.

—Yo lo creía uno de tus muchos admiradores —dijo Violeta, incisiva—. Ahora resulta que no le importas en ese sentido. Qué error de mi parte.

—Flora tiene incontables adoradores —dijo Elena—. El señor Belmonte no es uno de ellos. ¿Qué importa? No le faltan pretendientes.

—No, si le sobran, eso es obvio.

—¿Celosa?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Ya llevas dos temporadas y nadie se ha interesado en ti.

Carla miraba hacia una y luego hacia la otra, muy incómoda. Emilia le sonrió, afable.

—No te preocupes, esto siempre sucede —dijo en voz baja, solo para sus oídos—. Se detestan mutuamente.

Carla asintió. Se desesperó al imaginar qué hacer si alguien le hablara con tal desconsideración. No sabría qué decir. De hecho, pensó que se echaría a llorar.

—Bueno, lo mismo podría decir yo, Elena —decía Violeta, disgustada—. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? Es una edad muy avanzada para estar soltera. Estás muy vieja, querida.

—¡No estoy vieja! Además, tengo novio.

—¿Quién? ¿El señor Herrera? —Violeta abrió el abanico y rio, burlona—. Se fue a Buenos Aires hace mucho tiempo. ¿Estás segura de que todavía te considera su prometida? Escuché rumores de unos parientes sobre él. Parece estar muy interesado en emparentar con una familia de allá.

—¡Son todas mentiras: Rigoberto me ama!

—Por supuesto que sí, Elena —dijo Flora, en un tono tranquilizador. Le palmeó la mano y miró a la señorita Ramírez con reproche—. No seas mala, sabes que el señor Herrera quiere mucho a Elenita. Seguramente esos rumores de los que hablas son infundados.

—Seguramente —intervino Amanda González, por la paz.

—Seguramente —repitió, Violeta, odiosa. Luego dijo—: Ya que Elenita mencionó a tus adoradores, permíteme preguntarte: ¿es posible que haya visto entre ellos al señor Benítez? Es un buen partido para alguien como tú.

Todas las damas presentes callaron al instante. Luego estallaron en risotadas. Carla inclinó la cabeza, deseando encontrar un agujero en la tierra donde ocultarse. Pensó con desánimo que debió quedarse en su casa a bordar con su madre. Flora apretó la boca un instante. Nadie lo notó. Cuando le sonrió a Violeta, lo hizo con su habitual cordialidad.

—El señor Benítez es un caballero muy amable —señaló.

—¿Carla, sabes de quién estamos hablando? —preguntó Laura amablemente.

—Es un conocido de mi padre —dijo en voz baja y luego agregó, presurosa—: Es viudo, tengo entendido. Le gustan los niños. Tiene muchos.

—Legítimos e ilegítimos —acotó Violeta.

Otro silencio cayó abruptamente sobre las jóvenes casaderas. Todas las miradas se dirigieron hacia Flora. Cada una de las damas presentes sabían sobre las circunstancias del nacimiento de Flora Farré. Aunque fingían que no, por supuesto, y nunca traerían a colación un tema que pudiera recordar esa cuestión. Solo la señorita Ramírez y la señorita Pampín se atreverían a hacer tal cosa. Era sabido que no tenían a Flora en buena estima.

—Es un hombre muy feo —dijo Elena Chávez, indiscreta—. Bajo y rechoncho, con esa boca demasiado fina y su frente ancha, parece un espantajo. Además, tiene mal carácter. Le gusta usar los puños con su familia.

—¿Cómo lo sabes? —se interesó Emilia.

—Los sirvientes hablan.

—Roban y hablan —añadió Carmencita Castañeda, quien hasta entonces se había contentado con atiborrarse de dulces y escuchar los chismes en silencio—. Hay que tener cuidado.

—No imagino cómo ese hombre consiguió que la difunta señora Benítez, que Dios tenga en su gloria, se atreviera a casarse con él —aventuró Elena.

—Por dinero, con toda seguridad —apuntó Amanda al instante. Ante la mirada reprobadora de sus amigas, encogió un hombro con delicadeza—. Es una buena razón para casarse, no pueden negarlo.

—Nadie lo negaría —dijo Flora con suavidad—. Sin embargo, no es un motivo que pueda resultar agradable. Yo jamás aceptaría un matrimonio por conveniencia. Cuando me case, será por amor.

Emilia y Remedios intercambiaron una mirada de diversión. Ninguna de las dos creería semejante patraña.

—Qué virtuosa es usted —dijo Carla, admirada.

Flora la observó con detenimiento. Aunque tenía una sonrisa en los labios, en los ojos, bajo la sombra de las pestañas, había desprecio y resentimiento.

—Usted es la virtuosa —dijo dulcemente—. El señor Belmonte con toda seguridad lo ha notado. No me extrañaría que siguiera frecuentándola.

Carla se ruborizó todavía más si tal cosa era posible e inclinó la cabeza, cohibida. Era obvio que las afectuosas atenciones del caballero no le resultaban indiferentes.

—Yo sé quién se casará muy pronto por conveniencia —dijo Elena con vivacidad.

—¡No lo digas, por favor! —dijo Flora presurosa, con fingida desesperación.

—No creo que debamos hablar de ese tema —opinó Laura.

—Fiorella Celabert —soltó Elena, triunfante. Se volvió hacia Flora y le palmeó la mano—. Todas aquí sabemos esto. No es necesario que la protejas, querida. ¿Por qué siempre eres tan buena? En las últimas semanas no has hecho más que sufrir sus desplantes.

—Ella realmente no pretende lastimarme —dijo Flora alicaída—. Sé que no.

—¡Es odiosa y mala! —exclamó Elena.

Remedios y Emilia intercambiaron otra mirada.

—Jamás creeré que Fiorella aceptó casarse con el señor Dávalos por su dinero —aseguró Violeta.

—Tampoco yo —agregó Carmencita—. Los he visto juntos. Se ven adorables.

—¿Adorables? ¡Carmencita, estás ciega! —dijo Elena, despectiva —. ¿Cómo podrían verse adorables juntos? Él es negro y cojo, y ella lo mira… lo mira… ¡como si quisiera comérselo!

Otro estallido de risitas, esa vez más contenidas a causa del sentido que habían adquirido las palabras de la señorita Chávez, avergonzó a la señorita Brítez Jajam. Violeta abrió su abanico y lo puso frente a sus labios.

—El señor Dávalos no es negro —aclaró—. Su piel es del color del bronce. De hecho, me recuerda a la tonalidad del trigo maduro.

—Qué poética te has puesto —comentó Carmencita, y probó otro pastelito.

—Está cojo, sí —concedió Violeta—. Aquí todas sabemos por qué: fue herido en batalla, defendiendo nuestra tierra de la invasión paraguaya —continuó—. Es un héroe de guerra. Sus lesiones no deberían ser causa de burla. Merece todo nuestro respeto y admiración.

Elena apretó las manos en puños ante la velada regañina. Flora crispó los dientes. La cólera le oscureció la mirada.

—¡Ah, qué casualidad, los tortolitos están por allá, cerca de la glorieta! —anunció Amanda, apuntando el abanico emplumado hacia una pareja en la distancia—. ¡Allá, muchachas!, ¿no hacen una pareja realmente encantadora?

Todas las miradas convergieron en un punto. La señorita Celabert tenía una mano apoyada sobre el brazo del caballero, mientras observaba la obra lírica. Él, en cambio, la miraba a ella. Cuando la dama se volvió para hacer un comentario, él se inclinó, solícito, y apartó una hoja que había caído en su pelo. Ella sonrió, dijo algo, ruborizándose, y luego volvió la atención hacia los actores.

—Adorable —aseguró Carmencita.

—Él es muy alto y corpulento. Fiorella, por supuesto, es hermosa —comentó Emilia—. El señor Dávalos es muy protector con ella.

—Tendrán hijos muy lindos —asintió Remedios.

—Es obvio que están enamorados —dijo Amanda—. Al señor Dávalos nunca le ha importado cortejar a otra mujer ni se ha mostrado afable con nadie más. La señorita Celabert debería sentirse muy orgullosa: tiene el amor de un hombre sincero.

—Es un señor muy atractivo —comentó Carla con sencillez. Estaba admirada—. ¿En verdad es un héroe de guerra? Nunca había conocido a uno. Ojalá me lo presenten. Debe de ser un hombre muy agradable.

—Lo es, querida —aseguró Remedios. Después de un momento agregó—: ¿Alguien más aquí está invitada a la fiesta de la familia Agüero Blanco? Me dijeron que será todo un evento este año. Están pensando en organizar un espectáculo en el jardín, a cielo abierto.

De pronto, toda la atención de las jóvenes viró hacia la que se consideraba la fiesta más significativa de la temporada, tal como esperaba la dama que sucediera. Los comentarios al respecto no se hicieron esperar. La más emocionada de las jóvenes era, claro está, la señorita Brítez Jajam. Sería la primera vez que asistiría a un evento tan importante.

—¡Yo recibí la invitación! —gritó, exultante.

—También yo —dijo Carmencita—. Y sé que Amanda también.

—Yo asistiré con mi madre —dijo Violeta.

Remedios sonrió, complacida, y procedió a compartir con sus amigas las novedades. Mientras Carla escuchaba con creciente emoción hablar a la señorita Sánchez Negrette sobre una de las familias más importantes de la ciudad, Elena se enfurruñó. Por supuesto, la razón de su enojo era que no había recibido una invitación a tan importante acontecimiento.

Flora observaba a la señorita Brítez Jajam. El rubor de sus mejillas se había acentuado al encontrarse al sol. Tenía el pelo peinado en una trenza que le caía sobre la espalda, como si todavía fuera una niña pequeña. No tenía otro adorno que una flor junto a su oreja. Incluso su vestido, rosa claro con volados de encaje en el cuello, las mangas y la falda, parecía más propio de una escolar que de una

joven de dieciocho años. No imaginó qué podía atraer al señor Belmonte de ella.

Flora desvió la mirada y fijó los ojos en la pareja que permanecía junta a la sombra de una higuera. Fiorella sonreía, en tanto el señor Dávalos permanecía a su lado, atento a ella. Él tan elegante, con un atuendo negro y gris, y ella, simplemente encantadora con el vestido de paseo verde esmeralda y un primoroso parasol a juego. La boca de Flora se comprimió en un gesto de disgusto. En su mirada se reflejó el odio.

Capítulo 22

El viento se deslizó desde el pórtico hasta al interior del vestíbulo en silencio y perfumó el ambiente con la fragancia del otoño. El aire de pronto olió al frescor de la madera añeja mojada y de la tierra negra húmeda, de las hojas que aleteaban en el jardín y de la lluvia que caía, plácida, sobre la ciudad. Hasta que Rosita cerró la puerta. Entonces solo quedo un ligero aroma residual, frío y acuoso, que desapareció al segundo.

—La señorita Celabert la está esperando —dijo la joven e hizo un gesto hacia la biblioteca—. Pase nomás, señora Farré.

—Gracias.

—De nada, de nada —Rosita se despidió con un gesto y regresó a sus tareas.

Eneida se desabrochó el abrigo en tanto se dirigía hacia la primera puerta de la derecha. Al cruzar el pasillo miró, fingiéndose distraída, el antiguo mobiliario de palo de rosa, los pesados cortinones de terciopelo y las costosas alfombras que cubrían el embaldosado de granito. También notó –¿cómo no?– el candil de cristal de Baccarat, las figurillas de porcelana francesa que adornaban la superficie de la mesa en el recibidor y los elegantes jarrones con claveles que ornamentaban la estancia.

La riqueza de los Arizmendi, recordó, no se hallaba solo en la cuantía de su fortuna en metálico, sino también en sus fincas, haciendas y en las lujosas fruslerías que decoraban la residencia de la calle Tucumán y la sede ancestral de la familia, en las afueras del ejido urbano. Joaquín le había confiado en más de una ocasión su disgusto hacia la odiosa costumbre de los Arizmendi de gastar dinero

en artesanías y obras de arte, en lugar de invertirlo en nuevos negocios o más bienes inmuebles.

Los rumores sobre la ruina económica de los Arizmendi se habían extendido por toda la ciudad a finales de 1872. Al principio, se dudó que en tales murmuraciones hubiera algo de verdad. Era una familia bicentenaria, de profundas raíces en la comunidad, que se extendían a lo largo de la provincia de Corrientes y de la región del noreste argentino a través de más de tres generaciones. Interrelacionada política y económicamente con más de media docena de otras familias aristocráticas, conectadas entre sí también por lazos sanguíneos y matrimoniales, era casi imposible imaginar que tal gigante titán realmente caería. Lo cierto fue que, con el tiempo, las habladurías revelaron algo más: varias fincas fueron malvendidas, el valor de las haciendas se vio afectado por la impericia en su administración y se perdieron numerosas inversiones en la comercialización de bienes de alto valor unitario.

Eneida se preguntó, entre curiosa y sorprendida, en cuánto tiempo los Arizmendi se verían afectados por la crisis y si caerían por fin en desgracia. Habría sucedido, sin duda, si Fiorella Celabert no hubiera encontrado la manera de acercarse al señor Dávalos y convencerlo de que se convirtieran en socios. Con la construcción del nuevo centro comercial, que los tenía a ambos como accionistas mayoritarios, la situación económica de los Arizmendi no resultaba ya tan desesperante. Sin duda, recuperarían su poder adquisitivo y, con el tiempo, la fortuna de la que siempre habían disfrutado se acrecentaría. Eneida se quitó su abrigo y lo colgó del brazo.

—Qué niña hipócrita —murmuró.

Fijó los ojos, distraída, en una pintura expuesta en el pasillo, que presentaba a la señorita Celabert sosteniendo un ramo de claveles bajo la pérgola en el jardín de su residencia en Santa Ana. Unas pocas semanas atrás, Eneida habría jurado que, para finales de abril, por fin los Arizmendi caerían en la ruina. Que Santos, ese viejo zorro, dejaría la administración de sus bienes en manos de Joaquín y

que su querida nieta, Fiorella, se vería asediada por las deudas y los acreedores de la familia.

Ya le era evidente que nada de eso sucedería. Las noticias que habían llegado hasta ella en los últimos días y que, a su vez, habían sacudido a la ciudad, eran sobremanera sorprendentes: el señor Belmonte había decidido cortejar a la señorita Brítez Jajam, poco después de serle presentada por unos allegados en las escalinatas del teatro; el señor Santos Arizmendi se estaba recuperando a pasos agigantados de las dolencias que le habían aquejado en los meses posteriores al fallecimiento de su hija Patrizia; el señor Joaquín Celabert abandonó la ciudad para responsabilizarse de la administración de una hacienda del señor Arizmendi en Buenos Aires; y, lo más destacado, el señor Juan Ignacio Dávalos y la señorita Fiorella Celabert habían decidido comprometerse en matrimonio para celebrar la boda en primavera, cuando tal estación engalanara la ciudad con sus lapachos en flor.

Las felicitaciones por las buenas nuevas abundaban; sin embargo, detrás de las sonrisas de contento, se ocultaban las especulaciones más insidiosas. De hecho, había quienes sospechaban que, detrás de todas esas novedades, había verdades por demás escabrosas. Eneida dudaba de que el señor Máximo Belmonte estuviera realmente interesado en la señorita Carla Brítez Jajam, a quien ella consideraba una muchachita sosa y poco agraciada, si la comparaba con su propia hija. Pensó, en realidad, que el caballero debía de sentirse despechado después de haber sido rechazado por Fiorella, por eso estaba decidido a conquistar el amor de una avecilla sin seso que ni en sus sueños más alocados osaría resistir a un caballero como él, apuesto y de buena familia.

Joaquín le comentó con gran disgusto que su hija mayor había decidido romper su compromiso de días con el señor Belmonte a causa de su amorío con el señor Dávalos.

—Por supuesto, la fortuna de Belmonte no puede rivalizar con la de ese bastardo arribista —dijo, colérico, mientras Eneida intentaba comprender el porqué de su enojo—. El señor Dávalos es una presa

fácil para Fiorella. Ahora que la familia está realmente al borde de la ruina, habrá descubierto que su única salida es entregarse a ese arribista. Sin duda, será más provechoso para ella dedicar su fingido afecto a su más rico y leal admirador. Dávalos es un imbécil. Debería saber que Fiorella decidió corresponderle por su dinero.

Eneida comprendió, después de desvelos y un sinfín de elucubraciones al respecto, que Joaquín tenía razón, por supuesto. Además, comprendió por qué su amante estaba tan furioso por la decisión de la hija: Juan Ignacio Dávalos no le daría un peso para sus inversiones ni lo ayudaría a saldar sus deudas. No necesitaba ni preguntárselo. El señor Dávalos lo detestaba.

Santos Arizmendi, por su parte, presumía de su buena salud por doquier. En compañía de ese sirviente estirado y arrogante que lo acompañaba allá donde fuere, no había hecho otra cosa que presumir de su renovada vitalidad y del compromiso de su nieta con un héroe de guerra. Eneida creía, al igual que el señor Celabert, que ese maldito anciano se había fingido enfermo durante un buen tiempo para atraer la simpatía del señor Dávalos. ¿Quién no sabía de su aprecio por Ernesto Arizmendi, un joven al que Juan Ignacio tuvo bajo sus órdenes a bordo del buque de guerra que comandaba, al que protegió y al que luego veló en su muerte, en nombre de su familia? Juan Ignacio no dudaría en tender una mano amiga al padre anciano de quien fuera un amigo.

Eneida recordó una noche, meses atrás, cuando Joaquín llegó bebido a su casa, buscando su comprensión y el refugio de sus brazos después de una discusión con el señor Arizmendi.

—Ese viejo zorro tiene sus mañas —le advirtió Joaquín—. Parece débil y achacoso, ciertamente inofensivo, pero es lo que tiene aquí, en su cabeza, lo que hay que temer. Es astuto, tengo que reconocerle eso. Astuto y muy listo. A mí no me va a engañar con esas tonterías de que le está muy agradecido al señor Dávalos por los cuidados brindados a su hijo durante la guerra. Ese viejo lo que quiere es mantener el estilo de vida al que está acostumbrado. No me sorprendería que intentara venderle a su nieta. A Dávalos le

gusta Fiorella. Un hombre enamorado haría cualquier cosa por la mujer que ama, incluso poner en manos del viejo su fortuna. Santos debe de saberlo también. Ese hombre, aunque cojo, ordinario y salvaje, es el bastardo reconocido del imponente Thaddeus Dávalos. Nadie se atrevería a hacerle abiertamente un desplante. Cualquiera querría aparentar con él, aunque haya nacido de una furcia loca.

Eneida tuvo que admitirlo: Fiorella Celabert era admirable. Había hecho un buen trabajo. Así, con su apariencia dócil e inofensiva, no solo supo aprovechar la complicidad de su abuelo para acercarse a Dávalos e incitar su interés en ella, sino que también consiguió asegurarse un futuro a través de su matrimonio con un hombre que despreció en incontables ocasiones y que, ahora, porque le convenía, decidió aceptar fingiéndole tanto amor.

Eneida apretó la boca. Poco le importaría lo que hiciera esa niña, si no fuera porque esa ingrata obligó a Joaquín a marcharse de la ciudad intempestivamente. Por supuesto, el padre sabía de sus verdaderos sentimientos hacia el señor Dávalos. Permitirle quedarse, sería un error. En un arrebato de mal genio, el señor Celabert podría echar por tierras sus planes al revelar su auténtica naturaleza y sus intenciones por demás viles. Eneida comprendía, o creía comprender, el accionar de esa chiquilla egoísta y ambiciosa. Su determinación era loable, sin duda.

Patrizia Arizmendi, la madre, había sido una mujer reconocida por todos por su inteligencia para la administración de los bienes de la familia, pero era en realidad una chiquilla estúpida, además de un tanto pusilánime, más preocupada por complacer a sus conocidos y por buscar tanto aceptación como el cariño de todos cuanto la rodeaban, que en asegurar poder y posición en la sociedad, y en el corazón de su hombre.

Fiorella no se parecía en nada a la madre, decidió Eneida. En el pasado pensó que sí, que esa muchachita era igual a su madre, bonachona, tonta y crédula, pero había resultado que no. La zorrita finalmente había enseñado su esponjosa cola.

Eneida presionó las manos una contra la otra, en un gesto de nerviosismo. Se detuvo frente a la puerta de la biblioteca, intentando controlar las emociones. Antes de abandonar la ciudad con toda rapidez, la noche anterior a su partida, Joaquín había regresado a su casa para recoger algunas pertenencias. Mientras hacía la maleta, le había confesado que, muy a su pesar, debía dejar Corrientes. Ella lo vio malherido, atrozmente golpeado. Parte del rostro lucía casi deformado a causa de la hinchazón. Había sangre seca en el cuello de su camisa y en sus mangas. Tenía un feo corte en el cuello.

Eneida intentó abrazarlo, mientras exigía que la llevara con él. Podrían dejar a Flora al cuidado de sus padres y ellos dos, juntos, podrían emprender una nueva vida. Joaquín la besó y lamentó su impotencia. En tanto guardaba en su maleta unas pocas prendas, le habló de las amenazas de la hija ingrata que lo despedía, temerosa de que él revelara sus verdaderos sentimientos respecto al señor Dávalos.

—Fiorella está asustada —dijo, malhumorado—. Tiene miedo de que una palabra mía arruine sus planes de casarse con el idiota de Dávalos. Esa perra necia resultó no ser tan estúpida como creí. Está disponiéndose a echarle la zarpa encima a la fortuna de ese cojo, y no permitirá que nadie se lo impida. Mírame, mi amor. Esto lo ordenó ella. Envió a tres personas a golpearme. Dijo que, si no abandonaba la ciudad en veinticuatro horas, haría lo mismo contigo y con Flora. Me aseguró que mandaría a dos rufianes a esta casa, con las órdenes de llevarlas a ambas al muelle para ser deshonradas por la chusma.

Eneida estaba aterrada. Joaquín debió de notarlo porque, cariñoso, la besó y puso una suma de dinero en su mano.

—Tengo una propiedad en el campo, en las cercanías de Mburucuyá —dijo—. Prométeme que irás allí, con Flora. Si quiero sobrevivir, tengo que abandonar la ciudad mañana por la mañana, muy temprano. Esa zorra enviará a un canalla por mí, para asegurarse de que realmente deje la ciudad. No podré protegerte, mi amor, ni a ti ni a nuestra hija. —Hizo una pausa—. Fiorella sabe

de ti, de nuestra relación de años, de lo que significas para mí. No sé cómo lo averiguó, pero conoce nuestro secreto: que Flora es mi hija. —Eneida, incrédula, vio a su amante mirarla como un desconocido, con los ojos fríos, la expresión tensa—. Esa perra me reveló algo más, que no sabía, y que a estas alturas ya no importa, sin embargo, me gustaría que fueras sincera conmigo.

—¿Qué…?

—Fiorella dijo que esa noche, tú provocaste el suicidio de su madre. No le creí, por supuesto, pero también te conozco, Eneida. A veces puedes ser tan impulsiva, querida. Tus celos siempre me preocuparon. Y con razón, ahora lo sé. Hice algunas averiguaciones. Finalmente lo supe, cuando Patrizia se quitó la vida, estabas ahí. ¿Qué hiciste, Eneida?

—Yo… yo solo quería que supiera de mí, de Flora, que no se hiciera la tonta. ¡Quería que sufriera como yo lo hacía! Joaquín, soy tu amante. He escuchado las murmuraciones sobre mí durante años. He sido señalada en la calle, humillada, solo por amarte. Flora, mi hijita, ella también sufrió desprecios. Si no fuera por mis padres, la llamarían bastarda y muchas de las puertas de la ciudad estarían cerradas para ella. ¿Puedes comprender mi dolor? Joaquín, perdóname, pero… ¡pero no puedes culparme! ¡Yo no imaginé que se quitaría la vida, de verdad que no!

—Patrizia era una mujer débil —dijo él, en tono monocorde—. Me amaba demasiado.

Eneida lo miró, en silencio. Tales palabras, y además su voz fría e impersonal, le resultaron espeluznantes. Joaquín se acercó y la besó.

—Vete al campo con la niña y quédense allá —ordenó—. Cuando lo considere seguro, regresaré por ustedes y juntos nos iremos de aquí para rehacer nuestras vidas lejos de los Arizmendi.

Eneida supo entonces que no la culpaba por la muerte de Patrizia. Asintió. Lo despidió entre lágrimas, deseosa de seguir a su amante, pero también temerosa por su propio destino y el de su hija. Después de que Joaquín se marchara al día siguiente, ella también preparó el equipaje. Corrió a la casa de sus padres para tomar a la

niña y juntas dejar la ciudad con rumbo a Mburucuyá. Pero Flora se negó a irse con ella. Dijo que se quedaría con Teodoro y con Eulalia, que sus abuelos cuidarían de ella. Si Eneida quería irse a vivir al campo, lejos de todo lujo y privilegio, podía irse, pero sin ella. Eneida estaba furiosa e igualmente aterrada. Intentó convencer a Flora de la importancia de huir antes de que su media hermana tomara represalias contra ellas, pero la joven, una vez más, rechazó sus planes.

—No tengo que huir. Yo soy una inocente en todo esto —dijo fríamente—. Que el señor Celabert haya tenido amoríos contigo, fue su decisión. Que tú te atrevieras a enfrentarte a su legítima esposa, fue tu error. ¿De qué puede culparme Fiorella? Las circunstancias de mi nacimiento me son ajenas. Yo no pedí nacer. Si la señorita Celabert está en contra de los dos, su razón tiene. Me quedaré aquí, con mis abuelos. La temporada comenzó. Abandonar la ciudad ahora sería contraproducente para mí. Fiorella Celabert no será un obstáculo en mi camino. Todo lo que ella posee, también puedo conseguirlo yo. No repetiré tus errores, madre.

Al estirar la mano para abrir la puerta de la biblioteca, Eneida vio de soslayo su reflejo en la ventana. Se distrajo un instante, contemplándose. Observó las gotas de agua que se deslizaban sobre el cristal. Sus ojos se lucían cansados. La piel, antes rozagante, estaba pálida y seca. Se veía demacrada. A causa de los desvelos, de la preocupación que le entorpecía el sueño y del miedo cruel que la constreñía, había descansado muy poco en los últimos días.

El terror se había apoderado de su vida. Cuando estaba en la calle, a cada instante volvía la cabeza, sospechando que la seguían, que alguien estaba tras sus pasos. Al encontrarse en el interior de la vivienda, tenía que asegurarse varias veces de que todas las puertas y ventanas estuvieras bien cerradas, por temor a que un desconocido irrumpiera en la casa, decidido a castigarla por sus pecados de la forma más terrible. Entonces se repetían en su mente las advertencias de Joaquín. Se imaginaba a sí misma a merced de sus captores, encerrada en un depósito cercano al muelle, sin poder

defenderse y escapar. La ilusión se tornaba atroz al imaginar para su hija el mismo destino.

Incapaz de conciliar el sueño, de hallar algo de paz, había intentado refugiarse en la casa de sus padres, pero Teodoro la detuvo en la puerta. Le advirtió que permaneciera lejos de la familia. No permitiría que su querida nieta sufriera las consecuencias de sus actos. Entonces acudió a su madre, llorando por ayuda y comprensión. Eulalia aceptó hablar con ella, pero tampoco obtuvo apoyo. Simplemente le dio dinero e intentó convencerla de que abandonara la ciudad, tal como le había pedido su amante que hiciera, y que se alejara de Flora.

Eneida finalmente decidió entrevistarse con la señorita Celabert. Ya no podía vivir ocultándose: los nervios terminarían por jugarle una mala pasada. Estaba volviéndose loca de miedo y preocupación. Miedo por ella misma, pero mucho más la aterrorizaba el imaginar que Flora pudiera estar en peligro. La angustiaba que Fiorella amenazara la honra y la vida de la hija a la que tanto amaba. Como bien dijo su niña, ella era una inocente, y no debía pagar por los errores de sus padres.

Eneida inhaló profundamente y empujó la puerta. Vio a Fiorella levantar la mirada hacia ella. La luz de la lámpara, cálida y tenue, se le reflejaba en el pelo y en los ojos. Sentada detrás del escritorio, ataviada con una vaporosa blusa de seda y encaje, una falda oscura, muy sobria, el cabello recogido y un pequeño camafeo de ónix en la base de la garganta como adorno, presentaba en su apariencia las cualidades que debería tener una digna descendiente de los Arizmendi: elegancia, fortaleza, gracia y soberbia.

—Señora Farré —dijo.

Eneida notó que la dama tenía varios documentos frente a ella. Uno se hallaba en su mano. Era obvio que había estado examinándolo con detenimiento antes de su llegada.

—Señorita Celabert, buenas tardes —dijo. Sintió su valor desfallecer, no obstante, intentó conservar la calma—. Estoy aquí…

—Sé por qué está aquí. Recibí su nota esta mañana —la interrumpió Fiorella. Unió las manos sobre el escritorio—. Entiendo que quiere hablar conmigo, señora. ¿Debo suponer que el motivo de nuestro encuentro es el señor Celabert y su repentino viaje a Buenos Aires?

—Sí, señorita, en parte.

—En parte —repitió Fiorella, curiosa—. ¿Hay otro tema que debamos tratar entre usted y yo?

—Sí, señorita. Se trata de mi hija, de Flora. —Eneida dudó sin saber si debía decir algo más. Finalmente calló, insegura. Notó en el dedo anular de la dama el anillo de compromiso. El oro blanco y el diamante parecían atraer sobre sí toda la luz del recinto.

Fiorella hizo un ademán.

—Hablemos entonces —dijo—. Siéntese.

Eneida obedeció y tomó asiento frente a la dama, con la espalda rígida y la expresión tensa. El miedo y la desconfianza le oprimieron su garganta. Cayó en la cuenta de que la señorita Celabert ya no era la joven dócil y apocada que una vez conoció. Recordó vagamente que esa niña intentó obtener su aprobación cuando Joaquín la presentó como una buena amiga y futura esposa, mostrándose obediente y afable, atenta a ella. ¿Cómo puede cambiar tanto una persona en unos pocos meses?, se preguntó, asombrada.

Nunca antes había notado el parecido de Fiorella con su madre, pero sí lo hizo en ese momento, al observarla con más atención. Tenía la sutileza de su hermosura, su suavidad en los ademanes, el candor de su mirada. Sin embargo, había en su mirada algo que Patrizia jamás había poseído: frialdad. Más se asemeja a Santos Arizmendi, decidió Eneida. Esa chiquilla había heredado de su abuelo mucho más que el color de pelo y la tonalidad de los ojos: tenía agudeza y astucia, dos cualidades que Patrizia nunca manifestó. Eneida presionó el abrigo sobre la falda. Notó que sus dedos temblaban ligeramente.

—Señorita Celabert, no le restaré mucho tiempo —dijo. Vaciló. Buscó las palabras adecuadas para expresarse. Apretó los labios y luego dijo con brusquedad—: Estoy aquí para suplicarle por mi hija. Por Dios, le ruego que no le haga daño. Ella es solo una niña, ¿comprende? Una chiquilla inocente.

—¿Por qué me dice todo esto? —preguntó Fiorella.

—¡Porque le tengo miedo!

—¿A mí?

—¡A usted, sí! —Eneida estaba tan nerviosa y asustada que no consiguió controlar el temblor en su voz. Calló y luego agregó, en voz baja—: Estoy muy asustada.

—¿Puedo saber por qué me tiene miedo? En mis recuerdos, jamás atenté contra usted. Siempre me mostré amable y servicial. ¿O me equivoco? De hecho, también creí en la amistad que su hija me ofrecía, sin imaginar que se trataba de una hermana que mi señor padre mantenía afuera.

—Antes de marcharse, Joaquín rompió su compromiso conmigo y me habló de sus planes —confesó Eneida—. Sé qué pretende, señorita Celabert. Estoy aquí ahora para pedirle que tenga misericordia. Comprendo su enojo y sé que merezco su desprecio. ¡Puede usted hacer conmigo lo que quiera! No me resistiré, pero evítele a mi hija todo sufrimiento, ¡por piedad, se lo ruego!

—Señora Farré —comenzó Fiorella sonriente—, ¿podría decirme qué dijo específicamente mi señor padre sobre mí?

Eneida percibió la condescendencia en la voz y, por un instante, dudó de la veracidad de las palabras de su amante. Rechazó la propia desconfianza, considerándola como una infidelidad al hombre que la amaba.

—Joaquín me dijo que debía marcharse de la ciudad rápidamente —musitó—. Temía por su seguridad. Me confío que usted pretendía casarse con el señor Dávalos por razones económicas, y que no estaba dispuesta a que él revelara lo que sabía. Él no estaba bien, señorita. Fue brutalmente golpeado. Sus heridas…

—¿Mi padre le hizo creer que me casaría con el señor Dávalos por su dinero?

—Sí.

—Continúe, por favor —le pidió Fiorella e hizo un gesto con la mano—. Imagino que hay mucho más.

—Joaquín me aseguro que usted no confía en él y que tiene miedo de que arruine sus planes para con el señor Dávalos. Para amedrentarlo y obligarlo a callar, envió a algunas personas a golpearlo.

—¿Él le dijo todo eso? Al parecer, soy una persona despiadada.

—Usted amenazó con enviar a más personas por mí y por Flora. Dijo que ordenaría a sus hombres que nos llevaran a los muelles para que fuéramos deshonradas. Entonces me suplicó que me fuera de la ciudad y que me llevara a Flora conmigo.

—Qué gran imaginación tiene el señor Celabert —comentó entre risas—. ¿Le dijo algo más?

—Sí. Joaquín me reveló que usted ya conoce la relación que nos une.

—Son amantes, señora Farré.

—Sí, somos amantes —confirmó Eneida y levantó la cabeza para mirarla—. Estamos juntos hará veintiocho años en diciembre.

—Admirable.

—No se burle —masculló.

—No pretendía burlarme de usted, señora Farré. Realmente, me parece admirable que haya usted acompañado durante tanto tiempo a un hombre que no la ama.

—¿Cómo dice…?

—Ya hablaremos de los sentimientos de mi señor padre en su momento. Ahora, por favor, cuénteme: ¿le confío algo más?

—Joaquín me dijo que usted sabe que yo estuve allí cuando su madre se quitó la vida.

Fiorella se quedó un momento en silencio. En su rostro no reveló ninguna emoción. Eneida la miró por fin. Había resignación en su expresión. Fiorella compuso una sonrisa impersonal en la boca.

—Señora Farré, permítame sacarla de su error —solicitó—: no soy el monstruoso ser que mi padre describió. No tengo la intención de dañarla, ni a usted ni a su hija.

—¿Es eso cierto? —preguntó Eneida incrédula.

—Señora Farré, déjeme contarle algo: el señor Celabert y yo hicimos un trato —dijo con calma—. No entraré en detalles que no le conciernen. Sabrá, imagino, que mi señor padre y yo no nos llevamos bien. De hecho, nos disgustamos mutuamente. Sucede que su desmedida codicia lo ha llevado a malversar mis bienes. Así que decidí deshacerme de él. Como se trata de mi padre, por supuesto, le debo cierta consideración. Por eso pensé en proponerle un trato.

—Yo… —comenzó Eneida incómoda, sin siquiera saber qué decir a continuación.

—Basta con decirle que, en principio, le ofrecí tres opciones. La primera, que se fuera a Buenos Aires. Solo, sin usted ni con su hija. Seguiría disfrutando de los lujos y privilegios a los que está acostumbrado, pero sin acceso a los bienes de los Arizmendi y, fundamentalmente, lejos de mi vista. Su segunda opción era que renunciara a toda fortuna. Además, claro está, a las comodidades que yo pudiera ofrecerle como su hija y que dejara mi casa para vivir con usted. Si tanto la ama, señora Farré, bien podría irse a vivir con usted, ¿verdad? Debería poder disfrutar de ese amor que los ha mantenido unidos por… ¿cuántos años, dijo usted? ¿Veintiséis? ¡No! ¡Veintiocho! Perdóneme. Por supuesto, le dije a mi señor padre que podía irse, siempre que rompiera su relación conmigo y fuera plenamente consciente de que, una vez fuera de esta casa, no obtendría nada más de mí. ¿Estoy siendo clara, señora Farré?

—Sí, señorita —dijo.

—Excelente. Continuaré entonces si está de acuerdo. ¿Sí? Bien. La tercera opción a elegir era, cómo no, la cárcel. El señor Celabert ha estafado sistemáticamente a mi familia. Merecería terminar sus días tras las rejas. ¿No lo cree así?

—Señorita…

—Respóndame a esto: ¿sabía usted de su latrocinio?

—No, señorita.

—¿No? No le creo, señora. Sin embargo, tampoco me importa ahondar en ello. Que usted estuviera enterada o no de sus engaños me es indiferente en este momento. Solo tenía curiosidad. —Fiorella hizo una pausa—. Espero que lo entienda, señora Farré: simplemente quiero exponer todos los hechos frente a usted, de modo que luego no le quepan dudas sobre la clase de hombre que es en realidad mi señor padre. O quizá ya lo sabe y no le importa. En fin, ¿qué otra cosa puedo hacer, además de esto?

—Le pedí al señor Celabert que las enviara a usted y a su hija fuera de la ciudad, a cambio de mi generosa oferta. Porque tanto usted como Flora me repugnan, y no me apetece encontrármelas en la calle. —Eneida era incapaz de articular palabra. Fiorella la miró a los ojos—. Señora Farré, siento lástima por usted —reveló.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Se enamoró perdidamente de un hombre que no valoró su afecto y tampoco los años que ha estado a su lado entregándole su confianza. Mi señor padre nunca le brindó auténtica felicidad, solo sufrimiento y soledad. ¿O estoy en un error, señora? Se convirtió en su amante a muy corta edad. Era muy joven. Seguramente todavía llena de ilusiones y sueños infantiles. Quizá creyó que él señor Celabert se casaría con usted. Pero él prefirió llegar al altar con otra mujer, una dama que podía ofrecerle los lujos y privilegios que tanto anhelaba. ¿Le dijo que mi madre lo sedujo? ¿Le insinuó que Patrizia se aprovechó de su infortunada situación financiera para obligarlo a comprometerse? ¿Qué le dijo, señora, para excusar su traición? —Eneida sintió que en su corazón algo moría lentamente. Bajó los ojos y se contempló las manos. Los dedos ya no temblaban, notó. Fiorella alzó el mentón—. Dese cuenta: Joaquín Celabert la relegó al papel de amante en cuanto se casó con mi madre. Tal vez dijo amarla, y lo repitió todas las veces que usted necesitó escucharlo, pero lo cierto es que hubo un acuerdo entre los dos, y no estoy segura de que fuera usted consciente de ello. Mi padre pretendía de usted su obediencia, atención, fidelidad y cariño. ¿Qué obtenía usted? Las

migajas de su afecto. Mientras él disfrutaba de un hogar con otra mujer a su lado, de una vida sin sobresaltos, usted lo esperaba paciente en una casa en las afueras, primero sola, luego con una niña en los brazos, siempre preguntándose si ese día la visitaría o no. Usted le dedicó su juventud, su vida, sus pensamientos, su amor incondicional. Él, ¿qué pudo darle a cambio? Incertidumbre, por supuesto. Acaso unas pocas horas de placer.

—No diga nada más, por favor —musitó Eneida estremecida.

—¿Por qué no? Siempre resulta muy instructivo escuchar de otros lo que se pretendió ignorar deliberadamente —dijo, reflexiva—. Conozco a mi señor padre, señora. Es tacaño con los sentimientos y egoísta en el accionar. Con toda seguridad, no pudo ocultar de usted los arrebatos, el malhumor, la indiferencia. Pero, señora, no dudo en que consiguió usted justificar cada una de sus falencias. A lo largo de veintiocho años, creyó que ese hombre que le juraba tanto amor, realmente se interesaba por usted. Qué equivocada estaba, ¿no es así? Por cierto, mi padre solo se ama a sí mismo.

—Por favor…

—Señora Farré, ¿qué la atrajo de él? Sincérese conmigo. ¿Vio en el señor Celabert a un hombre sensible, amable, necesitado de afecto, quizás? Permítame adivinar: le habló de su infancia difícil, de la crueldad de su familia, de sus dificultades a causa de la pobreza. Entonces quiso reconfortarlo. Pero a mi padre no le bastaba su amor. Quería dinero, propiedades, estatus. Una vez casado, tenía que conservar lo que había logrado obtener. Así que inventó una sarta de mentiras para ocultar de mi madre su existencia, señora Farré. Entonces dejó de ser la amante para convertirse en nada. ¿Se da cuenta de eso? ¿Cómo se excusó mi señor padre con usted, señora Farré, cuando le retaceaba el tiempo a su lado? ¿Le dijo tal vez que mi madre era arrogante, autoritaria, controladora?, ¿que usaba su dinero para manejarlo a su antojo?, ¿que Patrizia y mi abuelo hacían de él un fantoche, que por eso debía ocultar todo sobre usted? Nada más lejos de la verdad. Mi madre, al igual que usted, deseaba sentirse amada. Pero ella no tenía su fortaleza, señora Farré. Patrizia

se negó a saber de los amoríos de su marido, de usted, de su hija, de todas las verdades que podrían acabar con su felicidad. Cerró los ojos y los oídos a todo rumor, a toda evidencia. Creó para sí un hogar maravilloso, con un marido que la adoraba y una hija que los haría inseparables. Cuando usted se presentó frente a ella, siendo tan hermosa, tan terriblemente segura de sí misma, resquebrajó las mentiras que había inventado para sí. Usted le arrojó todo su veneno a la cara y así destruyó ese mundo de ilusiones en que vivía. Le rompió el corazón en pedazos, señora Farré. Pero usted sabía que ocurriría, ¿no es así?

—¿Me culpa por el suicidio de su madre, señorita? —preguntó Eneida tratando de enfrentarse a la joven.

—Sí, la culpo. Usted la intimidó. Le provocó angustia y desasosiego con sus palabras. Señora Farré, comprenda: Patrizia creció en un hogar donde solo hubo amor. Fue mimada y protegida desde que nació. Su familia no la preparó para confrontar. Veía bondad y afecto en quienes amaba. Creía que solo hallaría aceptación y cariño en sus allegados. Que usted la enfrentara con la realidad que intentó negar no hizo más que arrojarla a la más cruel desesperación. Mi madre era, debo decirlo, una mujer débil.

—Amó demasiado —afirmó Eneida como si eso justificara algo. Fiorella la observó en silencio—. Joaquín me dijo que Patrizia lo amó demasiado —susurró.

—Qué extraordinaria observación —dijo mientras golpeaba el escritorio con un dedo—. Tan cierta.

—Señorita…

—Patrizia Arizmendi amó demasiado a su marido —dijo Fiorella, pensativa—. Mi madre olvidó que merecía el respeto de su esposo. Debía de tener sus propios sueños, pero los olvidó todos por el hombre que eligió. Una mujer que ama demasiado deja de ser quién es para convertirse en la sombra del hombre al que decidió entregarse. Mi madre se culpó del desamor de su marido, encontró excusas para él, todo lo perdonó. Los reproches de Joaquín, los enojos, la crueldad e indiferencia: creyó que lo merecía. Pero así se

comportan las mujeres que aman demasiado, ¿estoy en lo cierto, señora Farré?

Eneida alzó la mirada hacia ella, muy lentamente. Sentía las comisuras de sus ojos calientes. Las lágrimas brotaron una a una y resbalaron por sus mejillas, irrefrenables. Fiorella evaluó la evidente congoja.

—Patrizia Arizmendi sabía de usted —dijo con atroz suavidad—. También sabía de la niña que dio a luz. Solo quiso creer que eran todas mentiras. Se engañó a sí misma y, cuando ya no pudo ignorar la realidad, prefirió quitarse la vida.

Eneida intentó contener su llanto silencioso. Fiorella entrelazó los dedos. Observó el anillo que le brillaba en el dedo.

—¿Quiere saber por qué me repugna verla, señora? Porque su existencia me recuerda que una vez odié a mi madre. —Eneida la miró intensamente, con los ojos muy abiertos—. ¿Le sorprende? —Fiorella apretó los labios—. La odié porque se mató, dejándome sola con mi padre, que no me amaba. Porque me legó todas sus responsabilidades para que yo me ocupara de resolverlas sin su ayuda. Porque por su debilidad, por su estúpida decisión de quitarse la vida, me condenó a extrañarla cada día de la mía, preguntándome si hubiera podido hacer algo más por ella. —Hizo una pausa—. Cuando la miro, señora, pienso en que Patrizia no estará en mi boda, no conocerá a mis hijos y no volverá a dedicarme una palabra amable. ¿Comprende ahora por qué quiero que se vaya de la ciudad?

—Sí, señorita —dijo la mujer con la cabeza gacha.

—Como no quiero verla, señora, pensé en darle la oportunidad a mi padre de mantenerla a salvo de mí. Créame, no habrá más oportunidades. O se va por su propia decisión o me encargaré personalmente de que lamente su decisión de quedarse, y ensuciar mis ojos.

—Me iré de la ciudad —susurró Eneida mientras se enjugaba las lágrimas. Vaciló—. Si me permite, señorita, quisiera rogarle por Flora. Mi hija no representa una amenaza para usted. Es una niña.

No tiene culpa de las decisiones que tomé. Por Dios, permítale tener un futuro.

—Señora… —Eneida se incorporó y se arrodilló lentamente, frente a Fiorella, la sorprendió con ese gesto absurdo—. ¡Señora, levántese!

—Flora ha sufrido muchísimo a causa mía —dijo todavía desde el suelo—. Su condición de hija adulterina la relegó una vida de sinsabores, de desprecios y humillaciones. Le suplico permita que mi hija continúe en la ciudad. Hablaré con ella. No aparecerá frente a usted. Por lo que más quiera, señorita, permítale a mi niña tener la oportunidad de casarse con una buena familia, que tenga el hogar que siempre soñó y que yo no pude darle.

Fiorella desvió la mirada hacia la ventana. Vio la lluvia llorar entre los árboles. Sus sollozos se oían lánguidos, quedos en el viento. Las lágrimas repiqueteaban en el tejado, casi imperceptibles.

Una vez, en otra vida, Flora difundió falsos rumores sobre ella, para destruir su buen nombre y su reputación. Se empecinó en arrebatarle cuanto poseía, porque consideraba que le pertenecía. Sedujo al señor Belmonte. Disfrutó de la fortuna de los Arizmendi. La asesinó.

¿Todavía la odiaba? No, ya no, reconoció. Sucedió hace mucho tiempo. Flora recibió el castigo que su crimen merecía. Perdió la libertad, luego el juicio y finalmente la vida. Juan Ignacio la vengó, obligándola a vivir un infierno. Ella misma se cobró una a una todas sus afrentas, aterrorizándola con sus apariciones.

Después de su renacimiento, todo cambió. En esta vida, Flora no tendría la oportunidad de entrar a su casa y disfrutar de la fortuna que no le pertenecía. El señor Celabert la abandonó a su suerte. Mezquino como era, no dudó en dejar atrás a la hija que siempre favoreció, destinándola a un futuro incierto. Flora no conseguiría confundir los sentimientos del señor Belmonte. No se comprometería con él. Con toda seguridad, no tendría ocasión de asesinarla otra vez. Fiorella curvó las comisuras de sus labios.

—Muy bien, señora Farré —dijo fríamente—. Haré un trato con usted: mientras Flora no me cause problemas, no le prestaré atención. Me será indiferente qué haga o deje de hacer. Pero le advierto: si su hija tiene la osadía de ofenderme, si tan siquiera se atreve a pronunciar mi nombre con malas intenciones, le juro que no habrá agujero en el infierno donde pueda ocultarse de mí.

Capítulo 23

El ocaso agonizó entre los brazos informes de los oscuros nubarrones que encapotaban el cielo. Aquí y allá, esporádicamente, un relámpago zigzagueaba de un lado a otro, sobre el horizonte. Un profundo bramido vibró en el aire, tornándose el trueno que resonó en la quietud, una proclama de la borrasca al avanzar. Mientras el crepúsculo se lamentaba que moría bajo un apasionado ataque, la lluvia se apoyó en la ventana, dejando una huella indeleble en los cristales.

El señor Yasuká cerró la puerta con firmeza y cruzó el vestíbulo, en tanto se quitaba el abrigo. Se sacudió el pelo con los dedos. Se había mojado con la lluvia que lo sorprendió unas pocas calles antes de arribar a la casa del señor Dávalos. Tendió el gabán sobre el respaldo de una silla y palmeó el paño un par de veces. Se había mojado en la tormenta, constató. Agostina, con toda seguridad, se disgustará conmigo, pensó, impotente. Ella le había advertido que llovería. Insistió en que esperara a la mañana siguiente para hacer sus visitas.

—Está muy negro el cielo —había dicho ella, echando una breve mirada al exterior desde la ventana de la cocina—. ¿Hueles el aire? Sabe a lluvia. Habrá tormenta, Franco. Probablemente, será muy fuerte. Se inundarán las calles. Mejor te quedas aquí y me ayudas a moler mis hierbas.

Franco hizo un ademán en el que le restaba importancia a las palabras de su esposa. Estaba distraído, examinando los documentos que contenía el maletín. Al ver la determinación por acudir al señor Dávalos, Agostina le recomendó que llevara consigo un paraguas al salir, al menos, y las botas viejas, así no se

arruinarían las nuevas. ¿Prestó atención a sus recomendaciones? Por supuesto que no.

Franco imaginó a su mujer esperándolo en la noche, con un té de hierbas para prevenir el resfriado en una mano, un potingue para una friega para el pecho, por si acaso se había enfriado los pulmones, en la otra, y un buen sermón listo para adormecerle los oídos.

Cuando Franco consiguió por fin adecentar su abrigo, levantó bruscamente la vista al percibir de soslayo una sombra en el pasillo. Sorprendido, vio a Juan Ignacio recostado contra la puerta de su oficina, con los brazos cruzados contra el pecho, que lo observaba en silencio.

—¡Comandante! —saludó.

En la boca de Juan Ignacio se dibujó una sonrisa serena. Ataviado con una sencilla camisa de lino de cordones, pantalones de montar y unas botas de campo, evidentemente, estaba vestido para disfrutar de la comodidad del hogar.

—Señor Yasuká —dijo, lacónico.

—Me asustó, comandante. Casi me da algo.

—No pretendía sorprenderlo.

—Eso dice usted. —Franco encendió un cigarro en tanto el caballero lo precedía al interior de la biblioteca—. ¿Cómo está, señor? ¿Siente alguna molestia en la pierna?

—Estoy bien.

—Me alivia saberlo. Como refrescó, estaba preocupado por su dolencia.

Juan Ignacio lo miró de arriba hacia abajo. Notó las manchas de agua en la pernera de los pantalones y el barro en las botas.

—¿Qué hace aquí, señor Yasuká? —preguntó—. Pensé que la lluvia lo retendría en su casa.

Franco dejo el maletín sobre una banqueta. Unas gotas de agua se deslizaron desde el bolso de cuero hasta la superficie de madera.

—Quería entregarle la documentación que prometí acercar hoy —dijo, con el cigarro colgando de una esquina de la boca. Limpió el enchastre con el dorso de su mano. Luego tiró de una silla y se sentó hasta adoptar una posición cómoda. Era obvio que no pensaba retirarse de inmediato—. El informe respecto al inmueble que le interesa comprar también está ahí dentro. Nomás queda saber el precio. El propietario prometió que me enviaría un mensaje en cuanto llegara a un acuerdo con su hermano. Se me hace que eso puede tomar su tiempo. Cuando una cuestión gira alrededor del dinero, llegar a un acuerdo no es una tarea fácil.

—Pudo haber traído todo esto mañana por la mañana —concluyó Juan Ignacio.

—O venía para acá o me quedaba a ayudar a mi esposa a moler sus hierbas, esas eran mis opciones.

—¿Debo suponer que encontró más atrayente la idea de cruzar la ciudad bajo una tormenta, que permanecer en su hogar, en compañía de su mujer?

—Sería una suposición muy acertada, señor.

—Entiendo. ¿Le disgusta moler hierbas, señor Yasuká?

—Sí si es con mi esposa. Si Domitila es quien precisa de mi ayuda, ahí voy y me siento con la anciana con todo gusto, haciéndole de aprendiz. Pero si es mi esposa quien me llama para la molienda, mejor me largo de la casa.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Seré sincero: Agostina no tiene mucha paciencia para la trituración de los yuyos y enseguida encuentra algo más para hacer, lo que significa que soy yo quien deberá terminar la faena. Como no es una tarea que encuentre particularmente interesante, aquí estoy. ¿Me invitará a comer, señor?

—No necesito su compañía esta noche, señor Yasuká.

—Debería invitarme a quedarme, señor —dijo Franco mientras le daba una pitada a su cigarrillo—. Tiene el deber de proteger la vida de sus subordinados si está en sus manos hacerlo ¿recuerda? —Juan Ignacio le dirigió una mirada de advertencia—. ¿Sabe que mi esposa

me dijo que llovería y no le hice caso? —continuó Franco, sin darse por aludido.

—Un error que pagará con su vida, sin duda, señor Yasuká.

—Me dijo que trajera un paraguas, pero tampoco la escuché y que me cambiara las botas… ¿Le parece gracioso?

—En absoluto.

—¿Imagina lo que me espera en mi casa, si regreso ahora, comandante? Como poco, mi mujer hará arder mis orejas con un buen rapapolvo. Domitila, claro está, no me defenderá. Estará de acuerdo en que salir con esta tormenta fue una imbecilidad de mi parte. Después de una buena friega con uno de sus potingues, Agostina me obligará a tomar un baño medicinal. Créame, comandante, luego usted se arrepentirá de no haberme dejado quedar cuando en los próximos días lo deje grogui con mi olor a hierbas.

—No se quedará a comer, señor Yasuká.

—Invíteme, comandante —insistió—. ¿En qué lo molestaré si me quedo? A cambio, yo cocinaré. ¿Qué le parece? Aprendí una receta de carne estofada que le hará chuparse los dedos.

—No se quedará mucho tiempo, señor Yasuká —dijo y miró hacia la ventana. La lluvia había comenzado a menguar. Caía lánguida sobre la calle desierta—. En cuanto amaine, se irá.

Franco le dio una chupada a su cigarro. Si había tenido la esperanza de conseguir una invitación a comer, ya podía ir olvidándola. Vagamente, se preguntó por qué el comandante se mostraba particularmente poco hospitalario esa noche. En otras ocasiones le había importado muy poco poner un plato más a la mesa para él. Se rio entre dientes. Tendrá que prepararse para enfrentar a su esposa con sus mejunjes entonces. Alojó a su cigarro en una esquina de la boca, como era su costumbre. Vio al señor Dávalos revisar la documentación que se encontraba en el interior del maletín.

—Ya hay murmuraciones sobre usted y la señorita Celabert en las calles —comentó, después de un momento—. La mayoría de los chismes giran alrededor de su boda en primavera. Se duda si los Dávalos regresarán de Europa para entonces, si su señor padre asistirá, si el principito estará finalmente dispuesto a dirigirle la palabra, imagínese. Los curiosos quieren saber quién entregará a la novia, ahora que el señor Celabert dejó la ciudad y si el señor Arizmendi tomará su lugar. Como ve, su casorio ha despertado gran interés en la sociedad.

—¿Qué más se dice de mí y de la señorita Celabert en las calles? —preguntó con suavidad.

—No mucho —dijo presuroso.

—¿Está seguro?

—Hay muchos chismes en esta época del año, con el comienzo de la temporada, y todo eso. —Franco se mostró evasivo—. Uno no puede prestar atención a todo lo que se dice. Hay muchas sandeces, ¿entiende?

—Entiendo. ¿Señor Yasuká?

—¿Sí, comandante?

—¿Qué más se dice de mí y de la señorita Celabert? —exigió saber mientras giraba la lapicera estilográfica entre los dedos.

Era obvio que no podría callar. Franco se quitó el cigarro de la boca. Lo sostuvo entre el índice y el pulgar, pensativo. En tanto intentaba encontrar las palabras adecuadas para reproducir las habladurías que habían llegado a sus oídos en las últimas semanas, la incomodidad resultó manifiesta.

—Se duda de los motivos que llevarán a la dama al altar —dijo en voz baja.

—¿De sus motivos?

—Hay muchas dudas sobre por qué la señorita Celabert aceptó casarse con usted.

—¿Por qué?

Franco se sintió disgustado, pero no lo demostró. Su expresión no reveló más que hastío. Agostina ya le había advertido que no prestara atención a las habladurías o se molestaría. Y, ¿qué hizo él? Una vez más ignoró las advertencias de su esposa y procedió a amargarse con lo que escuchaba de la gente. ¿Cuándo aprendería a hacer caso de su mujer? Evidentemente, era más sabia que él.

—Hace no muy atrás, la señorita aceptó casarse con el señor Belmonte. Aunque no muchos supieron de la novedad, algunos pocos allegados al caballero hicieron correr la voz sobre la buena nueva. Hasta se vio a la dama usando el anillo de pedida en una ocasión. Las habladurías son muy claras en esto: había en esos dos la intención de llegar al altar. —Juan Ignacio apretó la boca—. Unos pocos días después, al señor Belmonte se lo ve girando alrededor de la encantadora señorita Brítez Jajam, con toda intención de hacerle la corte, y a la supuesta prometida, a la señorita Celabert, muy feliz, paseando con usted, colgada de su brazo —continuó Franco, siempre atento a la expresión del señor Dávalos—. Antes de que consiguiera aclararse el misterio, el señor Arizmendi va y felizmente anuncia el compromiso de la dama con usted. Nomás le faltaron bombos y platillos. Ahora la señorita luce en el dedo un anillo de compromiso muy caro y con un diamante muy grande. Enorme, en efecto. Se lo puede ver hasta en la oscuridad, se dice. Como si alguien quisiera marcar territorio. Algo que resulta muy común entre los animales, en este caso es de lo más llamativo. ¿Una piedra puede espantar a otros hombres del interés amoroso de uno? Obviamente no, si tenemos en cuenta la triste experiencia del señor Belmonte. Le comieron el mandado bajo sus narices…

—Señor Yasuká —dijo Juan Ignacio impaciente—, ¿cuál es el punto?

—En fin, que la noticia de su compromiso y sus planes de boda a todos confundió. —Hizo una pausa. Se estiró y tomó el cenicero de cristal que se hallaba en una esquina del escritorio. Lo dejó justo frente a él. Era, después de todo, para su uso exclusivo. El comandante no fumaba—. Hay murmuraciones muy desagradables

al respecto. Señor Dávalos, ¿para qué quiere saber qué se dice? Siempre habrá gente que no tiene nada que hacer con su tiempo y se ocupará de inventar necedades sobre los demás. Lo mejor es hacer oídos sordos a todo eso.

—Señor Yasuká. Me importa una mierda lo que otros tengan para decir de mí, pero si los jodidos chismes molestarán a Fiorella, quiero saberlo. ¡Dígame todo lo que sabe de una puta vez!

Finalmente, Franco comprendió que estaba pisando hielo muy fino. El señor Dávalos era un caballero, a pesar de sus arrebatos. Pero en ocasiones, cuando se encontraba realmente disgustado y la ira empezaba hervirle en su sangre, cosa que no resultaba sencillo que sucediera, pero si acontecía, las viejas expresiones aprendidas en la calle resurgían. De pronto el caballero desaparecía y, en su lugar, estaba el canalla pendenciero que utilizaba los dientes y los puños para ganarse el pan del día. Franco se quitó el cigarro de la boca.

—Fiorella Celabert es una mujer inteligente, fría, sensata, se cuenta por ahí. Se ve muy segura en sus afectuosos sentimientos hacia usted. Sin embargo, lo detestaba. Todos lo saben. Muchos han sido testigos de sus desplantes. Hasta lo odiaba. Algunos creen que por su origen humilde. Otros piensan que su osado cortejo la disgustó. Lo cierto es que resulta muy extraño ver a la dama tan encariñada con usted, cuando hace nada lo despreciaba. Así que la mayoría de los chismes coinciden en que la señorita Celabert consideró su situación económica al momento de elegir al mejor postor en la puja por conseguir su mano. El señor Belmonte tiene una buena posición social, un apellido de renombre y una familia acomodada, pero su boyante situación financiera no se compara con la fortuna de los Dávalos.

—La fortuna de los Dávalos no me pertenece —dijo Juan Ignacio fríamente—. Solo la estoy administrando, hasta que el legítimo dueño decirse hacerse cargo de sus responsabilidades.

—Bueno, eso lo sé yo, pero los chismosos, no. Además, usted tiene bastante dinero, eso es obvio. Nomás hay que ver cuántas propiedades ha comprado usted en los últimos meses. A la chusma no le hace falta más para hacer sus invenciones.

—Señor Yasuká, continúe por favor.

—Bueno, como le decía, las malas lenguas aseguran que la señorita Celabert está codiciando su fortuna, señor, para asegurar el bienestar de su familia.

—Entiendo.

—Como sea, son habladurías que a nadie le importa realmente. Se sabe que motivos para un casorio hay muchos, y el afán de conseguir riqueza es el más común de ellos, de modo que no hay razones para prestar mayor atención a todas estas gansadas.

Juan Ignacio clavó en Franco una mirada gélida. Su expresión no revelaba el cariz que habían tomado sus pensamientos.

—Señor Yasuká, ¿cuál es su opinión respecto a mi compromiso y próximo matrimonio con la señorita Celabert? —quiso saber.

—¿Quiere que le sea sincero, comandante?

—Siempre fue muy sincero conmigo.

—Entonces, ¿promete no matarme si encuentra muy poco agradable lo que tengo para decirle?

—Puedo asegurarle que no sufrirá, si lo hago —dijo, sucinto.

—Supongo que debo agradecer su amabilidad —murmuró. Aplastó la punta del cigarro en el cenicero—. Me disculpará usted, comandante, pero alguien aquí debe mostrarse razonable, y sé que ese no será usted. Simplemente, no puede hacer uso de su habitual raciocinio cuando se trata de la señorita Celabert. Lo comprendo. Tiene a esa mujer bien clavadita en el corazón. El metejón no le permitirá ver las cosas con claridad.

—¿Le parece?

—Permítame: me resulta muy extraño ver a la dama tan encaprichada de usted, cuando hace semanas atrás no podía ni verlo en pintura. ¿Quiere su dinero? Es posible. Sé que a usted le gusta mucho esa mujer, comandante, y que no querrá a ninguna otra en

su lugar. Cómprela, pues. Me alegré por usted cuando por fin consiguió comprometerse con ella. También lo felicitaré el día en que logre tener a esa hembra bien amarrada a usted por los lazos del matrimonio, pero me gustaría pedirle que, en todo momento, tenga usted los ojos muy abiertos, señor. No se deje embaucar por el amor que bien podría ser fingido. No me gustaría verlo lamentar el día en que la conoció, ¿comprende?

—Fiorella juró que me ama —dijo Juan Ignacio tras dejar el estilógrafo sobre la mesa.

—Perdóneme que se lo diga, comandante, pero una mujer puede jurarle amor a un par de zapatos si son bonitos. A ver, niégueme eso. Sé que usted quiere creerle. Cómo no si la ama tanto. Si esa hembra le dijera a usted que la luna es un clavel y las estrellas flores de jazmín, le creería usted; luego me dirá que Dios hace llover para regar su jardín en el cielo. Qué se la va a hacer. Así es un hombre enamorado. —La curvatura en los labios de Juan Ignacio se acentuó. Franco hizo lo miró, serio—. No obstante, sé que es usted muy inteligente. Nomás tenga cuidado al entregar su corazón. Guárdese un poco para usted, de modo que pueda sobrevivir si luego descubre una traición.

Juan Ignacio se apoyó en el respaldo del sillón. El señor Franco Yasuká había estado a su lado durante la guerra. Era un hombre fuerte, de sólidos principios, muy sincero en sus sentimientos. Valoraba su amistad. Era un buen amigo. Aunque sus maneras resultaran a veces groseras, su determinación arrogante, casi ofensiva, y tuviera, además, la desagradable tendencia a inmiscuirse en sus asuntos sin miramientos, confiaba en él.

—¿Cree que Fiorella está mintiéndome? —preguntó.

—Existe esa posibilidad, señor.

—Si estuviera engañándome —musitó—, espero que pueda mentirme por el resto de mi vida.

—Esa mujer lo tiene bien atado, eh —comentó—. Sin duda, Fiorella Celabert puede hacerle mucho, mucho daño.

—¿Tan débil me consideras?

—Mire, no le voy a mentir. Cuando a un hombre le gusta una hembra, le da a ella todo el poder para destruirlo. Con una palabra nomás. Y ni eso, con una mirada bastaría para hacer astillas el corazón más feroz. No me lo tome a mal, comandante, pero hablo por experiencia. Mi Agostina no fue fácil de enlazar. Estaba muy acostumbrada a su libertad. Voluntariosa como es, no le hacía gracia la idea de tener un marido que le dijera qué hacer. Su rechazo me hizo mucho daño mientras intentaba agarrarla para mí. La paciencia es una virtud muy útil en un hombre, comandante. Una potranca salvaje no se amansa en un día. Sé que conseguirá el corazón de la señorita Celabert, nomás trate de no resultar muy lastimado en la persecución.

—Gracias, señor Yasuká. Agradezco su sinceridad.

—Siempre a la orden.

—¿Tiene más noticias para mí?

—No.

—Muy bien. —Juan Ignacio miró hacia la ventana una vez más. Ya no llovía—. Aunque encuentro su compañía de lo más instructiva, me temo que tendré que desearle las buenas noches. Sin duda, su esposa estará ansiosa por su regreso a casa. Le sugiero que no la haga esperar.

—Ah, bueno, si me echa así, qué remedio —murmuró reacio a irse. Se disponía a despedirse cuando de pronto se detuvo. Buscó algo en el interior de uno de sus bolsillos. Sonrió, disculpándose—. Casi lo olvido. Encontré esto en su puerta, señor. Parece importante.

La boca de Juan Ignacio se endureció. Tomó el sobre que el señor Yasuká le entregó. Extrajo del interior una tarjeta. Su expresión se tornó desagradable al leer las breves líneas. Franco arqueó una ceja, todavía renuente a irse.

—¿Qué es? —se interesó.

—La invitación a una fiesta —dijo Juan Ignacio, adusto.

—Qué atrevimiento. ¿Quién tuvo la osadía de enviarle una cosa tan repugnante? Una invitación como esa, tan elegante, es de lo más nauseabundo. ¡Y lo invitaron a una fiesta, además! Qué

desfachatez. —Juan Ignacio clavó en el señor Yasuká una mirada sombría. Franco se apoyó en el escritorio y adelantó el mentón con curiosidad—. ¿Qué familia organiza esa fiesta, se puede saber? —preguntó.

—Agüero Blanco.

—Yo, en su lugar, ya estaría decidiendo qué ponerme para asistir al jolgorio ese —dijo con entusiasmo—. Recibir una invitación de los Agüero Blanco a uno de sus bailes de temporada es prácticamente un honor. Hasta yo lo sé. Al ir, asegurará su posición en el peldaño más alto de la sociedad. Si socializa usted con esos encopetados, quién sabe qué cosas buenas habrá en su futuro. Piense como un hombre de negocios, comandante: es su oportunidad de ver y dejarse ver. Quién sabe si además consigue hacer algunas amistades de abolengo. Fíjese que, al casarse con la señorita Celabert, le guste o no, pasará usted a formar parte de esa intrincada red de conexiones que une a las familias más encumbradas de Corrientes. Es importante que se muestre usted en esa fiesta, señor. Seguro que lo invitaron para echarle una buena ojeada, ahora que está comprometido con una de los suyos.

Franco vio a su comandante arrojar la invitación a la basura sin contemplaciones.

—No me gustan las reuniones sociales —dijo.

—Ya sé que no, pero esta es su oportunidad de presentarse frente a los notables con su prometida. Piénselo: que los vean juntos, tan felices, acallará un poco esos rumores que tanto le molesta.

—No iré, señor Yasuká.

—¿Por qué no? Seguro que habrá buena música, chismes interesantes y quizás uno o dos escándalos para entretener a la multitud. No me mire así, me dijeron que suele ocurrir. Uno nunca se aburre en esos eventos, claro está. Mi esposa me comentó que, el año pasado, una dama se escapó con un caballero al jardín, y fueron sorprendidos por el marido de ella cuando se encontraban bajo un arbusto, en plena faena, ya me entiende usted. El año anterior a ese, si mal no recuerdo, una jovencita saltó por la ventana del

cuarto de señoras, a los brazos de su enamorado, un mozo de cuadra, y consiguieron huir de los familiares de ella. Domitila encontró este asunto muy interesante. Me comentó que la parejita fue encontrada recién a la mañana siguiente. Tuvieron que casarse. El mocito recibió una buena tunda, pero finalmente se casó con la mujer que amaba. Y en otra ocasión….

—Señor Yasuká, es suficiente.

—Bueno, si no le agrada la posibilidad de disfrutar de un buen escándalo, comandante, piense en disfrutar de estos sencillos placeres: en esa fiesta tendrá ocasión de beber a gusto los mejores vinos, comer bocadillos deliciosos y bailar con la mujer que ama. ¿Qué le parece?

—Buenas noches, señor Yasuká —dijo Juan Ignacio, tajante. Dio por terminado el tema al volver la atención a los documentos que tenía distribuidos sobre el escritorio.

Franco miró a su comandante atentamente. Notó sus ojos más oscuros de lo habitual, la tensión en los músculos, la boca que se comprimió en un rictus de dolor. Finalmente, comprendió.

—No necesita bailar —dijo entonces con sorprendente suavidad—. Puede usted sentarse en un rincón con la señorita Celabert y simplemente disfrutar de su compañía.

—¡Señor Yasuká!

—Señor Dávalos —dijo, secamente—, la herida en su pierna no debería limitar sus actividades. ¿Qué le preocupa? ¿Tiene miedo de que alguien señale su cojera? ¿Teme que la señorita Celabert se avergüence de usted?

—Cuidado, señor Yasuká —le advirtió Juan Ignacio.

—¿Qué quiere hacer?, ¿Plantarme el puño en la cara? Hágalo, pues, pero escúcheme muy bien, comandante: tendré mis dudas sobre la señorita Celabert y sus motivos para querer matrimoniarse con usted, pero le aseguro que esa mujer no permitirá que nadie se burle de usted en esa fiesta. Bien podría ir con ella al convite y ver si tengo razón o no. ¡En la cancha se ven los pingos!

—Tiene usted razón, señor Yasuká, como siempre.

Franco se dio vuelta de inmediato al verse sorprendido por la voz de la dama. Vio, atónito, a la señorita Celabert de pie junto a la puerta. Había en su aspecto tal desaliño que lo confundió. La señorita no llevaba sombrero ni estaba escrupulosamente peinada como de costumbre. Por cierto, tenía el pelo suelto sobre los hombros, un poco enmarañado. El vestido de paseo, de un brillante tono de amarillo, mostraba profundas arrugas, principalmente en la falda, algo inaudito en su atuendo. Que él supiera, la señorita siempre vestía de punta en blanco; además, tenía a alguien siempre pendiente de planchar su ropa y de ayudarla a abrochar adecuadamente su vestido.

Franco observó su rostro con más atención, y finalmente comprendió el porqué del desaseo de la dama. Notó los labios rojos, las mejillas arreboladas, la obvia cohibición en la mirada y finalmente los rastros de besos en la piel del cuello. La señorita Celabert, obviamente, tenía todo el aspecto de una mujer que acababa de levantarse de la cama de un hombre. Franco sonrió. Finalmente comprendió por qué el señor Dávalos le había negado un plato de comida y había insistido en que se fuera.

—Señorita —saludó, educado. Ahora, supuso, ya no debía temer que la dama dejara a su comandante plantado a las puertas de la iglesia. El puchero ya está cocido, qué diablos, pensó, divertido.

—Señor Yasuká, no esperaba encontrarlo aquí —dijo Fiorella con amabilidad.

—Imagino que no —murmuró Franco, avergonzado, en tanto se preguntaba cuánto había escuchado ella de sus dichos. Mientras pensaba en cómo disculparse por sus palabras irreverentes, la sorprendió observándolo.

Cayó en la cuenta de pronto que esa dama nunca le había rehuido. Desde que el señor Dávalos se la presentó, lo miró a los ojos limpiamente. Él jamás vio en su mirada disgusto ni lástima. Ella no parecía encontrar repugnante la quemadura que le desfiguraba la mitad de la cara.

Juan Ignacio dirigió hacia su antiguo guardiamarina una mirada de advertencia y se puso de pie, galante. Sus ojos habían perdido todo vestigio de la gélida cólera que un momento antes había ensombrecido su mirada. La expresión se le suavizó con la ternura cuando saludó con caballerosa cortesía:

—Señorita Celabert —dijo.

—Señor Dávalos —musitó no sin cierto rubor.

Había algo salvaje, muy primitivo, en la mirada de Juan Ignacio, algo que la subyugaba y seducía. Fiorella le vislumbró el pecho desnudo, cubierto por una fina capa de vello oscuro y rizado entre los cordones entrecruzados que cerraban la camisa, y desvió la mirada con timidez en tanto la cara se le calentaba.

Recordó la lenta ondulación de sus poderosos músculos al presionar su cuerpo entre las sábanas de la cama; el calor de esa piel broncínea bajo las caricias; la fuerza dominante, brutalmente controlada, que suavizaba cada uno de los movimientos, mientras ella se aferraba a él, presa de emociones que nunca antes había experimentado. En un instante creyó sentir el ardor de los dedos acariciándole los senos, la boca en la de ella, la lengua en sus labios, el olor especiado, ligeramente almizcleño, impregnándose en cada centímetro de su piel desnuda, mientras él entraba profundamente en ella, arrastrándola al placer.

—¿Señorita Celabert? ¿Se encuentra bien? —Franco reconoció para sí que había cierta malicia en su pregunta. Efectivamente, la dama se ruborizó todavía más, si tal cosa era posible. Juan Ignacio clavó en él una mirada gélida.

—Muy bien, señor Yasuká —Fiorella dijo, afectuosa—: Me gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecerle por su apoyo y amabilidad hacia mi prometido. Es usted un buen amigo, señor. —Franco se sorprendió por la sinceridad en las palabras de la dama, y estupefacto como estaba, fue incapaz de decir nada. Fiorella sonrió —. Por cierto, me alegra que haya intentado hacerle entender al señor Dávalos la importancia de asistir a un evento tan importante de la temporada como lo es la fiesta de los Agüero Blanco. Como

usted señaló, es una excelente ocasión para acallar los desagradables rumores que corren sobre nuestro compromiso. Justamente decidí hacerle una visita al señor Dávalos para convencerlo de que fuera conmigo como mi acompañante —dijo la dama y se dirigió hacia el escritorio—. Como mi prometido, no puede rehusarse, ¿verdad que no, señor Yasuká?

—Por supuesto que no —coincidió Franco—. Mi comandante no sería un hombre si lo hiciera.

Juan Ignacio, como siempre sucedía cuando ella se encontraba cerca, centró toda la atención en Fiorella. La observó rehuirle la mirada, alisar las arrugas de la falda, mirar cualquier cosa, menos a él. El arrebol en sus mejillas la hacían lucir encantadora, al igual que esa sorprendente timidez. Ella se inclinó y recuperó la invitación que él había arrojado a un lado.

—¿Y bien, señor? ¿Irá conmigo a esa fiesta? —preguntó la joven, todavía sin atreverse a mirarlo a los ojos. Fijó los ojos en la tarjeta de invitación, la que sacudió frente a los ojos de su prometido—. Como dijo el señor Yasuká, habrá buen vino para degustar, un bufé muy variado y, probablemente, un escándalo que anime la velada. Además, estará conmigo. No se aburrirá.

Juan Ignacio pensó en la intimidad compartida, mientras la penumbra de la tarde gris los cobijaba y, afuera, la lluvia repiqueteaba en el tejado al mismo tiempo que el viento murmuraba entre los árboles. Mientras viviera, jamás olvidaría su dulzura, su tierna inocencia, su pasión al entregarse a él. La poseyó enteramente, como tantas veces antes había soñado, convirtiendo por fin en suya a la mujer que amaba. Él tomó esa pequeña mano en la suya.

—Me sentiré complacido de escoltarla, Fiorella —dijo.

Franco curvó los labios. Tira más un pelo de mujer que una yunta de bueyes, pensó, divertido. La dama sonrió, exultante, y se volvió hacia Franco.

—Señor, no se preocupe. No permitiré que el señor Dávalos se encierre en su casa como el ermitaño que cree que es. Le aseguro que lo llevaré conmigo a bailes, *soirées*, exposiciones, paseos, picnics, y a todo lugar en que pudiera encontrar un poco de distracción de sus múltiples obligaciones. Le juro que nadie se atreverá a faltarle al respeto.

—Estoy feliz de escuchar eso, señorita Celabert.

Fiorella tiró de la manga del señor Dávalos.

—Siéntese —dijo.

Juan Ignacio obedeció.

—Déjeme verlo, señor.

Él levantó la mirada hacia ella. Los ojos se veían casi dorados bajo la luz del candil. El pelo negro, muy liso, le caía a los lados de la cara, enmarcando un rostro muy atractivo. La boca ruda se curvó bajo su mirada, a un lado. Fiorella intentó no dejarse distraer por esa brutal apostura, le rodeó la cara con las manos y le examinó el rostro con detenimiento. Él no consiguió ocultar de ella el ligero enrojecimiento que poco a poco comenzaba a oscurecer las esquinas de sus ojos. Había, en su sonrisa, cierta rigidez, notó. La herida en su pierna debía de estar mortificándole. En otro momento, en otra vida, pensó Fiorella, angustiada, él ya habría encontrado una botella de whisky para adormecer el dolor en el alcohol.

—No te sientes bien, ¿cierto? —dijo dulcemente.

—Bueno, ya va siendo hora de que me vaya —dijo. Recuperó su maletín, ahora vacío y lo palmeó—. Señorita, si me disculpa…

—Un momento, señor, no se vaya todavía.

—¿Sucede algo?

—Señor Yasuká, espero me dé la oportunidad de demostrarle que mis sentimientos, por el señor Dávalos son sinceros —pidió Fiorella con calma—. Me sentiría muy afortunada si algún día consiguiera merecer su confianza.

—Señorita Celabert —dijo, avergonzado—. Lo que escuchó de mí, por favor, no lo tome a mal.

—Por supuesto que no. Usted tiene sus dudas sobre mí, lo comprendo.

—Le confiaré a mi comandante entonces —dijo luego de una breve reflexión.

—Gracias, señor Yasuká.

—Cuide de él, por favor. Cuídelo muy bien. No me defraude.

—No lo haré —prometió ella con bríos. Apoyó las manos sobre los hombros de Juan Ignacio. Con los dedos rozó con suavidad la punta de su pelo, la piel del cuello—. Señor, sé que usted conoce muy bien la condición médica de mi prometido. Lo ha acompañado en todo momento, desde que resultó lesionado, hasta hoy. Quisiera que encontrara un momento de su tiempo para hablarme de todo lo que deba saber respecto a los cuidados que requiere. También quisiera saber qué posibilidades hay de que su pierna herida recupere movilidad en un futuro, y si es posible aliviarle el dolor.

Juan Ignacio se puso tenso. Sus labios se endurecieron en una fina línea. Un músculo tembló junto a su boca. Ella percibió la incomodidad y le acarició los hombros con la punta de los dedos. Como si amansara a una bestia que precisaba de infinita paciencia para domeñar un temperamento salvaje, su mimo fue gentil y paciente. Él inclinó la cabeza, bajó los ojos, dócil.

Franco dudó. Dirigió la mirada vacilante hacia el comandante con la obvia intención de adivinar por su expresión si debía o no tratar el tema con la dama. Fiorella hizo un gesto hacia él.

—Señor Yasuká, no lo mire a él —dijo—. Sé que mi querido señor lo intimidará para que calle usted. Ambos sabemos que a Juan Ignacio no le gusta tratar este tema con nadie. Que lo haga conmigo es casi impensable. Por eso me atreví a hacerle esta petición. No se preocupe por él. No tomará represalias en su contra. Me ocuparé de que comprenda que usted, como un buen amigo y que yo, como su mujer, queremos su bienestar.

—Como usted diga —dijo.

—Si es posible, también me gustaría que me diera las señas de su médico —continuó Fiorella, siempre amable—. Me gustaría entrevistarme con él.

—Sí, por supuesto.

Juan Ignacio asió las manos de Fiorella entre las suyas. Sintió la tibieza de esos dedos, la suavidad. Depositó un beso suave en sus palmas.

—Esto no es necesario —dijo con voz profunda, dejando de lado toda formalidad—. Te diré lo que quieras saber.

—¿No me mientes?

—Jamás te mentiría.

Franco cerró la solapa de su maletín, lo palmeó ruidosamente y retrocedió hasta el umbral, avergonzado. Era obvio que su presencia ya resultaba incómoda.

—Bueno, creo que debería despedirme ahora —dijo desviando la mirada—. Tomaré mi abrigo y regresaré con mi esposa. Si me necesita, comandante, nomás envíeme un mensaje. Señorita Celabert, buenas noches.

Juan Ignacio hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, seco. Fiorella, en cambio, le ofreció una sonrisa.

—Buenas noches, señor Yasuká —dijo.

Cuando Franco abandonó la biblioteca, cerrando la puerta suavemente al salir, Fiorella rodeó el sillón y apoyó las manos en el apoyabrazos. Se inclinó hacia Juan Ignacio, aprisionándolo entre su cuerpo y el respaldo. Lo miró a los ojos.

—Sé que existe una cirugía que podría remover el tejido cicatricial anormal. Hice averiguaciones al respecto. Lo que te provoca tanto dolor, se puede resolver. Déjame ayudarte.

Él la miró. Sus ojos se habían enrojecido completamente.

—Sé que te has lesionado seriamente. —Fiorella no le permitió apartar la mirada—. Has intentado ocultar tu dolor de mí. No tienes que hacerlo. Me angustia tu padecimiento, pero quiero que lo compartas conmigo. Permíteme ayudarte. Quiero que te recuperes.

—¿Y si eso no es posible? —preguntó él en voz muy baja—. ¿Qué sucederá, Fiorella, si nunca puedo mejorar?

—Juan Ignacio, mírame —le pidió mientras le depositaba una caricia en la cara.

Él alzó los ojos hacia ella. Debió de ser lo más difícil que había hecho nunca: enfrentar la posibilidad de ver en los ojos de la mujer que amaba algo mucho peor que el desprecio, la lástima.

—Si no puedes mejorar, entonces encontraré la manera de aliviar tu dolor —le prometió—. Si no puedes caminar, yo seré tu apoyo. Si un paseo te hará sentir incómodo, nos sentaremos juntos en el jardín. Si no puedes dormir, me acostaré a tu lado y acompañaré tu desvelo. Seré tu amiga, tu esposa y tu amante, ¿recuerdas? Permíteme compartir contigo todo en tu vida, tanto la adversidad como la prosperidad. Déjame estar a tu lado en la salud como en la enfermedad. Dame la posibilidad de demostrarte cuánto te quiero. Porque soy tuya y tú eres mío.

Juan Ignacio tenía los ojos húmedos, la expresión tensa. Su boca se curvó en un gesto de cansancio.

—Fiorella, me gustaría bailar contigo —dijo con extraordinaria suavidad.

Ella le besó los labios con dulzura.

—Bailará conmigo, señor Dávalos. Lo prometo.

Capítulo 24

El viento detalló sus más íntimos misterios a la arena en la costa, luego los murmuró a oídos de las rocas en la bajada vieja y poco después los confió a las antiguas calles de los arrabales. Cuando finalmente llegó al centro de la ciudad, con suavidad rozó los rosales en la plaza, meció la arboleda que rodeaba a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced y finalmente recaló en los jardines de una pequeña pero elegante residencia cercana al parque Camba Cuá.

Flora se detuvo junto a los peldaños que conducían al patio. A resguardo del frío nocturno, bajo el alero, observó la fronda de los árboles balancearse con la caricia del viento. Las hojas amarillas que se desprendieron de las ramas giraron y se retorcieron en el aire hasta caer al suelo, sobre la hojarasca. Se arrebujó en su abrigo y elevó los ojos hacia el cielo. La luna se hallaba oculta entre las nubes. Su claridad, muy débil, traslúcida, apenas resultaba perceptible.

Mientras se encontraba distraída, Eulalia apareció tras ella. Una cofia anticuada le cubría el pelo entrecano. Tenía un chal de lana gruesa sobre los hombros y unos cómodos zapatos de entrecasa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer, preocupada—. ¿No puedes dormir?

Flora se volvió y observó a su abuela con disgusto. La encontró avejentada y poco atractiva. Eulalia Farré nunca se había preocupado por adecentarse dentro de la casa, y de embellecer la apariencia para encontrarse con amistades fuera de la residencia, mucho menos. Era una mujer sencilla. Había nacido y crecido en el interior, en una familia noble venida a menos, con varios hermanos,

tenía gustos humildes, conocimientos simples y ambiciones casi inexistentes.

—No —dijo enfurruñada.

—¿Por qué no? ¿Algo te preocupa?

—Todo.

—Ay, niña, ¿qué es esta vez? —se quejó Eulalia, somnolienta—. Ayer por la mañana mandé a Olaya a comprar la tela que te había gustado. Te haré un lindo vestido nuevo. En unos pocos días podrás lucirlo. También convencí a tu abuelo que sacara algo de sus ahorros y buscara para ti esos aretes que vimos anteayer en la joyería. Son caros, pero te gustaron tanto, le dije. Tu abuelo prometió que te los obsequiaría.

—Gracias, mamá Eulalia.

—¿Todavía con esa cara? ¿Qué más quieres? Que yo sepa, nada te falta.

—¡No recibí una invitación a la fiesta de la familia Agüero Blanco! —soltó Flora, mohína.

—Ay, querida, ¿eso es lo que te tiene tan malhumorada? —La mujer le acarició el pelo desde atrás.

—Sí, mamá Eulalia, quiero ir a esa fiesta. ¡Todas mis amigas irán!

—¿Tan importante es?

—¡Mucho!

—¿Por qué?

—Es obvio que no sabes lo que significa recibir una invitación de la familia Agüero Blanco para su primera fiesta de la temporada. Solo los miembros más importantes del patriciado correntino son invitados. En su salón se darán cita hombres y mujeres de grandes fortunas. Asistirán caballeros solteros de gran renombre. Cualquier muchacha estaría encantada con ir. Si fuera, podría conquistar el corazón de un señor acaudalado, de buena familia. ¡Hay tantas posibilidades en esa fiesta!

—Qué tontería. Ir o no a una fiesta no es tan importante como crees —dijo Eulalia, razonable—. Si no estás invitada, qué otra cosa puedes hacer. No vale la pena perder el sueño por eso. Para

encontrar un buen hombre, basta con salir a la calle y abrir bien los ojos. Los domingos se reúnen los jóvenes solteros de la ciudad en la plaza de Armas para dejarse ver por las niñas bien. Flora, te he dicho varias veces ya: no tienes que casarte con un hombre rico, de apellido importante. Deberías buscar, entre tus adoradores, a uno que te ame de verdad. Si encontraras a alguien que esté dispuesto a casarse contigo, a cuidar de ti, en las buenas y en las malas, a quererte sinceramente, yo estaría muy satisfecha.

Flora hizo una mueca. Aunque le explicara a su abuela por qué no estar invitada a la fiesta de la familia Agüero Blanco representaba su ruina social, Eulalia no lo entendería. Otra cosa que su abuela nunca comprendería era que a ella no la hacía feliz la perspectiva de casarse con un hombre que no perteneciera a la más alta aristocracia. Flora quería unir un apellido de abolengo al suyo, que su título de señora estuviera acompañado por generaciones de privilegios y riquezas. Pretendía casarse con un hombre que le ofreciera propiedades, poder, estatus, la posibilidad de mirar desde muy arriba a todos aquellos que una vez la habían despreciado. Quería tener todo lo que Fiorella poseía y mucho más.

Eulalia Farré consideraba tontas sus ambiciones. Ella había escuchado a su abuela en más de una ocasión decir sentirse más que satisfecha con el hogar que había construido junto a su marido. Aunque vivía en una casa de pequeñas proporciones, en una barriada periférica, sin lujos ni riquezas, tenía buena salud, un marido afable y una nieta filial. Esos, creía, eran muy buenos motivos para sentirse feliz con las decisiones que había tomado. Jamás le había faltado comida en la mesa, carbón en el fogón, ropa en invierno ni medicina en un momento de enfermedad. Esas eran sus palabras cuando Flora la cuestionaba sobre lo que anhelaba.

Eulalia Farré solo una vez había mencionado sentirse insatisfecha con algo. Sucedió muchos años atrás, cuando Flora era niña. Se había enfrentado a Eneida en una discusión que acabó con la paciencia de Eulalia y provocó que la anciana propinara una fuerte cachetada a esa hija a la que llamó entonces ingrata. Eneida había

decidido abandonar la casa de sus padres para ir a vivir a la villa que Joaquín Celabert le había comprado, en las afueras de la ciudad. Quería quedarse allí para recibir a su amante y criar a la niña que había concebido en sus amores con él. Eulalia y Teodoro, por supuesto, se opusieron. Les preocupaba que los vecinos supieran de su pecado, que tal indiscreción afectara el buen nombre de los Farré y, lo más importante, perjudicara el futuro de Flora.

Por supuesto, Eneida no escuchó consejo alguno. Hizo su equipaje y dejó el hogar paterno para vivir en la casona que tanto le gustaba. Las murmuraciones fueron atroces. Eulalia dejó de ir al mercado por temor a verse señalada por la chusma. Teodoro abandonó el club de caballeros al que pertenecía tras haber escuchado en varias ocasiones comentarios por demás soeces respecto a su hija y sus amoríos con un hombre casado. Teodoro intentó convencer a sus allegados que la propiedad donde se había mudado Eneida en realidad le pertenecía, pero nadie le creyó.

Claro está, las consecuencias de la decisión de Eneida las tuvo que sufrir Flora. Solo era una niña, pero bien pronto fue consciente de cuánta importancia daba la sociedad a las circunstancias de su nacimiento. Como hija ilegítima, los sinsabores fueron muchos. Eulalia y Teodoro Farré intentaron protegerla de las murmuraciones, pero todo fue inútil. Hubo quienes la despreciaron, declarando abiertamente que la historia inventada por sus abuelos eran todas mentiras, que ella era en realidad la hija que Joaquín Celabert había engendrado en adulterio con Eneida Farré.

Flora secretamente despreciaba a su abuela, a quien consideraba demasiado simple, a su abuelo, que a sus ojos eran un santurrón insufrible, pero en verdad odiaba a Eneida. Profundamente.

Esa mujer, su propia madre, se destacaba por ser voluntariosa y sentimental. Tal combinación en su carácter la había llevado por un tortuoso sendero a lo largo de la vida. Pudo haber tomado decisiones que la beneficiaran, y que favorecieran también a Flora, pero siempre seguía los dictados del corazón, a veces renunciando a

todo buen juicio, y obedecía ciegamente las ordenes de su amante, sin reflexionar nunca sobre sus prioridades.

Flora la odió tan profundamente que en incontables ocasiones le deseó la muerte. Luego conoció a Fiorella, la hija legítima de Joaquín Celabert, y entonces sí que experimentó lo que era realmente aborrecer a alguien. Le bastó con ver sus primorosos atuendos, sus zapatos caros, sus adornos, de oro y piedras preciosas la mayoría de ellos, para que el resentimiento se le solidificara en las entrañas. ¿Por qué esa niña tonta y apocada podía tener todo lo que el dinero podía comprar, mientras ella, hija del mismo padre, debía conformarse con lo poco que le daban sus abuelos?

Fiorella Celabert era dueña de inmensas propiedades. Tenía dinero, privilegios, estatus. Poseía la admiración de Máximo Belmonte, un hombre apuesto, un caballero en verdad admirable. Flora la envidiaba. Estaba celosa. La furia la corroía. Pensó que siempre viviría en las sombras, entre el ridículo y el escarnio público, hasta que sucedió: la señora Patrizia Arizmendi de Celabert falleció.

Entonces por fin Eneida decidió reunir unos pocos pensamientos inteligentes e hizo algo de provecho: exigió casarse con su amante e ir a vivir con él a su casa en el centro de la ciudad. Se llevaría con ella a Flora, claro está. Después de todo, era su hija y la quería a su lado.

Entonces, Flora comenzó a mostrarse más amorosa con Eneida. Porque pensó que su madre le resultaría de utilidad. Podría ir a vivir a una majestuosa mansión, disfrutar de todos los lujos y privilegios que siempre había soñado y, lo más importante, tendría la oportunidad de arrebatarle a Fiorella Celabert todo lo que debió haber sido suyo.

—¿Tanto te importa esa fiesta? —preguntó Eulalia mientras le acarició la mano.

—¡No me toques! —Flora se deshizo de la caricia, molesta. Se arrepintió al instante de su violencia y dijo—: Tienes las manos frías, mamá Eulalia.

—Perdóname, hijita. —La anciana vaciló. Después de un momento dijo—: Si tu padre estuviera aquí, él te ayudaría a asistir a esa fiesta.

Flora estrujó los bordes de la mantilla entre los dedos. Por supuesto que su padre habría hecho todo lo que estuviera en sus manos para complacerla. Joaquín Celabert la había consentido desde su más tierna infancia. La amaba. Le daba costosos obsequios, la mimaba; todo lo que quería, él lo obtenía para ella. Con toda seguridad, habría conseguido esa invitación para hacerla feliz.

Flora bajó los ojos. Ya no podía contar con su padre. Acarició las perlas que adornaban los bordes del chal. Antes de abandonar la ciudad, Joaquín fue a despedirse de ella; le llevó un último regalo.

—Lo lamento, querida —dijo, poniendo sobre los hombros la mantilla—, no podré cumplir la promesa que te hice. No me casaré con tu madre. No te llevaré a vivir conmigo. No podré ofrecerte todo lo que quise para ti. No tengo dinero. Fiorella me quitó todo, hasta el aserradero. Además, me tiene amenazado. Temo por la seguridad de tu madre. Por el momento, tendré que obedecer sus requerimientos. Me iré de Corrientes.

—Papá, te extrañaré.

—Regresaré, Dios mediante, cuando lo considere seguro para ti y para Eneida.

—¿No me mientes?

—Confía en mí, cariño.

—Flora —susurró Joaquín al despedirse con un beso—, sé que tienes muchos admiradores. ¿Tienes a un caballero que prefieras?

Flora pensó en el señor Belmonte.

—No —dijo, no obstante. Porque el caballero no estaba interesado en ella. Le había dejado muy claro que no habría una relación amorosa entre ambos, apenas una amistad distante.

—Entonces no pierdas el tiempo que tienes. Esta temporada debes elegir a un hombre que pueda darte todo lo que mereces: dinero, estatus, propiedades, y llegar al altar con él.

—Papá, ¿qué dices…?

—Cásate bien, nena. Soy tu padre, y quisiera proveerte de todo cuando necesitas, pero no puedo. Fiorella ha atado mis manos. Así que ahora tu futuro depende de ti.

Cuando Joaquín se marchó, Flora no se sintió tan triste como creyó que estaría. Solo lamentó haber perdido la oportunidad de vivir con los lujos y privilegios que siempre había deseado.

—Joaquín Celabert es un inútil —aseguró, despiadada.

Eulalia la miró, sorprendida. Luego sonrió.

—Siempre lo dije —musitó—. Ese hombre nunca me gustó. Ya era altanero y voluntarioso a una edad temprana. Su soberbia me disgustaba profundamente. Pero tu madre se encaprichó de él. Era muy niña todavía, qué podía saber del amor, pero no quiso escuchar razones. Sabes lo terca que es Eneida.

—Mi madre quería un esposo, un hogar, una vida de privilegios —rememoró—. Al final, no consiguió nada.

—Eneida decidió quedarse en Mburucuyá —dijo en voz baja—. No regresará a la ciudad. Tu papá Teodoro habló con ella. Tu madre le dijo que lo mejor para ti sería alejarte de Fiorella Celabert.

—¿Eso le dijo?

—Sí. Le suplicó que te convenciera de que aceptaras ir a su lado. Dijo que allá estarás segura.

—Fiorella debió de amenazarla conmigo —dijo.

Eulalia la miró. Admiró el perfil de su nieta. Era tan hermosa. Tan encantadora. Podría casarse con cualquier hombre que quisiera; no obstante, no tendría la oportunidad. Cuando Joaquín Celabert dejó la ciudad para radicarse en Buenos Aires, Eneida perdió toda posibilidad de encauzar su vida. Todos reconocían en ella a la amante de Joaquín Celabert. Aunque los Farré jamás lo admitirían, era sabido que había dado a luz a Flora. ¿Quién la amaría después de los errores cometidos? Resultaba imposible que un caballero quisiera desposarla. Eneida, lamentablemente, terminaría sus días sola, sin el afecto de un marido ni el consuelo de un buen hogar.

Eulalia sentía pena por su hija, pero tampoco haría nada por ayudarla. Ella misma había arruinado su vida, desoyendo advertencias y consejos, y brindándose a un hombre que nunca supo valorar su entrega incondicional. Así se lo dijo, sin contemplaciones. Eneida finalmente comprendió que ya no se preocuparía por ella.

Eulalia la quería, ¿cómo no?, pero más amaba a Flora. No permitiría que esa hija alocada y rebelde perjudicara el futuro de su querida nieta. Ya había hecho suficiente. Quedarse en Mburucuyá, lejos de la atención de la sociedad, fue una decisión acertada. Su ausencia tal vez beneficiara a Flora. Al menos nadie estaría recordándole a otros constantemente el hecho de que la niña es, en efecto, una hija adulterina. Eulalia apoyó una mano en el hombro de la joven.

—Sabes que tu papá Teodoro y yo haríamos todo por ayudarte, cualquier cosa, pero, ¿qué más podemos hacer? —se preguntó—. No tenemos el poder para enfrentarnos a Fiorella Celabert.

—Fiorella tiene la culpa de todos mis disgustos —musitó Flora.

—Esa muchacha es muy cruel realmente —concordó Eulalia—. Despojó a tu padre de la serrería, lo obligó primero a terminar el compromiso con tu madre y luego a dejar la ciudad. Sé que Eneida fue a verla. Cuando hablé con ella, ya había decidido irse de Corrientes y no regresar nunca. Esa mujer debió haberla amenazado también.

—Fiorella me odia.

—Evidentemente sí. Estará celosa, imagino. Recuerdo que el señor Belmonte era muy amable contigo. Tan atento. Hasta pensé que le gustabas. No me hubiera sorprendido que reconsiderara sus sentimientos por esa señorita y pidiera tu mano. Ahora, cuando lo veo cortejar a la señorita Brítez Jajam, me pregunto si Fiorella Celabert no inventó horribles mentiras sobre ti. Solo eso explicaría por qué de pronto decidió mostrarse tan distante contigo.

—Sé que le dijo algo —aseguró Flora—. A él y a sus amistades también.

—¿Flora?

—Mamá Eulalia, lo notaste, ¿cierto? Mis amigas han empezado a evitarme.

—No es así…

—¡Así es!

—¡Flora!

—Discúlpame, no quise gritarte. Pero ¡es tan obvio! Las familias que antes me recibían con amabilidad, ahora encuentran excusas para no tenerme en sus meriendas. ¡Esta temporada recibí tan pocas invitaciones!

—Eso es cierto. ¿Crees que quiere vengar sus agravios en ti, ahora que ya no le quedan dudas sobre tu identidad como hija del señor Celabert?

—Es posible.

—¡Esa mocosa odiosa! ¿Cómo se atreve? La vi del brazo de su prometido en la calle. Parece estar muy enamorada del señor Dávalos. Se ve muy feliz. ¿Cómo puede mostrarse tan cruel contigo, y luego tan encantadora junto a ese hombre? Es una hipócrita. Siempre lo supe.

—Sí, mamá Eulalia, es hipócrita y mala. Sé que ella tiene la culpa de todo lo que está pasando. ¿Recuerdas que el año pasado, para estas fechas, estaba muy atareada, yendo de un evento a otro?

—Sí.

—¡Era un éxito social, mamá Eulalia! Ahora siento que nadie me quiere.

—Oh, querida… —Eulalia abrazó a su nieta con ternura y le acarició la espalda. Deseaba brindarle consuelo, pero no sabía cómo. Nunca antes había visto a su nieta tan triste y desesperanzada como en ese momento.

Flora inclinó la cabeza. Apoyó la frente en el hombro de su abuela.

—Quiero ir a la fiesta de los Agüero Blanco —dijo con voz rota—. Mamá Eulalia, ¿qué puedo hacer?

—Ay, mi niña, no sé…

—¿Papá Teodoro no conocerá a alguien que pueda conseguirme esa invitación?

—No sabría decirte.

—El abuelito tiene muchos amigos en la aristocracia —dijo Flora, llorosa—. Uno habrá que pueda interceder por mí, ¿verdad que sí?

Eulalia tomó el rostro de su nieta entre sus manos y la miró a los ojos.

—No llores —le dijo. Secó sus lágrimas con los dedos—. Hablaré con tu papá Teodoro. Encontraremos la manera de que vayas a esa fiesta. No te preocupes, nena.

—¿De verdad?

—De verdad, tesoro.

—¡Oh, mamita, te quiero tanto!

Flora besó a su abuela y volvió a hundirse en sus brazos, cariñosa. Fiorella Celabert, pensó. El odio y el resentimiento se manifestaron un instante en su mirada cruel. ¿Crees que te permitiré disfrutar de tu felicidad?

Capítulo 25

En los arrabales, la noche se adormeció mansamente a orillas del río, arrullada por el rumoroso oleaje del majestuoso Paraná. Olvidada dejó la tibieza del día que expiró al crepúsculo. La ondeante brisa que exhalaba la quietud, se arrebujó en la fragancia del salvaje jazmín que crecía en las orillas. Con la noche que encendía una a una las estrellas, llegó el momento de conciliar el sueño para unos, de ocuparse de los quehaceres para otros.

En el centro de la ciudad, donde tenían su residencia las familias más encumbradas de la aristocracia local, en cambio, el silencio se veía apabullado por la rozagante algarabía que irradiaba el progreso. Elegantes carruajes transitaban por calles adoquinadas hasta altas horas de la madrugada. En las antiguas casonas de estilo renacentista italiano, los amplios ventanales se abrían a la calle, dejando entrever la riqueza de los ocupantes. Las damas reían en tanto se dirigían al teatro, a un banquete o a la retreta. Los caballeros, ataviados con sus trajes de frac o chaqué, disfrutaban en amable compañía de la ópera, de un juego de naipes, de las actividades del club, de las fiestas que parecían reproducirse por doquier. La pasión del piano y la ternura del violín, la voluptuosidad del cotillón y la dulzura del vals flotaban en el aire, hechizando con su encanto a quienes se entregaban a los placeres de la nueva temporada.

Fiorella desvió sus ojos de los jardines y fijó la mirada en el hombre que la había acorralado con rudeza en un rincón de la terraza, bajo las glicinas, a buen resguardo de miradas indiscretas. Juan Ignacio le sujetó la cintura con un brazo. Le enredó el cabello en un puño y tiró hacia atrás, obligándola a mirarlo. Su fragancia,

refinada, muy masculina, la envolvió. Él olía a whisky y almizcles, a cedro, al frío del otoño y a las violetas que crecen salvajes a los lados de un camino. Su olor refrescante, elegante y a la vez sutil, se convirtió en una red casi imperceptible, pero vigorosa, que la mantuvo inmóvil bajo su hechizo.

—Mi hermosa bruja —dijo despacio. La voz sedosa, oscura, fue un susurro ardiente en la noche—. ¿Qué me has hecho?

Fiorella deslizó las manos sobre los músculos del abdomen de él hasta sus hombros. Sintió la dureza de ese cuerpo, el calor de la piel. Le acarició el rostro, sintiendo la aspereza de una barba incipiente. Le rozó con un dedo el mentón, luego los labios llenos, perfectos.

—Bésame —dijo.

Juan Ignacio curvó los labios a un lado. En sus ojos de pronto ya no hubo suavidad, sí algo primitivo, implacable. Una emoción dura, indomable, brutalmente intensa le ensombreció la mirada. Él empujó a Fiorella contra la pared. El deseo desnudo, la urgente necesidad de tocarla, de poseerla, de entrar en ella lenta y profundamente le hirvió en la sangre.

—Intenté resistirte, querida —dijo, bajó la cabeza y capturó su boca en un beso húmedo y caliente.

Abajo y a la distancia, se escuchaba el vibrato de los violines. El murmullo del gentío que se había reunido en los jardines de la mansión disminuía por momentos, en tanto la música adquiría renovados bríos. En el aire, el olor del jazmín se confundía con la fragancia del *champagne*. La luz de cientos de farolillos iluminaba la casona de los Agüero Blanco con ligero y cálido resplandor.

Juan Ignacio sintió la suavidad de esos senos, la respiración acelerada, el ardor de esos labios. Él le deslizó las manos por el cuerpo hasta las caderas, avivando las llamas de la pasión. Clavó los dedos en ella. Arrugó el terciopelo de su vestido en pliegues poco a poco, hasta desnudarle las piernas. Fiorella se aferró a las solapas de su traje, exigiendo más de él.

Juan Ignacio probó sus labios, dominante y avasallador. Arrasó con la lengua toda cordura. Ese cuerpo fuerte y poderoso la presionó contra el muro y la inmovilizó a su merced. Fiorella percibió la dureza de la virilidad contra su vientre y el rubor ardió en sus mejillas. Enterró las uñas en el plisado de la camisa. Lo sintió moverse, enhiesto y duro contra ella, incitándola, arrastrándola a las oscuras profundidades del placer. Ella estrujó las solapas de su traje entre los dedos. Un gemido que escapó de su garganta, y abrió la boca bajo su brutal ataque, incapaz de resistir el hechizo de su seducción. Juan Ignacio sintió la sedosidad de los muslos en sus manos. La agarró con tanta fuerza que, con toda seguridad, le dejaría la piel marcada. La deseaba con dureza. Ferozmente. Como la bestia que era. Apartarse de esa bruja que había encantado su corazón precisó de todas sus fuerzas. Él apoyó las manos en la pared, a los lados de la cabeza de la dama. Se inclinó y le rozó el lóbulo de la oreja con la boca. El cálido aliento le caldeó la piel al murmurar:

—No aquí, querida. No así.

Fiorella escuchó la gravedad en esa voz, la intensa masculinidad, y el ardor en sus mejillas se intensificó. Avergonzada, ocultó la cara en el hueco de su cuello. Respiró hondo. El olor de él, fuerte, despótico, irresistible, penetró profundamente en ella. Recordó a Juan Ignacio en otra ocasión, caliente, duro y feroz dentro de ella, y se aferró a él.

—Así está bien, ¿Dónde?

Juan Ignacio hundió la boca en su pelo. El intrincado peinado de la dama se había deshecho en la vorágine del deseo y ahora los rizos de la joven colgaban flojos de su broche de perlas. Una sonrisa muy lenta, extraordinariamente masculina, curvó las comisuras de sus labios. Le dejó un beso suave en la sien.

—Mi bruja, ¿todavía quieres mi alma?

—Juan Ignacio…

Él le tomó el mentón con dos de sus dedos. La miró a los ojos. Los suyos se veían muy oscuros en la penumbra. Los de ella, brillantes, anhelosos. Juan Ignacio acercó los labios a la boca de Fiorella.

—¿Te gustaría continuar con esto en mi cama, mi amor? —preguntó.

—¡Sí, quiero!

—Ve por tu capa y espera por mí en el vestíbulo, querida —le dijo al oído. La aspereza en su voz se había profundizado. Era subyugante. Tan atractiva. Tan cautivante—. Yo bajaré enseguida.

—¿Por qué no bajas conm…?

Él le tomó la mano con rudeza y la presionó contra su poderosa virilidad. Su pene, grueso y duro, muy grande, se elevaba con fuerza desde la ingle. Fiorella soltó una exclamación ahogada. Él clavó en ella una mirada fiera. Los ojos le ardían.

—En este momento no me sentiría cómodo despidiéndome de mi anfitrión —dijo. Había cierta diversión en su tono. Le soltó la mano y rio entre dientes—. Imagina las murmuraciones.

—Esperaré abajo —dijo, presurosa y avergonzada.

Juan Ignacio la vio dejar la terraza, entrar en la ligera luminosidad del pasillo, tras dejarlo solo. La sutil fragancia de su perfume desapareció poco a poco. Sus pasos pronto se desvanecieron. Luego, solo hubo silencio. Él regresó a la oscuridad. Presionó las manos contra el barandal. Inclinó la cabeza. Un mechón de su pelo escapó de la delgada cinta que lo sujetaba y cayó, liso, sobre su frente. El deseo de poseerla le enardecía las entrañas. Unos pocos encuentros sexuales, salvajes e intensos, habían bastado para hacerse adicto a ella. Quería enredar su pelo en un puño, meter la lengua en su boca y penetrarla profundamente. Necesitaba tocarla, lamerla, chuparla, sentirla estremecer entre sus brazos, hundirse en su calor, darle placer, derramar en ella su simiente.

Juan Ignacio apretó la boca. Observó el jardín, obligándose a no pensar en la hechicera que se había apoderado de su corazón. Concentró la atención en lo que sucedía allá abajo, a cierta distancia

de la casa principal. Una enorme profusión de árboles y flores de estación bordeaban el parque. Más allá, junto a la fuente, una multitud se entretenía con la música. Solo unos pocos invitados a la fiesta permanecían todavía en el interior del salón de baile y en sus inmediaciones. El resto había decidido disfrutar del espectáculo que sus anfitriones habían preparado en el parque para agasajarlos.

El murmullo acompasado del gentío llegaba hasta él suave, apenas audible. Hombres y mujeres, en sus mejores galas, representantes del patriciado correntino, se divertían entre galanteos en tanto la noche transcurría, apacible, hacia su cenit. Unos pasos resonaron en la quietud. Juan Ignacio volvió la cabeza y vio a un sirviente acercarse a él con una fuente de plata en sus manos. Las copas de cristal, finalmente talladas, brillaban bajo la luz de la luna. En el *champagne*, se reflejó un instante la claridad de una farola. El joven vestía con sencillez, con un atuendo de lino. Se veía limpio y adecentado, como toda la servidumbre tanto femenina como masculina que la familia Agüero Blanco había contratado para la ocasión.

—¿Señor? —dijo, cortés, y le ofreció una copa.

—No, gracias.

—Perdóneme que insista…

—Pronto se hará un brindis —se excusó el sirviente, ansioso—. No quiero importunarlo, señor, pero se espera que todos los invitados participen de la celebración.

—Está bien —dijo fríamente mientras tomaba la copa—. Ya puedes irte.

El muchacho inclinó la cabeza y se marchó apresuradamente. Juan Ignacio lo vio regresar al pasillo, echar una rápida mirada hacia el ala este para luego dirigirse hacia donde se encontraban las escaleras. Era muy joven, un tanto desgarbado. Su pelo caía sobre la frente, le ocultaba los ojos. Su apariencia no resultaba agradable. No parecía ser el tipo de persona que los Agüero Blanco tolerarían en su servidumbre.

Él curvó la boca ligeramente. Observó el líquido ambarino que temblaba en su copa. Las finas burbujas semejaban diminutas perlas a través del cristal. Qué podría importarle el brindis propuesto por su anfitrión. Solo quería regresar a su casa y hacerle el amor a su mujer. Pensó en Fiorella y su expresión se suavizó. Bebió el *champagne* de un trago. La marcada acidez de la bebida de Reims no le resultó desagradable al paladar. Fresco y sofisticado, los Agüero Blanco habían seleccionado las botellas más caras de su enoteca para complacer a sus ilustres invitados.

Juan Ignacio cerró los dedos al pie de la copa, cruzó la terraza en penumbras y se dirigió a las escaleras. La luz de una lámpara iluminaba el zaguán. Su tenue luminosidad confería una insípida tonalidad amarillenta a las paredes. Bajo la débil claridad, las pinturas campestres que colgaban de los muros se veían opacas y sombrías.

Detuvo sus pasos cuando una dama se incorporó y se cruzó en su camino. Él entrecerró los ojos. Los pesados cortinones oscuros que echaban sombra sobre el pasillo habían ocultado de él su presencia. No había reparado en ella hasta que decidió detenerlo. La dama levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Hermosa y elegante, con su oscura cabellera adornada con broches de perlas y con su vestido de seda azul violácea, su deslumbrante apariencia destacaba en la penumbra. Sus bellísimos ojos, usualmente celestes, se veían muy azules en la penumbra.

—Señorita Farré —saludó.

—Señor Dávalos —dijo ella con su habitual cordialidad—. ¿Está disfrutando de la velada?

—Salga de mi camino.

—¿Se molestó conmigo? Lamento importunarlo, no obstante, me alegra encontrarlo aquí. A decir verdad, señor, lo estaba esperando.

Juan Ignacio la observó en silencio. Flora Farré reunía en su persona las cualidades que resultaban más admirables en una mujer: una belleza que se acentuaba con su sensualidad, la inocencia que se manifestaba en la expresión afable de su mirada y

la dulzura en sus maneras, una dulzura que atraía y a la vez embelesaba por su encanto. A él le resultaba una mujer desagradable. Había en ella algo que lo repelía y repulsaba.

—¿Por qué? —preguntó, lacónico.

—Necesito hablar con usted.

—Ahora no tengo tiempo.

—Solo será un momento.

Él intentó evitarla, pero ella una vez más interrumpió su paso.

—Salga de mi camino, señorita Farré —ordenó él con peligrosa suavidad.

—No tardaré mucho, lo juro. ¡Señor Dávalos! —chilló cuando él la sujetó de las muñecas y la corrió de su camino. Flora lo vio descender unos pocos peldaños, alejándose de ella. Comprimió los labios—. Escúcheme, señor, por favor. Es importante. —Él la ignoró —. ¡Señor Dávalos, Fiorella está engañándolo!

Él se detuvo. Regresó sobre los pasos. Todo sucedió muy rápidamente. Cerró los dedos grandes y fuertes en su brazo. En su otra mano todavía sostenía la copa de cristal con sorprendente suavidad. La miró desde muy arriba. Sus ojos verdes semejaban trozos de esmeraldas en la penumbra.

—Atrévase a mentirme —dijo.

Flora notó la oscuridad en su mirada. No había allí admiración ni deseo, ninguna de las emociones que ella acostumbraba a vislumbrar en los hombres que insistían en acompañarla y flirtear con ella. Juan Ignacio Dávalos era un hombre fuerte, dominante, despótico, lo sabía, sin embargo, jamás imaginó que hubiera tanta frialdad en él.

—Señor, me hace daño —susurró Flora con la carita arrugada. Su estado de indefensión resultó audible en su voz—. Suélteme, por favor.

Él enterró una vez más los dedos en el carne.

—Hable ahora conmigo, señorita Farré —ordenó—. ¿No quería usted hablarme? Entonces hágalo.

Ella apretó los dientes. Ya había tenido el displacer de tratar con el señor Dávalos en varias ocasiones. Su madre ya le había advertido que no era un caballero, y ella lo había constatado en cada oportunidad. Era autoritario, carecía de gentileza y su trato imperturbable y desalmado mantenía a distancia a quienes tenían la osadía de pretender relacionarse con él. ¿Qué podía esperarse de un pillo criado en el fango?, pensó con desprecio. A pesar del odio y el desprecio que experimentaba, en el rostro de Flora solo había preocupación y angustia.

—Por favor, señor, no me lastime. —Ella hizo un gesto hacia un rincón, al final del pasillo—. Hablemos allá. ¿Por favor? Aquí alguien podría sorprendernos. Señor, piénselo. No querrá provocar habladurías, ¿verdad que no?

Juan Ignacio evaluó la expresión de su rostro. Hizo por fin un gesto de asentimiento. La soltó bruscamente. Con un ademán, la invitó a que lo precediera. Era lo que se esperaba que hiciera un caballero, pero en él, el gesto implicaba una burla.

Flora bajó los ojos y se dirigió al pequeño rincón de lectura que la señora Agüero Blanco había organizado al final del pasillo. Una mesita y dos sillas constituían todo el mobiliario. Flora encendió la lámpara. El repentino resplandor alejó las sombras al instante. Ella se sentó y alisó los pliegues de su falda, de modo que cubrieras sus zapatillas de baile. Unió las manos en el regazo y lo miró. Los grandes ojos le brillaban candorosos bajo la luz del candil.

—Siéntese, señor Dávalos —pidió.

Juan Ignacio dejó la copa de *champagne* sobre la mesa. No se sentó. Retrocedió entre las sombras y apoyó un hombro en la pared. Cruzó los brazos contra su pecho y la miró con frialdad.

—Hable, señorita Farré —dijo, escueto.

Ella entrelazó los dedos. Vio de soslayo a un sirviente. El joven se dirigió hacia el armario de la cristalería. Llevaba una fuente de plata vacía en su mano. El muchacho abrió el armario y revisó la vajilla con cuidado. Cualquiera pensaría que estaba seleccionando las

copas que llevaría a la planta baja. Parecía nervioso. Quizá temía romper una pieza.

—Señor —comenzó Flora—, ¿debo suponer que conoce usted mi identidad? —Él la miró en silencio, con los ojos fijos en el rostro de la joven—. Soy la hija menor de Joaquín Celabert —continuó, pesarosa—. Espero que eso no lo predisponga en mi contra. Le aseguro que no es mi intención perjudicar a mi hermana.

—Señorita Farré, ¿qué pretende? —preguntó él, conciso.

—Mi hermana cometerá un error del que pronto se arrepentirá, lo sé. Estoy aquí hoy para evitar que ocurra.

—¿Cuál es ese error, señorita Farré? ¿Casarse conmigo, tal vez?

—Señor, no quisiera herir sus sentimientos —dijo mientras trataba de parecer avergonzada—, pero lo cierto es que Fiorella no lo quiere.

—¿Por qué me dice esto, señorita Farré?

—Ella es una mujer extraordinaria. Merece ser feliz junto al hombre que realmente ama. Se negará a sí misma la dicha en tanto lleve sobre sus hombros la responsabilidad de evitar la ruina de su familia. Por eso decidí hablar con usted. Rompa su compromiso con Fiorella, señor Dávalos. Permítale encontrar la felicidad junto al señor Belmonte.

—Ambos sabemos que Fiorella no la estima, señorita Farré. Naturalmente, usted tampoco.

—Por el contrario, señor Dávalos, siempre admiré a mi hermana.

—La señorita Celabert es, por supuesto, admirable, pero dudo de que sus sentimientos hacia ella sean tan amables, Flora.

Ella elevó el mentón. La carita en forma de corazón, de hermosos rasgos, manifestó una expresión de inocencia.

—Señor Dávalos, sé que no confía en mí, no obstante, tiene que escucharme. Si se casan, solo encontrarán desdicha en la vida conyugal. Porque usted deseará a una mujer cuyo corazón ya pertenece a otro.

—Cuidado, señorita Farré —le advirtió con la expresión endurecida.

—¿Cree que miento? —Ella se mordió el labio, nerviosa—. Piénselo, señor. Mi hermana estuvo comprometida con el señor Belmonte. Todos en la ciudad reconocen en ellos a una pareja hecha en el cielo. Había, y hay, un profundo afecto entre ambos. Fiorella lo ama. Sin embargo, se vio obligada a renunciar a él. ¿Sabe por qué?

—Creo que usted me lo dirá, ¿no es así?

—Dice que no tengo a mi hermana en estima, señor Dávalos, le aseguro que está muy equivocado. Siempre quise acercarme a ella. Aunque mi padre me lo prohibió, intenté buscar su amistad. Pregunte y sabrá que lo que digo es verdad. La señorita y yo congeniamos enseguida. Ella es encantadora. Yo admiro sinceramente su inteligencia y su fortaleza. Me habría gustado que se apoyara en mí y me confiara sus cuitas. Habría intentado ayudarla. Pero, al parecer, las condiciones de mi nacimiento me condenan. Ella no se permitió confiarse a mí. Ahora sé que jamás me reconocerá como su hermana, que mucho menos me querrá.

—Señorita Farré, ¿qué quiere de mí? —preguntó, seco.

—Como sé que mi hermana no me escuchará, decidí acudir a usted, señor. Libérela de su compromiso, un compromiso que solo lastimará a ambos.

—Fiorella se convertirá en mi esposa, señorita Farré.

—Usted es un hombre inteligente, señor Dávalos —dijo Flora en voz baja. Lo vio cerrar sus ojos un momento. Parecía incómodo. Añadió con dulzura—: Debe de haberlo adivinado ya. Cuando mi hermana descubrió el fraude cometido por el señor Celabert, la malversación de sus bienes, la traición del hombre que debía velar por ella y su seguridad, la desesperación debió de embargarla. Cayó en la cuenta de lo dura que es su situación realmente. Los acreedores habían comenzado a tocar a su puerta. Las deudas son enormes. Su familia está al borde de la ruina.

—Señorita, cállese.

—¡Si no fuera por usted, señor Dávalos, Fiorella hoy estaría lamentando su suerte en la calle!

—¿Qué sabe, señorita Farré? —exigió saber él con dureza.

—¡Lo sé todo, señor! Usted habló con los acreedores de mi padre, saldó las deudas más grandes, incluso convirtió a mi hermana en su socia, protegiéndola así de quienes podrían albergar malas intenciones hacia ella, ya que es la hija de un jugador. Santos Arizmendi está viejo y enfermo. Su influencia es limitada, especialmente sobre los bajos fondos. ¿Quién se atrevería a tocar a mi hermana, cuando usted, el hijo de Thaddeus Dávalos, un héroe de guerra, además, está tan bien dispuesto a cuidar de ella?

—¿Cómo supo todo esto? —preguntó con una mirada seria.

—Joaquín Celabert no es un hombre discreto, señor Dávalos. —Él dio un paso hacia la dama. Ella lo miró detenerse, apoyar la mano sobre el respaldo de la silla. Parecía mareado—. Mi hermana siempre estuvo enamorada del señor Belmonte —dijo con calma—. Lo amó locamente desde que lo conoció. Que él le propusiera matrimonio debió de significarle un sueño hecho realidad. Ambos sabemos, señor, que ese compromiso terminó porque el señor Belmonte carece de la fortuna que mi hermana necesita para asegurar el bienestar de su familia.

Juan Ignacio se movió. Apoyó la palma de la mano sobre la mesa. Se inclinó y la miró a los ojos.

—Permítame ser muy claro con usted, señorita Farré —declaró—: Me casaré con Fiorella Celabert. Si ella no me ama ahora, lo acepto y lo comprendo. No obstante, sé que llegará a quererme. Como bien dicen los de su clase, el amor llega con la convivencia.

—Señor…

—Usted no me conoce, Flora. No sabe una jodida cosa sobre mí. Lo que quiero, lo consigo. No importa qué deba hacer para tener en mis manos lo que codicio. Cuando conocí a Fiorella, supe que tenía que poseerla. Sabía del infortunio de su familia. Entonces decidí comprarla. Sí, señorita, no me mire así. Hice una oferta que no pudo rechazar. Ella necesita dinero. Yo puedo dárselo.

—¡Entonces usted sabe que ella aceptó casarse con usted por su fortuna!

—¿Cree que ella podría engañarme? Es una niña aún. Yo ya era un hombre cuando ella todavía era una escolar. Sí, es posible que no me ame. Pero se calienta conmigo en la cama.

—¡Señor Dávalos!

—Es posible que solo desee mi dinero —continuó él, implacable—. Señorita Farré, escúcheme muy bien: si lo que esa mujer quiere es echarle la zarpa encima a mi dinero, estaré más que satisfecho de permitírselo. Porque eso significa que tengo algo que a ella le interesa y por lo que está bien dispuesta a quedarse conmigo.

—¿Sabe que no lo ama, y aun así quiere casarse con ella? —preguntó Flora, incrédula.

—La quiero conmigo —dijo él asido del respaldo de la silla—. En mi vida y en mi cama. Es todo lo que me importa.

Juan Ignacio sintió la luz de la lámpara oscilar frente a sus ojos. El mareo lo sorprendió. Intentó estabilizar su posición, erró el respaldo y la mano chocó contra la copa que se hallaba sobre la mesa. El cristal cayó al suelo con estrépito y se hizo añicos.

—¿Señor? —Flora lo miró con atención—. ¿Se encuentra bien?

Juan Ignacio se tambaleó y retrocedió unos pasos. Los muros se abalanzaron sobre él. Cerró los ojos con fuerza. Intentó concentrarse, asirse a la mesa, a la silla, incluso a la pared, pero la fuerza en sus piernas se debilitó. Cayó de rodillas. Flora sonrió lentamente.

—Sé que la ama usted —dijo la muchacha. Ni su voz, ni en su rostro o en su mirada había rastro alguno de la amabilidad e indefensión que hasta entonces había manifestado—. Es tan terco, señor Dávalos.

Él alzó la mirada hacia ella. Vio el rostro de la mujer confundirse con la penumbra. Entornó los ojos. La visión se le había vuelto borrosa.

—¿Qué me hiciste…? —preguntó.

—Fiorella proviene de una familia de alcurnia, creció entre lujos y privilegios. Fue una rica heredera desde su nacimiento. Le permitieron administrar bienes, los propios y los de su familia. Sin

proponérselo, consiguió el amor del señor Belmonte, un auténtico caballero. Como no le bastó con él, también conquistó su admiración, señor Dávalos —dijo, resentida—. ¡Ella tiene tanto, y yo nada! ¿Quiere saber qué pretendo? Muy bien, le diré: deseo quitarle a mi hermana la oportunidad de casarse con usted. ¿Logrará salvar a su familia sin su querido señor Dávalos? Lo dudo. ¡Parece amarlo! ¿Seguirá fingiendo ese amor cuando vea imposible un matrimonio entre los dos? ¡Veámoslo, señor!

Juan Ignacio tenía nauseas. Los mareos se habían intensificado. El suelo se balanceaba violentamente bajo su cuerpo. Flora apartó la falda del agarre cuando él intentó alcanzarla. Hizo un gesto con la mano. El sirviente que hasta entonces parecía estar muy ocupado con sus quehaceres, frente al armario de la cristalería, acudió a su llamado al instante.

—Mande, señorita Flora —dijo, solícito.

Juan Ignacio reconoció esa voz. Alzó la mirada. Junto a Flora se había detenido el mismo muchacho que le había ofrecido la copa de *champagne* en la terraza. De pronto comprendió. Miró los trozos de vidrio que se hallaban en el suelo, al pie de la mesa. Era obvio que su bebida había sido llenada con droga.

—Pedro, acompaña al señor Dávalos a la habitación de la señorita Brítez Jajam —dijo—. Querrán un momento de intimidad. Apúrate.

Juan Ignacio intentó incorporarse, pero le fue imposible dominar sus extremidades.

—¡Fuera…! —farfulló.

—El señor Belmonte parece creer que la señorita Brítez Jajam es una joven dulce y amable, una inocente —le aclaró Flora, acuclillada —. ¿Sería tal vez la esposa adecuada para él? Creo que no si la señorita es sorprendida en una situación muy comprometida con otro caballero. Señor Dávalos, ¿qué cree que pensará el señor Belmonte de la tierna señorita Brítez Jajam cuando se entere de que la mujer que ha estado cortejando fue sorprendida en una habitación a solas con el notorio señor Dávalos?

Juan Ignacio cerró las manos en puños. Sentía la lengua torpe, la boca seca, el corazón desbocado. Había perdido total control sobre el cuerpo. Pedro sujetó a Juan Ignacio de los brazos y lo levantó. Los músculos se abultaron debajo de su uniforme de lino al poner al hombre de pie. Resolló con el esfuerzo. Aunque es delgado, constató, el caballero pesa lo suyo. El señor Dávalos tenía mucha masa muscular. No quiso ni imaginar cómo quedaría su cara si ese hombre tenía la oportunidad de darle caza, después de esa noche. Lo haría pedazos. El miedo casi provocó que lo dejara caer.

—Pedro, apresúrate —ordenó Flora, impaciente.

—Sí, señorita.

La dama se dirigió hacia la última alcoba, a su izquierda. Abrió la puerta. Pedro consiguió arrastrar al caballero hacia el interior. Juan Ignacio intentó resistirse, pero el muchacho logró dominarlo. Con un violento empujón, lo arrojó sobre la cama.

Juan Ignacio hizo un esfuerzo y volvió la cabeza a un lado. Junto a él estaba una joven inconsciente. Tenía las mejillas enrojecidas y la piel caliente. El peinado se le había deshecho y el pelo le caía en desorden sobre la almohada. La elegante falda de su vestido blanco estaba sucia y arrugada. Había escoriaciones en sus manos. Aun pequeña y delicada como era, resultó evidente que había intentado resistir a su captor. Ahora dormitaba incómoda bajo los efectos de la droga. Flora llegó hasta la cama y se inclinó sobre él.

—Muy pronto la familia se preocupará por el paradero de la señorita Brítez Jajam —dijo—. La buscarán en la planta baja, en el salón de baile y también en el jardín. ¿Adónde habrá ido?, se preguntarán. En algún momento alguien pensará en revisar las habitaciones de invitados. La encontrarán aquí, con usted. Poco importa que no haya sucedido nada entre los dos, el daño ya estará hecho. La reputación de Carla estará destruida. Usted, señor Dávalos, tendrá que casarse con ella. Si se resiste a un matrimonio que, obviamente no quiere, poco importa. Con este escándalo, igualmente la adorable señorita Brítez Jajam habrá perdido para siempre la oportunidad de casarse con Máximo Belmonte. Usted,

señor, será considerado un canalla por permitir que una joven inocente quede deshonrada.

Flora observó los ojos del caballero con atención. Tenía las pupilas dilatadas. Su visión debía estar seriamente afectada por la droga, pero aun así la miraba con fijeza. La furia en esos ojos parecía casi palpable.

—¿Cree que Fiorella seguirá dispuesta a casarse con usted después de esta noche? No lo creo. Las habladurías serán atroces. Usted podrá mencionar mi nombre, inculparme, explicar lo sucedido; sin embargo, ¿quién le creerá? Todos en la ciudad reconocen en mí a una dama gentil y amable. Además, pronto regresaré a mi casa. No estaré aquí. Nadie podrá señalarme por esto, mucho menos usted. ¿Culpará a una dama, señor? No sería un caballero si lo hiciera. —La sonrisa de Flora fue espeluznante—. La señorita Brítez, por su parte, podrá llorar y disculparlo. Sin duda, dirá que un sirviente la atacó y la obligó a tragar una sustancia desconocida. Pero, ¿importará? No. Después de ser encontrada en la cama con un hombre. Que tenga la posibilidad de redimirse o que sea relegada al ostracismo, todo dependerá de usted, señor Dávalos. —Flora hizo una pausa—.Tengo curiosidad. ¿Qué hará usted? ¿Se casará con Carla y la salvará así de una vida en la ignominia? ¿O se negará a comprometerse con ella y se convertirá en un rufián por todos vilipendiado? —Flora tendió la mano hacia su sirviente—. La llave —exigió.

—Aquí tiene, señorita —dijo el muchacho, nervioso.

—Espérame en el pasillo, Pedro. Asegúrate de que estás solo. No quiero que nadie me sorprenda aquí.

—¡Sí, señorita!

—No se preocupe por Pedro —comentó Flora con un mohín—. Se irá esta noche de la ciudad —le anticipó. Se dirigió hacia la puerta y puso la llave en la cerradura—. Buenas noches, señor Dávalos.

Capítulo 26

La capa, con doble esclavina, era de terciopelo azul de seda. Una pieza hermosa, sin duda, adornada con bordados y volantes. A diferencia de otros abrigos suyos, no estaba forrada en piel, por lo tanto, aunque suave y liviana de llevar, no resultaba realmente de abrigo. Fiorella abrochó uno a uno los botones. El viento se deslizó desde la galería hasta el vestíbulo, gélido y húmedo. Ella unió las manos enguantadas contra la cintura y observó el zaguán, preocupada.

Unos pocos invitados conversaban en voz baja en el salón adjunto. Una pareja reía junto al ventanal. Dos sirvientas estaban de pie a un lado de la puerta, atentas a lo que pudiera necesitar cualquiera de los asistentes a la fiesta. Se esperaba que todos los aristócratas estuvieran acompañando a la familia Agüero Blanco en el jardín, pero nunca faltaría quien prefiriera permanecer en el interior de la mansión, a buen resguardo del frío. Por eso se encontraban allí, de pie, en vez de con el resto de la servidumbre en el parque. Fiorella hizo un gesto con la mano. Una de las jóvenes acudió a su llamado de inmediato.

—Soy Delia, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

—Delia, quedé en encontrarme aquí con un caballero. Él estaba en la terraza. ¿Es posible que haya confundido el camino hacia el vestíbulo?

—Sí, señorita. Como ve, esta casa parece un laberinto. Usualmente los señores y los invitados de la casa utilizan este pasillo, señorita. Es el más largo, pero nadie se ha perdido nunca en su camino hasta la puerta de calle. Pero la servidumbre tomamos otro. A la izquierda de las escaleras hay un pasaje que puede

traernos desde ahí hasta el vestíbulo. Lo preferimos porque así no tropezamos con los señores. Nosotros conocemos el tramo, pero si la persona que esperaba encontrar aquí no conoce la distribución de la casa, fácilmente pudo perderse por ahí también.

—Entiendo.

—¿Quiere que la ayude a buscar?

—Está bien, Delia. No será necesario. Iré yo.

—Como guste señorita. Estoy para servirla.

Fiorella siguió las señas dadas por Delia y, finalmente, encontró un estrecho pasaje que conducía hacia las escaleras. Apenas iluminado por las luces de un candil que colgaba del techo, el atajo entre penumbras resultaba por momentos aterrador. Apresuró los pasos. Casi llegaba al área donde se hallaba la escalera que conducía al piso alto cuando detuvo bruscamente sus pasos. Oculta en las sombras que temblaban con la brisa nocturna, vio a Flora descender los últimos peldaños con prisa. La acompañaba un joven sirviente. Fiorella tuvo dificultades para recordar su nombre. Lo había visto en varias oportunidades, en compañía de Teodoro Farré. Pedro, se acordó de repente. Pedro Domínguez. El muchacho parecía muy nervioso.

—Señorita —susurró—. Tengo que irme ya, o me atraparán.

—No regreses jamás —dijo ella tras darle un sobre abultado.

—No, señorita, claro que no. Ese hombre me matará si me agarra. Me iré ahora mismito de Corrientes. No se preocupe. No se me vera el pelo por estos lares nunca más.

—Muy bien —dijo Flora, satisfecha—. Vete.

Cuando el muchacho se dirigía hacia el oscuro pasaje por donde ella había llegado, Fiorella retrocedió con rapidez y se ocultó detrás de las cortinas. Pedro, preocupado y ansioso como estaba, no notó su cercanía. Atravesó el pasillito casi a la carrera, dobló en un recodo hasta que sus pasos pronto se desvanecieron en la quietud.

Fiorella se asomó desde la protección que le brindaba el cortinón. Flora echó una rápida mirada a su alrededor, para asegurarse de encontrarse a solas. Después de un momento, curvó los labios en

una sonrisa gentil, compuso en el rostro una expresión ingenua y, por fin, se dirigió hacia el vestíbulo para tomar el camino principal.

Fiorella la vio partir. El corazón le palpitaba con rapidez en el pecho. Tenía un presentimiento atroz. Apresuró los pasos y fue hasta el pie de la escalera. No encontró a Juan Ignacio en las cercanías. Uno a uno subió los escalones, primero lentamente, después con premura. Llegó hasta el piso alto. Apoyó la mano sobre el pasamanos y observó la galería primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. La oscuridad se volvía opresiva por instantes. Una ventana estaba entreabierta. Los postigos chirriaban con el viento. La luz de una lámpara titiló al final del corredor, en un pequeño espacio preparado para el solaz.

—¿Juan Ignacio? —llamó.

La voz se escuchó extraña en el silencio. Reflejó la preocupación, la angustia que comenzaba a solidificarse en Fiorella. Ella vaciló. Se hundió en la penumbra y atravesó el pasillo. Salió a la terraza. El aire exhaló una bocanada de frío en su cara. A la distancia escuchó los aplausos de la multitud que permanecía reunida en el parque. Los violines emprendían una nueva melodía.

Regresó sobre sus pasos. Cuando se disponía a bajar las escaleras una vez más, vio de soslayo la luz del candil reflejarse en el suelo. Ella se detuvo y observó con detenimiento. Otro destello atrajo toda su atención. Vacilante, avanzó hasta el rincón de lectura. A los pies de la mesita había una copa rota. El cristal atraía sobre sí la luz de la lámpara.

—¿Juan Ignacio? —llamó otra vez. El silencio se le antojó desesperante—. ¡Juan Ignacio! —elevó la voz—. ¿Dónde estás? —El miedo se alojó en su pecho, subió a su garganta, le comprimió la respiración—. ¡Juan Ignacio!

Un sonido muy leve, apenas perceptible, resonó. Fiorella se volvió bruscamente.

—¿Juan Ignacio? —Se detuvo junto a una puerta, a su izquierda —. ¿Juan Ignacio? —susurró. Apoyó la mejilla en ella. Probó el picaporte—. ¿Estás ahí dentro?

La cerradura crujió. Él consiguió sentarse al borde de la cama. Levantó la vista. A pesar de su visión borrosa, notó una sombra en el umbral. Escuchó la voz de Fiorella llamándolo.

—Aquí… —farfulló.

La mano parecía pesar toneladas cuando intentó moverla. Lo logró, sin embargo. Sus dedos entorpecidos se deslizaron por la pernera del pantalón hasta el tobillo. Años en la calle, viviendo de la violencia y sus puños le habían enseñado a ser prudente. La Armada lo había instruido para que estuviera preparado para afrontar el peligro. Apretó la boca. El sudor se le deslizó por la sien. Tocó con la punta de los dedos la delgada empuñadura de la cuchilla que llevaba siempre amarrada a la pantorrilla, por encima del tobillo. Con gran esfuerzo logró sostener el mango y levantarlo. La hoja brillo un instante en su mano antes de hundirse bruscamente en el muslo. Soltó un gruñido. El dolor lacerante despejó su mente del embotamiento. Tuvo un momento de sobriedad. Con la cuchilla todavía enterrada en su pierna, por encima de la rodilla, se puso de pie tambaleante. Se apoyó en la pared. Dio unos pasos hacia la puerta. La sangre se sentía fría al deslizarse sobre su pierna. Miró la puerta. La madera se balanceó delante de él. Juan Ignacio cerró los ojos un instante. En otro momento, habría podido forzar la cerradura, incluso romper la puerta con un puntapié, pero se reconoció inútil. La respiración se aceleró. El corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas. Las rodillas, de repente, cedieron bajo su peso. Él cayó al suelo con un gemido. La cuchilla se liberó y se deslizó a un lado, sobre el embaldosado. La sangre comenzó a brotar. Fiorella golpeó la puerta con un puño.

—¡Juan Ignacio! —gritó—. ¿Eres tú?

Ella forcejeó con el picaporte. Cuando escuchó el sonido de alguien al caer pesadamente al suelo, ella intentó abrir la puerta una vez más, pero fue inútil. Apoyó el oído contra la madera.

—… Fiorella.

Aunque la voz que escuchó pareció más un producto de su imaginación que parte de la realidad, ella no se engañó.

—¡Juan Ignacio, espérame! —gritó.

Corrió hacia las escaleras con la intención de llamar a un sirviente. Alguien debía abrir esa puerta. De pronto, se detuvo en el descansillo de las escaleras. Apretó los dedos sobre el pasamanos. Pensó en Flora. Si ella estaba involucrada en la desaparición del señor Dávalos –y con toda seguridad lo estaba–, ella y ese muchacho, Pedro, no le bastaría con encerrar a Juan Ignacio en una habitación. ¿Qué conseguiría con eso? Algo más sucedía dentro de esa alcoba. Muy probablemente sería perjudicial para Juan Ignacio o para Fiorella misma. Se estremeció. No era conveniente informar a nadie por el momento. Entonces, ¿cómo abriría esa puerta?

Bajó las escaleras con lentitud, pensando. En su mente se representaron las más variadas soluciones al problema, pero ninguna le satisfizo. Todas atraerían una atención innecesaria. Apresuró sus pasos y salió al jardín. En la distancia, vislumbró a la muchedumbre reunida alrededor de los músicos. Se ocultó detrás de los arbustos y avanzó por un delgado sendero adoquinado que rodeaba la casona. Levantó la vista y observó las ventanas. Las contó una a una. Hasta que identificó la que pertenecía a la habitación donde se encontraba encerrado Juan Ignacio. De pronto, se le ocurrió qué hacer. Era una idea alocada, pero podría funcionar.

—¡Señorita, la estaba buscando por todas partes!

—¡Agnes, baja la voz! —la reprendió asustada.

—¿Qué hace aquí? —La mujer se adelantó apurada, preocupada. Su atuendo multicolor, adornado con alegres arabescos, parecían atraer sobre sí toda la luz—. ¿Se está ocultando usted de alguien? ¿De un caballero? Nomás dígame y lo pondré en vereda. Por cierto, ¿dónde está su señor Dávalos? Él no la dejaría aquí sola.

—Flora encerró al señor Dávalos —dijo. No tenía pruebas de que fuera así, pero tampoco dudaba de que, fuese lo que fuere lo acontecido, la señorita Farré debía de estar involucrada.

Agnes se quedó perpleja. Fiorella examinó el muro. Una tapia de madera estaba asegurada a la pared. El jazmín trepaba por ella, ornamentándola. El piso alto no se encontraba a mucha distancia del

suelo, evaluó.

—Agnes, ayúdame.

—¿Qué está haciendo?

—Subiré a rescatar al señor Dávalos —dijo mientras se desabrochaba la capa.

Agnes palideció. Miró la tapia, la ventana, luego a su señorita y finalmente frunció ferozmente el ceño.

—¿Está loca? —siseó. Recibió la capa de la dama en su mano casi por reflejo—. ¡Llamaré a un sirviente! Alguien abrirá esa puerta por usted. No necesita trepar por la pared como un mono.

—¡Agnes, no! —Fiorella la detuvo—. No sabemos qué podríamos encontrar ahí dentro…

—¡Por eso mismo, hay que avisarle a un hombre para que venga a ayudar aquí!

—¡No! —Fiorella endureció la expresión, en tanto se quitaba las enaguas y las arrojaba a los brazos de la nodriza. Agnes estaba estupefacta. Miró las enaguas que había planchado en la mañana, con las que en la tarde había ayudado a vestir a su niña. Ahora se encontraban en sus brazos, mientras a poca distancia una muchedumbre se reunía en una celebración.

—¡Vístase! —ordenó, con la cara muy roja—. ¿Se imagina las habladurías si alguien la sorprende aquí, quitándose sus interiores?

—Agnes, asómate a los arbustos. Asegúrate de que no haya nadie en los alrededores. Si alguien se acerca, espántalo.

—Señorita…

—Agnes, obedece. No podemos arriesgarnos a causar un escándalo.

—¿Y va usted a subir hasta allá arriba para evitarlo? ¿Perdió la razón, acaso? ¿Qué le diré a su abuelo si se cae y se rompe usted algo? ¡Dios nos ampare!

—Estaré bien —aseguró Fiorella. Probó la resistencia de la madera. Parecía firme.

—Se caerá y se romperá la crisma.

—No me caeré —Fiorella la miró con una sonrisa—. ¿A quién regañabas por trepar a muros y árboles en la infancia? Soy una experta en estas cuestiones.

—Parecía usted una mona —dijo la mujer, a regañadientes. Luego añadió, enojada—: Pero ahora es una señorita. ¡Hace cuantos años que no trepa usted a nada!

—Lo que bien se aprende, nunca se olvida. Ahora obedece. Sal y vigila.

La mujer la miró, consternada.

—Si se mata usted, ya me encontrará usted a su lado para regañarle por toda la eternidad —rezongó en tanto observaba a su señorita subir por la tapia—. ¡He dicho!

Capítulo 27

La oscuridad se cernió sobre él, acorralándolo. Se sentía fría, húmeda, pegajosa. Había una tenue luminosidad en la habitación. Diáfana, flotaba en el aire con serena majestad. Provenía de la ventana. Era un claro de luna que se mecía desde el balcón, tornando azul la penumbra. Así, la silueta del mobiliario adquirió pronto ribetes ilusorios. Semejaban quimeras acechando entre las sombras. El armario, el baúl, la cama, un espejo, la jofaina, cada cosa en esa alcoba oscilaba hacia él con la amenaza de asfixiarlo. Juan Ignacio apoyó la espalda contra la pared. Contó los minutos. Su respiración se agitó. Intentó controlar el aire que a veces parecía faltar y otras oprimirle garganta.

Inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar.

Un atisbo de conciencia permanecía incólume. Se concentró en reunir sus pensamientos dispersos, hilvanar una idea coherente. Cerró los ojos.

Otra vez: inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar.

Tenía la visión borrosa y el paladar seco. El sudor le mojaba la piel. El calor le encendía al sangre. La somnolencia había comenzado a agrietarle la conciencia. Pronto se adormecería y ya no tendría ninguna posibilidad de protegerse. Reconoció en él los efectos de la droga. Supo qué brebaje había ingerido. El elixir era brutalmente administrado para robar, violar e incluso matar. Mientras crecía en las cercanías de los muelles había escuchado hablar de la pócima que se extraía con la maceración de unas flores. Le habían comentado sus efectos. Los miserables que dormían en las callejas que bordeaban la bajada vieja consumían la infusión con el deseo de recrearse. Otros hombres machacaban las flores para otros fines. En

los burdeles, se mezclaba el extracto con la bebida, de modo que las niñas recién llegadas no resistieran a sus clientes en la primera noche. En los bajos fondos, se manipulaba para gozar de una mujer en la calle, mientras quedaba la víctima indefensa.

Diez minutos después de ingerirse, comenzaba la droga a surtir efecto. Luego de media hora, toda resistencia desaparecía. Tras una hora, toda voluntad queda abolida. Juan Ignacio apoyó la mano sobre la herida en su pierna. La sangre, muy roja, se destacaba sobre la piel pálida. Flora Farré, pensó, somnoliento. Curvó apenas una esquina de su boca. Esa mujer cumpliría sus objetivos: habría un escándalo. Mancillaría a una inocente. Destruiría su oportunidad de casarse con la mujer que amaba. A cambio, se juró, él le haría añicos la vida.

Por propia jodida supervivencia, la señorita Farré deberá correr muy rápido, pensó. Quizá tendría que acurrucarse en el agujero más recóndito del infierno, orando por su salvación. Aunque eso importaría una mierda. Ni Dios ni el diablo podrían salvarla de su venganza. Porque él sería implacable. Esa mujercita se había convertido en su presa. Él era un depredador. Nada lo satisfaría más que cazarla y hacerla pedazos. Juan Ignacio apretó los dientes. El odio le estrujó las entrañas. La furia le hirvió en las venas.

Una vez más: inhalar. Exhalar. Inhalar. Exhalar. Poco a poco el adormecimiento estaba evaporando toda posibilidad de pensamiento racional.

Escuchó un crujido. Le pareció que provenía de muy lejos en la distancia. Algo se rompió. Entreabrió los ojos. El sonido se repitió. Seco y estrepitoso. Con dificultad, volvió los ojos hacia la ventana. En la penumbra, una sombra se elevó desde el alféizar de la ventana.

Fiorella se aferró a la repisa y trepó. Tenía el pelo revuelto. Había hojas enredadas en sus rizos. Las heridas en sus manos se distinguían claramente sobre la blancura de su piel. Los nudillos le sangraban. Ella había roto el vidrio de la ventana para abrir el cerrojo. Cuando él fijó los ojos somnolientos en ella, Fiorella sonrió.

—He venido a rescatarlo, señor Dávalos.

Capítulo 28

Las luces se encendieron. La oscuridad se disipó. El pasillo, claramente iluminado, perdió la aterradora apariencia. Los muebles, adornados con tallas en altorrelieve, eran elegantes y fastuosos. Las cortinas del ventanal, de brocato de seda se veían elegantes, muy hermosas. Los cuadros en las paredes, de vívidos colores, recreaban con sorprendente realismo momentos de la vida campestre: una guitarra a la luz del fuego, la cabalgata en la llanura, una mateada a la sombra del rancho, la pesca al atardecer.

Los padres de la señorita Brítez Jajam, seguidos de cerca por tres de sus amigas, la señorita Sánchez Negrette, Pampín y Castañeda, además de sus respectivos adoradores, recorrieron preocupados, el pasaje. Dos sirvientes se apresuraron a la terraza.

—La señorita González mencionó haberla vista en mal estado —susurró Remedios.

—¿Le habría hecho daño algo que comió? —dudó Carmencita.

—Es posible. Ella no está acostumbrada a probar bocado a tan altas horas de la noche —comentó la señora Brítez Jajam.

—Delia dijo haber visto a la señorita en compañía de un sirviente —acotó Remedios—. El muchacho la ayudó a subir las escaleras.

Sebastián Brítez Jajam frunció el ceño. Apretó el hombro de su esposa con una mano e hizo un gesto hacia los sirvientes.

—Las habitaciones de invitados —dijo—. Revisaremos todo.

Sabrina intercambió una mirada con su marido. La angustia se le reflejó en la mirada. Había cuatro alcobas en el área. Era el ala destinada a dar cobijo a los invitados de la familia. Esa noche no debería haber nadie alojado en ninguno de los aposentos. Todos los asistentes a la fiesta pertenecían a la aristocracia local y tenían una

casa en la ciudad a la que volver en la madrugada. No abusarían de la hospitalidad de los Agüero Blanco si no había necesidad de ello. Así que los sirvientes no vacilaron. Abrieron una puerta y luego otra y posteriormente una más. Estaban vacías. Finalmente, el gentío llegó a la última puerta, cerca del rincón de lectura. Un sirviente hizo girar el picaporte, pero la puerta no abrió. Estaba cerrada con llave. Sebastián calmó a su esposa. Sabrina unió las manos temblorosas sobre el vientre, incapaz de contener el miedo.

Carmencita, Remedios y Emilia se miraron entre sí, asustadas. Si Carla se encontraba en el interior de esa habitación sola, todo lo acontecido sería recordado como un susto simplemente. Con toda probabilidad, Sebastián y Sabrina Brítez Jajam regañarían a la niña por ausentarse del jardín sin dar aviso a nadie, y eso sería todo. Pero, si había alguien más con la joven, el escándalo sería devastador para la reputación de la debutante.

El sirviente forcejeó con la cerradura, pero no pudo abrirla. Se disponía a excusarse, cuando uno de los pretendientes de la señorita Castañeda se adelantó.

—Permítame —dijo el caballero, y golpeó un hombro contra la puerta.

—Con cuidado —dijo Carmencita, preocupada—. No se haga daño, señor Orellana.

Él sonrió, agradecido, pero volvió a golpear la madera. Uno. Dos Tres. Al cuarto empujón, la cerradura cedió con un chasquido y la puerta se abrió violentamente. Sebastián se asomó al umbral y se detuvo con brusquedad. Sabrina, a su lado, contempló la cama deshecha, estupefacta. Carmencita, se llevó la mano a la boca, atónita. Emilia y Remedios enrojecieron completamente y desviaron la mirada, avergonzadas. Los jóvenes caballeros presentes, como comprendían la delicadeza de la situación, intercambiaron una mirada intencionada y regresaron al pasillo, seguidos de cerca por los sirvientes.

Fiorella tenía los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en la multitud reunida en la puerta.

—¡Dios mío! —gritó, un instante antes de arrastrar una manta sobre su cuerpo.

Aunque se encontraba vestida, nadie pudo dejar de notar las profundas arrugas en su falda, su pelo revuelto y las mejillas muy rojas. Era evidente que la dama no había estado descansando precisamente. Era obvio lo que había hecho. Tanto más cuando quien se encontraba a su lado durmiendo era su prometido, el señor Dávalos. El hombre estaba sin chaqueta ni chaleco. La corbata le colgaba floja del cuello. Tenía la camisa entreabierta.

El señor Sebastián Brítez Jajam fue el primero en salir de su estupor. Carraspeó y se volvió bruscamente.

—Perdone la interrupción, señorita Celabert —dijo, avergonzado, e hizo un gesto hacia su esposa y las amigas de su hija.

El gentío obedeció rauda la muda orden de desalojo. Entre disculpas y excusas, todos abandonaron la habitación al unísono.

—El señor Dávalos no se sentía bien… —dijo Fiorella a la espalda del señor Brítez Jajam.

A oídos de todos, esas palabras resonaron como una excusa, por supuesto. Una bastante endeble, por cierto.

—Sí. Lo entiendo —musitó el señor Brítez Jajam.

—¡Aquí no ha pasado nada! Espero contar con su discreción, señor.

—Esto, sí, claro.

—¡Con la discreción de todos los presentes!

—Buenas noches, señorita Celabert —dijo Carmencita valientemente.

—Buenas noches, señorita —dijo Fiorella, evidentemente muy avergonzada—. Señor. Buenas noches a todos.

Agnes llegó hasta el umbral en ese momento. Se veía muy agitada. La falda multicolor ondeó alrededor de sus tobillos cuando se detuvo abruptamente junto a la jamba de la puerta. Señaló a la señorita con un dedo acusador.

—¡Niña, sabía que quería usted casarse deprisa, pero esto no se hace! —gritó—. ¿Qué dirá el abuelo de usted cuando sepa de este comportamiento suyo?

—¡Agnes, no me retes! —La mujer entornó la puerta, de modo que nadie afuera pudiera ver nuevamente el interior—. ¡Habrase visto tamaña desfachatez! —continuó—. ¡Y usted, señor Dávalos! ¡Qué me dirá! ¡No me mire así, señor, que usted no tiene perdón! ¡Pudo haber refrenado sus ansias hasta después del matrimonio!

La multitud retrocedió unos pasos, presurosa.

—¡Agnes, no lo regañes, es mi culpa! —Se escuchó la voz de Fiorella a través de la puerta.

—¿Su culpa, dice?

—¡Sí, es mi culpa!

—¡No me diga! ¿Qué hizo usted? ¿Golpeó y arrastró al pobre hombre hasta aquí? —De repente, la mujer calló y giró hacia la muchedumbre, como si de repente recordara la presencia de todos allí. Cubrió la puerta con el cuerpo, y puso las manos en las caderas —. ¿No han visto suficiente? —preguntó con rudeza—. Mi señorita y el señor Dávalos necesitan un poco de privacidad para adecentarse. Descubrir así a una pareja de novios haciendo lo suyo… ¡Eso no se hace! —La multitud al instante emprendió la retirada, bajo la mirada adusta de la india.

—El señor Dávalos es muy audaz. —Se oyó comentar al señor Orellana en voz baja—. Hacer esto en la fiesta de la familia Agüero Blanco…

—La señorita Celabert admitió toda responsabilidad —susurró Carmencita.

—Como ya están comprometidos a casarse, las murmuraciones no serán muchas —musitó Remedios.

—Bueno, he aquí otro escándalo en la fiesta de los Agüero Blanco —dijo el señor Arévalo.

—¿Cómo es posible que esta familia no pueda tener un inicio de temporada sin sobresaltos? —murmuró Emilia.

—Busquemos a mi hija en otra planta —dijo el señor Brítez Jajam luego de toser para llamar la atención.

—Evidentemente, aquí no está —afirmó Sabrina, y empujó a Carmencita con firmeza frente a ella.

El gentío se alejó escaleras abajo, todavía pasmado. Agnes se aseguró de que no hubiera nadie más en el pasillo. Después de un momento, cerró la puerta y corrió hacia la señorita Celabert, preocupada.

—¡Mi niña! —gritó—. ¿Está bien?

—Sí, Agnes.

—¿Y el señor? ¿Qué está pasando acá?

Fiorella apartó las mantas y se inclinó sobre Juan Ignacio. Le acarició la cara con suavidad.

—Está inconsciente —dijo.

—Eso veo.

—Agnes, acércate —Fiorella hizo un gesto con la mano—. Ayuda a la señorita Brítez Jajam a salir y llévala al piso bajo. Hay un pasaje a la izquierda de las escaleras. Quédate con ella allí, en tanto su familia la encuentra. Después regresa conmigo.

—¿Qué, señorita…? —comenzó.

De pronto una mano le tocó el tobillo desde debajo de la cama.

—Aquí estoy.

Agnes soltó una exclamación y brincó del susto. La carita sonrojada de una joven dama se asomó entre los pliegues del acolchado.

—No puedo salir —se quejó. Los ojos se nublaron con las lágrimas —. Me atoré.

—¡Por Dios Santo! —soltó Agnes, sorprendida. Se inclinó, sujetó a la jovencita por los brazos y consiguió sacarla a tirones—. ¿Está usted bien? ¿Se lastimó?

—Estoy muy sucia. —Carla ya estaba llorando—. ¡Había mucho polvo ahí abajo!

—Bueno, basta —la consoló Agnes, a la vieja usanza. La abrazó y palmeó su espalda—. Ya estará limpia, niña. Venga conmigo. Agnes la llevará a lavarse. No pasa nada. Es un poco de polvo nomás.

—Carla, Agnes cuidará de ti —le dijo Fiorella con una sonrisa—. Recuerda lo que hablamos.

—Sí, señorita. —La jovencita intentó contener un sollozo.

—¿Estás bien?

—¡No, no estoy nada bien!, ¡Estoy sucia!¡Y también muy, muy enojada!

—No llore, niña. —Agnes le secó las lágrimas con el borde de la manga.

—¡No puedo evitarlo! —Carla arrugó su carita—: ¿Por qué ese sirviente hizo esto?

—¿Qué sirviente? —preguntó Agnes.

—¡No sé, uno!

—¿Qué le pasó, señorita? ¿Puede contarme?

—Agnes —le advirtió Fiorella.

—La señorita quiere contar lo que pasó, ¿a que sí? —La mujer ignoró a la señorita Celabert.

—Yo estaba buscando a mi madre —comenzó Carla tras asentir—. Cuando llegué a la sala, ese muchacho se acercó y me dijo que debía brindar con los anfitriones. Le dije que nunca bebía nada si mi madre no estaba presente para cuidar de mí. Pero él insistió. Entonces me agarró del cuello y me obligó a beber de una copa. Escupí todo lo que pude, pero algo tragué.

—Ya pasó, cálmese, —Agnes palmeó la falda de la dama, sacudiendo el polvo que se había adherido a la seda.

—Ese… ¡Ese canalla me arrastro hasta un pasillo! Tenía tanto miedo. Quise resistir, pero él era más fuerte que yo.

—Entiendo. No fue su culpa. Usted no hizo nada malo. Usted se portó muy bien. Es una niña muy valiente.

—¿Sí?

—Sí, recuerde lo que Agnes le dice: usted no tuvo culpa alguna. Fueron otros los que quisieron lastimarla. Usted es muy buena.

Fiorella revisó la herida en la pierna de Juan Ignacio. Las lágrimas le brotaron de los ojos. Pestañeó rápidamente. Intentó contener la hemorragia con un pañuelo.

—Sí, yo soy muy buena. Siempre me porto bien —dijo Carla y se pasó el dorso de la mano sobre los ojos—. Había una mujer presente cuando ese sirviente me trajo hasta aquí. Yo no la vi muy bien, pero reconocí su voz. ¡Era la señorita Farré!

—¡Qué dice! —Agnes estaba patidifusa.

—¡Ella ideó todo esto! ¡La escuché! Violeta ya me había advertido sobre esa señorita. Dijo que era mala y que estaba celosa de mí, porque el señor Belmonte me prefirió a ella.

—¿Quién es Violeta?

—Eso no importa, Agnes —dijo Fiorella. Estaba intentando despertar a Juan Ignacio—. Carla, contrólese. Tiene que mostrarse muy segura, ahora que saldrá con Agnes. A todos dirá que se cayó en el jardín y que se golpeó la cabeza. ¿Recuerda todo lo que hablamos?

—Sí.

—Todo estará bien, Carla. No se preocupe. Confíe en mí. Regrese con su familia. Cuando esté a solas con sus padres, dígales lo sucedido.

—Hablaré con mi mamá.

—Muy bien. Confíele a su madre todo lo que pasó, —Agnes le acarició el pelo—. Una madre siempre sabe qué hacer.

—Mi papá se enojará mucho.

—El papá de usted la quiere un montón —la consoló Agnes—. Se enojará por todo lo que pasó, pero no con usted, ¿entiende? ¿Sabe por qué no estará furioso con usted? ¿Recuerda lo que le dije?

—Porque yo no tuve la culpa de nada —respondió, obediente, mientras los bucles se le agitaban al asentir—. Porque yo siempre me porté bien. Otros fueron malos conmigo.

—Eso es.

—Le diré a mi papá que usted me salvó, señorita —dijo.

—Está bien —dijo Fiorella con una sonrisa—. Ahora vaya con Agnes. Recuerde decir lo que acordamos.

—Vamos, niña —dijo Agnes. Tomó a la joven dama del brazo y dirigió los ojos preocupados hacia Fiorella—. Volveré enseguida —aseguró.

Fiorella observaba a Juan Ignacio.

—Agnes, luego de que dejes a la señorita con sus padres, tienes que ir por Felipe. Supongo que estará afuera, esperando por nosotras. Dile que necesitaré su ayuda.

—¿Va a sacar al señor Dávalos de la casa? —preguntó Carla, curiosa.

—Sí. Tengo que llevarlo con su médico.

—¿Cómo va a hacer eso? —se preocupó Agnes—. Media ciudad anda por acá. Todo el mundo lo verá en mal estado.

—Mi querido señor Dávalos bebió demasiado —dijo Fiorella—. Eso es todo.

Agnes comprendió.

—Qué inteligente es usted, señorita Celabert —dijo Carla, admirada.

—El escándalo será mayúsculo —vaticinó Agnes, lúgubre—. ¿Qué dirá su abuelo?

—Probablemente se alegrará —respondió. Le temblaban las manos—. Ahora estará seguro de que el señor Dávalos y yo llegaremos al altar. Nadie podrá arrepentirse de este compromiso. Después de todo, hemos sido sorprendidos en una situación de lo más comprometedora.

Capítulo 29

La sala principal del teatro estaba rodeada de palcos profusamente ornamentados con flores y listones. La sociedad de artistas dramáticos españoles había organizado un magnífico espectáculo. El excelso drama *Borrascas del corazó*n estaba siendo interpretado con majestuosa habilidad. La escenografía resultaba realista y agradable a la vista. Todos los asistentes al teatro lucían sus mejores galas esa noche. Tanto en los palcos como en el resto de la sala se sentía la emoción de quienes realmente disfrutaban del evento.

Fiorella apartó los ojos del escenario y observó a su presa con sorprendente paciencia. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. Contempló a través de los pequeños prismáticos a la adorable señorita Farré.

La dama estaba sentada en un palco, a la izquierda del escenario. Vestía un atuendo llamativo, de color azul intenso, adornado en las mangas y los bajos de la falda con perlas y lentejuelas. Le sentaba muy bien. Con la piel blanquísima, la cabellera negra y los ojos celestes, se destacaba su hermosura entre la multitud. Varios de los admiradores de la joven la habían visitado en el primer entretiempo para presentarle sus respetos. En el palco, por supuesto, no estaba sola. La acompañaban la señorita Chávez, amiga de Flora, y la señora de Chávez.

Fiorella se encontraba rodeada por la oscuridad. Su silueta apenas resultaba visible en la penumbra. Abrió el abanico de plumas de cisne y lo agitó con suavidad. Volvió los ojos hacia la obra que se desarrollaba en el escenario. El espectáculo sería un éxito, sin duda.

El tiempo transcurrió, ameno. Fiorella levantó los prismáticos y sonrió.

Finalmente, la presa se puso de pie y se disculpó con su amiga. La señorita Chávez asintió, todavía con sus ojos fijos en la escena que se desarrollaba sobre las tablas. Cuando Flora abandonó el palco, Fiorella hizo lo propio. Atravesó el pasillo, dobló un recodo y se encaminó hacia el lobby. Se cruzó con unos pocos allegados. Saludó con un gesto al señor Brítez Jajam y a un conocido suyo, el señor Benítez. Ambos caballeros se encontraban en el vestíbulo, bebiendo *champagne*. Los dos mostraron el debido respeto a la dama.

Fiorella sonrió y avanzó hacia el tocador de señoras. Vio a la distancia a Flora. La joven entró al recinto distraída, en tanto sacaba de su bolsito un frasquito de perfume. Fiorella no apresuró sus pasos. Admiró el candil, los cristales de Baccarat, las pinturas que engalanaban los muros, el elegante mobiliario del pasillo. Alisó una arruga en su manga, tiró de una de las borlas que le adornaban su ridículo y aseguró el camafeo que lucía en la base de su cuello.

Después de un momento, empujó la puerta del tocador de señoras con suavidad y entró. Corrió el cerrojo. Acomodó la falda con cuidado y se sentó en una de las sillas francesas que había en el lugar, junto a la puerta. La estancia, debidamente tapizada, era pequeña, pero muy elegante. Estaba dividida en dos por una mampara de madera tallada. Un candil colgaba del techo. Su luz se reflejaba en el espejo, sobre el lavamanos.

Flora salió de detrás de la mampara y se dirigió hacia la jofaina de losa inglesa. Cuando alzó la mirada para verse en el espejo, vio a Fiorella observándola. La joven soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Fiorella? —dijo y retrocedió un paso—. ¿Qué hace aquí?,

—Señorita Farré —dijo con suavidad, amable—, debo decirle que no fue sencillo encontrarla. En los últimos días ha evitado usted la mayoría de los eventos de la temporada. Me pregunto por qué, dado que son tan amenos. No obstante, aquí está. Una casualidad, sin duda. La vi desde mi palco y pensé en saludarla.

—Señorita Celabert, usted y yo no tenemos nada de qué hablar —dijo mientras se lavaba las manos.

—Oh, yo creo que sí.

—Si me disculpa, la señorita Chávez me espera —dijo tras secarse las manos velozmente.

—Señorita Farré, no la entretendré por mucho tiempo. Luego de que hablemos, podrá regresar con su amiga. Primero tenemos que aclarar una cuestión muy importante.

—¿Qué cuestión? ¿De qué habla? —Flora observó la puerta. Era imposible llegar hasta ella sin pasar junto a Fiorella.

—Míreme. Eso es. Estoy segura de que la alegrará saber que el señor Dávalos se encuentra bien. Su médico me aseguró que la droga que le administró no tendrá efectos negativos en su salud.

—No comprendo de qué habla, señorita Celabert —dijo con cautela; por un instante, se mostró temerosa, pero luego volvió a la calma habitual.

—Lamentablemente, esa noche, para mantenerse consciente, el señor Dávalos se lastimó la pierna con una cuchilla —continuó Fiorella con calma. Unió las manos sobre la falda en un gesto elegante—. Su herida, la que recibió durante la guerra, se resintió. El dolor debió ser inconmensurable.

—No sé por qué me cuenta esto…

—El doctor Piñeiro es un hombre experimentado, ¿sabe? Consiguió tratarlo a tiempo y aliviarle el padecimiento. Sin embargo, Juan Ignacio deberá permanecer un tiempo considerable en reposo para recuperarse adecuadamente.

—Señorita Celabert, tengo que volver a mi palco.

—El señor Dávalos resultó lesionado al salvar la vida de uno de sus subordinados en la línea de fuego. La herida que recibió en la pierna cicatrizó mal. No entraré en detalles que no le importan, señorita Farré, pero sí le diré esto: lo sucedido esa noche pudo haber empeorado su condición —dijo Fiorella con calma—. El doctor Piñeiro habló conmigo. Consideró oportuno realizar una cirugía para remover el tejido cicatricial deforme, además de cerrar la cortadura

que Juan Ignacio se provocó en su afán por mantenerse despierto. Por supuesto, estuve de acuerdo.

—Supongo que el señor Dávalos se encuentra bien —declaró Flora comedida, casi como si le importara.

—Muy bien. La deleitará saber que la cirugía fue un éxito y que el caballero volverá a caminar muy pronto. Al principio, con la ayuda de un bastón, pero después ya no lo necesitará. Su cojera desaparecerá con el tiempo.

—Qué bienaventurado es.

—Mucho. Le diré: si bien usted quería perjudicarlo, señorita Farré, sus acciones, en realidad, terminaron por hacerle un bien. No la perdonaré, sin embargo.

—No sé qué tendría que perdonarme, señorita Celabert —dijo Flora con las facciones ensombrecidas.

—¿No lo sabe?

—Por supuesto que no. Me retiré temprano de la fiesta de la familia Agüero Blanco. Desconozco los sucesos que menciona usted. Solo escuché algunos rumores sobre un escándalo que la involucra, a usted y al señor Dávalos, nada más.

—Nunca mencioné que el accidente del señor Dávalos ocurriera durante la fiesta ofrecida por la familia Agüero Blanco.

Flora abrió la boca, sin saber qué decir. Fiorella suspiró.

—Qué desagradable sorpresa habrá sido para usted descubrir que sus planes no resultaron —dijo—. La señorita Brítez Jajam apareció junto a sus padres, muy avergonzada, después de alarmar con su desaparición a los anfitriones. Imagínese la vergüenza: tropezó en el jardín y se quedó entre los arbustos, atontada. Se disculpó por haber asustado a sus amigos y allegados, y prometió tener más cuidado al deambular por una casa ajena.

—La señorita Brítez Jajam es muy afortunada —señaló Flora con la boca apretada.

—Lo es, ¿cierto? Por supuesto, el señor Belmonte está muy preocupado por la joven. No se ha apartado de su lado en lo que va de la temporada. Teme que ocurra otro accidente y que la señorita

salga lastimada. Pero usted y yo no debemos temer que otra cosa así suceda, ¿verdad que no, señorita Farré? Después de todo, usted ya no tendrá la oportunidad de volver a drogar a una joven inocente para vengarse de quienes considera sus enemigos.

—Apártese del camino, señorita Celabert.

—La familia Brítez Jajam ha estado muy ansiosa con todo lo sucedido. Insistieron en buscar al sirviente que drogó a la niña.

—¿Y eso a mí qué puede importarme?

—Mucho, señorita. Porque lo encontraron. —Flora palideció—. El señor Domínguez no consiguió huir a tiempo del escondrijo que encontró en La Cruz. Lamentablemente para él, la familia Brítez Jajam logró detenerlo justo cuando pensaba abandonar el pueblo. Al parecer, ese muchacho no dudó en admitir todo lo que había hecho. Es más, reveló quién le pagó para hacer todo lo que hizo esa noche: hacerse contratar por la familia Agüero Blanco para la ocasión, conseguir la droga, manipular el *champagne*… ¿Tengo que agregar más?

—¿Ese joven mencionó mi nombre? —preguntó Flora.

—Claro está. El señor Domínguez fue muy cooperativo.

—No lo creo.

—No obstante, cuando el señor Brítez Jajam acudió a mí para ponerme en conocimiento de quién había tramado todo esto, no me sorprendió —dijo Fiorella—. De hecho, ni para él ni para mí era novedad. Juan Ignacio no recuerda mucho de lo sucedido, pero sí me dijo que estaba usted ahí, señorita Farré. Carla la escuchó. Reconoció su voz. Como puede imaginar, no hay forma de que pueda negar su participación en todo esto.

Flora miró la puerta, luego a la señorita Celabert.

—¿Qué quiere, señorita? —preguntó en voz baja.

—El padre de Carla está furioso —comentó Fiorella. Se incorporó lentamente—. Mi abuelo también. Las murmuraciones, dijo, son muy molestas.

—Déjeme salir, señorita Celabert.

—Juan Ignacio es un hombre al que no le importan las murmuraciones —dijo mientras se apoyaba dos dedos en la mejilla —. De hecho, cuando finalmente pudo conocer las consecuencias de todo lo ocurrido, le causó gracia lo que se decía de él y de mí. Imagínese: los chismes revelaron que una pareja recientemente comprometida, el señor Dávalos y la señorita Celabert, fue encontrada en una situación muy comprometida dentro de una habitación, a solas, por un grupo de invitados a la fiesta de la familia Agüero Blanco. Las habladurías no fueron tan impertinentes, ya que vamos a casarnos y hay un compromiso que nos une. La sociedad suele ser muy tolerante cuando hay un escándalo de este tipo entre dos personas que ya han anunciado su determinación de casarse, así que no habrá otras consecuencias, además de unos murmullos y varias risitas cómplices. Será incómodo por un tiempo, pero eso será todo. El señor Dávalos insistió en que no fuera muy dura con usted, Flora, porque su accionar le dio una ventaja: ahora, dijo, no tengo otra opción más que casarme con él. —Fiorella hizo una pausa—. ¿Sabe usted que me llamó mucho la atención este comentario?

—Señorita Celabert, basta —pidió Flora—. Admito que cometí un error. Estoy arrepentida.

—¿Es eso cierto?

—¿Qué quiere que le diga? No debí atentar contra el señor Dávalos.

—No —musitó con la expresión endurecida—. Ese fue un terrible error.

—¿Qué espera lograr acorralándome aquí, señorita Celabert? ¿Espera vengar al señor Dávalos? Tiene usted en muy alta estima su honor.

—El señor Dávalos podría matarla, señorita Farré —dijo en voz baja. Los ojos se le veían oscuros bajo la luz del candil—. Muy fácilmente. Podría quebrarle cuello con las propias manos. O confinarla en el infierno. Si hubiera conseguido lo que se proponía, probablemente ahora no estaría usted aquí conmigo. Pero como no sucedió, dejó el asunto en mis manos. Señorita Farré, como la

prometida y futura esposa de mi muy querido señor Dávalos, tengo el privilegio de velar por la seguridad del hombre que amo. Por eso estoy aquí, para tratar con usted.

—Muy bien. Señorita Celabert, ¿quiere saber la verdad? —dijo fríamente, con las cejas arqueadas—. La odio. Usted lo sabe. No sé qué le dijo de mí al señor Belmonte, pero después de entrevistarse con usted, cortó toda relación conmigo. Luego obligó a mi padre a abandonar la ciudad. Joaquín me amaba y protegía. Con su ayuda habría conseguido casarme bien, con un hombre de fortuna. Pero usted lo envió lejos, apartándolo de mí. Después, se aseguró de alejar a mi madre de la ciudad. ¿Qué más quiere de mí? ¿Qué otro daño podría hacerme?

—Sucederá más que eso, señorita Farré —dijo Fiorella, indiferente —. No la admitirán en ningún salón después de que acabe con usted. Sabe, imagino, que todos los miembros de las familias más importantes de la región estamos conectados por amistad, dinero, sangre o por matrimonio. Le sorprendería saber todo el daño que puedo hacerle Flora. Bastaría con susurrar unas pocas palabras en los oídos correctos para destruir completamente su futuro, tal y como usted quiso hacer con la señorita Brítez Jajam.

—¿Imagina que tiene tanto poder? —preguntó escéptica Flora

—Lo tengo. Estaré al borde de la ruina, pero todavía tengo amigos, parientes y allegados.

—¿Qué espera que haga? —preguntó—. Me disculparé con el señor Dávalos si es eso lo que quiere, señorita Celabert.

—No quiero su disculpa. Juan Ignacio tampoco. Estoy aquí esta noche para asegurarme de que comprenda una cosa: si hubiera atentado contra mí, su destino habría sido diferente. Pero decidió lastimar a mi querido señor Dávalos. Le dijo, señorita Farré, que no confiara en mí, que yo esperaba casarme con él por su dinero, que en realidad a quien amo es al señor Belmonte. Su veneno realmente lo hirió. No puedo perdonar eso.

—¿Mentí acaso? —gritó Flora con los dientes apretados—. ¡Qué hipócrita es usted! ¿Por qué otra razón querría casarse con un hombre al que antes despreció?

—Eso no le importa. Le basta con saber que amo al señor Dávalos —le dijo Fiorella con suavidad—. No se preocupe, señorita Farré. Encontraré el antídoto a su veneno. Convenceré a mi muy querido señor de la veracidad de mis sentimientos. No lo dude.

—Usted…

—Por cierto, el padre de la señorita Brítez Jajam también se encuentra esta noche en el teatro. Trajo con él al señor Benítez. Creo que usted lo conoce, señorita Farré. Si no recuerdo mal, es uno de sus adoradores.

Flora frunció el ceño, confundida. Por supuesto que recordaba a Anselmo Benítez. Era un hombre sumamente desagradable. Adusto, colérico y poco agraciado, con tan solo dos propiedades a su nombre, en las cercanías de Ituzaingó, y proveniente de una familia venida a menos, no encontraba en la ciudad más hospitalidad que la que le brindaban unos pocos conocidos, allegados en realidad a su difunta esposa.

Flora le había sido presentada en una oportunidad, justo poco después de su arribo a la ciudad, y , desde entonces, estaba allí donde ella fuere.

—Tras haberle advertido que se mantenga lejos de mi querido señor Dávalos y de mí, señorita Farré, ya no tengo nada más que decir. Me despediré ahora. —Fiorella se volvió y apoyó la mano en el picaporte de la puerta—.Señorita Farré, buenas noches —le dijo con una sonrisa fugaz.

Capítulo 30

El aire olía a jazmín. Se sentía tibio en la piel. Las hojas secas jugaban en el viento. Giraban al vuelo, caían en remolino. La luz del sol doraba la fronda de los árboles. Bajo su caricia, el tornasol se volvía azul y el rojo granate. El herbazal se mecía, pausado y silente, con el viento. En el silencio de la mañana, se escuchaba suave el susurro del junquillo entre las matas, al rozarse unos con otros. Franco observó el patio desde la galería. Apoyó la espalda contra el respaldo del sillón, estiró las piernas y se acomodó a gusto. Tomó su cigarro entre los dedos índice y pulgar. Desvió la mirada hacia el señor Dávalos y sonriente dijo:

—Comandante, cuando le comenté que en la fiesta de la familia Agüero Blanco cada año, al comenzar la temporada, había un escándalo de qué hablar luego, no esperaba que usted protagonizara uno.

Juan Ignacio se detuvo junto a la tapia que rodeaba la galería. Apoyó parte de su peso en el bastón. Caminar lento lo había extenuado. Una ligera sonrisa tiró de las esquinas de su boca.

—Tampoco yo —comentó.

Franco evaluó el rostro del caballero mientras fumaba. Juan Ignacio tenía el pelo recogido a la altura de la nuca en una coleta. Llevaba una camisa de lino con cordeles, pantalones y botas de campo. La ligereza de su atuendo se debía a las altas temperaturas que en los últimos días habían asolado la ciudad y al calor que le significaba el ejercicio diario de caminar alrededor de la casa para fortalecer las piernas. A veces, en otoño sobrevenía esa nostalgia del verano que el clima paliaba con temperaturas elevadas.

—¿Quiere sentarse conmigo, comandante? —preguntó Franco con el cigarro ya alojado en una esquina de su boca.

—Estoy bien aquí.

Franco notó el sudor en la sien y el cuello del señor. Consideró que el ejercicio realizado debía bastar por el día. En la tarde se entrevistaría con el doctor Piñeiro y se aseguraría de saber en detalle cuánto debía caminar el comandante en realidad. Como lo conocía, supuso que el señor estaría ansioso por retomar las actividades habituales. No le sorprendería que se excediera en su afán de reponerse lo más pronto posible.

—Señor Yasuká.

—¿Sí, señor?

—¿En qué está pensando?

—En lo agradable que está el día —mintió Franco sin miramientos. Volvió los ojos hacia el jardín—. Hay que disfrutarlo. Pronto llegará el invierno. —Juan Ignacio siguió su mirada en silencio—. Volviendo al tema, señor, le diré que, si bien el escándalo que provocó fue la comidilla de la sociedad durante semanas, no resultó tan interesante como los que lo precedieron.

—¿Por qué?

—Que un hombre y una mujer ya comprometidos fueran sorprendidos en una situación más que… eh, delicada, es una bagatela si se compara con otros hechos más sórdidos como una infidelidad o una huida pasional.

—Comprendo.

—Me atrevería a asegurar que, para la primavera, ya nadie mencionará su pequeña indiscreción. Incluso, me atrevería a apostarle unos pesos a eso, y usted sabe que a mí no me gusta perder.

—¿Tan seguro está?

—En este momento la sociedad está sumamente entretenida en comentar otro escándalo —dijo, de buen humor.

—¿Cuál será?

—¿Escucho usted sobre lo acontecido en el teatro, durante el estreno de esa obra… *Borrascas del corazón*?

—Un poco.

—Fue una gran cosa, en verdad. Se hablará de ese asunto durante mucho, mucho tiempo, se lo puedo asegurar.

Juan Ignacio caminó despacio hacia una silla. La cojera resultaba casi imperceptible. Se sentó y apoyó las manos sobre la empuñadura del bastón.

—¿Qué sabe, señor Yasuká? —preguntó con vago interés.

—¿Quiere los detalles? Domitila escuchó del suceso en el mercado. Ya sabe que ahí los chismes están a la orden del día. En cuanto regresó a casa y salí a ayudarla con la compra, me confió todo lo que había escuchado al respecto.

—Cuénteme.

—El teatro estaba repleto. Los artistas ya estaban en el escenario. La obra tenía a todos muy entretenidos. En el entreacto, unas señoritas decidieron acudir al tocador de señoras. Pensaban ocuparse de sus asuntos, supongo, antes de ir al vestíbulo a socializar. Sucedió que, cuando se encontraban justo en la puerta, escucharon murmullos extraños proveniente del interior. Las señoritas se detuvieron, sorprendidas. La señorita Brítez Jajam, que se hallaba allí, se adelantó y exigió saber qué sucedía. Dijo que, quizás, una señora había resbalado. Debían ayudar, obviamente. Así que abrió la puerta del tocador de par en par. La sorpresa fue mayúscula. Allí, frente a los ojos de las copetonas más encumbradas del patriciado correntino, estaba la señorita Farré, en amores con un caballero.

—¿En serio? —preguntó Juan Ignacio.

—¡No se imagina usted la batahola que se armó! Déjeme decirle que la cosa fue bastante fulera. La dama estaba a medio sentar sobre el mueble del lavamanos, entre los brazos de un hombre bastante mayor. Es un viudo, me contó Domitila. Bastante conocido por estos lares por su mal carácter. Se sabe que ha estado buscando esposa. En más de una ocasión, se lo ha visto corretear detrás de la

señorita Farré. La dama nunca pareció estar interesada en él, pero lo cierto es que esa noche, se la vio más que dispuesta a aceptar sus besos. Hasta bebieron *champagne* mientras hacían lo suyo. No me creerá, pero había una copa ahí mismo, junto a la jofaina, en tanto se manoseaban.

—Un escándalo, de hecho.

—La señorita Brítez Jajam, amable como es, cerró la puerta con cuidado. Intentó excusar a la señorita Farré diciendo tonterías que nadie creyó. Al instante salió el señor Benítez del tocador. Estaba desaliñado pero serio. Se disculpó con las féminas presentes. Dejó entrever que ni él ni la señorita Farré habían conseguido contener la pasión. Por supuesto, añadió que presentaría sus respetos a la familia de la dama y que haría una propuesta formal de matrimonio.

—¿Dijo que se casaría con ella? —preguntó Juan Ignacio.

—Ya están casados —anunció Franco. Le dio una chupada a su cigarro—. Ya sabe usted cómo son estas cosas. Cuando se pretende acallar las habladurías, todos se dan prisa. La familia Farré no pudo hacer otra cosa además de bendecir la unión. El daño ya estaba hecho y había que ponerle un remedio para aliviarlo. Se matrimoniaron ayer, de apuro. A estas horas los tórtolos ya deben de estar camino a Ituzaingó para disfrutar de las mieles de la vida conyugal.

Juan Ignacio curvó las comisuras de sus labios. Franco fumó despacio. Miró al comandante de arriba hacia abajo. Lo vio contemplar las hojas que flotaban en el aire. Le examinó el perfil atentamente. Luego la atención recayó en la pierna lesionada del señor.

—¿Está usted bien? —preguntó.

—Muy bien.

—¿No está muy cansado? ¿Tiene hambre? ¿Siente frío?

—No, no y no.

—Debería abrigarse, sin embargo. Sé que ahora tiene calor y que el día está espléndido, pero no hay que confiarse. Podría usted agarrar frío —dijo Franco—. Con el invierno a la vuelta de la esquina,

en cualquier momento podría venirse ese vientito del sur que a todos espanta y enferma.

—Será usted un buen padre, señor Yasuká —dijo.

—Gracias, señor —dijo Franco que rio entre dientes—. Mi mujer y yo le estamos poniendo muchas ganas a eso de encargar un crío. Dios mediante, pronto habrá novedades. No sabe la ilusión que me hace tener un bebé de mi Agostina. Si es niño, tendré que ser bastante estricto, en particular si saca el carácter de ella. Ya me lo imagino rebelde y voluntarioso. Si es una niña, ya me dirá usted si no seré su esclavo. Segurito que es una dulzura.

—Dios lo bendecirá con un hijo, estoy seguro —dijo.

—Por cierto —dijo, como si de repente recordara algo particularmente importante—. Recibió usted una misiva del señor Thaddeus. La dejé en su oficina, sobre el escritorio… Eh, sobre eso, señor, le diré que me siento muy incómodo abriendo sus cartas. ¿Podría ocuparse usted personalmente de su correspondencia?

—Está bien así. ¿Qué dice el viejo? —quiso saber.

—Está quedándose con su familia en las cercanías de la gruta de Masse-Vieille, en los Altos Pirineos franceses. Dice que el principito está mejor de ánimo. Su salud no se ha resentido en los últimos meses. Encontró un médico que parece serle de utilidad. Confía en que Luis volverá a caminar. Escuchó de los milagros de la Virgen de Lourdes allá. Él y su esposa se han vuelto muy devotos.

—Me alegro. ¿Algo más?

—No regresará para su boda, comandante, porque tiene que acompañar a su hijo Luis en la recuperación, pero le desea felicidad y un matrimonio venturoso. Dijo que conoce a la señorita Celabert y que la tiene en alta estima. Está muy satisfecho con usted por la elección. Dice que la señorita Fiorella es la esposa adecuada para un cachorro de lobo. —Franco hizo una pausa—. El principito añadió unas líneas al final de la carta.

—¿Qué quiere Luis?

—Fue muy conciso. Le hace saber que valora la amistad de la señorita y que le preocupa que se muestre usted avasallante con ella. Le advierte que, si no la trata usted bien y la hace infeliz, a su regreso saldará cuentas con usted.

Juan Ignacio siguió con la mirada el vuelo raudo de una hoja desde una rama hasta el suelo.

—Entiendo —dijo.

En su infancia y tierna juventud, Luis Dávalos muy pocas veces se había dignado a dirigirle la palabra. Durante años le había mostrado francamente su disgusto y desprecio. Que antes de irse a Europa estuviera bien dispuesto a dejar en sus manos los negocios fue una sorpresa para Juan Ignacio; de hecho, constituía una impresionante muestra de confianza. Ahora condescendía en escribirle. Comprendió que, a su manera, arisca y arrogante, estaba confiándole la seguridad de la mujer a la que estimaba. Tal vez, un día, pensó Juan Ignacio, todavía podrían reconocerse como hermanos. Tiempo al tiempo.

Se puso de pie lentamente. Esperó, como años atrás, que el dolor en la pierna lo incomodara, pero sintió apenas una leve molestia.

—¿Qué hace, señor?

—Caminaré un poco más.

—Creo que no. Ya fue suficiente por hoy.

—¿Usted me detendrá, señor Yasuká? —preguntó, suave.

—Yo no, pero estoy seguro de que Agostina sí —dijo, sonriente—. Ella está al pendiente de usted. No dejará que toda la mejoría que consiguió se malogre a causa del apuro. Ya mejorará, señor. Tiempo al tiempo, como se dice. Así que siéntese en esa silla y quédese quieto.

—¿Cómo le hablas en ese tono al señor Dávalos?

Franco se volvió hacia la puerta al escuchar detrás suyo la voz de su mujer. Vio a Agostina entrar a la galería secando el sudor de su sien con un pañuelo. Se acercaba a los treinta años. Bonita y morena, tenía una belleza sutil, muy agradable a la vista. Franco la encontraba simplemente encantadora. Agostina se acercó a él y le

propinó un golpecito en el brazo con el puño. Sus ojos adquirieron una atractiva tonalidad parduzca cuando fingió enojo.

—¡Más respeto, hombre!

—Tengo músculos ahí —dijo Franco, indulgente—. No te lastimes.

Ella soltó un bufido muy poco femenino, pero sus mejillas se sonrojaron con la ternura de su marido. Miró al señor Dávalos con renovado interés.

—¿Está usted bien? —preguntó—. ¿Le duele la pierna? Si le duele, no se haga el fuerte. Dígalo nomás. Ahí traje mis yuyos. Sé que le disgusta la idea de tomar el láudano que le dejó el señor Piñeiro. Si quiere, veré qué habrá de servirle de mis hierbas para aliviar las molestias y le dejaré unos yuyos para que los beba en infusión.

Juan Ignacio tuvo que sonreír. El señor Yasuká y su esposa tenían mucho en común. Uno era extremadamente protector con él, como lo sería un padre; la otra se preocupaba por su salud con tierna severidad, como lo haría una madre.

—Me siento bien —dijo. De pronto cayó en la cuenta de que, cada vez que esa pareja se encontraba cerca, debía repetir eso con bastante regularidad.

—¿De verdad?

—Lo prometo. No hay dolor.

—¡Qué bueno! Eso es muy bueno en verdad —dijo Agostina. En sus ojos pardos de repente brilló la picardía—. La señorita Celabert está aquí. No, no se mueva de ahí, señor Dávalos. No precisa ir a recibirla. Ya viene. Nomás se entretuvo en la puerta, batallando con una caja enorme. Le dije que la traería por ella, pero se negó a dejarme ayudarla. Así que me adelanté para despedirnos. —Juan Ignacio vio a la mujer tirar de la mano de su marido y sacarlo del sillón donde había estado apoltronado—. Nosotros nos vamos, señor Dávalos —dijo alegremente—. Ahora que su novia está acá, podemos dejarlo sin temor a que se quede usted solo. Ya sabe cómo nos preocupa que se caiga usted por ahí y que no haya nadie cerca para levantarlo.

—¿No se quedarán a comer? —preguntó Juan Ignacio con una sonrisa—. A Fiorella le agradará tener la compañía de ambos durante el almuerzo.

—Lamento rechazarle la invitación, pero todavía tengo que hacer mis visitas médicas —dijo Agostina. Se trenzó el pelo rápidamente y lo dejó caer sobre la espalda—. Franco vendrá conmigo.

—Alguien tiene que cargar el canasto de Agostina —añadió el señor Yasuká de buen humor.

Revolvió el pelo de su mujer con una mano, como si estuviera jugueteando con una niña pequeña y, cuando ella le dio un pequeño empellón, advirtiéndole que se comportara, le dejó un ruidoso beso en su frente.

—No mire, señor Dávalos —dijo Agostina avergonzada—. Estoy muy apenada. Este hombre no sabe comportarse.

—¡Bah, como si el comandante no hiciera lo mismo con la señorita Fiorella, cada vez que la tiene a tiro! —rio Franco, y tomó a su mujer de la mano—. Bueno, nos vamos, señor. Vendré a verlo mañana por la tarde. Buenos días.

—Buenas días, señor Dávalos —dijo Agostina y siguió a su marido hacia el interior de la casa.

Juan Ignacio, sonriente, los vio partir. Después de un momento, se volvió y observó la arboleda que crecía junto a los muros que rodeaban la residencia. La fronda se mecía lentamente bajo la caricia del viento. La fragancia del jazmín en el aire se intensificó.

Unos pasos suaves resonaron en el salón. Fiorella salió a la galería sosteniendo entre las manos una caja adornada con un lazo rojo. Se veía muy atractiva con su vestido de paseo a listones blancos y amarillos. Llevaba el pelo recogido en una redecilla. Estaría bien peinada si varios de sus rizos no hubieran escapado ya del confinamiento para flotar, traviesos, sobre la espalda.

—Buenos días —saludó Fiorella con una sonrisa y dejó la caja que había traído consigo sobre la mesa.

—Buenos días —dijo tras ponerse de pie al verla llegar. En sus ojos se manifestó una gran ternura cuando ella lo besó en la boca con suavidad.

—Tengo algo para usted, señor Dávalos —dijo la joven, formal.

—¿Qué es esto, señorita Celabert?

—Un obsequio.

—¿Un obsequio? ¿Para mí? ¿Por qué?

Fiorella forcejeó con el lazo. Mientras Juan Ignacio tiraba de un nudo por ella, dirigió los ojos risueños hacia él.

—Gracias —dijo—. Mi muy querido señor Dávalos, nunca le di un obsequio por nuestro compromiso. Como bien sabe, así como el caballero ofrece a la dama un anillo al comprometerse con ella en matrimonio, la mujer, por supuesto, debe corresponder con algo igualmente importante. Lo pensé bien y no le daré una cosa sola. No, señor. Tengo varios regalos para usted, espero que sean realmente de su agrado.

Él sonrió. Le quitó un rizo rebelde que cayó sobre los ojos de la dama y lo colocó detrás de su oreja. Le rozó con suavidad la piel del cuello.

—Lo que me dé, señorita Celabert, me gustará —dijo.

—Siéntese, señor Dávalos.

Él se sentó, obediente. Ella abrió la caja. Sacó primero varios documentos. Los dejó sobre la mesa, frente a él.

—Míralos —indicó.

Juan Ignacio tomó uno, leyó unas pocas líneas, luego revisó rápidamente el resto de los papeles. Acostumbrado como estaba a examinar documentos como esos todos los días, encontró enseguida los puntos de interés y tuvo una cabal idea de lo que representaban. Entornó los ojos.

—¿Qué significa esto? —preguntó de todos modos.

—Como ve, señor Dávalos, decidí desprenderme de varias de las propiedades de mi familia —dijo Fiorella con una sonrisa—. Las fincas que encuentra descriptas allí están a bastante distancia de la ciudad. Son estancias ganaderas cuyo rendimiento es ínfimo. La

manutención de cada una de las haciendas representa más una pérdida de dinero si lo comparamos con los beneficios que pueden redituar en conjunto. Por todo eso, conservarlas en mis manos sería un error. Mi abuelo estuvo de acuerdo con la venta. —Ella hizo una pausa—. Sé que saldó usted las deudas de mi padre. Que pagó todas mis facturas impagas. Gracias a usted, mi familia ya no está en la ruina. ¿Cuándo iba a decírmelo, señor?

—¿Santos le comentó al respecto, señorita Celabert?

—De ordinario, es mi abuelo quien se encarga de saldar las cuentas. Yo me limito a depositar el dinero en el banco. No habría sabido nunca todo lo que usted ha hecho por mí en silencio, señor Dávalos, si mi abuelo no hubiera decidido revelármelo.

—¿Estás disgustada?

—¿Cómo podría estarlo? —Fiorella apoyó la mano en la mejilla del caballero. Lo acarició con suavidad—. Parte del dinero que obtuve de la venta de mis propiedades, lo utilizaré para devolverle hasta el último peso.

—No es necesario.

—Sé que no, pero lo haré —dijo ella con firmeza—. El resto del dinero lo invertiré en sus negocios, señor Dávalos. Seré su socia en todos los proyectos que tenga, ¿está de acuerdo?

—Sí.

—¡Qué bien! Me alegro mucho. Creí que se negaría. Entonces…

Él le tomó su mano, lo que detuvo las palabras de Fiorella. La miró a los ojos.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, lacónico.

—Dicen que quiero su dinero, señor Dávalos —respondió—. No, no diga nada. Déjeme hablar. El dinero es útil, claro está. Tras haber experimentado la desesperación de estar al borde de la ruina, me siento más que complacida al saber que usted tiene sus negocios y que es exitoso. Yo no permitiré que las habladurías me tilden de codiciosa. Eso de que Fiorella Celabert eligió como marido al señor Dávalos debido a su fortuna se termina aquí.

—Me importan una mierda los rumores —dijo Juan Ignacio con la expresión endurecida.

—A mí sí —confesó—. No todos, pero algunos sí. Estos, en particular, me molestan mucho. Así que decidí hacer algo al respecto. —Ella enfrentó los ojos serios de él—. Quiero ser su igual, señor Dávalos —continuó—. Tendré mi propio dinero. Dios mediante, conseguiré sacar a mi familia adelante con mi esfuerzo. Por supuesto, como su esposa, prestaré atención a sus consejos. Sé que no me negarás la posibilidad de administrar mis bienes.

—No, no lo haré, Fiorella.

—Sí, eso pensé. Lo conozco. Sé que me respeta y, por lo tanto, respetará también la decisión que he tomado —dijo ella—. Eso me hace amarlo más, mi muy querido señor Dávalos. —Se desasió de la mano que él le tenía entrelazada—. Permítame continuar con el siguiente obsequio —propuso.

Juan Ignacio volvió la atención hacia la caja. Ella tomó un lienzo y lo desplegó lentamente frente a él. Juan Ignacio miró, estupefacto, la imagen que se descubrió frente a sus ojos. Era un óleo. Su retrato. Vio su propio rostro, brutal y arisco, las duras facciones, la expresión, la curva casi imperceptible de la sonrisa, su mirada, todo allí había reproducido con absoluta fidelidad su temperamento fuerte, su carácter audaz.

Juan Ignacio lo tomó entre las manos con lentitud.

—Se llama *Mi amado* —dijo Fiorella con timidez—. Iba a ponerle otro nombre, ya que comencé con los primeros dibujos hace mucho tiempo, poco después de conocerlo, señor. Pero ahora ese me parece el más adecuado.

—¿Qué nombre? —quiso saber mientras la miraba.

—*El maldito salvaje* —confesó mientras trataba de ocultar una sonrisa.

—Muy apropiado —comentó.

—Entonces ya te quería —dijo ella, renunciando a toda formalidad en el trato—. Era tan inocente en esto del amor, que no supe reconocer mis propios sentimientos hacia ti. Mira aquí, en la pintura,

¿puedes ver la ternura en la expresión de tus ojos? Es así cuando me miras. ¿Cómo podría ser indiferente a este amor que tan abiertamente siempre me has demostrado? Te amo desde hace mucho tiempo. Quizá desde que te vi por primera vez, aquella vez, cuando te sorprendí mirándome en la residencia del señor Thaddeus.

—¿Todavía lo recuerdas? —preguntó sorprendido.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Fiorella lo miró. La picardía le abrillantó los ojos hermosos—. Tu atuendo era sencillo, no muy diferente del que llevaría un peón. No llevabas corbata ni sombrero. Tenías botas de montar. ¿Quieres saber qué pensé al descubrir a ese desconocido, alto y corpulento, mirándome fijamente?

Él asintió. Admiró las motas doradas en sus ojos.

—Me dije: ¿quién es ese hombre que me mira como si estuviera disponiéndose a comprarme? —reveló ella, risueña—. Me miraste de arriba hacia abajo, como evaluando la mercancía. Fue muy grosero de tu parte, por cierto. Tus ojos intensos, fijos en mí, me hicieron desafiarte. *Míreme, pensé. Míreme todo lo que quiera. De todas maneras, nunca podrá tocarme.* Entonces Luis notó mi expresión y me dijo que no te mirara así, que un hombre difícilmente ignoraría un desafío como aquel.

Él levantó las comisuras de los labios.

—Tenía razón —musitó.

Fiorella recuperó el lienzo y lo dejó sobre la mesa, junto a la caja.

—Esto prueba que ya me gustabas, mucho antes de que dejaras de mostrarte tan tiránico e insufrible conmigo. Es una evidencia irrefutable.

—Lo es. —Él la miraba con fijeza—. Fiorella…

—Hay más todavía —advirtió ella con un dedo levantado.

Notó en los ojos del caballero una oscuridad que se espesaba por momentos. Su mirada ardiente le provocó que el corazón palpitara con fuerza contra su pecho. Él tenía la mirada del cazador al vislumbrar a la presa, reconoció para sí. El rubor ardió en sus mejillas cuando recordó esas manos devastándole el cuerpo con

caricias, los besos apasionados, a él caliente y duro en su interior, embistiéndola una y otra vez profundamente, hasta arrancar de su mente todo pensamiento racional. Desvió la mirada. Revolvió el interior de la caja hasta que halló lo que buscaba. Le entregó un pañuelo de seda para el uso de un caballero.

—Lo bordé yo misma —declaró.

Él observó cada puntada. En una esquina estaba bordado un monograma entre rosas en flor y espinas sangrantes.

—Comencé con la labor de aguja poco después de confesarte mis sentimientos por primera vez —dijo Fiorella en voz baja—. Las iniciales de tu nombre se ven hermosas así. Las rosas representan los momentos de felicidad que hemos vivido y los que tendremos en el futuro. Las espinas recuerdan las dificultades que hemos hallado en el camino para estar juntos, y los conflictos que seguramente encontraremos en nuestro matrimonio. No todo será siempre felicidad. Experimentaremos momentos amargos, así es la vida. Juan Ignacio, tú, yo, toda persona, tiene un sendero por recorrer. A veces solo, a veces acompañado. Encontraremos rosas y espinas en el camino. El tiempo fluye, inexorable. Debemos disfrutar de las rosas. Para llegar hasta ellas, habrá que soportar el dolor de las espinas. En ocasiones olvidamos que todos los errores cometidos, cada una de las decisiones tomadas, buenas o malas, nos hacen ser quien somos. Para amar y ser amados, para eso hemos venido a esta vida. Si pudiera pedir un deseo, solo uno, pediría que, al final de tu vida y la mía, no tengamos ningún arrepentimiento. Me gustaría poder decir, con tu mano en la mía, no me arrepiento de nada, porque todo lo que viví, me hizo amarte y te hizo amarme.

Un músculo palpitó junto a la boca de él. Sus ojos poco a poco habían enrojecido.

—¿Hay algo más? —preguntó con voz grave.

Fiorella no permitió que la emoción la venciera. Pestañeó apresuradamente, ocultando las lágrimas, y volvió los ojos hacia el interior de la caja.

—Dos obsequios más —dijo. Borró con rapidez una lágrima que se le escapó. Con cuidado, tomó un libro entre sus manos y se lo entregó—. Rimas, de un poeta español que admiro. Es la primera edición de sus obras. Publicado en 1871, después de su muerte. —Él volvió unas páginas. Sus dedos temblaban ligeramente—. Juan Ignacio, sé que te gustan los versos de Lord Byron —dijo ella con suavidad—. Yo aprendí a amarlos por ti. Leí incontables veces aquellos que una siesta recitaste para mí. Hoy quiero presentarte a Gustavo Adolfo Bécquer. Déjame recordar los versos que llegan a mi memoria cuando veo tu mirada en mí:

»Sabe si alguna vez tus labios rojos

»quema invisible atmósfera abrazada,

»que el alma que hablar puede con los ojos

»también puede besar con la mirada.

Juan Ignacio la observaba atento. Fiorella sonrió.

—Mírame. Nunca dejes de mirarme —le pidió ella—. Deseo que también puedas ver en mis ojos el amor.

Cuando él dejó lentamente el libro sobre la mesa, Fiorella le tomó la mano en la suya. En un dedo le colocó un anillo ancho, de oro, adornado con un único diamante negro.

—Este es el anillo de compromiso que tengo para ti —dijo. La voz se le quebró. Hizo una pausa—. Quiero que lo lleves siempre contigo. Cada vez que lo mires, recuerda, mi muy querido señor Dávalos, que yo soy tuya y que tú eres mío.

—Fiorella, mírame.

Ella levantó los ojos hacia él. Las lágrimas temblaban en el borde de los ojos. Una brotó y resbaló, caliente, sobre la mejilla. Él se puso de pie. Le tomó el rostro entre las manos.

—Para siempre —susurró. La aspereza de la voz reveló la emoción que le oprimía la garganta—. Siempre mía, ¿lo prometes?

Ella asintió y acercó la boca a la suya.

—En esta vida y en cualquier otra —declaró—. Siempre tuya, y tú, mi muy querido señor Dávalos, siempre mío.

Agradecimientos

Agradezco a Luis Pelozo las horas que dedica a escucharme hablar de mis historias para, luego a leer cada capítulo escrito, darme su sincera opinión respecto a los personajes y las situaciones que se suceden a lo largo de toda la novela. Es mi primer lector, mi crítico más severo y mi más leal admirador.

A Mercedes, mi editora, porque fue la primera que creyó en mí y siempre me acompaña en todos mis proyectos.

A Estela Báez, mi más querida amiga. Por todo.

A Natalia Báez, por sus consejos, sus saludos diarios y buenos deseos.

A Yolanda Muñoz, Emilce Gómez y Evangelina Maciel, porque siempre están ahí cuando las necesito.

A Ester Itatí González, bibliotecaria de la Escuela Normal Dr. Juan Pujol, por su paciencia al escuchar todo cuanto tengo para decir y, sobre todo, por permitirme escribir esta novela en un escritorio del siglo xix, con su silla a juego, porque sabía que eso me hacía ilusión.

A Laura Domínguez, bibliotecaria del Instituto Privado San José I-2, por su amabilidad.

A la biblioteca popular José Francisco de San Martín, por su alegre acompañamiento.

A todas las bibliotecas populares públicas que me apoyan y permiten el espacio para el encuentro entre lectores y escritores.

A Analía Alvira, Laura Dupraz, Susana Biset, Viviana Z. Rivero, Ana Zanella, Viviana Rivadeneira, Cristina Pastrello, Clarita Aquino de Costa, Norma Edit Kapustiansky, Yani Vargas Martínez, Marcela Vanderhoeven, Fiorella Luz Marotta Bonzi, Laura Stallone, Elizabeth Calabró, Leonor Pereyra, Roxana Matteoda, Cristina Godziszewski,

Laura Rodeiro, Cristina Gómez de Schivo, Mirta Andrada, Silvana Triscari, Graciela Pilar Boyero, Daniela Isabel Ortellado, Marcelo Medina, Silvia Bertorello, Nora Serral, Graciela Gubinelli, Matilde Guglielmetti, Elena Bowen, Ester Aguilera, Rosa Yolanda Sotelo, Elena Bowen, Micaela González, Evangelina Lugones, Maira Badalotti, porque siempre encuentran un momento de su tiempo para brindarme unas palabras de aliento y felicitación.

Y a todos mis lectores, porque, sin ustedes, no tendría sentido escribir.

¡Muchas gracias!

Nota de la autora

Esta historia te la dedico a ti, porque tú, como yo, seguramente has admirado la luz de la luna. ¿Acaso intentaste capturarla entre tus dedos?

A ti, porque sé que también tienes arrepentimientos. Es probable que, a veces, desees tener la oportunidad de cambiar el pasado. En ocasiones, tal vez, lamentes las decisiones que tomaste. Piensas, quizás: "¿Y si hubiese elegido un camino distinto al que una vez tomé?, ¿qué sería de mí entonces?"

A veces ocurre, ¿cierto?

Permíteme hacerte una sugerencia: al leer, deja que la sonata *Quasi una fantasia*, popularmente conocida como *"Claro de Luna"*, de Beethoven, resuene en el silencio. Con suavidad. Sus tres movimientos. Que sus notas se enlacen con mis palabras. Porque esta historia se inspira en tan gloriosa melodía.

Disfruta la lectura.

A aquellas tres cosas que los Antiguos

consideraban imposibles

debería sumársele esta cuarta:

hallar un libro impreso sin erratas.

Alonso de Cartagena (1384-1456)